

The Signs of the Times

**Colección de escritos de Elena G. de White en el
periódico The Signs of the Times**

Volumen 1

1 de abril 1875 – 20 de noviembre de 1879

Elena G. de White

Contenido

1 de abril de 1875	5
29 de abril de 1875	13
22 de julio de 1875	15
5 de agosto de 1875	20
5 de agosto de 1875	21
12 de agosto de 1875	24
19 de agosto de 1875	26
9 de diciembre de 1875	28
6 de enero de 1876	32
6 de enero de 1876	38
13 de enero de 1876	41
20 de enero de 1876	44
27 de enero de 1876	47
3 de febrero de 1876	52
10 de febrero de 1876	56
24 de febrero de 1876	61
2 de marzo de 1876	66
9 de marzo de 1876	70
16 de marzo de 1876	75
23 de marzo de 1876	78
30 de marzo de 1876	82
20 de abril de 1876	86
20 de abril de 1876	88
4 de mayo de 1876	91
11 de mayo de 1876	95
15 de junio de 1876	99
3 de agosto de 1876	101
7 de septiembre de 1876	103

14 de septiembre de 1876	107
5 de octubre de 1876	109
19 de octubre de 1876	112
30 de noviembre de 1876	115
9 de agosto de 1877	120
16 de agosto de 1877	123
23 de agosto de 1877	125
30 de agosto de 1877	128
6 de septiembre de 1877	131
13 de septiembre de 1877	134
29 de noviembre de 1877	136
6 de diciembre de 1877	141
20 de diciembre de 1877	145
20 de diciembre de 1877	149
3 de enero de 1878	154
17 de enero de 1878	159
24 de enero de 1878	163
31 de enero de 1878	168
7 de febrero de 1878	175
7 de febrero de 1878	179
14 de febrero de 1878	180
21 de febrero de 1878	184
28 de febrero de 1878	190
7 de marzo de 1878	195
14 de marzo de 1878	201
21 de marzo de 1878	204
9 de mayo de 1878	209
6 de junio de 1878	210
18 de julio de 1878	211

25 de julio de 1878	218
1 de agosto de 1878	220
15 de agosto de 1878	224
15 de agosto de 1878	226
22 de agosto de 1878	228
29 de agosto de 1878	230
12 de septiembre de 1878	234
17 de octubre de 1878	237
24 de octubre de 1878	241
31 de octubre de 1878	244
12 de diciembre de 1878	246
19 de diciembre de 1878	251
19 de diciembre de 1878	254
9 de enero de 1879	258
9 de enero de 1879	259
16 de enero de 1879	264
23 de enero de 1879	272
30 de enero de 1879	278
6 de febrero de 1879	283
13 de febrero de 1879	287
20 de febrero de 1879	289
27 de febrero de 1879	292
6 de marzo de 1879	299
6 de marzo de 1879	303
6 de marzo de 1879	305
13 de marzo de 1879	309
20 de marzo de 1879	313
27 de marzo de 1879	318
3 de abril de 1879	323

10 de abril de 1879	328
17 de abril de 1879	333
24 de abril de 1879	338
1 de mayo de 1879	341
3 de julio de 1879	344
7 de agosto de 1879	345
14 de agosto de 1879	351
21 de agosto de 1879	356
28 de agosto de 1879	361
4 de septiembre de 1879	366
18 de septiembre de 1879	371
9 de octubre de 1879	376
16 de octubre de 1879	382
23 de octubre de 1879	388
23 de octubre de 1879	394
20 de noviembre de 1879	397

SECABIPP

1 de abril de 1875

La fe de Abraham

Dios ordenó a Abrahán que subiera al monte Moriah y ofreciera allí a su hijo en holocausto. Allí el Señor probó a Abrahán con una prueba muy temible. Al tomar a Agar por esposa, mostró desconfianza en las promesas de Dios. Si hubiera esperado pacientemente a que la promesa se cumpliera a su tiempo y a su manera, y no hubiera tratado de hacer él mismo una providencia, no se habría visto sometido a la prueba más dura que jamás se haya exigido al hombre.

Esta orden de Dios estaba calculada para conmover su alma hasta lo más profundo. Tenía ciento veinte años cuando le llegó esta terrible y sorprendente orden, en una visión nocturna. Iba a hacer un viaje de tres días y tendría mucho tiempo para reflexionar. Cincuenta años antes, por orden divina, había dejado padre y madre, parientes y amigos, y se había convertido en peregrino y extranjero en una tierra que no era la suya. Había obedecido el mandato de Dios de enviar a su hijo Ismael a vagar por el desierto. Su alma estaba abatida por el dolor de esta separación, y su fe fue duramente probada; sin embargo, se sometió porque Dios así lo exigía.

Pero ahora tenía ante sí una prueba que hacía que todas sus demás aflicciones parecieran insignificantes. Las palabras del mandamiento fueron suficientes para desgarrar su alma y causarle el dolor más profundo. "Toma ahora a tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a la tierra de Moriah; y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré". Una y otra vez decía el alma agobiada: ¡Oh, hijo mío, hijo mío! ¡Quisiera Dios que mi vida fuese aceptada en el lugar de la tuya! Abraham se levantó antes del día, y mientras miraba a los cielos estrellados, recordó la promesa que Dios le había hecho cincuenta años antes. "Mira ahora hacia el cielo, y cuenta las estrellas, si sabes contarlas. Y le dijo: Así será tu descendencia". Y ahora la misma voz le había ordenado matar a este hijo único, por medio del cual se iba a cumplir esta promesa.

Abraham estuvo tentado de creer que, después de todo, podría tratarse de un engaño. Afligido por el dolor, se postró ante Dios y oró como nunca antes por una confirmación de este extraño mandato, por una mayor luz si debía cumplir este terrible deber. Se acordó de los ángeles enviados para informarle del propósito de Dios de destruir Sodoma, y de los que le habían hecho la promesa de que tendría ese mismo hijo, Isaac. Caminó hacia donde había encontrado varias veces a los mensajeros celestiales, esperando volver a encontrarlos y recibir de ellos alguna indicación especial; pero no obtuvo luz, las tinieblas

parecían cerrarse a su alrededor, el día se acercaba y debía emprender su viaje antes de que amaneciera.

Pasó primero al lecho en que Isaac dormía en pacífica inocencia; él era la alegría de su corazón, el consuelo de su vejez. Los labios de Abrahán temblaron, se volvió rápidamente y miró el lecho donde Sara dormía tranquilamente. Sabía que Isaac era su orgullo, que su corazón estaba entrelazado con el suyo. ¿Debía despertar a Sara para que viera a su hijo por última vez? ¿Debía decirle lo que Dios le pedía? Sabía que él mismo tenía fuerza de fe y confianza en Dios; no conocía la fuerza de la fe de Sara, pero sí conocía la fuerza de su amor por Isaac.

Pasó de un durmiente a otro, indeciso respecto al curso más sabio a seguir. Por fin despertó suavemente a Isaac, informándole de que Dios le había ordenado ofrecer un sacrificio en un monte lejano, y que debía acompañarle. Llamó a sus siervos e hizo todos los preparativos necesarios para su largo viaje. Si pudiera desahogar su mente con Sara, y cargar juntos con el sufrimiento y la responsabilidad, eso podría aliviarle un poco; pero decidió que no lo haría, porque su corazón estaba ligado a su hijo, y podría impedirselo. Siguió adelante en su viaje, con Satanás a su lado para sugerirle incredulidad e imposibilidad.

Mientras caminaba al lado de Isaac, no podía entablar conversación como de costumbre, pues una profunda pena se ocultaba en su propio pecho. Se acerca la noche, el día más largo que Abraham haya vivido ha llegado a su fin. Vio a su amado hijo Isaac y a los criados sumidos en el sueño, pero él no podía dormir. Pasó la noche en oración. Rezaba, esperando todavía que apareciera algún mensajero celestial para decirle que ya es suficiente, que puede volver con Sara, con Isaac ileso. Las estrellas parecían brillar más hermosas que nunca, recordándole la promesa: Como el número de las estrellas, así será tu descendencia.

Ninguna nueva luz amaneció sobre el alma torturada de Abraham. Una fuerte presión se abatió sobre él, pero no se tambaleó ante la promesa. No razonó que su posteridad, que sería como las estrellas, debía venir ahora a través de Ismael, pues Dios había dicho claramente que la promesa se cumpliría a través de Isaac. También resonaba en sus oídos aquella voz: "Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas". Aquella terrible orden que lo dejaría sin hijos apenas puede ser comprendida. Se levanta temprano para continuar su penoso viaje. Satanás le susurra sus dudas, pero Abrahán resiste a sus sugerencias.

Durante todo el día tuvo la esperanza de encontrar un ángel que viniera a bendecirlo y consolarlo, o tal vez a revocar el mandato de Dios, pero no apareció

ningún mensajero de la misericordia. Satanás le sugirió que debía de estar engañado, pues Dios había dicho: "No matarás", y que no era propio de Dios exigir lo que había prohibido. El segundo largo día llega a su fin, otra noche de insomnio se pasa en humillación y oración, y se inicia el viaje del tercer día. Abrahán alza los ojos a los montes, y en uno de ellos ve la señal prometida. Mira seriamente, y he aquí que una nube brillante se cernía sobre la cima del monte Moriah. Ahora sabe que todo es una terrible certeza, y no un engaño.

Estaba aún muy lejos de la montaña, pero quitó la carga de los hombros de sus siervos y les ordenó que se quedaran atrás; mientras tanto, puso la leña sobre los hombros de su hijo, y él mismo tomó el cuchillo y el fuego. Abraham se preparó para la triste tarea que debía realizar. No murmuró contra Dios, porque Isaac le había sido dado inesperadamente. Lo había recibido con gratitud y gran alegría, y aunque era el hijo de su vejez, el hijo de su amor, creía, sin embargo, que el mismo poder que le había dado a Isaac, podía resucitarlo incluso de las cenizas del sacrificio quemado. Fortalece su alma con las pruebas que ha tenido de la bondad y fidelidad de Dios. ¿No tenía Dios, que bondadosamente le había dado a Isaac, perfecto derecho para retirar el don y exigir que se lo devolviera?

Isaac había sido un consuelo, un rayo de sol, una bendición para Abrahán en su vejez, y aunque este don de Dios le parecía tan precioso, tan querido, ahora se le ordenaba devolvérselo a Dios. Las palabras de la orden de Dios mostraban que comprendía plenamente el dolor que Abraham debía sentir al obedecer su requerimiento: "Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas". Abraham no quería testigos. Era suficiente que Dios pudiera mirar y no sólo ver la plena consagración de su querido Isaac, sino leer el corazón y comprender plenamente cuán severamente sentía la prueba. No deseaba que nadie más que Dios presenciara esta escena de despedida entre padre e hijo.

Abraham no sabía cómo recibiría Isaac la orden de Dios. Cuando se acercaban al monte, "Isaac habló a Abraham, su padre, y dijo: Padre mío; y él respondió: Heme aquí, hijo mío. Y dijo: He aquí el fuego y la leña; pero ¿dónde está el cordero para el holocausto?". Estas cariñosas palabras, "Padre mío", traspasaron su afectuoso corazón, y de nuevo pensó: ¡Oh! que yo, en mi vejez, pudiera morir en lugar de Isaac. Todavía reacio a abrir ante su hijo el verdadero propósito de su recado, Abraham respondió: "Hijo mío, Dios se proveerá de un cordero para el holocausto."

Isaac ayudó a su Padre en la construcción del altar. Juntos colocaron sobre la leña el último trabajo preparatorio del sacrificio. Con labios temblorosos y voz

trémula, Abrahán reveló a su hijo el mensaje que Dios le había enviado. En obediencia al mandato de Dios, había emprendido el viaje. Todo estaba preparado. Isaac era la víctima, el cordero que había que sacrificar. Si Isaac hubiera optado por resistirse a la orden de su padre, podría haberlo hecho, pues ya había alcanzado la edad adulta; pero había sido tan instruido en el conocimiento de Dios que tenía una fe perfecta en sus promesas y exigencias.

Abrahán aseguró a su hijo que su afecto por él no había disminuido, y que preferiría dar su propia vida antes que privarle de ella. Pero Dios había elegido a Isaac, y su exigencia debía cumplirse al pie de la letra. Le dijo a Isaac que Dios se lo había dado milagrosamente a sus padres, y que ahora lo había requerido de nuevo. Aseguró a su hijo que se cumpliría la promesa de Dios: "En Isaac será llamada tu descendencia"; que sin duda Dios lo resucitaría de entre los muertos. Le dijo a Isaac que había esperado que el Mesías surgiera de él. Se sintió defraudado, y el hecho de que su querido hijo tuviera que morir por su propia mano, aumentó su dolor cien veces.

Isaac oyó al principio el propósito de Dios con asombro que equivalía a terror. Consideró el asunto plenamente. Era hijo de un milagro. Si Dios lo había aceptado como un sacrificio digno, se sometería alegremente. La vida era querida, la vida era preciosa, pero su Creador había especificado que él, Isaac, fuera ofrecido como sacrificio. Consoló a su padre, asegurándole que Dios le confería honor, al aceptarlo como sacrificio; que en esta exigencia no veía la ira y el desagrado de Dios, sino muestras especiales de que Dios lo amaba, al exigir que fuera consagrado a sí mismo en sacrificio.

Animó a las manos casi sin fuerzas de su padre a atar las cuerdas que lo confinaban al altar. Las últimas palabras de amor entrañable fueron pronunciadas por padre e hijo, las últimas lágrimas afectuosas, filiales y paternas fueron derramadas, el último abrazo fue dado, y el padre había apretado a su amado hijo contra su anciano pecho por última vez. Su mano está levantada, siendo firmemente el instrumento de la muerte, que iba a quitar la vida a Isaac, cuando de repente su brazo se detiene. "Y el ángel del Señor le llamó desde el cielo, y dijo: Abraham, Abraham; y él respondió: Heme aquí. Y dijo: No pongas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ahora sé que temes a Dios, pues no me has rehusado tu hijo, tu único hijo. Y alzó Abraham sus ojos y miró, y he aquí detrás de sí un carnero preso en un zarzal por sus cuernos; y fue Abraham y tomó el carnero, y lo ofreció en holocausto en lugar de su hijo. Y llamó Abraham el nombre de aquel lugar Jehová-jireh; como se dice hasta hoy: En el monte del Señor se verá. Y el ángel del Señor

llamó a Abraham desde el cielo por segunda vez, y le dijo: Por mí mismo he jurado, dice el Señor, por cuanto has hecho esto, y no has retenido a tu hijo, tu único hijo: que en la bendición te bendeciré, y en la multiplicación multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar; y tu descendencia poseerá la puerta de sus enemigos, y en tu descendencia serán benditas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeciste a mi voz."

Dios estimó la obediencia y la fe inquebrantable de Abraham, y le dio el nombre de "Padre de los fieles". El ejemplo de Abraham está registrado en la historia sagrada para beneficio de sus hijos creyentes. Este gran acto de fe enseña la lección de la confianza implícita en Dios, de la obediencia perfecta a sus exigencias y de la entrega completa a la voluntad divina. En el ejemplo de Abrahán se nos enseña que nada de lo que poseemos es [demasiado] precioso para dárselo a Dios.

Todo lo que tenemos es del Señor. Nuestro dinero, nuestro tiempo, nuestros talentos y nosotros mismos, todo le pertenece. Él nos los ha prestado, para probarnos y desarrollar lo que hay en nuestros corazones. Si egoístamente reclamamos como nuestros los favores que Dios nos ha confiado, nos encontraremos con una gran pérdida, porque robamos a Dios, y al robarle, nos robamos a nosotros mismos las bendiciones celestiales, y la bendición que Cristo dará a los fieles y obedientes: "Bien, siervo bueno y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor".

¿Cuántos de los que ahora profesan ser cristianos entregarían a Dios su amado Isaac? Nuestro tesoro más querido pertenece a Dios. Los padres cristianos tienen el solemne deber de educar y moldear la mente de sus hijos de tal manera que siempre tengan un gran respeto y una exaltada reverencia por Dios y por todo lo sagrado y santo. Sentirán que las exigencias de Dios deben ser consideradas en primer lugar, que nada es demasiado precioso para sacrificarlo por Él. Como Abraham, ejemplificarán su fe con sus obras.

Cuántos ahora que profesan creer a Dios, y pasan por cristianos, no obedecerán su voz cuando los llama a negarse a sí mismos, y entregarle sus tesoros más queridos. Vacilan y se aferran a las cosas terrenales. Sus afectos están puestos en el mundo y en las cosas del mundo, y algunos de estos mismos tendrán mucho que decir acerca de cuánto han sacrificado para obedecer a la verdad. Isaac sintió que era un privilegio entregar su vida como sacrificio a Dios. Si Dios podía aceptarlo, él se sentía honrado.

El juicio humano puede considerar la orden dada a Abraham como severa, demasiado grande para que la fuerza humana la soporte. La fuerza de Abrahán provenía de Dios. No miraba las cosas que se ven con visión mortal, sino las cosas eternas. Dios no exigía de Abrahán más de lo que, por compasión divina y amor infinito, había dado al hombre. Dio a su Hijo unigénito para que muriera, a fin de que el hombre culpable pudiera vivir. La ofrenda de Isaac por Abrahán fue especialmente diseñada por Dios para prefigurar el sacrificio de su Hijo.

A cada paso que Abraham avanzaba hacia el monte Moriah, el Señor iba con él. Toda la agonía y el dolor que soportó Abrahán durante los tres días de su oscura y temible prueba, le fueron impuestos para darnos una lección de fe y obediencia perfectas, y para que comprendiéramos mejor cuán real fue la gran abnegación y el sacrificio infinito del Padre al dar a su Hijo único para morir una muerte vergonzosa por la raza culpable. Ninguna prueba, ningún sufrimiento o prueba, podría imponerse a Abrahán, que le causara tal angustia mental, tal tortura del alma, como la de obedecer a Dios ofreciendo a su hijo.

Nuestro Padre Celestial entregó a su amado Hijo a las agonías de la crucifixión. Legiones de ángeles presenciaron la humillación y la angustia del alma del Hijo de Dios, pero no se les permitió interponerse como en el caso de Isaac. No se oyó ninguna voz que impidiera el sacrificio. El amado Hijo de Dios, el Redentor del mundo, fue insultado, escarnecido, ridiculizado y torturado, hasta que inclinó la cabeza en la muerte. ¿Qué mayor prueba puede darnos el Infinito de su divino amor y piedad? "El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con Él gratuitamente todas las cosas?".

El escaso concepto que muchos tienen del valor del alma y del sacrificio del amado Hijo de Dios por el hombre pecador, queda demostrado por sus obras. Si Dios les dijera como a Abrahán: Sacrifica tus bienes, tus beneficios temporales que te he prestado para hacer progresar mi causa, mirarían con asombro, pensando que Dios no quiso decir exactamente lo que dijo. Sus riquezas les son tan queridas como sus hijos, su tesoro mundano es su Isaac. Honrar a Dios con sus bienes, piensan, es una exigencia demasiado grande, y no pueden creer que Dios lo diga en serio. ¿Qué ha sacrificado esta clase por Dios?

Los hombres mostrarán toda la fe que tienen. Si Dios les hablara y les ordenara ir a ofrecer a uno de sus amados hijos, pensarían que Dios es un amo duro. Sin embargo, Él ha hecho más que esto por ellos. Ninguna orden semejante vendrá

a probarlos. Dios sabía a quién se dirigía cuando dio la orden al verdadero y fiel Abrahán. Abraham sabía que era Dios quien se lo había ordenado, y que sus promesas eran infalibles. Si Dios le hubiera ordenado que ofreciera su oro, su plata, sus rebaños, o incluso su propia vida, lo habría hecho alegremente. Habría sentido que no hacía sino devolver a Dios lo que le pertenecía.

Pero hay muchos que no saben lo que es la abnegación, el sacrificio o la devoción a Dios. Nunca podrán tener una visión amplia y elevada del sacrificio infinito hecho por el Hijo de Dios para salvar a un mundo arruinado, hasta que se rindan todos a Dios. Si Dios les hablara con una orden, como lo hizo con Abrahán, no estarían lo suficientemente familiarizados con su voz como para comprender que realmente exigía algo de ellos, para mostrar su amor y la autenticidad de su fe.

Las demandas de Dios sobre nuestro amor, afecto y posesiones, nuestros talentos y nosotros mismos, son tan grandes como lo fue el sacrificio infinito que hizo al dar a su Hijo para morir por el hombre pecador. Aquellos que realmente aprecian la obra de la expiación, aquellos que tienen un alto sentido del sacrificio que Cristo ha hecho para exaltarlos a su trono, considerarán un honor especial ser partícipes con Cristo en su abnegación, sacrificio y sufrimiento, para que puedan ser colaboradores con él en la salvación de las almas.

Hay muchos que profesan la verdad, pero no aman a Dios ni la mitad de lo que aman al mundo. Dios los está probando. Su amor al mundo y a las riquezas oscurece sus mentes, pervierte su juicio y endurece sus corazones. Al menos a algunos de ellos, Dios les ha revelado su voluntad y les ha pedido que le rindan su Isaac. Pero se niegan a obedecer y dejan pasar oportunidades de oro. El tiempo precioso está llevando a la eternidad un registro de deberes incumplidos y de negligencia positiva.

Nada de lo que tenemos tiene verdadero valor hasta que lo entregamos a Dios. El talento de los medios dedicados a la causa y a la obra de Dios, es diez veces más valioso que si se retiene egoístamente para la gratificación de nuestro propio placer. La fe de los mártires devotos era como la de Abraham, era genuina. Valoraban la preciosa verdad, y a su vez, aunque despreciados por los hombres, perseguidos de un lugar a otro, perseguidos, afligidos y atormentados, eran valorados por Dios. No había lugar para ellos en la tierra, sino que de ellos, dice el apóstol, el mundo no era digno. Aquellos que se aferraron a la preciosa

verdad frente a la prisión, la tortura y la muerte, tenían una fe que pocos de los que ahora viven poseen.

Muchos han elegido una vida fácil. Han exaltado sus intereses terrenales por encima de los espirituales y eternos. Descuidan aprender la dura lección de la abnegación y de entregarlo todo a Dios. No consideran nada interesante, excepto lo que se aprende sin mucho esfuerzo, y sin implicar ningún sacrificio del disfrute temporal; y se olvida tan pronto como se aprende, porque no les costó nada.

La pobreza más profunda, con la bendición de Dios, es mejor que las casas y las tierras, y que cualquier cantidad de tesoros terrenales, sin ella. La bendición de Dios da valor a todo lo que poseemos; pero si tenemos el mundo entero sin su bendición, somos en verdad tan pobres como el mendigo, pues nada podemos llevarnos al otro mundo.

Los que profesan esperar la pronta venida de nuestro Salvador, deben tener fe abrahámica, una fe que se valora porque les ha costado algo, una fe que obra por amor y purifica el alma. El ejemplo de Abrahán queda registrado para nosotros, sobre quienes ha llegado el fin del mundo. Debemos creer que Dios habla en serio con nosotros y que no se puede jugar con él. Él habla en serio y exige de nosotros una fe implícita y una obediencia voluntaria. Entonces hará brillar su luz en torno a nosotros, y seremos todos luz en el Señor.

29 de abril de 1875

Educación adecuada

Dios preparó para Adán y Eva un hermoso jardín. Les proporcionó todo lo que necesitaban. Plantó para ellos árboles frutales de todas las variedades. Con mano generosa los rodeó de sus generosidades: árboles útiles y hermosos, y las bellas flores que brotaron espontáneamente y florecieron en rica profusión a su alrededor, no debían conocer la decadencia. Adán y Eva eran realmente ricos. Poseían el hermoso Edén. Adán era el monarca de este hermoso dominio. Nadie puede cuestionar el hecho de que Adán era rico. Pero Dios sabía que Adán no podía ser feliz a menos que tuviera un empleo. Por lo tanto, le dio algo que hacer. Debía arreglar el jardín.

El Creador del hombre nunca quiso que estuviera ocioso. El Señor formó al hombre del polvo de la tierra y sopló en su nariz aliento de vida, y el hombre se convirtió en un alma viviente. Era la ley de la naturaleza, y por lo tanto la ley

de Dios, que el cerebro, los nervios y los músculos estuvieran en movimiento activo. Los jóvenes caballeros y damas que se niegan a trabajar porque no se ven obligados a ello y porque no está de moda, no están guiados ni controlados por la razón ilustrada. Los que rehúyen el trabajo manual, no pueden tener resistencia física. Para que los jóvenes gocen de perfecta salud y perfecta felicidad, cada órgano y función debe estar en perfecto funcionamiento, tal como Dios lo diseñó. Si todos los órganos actúan su parte natural, la vida, la salud, y la felicidad, serán el resultado. Muy poco ejercicio y permanecer demasiado tiempo en casa, traerá debilidad y enfermedad de uno o más de los órganos. Es pecado dañar o debilitar una de las facultades que Dios nos ha dado. El Creador quiso que tuviésemos cuerpos perfectos, para que los conservásemos sanos y le presentásemos ofrenda de sacrificio vivo, santo y agradable a Dios.

El ejercicio del trabajo útil será llevar a cabo el plan original de Dios, cuando ordenó a Adán y Eva para vestir el jardín. La vida es preciosa, y debe ser preservada inteligentemente teniendo en cuenta las leyes de nuestro ser.

Los holgazanes de moda, que tienen mucho tiempo libre, no consiguen alcanzar la felicidad. Han sido educados para considerar que el trabajo honesto es sólo apto para los pobres, mientras que degradaría a los ricos. La indolencia de moda priva al cerebro y al sistema nervioso del suministro de energía animal que mantiene la maquinaria del cuerpo en actividad saludable.

Para que el cerebro tenga claridad y fuerza de pensamiento, memoria retentiva y poder mental, los músculos del cuerpo deben hacer ejercicio una parte de cada día.

Adán estaba en el glorioso Edén. Estaba perfectamente desarrollado, y luego su Creador lo puso a trabajar para que, mediante el ejercicio, todos sus músculos conservaran su elasticidad. Muchos jóvenes y señoritas son demasiado orgullosos, o demasiado perezosos, para dedicarse a labores útiles en la casa o en el jardín.

El mundo está lleno de mujeres con poca vitalidad y menos sentido común. La sociedad tiene gran necesidad de jóvenes sanas y sensatas que no teman trabajar y ensuciarse las manos. Dios les dio manos para emplearlas en labores útiles. Dios no nos dio la maravillosa maquinaria humana del cuerpo para que se paralizara por la inacción. La maquinaria viva que Dios diseñó debe estar en actividad diaria, y en esta actividad o movimiento de la maquinaria está su poder preservador. El trabajo manual acelera la circulación de la sangre. Cuanto más activa sea la circulación, más libre estará la sangre de obstrucciones e

impurezas. La sangre nutre el cuerpo. La salud del cuerpo depende de la circulación saludable de la sangre. Si el trabajo se realiza sin que el corazón esté en él, es simplemente un trabajo pesado, y no se obtiene el beneficio que debería resultar del ejercicio.

Las madres trabajadoras que han dado a sus hijos las ventajas de la educación, y los han criado sin disciplinarlos a la abnegación y al trabajo físico, y les han dado libertad para seguir su propio placer, no recibirán mucha felicidad y consuelo de estos hijos. En mis viajes he visto que aquellas mujeres que entraron en la vida matrimonial sin estar preparadas para los deberes domésticos no fueron felices. No recibieron en su juventud la formación y la educación que las capacitaban para el puesto de responsabilidad que habían aceptado ocupar mediante el pacto más solemne. Los padres habían cometido un gran error. De niños, se les dispensaba del esfuerzo para "enriquecer la mente". Sabían tocar un instrumento musical, pero no fueron educados para asumir responsabilidades. Disfrutaban enterrando sus mentes en novelas, pero no tenían amor por mantener sus casas en orden. Eran tan incompetentes para el puesto de responsabilidad de madres como una niña de quince años. No conocían la economía de medios y, sin embargo, son las madres que están educando a sus hijos para que ocupen su lugar en el escenario de la acción, para que representen su papel en el drama de la vida. Las madres demasiado cariñosas no deben estropear el carácter de los jóvenes. Los padres deben considerar que al descuidar la educación de sus hijas en las labores domésticas y en la economía, les están dando un carácter que hará miserable su futura vida matrimonial. Habrá maridos decepcionados e hijos desatendidos, por culpa de esposas y madres ineficaces.

E. G. W.

22 de julio de 1875

Nuestro campamento en Wisconsin

El 18 de junio hablé al pueblo de los capítulos tercero y cuarto de Malaquías, leyendo desde el versículo 13 del tercer capítulo hasta el versículo 3 del cuarto. Tuve libertad para hablar, y todos escucharon con profundo interés. Y los ojos humedecidos mostraban que muchos corazones habían sido tocados.

Mi marido habló por la tarde sobre el carácter sagrado de la obra en la actualidad, la importancia de que todos los que trabajan en la causa de Dios

adopten una visión más amplia de la obra y sigan su providencia inicial. Fue muy libre, y sus palabras causaron una gran impresión en la congregación.

Después de que concluyera sus observaciones, se me pidió que hablara más especialmente en beneficio de los daneses presentes. Mejoré una hora, interpretando el Hno. Matteson como intérprete. Hablé de la obra misionera que debían realizar los que abrazaban la verdad en diferentes idiomas, llevando el mensaje de misericordia y de advertencia a los de su nación. Mencioné la obra en otros países, que había observadores del sábado esparcidos por toda Europa, que nuestras publicaciones estaban llegando a gran número de las diferentes naciones, y que, como resultado, estaban siendo inducidos a buscar en sus Biblias, y encontrar allí la verdad que es tan preciosa para nosotros.

Mientras relataba la maravillosa obra de Dios al llevar la luz de la verdad a los de otras naciones, nuestros hermanos americanos presentes, así como los de otras lenguas, se mostraron profundamente interesados, y yo sentí mi propia alma bendecida.

Por la noche, el Hno. Smith habló a una gran congregación con claridad y libertad. Todos escucharon con gran interés su discurso.

El 19 de junio, a las cinco y media de la mañana, la gente se reunió bajo la gran carpa para orar y celebrar una conferencia. Se ofrecieron varias oraciones y se escucharon muchos testimonios interesantes.

Una hermana anciana, con la luz y la paz expresadas en su semblante, habló de la gratitud que sentía en su corazón por el privilegio de asistir a la reunión del campamento, y que su corazón estaba tan profundamente afectado mientras la hermana White hablaba de la obra del Señor en la tierra, que parecía más de lo que su débil cuerpo podía soportar. Expresó su deseo de estar entre aquellos que estaban haciendo la obra de Dios, a quienes él finalmente diría: "Bien, buen siervo y fiel, entra en el gozo de tu Señor."

Otra hermana dijo que se sentía reprendida por el Espíritu del Señor, que lo había seguido a demasiada distancia, pero que se acercaría más a Dios. Otra expresó su deseo de que la verdad tuviera una influencia santificadora sobre sus afectos y voluntad, para que pudiera dar un mejor ejemplo al mundo.

Un joven hermano danés expresó su deseo de una nueva conversión a Dios, añadiendo que no quería decir más de la verdad de lo que vivía. Otro hermano dijo que acababa de empezar a obedecer los mandamientos de Dios, que no

encontraba otra manera de entrar en el Cielo que la obediencia voluntaria a todos los mandamientos de Dios.

Muchos de los solitarios han venido, algunos desde muy lejos, para asistir a esta reunión y están ansiosos por expresar su gratitud por el privilegio. Una hermana dijo que no había tenido el privilegio de reunirse con el pueblo de Dios desde el campamento de hace un año, que el periódico y su Biblia eran toda la predicación que había tenido.

Un señor C., que se ocupa de la santidad moderna, quería que se diera un discurso a los hambrientos de justicia. Mi esposo habló sobre ese punto, en cuanto a lo que constituía la santificación bíblica, afirmando que aquellos que afirmaban estar disfrutando de la santificación mientras vivían en oposición al sábado del cuarto mandamiento, tenían el artículo espurio. Citó las palabras del apóstol al definir el "pecado" como la "transgresión de la ley". Y las palabras de Pablo: "Yo no había conocido el pecado sino por la ley". Y las del discípulo amado: "Y en esto sabemos que le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él. Pero el que guarda su palabra, en él verdaderamente se ha perfeccionado el amor de Dios; en esto sabemos que estamos en él". Aquí está la única santificación bíblica genuina. Se requiere que el pecador ejerza arrepentimiento hacia Dios por la transgresión de su ley, y fe en Jesucristo, el abogado del pecador.

Se dio otro testimonio, y luego mi marido hizo algunas observaciones acerca de la reunión. Afirmó que desde que había empezado a asistir a las reuniones del campamento había estado pensando si no se podría idear alguna manera de que, tan pronto como los hermanos y hermanas vinieran a la reunión, se convirtieran en obreros, poniéndose todos a trabajar al principio de la reunión. Afirmó que no era el momento ni el lugar para consumir preciosos momentos en repetir una y otra vez los mismos testimonios, que había hombres y mujeres que se sentían agobiados, de quienes deseábamos oír, los que sentían la carga por las almas fuera de Cristo.

Afirmó que una reunión anual costaba mucho tiempo y muchos gastos, que los campesinos habían acudido con grandes sacrificios, que algunos habían traído a sus hijos inconversos, con la esperanza de que sus corazones fueran tocados, que había una gran necesidad de esfuerzo individual en las tiendas familiares, que no se debía gastar demasiado tiempo precioso en cantar himnos que no eran apropiados para la ocasión y que no expresaban realmente los sentimientos.

Exhortó a todos a asentarse en el trabajo. Afirmó que no ataría los sentimientos de ningún alma, que no moldearía sus testimonios, sino que quería que los momentos dorados se aprovecharan al máximo, que todos sintieran en esta importante ocasión la necesidad de la vigilancia y la oración.

Señaló además con respecto a esa santificación sin valor, falsa, que deja al Padre y a su ley fuera de la cuestión. Afirmó que cuando nuestros corazones se encienden al leer los reclamos de la ley de Dios en su palabra, cuando podemos orar con el salmista: "Abre mis ojos para que pueda contemplar las maravillas de tu ley", estamos en condiciones de reclamar los méritos de la sangre de un Salvador crucificado y resucitado, y podemos confiar plenamente en la oración de Cristo a su Padre por la santificación que viene a través de la creencia en la verdad.

A las nueve de la mañana, nos reunimos de nuevo en la gran carpa para orar y celebrar la conferencia. La carpa estaba bien llena. La reunión comenzó cantando el himno:

"Tal como soy, sin una sola súplica,
Sino que tu sangre fue derramada por mí,
Y que me ordenaste venir a ti,
Oh Cordero de Dios, vengo, vengo".

Mi marido siguió con comentarios apropiados al himno. Afirmó que todos pueden venir tal como son, sin una sola súplica, adhiriéndose con fe a Jesús, creyendo que no sólo es capaz de perdonar los pecados, sino que lo hace, y que salva por completo a todos los que acuden a él. Y que los que exaltan a Cristo deben tener una alta estimación de la ley de Dios.

Se dieron muchos testimonios excelentes con expresiones de deseos fervientes de establecerse en la obra, vivir la verdad y ser santificados por ella.

El sábado por la mañana mi marido dio un discurso, y el Hno. Matteson habló por la tarde. Matteson habló por la tarde. A las cuatro de la tarde nos reunimos en oración y conferencia. Sentí profundamente por los que se habían apartado de Dios, y por aquellas pobres almas fuera de Cristo. Y desde la plenitud de mi corazón hablé a los presentes. Luego invitamos a pasar al frente a todos los que habían reincidido, y a los que deseaban aceptar a Cristo y nunca habían hecho profesión de religión. Hubo un movimiento general, más de cien pasaron al frente, varios por primera vez. Se dio la oportunidad a los que lo desearon de expresar sus sentimientos. Muchos hablaron con profundo sentimiento. El

Espíritu de convicción del Señor estaba entre nosotros. Se hicieron confesiones con un espíritu de contrición. Luego cantamos:

"Tal como soy, sin una súplica,"

Me entretuve unos instantes hablando a los que se habían acercado. A continuación se cantó otra estrofa:

"Tal como soy, y sin esperar
a librar mi alma de una mancha oscura,
A ti, cuya sangre puede limpiar cada mancha.
Oh Cordero de Dios, vengo, vengo".

Una hermana se levantó y con profundo sentimiento dijo, tal como soy, oh Señor, vengo, vengo. Un niño se levantó, lloró, pero no pudo expresar sus sentimientos. Fue un testimonio más poderoso que las palabras.

La reunión continuó con intenso interés durante casi tres horas. Nuestros hermanos ministradores se unieron entonces para orar por aquellos que se habían separado de la congregación al acercarse a buscar al Señor.

Por la noche, el Hno. Smith habló ante un público numeroso y atento. Su tema fue los Estados Unidos en la Profecía.

El domingo por la mañana volvimos a reunirnos bajo la carpa para orar y celebrar la conferencia. Al comienzo de la reunión se ofrecieron varias oraciones, seguidas de interesantes testimonios.

Por la mañana, mi marido expuso las razones de nuestra fe. Por la tarde hablé sobre Dios en la naturaleza y los deberes de las madres para con sus hijos. Por la noche, el Hno. Smith habló sobre la marca de la bestia. Lamento que todos nuestros hermanos no hayan tenido el beneficio de los discursos del Hno. Smith sobre temas doctrinales. Es importante que conozcan bien las razones de nuestra fe. Los que no asisten a estas reuniones se pierden un gran privilegio. Y los que vienen a nuestras reuniones campestres, y están ocupados en sesiones de negocios mientras se dan discursos en el estrado, pierden oportunidades que serían de gran beneficio para ellos.

El martes por la mañana nos despertaron temprano algunos que estaban desmontando sus tiendas y preparándose para abandonar el campo. A las seis y cuarto nos reunimos en la tribuna. Mi marido y yo hablamos unos quince

minutos cada uno. El hno. Decker fue ordenado. El Espíritu del Señor se posó sobre nosotros. Fue un tiempo muy solemne, las lágrimas se mezclaron con la alegría del corazón. Y con esta reunión, marcada con la bendición especial de Dios, concluyó nuestro buen campamento.

E. G. White

5 de agosto de 1875

Ofrendas voluntarias

Después de que los hijos de Israel hubieron salido de Egipto, cuando no había más que un paso atrás de la libertad a la esclavitud, Dios mandó construir el tabernáculo con sus escasos medios. Sus propias tiendas eran pequeñas, pero no suplicaron que se ampliaran sus propios tabernáculos. Primero había que construir la casa de Dios. Dios les dio el diseño que deseaba que siguieran en la construcción del tabernáculo. No necesitaban que se les insistiera. Los regalos y las ofrendas voluntarias llegaron en abundancia. Sus ornamentos y joyas fueron tomados de su persona y echados en el tesoro, para ser usados para embellecer y enriquecer la casa para Dios. Se daban con gusto materiales de oro, plata, latón y ornamentos, pues todas las almas deseaban participar en el tabernáculo que se estaba erigiendo para Dios. Se gastó más de un millón de dólares en erigir ese tabernáculo. Moisés no necesitó exhortar al pueblo, pero tuvo que proclamarle que ya tenían bastante, y que sus alegres y voluntariosos trabajos y ofrendas debían cesar, porque no podían apropiarse de todo lo que ya habían traído.

Hay corazones ahora que están tan libres, dispuestos y ansiosos de ayudar en el avance de la obra de Dios como lo estaban los hijos de Israel. Sólo que se les asegure que hay una obra que hacer, y que Dios requiere sus medios y su cooperación sincera, y no necesitarán que se les insista.

Cuando podamos tener siquiera una pequeña comprensión de lo que Jesús ha hecho por nosotros, sentiremos nuestra responsabilidad de hacer todo lo que podamos por Cristo. La vida de Jesús transcurrió trazando planes para nuestro bienestar. Mientras éramos enemigos de Dios, se compadeció de nosotros, y vino de los atrios del Cielo para sufrir, el justo por los injustos. Murió y resucitó de la tumba para mostrar a sus seguidores el camino de la vida desde la muerte. Ahora está ante su Padre como nuestro gran Sumo Sacerdote y nuestro abogado, abogando por nuestra causa, y presentando nuestro débil progreso con gracia infinita ante su Padre. Perdona nuestras transgresiones y, al imputarnos su

justicia, nos une al Infinito. En los atrios celestiales nuestro Salvador está de pie y extiende al mundo la graciosa invitación: Venid, cansados, pobres, hambrientos; venid, almas agobiadas, cargadas, enfermas de pecado, venid. Y el que quiera, que venga y participe gratuitamente de las aguas de la vida.

¿Podemos ser demasiado serios y abnegados en nuestros esfuerzos por presentar la verdad al mundo? ¿Pediremos comodidad y los placeres de esta vida, disfrutar de nuestros hogares agradables y de la sociedad de la familia y los amigos, y dejar que otros hagan el trabajo que debe hacerse para advertir al mundo? ¿Suplicaremos como los ingratos a quienes Cristo invitó a cenar: "Te ruego que me excuses"? ¿O nos ceñiremos la armadura con alegría, esperanza y fe y, como valientes soldados, estaremos dispuestos a participar en lo más reñido de la lucha, librar la buena batalla, compartir la gloriosa victoria y recibir la recompensa eterna?

E. G. W.

5 de agosto de 1875

Los primeros deberes de la madre

La limpieza, la pulcritud y el orden son indispensables para la buena administración del hogar. Pero cuando la madre hace de estos deberes los más importantes de su vida y se dedica a ellos, descuidando el desarrollo físico y la formación mental y moral de sus hijos, comete un triste error. El *Agricultor* habla bien de este tema bajo el título de

Pulcritud sin principios

"La limpieza está junto a la piedad"; pero no olvidemos nunca que la piedad es lo primero que hay que buscar, y después la limpieza en cualquier medida. Si alguien supone que yo quiero decir que ustedes deben 'convertirse' en el sentido ordinario de esa frase, y luego seguir fregando y fregando con todas sus fuerzas, sin ninguna aplicación del cristianismo a estos asuntos de lavaplatos y cacerolas, esa persona no me conoce. El 'fruto del espíritu es amor, gozo, paz,' etc., y más allá de todo precio; la pulcritud es sólo un asunto secundario.

"Estamos poniendo la limpieza por encima de la piedad si cepillamos y fregamos hasta que nuestros nervios están tan cansados que el buen humor se convierte casi en una imposibilidad física; o si mantenemos a nuestros amigos en constante temor de ensuciar nuestras instalaciones; o si nos permitimos estar

muy desanimados por cualquier desastre que le suceda a nuestras alfombras o manteles. Es difícil soportar estas cosas, si no tenemos abundantes medios y mucha ayuda; y no conozco otra cosa que una verdadera filosofía en la que crea el corazón, así como el intelecto, que nos ayude a salir adelante. ¿Realmente deseamos llevar una vida verdadera y cumplir con nuestro deber para con nuestras familias? Entonces debemos establecer en nuestras mentes qué es lo esencial para este fin, y subordinar resueltamente los demás asuntos.

"Es pulcritud sin principios la que insiste en delantales limpios y caras pulidas para los niños más que en palabras amables y paciente simpatía con sus planes y placeres, la que se preocupa más por las moscas y el polvo que por la salud y la felicidad de la familia. Las ventanas brillantes, la pintura inmaculada y los suelos bien lustrados son cosas excelentes a su manera; pero si sólo puedes conseguirlas perdiendo todo el tiempo y el gusto por la lectura y la recreación al aire libre, ten la nobleza de soportar algo de suciedad y harapos, antes que sacrificar la vida por la carne o el cuerpo por el vestido. Por el bien de todos los que te rodean, así como por tu propio bien, salva tus nervios de la tensión excesiva, y tu vida intelectual de la inanición. Pero nunca sacrifiques la limpieza a la ostentación. Los niños son afortunados si se les proporciona ropa limpia y completa; pero ninguna de estas cosas puede compararse en valor con el amor y el cuidado de una madre sabia con respecto a la formación del carácter y el desarrollo de una mente sana en un cuerpo sano. Un marido tiene algo por lo que decir 'gracias', cuyos botones nunca faltan y cuya cena siempre está a tiempo y en buen orden; pero merece perderse los mejores regalos de esta vida quien valora estas cosas por encima de la compañía e inspiración de una esposa en todas las cosas más encantadoras y de buena reputación."

He visto a una madre cuyo ojo crítico podía discernir cualquier cosa imperfecta en el emparejamiento de la carpintería de su casa, y que era muy exigente en que la limpieza de su casa se hiciera a fondo a la hora precisa que ella había fijado, y lo hacía con frecuencia a expensas de la salud física y espiritual, mientras que a sus hijos se les dejaba correr por la calle y obtener una educación callejera. Estos niños crecían toscos, egoístas, groseros y desobedientes. La madre, aunque había contratado ayuda, estaba tan ocupada con las tareas domésticas que no tenía tiempo para educar adecuadamente a sus hijos. Los dejaba crecer con deformidad de carácter, indisciplinados y sin formación. Sólo podemos pensar que el buen gusto de la madre no se ejerció en la dirección correcta, o habría visto la necesidad de moldear las mentes y los modales de sus hijos, y educarlos para que tuvieran caracteres simétricos y temperamentos encantadores.

Si la madre hubiera dejado que estas cosas, a las que ha permitido reclamar su primera atención, pasaran a un segundo plano, habría considerado la formación física, mental y moral de sus hijos de una importancia casi infinita. Quienes asumen la responsabilidad de ser madres deben sentirse bajo la más solemne obligación ante Dios y ante sus hijos, de educarlos de tal manera que tengan disposiciones amables y afectuosas, y que sean puros en su moral, refinados en su gusto y encantadores en su carácter.

La madre ama a sus hijos. Es cierto. No puede evitarlo. Pero este amor con frecuencia se aplica mal, pues la lleva a consentir a sus hijos en perjuicio de ellos.

Durante años he mirado a estos niños con sentimientos de tristeza, repitiéndome a veces estas palabras: "Lo que sembréis, también recogeréis". Estos niños han necesitado la influencia de una mente tranquila y bien equilibrada. El tiempo de la madre no podría emplearse más provechosamente que en buscar la sabiduría celestial, y en estudiar cómo formar a sus hijos para Dios. Si quiere tener éxito, debe tener una firme confianza en Dios, y esa mente alegre y esperanzada y ese temperamento pacífico que fluyen de los principios religiosos puros. Todo esfuerzo que haga en este sentido le será recompensado diez veces.

Si las madres descuidan educar debidamente a sus hijos, su negligencia se refleja de nuevo en ellas, haciendo que sus cargas y perplejidades sean más duras de lo que habrían sido si hubieran dedicado tiempo y paciente cuidado a educar a sus hijos en la obediencia y la sumisión. Al final valdrá la pena que las madres hagan de la formación del carácter de sus hijos su primera y más alta consideración, para que las espinas no echen raíces y produzcan una cosecha abundante. Dios exhorta a las madres a que colaboren con él en la formación del carácter de sus hijos, en vez de perder su tiempo en trabajos innecesarios para hacer ostentación en sus casas a los ojos de los visitantes, mientras sus hijos salen con caracteres torcidos y deformes. No se los entrena para que sean útiles, ni se moldea su mente para que tengan abnegación y dominio propio, teniendo caracteres hermosos que los ángeles puedan amar. Dios valora el adorno interior, el ornamento de un espíritu manso y tranquilo. En comparación con esto, la ornamentación exterior es de poca importancia.

Las madres tienen la sagrada misión de dirigir y educar las mentes de sus hijos. No deben estar tan absorbidas por lo artificial y cargadas de cuidados que no puedan tener tiempo para educar a sus hijos a partir del gran libro de la naturaleza de Dios, impresionando sus jóvenes mentes con las bellezas de los

capullos y las flores que se abren. Los altos árboles, los hermosos pájaros que cantan alegres canciones a su Creador, hablan a sus sentidos de la bondad, la misericordia y la benevolencia de Dios. Cada hoja y cada flor con sus variados matices, perfumando el aire, les enseñan que Dios es amor. Todo lo que es bueno, hermoso y bello en este mundo les habla del amor de nuestro Padre Celestial. Pueden discernir el carácter de Dios en sus obras creadas. Los padres deben aprovechar toda oportunidad para impresionar a sus hijos relacionando en sus mentes a Dios con las cosas de la naturaleza, para que puedan mirar a través de la naturaleza al Dios de la naturaleza. Llevad a vuestros hijos a considerar a Dios como el Creador de todas las cosas, y a reverenciar y temer al que está exaltado sobre los cielos, y a amarle porque él les amó primero. Las evidencias de su amor las tienen por todas partes, hablándoles a través de las glorias de la naturaleza. Sus asuntos temporales pueden ser descuidados antes que los deseos del corazón y la cultura de las mentes de sus hijos.

E. G. White.

12 de agosto de 1875

De reunión en reunión

La siguiente carta de la hermana White fue escrita mientras viajaba de una reunión a otra. En los vagones y en los depósitos, dondequiera que encontraba la oportunidad, escribió algunas líneas que nos complace presentar a los lectores de Signs.

W. C. W.

Nuestro tercer campamento-reunión está cerrado. Hemos sido bien atendidos en estas reuniones. Se nos proporcionó una pequeña tienda para nuestro uso, y nuestras comidas fueron preparadas por amables amigos, en el campamento. Después de clausuradas las reuniones, el hno. Chase nos llevó a su casa donde compartimos su hospitalidad tomando un descanso nocturno y un desayuno de Nueva Inglaterra antes de emprender el camino a la siguiente reunión. De camino a casa del hno. Chase, pasamos por Monroe, donde trabajamos hace diecisiete años con el Hno. Sperry. Hace ya mucho tiempo que terminó sus labores, para descansar hasta que la voz de Jesús llame a los justos de sus tumbas a una vida gloriosa e inmortal. Nosotros seguimos trabajando, esperando todavía la aparición de Cristo.

El martes por la noche nos despertó una terrible tormenta. Los relámpagos se sucedían tan rápidamente que parecían un solo resplandor. Los truenos, tañido tras tañido, parecían sacudir la tierra. Por la mañana, el cielo parecía de bronce bruñido. Esta y otra fuerte tormenta de la noche siguiente causaron grandes daños, destrozando los árboles del bosque, dañando las casas y, en varios casos, hiriendo a los durmientes. El ferrocarril fue arrasado en varios lugares, retrasándonos tanto que no llegamos al campamento de Minnesota hasta el viernes.

Es doloroso presenciar, al pasar de un lugar a otro, la conducta imprudente y frívola de muchos jóvenes. La Biblia concede la mayor importancia a la rectitud moral. Los libros de Moisés, los Salmos de David, los Proverbios, los Apóstoles y las enseñanzas de nuestro Salvador, presentan la idea de que cada uno debe ser juzgado por sus principios; no por su profesión, su fe o su apariencia; porque aunque sea de buena apariencia, puede tener pecados ocultos. El corazón debe ser renovado; el árbol debe hacerse bueno o no aparecerá el buen fruto. "No te maravilles", dijo Cristo a Nicodemo, "de que te diga que es necesario nacer de nuevo". Un nuevo gusto moral tiene que ser creado antes de que el hombre ame obedecer la ley de Dios.

Cuánto he reflexionado sobre los renacimientos populares. Hay muchas invenciones modernas para remediar los males existentes en la sociedad, pero hemos visto muy pocos resultados buenos y duraderos de ellas. Se aprovechan los impulsos del momento para inducir a los hombres a profesar que abandonan una vida pecaminosa. La reforma de la vida es necesaria, pero la reforma hecha bajo excitación rara vez durará más que la excitación en que se originó. Las conversiones hechas moviendo los sentimientos por la relación de anécdotas e historias sensacionales, no llevan la impresión del Cielo. Se necesita el trabajo del corazón. El pecador necesita tener una comprensión claramente definida de lo que es el pecado, y de que debe arrepentirse del pecado, que es la transgresión de la ley de Dios. Cuando se comprende esto, se siembra la semilla para una conversión verdadera y completa.

Tenemos ejemplos de hombres de moral degradada que han sido llevados ante la ley de Dios, el verdadero espejo: en ella han visto los defectos de su carácter, y cuando señalados a la sangre expiatoria de un Redentor crucificado, la aceptaron como su única esperanza, se convirtieron verdaderamente. A partir de ese momento su vida cambió; no tienen una religión sensacional.

David pecó, transgredió la ley de Dios. Un profeta de Dios fue enviado para reprenderlo y convencerlo de su error. No cantó canciones conmovedoras, ni contó anécdotas conmovedoras, sino que presentó a David una ilustración de su propia conducta, en una figura, y dejó que se sentenciara a sí mismo, luego dijo: "Tú eres el hombre". David se arrepintió y encontró perdón por medio de Cristo. Y así debe ser con el pecador ahora, debe darse cuenta de la enormidad de su pecado, antes de que pueda ejercer un verdadero arrepentimiento y experimentar una conversión completa.

Ellen G. White.

19 de agosto de 1875

Las madres y sus hijas

Algunas madres cometen el error de liberar a sus hijas del trabajo y los cuidados. Al hacerlo, las alientan a la indolencia. La excusa que a veces alegan estas madres es: "Mis hijas no son fuertes". Pero toman el camino seguro para hacerlas débiles e ineficaces. El trabajo bien dirigido es justo lo que necesitan para hacerse fuertes, vigorosas, alegres, felices y valientes para hacer frente a las diversas pruebas con las que esta vida está acosada.

Madres, el trabajo no perjudicará tanto a vuestras hijas como la indolencia. ¿Se sienten cansadas al terminar sus obligaciones diarias? Una noche de descanso las refrescará y vigorizará, y por la mañana estarán preparadas para dedicarse de nuevo a un trabajo útil.

Muchas madres están demasiado dispuestas a proteger a sus delicadas hijas, amantes de la facilidad y ávidas de placer, del cuidado y la responsabilidad, como si temieran que un poco de cuidado pudiera dañarlas. Estas madres cometen un triste error. Al quitar responsabilidades a sus hijas, las hacen ineficaces para el trabajo útil, y las vuelven inútiles en lo que se refiere a la vida práctica.

Su educación tiende a hacerles desconsiderados con los demás. Son frívolos y, tal vez, vanidosos. Su mente está ocupada en sí mismos. Sus propias diversiones y gratificaciones egoístas son su principal estudio. Se vuelven orgullosos, ineducables e indulgentes. Se creen delicadas de salud, cuando tienen las facultades necesarias, si se las ejercita, para ser mujeres útiles y trabajadoras.

La indolencia es una maldición para ellas. Aprenden el ceceo artificial, simpático y a la moda, tan común en las jóvenes mimadas. La afectación se ve en casi todas sus acciones. Se divierten consigo mismas y se desprecupan de los demás. Viven de la abundancia que les rodea en el hogar paterno y dependen de la generosidad de sus padres. Se apoyan en la fuerza de sus padres y no adquieren el poder de depender de sí mismos. Y los de esta clase no están preparados para las duras realidades de la vida. No prevén las pérdidas y decepciones de esta vida inconstante. Pueden verse privados de sus bienes y de sus padres. ¿En qué se apoyarán entonces? No han adquirido un principio de autosuficiencia, de noble independencia y autosuficiencia, y decaen por la murmuración, la decepción y el desaliento. Pueden entonces lamentar los defectos de su educación y culpar de ellos a sus madres. Estos son algunos de los muchos frutos del cariño equivocado de una madre.

La inactividad debilita el sistema. Dios hizo a los hombres y a las mujeres para ser activos y útiles. Nada puede aumentar la fuerza de los jóvenes como el ejercicio adecuado de todos los músculos en un trabajo útil. Pero la madre indulgente frecuentemente sacrifica su vida en su equivocado afecto por sus hijos. Y ¿se benefician ellos, de alguna manera, con el gran sacrificio de la preciosa fuerza de la madre? No; resultan positiva y permanentemente perjudicados. Se les enseña a pensar y a preocuparse sólo de sí mismos. "Así como la ramita se dobla, el árbol se inclina".

Este es especialmente el caso de las hijas que están más directamente bajo la influencia de la madre. Ella debe instruir a sus hijas para que no cedan ante indisposiciones y dolencias leves. Si se quejan de incapacidad para el trabajo, no se les debe instar a comer. Se les debe enseñar que si son incapaces de realizar un trabajo ligero, el sistema no está en condiciones de ocuparse de la comida. Deben ayunar una o dos veces y beber sólo agua pura y blanda. La pérdida de una o dos comidas permitirá al sistema sobrecargado superar ligeras indisposiciones; e incluso dificultades más graves pueden ser superadas por este simple proceso.

Es muy perjudicial para las personas en plena carne permanecer en cama, simplemente porque se sienten enfermas. Algunos, aun estando así inactivos, comen con regularidad. La indolencia debilita las facultades físicas, mentales y morales.

Madres, si vuestras hijas están rodeadas de abundancia, no hagáis de esto una excusa para descuidar el darles una educación en las ramas útiles del trabajo

doméstico. No las alentéis en la indolencia, ni permitáis el empleo frívolo de su tiempo. Debes ayudar a tus hijos a adquirir conocimientos que, en caso necesario, les permitan vivir de su propio trabajo. Debes enseñarles a ser decididos en el cumplimiento del deber.

Jóvenes amigos, aprended a apoyaros en la fuerza divina. Todo lo demás, en comparación con esto, es debilidad. Aunque os sintáis débiles, podéis buscar en Dios, por la fe, la energía que haga eficaces vuestros esfuerzos. En la fuerza de tu Redentor, puedes seguir el camino del deber. Puedes sostenerte en su fuerza con autosuficiencia, con noble independencia, trabajando con diligencia para desarrollar una buena fortaleza física, mental y moral. Puedes hacerlo mientras dependes de la gracia de tu Redentor para que te ayude en tus esfuerzos. Sigue el camino del deber, y puedes estar seguro de que los peligros, las pruebas, los trabajos y los conflictos de la vida, nunca entrometerán sus oscuras sombras en las mansiones que Cristo está preparando para los fieles.

"Y enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos, y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron".

E. G. White.

9 de diciembre de 1875

La vida a la moda

Una vida a la moda le quita a la naturaleza su sencillez y su belleza atractiva. Nuestros hábitos artificiales nos privan de disfrutar de lo natural y nos incapacitan para la vida práctica. ¿Cómo pueden las madres cristianas, en la educación de sus hijos, seguir los pasos de la multitud e inclinarse ante el santuario de la moda?

Vivir a la moda es una vida tan cara como ingrata. Mucho tiempo y medios se malgastan simplemente para crear sensación en la sociedad de la moda, que el Maestro ha confiado a su pueblo profeso, con los cuales bendecir a los necesitados y promover su causa. Los vestidos se preparan con mucho trabajo y gran gasto de medios, para embellecer la persona, y hacer bella la apariencia externa; sin embargo, a pesar de todo este adorno artificial, se comparan pobremente con la belleza de la flor más simple de la naturaleza.

El Redentor del mundo, al dar sus lecciones de confianza a sus discípulos, les señala los lirios del campo, y dice: "Considerad los lirios del campo, cómo

crecen; no trabajan, ni hilan, y sin embargo os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos". La gran cantidad de trabajo innecesario para hacer atractiva la apariencia externa mediante decoraciones artificiales se hace frecuentemente sacrificando la salud. Después de todos los preparativos que la variedad y el orgullo pueden sugerir, los que así se adornan no pueden soportar la comparación, en todo su costoso arreglo, con el simple y natural lirio del campo.

Quisiera recalcar a las madres cristianas la necesidad de estar despiertas al hecho de que cada acto de sus vidas está influyendo en el futuro de sus hijos, y está formando sus caracteres para ser influenciados por las costumbres de la sociedad, o les está dando una visión correcta de la verdad y de los principios rectos, como base de sus acciones. Muchas madres cristianas se sienten obligadas, por falsos puntos de vista, a caer en las costumbres de la sociedad y en la corriente de la moda. Con su experiencia madura pueden ser más capaces de resistir la corriente de la vida a la moda, y evitar sus tendencias viciosas y descendentes; pero al adornar sus casas, y al vestir a sus hijos de acuerdo con las costumbres de la sociedad a la moda, están dando ejemplos a sus hijos, y rodeándolos de una influencia que está calculada para fomentar el orgullo, la vanidad y el egoísmo, y son arrastrados por la corriente de la moda, alejándose, alejándose, de la verdadera bondad y alejándose de Dios.

Cuántas horas preciosas ocupan los padres en la educación de sus hijos para las miserias de la moda, para vidas peores que perdidas. Cuánto más provechosas serían las lecciones dadas a sus hijos de las maravillosas obras de Dios en la naturaleza, vistas en las flores sencillas, pero delicadas y bellamente teñidas. Los padres pueden enseñar a sus hijos que todos los adornos ostentosos y costosos no pueden compararse en belleza y gloria con una de las modestas flores de Dios. Las mentes de los niños deben ser llevadas a ver la vacuidad de la vida a la moda.

Los padres deben superar los deseos de vivir para la apariencia. Más bien deberían dedicar tiempo a hacer felices a sus hijos en sus hogares, para que amen la sociedad de sus padres; haciéndolos sus confidentes y consejeros, y disfrutando de un empleo útil, adquiriendo el gusto por lo natural, más que por lo artificial. Debemos inculcar en la mente de nuestros hijos que no son suyos, que pueden ir, venir, vestirse y actuar como les plazca. Son propiedad de Dios, comprados por el sacrificio de la vida de Cristo; y su vida no debe ser desperdiciada en la indolencia o en la búsqueda de sus propios placeres. Si poseen atractivos personales y raras habilidades naturales, debe tenerse mayor

cuidado en su educación, no sea que estas dotes se conviertan en una maldición, y se usen de tal manera que los descalifiquen para las sobrias realidades de esta vida, y, por adulación, vanidad y amor a la ostentación, los incapaciten para la vida mejor.

Nuestros hijos deben ser instruidos cuidadosamente respecto a su propio ser y a las obligaciones, relaciones y deberes de la vida. Deben enseñarles que su vida no ha de malgastarse en vanidad, necedad y orgullo; porque Dios les ha dado la vida para que la mejoren. Deben enseñarles que tienen un lugar que ocupar, un papel que desempeñar y un objeto que alcanzar. Deben educarles a no dejarse llevar, sino a soportar cargas, a negarse a sí mismos y a practicar el dominio de sí mismos.

Madres, el tiempo dedicado por muchas de vosotras, con los dedos ocupados y los ojos cansados, trabajando diligentemente en recortar, o en bordar una falda o un vestido, para atraer la admiración y la envidia de quienes no pueden tener estos extras, está mal empleado. Al final os resultará como las manzanas de Sodoma, hermosas por fuera, pero cenizas por dentro. Al dedicar tiempo y medios a la ostentación, estás enseñando a tus hijos a amar estas cosas. "Según se dobla la rama, el árbol se inclina". A medida que vuestros hijos e hijas se hacen mayores, acercándose a la edad adulta y a la edad femenina, os lamentáis de que sus mentes sean frívolas y estén absortas en sus placeres, en el vestir a la moda y en la ostentación exterior, mientras que tienen muy poco sentido de sus obligaciones para con sus padres o para con Dios. Frecuentemente tienen un desprecio positivo por el trabajo útil, o por aligerar las cargas soportadas por sus padres.

La semilla que los padres han sembrado en el corazón de sus hijos ha brotado y está dando una cosecha abundante. Las lecciones que han enseñado a sus hijos se ponen en práctica. Son lo que sus padres han hecho de ellos. No poseen valor moral ni noble independencia. Siguen la estela de la moda y viven para ser mimados, halagados y admirados. El espectáculo exterior es la ambición de sus vidas peores que inútiles.

Nuestros niños deben ser instruidos para que puedan ser inteligentes en lo que respecta a su propio organismo físico. A una edad temprana, mediante una instrucción paciente, se les puede hacer comprender que deben obedecer las leyes de su ser, si quieren estar libres del dolor y la enfermedad. Deben comprender que sus vidas no pueden ser útiles, si están lisiados por la

enfermedad. Tampoco pueden agradar a Dios si provocan la enfermedad sobre sí mismos por el desprecio de las leyes de la naturaleza.

Muchos padres profesamente cristianos siguen el ejemplo de la multitud en su conformidad con el mundo. Padres, ustedes han tomado la responsabilidad de traer hijos al mundo, sin ninguna voz de ellos, y ustedes son responsables de las vidas y almas de sus hijos. Tienen las atracciones del mundo para fascinar y seducir. Pueden educarlos para fortalecerlos contra su influencia corruptora. Podéis instruirlos para que asuman las responsabilidades de la vida y comprendan sus obligaciones para con Dios, la verdad y el deber, y la influencia que sus acciones tendrán en su futura vida inmortal. En la educación de sus hijos, incluso los padres cristianos dan importancia primordial a muchas cosas innecesarias. Una investigación minuciosa, iluminada por el Espíritu de Dios, revelaría a estos padres que una gran parte de las cargas y fatigas de la vida que sufren, Dios no las ha atado sobre ellos; sino que las acumulan sobre sí mismos al hacer las mismas cosas que Dios les ha prohibido expresamente.

"Y no os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta". Muchos padres que profesan ser cristianos, para gratificar a sus hijos, trabajan y gastan medios, desgastan sus fuerzas, y aun sacrifican sus vidas, para que sus hijos estén a la moda. Cuando he visto a estos padres preocuparse y quejarse de las pruebas, las tentaciones, las tinieblas y las tinieblas, inquietarse por la vida, llevando su carga innecesaria de cuidados, he recordado las palabras de Cristo a los fariseos: "Diezmáis la menta, la ruda y toda clase de hierbas, y pasáis por alto el juicio y el amor de Dios."

Hay una tendencia natural en todos a ser sentimentales, más que prácticos. En vista de este hecho, es importante que los padres, en la educación de sus hijos, dirijan y entrenen sus mentes para amar la verdad, el deber y la abnegación, y para poseer una noble independencia, para elegir estar en lo correcto, si la mayoría elige estar equivocada. Nuestros hijos que reciben una educación en la escuela, deben llegar a ser inteligentes con respecto a sus propios cuerpos, la morada que Dios les ha dado, y llevar su conocimiento a su vida diaria, para que puedan llegar a ser inteligentes con respecto a la relación que su alimentación, vestimenta y caminar, sostienen con la vida, la salud y la felicidad.

Si conservan para sí constituciones sanas y temperamentos amables, poseerán la verdadera belleza que pueden lucir con una gracia divina. Y no tendrán

necesidad de adornarse con artificios, porque éstos son siempre expresivos de una ausencia del adorno interior del verdadero valor moral. Un carácter hermoso tiene valor a los ojos de Dios. Tal belleza atraerá, pero no engañará. Tales encantos son colores rápidos; nunca se desvanecen.

Padres, aquí tenéis una obra ante vosotros. Pueden preservar su salud siendo menos ansiosos por lo externo, embelleciendo la persona con adornos artificiales, y dedicar su precioso tiempo al adorno y embellecimiento de la mente. Podéis, en el temor de Dios, asumir vuestro deber descuidado, y educar a vuestros hijos para que formen caracteres para el Cielo. El apóstol inspirado contrasta el adorno interior con la exhibición artificial exterior, y lo declara no corruptible. Declara que el ornamento de un espíritu manso y tranquilo es de gran valor a los ojos de Dios. Si se nos dice claramente lo que Dios valora, seremos inexcusables si continuamos amando la ostentación, idolatramos nuestros cuerpos y descuidamos cultivar el adorno interior y perfeccionar los caracteres hermosos que Dios puede aprobar.

E. G. W.

6 de enero de 1876

Templanza cristiana

Vivimos en una época de intemperancia. La salud y la vida son sacrificadas, por muchos, para gratificar su apetito por indulgencias dañinas. Estos últimos días se caracterizan por la depreciación de la moral y la debilidad física, como consecuencia de estas indulgencias y de la falta de voluntad general para dedicarse al trabajo físico. Muchos sufren hoy de inacción y malos hábitos.

La mayoría de los jóvenes de esta generación son aficionados a las diversiones y temerosos del trabajo. Por lo general, carecen de valor moral para negar el apetito y responder a las exigencias del deber. Tienen poco dominio de sí mismos y se excitan y apasionan a la menor ocasión. La ociosidad y la abundancia de dinero para gastar en diversiones, placeres excitantes, vinos, licores y tabaco, sientan las bases de la enfermedad y la ruina. La virilidad y la virtud se sacrifican en el altar de la lujuria. Muchas personas de toda edad y condición carecen de principios y de conciencia, y con hábitos de derroche se precipitan en todos los vicios y corrompen a la sociedad, hasta que nuestro mundo se está convirtiendo en una segunda Sodoma.

Los festines glotonos y la indulgencia de narcóticos y estimulantes, son llevados a grandes extremos incluso por el mundo cristiano. ¡Cuántos cierran sus últimas horas preciosas del tiempo de prueba, en escenas de alegría, banquete y diversión, donde no se permite la entrada de pensamientos serios, donde el espíritu de Jesús no sería bienvenido! Sus últimas horas preciosas transcurren mientras sus mentes están entumecidas por el tabaco y los licores alcohólicos. No son pocos los que pasan directamente de los antros de la infamia al sueño de la muerte; cierran el registro de su vida entre las asociaciones de la disipación y el vicio. ¡Cuál será el despertar en la resurrección de los injustos!

El ojo del Señor está abierto sobre cada escena de diversión degradante y disipación profana. Las palabras y los hechos de los amantes del placer pasan directamente de estos salones del vicio al Libro de los registros finales. ¿Qué valor tiene para el mundo la vida de esta clase, excepto como faro de advertencia para aquellos que serán advertidos de no vivir como estos hombres, y morir como muere el necio? El apóstol suplica así: "Os ruego, pues, hermanos, por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. Y no os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta."

Cuando seguimos un curso de comer y beber que disminuye el vigor físico y mental, o nos convertimos en presa de hábitos que tienden a los mismos resultados, deshonoramos a Dios, porque le robamos el servicio que reclama de nosotros. Los que adquieren y satisfacen el apetito antinatural del tabaco, lo hacen a expensas de la salud. Destruyen la energía nerviosa, disminuyen la fuerza vital y sacrifican la fuerza mental.

Aquellos que profesan ser seguidores de Cristo y sin embargo tienen este terrible pecado a su puerta, no pueden tener una alta apreciación de la expiación y una elevada estimación de las cosas eternas. Las mentes que están nubladas y parcialmente paralizadas por los narcóticos, son fácilmente vencidas por la tentación, y no pueden disfrutar de la comunión con Dios.

Los que consumen tabaco no pueden hacer más que un pobre alegato a los ebrios de licor. Dos tercios de los borrachos de nuestro país crearon su apetito por el licor mediante el uso del tabaco. Aquellos que afirman que el tabaco no les hace daño, pueden convencerse de su error privándose de él durante unos días; los nervios temblorosos, la cabeza mareada, la irritabilidad que sienten, les probarán que esta indulgencia pecaminosa les ha atado a la esclavitud. Ha

vencido a la fuerza de voluntad. Están esclavizados a un vicio que es temible por sus resultados.

El amor al tabaco es una lujuria guerrera. Así se malgastan medios que ayudarían en la buena obra de vestir al desnudo, alimentar al hambriento y enviar la verdad a las pobres almas de Cristo. ¡Qué registro aparecerá cuando las cuentas de la vida se equilibren en el libro de Dios! Aparecerá entonces que se han gastado vastas sumas de dinero en tabaco y licores alcohólicos. ¿Para qué? ¿Para asegurar la salud y prolongar la vida? ¡Oh, no! ¿Para ayudar a la perfección del carácter cristiano y a la aptitud para la sociedad de los santos ángeles? ¡Oh, no! Sino para satisfacer un apetito depravado y antinatural por aquello que envenena y mata no sólo a quien lo consume, sino también a aquellos a quienes transmite su legado de enfermedad e imbecilidad. Dios no se propone obrar un milagro para preservar nuestra salud y fortaleza que estamos dañando diariamente por el vicio y los hábitos de indulgencia dañina.

La comida preparada con condimentos y especias inflama el estómago, corrompe la sangre y allana el camino a estimulantes más fuertes. Induce debilidad nerviosa, impaciencia y falta de autocontrol. Le siguen el tabaco y la copa de vino.

Hemos visto que las victorias obtenidas por la "Cruzada de la Templanza" no suelen ser permanentes. En aquellos lugares donde la excitación fue mayor y aparentemente se logró más al cerrar los salones de licor y reclamar a los ebrios, después del lapso de unos pocos meses, la intemperancia prevaleció en mayor medida que antes de que se hiciera el esfuerzo por suprimirla.

La razón es evidente. El trabajo no es profundo y minucioso. El hacha no se coloca en la raíz del árbol. Las raíces de la intemperancia son más profundas que el mero consumo de licor. Para que el movimiento antialcohólico tenga éxito, el trabajo de reforma debe comenzar en nuestras mesas. Comer carne no mejora la salud física, mental o moral, sino que, por el contrario, con frecuencia causa enfermedades de carácter muy agravante. El uso de carnes muy condimentadas crea un apetito por estimulantes más fuertes como el tabaco y el licor.

Los resultados inmediatos de comer carne pueden ser aparentemente vigorizar el sistema, pero esto no es razón para considerarlo el mejor artículo de la dieta. El uso moderado de brandy tendrá el mismo efecto por el momento, pero cuando su influencia excitante desaparece, sigue una sensación de languidez y debilidad. Aquellos que dependen de alimentos simples y nutritivos, que son

comparativamente poco estimulantes en sus efectos, pueden soportar más trabajo en el transcurso de meses y años que el carnívoro o el bebedor de licor. Los que trabajan al aire libre se sentirán menos perjudicados por el uso de carnes que los de hábitos sedentarios, porque el sol y el aire son grandes ayudas para la digestión, y hacen mucho para contrarrestar el efecto de los malos hábitos de comer y beber.

Todos los estimulantes apresuran demasiado la maquinaria humana, y aunque, por el momento, la actividad y el vigor pueden parecer aumentados, en proporción a la influencia irritante empleada, debe haber una reacción; una debilidad seguirá correspondiendo en grado a la excitación antinatural que ha sido producida.

Cuando se siente esta debilidad, se usa de nuevo algo que estimule y tonifique el sistema para dar alivio inmediato a la desagradable languidez. La naturaleza se educa gradualmente a confiar en este remedio repetido a menudo, hasta que sus poderes se debilitan por ser despertados a menudo a una acción antinatural. Todas las personas deberían familiarizarse con las leyes de su ser. Debería ser un tema importante de estudio, cómo vivir, cómo regular el trabajo, y cómo comer y beber en referencia a la salud.

Cuanto más sencilla y naturalmente vivamos, mejor podremos resistir las epidemias y las enfermedades. Si nuestros hábitos son buenos y el sistema no está debilitado por una acción antinatural, la Naturaleza nos proporcionará todo el estímulo que necesitamos.

Si los hombres y las mujeres viven perseverantemente de acuerdo con las leyes de la vida y de la salud, obtendrán los benditos resultados de toda una reforma sanitaria. Pero muchos cometen un error al comienzo mismo de su reforma. Se van a los extremos. Llevan sus ideas demasiado lejos. Sus puntos de vista con respecto a la dieta saludable son demasiado estrechos. Tienen los mismos artículos de comida en sus mesas, con apenas una variación, de semana a semana, y de mes a mes. No se esmeran en preparar la fruta y los cereales de forma apetitosa y saludable, y, después de haber seguido rígidamente este camino durante un tiempo, deciden que no pueden seguir los principios de la reforma sanitaria y vuelven a su antigua forma de vida.

Los que parten de un impulso y siguen un curso radical durante un tiempo y luego vuelven atrás, hacen un gran daño a la causa. Muchos hacen cambios demasiado grandes y repentinos en su dieta. A medida que les llega la luz de la reforma sanitaria, se les despierta la conciencia respecto a su forma de comer y

beber, y en su esfuerzo por cambiar sus hábitos de vida no conservan un término medio seguro, sino que se van a un extremo de inmediato. Reducen la cantidad y la calidad de sus alimentos. Esta abstinencia reduce sus fuerzas y realmente daña su salud. Finalmente llegan a la conclusión de que no pueden vivir la reforma sanitaria. Los hechos reales del caso son que nunca llevaron *a cabo* sus principios. La reforma sanitaria, tal como nosotros la entendemos, no consiste en una dieta empobrecida. La mesa debe estar bien provista de frutas y cereales preparados de tal manera que no sólo sean nutritivos, sino también apetecibles.

Algunos tienen la idea de que adoptar la reforma sanitaria es subsistir con los alimentos más baratos preparados con el menor trabajo. Esto no es cierto. Es una difamación de los principios de la reforma sanitaria. El sistema humano debe alimentarse, y no todos pueden saborear los mismos platos. Por lo tanto, cuando la mesa está servida con el mismo artículo de comida, preparado de la misma manera, comida tras comida y día tras día, algunos miembros de la familia pueden estar bien satisfechos y disfrutar mucho de su comida, mientras que otros pueden ser sólo capaces de comer con moderación de un plato y las necesidades del sistema no serán satisfechas; porque es un hecho que algunas personas no pueden saborear, o ser alimentadas por artículos de comida que otros disfrutan y prosperan. Pero cada persona puede hacer mucho por educar el gusto y el apetito para saborear alimentos sencillos y saludables, como el pan de Graham y las gachas de avena, y diversas verduras, aunque al principio les resulten desagradables.

La regla que algunos recomiendan es comer siempre que se tenga sensación de hambre, y comer hasta saciarse. Esta conducta conduce a la enfermedad y a numerosos males. El apetito en la actualidad no es generalmente natural, por lo tanto no es un índice correcto de las necesidades del sistema. Ha sido mimado y mal dirigido hasta que se ha vuelto mórbido y ya no puede ser una guía segura. Se ha abusado de la naturaleza, sus esfuerzos han sido paralizados por hábitos erróneos y la indulgencia en lujos pecaminosos, hasta que el gusto y el apetito se han pervertido por igual. No es natural tener antojo de carnes. No era así al principio. El apetito por la carne ha sido creado y educado por el hombre. Nuestro Creador nos ha proporcionado, en verduras, granos y frutas, todos los elementos de nutrición necesarios para la salud y la fuerza. La carne no formaba parte de la alimentación de Adán y Eva antes de su caída. Si las frutas, los vegetales y los granos no son suficientes para satisfacer las necesidades del hombre, entonces el Creador cometió un error al proveer para Adán.

Los hábitos de la época son serios obstáculos para el perfeccionamiento del carácter cristiano. Físicamente estamos compuestos de lo que comemos, y nuestras mentes están grandemente influenciadas por nuestros cuerpos. Si subsistimos en gran parte con carne de animales, la naturaleza animal aumenta en la misma proporción. El hombre es suficientemente animal en su naturaleza sin cultivar esas propensiones mediante la ingestión de alimentos que estimulan y excitan los órganos animales a la actividad. A medida que estas propensiones se fortalecen, las facultades mentales y morales disminuyen.

Dios no negó la carne a los hebreos en el desierto simplemente para mostrar su autoridad, sino por su bien, para que pudieran conservar la fuerza física y moral. Él sabía que el uso de alimentos de origen animal fortalece las pasiones animales y debilita el intelecto. Sabía que la satisfacción del apetito de los hebreos por las carnes debilitaría sus facultades morales e induciría una disposición tan irritable que el vasto ejército se volvería insubordinado, perdería el alto sentido de sus obligaciones morales y rehusaría ser controlado por las sabias leyes de Jehová. La violencia y la rebelión existirían entre ellos, haciendo imposible que fueran un pueblo puro y feliz en la tierra de Canaán. Dios sabía lo que era mejor para los hijos de Israel, por eso los privó en gran medida de las carnes.

Satanás los tentó para que lo consideraran injusto y cruel. Les hizo codiciar cosas prohibidas, porque vio que mediante la complacencia del apetito pervertido se volverían de mente carnal y podrían ser llevados fácilmente a hacer su voluntad; los órganos inferiores se fortalecerían, mientras que las facultades intelectuales y morales se debilitarían.

Satanás no es un novato en el negocio de destruir almas. Sabe muy bien que si puede inducir a los hombres y a las mujeres a hábitos erróneos de comer y beber, habrá obtenido, en gran medida, el control de sus mentes y de sus bajas pasiones. En el principio el hombre comía de los frutos de la tierra, pero el pecado introdujo la carne de animales muertos como alimento. Esta dieta actúa directamente contra el espíritu de verdadero refinamiento y pureza moral. La sustancia de lo que se toma en el estómago, pasa a la circulación, y se convierte en carne y sangre.

Aquellos que subsisten en gran medida con carnes inflaman el estómago, la sangre se vuelve tórvida e impura, dolores de cabeza e indisposiciones siguen. El sistema se llena de humores; fiebres, escrófulas y cánceres son las consecuencias. Esto es especialmente cierto en el caso de los que comen carne

de cerdo. Sin embargo, es tan grande la tendencia a ignorar estos males, que pocos pueden darse cuenta de los verdaderos efectos de este tipo de dieta sobre el sistema humano.

Dios exige que su pueblo sea moderado en todas las cosas. El ejemplo de Cristo, durante aquel largo ayuno en el desierto, debe enseñar a sus seguidores a rechazar a Satanás cuando viene bajo el disfraz del apetito. Entonces podrán tener influencia para reformar a los que han sido descarriados por la indulgencia, y han perdido el poder moral para vencer la debilidad y el pecado que se ha apoderado de ellos. Así podrán los cristianos asegurarse la salud y la felicidad, con una vida pura y bien ordenada y una mente clara e intachable ante Dios.

6 de enero de 1876

Sra. Ellen G. White-Su vida, experiencia cristiana y trabajos

[Nota: Este artículo introduce una serie de quince, publicados del 6 de enero al 11 de mayo de 1876, proporcionados por James White, el editor. Representa su método de llamar la atención del público en general sobre el llamamiento y la obra de su esposa, Ellen G. White. Cada artículo se compone principalmente de la historia de su vida tal como ella la contó en 1860 en *Spiritual Gifts*, Volumen II, un relato autobiográfico que escribió para la lectura de la familia de la fe. Como se preparó para las columnas de la revista misionera de la iglesia, se editó ligeramente para adaptarse mejor a las necesidades del público lector general. Siendo una variante del relato de los *Dones Espirituales*, los artículos están incluidos en esta reimpresión facsímil].

White Estate.

El nombre de la Sra. Ellen G. White es ampliamente conocido como consecuencia de sus escritos y su labor pública como oradora en diecinueve estados y en Canadá. Sus libros impresos suman unas cuatro mil páginas que han tenido una amplia circulación. Y su labor como oradora abarca un período de más de treinta años. Pero en los últimos diez años la providencia de Dios, en armonía con los deseos de las personas con las que se ha relacionado, la ha llevado a hablar a las multitudes en nuestras conferencias anuales y reuniones campestres en los diversos estados donde se han celebrado. Los reporteros de los periódicos han dado bosquejos de sus discursos, y han hecho declaraciones de sus efectos en las audiencias que le han dado prominencia en las mentes de miles de personas que no han leído sus libros ni la han oído hablar. Y el hecho,

que se destaca en sus libros, de que la Sra. White ha recibido los sentimientos que ha enseñado por revelación directa de Dios, la ha convertido en una persona de interés peculiar para todos los que la han recibido como una favorecida del Señor. Y, por otra parte, no han faltado personas entre los que rechazan su testimonio y su obra, que mencionan su nombre desfavorablemente a través de la prensa, y con espíritu de persecución tratan de excitar prejuicios contra ella. Esto, sin embargo, ha servido de propaganda y ha aumentado grandemente el deseo de la gente de oírla hablar y de leer sus libros.

En vista de la situación, durante varios años hemos sentido que el público merecía que la vida, la experiencia cristiana y las labores de la Sra. White se publicaran en un humilde volumen para que circulara tan ampliamente como se conoce su nombre. Casi todos los opositores, al predicar y escribir contra el sábado y otras doctrinas sostenidas por los adventistas del séptimo día, se refieren a la Sra. White y a su obra de manera burlona, para complacer a la chusma y perjudicar a la gente honesta. Y muchos, como consecuencia de tergiversaciones de su obra, y por falta de conocimiento de los hechos del caso, tienen opiniones desfavorables de la causa con la cual ella ha mantenido estrecha relación desde su existencia más temprana. Es, pues, necesario, para desengañar a las mentes honestas y para el bien general de la causa de la verdad bíblica, que su obra sea correctamente representada y debidamente defendida ante el pueblo. El lector estará sin duda interesado en breves bosquejos de la paternidad y vida temprana de la Sra. White.

Sus padres, Robert y Eunice Harmon, residían en Maine. En sus primeros años de vida fueron fervientes y devotos miembros de la Iglesia Metodista Episcopal. En esa iglesia ocuparon puestos destacados y trabajaron por la conversión de los pecadores y la edificación de la causa de Dios durante cuarenta años. Durante este tiempo tuvieron la dicha de ver a sus hijos, ocho en número, todos convertidos y reunidos en el redil de Cristo. Sin embargo, sus decididos puntos de vista sobre el Segundo Advenimiento, separaron a la familia de la Iglesia Metodista en el año 1843, después de lo cual las reuniones se celebraron en su casa en la ciudad de Portland la mayor parte del tiempo durante varios años. Dejaremos que la Sra. White hable por sí misma de sus primeros años de vida y de su experiencia cristiana, según se desprende de su segundo volumen de *Spiritual Gifts* (Dones espirituales).

"A la edad de nueve años me ocurrió un accidente que iba a afectar a toda mi vida. En compañía de mi hermana gemela y de una de nuestras compañeras de escuela, cruzaba un camino común en la ciudad de Portland, Maine, cuando una

niña de unos trece años, también miembro de nuestra escuela, enfadada por alguna nimiedad, nos siguió, amenazando con golpearnos. Nuestros padres nos habían enseñado que nunca debíamos pelearnos con nadie y que, si corríamos peligro de ser maltratados o heridos, debíamos apresurarnos a regresar a casa de inmediato. Lo hacíamos a toda prisa, pero la muchacha nos seguía con la misma rapidez, con una piedra en la mano. Giré la cabeza para ver a qué distancia estaba de mí y, al hacerlo, ella arrojó la piedra y me dio en la nariz. Una sensación cegadora y aturdidora me dominó, caí sin sentido.

"Cuando reviví y recobré la conciencia, me encontré en la tienda de un comerciante, con la ropa cubierta de sangre que me salía de la nariz y corría por el suelo. Un amable desconocido se ofreció a llevarme a casa en su carruaje, pero yo, sin saber lo débil que estaba, le dije que prefería volver a pie antes que ensuciar su carruaje con sangre. Los presentes no sabían que yo estaba tan gravemente herida y me dejaron seguir mi camino, pero sólo había caminado unos pocos metros cuando me desmayé y me mareé. Mi hermana gemela y mi compañero de escuela me llevaron a casa.

"No recuerdo nada más durante algún tiempo después del accidente. Mi madre me dijo que no me di cuenta de nada y que permanecí en estado de estupor durante tres semanas. Por alguna razón creía que yo viviría. Una amable vecina, que se había interesado mucho por mí, pensó una vez que me estaba muriendo. Quiso comprarme una túnica para el entierro, pero mi madre dijo: "Todavía no", porque algo le decía que yo no moriría.

"Cuando recobré el conocimiento, me pareció que había estado dormido. No recordaba el accidente e ignoraba la causa de mi enfermedad. Cuando empecé a recobrar un poco de fuerzas, mi curiosidad se despertó al oír decir a los que venían a visitarme: "¡Qué lástima! No debí conocerla", etc. Pedí un espejo y, al mirarlo, me sorprendió el cambio de mi aspecto. Todos los rasgos de mi cara parecían cambiados. Los huesos de mi nariz se habían roto y me habían causado esta desfiguración.

"La idea de arrastrar mi desgracia por la vida me resultaba insoportable. No veía ningún placer en mi existencia. No deseaba vivir y no me atrevía a morir porque no estaba preparado. Los amigos visitaban a menudo a mis padres y me miraban con compasión y les aconsejaban que persiguieran al padre de la muchacha que, según decían, me había arruinado. Pero mi madre era partidaria de la paz; decía que si tal proceder me devolvía la salud y el aspecto natural, algo ganaría, pero

como esto era imposible, era mejor no ganarse enemigos siguiendo tales consejos.

"Los médicos pensaron que podrían ponerme un alambre de plata en la nariz para mantenerla en forma. Esto habría sido muy doloroso, y temían que fuera de poca utilidad, ya que había perdido tanta sangre y sufrido un shock nervioso tal que mi recuperación era muy dudosa. Incluso si revivía, pensaban que viviría poco tiempo. Estaba reducido casi a un esqueleto.

"En aquella época empecé a rogar al Señor que me preparara para la muerte. Cuando amigos cristianos visitaban a la familia, preguntaban a mi madre si había hablado conmigo sobre la muerte. Lo oí por casualidad y me despertó. Deseé hacerme cristiano y recé cuanto pude por el perdón de mis pecados. Sentí una paz de espíritu resultante. Amaba a todos y deseaba que todos tuvieran sus pecados perdonados y amaran a Jesús como yo lo amaba.

"Recuerdo bien una noche de invierno en que la nieve estaba en el suelo, los cielos estaban iluminados, el cielo parecía rojo y furioso, y parecía abrirse y cerrarse, mientras que la nieve parecía sangre. Los vecinos estaban muy asustados. Mamá me sacó de la cama en brazos y me llevó a la ventana. Estaba contenta, pensaba que venía Jesús y ansiaba verle. Mi corazón estaba lleno, aplaudía de alegría y creía que mis sufrimientos habían terminado. Pero me desilusioné; la singular aparición se desvaneció de los cielos, y a la mañana siguiente el sol salió igual que de costumbre."

J. W.

13 de enero de 1876

Sra. Ellen G. White-Su vida, experiencia cristiana y trabajos

No decimos que no haya conversiones sólidas a Dios en edades avanzadas; pero sí afirmamos que el buen carácter cristiano rara vez comienza y madura en la vejez, e incluso entonces se perfecciona bajo grandes dificultades. Tanto las experiencias del pasado como los llamamientos uniformes de los escritores sagrados a los jóvenes, para que busquen al Señor en su juventud, dan evidencia de que la vida temprana, aun en los años tiernos, es la más favorable para la formación y crecimiento del verdadero carácter cristiano.

La Providencia, a primera vista, trató severamente a la Sra. W. en su niñez, pero ahora ella puede mirar hacia atrás a treinta años de dificultades, trabajos y

reproches en la causa de Cristo, por amor de su amado nombre, y besar la vara castigadora que derribó sus primeras esperanzas para esta vida, pero que fue santificada por Dios para su temprana consagración y crecimiento maduro en la gracia. De esto la dejamos hablar, como continuación de la semana pasada:

"Gané fuerza muy lentamente. Cuando fui capaz de jugar con mis jóvenes amigos, me vi obligado a aprender la amarga lección de que el aspecto personal de uno marca la diferencia en el trato que recibe de la mayoría de sus compañeros. En el momento de mi desgracia, mi padre estaba ausente en Georgia. Cuando regresó, abrazó a mis hermanos y luego preguntó por mí. Yo, que retrocedía tímidamente, fui señalado por mi madre, pero mi propio padre no me reconoció. Le resultaba difícil creer que yo fuera su pequeña Ellen, a quien había dejado pocos meses antes como una niña sana y feliz. Esto hirió profundamente mis sentimientos, pero traté de parecer alegre aunque mi corazón parecía romperse.

"Muchas veces, en aquellos días infantiles, me hicieron sentir vivamente mi desgracia. Mis sentimientos eran inusualmente sensibles y me causaban gran desdicha. A menudo, con el orgullo herido, mortificado y desdichado de espíritu, he buscado un lugar solitario y he contemplado sombríamente las pruebas que estaba condenado a soportar diariamente.

"No tenía el alivio de las lágrimas, porque no podía llorar fácilmente como mi hermana gemela, así que, aunque mi corazón era pesado y me dolía como si se rompiera, no podía derramar una lágrima. A menudo sentía que me aliviaría mucho llorar mis sentimientos sobrecargados. A veces la amable simpatía de los amigos desvanecía mi melancolía y quitaba, por un tiempo, el peso de plomo que oprimía mi corazón. ¡Cuán vanos y vacíos me parecían entonces los placeres de la tierra! Cuán cambiantes eran las amistades de mis jóvenes compañeras! Sin embargo, estas pequeñas compañeras de escuela no eran diferentes de la mayoría de la gente del gran mundo. Una cara bonita, un vestido hermoso los atrae, pero si la desgracia se los lleva, la frágil amistad se enfría o se rompe. Pero cuando me volví a mi Salvador, él me consoló. Busqué fervientemente al Señor en mi angustia y recibí consuelo, porque creí que Jesús me amaba incluso a mí.

"Mi salud parecía completamente destrozada. Durante dos años no pude respirar por la nariz y apenas pude asistir a la escuela. Me parecía imposible estudiar y retener lo que aprendía. La misma muchacha que fue la causa de mi desgracia, fue nombrada monitora por nuestro maestro, y entre sus deberes estaba el de

ayudarme en mi escritura y otras lecciones. Siempre parecía sinceramente apenada por el gran daño que me había hecho, aunque yo tenía cuidado de no recordárselo. Era tierna y paciente conmigo, y parecía triste y pensativa al verme esforzarme, con graves desventajas, por conseguir una educación.

"Mi sistema nervioso estaba postrado, y mi mano temblaba de tal manera que hacía pocos progresos al escribir y no podía llegar más allá de las simples copias a mano. Cuando me esforzaba por concentrar mi mente en mis estudios, las letras de la página se corrían unas junto a otras, grandes gotas de sudor se acumulaban en mi frente y un desvanecimiento y vértigo se apoderaban de mí. Tenía mucha tos y todo mi organismo parecía debilitado: Mis maestros me aconsejaron que dejara la escuela y no continuara mis estudios hasta que mi salud lo justificara. Fue la lucha más dura de mi joven vida rendirme a mi debilidad y decidir que debía abandonar mis estudios y renunciar a la acariciada esperanza de adquirir una educación.

"Mi ambición de convertirme en un erudito había sido muy grande, y cuando reflexioné sobre mis esperanzas defraudadas y la idea de que iba a ser un inválido de por vida, la desesperación se apoderó de mí. El futuro se extendía ante mí oscuro y sin alegría, sin un rayo de luz. No me resignaba a mi suerte, y a veces murmuraba contra la providencia de Dios al afligirme de este modo. Ocultaba mis sentimientos a mi familia y amigos, temiendo que no pudieran comprenderme. Si hubiera abierto mi mente a mi madre, ella me habría instruido, calmado y animado.

"Después de haber luchado con este espíritu no reconciliado durante días, el tentador vino bajo un nuevo disfraz y aumentó mi angustia al condenarme por haber permitido que pensamientos tan rebeldes tomaran posesión de mi mente. Mi conciencia estaba perpleja y no sabía cómo salir del laberinto en que vagaba.

"La feliz confianza en el amor del Salvador que había disfrutado durante mi enfermedad, había desaparecido. Había perdido la bendita conciencia de que era hijo de Dios, y sentía que las esperanzas de mi corazón me habían engañado. Estaba decidido a no volver a confiar en mis sentimientos hasta que supiera con certeza que el Señor había perdonado mis pecados.

"A veces, mi sentimiento de culpa y de responsabilidad ante Dios pesaba tanto sobre mi alma, que no podía dormir, sino que permanecía despierto durante horas, pensando en mi condición de perdido y en lo que más me convenía hacer. Las consecuencias de mi desafortunado accidente volvieron a adquirir proporciones gigantescas en mi mente. Me parecía estar alejado de toda

posibilidad de felicidad terrena y condenado a continuas desilusiones y mortificaciones. Incluso me dolía la tierna simpatía de mis amigos, porque mi orgullo se rebelaba contra el hecho de estar en condiciones de excitar su compasión. Mi perspectiva de gozo mundano estaba arruinada, y el Cielo parecía cerrado contra mí.

"Sentía la más alta reverencia por los cristianos y los ministros del Evangelio, pero la religión me parecía demasiado santa y sagrada para obtenerla. Una extraña angustia inconcebible me agobiaba hasta que sentí que ya no podía vivir bajo esa carga. Encerré mi agonía secreta dentro de mi corazón, y no busqué el consejo de cristianos experimentados como debiera haberlo hecho.

"Nadie conversaba conmigo sobre el tema de la salvación de mi alma, y nadie oraba conmigo. Sentía que los cristianos estaban tan lejos de mí, eran mucho más nobles y puros que yo, que no me atrevía a acercarme a ellos sobre el tema que absorbía mis pensamientos, pues me avergonzaba revelar la condición perdida y miserable de mi corazón."

J. W.

20 de enero de 1876

Sra. Ellen G. White-Su vida, experiencia cristiana y trabajos

EGW

El fundamento de la vida cristiana es una experiencia cristiana profunda. Tales experiencias pueden leerse en nuestra bendita Biblia, en los profetas, en los salmos, en las epístolas y en los hechos de los apóstoles. Se caracterizan claramente por el dolor por el pecado, la abnegación, los votos solemnes de consagración y obediencia, seguidos por la paz de Dios que reina en el corazón y que sobrepasa todo conocimiento.

Experiencias de este tipo eran comunes en los buenos tiempos de la reforma completa, alrededor de la época en que Wm. Miller subió al escenario como conferenciante sobre las profecías, dando sus razones para esperar la segunda venida de Cristo "alrededor del año 1843". Entonces, y mucho antes de ese tiempo, era corriente la saludable frase de que éste y aquél fueron "golpeados bajo convicción". La Sra. W. continúa su experiencia:

"En marzo de 1840, Eld. Wm. Miller visitó Portland, Me., y dio su primer curso de conferencias sobre la segunda venida de Cristo. Estas conferencias produjeron una gran sensación, y la iglesia cristiana, en la calle Casco, que Eld. Miller, estaba abarrotada día y noche. No hubo una gran excitación en estas reuniones, pero una profunda solemnidad invadió las mentes de los que escucharon sus discursos. No sólo se manifestaba un gran interés en la ciudad, sino que la gente del campo acudía en masa día tras día, trayendo sus cestas para el almuerzo, y permaneciendo desde la mañana hasta el final de la reunión vespertina.

"Eld. Miller se explayó sobre las profecías, razonando a partir de la historia bíblica que el fin del mundo estaba cerca. En compañía de mis amigos asistí a estas reuniones y escuché las extrañas doctrinas del predicador. Cuatro años antes de esto, de camino a la escuela, había recogido un trozo de papel que contenía un relato de un hombre en Inglaterra, que predicaba que la tierra se consumiría en unos treinta años a partir de ese momento. Lo llevé a casa y se lo leí a la familia.

"Al contemplar el acontecimiento predicho, un gran terror se apoderó de mí; porque el tiempo parecía tan corto para la conversión y salvación del mundo. Me habían enseñado que tendría lugar un milenio temporal antes de la venida de Cristo en las nubes del cielo. El pequeño párrafo en el trozo de papel me causó una impresión tan profunda, que apenas pude dormir durante varias noches, y oraba continuamente para estar preparado cuando Jesús viniera.

"Pero ahora estaba escuchando los sermones más solemnes y poderosos en el sentido de que Cristo vendría en 1843, sólo unos pocos años en el futuro. El predicador trazaba las profecías con una aguda exactitud que llegaba al corazón de sus oyentes. Se detuvo en los períodos proféticos y acumuló pruebas para fortalecer su posición. Luego, sus solemnes y poderosos llamamientos y amonestaciones a los que no estaban preparados, mantuvieron a la multitud como hechizada.

"Se designaron reuniones especiales donde los pecadores pudieran tener la oportunidad de buscar a su Salvador y prepararse para los temibles acontecimientos que pronto ocurrirían. Una terrible convicción se extendió por toda la ciudad. Se establecieron reuniones de oración, y hubo un despertar general entre las diversas denominaciones, pues todas sentían más o menos la influencia que procedía de la enseñanza de la próxima venida de Cristo.

"Cuando se invitó a los pecadores a pasar a los ansiosos asientos, cientos respondieron a la llamada, y yo, entre el resto, me abrí paso entre la multitud y ocupé mi humilde lugar con los buscadores. Pero en mi corazón había un sentimiento desesperado de que nunca podría llegar a ser digno de ser llamado hijo de Dios. La falta de confianza en mí mismo y la convicción de que sería imposible hacer que alguien comprendiera mis sentimientos, me impidieron pedir consejo y ayuda a mis amigos cristianos. Así vagaba inútilmente en la oscuridad y la desesperación, mientras que ellos, al no penetrar mi peculiar reserva, ignoraban por completo mi verdadero estado.

"Una noche, mi hermano Robert y yo volvíamos de una reunión en la que habíamos escuchado un discurso impresionante sobre el próximo reinado de Cristo en la tierra, seguido de un llamamiento serio y solemne a los cristianos y a los pecadores, instándoles a prepararse para el Juicio y la venida del Señor. Lo que había oído me había conmovido el alma. Y tan profundo era el sentimiento de convicción en mi corazón, que temí que el Señor no me dejara llegar a casa.

"Estas palabras seguían resonando en mis oídos: ¡El gran día del Señor está cerca! ¿Quién podrá resistir cuando él aparezca? El lenguaje de mi corazón era: '¡Perdóname, Señor, durante la noche! No me lleves en mis pecados, ten piedad de mí, sálvame". Por primera vez traté de explicar mis sentimientos a mi hermano Roberto, que era dos años mayor que yo; le dije que no me atrevía a descansar ni a dormir hasta saber que Dios había perdonado mis pecados.

"Mi hermano no respondió inmediatamente, pero pronto me di cuenta de la causa de su silencio: lloraba compadeciéndose de mi angustia. Esto me animó a confiar aún más en él, a decirle que había deseado la muerte en los días en que la vida me parecía una carga tan pesada de llevar; pero ahora el pensamiento de que podría morir en mi actual estado pecaminoso y perderme eternamente, me llenaba de un terror inexpresable. Le pregunté si creía que Dios me perdonaría la vida durante aquella única noche, si la pasaba agonizando en oración a él. Me contestó: 'Creo que lo hará si se lo pides con fe, y rezaré por ti y por mí'. Ellen, nunca debemos olvidar las palabras que hemos escuchado esta noche.

"Al llegar a casa. Pasé la mayor parte de las largas horas de oscuridad en oración y lágrimas. Una razón especial que me impulsaba a ocultar mis sentimientos a mis amigos, era que temía mucho una palabra de desaliento. Mi esperanza era tan pequeña, y mi fe tan débil, que temía que si otra persona tenía una opinión similar de mi estado, me sumiría en la más absoluta desesperación. Sin

embargo, cuánto anhelaba que alguien me dijera qué debía hacer para salvarme, qué pasos debía dar para encontrarme con mi Salvador y entregarme enteramente al Señor. Consideraba que ser cristiano era una gran cosa, y sentía que requería un esfuerzo especial de mi parte.

"Durante meses mi mente permaneció en esta condición. Habitualmente había asistido a las reuniones metodistas con mis padres; pero desde que me interesé por la pronta aparición de Cristo, había asistido a las reuniones de la calle Casco. El verano siguiente, mis padres fueron al campamento metodista de Burton, Me, y me llevaron con ellos. Estaba plenamente resuelto a buscar allí al Señor en serio y obtener, si era posible, el perdón de mis pecados. Sentía un gran anhelo en mi corazón por la esperanza cristiana y la paz que viene de creer.

"Algunas cosas en este campamento me dejaron perplejo. No podía entender los ejercicios de muchas personas durante las reuniones de la conferencia en la tribuna y en las tiendas. Gritaban con todas sus fuerzas, aplaudían y parecían muy excitados. Un buen número cayó, por agotamiento me pareció a mí, pero los presentes dijeron que estaban santificados a Dios, y que esta maravillosa manifestación era el poder del Todopoderoso sobre ellos. Después de permanecer inmóviles durante algún tiempo, estas personas se levantaban y volvían a hablar y gritar como antes.

"En algunas de las tiendas, las reuniones continuaron durante toda la noche, por aquellos que estaban orando por la liberación del pecado y la santificación del Espíritu de Dios. Un buen número enfermó como consecuencia de la excitación y de la pérdida de sueño, y se vieron obligados a abandonar el lugar. Estas singulares manifestaciones no me aliviaron, sino que aumentaron mi desaliento. Desesperaba de llegar a ser cristiano si, para obtener la bendición, era necesario que me ejercitara como lo hacían estas personas. Estaba aterrorizado por tan peculiares demostraciones, y no podía entenderlas".

J. W.

27 de enero de 1876

Sra. Ellen G. White-Su vida, experiencia cristiana y trabajos

La vida cristiana se compone de la experiencia cristiana de principio a fin. Y es importante que el convertido comience la nueva vida con una visión correcta del cambio del pecado a la obediencia y la santidad. El verdadero arrepentimiento es el dolor por los pecados cometidos, y el abandono de una

vida pecaminosa volviéndose al Señor con pleno propósito de corazón. Conversión significa cambio. Por falta de un sentido apropiado del gran cambio en la conversión bíblica, muchos se convierten sólo en parte, y nunca alcanzan la norma bíblica de la vida cristiana. La semana pasada la Sra. W. habló de su temprana convicción. De la fe confiada y el amor perdonador, habla esta semana como sigue:

"Por fin me sentí muy aliviado al escuchar un discurso basado en las palabras: 'Entraré al rey', 'y si perezco, perezco'. En sus observaciones, el orador se refirió a los que vacilaban entre la esperanza y el temor, anhelando ser salvados de sus pecados y recibir el amor perdonador de Cristo, pero retenidos en la duda y la esclavitud por la timidez y el miedo al fracaso. Les aconsejó que se entregaran a Dios y acudieran a su misericordia sin demora. Encontrarían a un Salvador lleno de gracia dispuesto a presentarles el cetro de la misericordia, como Asuero ofreció a Ester la señal de su favor. Todo lo que se requería del pecador, temblando en presencia de su Señor, era extender la mano de la fe y tocar el cetro de su gracia. Ese toque aseguraba el perdón y la paz.

"Los que esperaban a hacerse más dignos del favor divino, antes de atreverse a reclamar las promesas, cometían un error fatal. Sólo Jesús limpia del pecado, sólo Él puede perdonar nuestras transgresiones. Él se ha comprometido a escuchar la petición y a conceder la oración de los que acuden a él con fe. Muchos tenían la vaga idea de que debían hacer algún esfuerzo maravilloso para ganarse el favor de Dios. Pero toda dependencia de sí mismo es vana. Sólo mediante la conexión con Jesús a través de la fe, el pecador se convierte en un esperanzado y creyente hijo de Dios.

"Estas palabras me consolaron y me hicieron ver lo que debía hacer para salvarme. Poco después entré en una tienda donde la gente rezaba y gritaba, algunos confesando sus pecados y clamando por misericordia, mientras otros se regocijaban en su nueva felicidad. Me llamó la atención una niña que parecía estar muy angustiada. Su rostro palidecía y se sonrojaba por momentos, como si estuviera pasando por un grave conflicto.

"De vez en cuando se soltaba un momento, como si fuera a dejarlo caer, y luego volvía a agarrarlo con fuerza; todo el tiempo parecía mirarlo con una fascinación especial. Por fin exclamó: "¡Querido Jesús, quiero amarte e ir al cielo! ¡Llévate mis pecados! Me entrego a ti, con sombrilla y todo". Se arrojó a los brazos de su madre llorando y exclamando: "¡Mamá, soy tan feliz, porque Jesús me ama y yo le amo más que a mi sombrilla o a cualquier otra cosa!

"El rostro de la niña estaba bastante radiante, había entregado su pequeño todo. En su experiencia infantil había librado la batalla y ganado la victoria. Hubo mucho llanto y regocijo en la tienda. La madre estaba profundamente conmovida y muy contenta de que el Señor hubiera añadido a su querida hija como un cordero a su redil. Explicó a los presentes que su hijita había recibido la sombrilla como regalo poco antes. Estaba encantada con ella, y la había tenido en sus manos casi todo el tiempo, incluso llevándosela a la cama.

"Durante la reunión, su tierno corazón había sido movido a buscar al Salvador, había oído que no había que ocultarle nada a Jesús, que nada que no fuera una entrega total de nosotros mismos y de todo lo que tenemos sería aceptable para él. La pequeña sombrilla era el tesoro terrenal de la niña en el que estaba puesto su corazón, y, en la lucha por entregárselo al Señor, había pasado por una prueba quizá más aguda que la del cristiano maduro, que sacrifica los tesoros de este mundo por amor a Cristo.

"Más tarde se le explicó a la niña que, puesto que había entregado su sombrilla a Jesús y ésta ya no se interponía entre ella y su amor por él, lo correcto era que la conservara y la usara como era debido.

"Muchas veces en la vida posterior me ha venido a la memoria ese pequeño incidente. Cuando veía a hombres y mujeres aferrarse desesperadamente a las riquezas y a la vanidad de la tierra, y sin embargo orar ansiosamente por el amor de Cristo, pensaba: '¡Qué difícil es renunciar a la sombrilla!'. Sin embargo, Jesús renunció al Cielo por nosotros, y se hizo pobre para que nosotros, a través de su pobreza y humillación, pudiéramos conseguir riquezas eternas.

"Ahora empecé a ver mi camino más claramente, y la oscuridad comenzó a desaparecer. Vi que, en mi desesperación por alcanzar inmediatamente la perfección del carácter cristiano, apenas me había atrevido a hacer la prueba de servir a Dios. Ahora buscaba fervientemente el perdón de mis pecados y me esforzaba por entregarme enteramente al Señor. Pero mi mente estaba a menudo en gran angustia porque no experimentaba el éxtasis espiritual que yo consideraba sería la evidencia de mi aceptación de Dios, y no me atrevía a crearme convertido sin él. Cuánto necesitaba instrucción sobre la sencillez de la fe.

"Mientras estaba inclinado ante el altar con otros que buscaban al Señor, todo el lenguaje de mi corazón era: '¡Socorro, Jesús, sálvame o perezco! Nunca dejaré de suplicar hasta que mi oración sea escuchada y mis pecados perdonados'. Sentí mi condición de necesitado y desvalido como nunca antes.

Mientras me arrodillaba y oraba, de repente mi carga me abandonó y mi corazón se alivió. Al principio me invadió un sentimiento de alarma y traté de reanudar de nuevo mi carga de angustia. Me parecía que no tenía derecho a sentirme alegre y feliz. Pero Jesús me parecía muy cercano, me sentía capaz de acudir a él con todas mis penas, desgracias y pruebas, como acudían a él los necesitados cuando estaba en la tierra. Tenía la certeza en mi corazón de que él comprendía mis penas y se compadecía de mí. Nunca podré olvidar esta preciosa seguridad de la compasiva ternura de Jesús hacia alguien tan indigno de su atención. Aprendí más que nunca del carácter divino de Cristo en el breve período en que estuve postrado entre los orantes.

Una de las madres de Israel se me acercó y me dijo: "Querida hija, ¿has encontrado a Jesús? Estaba a punto de responderle: 'Sí', cuando exclamó: 'Así es, su paz está contigo, ¡puedo verlo en tu rostro! Una y otra vez me preguntaba: "¿Esto puede ser religión? ¿No me equivoco? Me parecía demasiado para mí, un privilegio demasiado exaltado. Pero sentía que el Salvador me había bendecido y perdonado mis pecados, aunque era demasiado tímido para confesarlo abiertamente.

"Poco después la reunión llegó a su fin y partimos para casa. Mi mente estaba llena de los sermones, exhortaciones y oraciones que habíamos escuchado. Todo en la naturaleza parecía cambiado. Durante la reunión, las nubes y la lluvia prevalecieron la mayor parte del tiempo y mis sentimientos habían estado en armonía con el clima. Ahora el sol brillaba con claridad e inundaba la tierra de luz y calor. Los árboles y la hierba eran de un verde más fresco, el cielo de un azul más intenso. La tierra parecía sonreír bajo la paz de Dios. Así, los rayos del Sol de justicia habían penetrado las nubes y las tinieblas de mi mente, y disipado su oscuridad.

"Me parecía que todos debían estar en paz con Dios y animados por su Espíritu. Todo aquello sobre lo que se posaban mis ojos parecía haber experimentado un cambio. Los árboles eran más hermosos y los pájaros cantaban más dulcemente que nunca; parecían alabar al Creador en sus cantos. No me importaba hablar, por miedo a que aquella felicidad pasara y perdiera la preciosa prueba del amor que Jesús me tenía.

"Cuando nos acercábamos a nuestra casa en Portland, nos cruzamos con hombres que trabajaban en la calle. Conversaban entre sí sobre temas corrientes, pero mis oídos eran sordos a todo lo que no fuera alabanza a Dios, y sus palabras me llegaban como agradecimiento y hosannas de alegría. Volviéndome hacia

mi madre, le dije: 'Vaya, todos estos hombres están alabando a Dios, y no han estado en la reunión del campamento'. No comprendí entonces por qué las lágrimas se agolparon en los ojos de mi madre, y una tierna sonrisa iluminó su rostro al escuchar mis sencillas palabras, que recordaban una experiencia similar suya.

"Mi madre era una gran amante de las flores, y se complacía en cultivarlas, haciendo así su casa atractiva y agradable para sus hijos. Pero nuestro jardín nunca me había parecido tan hermoso como el día de nuestro regreso. Reconocí una expresión del amor de Jesús en cada arbusto, capullo y flor. Estas cosas bellas parecían hablar en un lenguaje mudo del amor de Dios.

"Había en el jardín una hermosa flor rosa llamada rosa de Sarón. Recuerdo que me acercaba a ella y tocaba los delicados pétalos con reverencia; a mis ojos parecían poseer un carácter sagrado. Mi corazón rebosaba ternura y amor por estas hermosas creaciones de Dios. Podía ver la perfección divina en las flores que adornaban la tierra. Dios las cuidaba, y su ojo que todo lo ve estaba sobre ellas. Él las había hecho y las llamaba buenas. Ah -pensé-, si Él ama y cuida tanto las flores que ha engalanado con su belleza, con cuánta más ternura cuidará a los hijos que han sido formados a su imagen". Me repetí en voz baja: "Soy hijo de Dios, su amoroso cuidado me rodea; seré obediente y no le desagradaré en modo alguno, sino que alabaré su amado nombre y le amaré siempre".

"Mi vida se me apareció bajo una luz diferente. La aflicción que había oscurecido mi infancia parecía haber sido repartida en misericordia para mi bien, para apartar mi corazón del mundo y de sus placeres insatisfactorios e inclinarlo hacia las atracciones perdurables del Cielo.

"Poco después de nuestro regreso de la reunión del campamento, yo, con varios otros, fui admitido en la iglesia a prueba. Mi mente estaba muy ocupada con el tema del bautismo. Joven como era, sólo veía un modo de bautismo autorizado por las Escrituras, y era la inmersión. Mis hermanas trataron en vano de convencerme de que la aspersion era el bautismo bíblico. El ministro metodista consintió en sumergir a los candidatos si preferían conscientemente ese método, aunque dio a entender que la aspersion sería igualmente aceptable para Dios.

"Por fin llegó el día de recibir esta solemne ordenanza. Aunque por lo general disfrutaba, en ese momento, de una gran paz, a menudo temía no ser un verdadero cristiano, y me acosaban dudas desconcertantes sobre mi conversión. Era un día ventoso cuando, siendo doce, nos bautizaron, caminando hacia el

mar. Las olas corrían altas y golpeaban la orilla, pero al tomar esta pesada cruz, mi paz era como un río. Cuando me levanté del agua, mis fuerzas estaban casi agotadas, pues el poder del Señor descansaba sobre mí. Sentí que ya no era de este mundo, sino que había resucitado de la tumba acuosa a una vida nueva.

"Mi prima Hannah confesó su fe al mismo tiempo que yo. Deseaba ser bautizada por inmersión, pero su padre, que no era cristiano, no lo consintió a pesar de que le instamos a que lo hiciera. Así que se arrodilló ante el altar y le rociaron la cabeza con unas gotas de agua. Mientras presenciaba la ceremonia, mi corazón se alegró de no haberme sometido a recibir la aspersion para el bautismo, sintiéndome seguro de que no había ninguna escritura que lo sostuviera.

"El mismo día por la tarde, fui recibido en la iglesia como miembro de pleno derecho. Estaba a mi lado una joven, llegada a la madurez, que también era candidata a la admisión en la iglesia conmigo. Mi mente estaba tranquila y feliz hasta que me fijé en los anillos de oro que brillaban en los dedos de esta hermana, y en los grandes y vistosos pendientes de sus orejas. Entonces observé que su bonete estaba adornado con flores artificiales y adornado con costosas cintas, dispuestas en moños y abultamientos. Mi alegría se vio empañada por este despliegue de vanidad en alguien que profesaba ser seguidora del manso y humilde Jesús.

"Yo esperaba que el ministro le diera algún reproche o consejo en voz baja a esta hermana, pero aparentemente no le importó su vistosa vestimenta y no le dio ninguna reprimenda. Ambos recibimos la mano derecha de la comunión. La mano decorada con joyas fue estrechada por el representante de Cristo, y nuestros dos nombres fueron inscritos en el libro de la iglesia."

J. W.

3 de febrero de 1876

Sra. Ellen G. White-Su vida, experiencia cristiana y trabajos

EGW

La religión de Jesucristo está al alcance incluso de la mente juvenil cuando se enseña a partir de la letra clara de la palabra de Dios. Es entonces cuando la experiencia cristiana parece racional y hermosa. Los extremos en las vidas cristianas de muchos son el resultado de esas enseñanzas erróneas que revisten

de misterios desconcertantes las enseñanzas puras, simples y sencillas de la Biblia relativas al camino de la vida.

El mundo cristiano está maldito de ficción religiosa. Esto se manifiesta especialmente en los libros de la escuela dominical, que son arrojados al regazo de los niños como su primera serie de instrucción. Luego, cuando llegan a una edad más madura, vienen esos volúmenes en los que doctos doctores en divinidad filosofan sobre los misterios de la "vida oculta". Sus esfuerzos por hacer creer que la "entera consagración" es una segunda gran obra que sucede a la justificación, han aumentado el desconcierto general.

Para entonces, la religión del sencillo y humilde maestro de Judea, el manso y moribundo sacrificio del Calvario, el adorable Redentor y compasivo Mediador a la diestra del Padre, está envuelta en un misterio impenetrable, y colocada a una altura vertiginosa en las mentes de la mayoría de los jóvenes. Se apodera de ellos la desesperación de alcanzar jamás una vida de santidad y perfecta obediencia, seguida de una decidida aversión por lo que se supone que es la religión de la Biblia. Bajo estas influencias y falsas impresiones, el camino de la santidad bíblica se hace oscuro y difícil, como se ve en la experiencia de la Sra. White, que continúa de la semana pasada:

"Ahora puedo recordar mi experiencia juvenil y ver lo cerca que estuve de cometer un error fatal. Había leído muchas biografías religiosas de niños que habían poseído innumerables virtudes y vivido vidas intachables. Había concebido una gran admiración por los dechados de perfección que allí se representaban. Pero lejos de alentarme en mis esfuerzos por convertirme en cristiano, estos libros eran como piedras de tropiezo para mis pies. Desesperaba de alcanzar alguna vez la perfección de los jóvenes personajes de aquellas historias que vivían vidas de santos y estaban libres de todas las dudas, pecados y debilidades bajo las que yo me tambaleaba.

"Sus vidas intachables fueron seguidas por una muerte prematura pero feliz, y los biógrafos tácitamente insinuaron que eran demasiado puros y buenos para la tierra, por lo tanto, Dios en su divina piedad los había sacado de su atmósfera poco agradable. La similitud de estas historias declaradamente verdaderas parecía indicar a mi mente juvenil el hecho de que realmente presentaban una imagen correcta de la vida cristiana de un niño.

"Me repetía una y otra vez: 'Si eso es cierto, nunca podré ser cristiano. Nunca podré esperar ser como esos niños', y este pensamiento me llevó al desaliento y casi a la desesperación. Pero cuando supe que podía venir a Jesús tal como era,

que el Salvador había venido a rescatar precisamente a esos pecadores indignos, entonces la luz irrumpió en mis tinieblas y pude reclamar las promesas de Dios.

"La experiencia posterior me ha convencido de que estas biografías de niños inmaculados engañan a los jóvenes. Exaltan las cualidades amables de sus caracteres y suprimen sus defectos y fracasos. Si se les representara luchando contra las tentaciones, vencidos ocasionalmente, pero triunfando al final sobre sus pruebas, si se les representara sujetos a las debilidades humanas y acosados por las tentaciones ordinarias, *entonces* los niños verían que habían experimentado pruebas semejantes a las suyas, pero que habían vencido por la gracia de Dios. Tales ejemplos les infundirían nuevo valor para renovar sus esfuerzos por servir al Señor, con la esperanza de triunfar como lo hicieron los que les precedieron.

"Pero las realidades sobrias y los errores de la vida del joven cristiano se mantenían vigorosamente fuera de la vista, mientras que las virtudes se exageraban tanto como para elevarlas por encima del nivel común de los niños ordinarios, que naturalmente desesperan de alcanzar alguna vez tal excelencia y por lo tanto abandonan el esfuerzo, en muchos casos, y gradualmente se hunden en un estado de indiferencia.

"Volví a estar muy ansioso por asistir a la escuela y hacer otra prueba para obtener una educación. Pero al intentar reanudar mis estudios, mi salud se debilitó rápidamente, y se hizo evidente que si persistía en asistir a la escuela sería a costa de mi vida. Me había resultado difícil disfrutar de la religión en un gran seminario femenino, rodeado de influencias calculadas para atraer la mente y apartarla de Dios.

"Sentía una constante insatisfacción conmigo mismo y con mis logros cristianos, y no percibía continuamente un vivo sentido de la misericordia y el amor de Dios. Me invadían sentimientos de desaliento que me causaban gran ansiedad. Oía hablar mucho de la santificación, pero no tenía una idea definida de ella. Esta bendición me parecía fuera de mi alcance, un estado de pureza que mi corazón nunca podría conocer. La manera en que se predicaba y enseñaba la hacía parecer una imposibilidad humana.

"En junio de 1842, el élder Wm. Miller dio su segundo curso de conferencias en la iglesia de la calle Casco, en Portland. Sentí que era un gran privilegio asistir a estas conferencias, pues había caído en el desánimo y no me sentía preparado para encontrarme con mi Salvador. Este segundo curso creó mucho más entusiasmo en la ciudad que el primero. Las diferentes denominaciones,

con muy pocas excepciones, cerraron las puertas de sus iglesias contra el élder Miller. Muchos discursos desde los diferentes púlpitos trataron de exponer los supuestos errores fanáticos del conferenciante. Pero multitudes de oyentes ansiosos asistían a sus reuniones, mientras que muchos no podían entrar en la casa, que estaba literalmente abarrotada.

"Las congregaciones estaban inusualmente calladas y atentas. Su forma de predicar no era florida ni oratoria, sino que trataba hechos claros y sorprendentes que despertaban a sus oyentes de la apatía en la que habían estado encerrados. Apoyaba sus afirmaciones y teorías en las Escrituras a medida que avanzaba. Sus palabras tenían un poder convincente que parecía sellarlas como el lenguaje de la verdad.

"Era cortés y comprensivo. Cuando todos los asientos de la casa estaban llenos, y la plataforma y los lugares alrededor del púlpito parecían abarrotados, lo he visto dejar el escritorio y caminar por el pasillo, y tomar a algún anciano o anciana débil de la mano y encontrar un asiento para ellos, luego regresar y reanudar su discurso. Se le llamaba con razón Padre Miller, porque cuidaba con esmero de los que estaban bajo su ministerio, era afectuoso en sus modales, de corazón genial y tierno.

"Era un orador muy interesante, y sus exhortaciones, tanto a los cristianos profesos como a los impenitentes, eran apropiadas y poderosas. A veces una solemnidad tan marcada como dolorosa invadía sus reuniones. Un sentido de la crisis inminente de los acontecimientos humanos impresionaba las mentes de las multitudes que escuchaban. Muchos se sometieron a la convicción del Espíritu de Dios. Hombres canosos y mujeres ancianas, con pasos temblorosos, buscaban los asientos ansiosos. Los que estaban en plena madurez, los jóvenes y los niños, fueron profundamente conmovidos. Los gemidos y las voces de llanto y de alabanza a Dios se mezclaban en el altar de la oración.

"Creía en las solemnes palabras pronunciadas por el siervo de Dios, y mi corazón se afligía cuando se oponían a ellas o eran objeto de burla. Asistía con bastante frecuencia a las reuniones de la calle Casco, y creía que Jesús vendría pronto en las nubes del Cielo; pero mi gran ansiedad era estar preparado para encontrarme con él. Mi mente pensaba constantemente en el tema de la santidad de corazón, anhelaba sobre todas las cosas obtener esta gran bendición y sentir que era enteramente aceptada por Dios.

"Había visto a personas perder su fuerza física bajo la influencia de una fuerte excitación mental, y había oído decir que esto era una prueba de santificación.

Pero no podía comprender lo que era necesario para estar plenamente consagrado a Dios. Mis amigos cristianos me decían: '¡Cree en Jesús *ahora!* ¡Cree que te acepta *ahora!* Intenté hacerlo, pero me resultaba imposible creer que había recibido una bendición que, me parecía, debía electrizar todo mi ser. Me asombraba de mi propia dureza de corazón al ser incapaz de experimentar la exaltación de espíritu que otros manifestaban. Me parecía que yo era diferente de ellos y que estaba excluido para siempre del gozo perfecto de la santidad de corazón.

"Mis ideas sobre la justificación y la santificación eran confusas. Estos dos estados se presentaban a mi mente como separados y distintos el uno del otro. Sin embargo, no lograba comprender la diferencia ni entender el significado de los términos, y todas las explicaciones de los predicadores aumentaban mis dificultades. Era incapaz de reclamar la bendición para mí, y me preguntaba si sólo la encontraría entre los metodistas, y si, al asistir a las reuniones de Adviento, no me estaba apartando de lo que deseaba por encima de todo, el Espíritu santificador de Dios.

"Sin embargo, observé que algunos de los que pretendían estar santificados, manifestaban un espíritu amargo cuando se introducía el tema de la pronta venida de Cristo; esto no me parecía una manifestación de la santidad que profesaban. No podía entender por qué los ministros desde el púlpito se oponían tanto a la doctrina de que la segunda venida de Cristo estaba próxima. La Reforma había seguido a la predicación de esta creencia y muchos de los ministros y laicos más devotos la habían recibido como la verdad. Me parecía que los que amaban sinceramente a Jesús estarían dispuestos a aceptar las nuevas de su venida, y a alegrarse de que estuviera cerca".

J. W.

10 de febrero de 1876

Sra. Ellen G. White-Su vida, experiencia cristiana y trabajos

Sentía que sólo podía reclamar lo que ellos llamaban justificación. En la Palabra de Dios leí que sin santidad ningún hombre vería a Dios. Entonces había algún logro superior que yo debía alcanzar antes de poder estar seguro de la vida eterna. Estudiaba el tema continuamente, porque creía que Cristo vendría pronto, y temía que me encontrara sin estar preparado para recibirlo. Las palabras de condenación resonaban en mis oídos día y noche, y mi constante

clamor a Dios era: ¿Qué haré para salvarme? En mi mente, la justicia de Dios eclipsaba su misericordia y su amor.

Me habían enseñado a creer en un infierno eternamente ardiente, y siempre tenía ante mí el horrible pensamiento de que mis pecados eran demasiado grandes para ser perdonados, y que estaría perdido para siempre. Las espantosas descripciones que había oído de las almas perdidas en la perdición se hundieron profundamente en mi mente. Los ministros en el púlpito dibujaban vívidos cuadros de la condición de los condenados. Enseñaban que Dios sólo se proponía salvar a los santificados. El ojo de Dios estaba siempre sobre nosotros, cada pecado estaba registrado y recibiría su justo castigo. Dios mismo llevaba los libros con la exactitud de una sabiduría infinita, y cada pecado que cometíamos quedaba fielmente registrado contra nosotros.

El diablo era representado como ansioso por apoderarse de su presa y llevarnos a las más bajas profundidades de la angustia, allí para exultar sobre nuestros sufrimientos en los horrores de un infierno eternamente ardiente, donde, después de las torturas de miles y miles de años, las olas ardientes harían rodar hacia la superficie a las retorcidas víctimas, que gritarían: "¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo?". Entonces la respuesta retumbaría en el abismo: "¡Por toda la eternidad!". De nuevo las olas fundidas engullirían a los perdidos, arrastrándolos a las profundidades de un mar de fuego siempre inquieto.

Mientras escuchaba estas terribles descripciones, mi imaginación se agitaba de tal manera que la transpiración brotaba de todos mis poros, y era difícil reprimir un grito de angustia, pues me parecía sentir ya los dolores de la perdición. Entonces el ministro hablaba de la incertidumbre de la vida. Un momento podríamos estar aquí y al siguiente en el infierno, o un momento en la tierra y al siguiente en el cielo. ¿Elegiríamos el lago de fuego y la compañía de los demonios, o la dicha del Cielo con los ángeles como compañeros? ¿Oiríamos la voz de los lamentos y las maldiciones de las almas perdidas por toda la eternidad, o cantaríamos las canciones de Jesús ante el trono?

Nuestro Padre Celestial se presentaba ante mi mente como un tirano, que se deleitaba en las agonías de los condenados; no como el Amigo tierno y compasivo de los pecadores, que ama a sus criaturas con un amor que sobrepasa todo entendimiento, y desea que se salven en su reino.

Mis sentimientos eran muy sensibles. Me horrorizaba hacer sufrir a cualquier ser vivo. Cuando veía animales maltratados, me dolía el corazón por ellos. Tal vez mi simpatía se excitaba más fácilmente ante el sufrimiento, porque yo

mismo había sido víctima de una crueldad desconsiderada, que me causó la herida que había oscurecido mi infancia. Pero cuando se apoderaba de mi mente el pensamiento de que Dios se deleitaba en la tortura de sus criaturas, que habían sido formadas a su imagen, un muro de oscuridad parecía separarme de él. Cuando reflexioné que el Creador del universo hundiría a los malvados en el infierno, donde arderían durante las incesantes rondas de la eternidad, mi corazón se hundió de miedo, y desesperé de que un ser tan cruel y tiránico condescendiera alguna vez a salvarme de la condena del pecado.

Pensé que el destino del pecador condenado sería el mío, soportar las llamas del infierno para siempre, incluso mientras Dios mismo existiera. Esta impresión se profundizó en mi mente hasta que temí perder la razón. Miraba con envidia a las bestias mudas, porque no tenían alma para ser castigadas después de la muerte. Muchas veces me vino el deseo de no haber nacido.

La oscuridad total se apoderó de mí y no parecía haber forma de salir de las sombras. Si se me hubiera presentado la verdad tal como ahora la comprendo, mi abatimiento se habría desvanecido de inmediato, y me habría ahorrado mucha perplejidad y tristeza. Si se hubiera insistido más en el amor de Dios y menos en su severa justicia, la belleza y la gloria de su carácter me habrían inspirado un profundo y sincero amor por mi Creador.

Desde entonces he pensado que muchos internos de los manicomios fueron llevados allí por experiencias similares a la mía. Sus tiernas conciencias han sido golpeadas por un sentimiento de pecado, y su fe temblorosa no se atrevía a reclamar el prometido perdón de Dios. Han escuchado las descripciones del infierno ortodoxo hasta que ha parecido cuajar la sangre en sus venas y grabar una impresión en las tablas de su memoria. Despiertos o dormidos, la espantosa imagen ha estado siempre ante ellos, hasta que la realidad se ha perdido en la imaginación, y sólo ven las llamas de un infierno fabuloso y sólo oyen los gritos de los condenados. La razón ha sido destronada y el cerebro está lleno de la fantasía salvaje de un sueño terrible. Aquellos que enseñan la doctrina de un infierno eterno, harían bien en examinar más de cerca su autoridad para tan cruel creencia.

Nunca había orado en público, y sólo había pronunciado algunas tímidas palabras en las reuniones de oración. Ahora me convencí de que debía buscar a Dios en oración en nuestras pequeñas reuniones sociales. No me atrevía a hacerlo, por miedo a confundirme y no poder expresar mis pensamientos. Pero el deber se imprimió en mi mente tan fuertemente que cuando intenté orar en

secreto me parecía estar burlándome de Dios, porque no había obedecido su voluntad. La desesperación me abrumó, y durante tres largas semanas ningún rayo de luz atravesó la penumbra que me envolvía.

Mis sufrimientos mentales eran intensos. A veces, durante toda una noche, no me atrevía a cerrar los ojos, sino que esperaba a que mi hermana gemela se durmiera profundamente, entonces abandonaba silenciosamente mi cama y me arrodillaba en el suelo, rezando en silencio con una agonía muda que no se puede describir. Los horrores de un infierno eternamente ardiente estaban siempre ante mí. Sabía que me era imposible vivir mucho tiempo en este estado, y no me atrevía a morir y correr la terrible suerte del pecador. Con qué envidia miraba a los que habían alcanzado la aceptación de Dios. Cuán preciosa parecía la esperanza del cristiano a mi alma agonizante.

Con frecuencia permanecí inclinado en oración casi toda la noche, gimiendo y temblando con una angustia inexpresable y una desesperanza que sobrepasa toda descripción. Señor, ten piedad! era mi súplica, y, como el pobre publicano, no me atrevía a levantar los ojos al cielo, sino que inclinaba el rostro sobre el suelo. Quedé muy reducido en carne y fuerza, pero guardé para mí mi sufrimiento y desesperación.

Mientras me hallaba en este estado de abatimiento, tuve un sueño que causó una fuerte impresión en mi mente, pero que en modo alguno levantó el velo de melancolía que oscurecía mi vida. Soñé que veía un templo al que acudía mucha gente. Sólo aquellos que se refugiaron en aquel templo se salvarían cuando el tiempo se cerrara. Todos los que permanecieran fuera se perderían para siempre. Las multitudes que iban de un lado a otro se burlaban y ridiculizaban a los que entraban en el templo, y les decían que aquel plan de seguridad era un astuto engaño, que en realidad no había peligro alguno que evitar. Incluso se apoderaron de algunos para impedirles que se apresuraran a entrar en los muros.

Temiendo que se rieran de mí y me ridiculizaran, pensé que lo mejor sería esperar a que la multitud se dispersara o a que yo pudiera entrar sin que me vieran. Pero el número aumentaba en vez de disminuir, y temiendo llegar demasiado tarde, salí apresuradamente de mi casa y me abrí paso entre la multitud. En mi ansiedad por llegar al templo no me di cuenta ni me preocupé por la multitud que me rodeaba. Al entrar en el edificio vi que el vasto templo estaba sostenido por una inmensa columna, a la que estaba atado un cordero destrozado y sangrante. Los presentes parecíamos saber que aquel Cordero

había sido desgarrado y magullado por nuestra culpa. Todos los que entraban en el templo debían presentarse ante él y confesar sus pecados.

Justo delante del Cordero había unos asientos elevados en los que se sentaba un grupo de personas que parecían muy felices. La luz del Cielo parecía brillar sobre sus rostros y alababan a Dios y entonaban cantos de acción de gracias que parecían la música de los ángeles. Eran los que se habían presentado ante el Cordero, habían confesado sus pecados, habían sido perdonados y ahora esperaban alegres algún acontecimiento gozoso.

Incluso después de haber entrado en el edificio, me invadió el temor y la vergüenza de tener que humillarme ante aquella gente. Pero me sentí obligado a avanzar, y estaba rodeando lentamente el pilar para ponerme frente al Cordero, cuando sonó una trompeta, el templo tembló, los santos reunidos profirieron gritos de triunfo, un resplandor espantoso iluminó el edificio, y luego todo quedó en una intensa oscuridad. Toda la gente feliz había desaparecido con el resplandor, y me quedé solo en el horror silencioso de la noche.

Me desperté en una agonía mental y apenas podía convencerme de que había estado soñando. Me parecía que mi destino estaba fijado, que el Espíritu del Señor me había abandonado para no volver jamás. Mi abatimiento se hizo más profundo, si cabe. Poco después tuve otro sueño. Me parecía estar sentado en la más absoluta desesperación, con la cara entre las manos, reflexionando así: Si Jesús estuviera en la tierra, iría a él, me arrojaría a sus pies y le contaría todos mis sufrimientos. Él no me daría la espalda, se apiadaría de mí, y yo le amaría y le serviría siempre. En aquel momento se abrió la puerta y entró una persona de hermosas formas y semblante. Me miró con lástima y me dijo: "¿Deseas ver a Jesús? Él está aquí y puedes verle si lo deseas. Toma todo lo que posees y sígueme".

Lo oí con indecible alegría, y con gusto recogí todas mis pequeñas posesiones, cada baratija atesorada, y seguí a mi guía. Me condujo a una escalera empinada y aparentemente frágil. Cuando empecé a subir los peldaños, me advirtió que mantuviera la vista fija hacia arriba, no fuera que me mareara y me cayera. Muchos otros que subían por la empinada escalera cayeron antes de llegar a la cima.

Finalmente llegamos al último escalón y nos detuvimos ante una puerta. Aquí mi guía me indicó que dejara todas las cosas que había traído. Las dejé alegremente, él abrió la puerta y me hizo entrar. En un momento me encontré ante Jesús. Aquel hermoso semblante era inconfundible; a ningún otro podía

pertenecer una expresión tan radiante de benevolencia y majestad. Cuando su mirada se posó en mí, supe de inmediato que conocía todas las circunstancias de mi vida y todos mis pensamientos y sentimientos íntimos.

Traté de protegerme de su mirada, sintiéndome incapaz de soportar sus ojos escrutadores, pero él se acercó con una sonrisa y, poniendo su mano sobre mi cabeza, dijo: "No temas". El sonido de su dulce voz estremeció mi corazón con una felicidad que nunca antes había experimentado, estaba demasiado alegre para pronunciar una palabra, pero, invadido por una felicidad inefable me postré a sus pies. Mientras yacía allí indefenso, pasaron ante mí escenas de belleza y gloria, y me pareció haber alcanzado la seguridad y la paz del Cielo. Al fin recobré las fuerzas y me levanté. Los ojos amorosos de Jesús estaban todavía sobre mí, y su sonrisa llenó mi alma de alegría. Su presencia me llenaba de una santa reverencia y de un amor inexpresable. Mi guía abrió la puerta y ambos salimos. Me pidió que volviera a coger todas las cosas que había dejado sin ellas. Hecho esto, me entregó un cordón verde enrollado estrechamente, el cual me indicó que pusiera junto a mi corazón, y que cuando quisiera ver a Jesús lo tomara de mi pecho y lo estirara al máximo. Me advirtió que no lo dejara enrollado durante mucho tiempo, para que no se anudara y fuera difícil enderezarlo. Puse el cordón cerca de mi corazón y bajé alegremente la estrecha escalera, alabando al Señor mientras avanzaba y diciendo con alegría a todos los que encontraba dónde podían encontrar a Jesús. Este sueño me dio esperanza. El cordón verde representaba la fe para mi mente, y la belleza y la sencillez de confiar en Dios empezaron a brillar en mi alma ignorante.

24 de febrero de 1876

Sra. Ellen G. White-Su vida, experiencia cristiana y trabajos

Ahora confié todas mis penas y perplejidades a mi madre. Ella se compadeció tiernamente de mí y me animó, aconsejándome que fuera a pedir consejo al Hno. Stockman, que entonces predicaba la doctrina adventista en Portland. Yo tenía gran confianza en él, pues era un devoto siervo de Cristo. Al oír mi historia, puso sus manos afectuosamente sobre mi cabeza, diciendo con lágrimas en los ojos: "Ellen, eres sólo una niña. La tuya es una experiencia muy singular para alguien de tu tierna edad. Jesús debe estar preparándote para alguna obra especial".

Entonces me dijo que, aunque yo fuera una persona de edad madura y estuviera así acosado por la duda y la desesperación, debía decirme que *sabía que* había

esperanza para mí, por el amor de Jesús. La propia agonía mental que había sufrido era una prueba positiva de que el Espíritu del Señor estaba luchando conmigo. Dijo que cuando el pecador se endurece en la culpa, no se da cuenta de la enormidad de sus transgresiones, sino que se halaga a sí mismo pensando que está bien y que no corre ningún peligro. El Espíritu del Señor lo abandona y se vuelve descuidado e indiferente o temerariamente desafiante. Este buen hombre me habló del amor de Dios por sus hijos descarriados, de que en lugar de alegrarse de su destrucción, anhelaba atraerlos hacia sí con fe y confianza sencillas. Se detuvo en el gran amor de Cristo y en el plan de redención.

Habló de mi temprana desgracia, y dijo que era ciertamente penosa, pero me hizo creer que la mano de un Padre amoroso no se había retirado de mí; que en la vida futura, cuando la niebla que entonces oscurecía mi mente se hubiera desvanecido, discerniría la sabiduría de la providencia que me había parecido tan cruel y misteriosa. Jesús dijo a sus discípulos: "Lo que yo hago no lo sabes ahora, pero lo sabrás después". En el gran futuro ya no veríamos como a través de un cristal oscuro, sino que nos encontraríamos cara a cara con las grandes bellezas del amor divino.

"Libérate, Ellen", dijo con lágrimas en los ojos, "Vuelve a tu casa confiando en Jesús, pues él no negará su amor a ningún verdadero buscador". Luego oró fervientemente por mí, y me pareció que Dios ciertamente tendría en cuenta la oración de este santo, aunque mis humildes peticiones no fueran escuchadas. Me sentí muy aliviado. Mi desdichada esclavitud de duda y temor se desvaneció al escuchar el sabio y tierno consejo de este maestro en Israel. Salí de su presencia reconfortado y animado.

Durante los pocos minutos en que recibí instrucción del Hno. Stockman, había obtenido más conocimiento sobre el tema del amor y la ternura compasiva de Dios, que de todos los sermones y exhortaciones que jamás había escuchado. Volví a casa y de nuevo me presenté ante el Señor, prometiendo hacer y sufrir cualquier cosa que me pidiera, con tal de que las sonrisas de Jesús iluminaran mi corazón. Se me presentó el mismo deber que antes había turbado mi mente: tomar mi cruz entre el pueblo de Dios reunido. No faltó mucho tiempo para que se presentara la oportunidad; esa tarde había una reunión de oración a la que asistí.

Me incliné temblando durante las oraciones que se ofrecieron. Después de que unos pocos hubieron orado, alcé mi voz en oración antes de ser consciente de ello, y, en ese momento, las preciosas promesas de Dios se me aparecieron

como tantas perlas preciosas que debían recibirse sólo por pedir las. Mientras oraba, la carga y la agonía del alma que había soportado durante tanto tiempo, me abandonaron, y la bendición del Señor descendió sobre mí como el suave rocío. Alabé a Dios desde lo más profundo de mi corazón. Todo me parecía excluido, excepto Jesús y su gloria, y perdí la conciencia de lo que pasaba a mi alrededor.

Cuando volví a despertar, me encontré en casa de mi tío, donde nos habíamos reunido para rezar. Ni mi tío ni mi tía profesaban la religión, aunque el primero la había profesado una vez, pero desde entonces había recaído. Me dijeron que se había turbado mucho mientras el poder de Dios se posaba sobre mí de una manera tan especial, y que había caminado por el suelo, muy turbado y angustiado en su mente. Cuando fui derribado por primera vez, algunos de los presentes se alarmaron mucho, y estaban a punto de correr a buscar un médico, pensando que me había atacado alguna indisposición repentina y peligrosa, pero mi madre les pidió que me dejaran en paz, porque era evidente para ella, y para los demás cristianos experimentados, que era el maravilloso poder de Dios el que me había postrado.

Al día siguiente me había recuperado lo suficiente para volver a casa, pero se había producido un gran cambio en mi mente. Me parecía que no podía ser la misma persona que había salido de casa de mi padre la noche anterior. Este pasaje estaba continuamente en mis pensamientos: "El Señor es mi pastor, nada me falta". Mi corazón estaba lleno de felicidad mientras repetía suavemente estas palabras.

La fe se apoderó entonces de mi corazón. Sentí un amor inexpresable por Dios, y tuve el testimonio de su Espíritu de que mis pecados habían sido perdonados. Mi concepto del Padre cambió; ahora lo veía como un padre bondadoso y tierno, y no como un tirano severo que obliga a los hombres a una obediencia ciega. Mi corazón lo amaba profunda y fervientemente. La obediencia a su voluntad me parecía una alegría, era un placer estar a su servicio. Mi camino estaba radiante ante mí, ninguna sombra nublaba la luz que me revelaba la perfecta voluntad de Dios. Sentía la seguridad de un Salvador residente, y comprendía la verdad de lo que Cristo había dicho: "El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida".

Todo en la naturaleza parecía poseer una gloria, y parecía reflejar las sonrisas amorosas de Dios. Mi paz y felicidad estaban en tan marcado contraste con mi anterior tristeza y angustia, que me parecía como si mi alma hubiera sido

rescatada del infierno y transportada al Cielo. Podía incluso alabar a Dios por la desgracia que había sido la prueba de mi vida, porque había sido el medio de concentrar mis pensamientos en la eternidad. Orgulloso y ambicioso por naturaleza, tal vez no me hubiera sentido inclinado a entregar mi corazón a Jesús si no hubiera sido por la dolorosa aflicción que me había apartado, en cierto modo, de los triunfos y vanidades del mundo.

Durante seis meses ni una sombra nubló mi mente, ni descuidé un solo deber conocido. Todo mi empeño consistía en hacer la voluntad de Dios y tener continuamente presentes a Jesús y al Cielo. Estaba sorprendido y embelesado con las claras ideas que ahora se presentaban a mi mente sobre la expiación y la obra de Jesucristo. No trataré de explicar más los ejercicios de mi mente; baste decir que las cosas viejas habían pasado, y he aquí, todas las cosas se habían hecho nuevas. No había ni una nube que empañara mi perfecta dicha. Anhelaba contar la historia del amor de Jesús, pero no me sentía dispuesto a entablar una conversación común con nadie. Mi corazón estaba tan lleno de amor a Dios y de la paz que sobrepasa todo entendimiento, que me encantaba meditar y orar.

La noche después de recibir tan grande bendición asistí a la reunión de Adviento. Cuando llegó el momento de que los seguidores de Cristo hablaran en su favor, no pude permanecer en silencio, sino que me levanté y relaté mi experiencia. No se me había pasado por la cabeza lo que debía decir; pero la sencilla historia del amor de Jesús por mí brotó de mis labios con perfecta libertad, y mi corazón se sintió tan feliz de verse liberado de su esclavitud de oscura desesperación, que perdí de vista a la gente que me rodeaba y me pareció estar a solas con Dios. No encontré ninguna dificultad en expresar mi paz y felicidad, excepto por las lágrimas de gratitud que ahogaban mis palabras, mientras contaba el maravilloso amor que Jesús había mostrado por mí.

El hermano Stockman estaba presente. Hacía tan poco que me había visto sumido en una profunda desesperación, y se había esforzado por animarme e inspirarme esperanza, que el notable cambio de mi aspecto y de mis sentimientos le conmovió el corazón y lloró en voz alta, alegrándose conmigo y alabando a Dios por esta prueba de su tierna misericordia y amorosa bondad. Mi corazón estaba tan rebotante de alegría que quería contar a los demás lo mucho que el Señor había hecho por mí.

De vez en cuando asistía a la iglesia cristiana, de la que era pastor Elder Brown. Durante una reunión de la conferencia me invitaron a relatar mi experiencia, que se consideraba marcada, y sentí no sólo gran libertad de expresión, sino

felicidad al contar mi sencilla historia del amor de Jesús y la alegría de ser aceptado por Dios. Conté mi maravillosa liberación de la esclavitud de la duda y la desesperación, y la alegría que experimenté en la esperanza de la salvación. Mientras hablaba en un lenguaje sencillo, con el corazón subyugado y los ojos llenos de lágrimas, mi alma parecía atraída hacia el Cielo en un éxtasis de acción de gracias. El poder fundente del Señor se apoderó del pueblo reunido. Muchos lloraban y otros alababan a Dios.

Se invitó a los pecadores a levantarse para orar, y muchos respondieron a la llamada. Mi corazón estaba tan agradecido a Dios por la indecible bendición que me había concedido, que anhelaba que otros participaran en esta sagrada alegría. Mi mente estaba profundamente interesada por aquellos que pudieran estar sufriendo bajo el sentimiento del desagrado del Señor y la carga del pecado. Mientras relataba mi experiencia, sentía que nadie podría resistirse a la evidencia del amor perdonador de Dios, que había operado en mí un cambio tan maravilloso. La realidad de la verdadera conversión me parecía tan clara que sentía deseos de ayudar a mis jóvenes amigos a entrar en la luz, y en cada oportunidad ejercía mi influencia con este fin.

Concerté reuniones con mis jóvenes amigos, algunos de los cuales eran bastante mayores que yo, y unos pocos eran personas casadas. Algunos de ellos eran vanidosos e irreflexivos, mi experiencia les sonaba a cuento chino, y no hacían caso de mis ruegos. Pero yo sentía que mis esfuerzos no debían cesar hasta que estas queridas almas, por las que yo tenía tanto interés, se rindieran a Dios. Pasé varias noches enteras en ferviente oración por aquellos a quienes había buscado y reunido con el propósito de trabajar y orar con ellos.

Algunos de ellos se habían reunido con nosotros por curiosidad de oír lo que yo tenía que decir, otros pensaban que estaba fuera de mí por ser tan persistente en mis esfuerzos, especialmente cuando no manifestaban ninguna preocupación por su parte. Pero en cada una de nuestras pequeñas reuniones continué exhortando y orando por cada uno por separado, hasta que mis esfuerzos se vieron coronados por el éxito y todos se rindieron a Jesús, reconociendo los méritos de su amor perdonador. Todos se convirtieron a Dios.

Noche tras noche en mis sueños me parecía estar trabajando por la salvación de las almas. En esos momentos se me presentaban casos especiales que luego buscaba y por los que oraba. En todos los casos, excepto en uno, estas personas se entregaron al Señor. Algunos de nuestros hermanos más formales temían que yo fuera demasiado celoso y solícito por la conversión de las almas, pero el

tiempo me parecía tan corto que correspondía a todos los que tenían la esperanza de una inmortalidad bendita, y esperaban la pronta venida de Cristo, trabajar sin cesar por los que todavía estaban en sus pecados y al borde de la terrible ruina.

Es cierto que yo era muy joven, pero el plan de salvación era tan claro para mi mente, y mi experiencia personal había sido tan marcada, que, al considerar cuidadosamente el asunto, supe que era mi deber continuar mis esfuerzos por la salvación de las almas preciosas, y orar y confesar a Cristo en cada oportunidad. Ofrecí todo mi ser al servicio de mi Maestro. Pasara lo que pasara, estaba decidida a complacer a Dios y a vivir como quien espera que el Salvador venga a recompensar a los fieles. Me sentía como un niño pequeño que se acerca a Dios como a su padre y le pregunta qué quiere que haga. Entonces, cuando mi deber se me hizo evidente, fue mi mayor felicidad cumplirlo. A veces me acosaban pruebas peculiares. Los que tenían más experiencia que yo trataban de contenerme y enfriar el ardor de mi fe, pero con las sonrisas de Jesús iluminando mi vida y el amor de Dios en mi corazón, seguí mi camino con espíritu alegre.

2 de marzo de 1876

Sra. Ellen G. White-Su vida, experiencia cristiana y trabajos

Cuando miro hacia atrás en mi vida temprana, y recuerdo mi experiencia juvenil, mi hermano, el confidente de mis esperanzas y temores, el ferviente simpatizante conmigo en mi experiencia cristiana, viene a mi mente con un torrente de tiernos recuerdos. Era uno de aquellos a quienes el pecado presenta pocas tentaciones. De natural devoto, nunca buscó la sociedad de los jóvenes y alegres, sino que prefirió la compañía de los cristianos, cuya conversación le instruiría en el camino de la vida. Sus modales eran serios para su edad, era amable y pacífico, y su mente estaba llena de pensamientos religiosos. Quienes lo conocían señalaban su vida como un modelo para la juventud, un ejemplo vivo de la gracia y la belleza del verdadero cristianismo.

La familia de mi padre seguía asistiendo de vez en cuando a la iglesia metodista y también a las reuniones de clase que se celebraban en casas particulares. Una noche, mi hermano Robert y yo fuimos a la reunión de clase. El anciano metodista que presidía la reunión estaba presente. Cuando llegó el turno de mi hermano, habló con gran humildad, pero con claridad, de la necesidad de una completa preparación para encontrarnos con nuestro Salvador, cuando viniera en las nubes del cielo con poder y gran gloria. Mientras hablaba, una luz

celestial irradiaba su semblante habitualmente pálido. Parecía ser llevado en espíritu por encima del ambiente presente, y hablaba como si estuviera en presencia de Jesús. Cuando me pidieron que hablara, me levanté, libre de espíritu, con el corazón lleno de amor y de paz. A mi manera sencilla, conté la historia de mi gran sufrimiento bajo la convicción del pecado, cómo había recibido por fin la bendición que tanto había buscado, una conformidad total con la voluntad de Dios; que me regocijaba con la noticia de la pronta venida de mi Redentor para llevar a sus hijos a casa.

Esperaba, en mi sencillez, que mis hermanos y hermanas metodistas comprenderían mis sentimientos y se alegrarían conmigo. Pero me decepcionaron; varias hermanas gimieron y movieron ruidosamente sus sillas, dándome la espalda. No podía pensar qué había dicho para ofenderlas. Hablé muy brevemente, sintiendo la escalofriante influencia de su desaprobación. Cuando dejé de hablar, el élder B me preguntó si no sería más agradable vivir una larga vida de utilidad aquí, haciendo el bien a los demás, que el hecho de que Jesús viniera pronto y destruyera a los pobres pecadores. Le contesté que anhelaba la venida de Jesús. Entonces se acabaría el pecado y gozaríamos de la santificación para siempre, sin diablo que nos tentara y nos extraviara.

Entonces me preguntó si no preferiría morir tranquilamente en mi lecho antes que pasar por el dolor de ser cambiado, en vida, de la mortalidad a la inmortalidad. Mi respuesta fue que deseaba que Jesús viniera y se llevara a sus hijos; que estaba dispuesto a vivir o morir como Dios quisiera; que podía soportar fácilmente todo el dolor que pudiera soportarse en un momento, en un abrir y cerrar de ojos; que deseaba que las ruedas del tiempo giraran rápidamente y trajeran el día bienvenido en que estos cuerpos viles fueran cambiados y modelados como el cuerpo glorioso de Cristo. También declaré que cuando vivía más cerca del Señor, entonces anhelaba más fervientemente su aparición. Algunos de los presentes parecían estar muy disgustados.

Cuando el élder B se dirigió a los demás en la clase, expresó gran alegría al anticipar el milenio temporal de mil años, cuando la tierra se llenaría del conocimiento del Señor como las aguas cubren el mar. Anhelaba ver el comienzo de este glorioso período, y parecía estar en éxtasis por el esperado acontecimiento. Después de terminada la reunión, me di cuenta de que me trataban con gran frialdad los que antes habían sido amables y cordiales conmigo. Mi hermano y yo volvimos a casa sintiéndonos tristes de que nuestros hermanos nos malinterpretaran tanto, y de que el tema de la próxima venida de Jesús despertara tan amargo antagonismo en sus pechos.

Sin embargo, estábamos agradecidos por poder discernir la preciosa luz y regocijarnos esperando la venida del Señor. En el camino hablamos seriamente sobre las evidencias de nuestra nueva fe y esperanza. "Ellen", dijo Robert, "¿estamos engañados? ¿Es esta esperanza de la pronta venida de Cristo a la tierra una herejía, a la que se oponen tan amargamente ministros y profesantes de la religión? Dicen que Jesús no vendrá hasta dentro de miles y miles de años. Si se acercan siquiera a la verdad, entonces el mundo no puede llegar a su fin en nuestros días."

No me atreví a dar a la incredulidad un momento de aliento, sino que contesté rápidamente: "No tengo la menor duda de que la doctrina predicada por Wm. Miller es la verdad. Qué poder acompaña a sus palabras, qué convicción llega al corazón del pecador".

Hablamos del asunto con franqueza, mientras caminábamos, y decidimos que era nuestro deber y privilegio esperar la venida de nuestro Salvador, que lo más seguro sería prepararnos para su aparición y estar listos para recibirlo con alegría. Si venía, ¿cuál sería la perspectiva de los que ahora decían: "Mi Señor retrasa su venida", y no deseaban su aparición? Nos preguntábamos cómo los ministros se atrevían a calmar los temores de los pecadores y de los reincidentes diciendo paz, paz, mientras el mensaje de advertencia era dado por unas pocas almas fieles en todo el país. El período nos parecía muy solemne, sentíamos que no teníamos tiempo que perder.

Dijo Robert: "A un árbol se le conoce por sus frutos". ¿De qué nos ha servido esta creencia? Nos ha convencido de que no estábamos preparados para la venida del Señor, de que debemos ser puros de corazón o no podremos encontrarnos con nuestro Salvador en paz. Nos ha impulsado a buscar nuevas fuerzas y la gracia de Dios. ¿Qué ha hecho por ti, Ellen? ¿Serías lo que eres ahora si nunca hubieras oído la doctrina de la pronta venida de Cristo? ¿Qué esperanza ha inspirado tu corazón, qué paz, alegría y amor te ha dado? A mí me lo ha dado todo. Amo a Jesús y a todos los cristianos. Me encantan las reuniones de oración. Encuentro una gran alegría en la lectura de mi Biblia y en la oración. Si esta preciosa fe ha hecho una obra tan grande por nosotros, ¿no hará lo mismo por todos aquellos que la crean y anhelen fervientemente la aparición del Señor?".

Ambos nos sentimos fortalecidos por esta conversación, y decidimos que no nos apartaríamos de nuestras honestas convicciones de la verdad y de la bendita esperanza de la pronta venida de Cristo en las nubes del cielo. Poco después

asistimos de nuevo a la reunión de la clase. Realmente deseábamos tener la oportunidad de hablar del precioso amor de Dios que animaba nuestras almas. Yo deseaba particularmente hablar de la bondad y misericordia del Señor para conmigo. Se había operado en mí un cambio tan grande que parecía mi deber aprovechar cualquier oportunidad para dar testimonio del amor insuperable de mi Salvador.

Cuando llegó mi turno de hablar, declaré las evidencias que disfrutaba del amor de Jesús y que esperaba con alegre expectación encontrarme pronto con mi Redentor. La creencia de que la venida de Cristo estaba cerca había impulsado mi alma a buscar más fervientemente la santificación del Espíritu de Dios. Aquí el líder de la clase me interrumpió, diciendo: "Usted recibió la santificación a través del metodismo, a través *del metodismo*, hermana, no a través de una teoría errónea". Mi corazón estaba lleno de amor y felicidad, pero sentí que debía confesar la verdad, que no era a través del metodismo que mi corazón había recibido su nueva bendición. Pero por las conmovedoras verdades que había oído acerca de la aparición personal de Jesús, había encontrado paz y gozo y amor perfecto. Así terminé mi testimonio, el último que daría en clase con mis hermanos metodistas.

Robert habló entonces a su mansa manera, pero de un modo tan claro y conmovedor que algunos lloraron y se sintieron muy conmovidos; pero otros tosieron disintiendo y parecían bastante inquietos: Después de salir del aula, volvimos a hablar de nuestra fe, y nos maravillamos de que nuestros hermanos y hermanas cristianos pudieran soportar tan mal que se les dijera una palabra en referencia a la venida de nuestro Salvador. Pensamos que si amaran a Jesús como debieran, no les molestaría tanto oír hablar de su segundo advenimiento, sino que, por el contrario, aclamarían la noticia con gran alegría.

Estábamos convencidos de que ya no debíamos asistir a las reuniones metodistas. La esperanza de la gloriosa aparición de Cristo llenaba nuestras almas, y encontraría expresión cuando nos levantáramos para hablar. Esto pareció encender la ira de los presentes contra los dos humildes niños que se atrevían, frente a la oposición, a hablar de la fe que había llenado sus corazones de paz y felicidad. Era evidente que no podíamos tener libertad en la reunión de la clase, pues nuestro sencillo testimonio provocaba burlas y mofas que llegaban a nuestros oídos al final de la reunión por parte de hermanos y hermanas a quienes habíamos respetado y amado.

9 de marzo de 1876

Sra. Ellen G. White-Su vida, experiencia cristiana y trabajos

Las reuniones de los adventistas se celebraban entonces en Beethoven Hall. Mi padre, con su familia, asistía a ellas con bastante regularidad, pues apreciábamos mucho el privilegio de oír la doctrina de la pronta y personal aparición de Cristo en la tierra. Se creía que el período del segundo advenimiento sería en el año 1843. Parecía tan corto el tiempo en que las almas podían salvarse, que resolví hacer todo lo que estuviera en mi poder para conducir a los pecadores a la luz de la verdad. Pero parecía imposible para mí, tan joven y con una salud débil, hacer mucho en la gran obra.

Éramos tres hermanas en casa: Sarah, que tenía varios años más que yo, mi hermana gemela Elizabeth y yo. Hablamos del asunto entre nosotras, y decidimos ganar el dinero que pudiéramos y gastarlo en comprar libros y tratados para distribuirlos gratuitamente entre la gente. Esto era lo mejor que podíamos hacer, y lo hicimos con gusto. Yo sólo podía ganar veinticinco centavos al día, pero mi vestido era sencillo, no gastaba nada en adornos innecesarios ni en cintas, pues la ostentación vana me parecía pecaminosa; así que siempre tenía un pequeño fondo almacenado con el que comprar libros adecuados. Los ponía en manos de personas experimentadas para enviarlos al extranjero.

Cada hoja de este material impreso parecía preciosa a mis ojos, pues eran como mensajes de luz para el mundo, ordenándoles que se preparasen para el gran acontecimiento cercano. Día tras día me he sentado en la cama apoyado en almohadas, realizando con dedos temblorosos la tarea que me había sido asignada; con cuánto cuidado dejaba a un lado los preciosos pedacitos de plata tomados a cambio, y que debían ser gastados en la lectura de materia que pudiera iluminar y despertar a aquellos que estaban en la oscuridad. No tenía la tentación de gastar mis ganancias para mi propia gratificación personal, porque la salvación de las almas era la carga de mi mente, y mi corazón se dolía por aquellos que se halagaban a sí mismos viviendo en seguridad, mientras el mensaje de advertencia era dado al mundo. Mi pensamiento constante era: ¿Qué puedo hacer yo, un niño, para ayudar en la obra de Dios y salvar a los pobres pecadores de la destrucción?

Un día estaba escuchando una conversión entre mi madre y una hermana, en referencia a un discurso que habían oído recientemente, en el sentido de que el

alma no tenía inmortalidad natural. Se repitieron algunos de los textos de prueba del ministro. Entre ellos recuerdo que éstos me impresionaron muy fuertemente:

"El alma que pecare, esa morirá". "Mejor es un perro vivo que un león muerto, porque los vivos saben que han de morir; pero los muertos nada saben". "Que en sus tiempos mostrará quién es el bendito y único Potentado, el Rey de reyes y Señor de señores; que *sólo* tiene inmortalidad, morando en la luz a la que ningún hombre puede acercarse." "A los que por la paciente perseverancia en el bien obrar buscan la gloria, el honor y la inmortalidad, la vida eterna". "¿Por qué", dijo mi madre, después de citar el pasaje anterior, "han de buscar lo que ya tienen?".

Escuché estas nuevas ideas con un interés intenso y doloroso. Cuando me quedé a solas con mi madre, le pregunté si realmente creía que el alma no era inmortal. Su respuesta fue que temía que hubiéramos estado equivocados en ese tema, así como en algunos otros."

"Pero madre", dije yo, "¿crees realmente que el alma duerme en la tumba hasta la resurrección? ¿Crees que el cristiano, cuando muere, no va inmediatamente al Cielo, ni el pecador al infierno?".

Ella respondió: "La Biblia no nos da ninguna prueba de que exista un infierno eternamente ardiente. Si existe tal lugar, debería mencionarse en el Libro Sagrado".

"¡Vaya, madre!", exclamé yo, asombrado, "¡Esta es una charla extraña para ti! Si crees en esta extraña teoría, no permitas que nadie la conozca, pues temo que los pecadores obtengan seguridad de esta creencia y nunca deseen buscar al Señor."

"Si esto es una verdad bíblica sólida", respondió ella, "en lugar de impedir la salvación de los pecadores, será un medio de ganarlos para Cristo. Si el amor de Dios no induce al rebelde a rendirse, los terrores de un infierno eterno no lo llevarán al arrepentimiento. Además, no parece una manera apropiada de ganar almas para Jesús, apelando a uno de los atributos más bajos de la mente, el temor abyecto. El amor de Jesús atrae, someterá al corazón más duro".

Pasaron algunos meses después de esta conversación antes de que oyera algo más acerca de esta doctrina; pero durante este tiempo había pensado mucho sobre el tema. Cuando oí predicarla, creí que era la verdad. Desde el momento en que la luz sobre el sueño de los muertos amaneció en mi mente, el misterio

que había envuelto la resurrección se desvaneció, y el gran acontecimiento en sí asumió una nueva y sublime importancia. Mi mente había sido perturbada a menudo por sus esfuerzos para reconciliar la recompensa o el castigo inmediato de los muertos, con el hecho indudable de una resurrección y un juicio futuros. Si el alma, al morir, entraba en la felicidad o miseria eternas, ¿dónde estaba la necesidad de una resurrección del pobre cuerpo enmohecido?

Pero esta nueva y hermosa fe me enseñó la razón por la que los escritores inspirados se habían detenido tanto en la resurrección del cuerpo, era porque todo el ser dormitaba en la tumba. Ahora podía percibir claramente la falacia de nuestra posición anterior sobre esta cuestión. La confusión y la inutilidad de un Juicio final, después de que las almas de los difuntos ya habían sido juzgadas una vez y asignadas a su suerte, me resultaban ahora muy evidentes. Vi que la esperanza de los afligidos estaba en esperar el glorioso día en que el Dador de Vida romperá los grilletes de la tumba, y los justos muertos se levantarán y dejarán su prisión para revestirse de una gloriosa vida inmortal.

Toda nuestra familia estaba interesada en la doctrina de la pronta venida del Señor. Mi padre había sido considerado durante mucho tiempo uno de los pilares de la iglesia metodista donde vivía, y toda la familia había sido miembro activo, pero no ocultábamos nuestra nueva creencia, aunque no la exhortábamos a los demás en ocasiones inoportunas, ni manifestábamos ningún antagonismo hacia nuestra iglesia. Sin embargo, el ministro metodista nos hizo una visita especial y aprovechó la ocasión para informarnos de que nuestra fe y el metodismo no podían estar de acuerdo. No preguntó nuestras razones para creer como creíamos, ni hizo referencia alguna a la Biblia para convencernos de nuestro error; pero afirmó que habíamos adoptado una creencia nueva y extraña que la iglesia metodista no podía aceptar.

Mi padre replicó que debía de estar equivocado al calificar esto de doctrina nueva y extraña, que Cristo mismo había predicado su segundo advenimiento a sus discípulos. Había dicho: "En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, os lo habría dicho. Voy a prepararos un lugar. Y si me voy y os preparo un lugar, vendré otra vez y os recibiré a mí mismo, para que donde yo esté, estéis también vosotros."

Cuando fue llevado al Cielo ante sus ojos y una nube lo recibió fuera de su vista, mientras sus fieles seguidores permanecían contemplando a su Señor que se desvanecía, "He aquí, dos hombres estaban junto a ellos vestidos de blanco; los cuales también dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al Cielo? este

mismo Jesús que ha sido tomado de vosotros al Cielo, así vendrá como le habéis visto ir al Cielo."

"Y", dijo mi padre, calentándose con su tema, "el inspirado Pablo escribió una carta para animar a sus hermanos en Tesalónica, diciendo: 'Y a vosotros que estáis atribulados, descansad con nosotros, cuando el Señor Jesús se manifieste desde el cielo con sus poderosos ángeles, en llama de fuego tomando venganza de aquellos que no conocen a Dios, y que no obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales serán castigados con destrucción eterna de la presencia del Señor, y de la gloria de su poder; cuando vendrá para ser glorificado en sus santos, y para ser admirado en todos los que creyeren (porque nuestro testimonio entre vosotros fue creído) en aquel día.' Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Entonces nosotros, los que estemos vivos y permanezcamos, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, confortaos unos a otros con estas palabras".

"Esta es una alta autoridad para nuestra fe. Jesús y sus apóstoles contemplan con gozo y triunfo el acontecimiento del segundo advenimiento; y los santos ángeles proclaman que Cristo, que ha subido a los cielos, vendrá de nuevo. Esta es nuestra ofensa, creer en la palabra de Jesús y de sus discípulos. Esta es una doctrina muy antigua, y no lleva ninguna mancha de herejía".

El ministro no intentó referirse a un solo texto que demostrara que estábamos equivocados, sino que se excusó alegando falta de tiempo. Nos aconsejó que nos retirásemos discretamente de la iglesia y evitásemos la publicidad de un juicio. Sabíamos que otros de nuestros hermanos estaban recibiendo un trato similar, por una causa parecida, y no queríamos que se entendiera que nos avergonzábamos de reconocer nuestra fe, o que éramos incapaces de sostenerla por las Escrituras; así que mis padres insistieron en que debían conocer la razón de esta petición.

La única respuesta a esto fue una declaración evasiva de que habíamos andado en contra de las reglas de la iglesia, y que lo mejor sería retirarnos voluntariamente de ella para ahorrarnos un juicio. Respondimos que preferíamos un juicio regular, y exigimos saber de qué pecado se nos acusaba, ya que no éramos conscientes de ningún mal en esperar y amar la aparición del Salvador.

Poco después, nos avisaron para que asistiéramos a una reunión que se celebraría en la sacristía de la iglesia. Asistieron muy pocos. La influencia de mi padre y su familia era tal que nuestros oponentes no deseaban presentar nuestros casos ante un gran número de miembros de la congregación. La única acusación fue que habíamos actuado en contra de sus reglas. Al preguntar qué reglas habíamos violado, se dijo, después de un poco de vacilación, que habíamos asistido a otras reuniones y habíamos descuidado reunirnos regularmente con nuestra clase. Dijimos que una parte de la familia había estado en el campo durante algún tiempo, que ninguno de los que permanecían en la ciudad había estado ausente de la reunión de la clase más de unas pocas semanas, y que se veían moralmente obligados a permanecer lejos porque los testimonios que daban eran objeto de una desaprobación tan marcada. Si se mencionaba la esperanza de la pronta venida de su Salvador, se manifestaba un sentimiento de desagrado contra ellos, y eran conscientes de despertar un amargo espíritu de antagonismo. También les recordamos que ciertas personas que no habían asistido a las reuniones de la clase durante un año todavía se mantenían en buena posición.

Se nos preguntó si confesaríamos que nos habíamos apartado de sus reglas, y si también aceptaríamos ajustarnos a ellas en el futuro. Respondimos que no nos atrevíamos a ceder en nuestra fe ni a negar la sagrada verdad de Dios; que no podíamos renunciar a la esperanza de la pronta venida de nuestro Redentor; que de la manera que ellos llamaban herejía debíamos seguir adorando al Señor. Mi padre, en su defensa, recibió la bendición de Dios, y todos salimos de la sacristía con el espíritu libre y felices en la conciencia del derecho y la sonrisa aprobadora de Jesús. Sentíamos la seguridad de que Dios estaba de nuestro lado y era más fuerte que todos los que estaban contra nosotros.

El domingo siguiente, al comienzo del banquete de amor, el anciano B ----- leyó nuestros nombres, siete en número, como expulsados de la iglesia. Declaró que no habíamos sido expulsados por conducta incorrecta o inmoral, que teníamos un carácter intachable y una reputación envidiable, pero que habíamos sido culpables de caminar en contra de las reglas de la Iglesia Metodista. También declaró que una puerta estaba ahora abierta y que todos los que fueran culpables de una infracción similar de las reglas, serían tratados de la misma manera.

En ese tiempo había muchos en la iglesia que esperaban la aparición del Salvador, y esta amenaza implícita se hizo con el propósito de asustarlos para que se sometieran. En algunos casos esta política produjo el resultado deseado, y el favor de Dios se vendió por un lugar en la iglesia metodista. Muchos

creyeron, pero no se atrevieron a confesar su fe para no ser expulsados de la sinagoga. Pero algunos salieron poco después y se unieron a la compañía de los que buscaban al Salvador.

En ese momento, las palabras del profeta eran sumamente preciosas: "Tus hermanos que te odiaban, que te echaban por causa de mi nombre, decían: Sea glorificado el Señor; pero él aparecerá para tu alegría, y ellos se avergonzarán."

16 de marzo de 1876

Sra. Ellen G. White-Su vida, experiencia cristiana y trabajos

Durante seis meses ni una nube se interpuso entre mi Salvador y yo. Cada vez que se presentaba una oportunidad propicia, yo daba mi testimonio, y era grandemente bendecido. A veces el Espíritu del Señor se posaba sobre mí con tal poder que me quitaba las fuerzas. Esto era una prueba para algunos que habían salido de las iglesias formales, y a menudo se hacían comentarios que me apenaban mucho. Muchos no podían creer que uno pudiera ser tan dominado por el Espíritu de Dios como para perder toda fuerza. Mi posición era sumamente dolorosa. Comencé a razonar conmigo mismo si no estaba justificado en retener mi testimonio en la reunión, y así refrenar mis sentimientos cuando había tal oposición en los corazones de algunos que eran mayores en años y experiencia que yo.

Pensé que reprimir mi testimonio no me impediría vivir fielmente mi religión. Adopté este plan de silencio durante un tiempo. A menudo me sentía fuertemente impresionado de que era mi deber hablar en la reunión, pero me abstenía de hacerlo, y tenía la sensación de haber contristado al Espíritu de Dios. A veces incluso me mantenía alejado de las reuniones a las que sabía que asistirían aquellos a quienes molestaba mi testimonio. Temía ofender a mis hermanos; pero en esto permití que el temor de los hombres rompiera esa comunión interrumpida con Dios que había bendecido mi corazón durante tantos meses.

Habíamos designado reuniones de oración vespertinas en diferentes localidades de la ciudad para dar cabida a todos los que desearan asistir a ellas. La familia que más se había opuesto a mí asistió a una de ellas. En esta ocasión, mientras los reunidos oraban, el Espíritu del Señor invadió la reunión, y uno de los miembros de esta familia se postró como un muerto. Sus parientes lloraban a su

alrededor, le frotaban las manos y le aplicaban remedios. Al fin recobró fuerzas suficientes para alabar a Dios, y acalló sus temores gritando triunfalmente por la clara evidencia que había recibido del poder del Señor sobre él. Este joven no pudo regresar a casa aquella noche.

La familia creyó que esto era una demostración del Espíritu de Dios, pero no les convenció de que era el mismo poder divino que a veces se posaba sobre mí, robándome mi fuerza natural y llenando mi alma con la paz y el amor ilimitados de Jesús. No dudaban de mi sinceridad y perfecta honestidad, pero me consideraban engañado al tomar por el poder del Señor lo que no era más que el resultado de mis propios sentimientos sobreexcitados.

Mi mente estaba en gran perplejidad, como consecuencia de esta oposición, y, a medida que se acercaba la hora de nuestra reunión ordinaria, dudaba si era mejor o no que yo asistiera a ella. Durante los días anteriores había estado muy angustiado por los sentimientos que se manifestaban hacia mí. Finalmente decidí no ir, y escapar así a las críticas de mis hermanos. Al tratar de orar repetía una y otra vez estas palabras: "Señor, ¿qué quieres que haga?". La respuesta que llegaba a mi corazón parecía pedirme que confiara en mi Padre Celestial y esperara pacientemente a conocer su voluntad. Me entregué al Señor con la sencilla confianza de un niño pequeño, recordando que Él había prometido que los que le siguieran no andarían en tinieblas.

Mi deber me impulsaba a ir a la reunión. Fui con la plena seguridad en mi mente de que todo iría bien. Mientras estábamos postrados ante el Señor, mi corazón se estremeció en oración y se llenó de una paz que sólo Cristo puede dar. Mi alma se regocijó en el amor del Salvador, y mi fuerza física me abandonó. Con fe infantil sólo pude decir: "El cielo es mi hogar, y Cristo mi Redentor".

Uno de la misma familia a quien he mencionado como opuesto a las manifestaciones del poder de Dios sobre mí, declaró en esta ocasión que consideraba que yo estaba bajo una excitación a la que creía que era mi deber resistir, pero en lugar de hacerlo pensaba que yo la alentaba, como una señal del favor de Dios. Sus dudas y su oposición no me afectaron en aquel momento, pues parecía encerrado con el Señor y elevado por encima de toda influencia exterior. Pero apenas había dejado de hablar cuando un hombre fuerte, un cristiano devoto y humilde, fue abatido por el poder de Dios ante sus ojos, y la sala se llenó del Espíritu Santo.

Cuando me recuperé lo suficiente, me sentí muy feliz dando mi testimonio de Jesús y hablando de su amor por mí. Confesé mi falta de fe en las promesas de

Dios, y que había refrenado los impulsos de su Espíritu por miedo a los hombres, pero que, a pesar de mi desconfianza, me había concedido pruebas insospechadas de su amor y gracia sustentadora. H----- P-----, el hermano que se había opuesto a mí, se levantó y, con muchas lágrimas, confesó su error respecto a mí, que sus sentimientos habían sido totalmente equivocados. Humildemente me pidió perdón. Dijo: "Hermana Ellen, nunca más pondré una paja en tu camino. Dios me ha mostrado la frialdad y terquedad de mi corazón, y lo ha quebrantado con la evidencia de su poder. Me he equivocado mucho. Cuando la hermana Ellen parecía tan feliz, yo pensaba: ¿Por qué yo no me siento así? ¿Por qué el hermano R----- no recibe alguna evidencia semejante? porque yo sentía que él era un cristiano devoto, y sin embargo no había caído sobre él tal poder. Ofrecí una oración silenciosa para que, si ésta era la santa influencia de Dios, el hermano R-----pudiera experimentarla esta noche.

"Casi cuando el deseo salía de mi corazón, el hermano R----- cayó, postrado por el poder de Dios, gritando: '¡Que actúe el Señor! Mi corazón está convencido de que he estado guerreando contra el Espíritu Santo, pero no lo contristaré más con mi obstinada incredulidad. ¡Bienvenida, luz! ¡Bienvenido, Jesús! He sido reincidente y endurecido, sintiéndome ofendido si alguien alababa a Dios y manifestaba una plenitud de gozo en su amor; pero ahora mis sentimientos han cambiado, mi oposición ha terminado, Jesús ha abierto mis ojos, y todavía puedo gritar sus alabanzas yo mismo. He dicho cosas amargas y cortantes de la hermana Ellen, que ahora lamento, y ruego por su perdón, así como por el de todos los presentes."

El hermano R----- dio entonces su testimonio. Su rostro estaba iluminado por la gloria del Cielo, mientras alababa al Señor por las maravillas que había realizado aquella noche. Dijo: "Este lugar es terriblemente solemne por la presencia del Altísimo. Hermana Ellen, en el futuro tendrás nuestra ayuda y simpatías sustentadoras, en lugar de la cruel oposición que se te ha mostrado. Hemos estado ciegos a las manifestaciones del Espíritu Santo de Dios".

Nunca se había puesto en duda mi perfecta sinceridad, pero muchos me habían considerado joven e impresionable, y que era mi deber refrenar mis sentimientos, que consideraban efecto de la excitación. Pero todos los opositores se dieron cuenta de su error y confesaron que la obra era realmente del Señor. Poco después, en una reunión de oración, H----- P-----, el hermano que había confesado que se había equivocado al oponerse, experimentó el poder de Dios en tal grado que su semblante brilló con una luz celestial, y cayó al suelo sin fuerzas. Cuando recobró sus fuerzas, reconoció de nuevo que había

estado combatiendo ignorantemente contra el Espíritu del Señor al abrigar el sentimiento que tenía contra mí.

En otra reunión de oración, otro miembro de la misma familia fue ejercitado de manera similar y dio el mismo testimonio. Pocas semanas después, mientras la numerosa familia del hermano P----- oraba en su propia casa, el Espíritu de Dios recorrió la habitación y postró a los suplicantes arrodillados. Mi padre entró poco después y los encontró a todos, padres e hijos, indefensos bajo el poder del Señor.

La fría formalidad comenzó a derretirse ante la poderosa influencia del Altísimo. Todos los que se habían opuesto a mí, confesaron que con ello habían contristado al Espíritu Santo, y se unieron en simpatía conmigo y en amor al Salvador. Mi corazón se alegró de que la misericordia divina hubiera allanado el camino que pisaban mis pies y recompensado tan generosamente mi fe y mi confianza. La unidad y la paz reinaban ahora entre nuestro pueblo que esperaba la venida del Señor.

23 de marzo de 1876

Sra. Ellen G. White-Su vida, experiencia cristiana y trabajos

Con cuánto cuidado y temblor nos acercábamos al tiempo de la expectación. Como pueblo, procurábamos con solemne fervor purificar nuestras vidas para estar preparados para encontrarnos con el Salvador en su venida. A pesar de la oposición de ministros e iglesias, la Sala Beethoven, en la ciudad de Portland, se llenaba todas las noches, y especialmente había una gran congregación los domingos. El anciano Stockman era un hombre de profunda piedad. Su salud era débil, pero cuando se ponía de pie ante la gente parecía estar por encima de la enfermedad física, y su rostro se iluminaba con la conciencia de que estaba enseñando la sagrada verdad de Dios.

Había en sus palabras una fuerza solemne y escrutadora que llegaba a muchos corazones. A veces expresaba un ferviente deseo de vivir hasta que diera la bienvenida al Salvador que vendría en las nubes del cielo. Bajo su ministerio, el Espíritu de Dios convenció a muchos pecadores y los llevó al redil de Cristo. Se seguían celebrando reuniones en casas particulares de diferentes partes de la ciudad con los mejores resultados. Se animaba a los creyentes a trabajar por sus amigos y parientes, y las conversiones se multiplicaban día a día.

En el distrito al que pertenecía propiamente la familia de mi padre, estas reuniones nocturnas se celebraban en casa de un capitán de barco. Él no hacía profesión de religión, pero su esposa era una sincera amante de la verdad. Finalmente el capitán se convenció por la influencia de las reuniones, profesó a Cristo y abrazó la creencia de que pronto vendría al mundo.

Todas las clases acudían en masa a las reuniones del Beethoven Hall. Ricos y pobres, altos y bajos, ministros y laicos, todos estaban ansiosos, por diversas causas, de escuchar por sí mismos la doctrina del segundo advenimiento. El gentío era tal que se expresaron temores de que el suelo cediera bajo su pesada carga; pero el constructor, al ser consultado, acalló tales temores y estableció la confianza en cuanto a la solidez del edificio.

Acudían muchos que, al no encontrar sitio para estar de pie, se marchaban decepcionados. El orden de las reuniones era sencillo; por lo general, se pronunciaba un discurso breve y directo, y luego se concedía libertad para la exhortación general. Por lo general, reinaba la más perfecta quietud posible para una multitud tan numerosa. El Señor contenía el espíritu de oposición, mientras sus siervos explicaban las razones de su fe.

A veces el instrumento era débil, pero el Espíritu de Dios daba peso y poder a su verdad. La presencia de los santos ángeles se hacía sentir en la asamblea, y cada día se agregaba más gente al pequeño grupo de creyentes.

En una ocasión, mientras el élder Stockman predicaba, el élder Brown, un ministro cristiano bautista, cuyo nombre se ha mencionado antes en esta narración, estaba sentado en el escritorio escuchando el sermón con intenso interés. Se conmovió profundamente, de repente su semblante palideció como el de un muerto, se tambaleó en su silla, y el anciano Stockman lo cogió en sus brazos justo cuando caía al suelo, y lo acostó en el sofá detrás del escritorio, donde permaneció sin fuerzas hasta que terminó el discurso.

Luego se levantó, con el rostro aún pálido, pero resplandeciente de la luz del Hijo de la justicia, y dio un testimonio impresionante. Parecía recibir la santa unción de lo alto. Habitualmente hablaba con lentitud, con ademanes solemnes, totalmente exento de excitación. Pero en esta ocasión, sus palabras solemnes y mesuradas llevaban consigo un nuevo poder, pues advertía a los pecadores y a sus hermanos ministros que dejaran a un lado la incredulidad, los prejuicios y la fría formalidad, y que, como los nobles bereanos, escudriñaran las sagradas escrituras, comparando escritura con escritura para averiguar si estas cosas no eran ciertas. Rogó a los ministros presentes que no se sintieran heridos por la

manera directa y escudriñadora en que el élder Stockman había presentado el solemne tema que interesaba a todas las mentes.

Dijo: "Queremos llegar a la gente, queremos que los pecadores sean convencidos y se arrepientan verdaderamente ante Dios antes de que sea demasiado tarde para que se salven, no sea que se lamenten: "La cosecha ha pasado, el verano ha terminado, y no nos hemos salvado". Los hermanos en el ministerio dicen que nuestras flechas les dan, ¿podrían por favor apartarse de entre nosotros y la gente, y dejarnos llegar a los corazones de los pecadores? Si se hacen blanco de nuestra puntería no tienen razón para quejarse de las heridas que reciben. Apártense hermanos y no serán alcanzados".

Relató su propia experiencia con tal sencillez y franqueza, que muchos que habían tenido grandes prejuicios se sintieron afectados hasta las lágrimas. El Espíritu de Dios se sentía en sus palabras y se veía en su rostro. Con santa exaltación declaró audazmente que había tomado la Palabra de Dios como su consejera, que sus dudas habían sido barridas y su fe confirmada. Con seriedad santificada invitó a sus hermanos ministros, miembros de la iglesia, pecadores e infieles a examinar la Biblia por sí mismos y a no dejar que nadie los desviara de su propósito de averiguar cuál era la verdad.

El élder Brown ni entonces ni después rompió su relación con la Iglesia Cristiana Bautista, sino que fue considerado con gran reverencia y respeto por su pueblo. Cuando terminó de hablar, se invitó a levantarse a quienes deseaban las oraciones del pueblo de Dios. Cientos de personas respondieron a la llamada. El capitán de barco, que se había convertido recientemente, se puso de pie con lágrimas en los ojos. Era incapaz de expresar sus sentimientos con palabras, y permaneció durante un momento como la imagen de una muda acción de gracias; luego, involuntariamente, levantó su sombrero y lo balanceó por encima de su cabeza con el movimiento libre de un viejo marinero, y en el abandono de su alegría, gritó: "¡Viva Dios! Me he enrolado en su tripulación, ¡él es mi capitán! Viva Jesucristo!" Se sentó dominado por la intensidad de sus emociones, con el rostro resplandeciente de amor y paz.

Su singular testimonio, tan característico del marino fanfarrón, no fue recibido con risas, pues el Espíritu de Dios que animaba al orador prestó a sus extraordinarias palabras una extraña solemnidad que se sintió en toda aquella densa multitud.

Otros siguieron con sus testimonios. La voz de Bro. Abad resonó por la sala en notas de advertencia al mundo. Repitió las evidencias de la pronta venida de

Cristo, y en sagrado silencio aquella vasta multitud escuchó sus conmovedoras palabras. El Espíritu Santo se posó sobre la asamblea. El cielo y la tierra parecían acercarse el uno al otro. La reunión duró hasta altas horas de la noche. El poder del Señor se hizo sentir sobre jóvenes, ancianos y personas de mediana edad. Algunos metodistas y bautistas que estaban presentes parecían unirse plenamente al espíritu de la reunión.

Cuando regresábamos a nuestros hogares por diversos caminos, una voz alabando a Dios nos llegaba de una dirección, y, como en respuesta, voces de otra y aún de otra parte, gritaban: "¡Gloria a Dios, el Señor reina!" Los hombres buscaban sus hogares con alabanzas en los labios, y el alegre sonido resonaba en el aire quieto de la noche. Nadie que haya asistido a estas reuniones podrá olvidar jamás aquellas escenas de profundo interés.

Los que aman sinceramente a Jesús pueden apreciar los sentimientos de los que aguardaban con el más intenso interés la venida de su Salvador. Se acercaba el momento de la expectación. Se acercaba el momento en que esperábamos encontrarnos con él. Nos acercábamos a esta hora con una serena solemnidad. Los verdaderos creyentes descansaban en una dulce comunión con Dios, una prueba de la paz que les esperaba en el brillante más allá. Los que experimentaron esta esperanza y confianza nunca podrán olvidar aquellas preciosas horas de espera.

Los asuntos mundanos fueron en su mayor parte dejados de lado durante unas semanas. Escudriñábamos cuidadosamente cada pensamiento y emoción de nuestros corazones como si estuviéramos en nuestro lecho de muerte y en pocas horas fuéramos a cerrar los ojos para siempre sobre las escenas terrenales. No se confeccionaron "vestiduras de ascensión" para el gran acontecimiento; sentíamos la necesidad de una evidencia interna de que estábamos preparados para encontrarnos con Cristo, y nuestras vestiduras blancas eran pureza de alma, carácter limpio de pecado por la sangre expiatoria de nuestro Salvador.

Pero el tiempo de expectación pasó. Esta fue la primera prueba de fuego para los que creían y esperaban que Jesús vendría en las nubes del cielo. La decepción del pueblo de Dios que esperaba fue grande. Los burladores triunfaban y ganaban para sus filas a los débiles y cobardes. Algunos que parecían poseer verdadera fe parecían haber sido influidos sólo por el miedo, y ahora su valor volvía con el paso del tiempo y se unían audazmente a los burladores declarando que nunca habían sido engañados para creer realmente en la doctrina de Miller, que era un fanático loco. Otros, que naturalmente

cedían o vacilaban, abandonaron tranquilamente la causa. Pensé que si Cristo hubiera venido, ¿qué habría sido de estos débiles y vacilantes? ¿Dónde habrían quedado sus vestiduras de justicia? Profesaban amar y anhelar la venida de Jesús, pero cuando no aparecía parecían muy aliviados y volvían a un estado de descuido y desprecio de la verdadera religión.

Estábamos perplejos y decepcionados, pero no renunciábamos a nuestra fe. Muchos seguían aferrados a la esperanza de que Jesús no tardaría mucho en venir; la Palabra del Señor era segura, no podía fallar. Sentíamos que habíamos cumplido con nuestro deber, que habíamos estado a la altura de nuestra preciosa fe, estábamos decepcionados pero no desanimados; los signos de los tiempos denotaban que el fin de todas las cosas estaba cerca, debíamos velar y mantenernos preparados para la venida del Maestro en cualquier momento. Debemos esperar con esperanza y confianza, sin dejar de congregarnos para recibir instrucción, aliento y consuelo, a fin de que nuestra luz brille en las tinieblas del mundo.

30 de marzo de 1876

Sra. Ellen G. White-Su vida, experiencia cristiana y trabajos

El cálculo del tiempo hecho por Wm. Miller era tan sencillo y claro que hasta los niños podían entenderlo. A partir de la fecha del decreto del rey de Persia, que se encuentra en Esdras 7, que fue dado en 457 antes de Cristo, los 2300 años de Daniel 8:14 deben terminar en 1843. En consecuencia, esperábamos la venida del Señor para fines de ese año. Quedamos tristemente decepcionados cuando el año pasó completamente y el Salvador no había venido.

Al principio no se percibió que si el decreto no se daba a principios del año 457 a.C., los 2300 años no se completarían a finales de 1843. Pero se comprobó que el decreto fue dado cerca del final del año 457 a.C., y por lo tanto el período profético debía llegar hasta el otoño del año 1844. Por lo tanto, la visión del tiempo no se demoró, aunque hubiera parecido que sí. Aprendimos a basarnos en el lenguaje del profeta: "Porque la visión es todavía para un tiempo determinado, pero al final hablará y no mentirá. Aunque tarde, espérala; porque ciertamente vendrá, no tardará".

Dios probó a su pueblo con el paso del tiempo en 1843. El error cometido al calcular los períodos proféticos no fue descubierto de inmediato ni siquiera por los sabios que se oponían a las opiniones de los que esperaban la venida de Cristo. Estos profundos eruditos declararon que el Sr. Miller estaba en lo cierto

en su cálculo del tiempo, aunque le discutían en cuanto al acontecimiento que coronaría ese período. Pero ellos, con el pueblo de Dios que esperaba, estaban en un error común sobre la cuestión del tiempo.

Creemos plenamente que Dios, en su sabiduría, quiso que su pueblo se encontrara con una desilusión bien calculada para revelar los corazones y desarrollar los verdaderos caracteres de aquellos que habían profesado esperar la venida del Señor y regocijarse en ella. Los que abrazaron el mensaje del primer ángel (véase Apocalipsis 14:6, 7) por temor a la ira de los juicios de Dios, y no porque amaban la verdad y deseaban una herencia en el reino de los cielos, aparecieron ahora en su verdadera luz. Fueron de los primeros en ridiculizar a los decepcionados que sinceramente anhelaban y amaban la aparición de Jesús. Esta prueba sumamente escrutadora de Dios reveló el verdadero carácter de quienes eludían la responsabilidad y el estigma negando su fe en la hora de la prueba.

Aquellos que habían sido decepcionados no fueron dejados en la oscuridad; porque al escudriñar los períodos proféticos con fervientes oraciones, se descubrió el error, y el trazado del lápiz profético a través del tiempo de demora. En la alegre expectación de la venida de Cristo, la aparente tardanza de la visión no había sido tenida en cuenta, y fue una triste e inesperada sorpresa. Sin embargo, esta misma prueba era sumamente necesaria para desarrollar y fortalecer a los creyentes sinceros en la verdad.

Nuestras esperanzas se centraban ahora en la venida del Señor en 1844. Este fue también el tiempo del mensaje del segundo ángel, que, volando por en medio del cielo, clamó: "¡Ha caído, ha caído Babilonia, esa gran ciudad!" Muchos abandonaron las iglesias en obediencia al mensaje del segundo ángel. Cerca de su fin se dio el grito de medianoche: "¡He aquí que viene el esposo, salid a recibirle!". En todas partes del país se daba luz acerca de este mensaje, y el grito despertó a millares. Iba de ciudad en ciudad, de aldea en aldea y hasta las regiones rurales más remotas. Llegó a los sabios y talentosos, así como a los oscuros y humildes.

Este fue el año más feliz de mi vida. Mi corazón estaba lleno de alegre expectación. Sentí gran compasión y ansiedad por los que estaban desanimados y no tenían esperanza en Jesús. Como pueblo, nos unimos en ferviente oración por la verdadera experiencia interior y la inconfundible evidencia de nuestra aceptación con Dios.

Necesitábamos una paciencia sin límites, pues los burlones eran muchos. Con frecuencia éramos recibidos con alusiones desdeñosas a nuestra anterior decepción. "Aún no habéis subido; ¿cuándo esperáis subir?" y sarcasmos similares nos lanzaban a menudo nuestros conocidos mundanos, e incluso algunos cristianos profesos, que aceptaban la Biblia pero no aprendían sus grandes e importantes verdades. Sus ojos cegados parecían ver sólo un significado vago y distante en la solemne advertencia de que "Dios ha señalado un día en el que juzgará al mundo", y que los santos serán arrebatados juntos para encontrarse con el Señor en el aire.

Las iglesias formales utilizaron todos los medios para impedir que se extendiera la creencia en la pronta venida de Cristo. No se concedía libertad en sus reuniones a quienes se atrevían a mencionar la esperanza de la pronta venida de Cristo. Los profesos amantes de Jesús rechazaban desdeñosamente las noticias de que su mejor amigo pronto los visitaría. Se excitaban y enfurecían contra los que proclamaban la noticia de su venida y se regocijaban de que pronto le contemplarían en su gloria.

Cada momento me parecía precioso y de la mayor importancia. Sentía que estábamos haciendo un trabajo para la eternidad, y que los descuidados y desinteresados corrían el mayor peligro. Mi fe no estaba nublada y me apropié de las preciosas promesas de Jesús. Él había dicho a sus discípulos: "Pedid y recibiréis". Creía firmemente que todo lo que pidiera de acuerdo con la voluntad de Dios me sería ciertamente concedido. Me hundí en la humildad a los pies de Jesús con el corazón en armonía con la voluntad divina.

A menudo visitaba a las familias y oraba fervientemente con los que estaban oprimidos por el miedo y el abatimiento. Mi fe era tan fuerte que nunca dudé ni por un momento que Dios respondería a mis oraciones, y sin una sola excepción la bendición y la paz de Jesús descansaron sobre nosotros en respuesta a nuestras humildes peticiones, y los corazones de los desesperados se alegraron con la luz y la esperanza.

Con una diligente búsqueda de los corazones y humildes confesiones, nos acercamos en oración al momento de la expectación. Cada mañana sentíamos que nuestro primer asunto era asegurar la evidencia de que nuestras vidas eran rectas ante Dios. Nos dimos cuenta de que si no avanzábamos en santidad, seguramente retrocederíamos. Nuestro interés por los demás aumentaba; orábamos mucho unos con otros y unos por otros. Nos reuníamos en los huertos y arboledas para comulgar con Dios y ofrecerle nuestras peticiones,

sintiéndonos más cerca de su presencia cuando estábamos rodeados de sus obras naturales. Las alegrías de la salvación nos eran más necesarias que la comida y la bebida. Si las nubes oscurecían nuestras mentes, no nos atrevíamos a descansar o dormir hasta que eran barridas por la conciencia de nuestra aceptación del Señor.

Mi salud era muy precaria, mis pulmones estaban seriamente afectados y mi voz me fallaba. El Espíritu de Dios se posaba a menudo sobre mí con gran poder y mi frágil cuerpo apenas podía soportar el peso de la gloria que inundaba mi alma. El nombre de Jesús me llenaba de éxtasis, me parecía respirar la atmósfera del Cielo. Me regocijaba en la perspectiva de encontrarme pronto con mi Redentor y vivir a la luz de su rostro para siempre.

El pueblo de Dios, que esperaba, se acercaba a la hora en que confiaba en que su alegría sería completa con la venida del Salvador. Pero el tiempo volvió a pasar sin que se anunciara el advenimiento de Jesús. La mortalidad seguía aferrada a nosotros, los efectos de la maldición nos rodeaban. Era difícil retomar las fastidiosas preocupaciones de la vida, que creíamos olvidadas para siempre. Fue una amarga desilusión la que cayó sobre el pequeño rebaño cuya fe había sido tan fuerte y cuya esperanza había sido tan alta. Pero nos sorprendió que nos sintiéramos tan libres en el Señor, y tan fuertemente sostenidos por su fuerza y su gracia.

Sin embargo, la experiencia del año anterior se repitió en mayor medida. Una clase numerosa renunció a su fe. Algunos, que habían sido muy confiados, quedaron tan profundamente heridos en su orgullo que sintieron deseos de huir del mundo. Como Jonás, se quejaron de Dios y prefirieron la muerte a la vida. Los que habían edificado su fe sobre la evidencia de los demás y no sobre la Palabra de Dios, estaban ahora tan dispuestos a volver a intercambiar sus puntos de vista. Los hipócritas, que habían esperado engañar al Todopoderoso tanto como a sí mismos, con su falsa penitencia y devoción, se sintieron ahora aliviados del peligro inminente, y se lanzaron a una abierta oposición a la causa que últimamente habían profesado amar.

Los débiles y los malvados se unieron para declarar que ya no podía haber más temores ni expectativas. El tiempo había pasado, el Señor no había venido, y el mundo seguiría igual durante miles de años. Esta segunda gran prueba reveló la existencia de una masa de inútiles que habían sido arrastrados por la fuerte corriente de la fe adventista y arrastrados durante algún tiempo con los verdaderos creyentes y los fervientes obreros.

20 de abril de 1876

Vigilancia cristiana

Vivimos en los últimos días. Juan exclama: "¡Ay de los habitantes de la tierra y del mar! porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, porque sabe que tiene poco tiempo". Jesucristo es el único refugio en estos tiempos peligrosos. Satanás trabaja en secreto y en la oscuridad. Astutamente aparta a los seguidores de Cristo de la cruz, y los lleva a la autoindulgencia y la maldad.

Satanás se opone a todo lo que fortalezca la causa de Cristo y debilite su propio poder. Está trazando diligentemente planes para socavar la obra de Dios. No descansa ni un momento cuando ve que la derecha está ganando la ascendencia. Tiene legiones de ángeles malignos que envía a cada punto donde la luz del Cielo brilla sobre el pueblo. Allí coloca sus piquetes para apoderarse de todo hombre, mujer o niño desprevenido y pasarlo a su servicio.

El plan de Satanás es debilitar la fe del pueblo de Dios en los testimonios. Luego sigue el escepticismo con respecto a los puntos vitales de nuestra fe, los pilares de nuestra posición, después la duda en cuanto a las Sagradas Escrituras, y luego la marcha descendente hacia la perdición. Cuando se duda de los testimonios, una vez creídos, y se renuncia a ellos, Satanás sabe que los engañados no se detendrán en esto, sino que redobla sus esfuerzos hasta lanzarlos a una rebelión abierta, que se hace incurable y termina en destrucción.

Muchos no se dan cuenta de que Dios los hace responsables de cada ventaja obtenida por el enemigo que es admitido en el fuerte. La desolación y la ruina que siguen están a la puerta de los centinelas infieles, quienes, por su negligencia, se convierten en agentes en manos del adversario para ganar almas para la destrucción. Los hombres que profesan esta fe deben buscar la sabiduría y la guía de Dios y no confiar en su propio juicio y conocimiento. Deben, como Salomón, orar fervientemente pidiendo fe y luz, y Él se las dará gratuitamente de su abundante provisión.

Dios quiere que su obra se haga con inteligencia, no de manera fortuita. Quiere que se haga con fe y cuidadosa exactitud, para poder poner en ella la señal de su aprobación. A los que lo aman y caminan con temor y humildad ante él, los bendecirá, los guiará y los conectará con el Cielo. Si los obreros confían en él, les dará sabiduría y corregirá sus debilidades, para que puedan realizar la obra del Señor con perfección.

Nuestras buenas obras por sí solas no salvarán a ninguno de nosotros, pero no podemos ser salvos sin buenas obras. Y después de haber hecho todo lo que podemos hacer, en el nombre y la fuerza de Jesús debemos decir: "Somos siervos inútiles". No debemos pensar que hemos hecho grandes sacrificios y que debemos recibir una gran recompensa por nuestros débiles servicios.

Debemos ponernos la armadura y estar preparados para resistir con éxito todos los ataques de Satanás. Su malignidad y cruel poder no se estiman lo suficiente. Cuando se ve frustrado en un punto, asume un nuevo terreno y nuevas tácticas, y lo intenta de nuevo, obrando maravillas para engañar y destruir a los hijos de los hombres. La juventud debe ser advertida cuidadosamente contra su poder, y dirigida pacientemente y en oración sobre cómo soportar las pruebas que seguramente les sobrevendrán en esta vida. Deben ser guiados a aferrarse a la Palabra de Dios y prestar atención a los consejos y sugerencias.

El Salvador del mundo ofrece a los descarriados el don de la vida eterna. Espera una respuesta a sus ofertas de amor y perdón con una compasión más tierna que la que mueve el corazón de un padre terrenal para perdonar a un hijo descarriado, arrepentido y sufriente. Grita tras el descarriado: Vuelve a mí y yo volveré a ti. Si el pecador sigue negándose a escuchar la voz de la misericordia que lo llama con amor tierno y compasivo, su alma quedará en tinieblas.

Pero si descuida la oportunidad que se le presenta y sigue en su mal camino, la ira de Dios, en un momento inesperado, estallará sobre él. Los que, siendo reprendidos a menudo, endurecen su corazón, serán destruidos repentinamente, y eso sin remedio. El temor del Señor es el principio de la sabiduría. Es la base de una educación adecuada. Los que, teniendo una oportunidad favorable, no han aprendido esta primera gran lección, no sólo están descalificados para el servicio en la causa de Dios, sino que son un perjuicio positivo para la comunidad en que viven.

La fe viva en los méritos de un Redentor crucificado llevará a los hombres a través del horno ardiente de la aflicción y la prueba. La forma de la Cuarta estará con ellos en el calor feroz del horno, que no dejará ni siquiera el olor del fuego en sus vestiduras. Se debe alentar a los niños a ser estudiantes de la Biblia y a tener principios religiosos firmes que resistan la prueba de los peligros que seguramente experimentarán todos los que vivan en la tierra durante los últimos días, en la historia final del mundo.

En este mundo pecaminoso nuestro, la verdad y la mentira están tan mezcladas que no siempre se discierne claramente la una de la otra. Pero, ¿por qué tiene

tan poca fuerza quien profesa la verdad? Porque no comprende su propia ignorancia y su propia debilidad. Si lo supiera, si desconfiara de sí mismo, sentiría la importancia de la ayuda divina para preservarle de las asechanzas del enemigo.

Necesitamos ser cristianos activos y trabajadores, desinteresados de corazón y de vida, con un solo ojo para la gloria de Dios. ¡Oh, qué ruinas de debilidad encontramos por todas partes! Labios silenciosos y vidas infructuosas. Este es el resultado de caer en la tentación. Nada estropea tanto la paz del alma como la incredulidad pecaminosa.

Cristo lo pide todo. No se puede retener nada. Él nos ha comprado con un precio infinito, y exige que todo lo que tenemos le sea entregado como ofrenda voluntaria. Si estamos plenamente consagrados a él en corazón y vida, la fe ocupará el lugar de las dudas, y la confianza el lugar de la desconfianza y la incredulidad.

20 de abril de 1876

Sra. Ellen G. White-Su vida, experiencia cristiana y trabajos

Estábamos decepcionados, pero no desanimados. Decidimos someternos pacientemente al proceso de purificación que Dios consideraba necesario para nosotros; abstenernos de murmurar ante la dura prueba por la que el Señor nos estaba purificando de la escoria y refinándonos como el oro en el horno. Decidimos aguardar con paciente esperanza a que el Salvador redimiera a sus probados y fieles.

Creemos que la predicación del tiempo definido era de Dios. Fue esto lo que llevó a los hombres a escudriñar la Biblia con diligencia, descubriendo verdades que antes no habían percibido. Jonás fue enviado por Dios para proclamar en las calles de Nínive que dentro de cuarenta días la ciudad sería derrocada; pero Dios aceptó la humillación de los ninivitas y prolongó su período de prueba. Sin embargo, el mensaje que trajo Jonás fue enviado por Dios, y Nínive fue probada según su voluntad. El mundo consideró nuestra esperanza como un engaño y nuestra desilusión como su consiguiente fracaso, pero aunque nos equivocamos en el acontecimiento que iba a ocurrir en aquel período, no hubo en realidad ningún fracaso de la visión que parecía demorarse.

Las palabras del Salvador en la parábola del siervo malvado se aplican muy forzosamente a los que ridiculizan la próxima venida del Hijo del hombre. "Pero

si aquel siervo dijere en su corazón: Mi señor tarda en venir; y comenzare a golpear a los siervos y a las siervas, y a comer y a beber, y a embriagarse, el señor de aquel siervo vendrá en día que no le espera, y a la hora que no sabe, y le despedazará, y le pondrá su parte con los infieles."

Encontramos por todas partes a los burladores que Pedro dice que vendrán en los últimos días, "andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su venida? Porque desde que los Padres durmieron, todas las cosas siguen como al principio de la creación." Pero aquellos que habían esperado la venida del Señor no estaban sin consuelo, habían obtenido un valioso conocimiento en la búsqueda de la Palabra. El plan de salvación era más claro para su entendimiento. Cada día descubrían nuevas bellezas en sus páginas sagradas y una maravillosa armonía que lo recorría todo, una escritura explicando a otra y ninguna palabra usada en vano.

Nuestra decepción no fue tan grande como la de los discípulos. Cuando el Hijo del hombre entró triunfante en Jerusalén, esperaban que fuera coronado rey. El pueblo acudió en tropel de toda la comarca y gritó: "¡Hosanna al Hijo de David!". Y Jesús, cuando los sacerdotes y los ancianos le rogaron que hiciera callar a la multitud, declaró que, si callaban, hasta las piedras gritarían, porque era preciso que se cumpliera la profecía. Sin embargo, en pocos días estos mismos discípulos vieron a su amado Maestro, que creían que reinaría en el trono de David, tendido en la cruel cruz por encima de los fariseos burlones y burlones. Sus grandes esperanzas se ahogaron en una amarga decepción, y las tinieblas de la muerte se cerraron sobre ellos.

Sin embargo, Cristo fue fiel a sus promesas. Dulce fue el consuelo que dio a su pueblo, rica la recompensa de los verdaderos y fieles.

Wm. Miller y los que estaban en unión con él suponían que la purificación del santuario, de la que se habla en Daniel 8:14, significaba la purificación de la tierra antes de que se convirtiera en la morada de los santos. Esto debía ocurrir en el advenimiento de Cristo, por lo tanto esperábamos ese acontecimiento al final de los 2300 días, o años. Pero después de nuestra decepción, escudriñamos cuidadosamente las Escrituras con la oración y el pensamiento sincero, y tras un período de suspense en cuanto a nuestra verdadera posición, la luz se derramó sobre nuestra oscuridad; la duda y la incertidumbre fueron barridas.

En lugar de que la profecía de Daniel 8:14 se refiriera a la purificación de la tierra, ahora era evidente que apuntaba a la obra final de nuestro Sumo

Sacerdote en el Cielo, a la terminación de la expiación y a la preparación del pueblo para soportar el día de su venida.

Podría dar una explicación más detallada del paso del tiempo, considerado a la luz de la profecía, pero no corresponde a la legítima competencia de estos artículos hacerlo. Me he limitado a relatar lo más brevemente posible estos importantes acontecimientos, con los que mi vida ha estado tan estrechamente entrelazada que no pueden omitirse sistemáticamente en estas páginas. Remito, sin embargo, a los lectores que deseen más información, a las obras sobre este tema, publicadas en la Oficina de Signos.

Vuelvo ahora a mi historia personal, de la que necesariamente me he alejado:

Después del paso del tiempo en 1844, mi salud decayó rápidamente, sólo podía hablar en un susurro o con un tono de voz entrecortado. Un médico declaró que mi enfermedad era tisis hidrópica, declaró que mi pulmón derecho estaba deteriorado y el izquierdo considerablemente enfermo, mientras que el corazón estaba seriamente afectado. Creyó que viviría poco tiempo y que podría morir repentinamente en cualquier momento. Me resultaba muy difícil respirar cuando estaba acostado, y por la noche me mantenía casi sentado, y me despertaba con frecuencia por la tos y la hemorragia pulmonar.

Por aquel tiempo, mientras visitaba a una querida hermana en Cristo, cuyo corazón estaba unido al mío, me fue dada la primera visión. No éramos más que cinco, todas mujeres, arrodilladas en silencio por la mañana ante el altar familiar, cuando ocurrió este acontecimiento. El espacio me impide entrar en un relato detallado de las maravillas de estas visiones, que por sí solas llenarían volúmenes; pero cuando se publique el libro, del que estos artículos apresurados serán la base, contendrá una relación completa de las visiones que Dios ha tenido a bien revelarme. Con el fin de registrar en estos bosquejos algunos de los incidentes más conmovedores de mi ajetreada vida, me veré obligado a pasar por alto, u omitir por completo, una gran parte de lo que sin duda sería de gran interés para los lectores. Muchos hechos para los que no hay espacio en las columnas de este periódico aparecerán pronto en el volumen de mi vida antes mencionado.

Relaté esta visión a los creyentes de Portland, que tenían plena confianza en que estas manifestaciones eran de Dios. Las acompañaba un poder que sólo podía emanar de lo divino. Una solemne sensación de intereses eternos me invadía constantemente. Me invadía un temor indecible de que yo, tan joven y débil, fuera elegido como el instrumento por el cual Dios daría luz a su pueblo.

Mientras estaba bajo el poder del Señor me sentía tan inexpresablemente feliz, como si estuviera rodeado de ángeles radiantes en los gloriosos atrios del Cielo, donde todo es paz y alegría, que fue un cambio triste y amargo despertar a las realidades insatisfactorias de la vida mortal.

En una segunda visión, que pronto siguió a la primera, se me mostraron las pruebas por las que debía pasar, y que era mi deber ir y contar a otros las cosas que Dios me había revelado. Se me mostró que mis trabajos encontrarían gran oposición, y que mi corazón se agitaría con angustia, pero que la gracia de Dios sería suficiente para sostenerme a través de todo. La enseñanza de esta visión me perturbó sobremanera, pues me indicaba que mi deber era salir entre la gente y enseñar la verdad.

Mi salud era tan precaria que estaba sufriendo físicamente y, en apariencia, me quedaba poco tiempo de vida. No tenía más que diecisiete años, era pequeño y frágil, no estaba acostumbrado a la sociedad y, por naturaleza, era tan tímido y retraído que me resultaba penoso encontrarme con extraños. Recé fervorosamente durante varios días y hasta bien entrada la noche, para que se me quitara esta carga y se la impusiera a otra persona más capaz de soportarla. Pero la luz del deber nunca cambió, y las palabras del ángel sonaban continuamente en mis oídos: "Da a conocer a otros lo que te he revelado."

4 de mayo de 1876

Sra. Ellen G. White-Su vida, experiencia cristiana y trabajos

En ese momento el Hno. Wm. H. Hyde estaba muy enfermo de disentería sanguinolenta. Sus síntomas eran alarmantes, y el médico declaró su caso casi sin esperanza. Lo visitamos y oramos con él, pero había caído bajo la influencia de ciertas personas fanáticas, que estaban deshonrando nuestra causa. Queríamos apartarlo de su medio, y pedimos al Señor que le diera fuerzas para salir de allí. Fue fortalecido y bendecido en respuesta a nuestras oraciones, y cabalgó cuatro millas hasta la casa del hno. P-----. Pero después de llegar allí parecía hundirse rápidamente.

El fanatismo y los errores en los que había caído por mala influencia parecían obstaculizar el ejercicio de su fe. Recibió con gratitud el claro testimonio que se le daba y confesó humildemente su falta. Sólo se permitió entrar en la habitación del enfermo a unos pocos que eran fuertes en la fe. Los fanáticos cuya influencia sobre él había sido tan perjudicial, y que le habían seguido insistentemente a casa del Hno. P, fueron positivamente rechazados. P-----, se

les prohibió terminantemente entrar en su presencia, mientras orábamos fervientemente por su restablecimiento. Pocas veces he visto que se extiendan tanto los brazos para reclamar las promesas de Dios. Se reveló la salvación del Espíritu Santo, y el poder de lo alto se posó sobre nuestro hermano enfermo y sobre todos los presentes.

El Hno. Hyde se vistió inmediatamente y salió de la habitación alabando a Dios, con la luz del Cielo brillando en su semblante. Sobre la mesa estaba preparada la cena de un granjero. Dijo: "Si estuviera bien, tomaría de esta comida; y como creo que Dios me ha sanado, llevaré a cabo mi fe". Se sentó a cenar con los demás y comió abundantemente sin hacerse daño. Su curación fue perfecta y duradera.

De Topsham volvimos a Portland y encontramos allí a un buen número de nuestros fieles del Este. Entre ellos estaban los mismos fanáticos a quienes yo había dado testimonio en Exeter, declarando que no era su deber visitar Portland. Estas personas habían dejado de lado la razón y el juicio; confiaban en cada impresión de sus mentes excitables y sobreexcitadas. Sus ejercicios demostrativos, aunque afirmaban estar bajo el Espíritu de Dios, eran indignos de su exaltada profesión. Temblábamos por la iglesia que iba a ser sometida a este espíritu de fanatismo. Me dolía el corazón por el pueblo de Dios. ¿Debían ser engañados y llevados por este falso entusiasmo? Pronuncié fielmente las advertencias que me había dado el Señor; pero parecían tener poco efecto, excepto hacer que estas personas de opiniones extremas se pusieran celosas de mí.

Estas falsas impresiones tuyas podrían haberme apartado de mi deber, si el Señor no me hubiera mostrado previamente adónde ir y qué hacer. Aunque tan joven e inexperto, fui preservado de caer en la trampa del enemigo, por la misericordia de Dios, al darme instrucciones especiales a quién temer y en quién confiar. Si no hubiera sido por esta protección, ahora veo muchas veces en las que podría haberme desviado del camino del deber.

Alrededor de esta época se me mostró que era mi deber visitar a nuestra gente en N.H. Mi constante y fiel compañera en este tiempo fue Louisa Foss, la hermana de mi cuñado. Hace muchos años que murió, pero nunca podré olvidar su amable y fraternal atención hacia mí en mis viajes. También nos acompañaban el hno. Files y su esposa, que eran viejos y apreciados amigos de mi familia, y los hermanos Haskins y White.

Fuimos recibidos cordialmente; pero había males existentes en ese campo que me agobiaban mucho. Tuvimos que enfrentarnos a un espíritu de arrogancia muy deprimente. Anteriormente me habían mostrado el orgullo y la exaltación de algunos a quienes visitamos, pero no tuve el valor de enfrentarlos con mi testimonio. Si lo hubiera hecho, el Señor me habría sostenido en el cumplimiento de mi deber.

Mientras visitaba la casa del Hno. Morse, la carga no me abandonó. Morse, la carga no me abandonó, pero aún no me sentía lo suficientemente fuerte como para aliviar mi mente y depositar la opresiva carga sobre aquellos a quienes pertenecía. Durante nuestra estancia en esta casa estuve muy enfermo. Se oró en mi favor, el Espíritu de Dios descansó sobre mí, y fui llevado en visión. Mientras me encontraba en este estado, se me mostraron algunas cosas concernientes al chasco de 1844, en relación con el caso del Hno. Morse. Morse. Él había sido un creyente firme y consecuente de que el Señor vendría en aquel tiempo. Se sintió amargamente desilusionado cuando el período transcurrió sin traer el acontecimiento que se esperaba. Estaba perplejo y era incapaz de explicar el retraso.

No renunció a su fe como hicieron algunos, calificándola de delirio fanático; pero estaba desconcertado y no podía comprender la posición del pueblo de Dios en el tiempo profético. Había sido tan sincero al declarar que la venida del Señor estaba cerca, que cuando pasó el tiempo, se sintió abatido y no hizo nada para animar al pueblo decepcionado, que estaba como ovejas sin pastor, abandonado a la devastación de los lobos.

Se me presentó el caso de Jonás. Dios le ordenó ir a Nínive y entregar el mensaje que le había dado. Jonás obedeció, y durante el espacio de tres días y tres noches se oyó por todas las calles de la malvada ciudad el grito solemne: "¡Todavía cuarenta días y Nínive será destruida!". La ciudad era una maravilla de riqueza y magnificencia; sin embargo, el rey creyó la advertencia y se humilló a sí mismo y a su pueblo ante el Señor en ayuno y cilicio.

Un Dios misericordioso aceptó su arrepentimiento y alargó los días de su libertad condicional. Apartó su ira feroz y esperó los frutos de la humillación de Nínive. Pero Jonás temía ser llamado falso profeta. Murmuraba de la compasión de Dios al perdonar al pueblo al que había advertido de la destrucción por boca de su profeta. No podía soportar la idea de presentarse ante el pueblo como un impostor. Pasó por alto la gran misericordia de Dios hacia la ciudad arrepentida, en la humillación personal de ver su profecía incumplida.

El Hno. Morse estaba en una condición similar a la del profeta decepcionado. Había proclamado que el Señor vendría en 1844. El tiempo había pasado. El freno del temor que había retenido parcialmente a la gente fue eliminado, y se permitieron burlarse de aquellos que habían buscado a Jesús en vano. El hno. Morse sintió que era una palabra despectiva entre sus vecinos, un objeto de burla. No podía reconciliarse con su posición. No consideraba la misericordia de Dios al conceder al mundo un tiempo más largo para prepararse para su venida; que la advertencia de su juicio pudiera ser oída más ampliamente, y la gente probada con mayor luz. Sólo pensó en la humillación de los siervos de Dios.

Se me mostró que, aunque el acontecimiento tan solemnemente proclamado no se produjo, como en el caso de Jonás, el mensaje procedía no obstante de Dios, y cumplió el propósito que Él le había asignado. La luz posterior sobre las profecías reveló el acontecimiento que sí tuvo lugar, en el Sumo Sacerdote entrando en el lugar santísimo del santuario en el Cielo para terminar la expiación por los pecados del hombre. Sin embargo, Dios quiso, por un sabio propósito, que sus siervos proclamaran la proximidad del fin de los tiempos.

Se me mostró que, en lugar de desanimarse por su decepción, como Jonás, el Hno. Morse debía recoger los rayos de la preciosa luz que Dios había dado a su pueblo y dejar a un lado su tristeza egoísta. Morse debía recoger los rayos de la preciosa luz que Dios había dado a su pueblo y dejar a un lado su egoísta tristeza. Debía regocijarse de que al mundo se le hubiera concedido un indulto, y estar dispuesto a ayudar a llevar adelante la gran obra que aún quedaba por hacer en la tierra, llevando a los pecadores al arrepentimiento y a la salvación.

Se ha dicho que con ocasión de esta visión declaré que en cuarenta días llegaría el fin del mundo. No pronuncié tales palabras. No tuve ninguna luz sobre el fin de los tiempos. El tema de Nínive, su prolongado período de prueba y el consiguiente dolor de Jonás, se me presentó como un caso paralelo a nuestra propia decepción de 1844.

El caso del hno. Morse se me presentó como uno que representaba la condición de una gran clase de nuestro pueblo en ese momento. Su deber estaba claramente marcado; era confiar en la sabiduría y misericordia de Dios y trabajar pacientemente mientras su providencia abría el camino ante ellos.

11 de mayo de 1876

Sra. Ellen G. White-Su vida, experiencia cristiana y trabajos

EGW

Era difícil hacer mucho bien en New Hampshire. Encontramos poca espiritualidad allí. Muchos declararon que su experiencia en el 44 había sido un engaño; fue difícil llegar a esta clase, porque no podíamos aceptar la posición que se aventuraban a tomar. Un número de predicadores y exhortadores activos en el 44, parecían haber perdido ahora sus amarras, y no sabían dónde estábamos en el tiempo profético; se estaban uniendo rápidamente con el espíritu del mundo.

En una ocasión, cuando estaba dando el mensaje que el Señor me había dado para animar a su pueblo, fui interrumpido varias veces por cierto ministro. Él había sido muy activo en la predicación de tiempo definido; pero cuando el período señalado pasó, su fe falló totalmente, y él vagó en oscuridad, dudando y cuestionando todo. Siempre estaba dispuesto a levantarse contra cualquiera que pretendiera tener más luz que la que él poseía. El Espíritu del Señor se posó sobre mí mientras relataba lo que Dios me había mostrado. Este ministro me interrumpió varias veces consecutivas; pero yo continué hablando, cuando se enojó y excitó mucho, oponiéndose violentamente a lo que yo decía. Elevó la voz a un tono muy alto y me insultó hasta que se vio obligado a detenerse por puro agotamiento. A los pocos momentos abandonó la casa, presa de una hemorragia pulmonar. A partir de ese momento se desvaneció rápidamente y murió poco después.

Nuestro testimonio fue bien acogido por algunos; pero muchos nos recibieron con desconfianza. El fanatismo y el magnetismo espiritual parecían haber destruido el espíritu de la verdadera piedad. Muchos parecían incapaces de discernir o apreciar los motivos que me llevaban, en mi debilidad, a viajar y dar mi testimonio al pueblo. Aquellos que tenían poco interés por la salvación de las almas, y cuyos corazones se habían apartado de la obra de preparación, no podían comprender el amor de Dios en mi alma que avivaba mi deseo de ayudar a los que estaban en tinieblas a alcanzar la misma luz que alegraba mi camino. Si hubieran visto también lo que se me había revelado del incomparable amor de Dios por los hombres, manifestado en dar a su Hijo único para morir por ellos, no habrían dudado de mi sinceridad.

Creí todo lo que se me había mostrado en visión. La verdad era para mí una realidad viva, y mi labor era para la eternidad. Cualquiera que fuese la opinión que otros tuviesen de mi trabajo, el peso de su importancia pesaba sobre mi alma. Con una salud débil, me esforzaba por hacer el bien a los demás para la vida eterna. Los momentos me parecían preciosos, los retrasos peligrosos.

En New Hampshire tuvimos que enfrentarnos a una especie de magnetismo espiritual, de carácter similar al mesmerismo. Fue nuestra primera experiencia de este tipo, y sucedió así: Al llegar a Claremont, nos dijeron que había dos grupos de adventistas: uno que se aferraba a su antigua fe y otro que la negaba. En otros lugares habíamos visitado y trabajado con esta última clase, y descubrimos que estaban tan enterrados en la mundanalidad, y que habían adoptado tanto el punto de vista popular con respecto a nuestro desengaño, que no podíamos alcanzarlos ni ayudarlos.

Pero ahora nos complacía saber que había aquí una pequeña compañía que creía que en su experiencia pasada habían sido guiados por la providencia de Dios. Nos dirigimos a los ancianos B-----t y B-----s como personas que sostenían puntos de vista similares a los nuestros. Descubrimos que había muchos prejuicios contra estos hombres, pero concluimos que eran perseguidos por causa de la justicia. Los visitamos y fuimos recibidos amablemente y tratados con cortesía. Pronto supimos que profesaban la santificación, afirmando que estaban por encima de la posibilidad del pecado, enteramente consagrados a Dios. Su vestimenta era excelente y tenían un aire de tranquilidad y comodidad.

En ese momento entró un niño de unos ocho años, literalmente vestido con harapos sucios. Nos sorprendió descubrir que este pequeño espécimen de negligencia era el hijo del anciano B-----t. La madre parecía sumamente avergonzada y molesta; pero el padre, totalmente despreocupado, continuó hablando de sus elevados logros espirituales sin el menor reconocimiento de su hijito. Pero su santificación había perdido repentinamente su encanto a mis ojos. Envuelto en la oración y la meditación, despojándose de todo el trabajo y las responsabilidades de la vida, este hombre parecía tener una mentalidad demasiado espiritual para darse cuenta de las necesidades reales de su familia, o prestar a sus hijos la menor atención paternal. Parecía olvidar que cuanto mayor es nuestro amor a Dios, más fuerte debe ser nuestro amor y cuidado por aquellos que nos ha dado; que el Salvador nunca enseñó la ociosidad y la devoción abstracta, en detrimento de los deberes que se encuentran directamente en nuestro camino.

Este esposo y padre declaraba que el logro celestial de la verdadera santidad llevaba la mente por encima de todos los pensamientos terrenales. Aun así, se sentaba a la mesa y comía alimentos temporales; no se alimentaba por milagro, y alguien debía proporcionarle ese alimento, aunque él se preocupaba poco por ese asunto, pues su tiempo estaba tan dedicado a las cosas espirituales. No así su esposa, sobre quien recaía la carga de la familia. Ella trabajaba sin descanso en todas las tareas domésticas para mantener el hogar. El marido declaró que ella no estaba santificada, sino que permitía que las cosas mundanas distrajeran su mente de los temas religiosos.

Pensé en nuestro Salvador como un trabajador constante por el bien de los demás. Dijo: "Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo". La santificación que enseñaba se manifestaba en obras de bondad y misericordia, y en el amor que considera a los demás mejores que nosotros mismos.

Mientras estaba en esta casa, una hermana de B-----s solicitó una entrevista privada conmigo. Tenía mucho que decir acerca de la entera consagración a Dios, y trató de sonsacarme mi opinión al respecto. Sentí que debía ser prudente en mis expresiones. Mientras hablaba, me cogía la mano con la suya y con la otra me acariciaba suavemente el pelo. Sentí que los ángeles de Dios me protegerían de la influencia impía que esta atractiva joven intentaba ejercer sobre mí, con sus bellas palabras y sus suaves caricias. Tenía mucho que decir sobre los logros espirituales de B-----t y su gran fe. Su mente parecía muy ocupada con él y su experiencia. Me alegré de verme por fin aliviado de esta penosa entrevista.

Estas personas, que hacían tan elevadas profesiones, estaban calculadas para engañar a los incautos. Tenían mucho que decir sobre el amor y la caridad que cubrían una multitud de pecados. Yo no podía unirme a sus opiniones y sentimientos, sino que sentía que ejercían un terrible poder para el mal. Deseaba escapar de su presencia lo antes posible.

Eld. B-----t, al hablar de la fe, dijo: "Todo lo que tenemos que hacer es creer, y todo lo que pidamos a Dios se nos dará".

El Hno. White sugirió que había condiciones especificadas. "Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis, y os será hecho". Dijo: "Vuestra teoría de la fe debe tener un fundamento; está tan vacía como un barril de harina con las dos cabezas fuera. La verdadera caridad nunca cubre los pecados no confesados y no arrepentidos. Sólo deja caer su manto

sobre las faltas confesadas y renunciadas. La verdadera caridad es un personaje muy delicado, que nunca pone su alimento puro fuera de la verdad bíblica."

Tan pronto como se cruzaron los puntos de vista de estas personas, manifestaron un espíritu obstinado y farisaico que rechazaba toda instrucción. Aunque profesaban gran humillación, se jactaban en sus sofismas de santificación, y resistían todos los llamamientos a la razón. Esa misma tarde visitamos la casa del hermano Collier, donde nos proponíamos celebrar una reunión por la noche. Suponíamos que esta familia estaba en unión con las que habíamos dejado. Hicimos algunas preguntas en referencia a esos hombres; pero el hermano Collier no nos dio ninguna información. Dijo: "Si el Señor os ha enviado aquí, averiguaréis qué espíritu los gobierna, y nos resolveréis el misterio".

B-----s y B-----t asistieron a la reunión. Mientras yo oraba fervientemente pidiendo luz y la presencia de Dios, ellos comenzaron a gemir y a gritar "¡Amén!", aparentemente manifestando su simpatía con mi oración. Inmediatamente mi corazón se oprimió con un gran peso, las palabras murieron en mis labios, la oscuridad ensombreció toda la reunión.

El Hno. White se levantó y dijo: "Estoy angustiado. El Espíritu del Señor está afligido. Resisto esta influencia en el nombre del Señor. Oh Dios, ¡reprende a este espíritu inmundo!"

Inmediatamente me sentí aliviado y me elevé por encima de las sombras. Pero de nuevo, mientras hablaba palabras de aliento y fe a los presentes, sus gemidos y amenes me helaron. Una vez más el Hno. White reprendió al espíritu de las tinieblas, y de nuevo el poder del Señor descansó sobre mí, mientras hablaba a la gente. Estos agentes del maligno fueron atados de tal manera que no pudieron ejercer más su influencia maligna esa noche.

Después de la reunión, el Hno. White le dijo al Hno. Collier Collier: "Ahora puedo decirle con respecto a esos dos hombres. Están actuando bajo una influencia satánica, pero atribuyendo todo al Espíritu del Señor."

"Creo que Dios te envió para animarnos", dijo el Hno. Collier. Collier. "Llamamos a su influencia mesmerismo. Afectan las mentes de los demás de una manera notable, y han controlado a algunos para su gran daño. Rara vez celebramos reuniones aquí, porque se inmiscuyen con su presencia, y no podemos tener unión con ellos. Manifiestan sentimientos profundos, como usted observó esta noche, pero aplastan la vida misma de nuestras oraciones, y

dejan una influencia más negra que la oscuridad egipcia. Nunca los había visto atados hasta esta noche.

Esa noche, durante la oración familiar, el Espíritu del Señor se posó sobre mí y se me mostraron muchas cosas en visión. Los ancianos B-----t y B-----s me fueron presentados como haciendo gran daño a la causa de Dios. Aunque profesaban la santificación, transgredían la ley sagrada. Eran corruptos de corazón y todos los que estaban de acuerdo con ellos se hallaban bajo un engaño satánico y obedecían a sus propios instintos carnales en vez de a la Palabra de Dios. Estos dos hombres ejercían un marcado y peculiar poder sobre el pueblo, reteniendo su atención y ganándose su confianza mediante una influencia mesmérica nefasta que muchos inocentes y desprevenidos atribuían al Espíritu del Señor. Los que seguían sus enseñanzas eran terriblemente engañados y llevados a los errores más groseros.

Se me mostró que la vida diaria de estos hombres contrastaba directamente con su profesión. Bajo el manto de la santificación practicaban los peores pecados y engañaban al pueblo de Dios. Toda su iniquidad quedó expuesta ante mí, y vi la terrible cuenta que se hacía de ellos en el gran libro de registros, y su terrible culpa por profesar una santidad absoluta, mientras sus actos diarios eran odiosos a los ojos de Dios. Algún tiempo después, los caracteres de estas personas se desarrollaron ante el pueblo y la visión dada en referencia a ellos fue plenamente vindicada.

15 de junio de 1876

Enseñanzas de Cristo

En la vida y ministerio de Cristo, dijo e hizo muchas cosas que provocaron a los santurrones judíos, y excitaron sus celos y odio. Los judíos profesaban ser más favorecidos por Dios que cualquier otro pueblo de la tierra, y se sentían insultados y maltratados por las agudas y cortantes verdades pronunciadas por Jesús.

En la fiesta de la Pascua, Jesús apareció como un forastero, vestido con las humildes ropas de un campesino galileo, sin ninguna insignia externa de autoridad. Sus ojos contemplaron la escena del templo profanado. El mugido de los bueyes, el balido de las ovejas, el arrullo de las palomas, el tintineo del dinero, las agudas y airadas disputas por la mercancía y en el tráfico, ahogaban la voz de la oración en el templo. Los miró y, con indignado dolor, derramó el dinero de los cambistas; derribó las mesas y, con un látigo de pequeñas cuerdas,

expulsó del atrio al ganado y a la gente. Con majestuosa autoridad ordena: "Quitad esto de aquí; no hagáis de la casa de mi Padre una casa de mercaderías". Está escrito: Mi casa será llamada casa de oración; pero vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones".

Este lenguaje era ciertamente duro y cortante. No se dirigía a la chusma, sino a los sumos sacerdotes, a los maestros del pueblo, que estaban profanando el templo sagrado por afán de lucro. La indignación se reflejaba en los ojos escrutadores y en la mirada severa de Jesús. Los culpables, egoístas y avaros señores de Israel sintieron su poder divino, y huyeron ante él como huirá el pecador culpable y condenado cuando, en su terrible majestad real, Jesús se levante como Juez del mundo y proclame: "*Apartaos*, obradores de iniquidad". Muchos alegarán: "Hemos hecho esta y aquella buena obra; hemos comido y bebido en tu presencia, y has enseñado en nuestras calles". Pero de nuevo se pronuncia la terrible sentencia: Apartaos; no os conozco. No tenéis relación conmigo, sois obreros de iniquidad.

Cristo, en el pozo de Jacob, puso al descubierto la vida pecaminosa y el carácter de la mujer de Samaria. "Innecesario, descortés", dicen muchos. Jesús sabía que ésta era la única manera de llegar al caso. Pero cuántos se quejarían de tal manera de salvar almas. Cuando el noble acudió a él pidiéndole que curase a su hijo, le respondió con una reprimenda por su incredulidad. "Si no veis señales y prodigios, no creeréis". Así se respondió a su anhelante súplica. No sólo se sintió muy decepcionado, sino también contrariado. Con cierta impaciencia, y con el temor de que la menor demora provocaría la muerte de su hijo, dijo: "Señor, baja antes de que muera mi hijo". Por fin, Jesús accedió amablemente a su petición. Pero ¿cuántos en estos días habrían permitido que los sentimientos de su propio corazón natural se sobrepusieran a su juicio, y se impacientaran y no se reconciliaran con la manera de obrar de Jesús? Habrían dicho: "¿Por qué el dolor y aparentemente decepcionar al padre, cuando podría haber curado a su hijo de inmediato con su palabra." Cristo no se sintió llamado a explicar sus motivos y propósitos al hombre. Quiso que el rechazo expandiera la débil fe del padre, y tuvo este efecto. Había fariseos y sumos sacerdotes, ancianos y escribas, que se mantenían a la expectativa y observaban con celos y envidia todo lo que Cristo podía hacer, y lo cuestionaban porque no se ajustaba a sus reglas prescritas.

Si nuestro Salvador fue tratado así, ¿pueden sus colaboradores que salen a llevar los mensajes que él les da esperar ser tratados mejor de lo que fue tratado su Maestro? Cuántas bendiciones concedió Jesús al mundo. A cuántos

desanimados, abatidos y angustiados alivió. Su obra fue bendecir y salvar. Cubrió su gloria de humanidad, trayendo del Cielo los mejores dones que podían darse al hombre; habló de paz, dio mensajes de luz y esperanza. Pero todos estos dones eran considerados como algo natural; se recibía el don, pero se olvidaba al Dador. Caminaban en la luz sin ningún pensamiento de gratitud hacia aquel de quien procedían sus rayos. Cuando el castigo venía en forma de reprensión, advertencia o aflicción, para salvarlos de la apostasía y la ruina, entonces se volvían contra Jesús con una resistencia desafiante, obstinada e impenitente, que daba miedo. ¿Y por qué, dice el espíritu orgulloso y perverso, debo ser aplastado por la reprensión? ¿Por qué he de ser humillado? Olvidan toda la luz, todos los favores concedidos anteriormente, y se sienten maltratados porque Dios toma con ellos el único camino que les llevará al conocimiento de sí mismos, para que encuentren en Él la paz mediante la sumisión, la penitencia por el pecado y la confianza confiada en Dios. Por esta razón, Dios envía a la Iglesia la mayor bendición que puede darles: el conocimiento de sí mismos. Satanás los atrae al pecado para que se pierdan; Dios les presenta claramente sus pecados para que se arrepientan y se salven. El mayor peligro del mundo es que el pecado no parezca pecado. Este es el mayor mal que existe en la iglesia; el pecado se disimula con autocomplacencia. Bienaventurados en verdad los que poseen una conciencia sensible; los que pueden llorar y lamentarse por su pobreza espiritual y sus extravíos de Dios; los que son pobres de espíritu y pueden recibir la reprensión que Dios les envía; y los que, con confesiones y quebrantamiento de corazón, tomarán su lugar, todos penitentes, en humillación ante la cruz de Cristo. Dios sabe que es bueno para los hombres recorrer un camino duro y humilde, encontrar dificultades, experimentar decepciones y sufrir aflicciones. La fe se fortalece entrando en conflicto con la duda, y resistiendo a la incredulidad mediante la fuerza de Jesús.

Los que desprecian la reprensión serán abandonados a su suerte.

E. G. W.

3 de agosto de 1876

Amor a Dios y a los hombres

Los dos grandes principios de la ley de Dios son el amor supremo a Dios y el amor desinteresado al prójimo. Los cuatro primeros mandamientos y los seis últimos se basan en estos dos principios. Cristo explicó al abogado quién era su prójimo, en la ilustración del hombre que viajaba de Jerusalén a Jericó y cayó

entre ladrones que le robaron, le golpearon y le dejaron medio muerto. El sacerdote y el levita vieron sufrir a este hombre, pero sus corazones no respondieron a sus necesidades. Lo evitaron pasando por el otro lado. El samaritano llegó por allí, y cuando vio la necesidad de ayuda del forastero, no se preguntó si era de su país, o de su credo, o un pariente; sino que se puso a trabajar para ayudar al que sufría porque había trabajo que hacer. Lo socorrió lo mejor que pudo, lo montó en su propia bestia y lo llevó a una posada, y proveyó a sus necesidades a expensas de su propio bolsillo. El samaritano, dijo Cristo, fue prójimo del que cayó entre ladrones. El levita y el sacerdote representan una clase que manifiesta indiferencia hacia los que necesitan su simpatía y ayuda. El samaritano representa a una clase que son verdaderos ayudantes con Cristo, e imitan su ejemplo al hacer el bien. Cristo representa a esta clase como guardadores de los mandamientos, que tendrán vida eterna.

"La religión pura y sin mácula delante de Dios y del Padre es ésta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo".

Aquí se define la religión genuina. La misma consideración que debe darse a la viuda y a los huérfanos, Dios exige que se dé a los ciegos y a los que sufren bajo la aflicción de enfermedades físicas. La benevolencia desinteresada es muy rara en esta época del mundo.

Instrucciones especiales fueron dadas a los hijos de Israel en referencia a estas cosas:-"No defraudarás a tu prójimo, ni le robarás; el salario del jornalero no permanecerá contigo toda la noche hasta la mañana. No maldecirás al sordo ni pondrás tropiezo al ciego, sino que temerás a tu Dios; yo soy Jehovah. No harás injusticia en el juicio; no respetarás la persona del pobre, ni honrarás la persona del poderoso, sino que con justicia juzgarás a tu prójimo." "Maldito el que quite el mojón de su prójimo; y todo el pueblo dirá: Amén. Maldito el que hace errar al ciego del camino; y todo el pueblo dirá: Amén. Maldito el que pervierta el juicio del extranjero, del huérfano y de la viuda; y todo el pueblo dirá: Amén."

Los cristianos profesos ignoran a menudo las enseñanzas claras y positivas de la palabra de Dios, y no sienten ningún remordimiento de conciencia. Para salvar a los tales, Dios frecuentemente los pone bajo la vara de la aflicción, y los coloca en posiciones similares a las de aquellos que necesitaban su ayuda y simpatía, pero que no la recibieron de sus manos.

Jesús dijo al dar a sus oyentes una ilustración de este tema:

"En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis. Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles; porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; era forastero, y no me recogisteis; estaba desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis. Entonces también ellos le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o forastero, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel, y no te servimos? Entonces les responderá diciendo: De cierto os digo que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, a mí tampoco me lo hicisteis. E irán éstos al castigo eterno, pero los justos a la vida eterna."

Aquí Cristo se identifica con la humanidad sufriente, y nos inculca claramente a todos, en su sermón, que la indiferencia o la injusticia que se hace al más pequeño de sus santos se le hace a él. Aquí está el lado del Señor, y quien quiera estar del lado del Señor, que venga con nosotros. En los registros celestiales Cristo conserva, como hechos a sí mismo, todos los actos de misericordia y benevolencia realizados en favor de los desafortunados, los cojos, los ciegos, los enfermos y los necesitados. Por otra parte, se escribirá un registro en el libro contra aquellos que manifiestan la indiferencia del sacerdote y del levita por los desafortunados, y aquellos que se aprovechan de las desgracias de los demás y aumentan su aflicción para beneficiarse egoístamente a sí mismos. Dios pagará con toda seguridad todo acto de injusticia y toda manifestación de indiferencia descuidada y de abandono de los afligidos. Cada uno será finalmente recompensado según hayan sido sus obras.

E. G. W.

7 de septiembre de 1876

Se buscan obreros para la cosecha

Queridos hermanos y hermanas en Cristo,

Vivimos tiempos solemnes. Sobre nosotros recaen importantes responsabilidades. Nuevos campos se abren para nuestra labor, y el grito macedonio viene de todas direcciones: "Ven a ayudarnos". Algunos ruegan incluso un día de trabajo con ellos, si no pueden tener más. Ángeles de Dios están preparando oídos para oír, y corazones para recibir el mensaje de advertencia. En medio de nosotros viven almas honradas que aún no han oído las razones de nuestra fe. La gente perece por falta de conocimiento. No se está haciendo ni una centésima parte de lo que se podría hacer para dar el mensaje

del tercer ángel al mundo. Hay quienes serán responsables de estas almas que nunca han oído la verdad. Muchos se excusan con razones triviales, para no dedicarse al trabajo que podrían hacer si estuvieran consagrados a Dios. Han envuelto sus talentos en una servilleta y los han enterrado en la tierra, donde no pueden crecer.

Los jóvenes han perdido años de experiencia en los que podrían haber crecido en la gracia y en el conocimiento de la verdad. Pero el amor al yo y el amor al mundo han absorbido sus mentes hasta excluir los intereses eternos. Dios los habría aceptado como obreros hace años, si hubieran estado dispuestos a entregarse sin reservas a su obra. Ahora, cuando hay puertas abiertas en todas partes para la entrada de la verdad, sólo hay unos pocos que tienen suficiente valor y experiencia para llevarla adelante en el nombre de Jesús.

Los mismos que deberían ser valiosos obreros han desperdiciado estos preciosos años siguiendo egoístamente sus propias inclinaciones. Han hecho oídos sordos cuando el Maestro los llamó a levantar cargas desagradables, a realizar deberes desagradables. A muchos les importan poco las almas por las que Cristo murió. La Majestad del Cielo se sometió a la más cruel humillación para poder elevar al hombre degradado a un estado de pureza y gozo eterno.

"Mirad qué amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios". En la muerte de Cristo vemos la grandeza del amor de Dios por sus hijos pecadores. Sacrificó a su querido Hijo para salvarlos de la ruina eterna. Todo el Cielo está interesado en la salvación de las almas. Deberíamos estar dispuestos y preparados para hacer todos los sacrificios con el fin de ganar almas para Jesús. Esto demostraría que somos colaboradores con él, que llevamos fielmente la cruz. Rehuir las solemnes responsabilidades de nuestro tiempo y posición es debilitar los poderes morales y debilitar el músculo espiritual.

El mandato divino dado a Moisés lo encontró desconfiado de sí mismo, lento de palabra y tímido. Se sentía abrumado por la sensación de su incapacidad para ser portavoz de Dios ante Israel. Pero aceptó el trabajo, poniendo toda su confianza en el Señor. La grandeza de su misión puso en ejercicio las mejores facultades de su mente. Dios bendijo su pronta obediencia, y llegó a ser elocuente, esperanzado, seguro de sí mismo y apto para la obra más grande que jamás se haya encomendado a un hombre. Este es un ejemplo de lo que Dios hace para fortalecer el carácter de aquellos que confían en Él implícitamente y se entregan sin reservas a sus mandatos.

La obra de salvar almas es sagrada e importantísima. El humilde y eficiente trabajador que obedientemente responde al llamado de Dios en esta dirección, puede estar seguro de recibir la asistencia divina. Sentir una responsabilidad tan grande y santa eleva por sí mismo el carácter humano. Pone en acción las cualidades mentales más elevadas, y su ejercicio continuado fortalece y purifica la mente y el corazón. La influencia sobre la propia vida, así como sobre las vidas de los demás, es incalculable.

El que es llamado por Dios a una obra tan sagrada debe dedicar todas sus energías a su realización. Cualquier otra consideración debe pasar a un segundo plano ante este gran objetivo. Debe sentir las solemnes obligaciones que recaen sobre él, alguien a quien Dios ha honrado eligiéndolo para unirse a los ángeles en la obra de ministrar a las almas e iluminarlas con la verdad divina.

Es maravilloso cuán fuerte puede llegar a ser un hombre débil por la fe en el poder de Dios, cuán decididos sus esfuerzos, cuán prolíficos sus grandes resultados. Y la mujer tímida, encogida y desconfiada de sí misma, se transforma en una valiente misionera, blandiendo valientemente la espada de la verdad. El vacilante e irresoluto, mediante el ejercicio de sus capacidades en la causa de Dios, se vuelve firme y decidido. Asumiendo el gran hecho de que es llamado por el Redentor del mundo para trabajar con él por la salvación del hombre, dedica su vida a la obra. Su naturaleza se exalta; la misión de Cristo se abre ante él con nueva importancia y gloria, y con profunda humildad se reconoce colaborador del Salvador. No hay oficio más alto para el hombre. Ningún gozo puede igualar la seguridad de ser un instrumento en las manos de Dios para salvar almas. Es algo grandioso mirar hacia atrás, a un curso de trabajo marcado con resultados gloriosos; ver almas preciosas progresando en la luz a través de tus esfuerzos; sentir que Dios ha trabajado contigo y a través de ti en el campo de la cosecha del mundo.

Puede que los espectadores descuidados no aprecien tu trabajo ni vean su importancia. Puede que lo consideren un negocio perdido, una vida de trabajo ingrato y de abnegación. Pero el siervo de Jesucristo ve en ella la luz reflejada desde la cruz. Sus sacrificios parecen pequeños en comparación con los de su bendito Maestro, y se alegra de seguir sus pasos. El éxito de su trabajo le proporciona la alegría más pura, y es la recompensa más rica por una vida de trabajo paciente.

Al repasar el pasado, las pruebas y dificultades que le han acosado no se magnifican en su mente. La conciencia del deber cumplido compensa

ampliamente todos sus sufrimientos, y la gloria de su recompensa verdadera reviste el futuro con la luz del Cielo. Contemplando el campo bien disputado de la vida, dice con Pablo: "Porque estoy persuadido de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro."

Pero el que acepta la responsabilidad de enseñar la palabra de Dios, debe esperar un trabajo severo y abnegado. Algunos que sólo conocen superficialmente las doctrinas de nuestra fe, se aventuran indiscretamente ante el público en las grandes ciudades y, por su ignorancia e indiscreción, desacreditan la causa.

Estos jóvenes que tan precipitadamente se proponen ser ministros de Dios, fracasan porque carecen de rigor. Se familiarizan con las razones de nuestra fe, y recogen los argumentos ya hechos de labios o plumas de otros. No estudian cuidadosamente la Palabra de Dios, y se establecen firmemente en los principios de la verdad bíblica, línea sobre línea, y precepto sobre precepto. Con tal preparación pueden enfrentar audazmente la oposición del mundo. Nuestros ministros corren el peligro de usar sólo los hechos buscados por otros, y no ir más allá. No escarban ellos mismos en busca de la verdad como de tesoros escondidos, sino que se vuelven descuidados y se satisfacen fácilmente con las investigaciones de otros. Necesitan una profunda experiencia religiosa y conocimientos adquiridos por sí mismos para tener éxito en la importante obra del ministerio.

Muchos no ven la necesidad de un esfuerzo sincero y una estrecha relación con Jesucristo. No sienten su total impotencia sin la ayuda de Dios, y no enseñan la verdad con el Espíritu y el poder, porque no la tienen en sus corazones. Se requiere una oración agonizante para poner nuestras almas en armonía con Cristo. La historia del conflicto de nuestro Salvador en el desierto de la tentación, su vida de amor abnegado, la agonía de su alma en el solitario jardín de Getsemaní, la crueldad de la sala del juicio y la agonía en la cruz, se combinan para enseñarnos una lección de abnegación, de paciencia bajo la aflicción, de solemne consagración a Dios y de preparación adecuada para su santa obra.

Obreros de Dios, no os desaniméis; cuando estéis cansados y cargados, volad a Cristo, que os ha prometido descanso. Él es el que lleva la carga, Él es vuestra fuerza. Nunca os permitáis imaginar que sois suficientes por vosotros mismos para la exigencia de los tiempos; nunca os consideréis cristianos graduados. Tu

trabajo es disciplinar la mente, acumular conocimiento, perfeccionar el carácter mientras dure la vida. Sólo así podrás librar con éxito la gran guerra de la vida.

Mantén el espíritu humilde como el de un niño pequeño. El orgullo, la envidia, la ambición mundana, la codicia y el amor a la comodidad deben ser sacrificados en el altar del deber. En la sencillez del amor, sed como esos pequeños cuyos ángeles contemplan siempre el rostro de nuestro Padre Celestial. Pero unid a estas virtudes el valor de un guerrero probado. Queremos fieles Calebos que alcen su voz sin temor en defensa del derecho, que sean los primeros en avanzar al frente de la batalla y plantar el estandarte de la verdad en el corazón del campamento enemigo.

Jesús pide jóvenes que se ofrezcan voluntarios para llevar la verdad al mundo. Se necesitan hombres de nervio y músculo espirituales, que sean capaces de encontrar trabajo cerca, porque lo están buscando. La Iglesia necesita hombres nuevos que den nueva energía a sus filas, hombres para los tiempos que corren y capaces de hacer frente a sus clamorosos errores, que inspiren un nuevo celo a los decaídos esfuerzos de unos pocos, cuyos corazones estén caldeados por el amor cristiano y cuyas manos estén ansiosas por llevar a cabo la obra de su Padre.

Las inescrutables riquezas de Cristo han de presentarse al mundo en contraste con la pobreza del pecado y los engañosos placeres del mundo. Sólo un corazón rebosante del amor de Dios, sólo una mente activa por el estudio constante de los intereses eternos, puede exponer adecuadamente las bellezas de la verdad de Dios.

Aquellos que se entregan sin reservas a esta obra, que reflejan fielmente los rayos del Sol de Justicia, cumpliendo su misión con fidelidad y amor, serán recompensados en la tierra con la dulce conciencia del deber cumplido, y, en el luminoso Más Allá, cuando los santos entren en su herencia, entonces el devoto ministro de Cristo será acogido en el gozo de su Señor, oyendo de labios del Maestro: "Bien hecho, siervo bueno y fiel".

E. G. White.

14 de septiembre de 1876

Incidentes en Groveland, Massachusetts

¡Qué escena tengo ante mí! Se calcula que veinte mil personas están reunidas en este bosquecillo. El tercer tren, de quince vagones, acaba de llegar. Se han llenado todos los asientos y todas las plazas de pie, así como el andén y los escalones. Un mar de cabezas humanas está ya ante mí, y aún faltan vagones por llegar. Este es para mí el espectáculo más solemne que jamás he contemplado. Cientos de personas se alejan en los carruajes porque no pueden oír la voz del orador.

Hay un caso muy interesante en esta reunión. Es el de una hermana ciega que abrazó la verdad en el campamento del año pasado. Después de abrazar el sábado tuvo un deseo muy ferviente de leer la Biblia preparada para los ciegos. Pero tenía unos cuarenta años, y sus dedos no eran suficientemente sensibles para discernir las letras en relieve. La hermana Haskell era su maestra, y las dos se sentaban durante horas tan ocupadas en la tarea que el tiempo pasaba sin que ella se diera cuenta. Pero seguía existiendo la dificultad. Sus dedos estaban demasiado encallecidos para trazar las delicadas líneas de las letras, y lloraba amargamente en su decepción. Llevó sus problemas al Señor en oración, y fue consolada y animada a perseverar en sus esfuerzos. Poco después sufrió una larga enfermedad, durante la cual sus dedos se volvieron tan sensibles que pudo leer con éxito. Su alegría era indescriptible. Con el semblante radiante de esperanza y alegría, exaltaba la verdad de la Biblia. Apreciaba las preciosas palabras de la inspiración y recomendaba su estudio a todos, especialmente a los jóvenes.

No podía dejar de pensar en aquellos que son bendecidos con buena vista y pueden escudriñar las Escrituras por sí mismos. Cuánta cuenta tendrán que dar por su descuido de las palabras de reprensión, advertencia, instrucción y aliento dadas en la palabra escrita.

Hay otra hermana aquí, que se ha convertido recientemente a nuestra verdad. Vive en Boston, pero dijo que no podía consentir en ser bautizada en un estanque, prefiriendo el río caudaloso. Habiendo visto la cita de la reunión del campamento, había venido sola para asistir. Disfrutó mucho de las reuniones el sábado, pero se vio obligada, a causa de la enfermedad de su marido, a regresar a casa el domingo por la noche, pero volvió al campo el lunes para recibir el bautismo con los demás. Parecía una oveja a la caza de un pastor.

Hubo muchos otros testimonios del más profundo interés. Una hermana del Estado de Maine que estaba visitando a su sobrina en Summersville declaró que cuando estaba a punto de regresar a casa su sobrina le rogó que se quedara más

tiempo. Así lo hizo, y como resultado tuvo que informar que su sobrina se regocijaba con ella en la verdad.

Si las visitas que hacemos a nuestros amigos son productivas para la salvación de las almas, no debemos ser indiferentes y guardar silencio sobre temas religiosos, sino que debemos dejar que la preciosa luz que Dios nos ha dado brille para los demás. Si la verdad está en el corazón santificando la vida, debe reflejarse en aquellos con quienes estamos en contacto. Las vidas de los cristianos genuinos deben ser epístolas vivientes conocidas y leídas por todos los hombres.

Los acontecimientos de esta reunión me han suscitado reflexiones muy solemnes. La gente parece tener un interés despierto por escuchar por sí misma. Los ángeles de Dios se están moviendo en los corazones. Dios, en su providencia, está abriendo el camino para que el mensaje de advertencia sea dado a aquellos que están en la oscuridad. Muchos que no son de nuestra fe se han acercado para permanecer durante toda la reunión.

Desde el principio, los hermanos han manifestado un interés personal, como si el éxito de la reunión dependiera de su actuación. Así es como debe ser. No han dejado todo el trabajo a los ministros, sino que por lo general han hecho su trabajo con prontitud y han dado sus animados testimonios, contribuyendo así en gran medida al interés de la reunión. Tal disposición por parte de la gente a venir a la obra es un gran estímulo para los siervos de Dios.

E. G. White.

Groveland, Mass.

5 de octubre de 1876

Reunión de campamentos en Indiana

Perú, Indiana, 14 de septiembre de 1876: La reunión del campamento en este lugar ha sido una de las mejores a las que hemos asistido esta temporada. Hubo una buena representación de nuestros hermanos, aunque nos enteramos de que muchos se quedaron en casa por enfermedad. La reunión llevaba ya dos días cuando llegamos al lugar. El sábado por la mañana las reuniones de oración y conferencia fueron muy interesantes. El sábado por la mañana mi esposo habló con libertad sobre el tema de la fe. Lucas 12:1.

Por la tarde hablé a la gente sobre la higuera estéril. Se destacaba entre los árboles sin hojas, con sus ramas aparentemente florecientes, muy por delante de todos los demás árboles. Cristo buscó fruto en este árbol desde la rama más alta hasta las más bajas, pero al no encontrar nada más que hojas, dictó una sentencia irrevocable de condenación sobre él.

Cristo inviste a la higuera de cualidades morales, y la convierte en expositora de la verdad divina para dar una lección a sus discípulos, y no sólo a ellos, sino a todos los que deben creer en la Palabra. Muchos, como la higuera portentosa, hacen alta profesión de piedad, pero no dan fruto para gloria de Dios. No han respondido a las sagradas influencias que Dios les ha dado. Las oportunidades no han sido mejoradas, las bendiciones no han sido apreciadas, las advertencias y reprensiones han sido rechazadas. El amor y el cuidado del Redentor no han sido correspondidos, y como la higuera estéril, no han dado fruto y sólo tienen hojas.

La palabra parecía llegar a los corazones. Entonces invité a pasar al frente a los que nunca se habían identificado con el pueblo de Dios, a los reincidentes y a los que sentían que debían tener una nueva conversión. Setenta y cinco respondieron a la llamada. Mi esposo habló con gran libertad y poder a la gente, y se dirigió a los que se acercaron particularmente en relación con su fe en las promesas de Dios. Insistió en la sencillez de la fe. Se dio la oportunidad de hablar a todos los que lo desearon. Hubo muchos testimonios de confesión, bien bañados en lágrimas. Algunos dijeron que era el primer sábado que guardaban. Otros dijeron que estaban empezando a servir a Dios y que habían pasado al frente por primera vez. Un sentimiento muy profundo invadió la reunión. Mi esposo dirigió la oración, y su fe se fijó en el trono de Dios. El cielo parecía estar muy cerca. Se mezclaban la oración y el llanto, y de labios sinceros brotaba una oración ferviente y agonizante. El solemne poder de Dios se posó sobre la compañía que se inclinaba humillada ante él. Pensé en el día de Pentecostés, cuando el poder de Dios se abatió sobre los adoradores como un viento impetuoso y poderoso. Hacía años que no presenciaba semejante exhibición del poder manifiesto de Dios. No había fanatismo salvaje, sino un espíritu dulce, suave, subyugador, que ponía a toda la compañía en armonía con el Cielo. No hubo gritos salvajes e ininteligibles, sino alabanzas a Dios en casi todos los labios.

Hubo testimonios universales de que nunca se habían dado cuenta de la bendición de Dios como en esta ocasión. Y quién podía dudarlo. Sus semblantes resplandecían con el reflejo de los rayos de luz del Sol de Justicia. Había sol y

lluvia; las lágrimas mojaban las mejillas iluminadas por el Sol de Paz. La escena nunca se borrará de mi memoria. El sol poniente en su suave resplandor se reflejaba a través de la abertura de los árboles directamente en el centro de la congregación, proyectando su destello de luz glorificadora sobre la feliz compañía que estaba reunida. La luz del sol poniente, mezclada con la luz prestada por el Cielo, hacía de este lugar un sitio sagrado, un pequeño Cielo.

Nos reunimos en la tribuna a las dos y media de la tarde y permanecemos allí hasta las seis y media. Todos se resistían a abandonar aquel lugar tan sagrado por la presencia de Dios.

Eld. Canright habló por la tarde sobre el Sueño de los Muertos. Habló con gran claridad y perfecta libertad. El domingo por la mañana volvió a hablar sobre la cuestión del sábado, y muchos testificaron que nunca habían oído presentar el tema con tanta claridad. A la una y media, mi esposo subió al estrado y habló con libertad sobre las razones de nuestra fe y esperanza. La concurrencia era numerosa para el lugar, y el público parecía encantado por los nuevos y sorprendentes hechos de la verdad que se les presentaban. Los hombres de renombre del Perú que escucharon los dos discursos declararon que se había presentado una abrumadora serie de argumentos en favor del sábado que habían derribado el último sostén de la sagrada observancia del domingo.

A las dos y media hablé sobre el tema de la templanza, tomando como texto Apocalipsis 3:21: "Al que venciere, yo le daré que se sienta conmigo en mi trono, así como yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono".

La congregación escuchó con solemne interés mientras yo hablaba de los descuidados deberes de las madres en la educación y formación de sus hijos para una vida mejor, y de la necesidad de que los padres desempeñen su papel en la enseñanza de los hijos. Muchos padres se excusan diciendo que no tienen tiempo para dedicar a sus hijos. Pero el tiempo que malgastan diariamente fumando podría ser de gran valor para sus hijos, dándoles lecciones importantes y familiarizándose con ellas. El tabaco y el licor están en la base de una gran parte del crimen y la violencia que están contaminando nuestro mundo. Les señalé a Jesús, su Redentor, que comenzó la obra de redención donde comenzó la ruina por parte del apetito.

Después de terminada la reunión, el Hno. Weber, un hombre de buena reputación en la ciudad de Rochester, que asistió a nuestro campamento en Kokomo hace dos años, relató su interesante experiencia, que data de esa reunión. Declaró que había usado tabaco durante cuarenta años, comenzando su

uso cuando era niño. Su padre y su madre lo usaban, y él pensó que le costaría la vida dejarlo. Pero cuando yo estaba hablando de los males de la indulgencia del apetito por el tabaco, fuertes convicciones de lo pecaminoso de esta indulgencia se impusieron sobre él, y arrojó su tabaco lejos de él con la determinación de nunca volver a probarlo o manipularlo. Experimentó una severa lucha, pero por la fuerza de Jesús venció el apetito de modo que ahora le resulta muy ofensivo. Este hermano se siente profundamente agradecido a Dios por poder levantarse, en la fuerza de la virilidad que Dios le ha dado, libre de la esclavitud del apetito.

E. G. White.

19 de octubre de 1876

Incidentes de la reunión del campamento de Michigan

Esta es la mayor reunión de observadores del sábado que hemos visto hasta ahora. Aunque ha habido una gran cantidad de asuntos que hacer, se han llevado a cabo con eficiencia y prontitud, sin que se presentaran obstáculos desagradables que bloquearan las ruedas. Se han dado muchos discursos excelentes, presentando a la gente las verdades tan importantes para este tiempo.

El jueves, después de hablar de los capítulos tercero y cuarto de Malaquías, invitamos a los que no habían hecho profesión alguna y a los que habían reincidido y habían perdido las evidencias del amor de Dios por ellos, a acercarse y buscar al Señor mediante la confesión y el arrepentimiento. Unos trescientos aceptaron la invitación. Se les dio la oportunidad de expresar sus sentimientos y deseos. Muchos testimonios de confesión fueron hechos con profundo sentimiento. Padres y madres confesaron haber descuidado su deber hacia sus hijos al no darles el cuidado y la instrucción que era su deber darles. Me conmovió el corazón oír los muchos testimonios de labios de los que eran niños en la verdad. Algunos habían guardado un solo sábado, mientras que otros habían observado dos, cuatro o seis. Se regocijaban en la verdad, pero no estaban satisfechos con sus logros presentes, y expresaban la determinación de alcanzar una norma más elevada.

Mi corazón de madre se conmovió al ver a los niños presionar con sus testimonios, muchos levantando la cruz por primera vez. Uno de ellos era un niño de diez años, y nunca he visto a personas de edad madura manifestar un conflicto más profundo del alma que este tierno niño. Su rostro estaba mortalmente pálido e indicaba el más profundo sentimiento; nunca antes había

hablado en tal ocasión, y sólo podía decir unas pocas palabras; quería ser cristiano y salvarse en el Cielo.

Con qué placer deben contemplar los ángeles de Dios los esfuerzos realizados y las victorias obtenidas por estos pequeños sobre el orgullo y la timidez naturales. Con qué tierno cuidado guardarán a estos corderitos del rebaño.

Era un espectáculo solemne ver a cientos de personas buscando al Señor con ferviente determinación. Estas personas no se movían con inquietud, sino con calma y comprensión. Había una ausencia total de fanatismo y excitación; no había gritos ni movimientos nerviosos y espasmódicos. Pero el Espíritu del Señor reposaba sobre la gente, y se elevaba a Dios una oración solemne y ferviente en favor de los que le buscaban.

Al terminar la reunión, una hermana me cogió de la mano, expresando su gran alegría por volver a ver a la hermana White. Me preguntó si recordaba haber visitado una casa de troncos en el bosque veintidós años antes. Nos dio un refrigerio, y les dejé un pequeño libro, "Experience and Views". Afirmó que había prestado ese librito a sus vecinos, a medida que nuevas familias se habían establecido a su alrededor, hasta que quedó muy poco de él; y expresó un gran deseo de obtener otro ejemplar de la obra. Sus vecinos estaban muy interesados en ella y deseaban ver al escritor. Dijo que cuando la visité le hablé de Jesús y de las bellezas del Cielo, y que las palabras fueron dichas con tal fervor que quedó encantada, y nunca las había olvidado. Desde entonces, el Señor había enviado ministros a predicarles la verdad, y ahora había bastante gente que observaba el sábado. La influencia de aquel librito, ahora agotado por la lectura, se había extendido de uno a otro, realizando su obra silenciosa, hasta que la tierra estuvo lista para las semillas de la verdad.

Recuerdo bien el largo viaje que hicimos hace veintidós años, en Michigan. Nos dirigíamos a celebrar una reunión en Vergennes. Estábamos a quince millas de nuestro destino. Nuestro conductor había pasado repetidas veces por la carretera y la conocía bien, pero se vio obligado a reconocer que había perdido el camino. Recorrimos cuarenta millas aquel día, a través del bosque, sobre troncos y árboles caídos, donde apenas había rastro de carretera. Yo estaba débil y me desmayé dos veces por el camino. No teníamos comida. El hermano que conducía el equipo trató de encontrar agua, pero no había ninguna apta para el consumo. Intentó conseguir un poco de leche de las vacas que encontramos en el camino, pero eran demasiado salvajes para que un extraño se acercara a ellas.

Mientras me desmayaba de sed, pensaba en los viajeros que perecían en el desierto. Frescos arroyos de agua parecían estar justo delante de mí; pero a medida que avanzábamos se demostró que eran sólo una ilusión. Un vaso de agua parecía estar a mi alcance. Extendí la mano para cogerlo, pero ya no estaba. Mi marido rezó por mí, para que me sostuviera en aquel lúgubre viaje. No entendíamos por qué nos abandonaban a este singular vagabundeo por el desierto.

Nunca estuvimos más contentos que cuando llegamos a la vista de un pequeño claro en el que había una cabaña de troncos, donde encontramos a la hermana que he mencionado. Nos acogió amablemente en su casa y nos ofreció refrescos, que recibimos con gratitud. Mientras descansábamos, hablé con la familia y le dejé el librito. Ella lo aceptó de buen grado y lo ha conservado hasta el presente.

Durante veintidós años nuestras andanzas en este viaje nos han parecido en verdad misteriosas, pero aquí conocimos a un buen número de personas que ahora son creyentes en la verdad, y cuya primera experiencia se remonta a la influencia de ese pequeño libro. La hermana que tan amablemente atendió nuestras necesidades se regocija ahora, con muchos de sus vecinos, en la luz de la verdad presente, y la familia ha pasado de la pobreza a la competencia en las cosas temporales. Lamentamos vernos obligados a rechazar las fervientes súplicas de la hermana y sus amigos para que los visitáramos y habláramos a la gente.

Nos interesó conocer a un buen número de personas que se habían convertido a la verdad visitando el Instituto de Salud como pacientes. El Instituto ofrece un amplio campo para la labor misionera que, nos tememos, pocos aprecian. Los verdaderos, sinceros y fieles obreros en esta rama de la causa lograrán grandes resultados.

Una hermana que estaba en el suelo había estado confinada en su cama durante varios años, al no poder hacerse cargo de su familia. Había gastado muchos medios, sufriendo muchas cosas de muchos médicos, pero más bien empeoró que mejoró. La familia se vio en apuros económicos a causa de los gastos necesarios derivados de la larga enfermedad. Finalmente, visitó el Instituto de Salud y se benefició enormemente. Aunque al principio tenía muchos prejuicios contra la denominación Adventista del Séptimo Día, su relación con nuestra gente, un conocimiento más íntimo de ellos, y un conocimiento más profundo de sus puntos de vista, hicieron que abrazara la verdad. Ha recuperado la salud y ha podido hacerse cargo de su familia y soportar grandes tributos. Los rayos

de verdad que ha recibido han iluminado su mente y avivado su entendimiento, hasta que puede decir con el salmista: "Oh, cuánto amo tu ley". La luz que ella y su marido han recibido, la dejan brillar a los demás. El beneficio que ella recibió del tratamiento en el Instituto de Salud ha inducido a muchos otros a visitar esa institución, de los cuales un buen número han sido llevados a abrazar la verdad a través de las influencias que fueron arrojadas a su alrededor allí.

Así, el trabajo avanza. Podrían mencionarse numerosos casos similares. Sólo el Juicio revelará el gran bien realizado por esta rama de la obra. Puede ser un poderoso agente en las manos de Dios para llevar muchas almas al conocimiento de la verdad, si los obreros relacionados con la institución están consagrados a Dios.

Desde el principio, las reuniones de la conferencia fueron buenas. Había buena disposición para participar en ejercicios devocionales, y los testimonios se caracterizaban por el fervor y la ferviente determinación de progresar en la obra de la victoria. El sábado por la mañana, la gente se dividió en tres compañías, cada una con un líder designado, y se celebraron simultáneamente tres reuniones sociales. Todas fueron interesantes y provechosas.

El sábado por la tarde, hablamos sobre el tema de Cristo cabalgando hacia Jerusalén. La palabra pareció llegar a los corazones de los oyentes, y después de concluir el discurso, invitamos a pasar al frente a los que se sentían pecadores, y a los que sentían que sus vidas eran como la higuera pretenciosa, cubierta de hojas, pero desprovista de fruto. Cuatrocientos respondieron a la invitación.

E. G. White.

30 de noviembre de 1876

El sábado

[Serie de Ellen G. White de *El Espíritu de Profecía*, Volúmenes II y III:

En los años 1876, 1877 y 1878 Ellen White preparó los capítulos para los dos libros, *El Espíritu de Profecía*, Volúmenes II y III, dedicados a la "vida, enseñanzas y milagros de nuestro Señor Jesucristo" y a la obra de los apóstoles. Estos volúmenes se publicaron en 1877 y 1878. Al ser juzgados como materia adecuada para *Signs of the Times*, la revista misionera de la Iglesia, la mayor parte del contenido de estos dos libros apareció en artículos publicados entre

1876 y 1879, en lo que a veces parecía una selección aleatoria. Algunos de los capítulos aparecieron en forma de artículo incluso antes de la publicación de su libro.

La publicación de estos materiales comenzó con el número del 30 de noviembre de 1876, con un artículo titulado "El sábado", que más tarde aparecería como capítulo 15 en *El Espíritu de Profecía*, Volumen II. Hay pruebas de que la autora, al escribir, tenía en mente la doble publicación, y eligió la fraseología pensando en los lectores no adventistas.

Todos estos artículos figuran en los índices de los respectivos volúmenes de *Signos* en los que aparecen, pero para evitar la duplicación de material actualmente disponible en otros lugares, y para ahorrar espacio en estos volúmenes de reimpresiones facsímiles, los artículos no se reproducen aquí. La redacción es idéntica a la de los libros impresos, ya sea en el original o en las reimpresiones facsímiles actualmente disponibles].

Fideicomisarios blancos.

Nada distinguía tanto a los judíos de las naciones circundantes, y los designaba como verdaderos adoradores del Creador, como la institución del sábado. Su observancia era una señal continua y visible de su conexión con Dios y de su separación de los demás pueblos. Todo trabajo ordinario para ganarse la vida o para obtener beneficios mundanos estaba prohibido en el séptimo día. Según el cuarto mandamiento, el sábado estaba dedicado al descanso y al culto religioso. Todo empleo secular debía suspenderse; pero las obras de misericordia y benevolencia estaban de acuerdo con el propósito del Señor. No debían estar limitadas ni por el tiempo ni por el lugar. Aliviar a los afligidos y consolar a los afligidos es una obra de amor que honra el día santo de Dios.

El trabajo de los sacerdotes en relación con las ofrendas del sacrificio se aumentaba en sábado, pero en su santa obra al servicio de Dios no violaban el cuarto mandamiento del decálogo. A medida que Israel se separaba de Dios, el verdadero objeto de la institución del sábado se hacía menos claro en sus mentes. Llegaron a descuidar su observancia y a descuidar sus ordenanzas. Los profetas les testificaron del desagrado de Dios por la violación de su sábado. Nehemías dice: "En aquellos días vi en Judá a algunos que pisaban lagares en sábado, y traían gavillas, y cargaban asnos; así como vino, uvas e higos, y toda clase de cargas, que traían a Jerusalén en día de sábado, y testifiqué contra ellos el día en que vendían vituallas".

Y Jeremías les ordena: "Mirad por vosotros mismos, y no llevéis carga en el día de reposo, ni la introduzcáis por las puertas de Jerusalén; ni saquéis carga de vuestras casas en el día de reposo, ni hagáis ningún trabajo, sino santificad el día de reposo, como mandé a vuestros padres."

Pero no hicieron caso de las amonestaciones de los profetas inspirados, y se apartaron cada vez más de la religión de sus padres. Al fin les sobrevinieron calamidades, persecución y esclavitud como consecuencia de su desprecio de los requerimientos de Dios.

Alarmados por estas visitas del castigo divino, volvieron a la estricta observancia de todas las formas externas prescritas por la ley sagrada. No satisfechos con esto, hicieron gravosas adiciones a esas ceremonias. Su orgullo y fanatismo los llevaron a la interpretación más estrecha de los requisitos de Dios. Con el paso del tiempo, se aferraron gradualmente a las tradiciones y costumbres de sus antepasados, hasta que las consideraron con toda la santidad de la ley original. Esta confianza en sí mismos y en sus propios reglamentos, con su prejuicio concomitante contra todas las demás naciones, les hizo resistirse al Espíritu de Dios, y los separó aún más de su favor.

Sus exacciones y restricciones eran tan fatigosas que Jesús declaró: "Atan cargas pesadas y penosas de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres". Su falsa norma del deber, sus pruebas superficiales de piedad y piedad, oscurecían los requisitos reales y positivos de Dios. El servicio del corazón se descuidaba en la rígida ejecución de ceremonias externas. Los judíos habían pervertido tanto los mandamientos divinos, amontonando tradición sobre tradición, que, en los días de Cristo, estaban dispuestos a acusarle de quebrantar el sábado, a causa de sus actos de misericordia en ese día.

El grano estaba listo para la hoz cuando Jesús y sus discípulos pasaron por los campos de maíz el sábado. Los discípulos tenían hambre, pues su Maestro había prolongado su labor de enseñanza y curación hasta una hora tardía, y llevaban mucho tiempo sin comer. Comenzaron, pues, a arrancar espigas y a comerlas, frotándolas con las manos, de acuerdo con la ley de Moisés, que dispone que: "Cuando entres en la mies de tu prójimo, podrás arrancar espigas con tu mano; pero no moverás la hoz en la mies de tu prójimo".

Pero los espías estaban continuamente tras la pista de Jesús, buscando alguna ocasión para acusarle y condenarle. Cuando vieron este acto de los discípulos, inmediatamente se quejaron a él, diciendo: "He aquí que tus discípulos hacen lo que no es lícito hacer en el día de reposo." Con esto expresaban su propia visión

estrecha de la ley. Pero Jesús defendió así a sus seguidores: "¿No habéis leído lo que hizo David cuando tuvo necesidad y hambre, él y los que estaban con él? ¿Cómo entró en la casa de Dios en tiempos del sumo sacerdote Abiatar, y comió los panes de la proposición, que no es lícito comer sino a los sacerdotes, y dio también a los que estaban con él? Y les dijo: El sábado fue hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado. Por tanto, el Hijo del hombre es Señor también del sábado".

Si el hambre excesiva excusó a David de violar incluso la santidad del santuario, e hizo inocente su acto, cuánto más excusable fue el simple acto de los discípulos de arrancar el grano y comerlo en el día de reposo. Jesús enseñaría a sus discípulos y a sus enemigos que el servicio de Dios era lo primero de todo; y que, si la fatiga y el hambre acompañaban al trabajo, era justo satisfacer las necesidades de la humanidad, aun en el día de reposo. Esa santa institución no fue dada para interferir con las necesidades de nuestro ser, trayendo dolor e incomodidad, en lugar de bendición. "El sábado fue hecho para el hombre", para darle descanso y paz, y recordarle la obra de su Creador, no para ser una carga penosa.

El trabajo realizado en el templo durante el sábado estaba en armonía con la ley; sin embargo, la misma labor, si se empleara en negocios ordinarios, sería una violación de la misma. El acto de arrancar y comer el grano para sostener la fuerza corporal, a fin de emplearla en el servicio de Dios, era correcto y lícito. Jesús coronó entonces su argumento declarándose el "Señor del sábado", Uno por encima de toda pregunta y por encima de toda ley. Este Juez Infinito absuelve a los discípulos de culpa, apelando a los mismos estatutos que se les acusa de violar.

Pero Jesús no dejó pasar el asunto sin reprender a sus enemigos. Declaró que en su ceguera habían confundido el objeto del sábado. Dijo: "Pero si hubierais sabido lo que esto significa: Tendré misericordia, y no sacrificio, no habríais condenado al inocente". Luego contrastó sus muchos ritos desalmados con la integridad veraz y el tierno amor que deberían caracterizar a los verdaderos adoradores de Dios: "Porque misericordia quise, y no sacrificios; y conocimiento de Dios más que holocaustos. Pero ellos, como hombres, han quebrantado el pacto; allí me han traicionado".

Jesús se había criado entre este pueblo, tan marcado por el fanatismo y los prejuicios; por eso sabía que, al curar en sábado, sería considerado como un transgresor de la ley. Era consciente de que los fariseos se apoderarían de tales

actos con gran indignación, y así tratarían de influir en el pueblo contra él. Sabía que utilizarían estas obras de misericordia como argumentos de peso para influir en las mentes de las masas, que durante toda su vida habían estado sujetas a las restricciones y exacciones judías. Sin embargo, este conocimiento no le impidió derribar el absurdo muro de superstición que bloqueaba el sábado, y enseñar a los hombres que la caridad y la benevolencia eran lícitas todos los días.

Entró en la sinagoga, y vio allí a un hombre que tenía una mano seca. Los fariseos lo observaban, ansiosos por ver qué haría con respecto a este caso: si sanaría o no al hombre en día de sábado. Su único objetivo era encontrar un motivo para acusarlo. Jesús miró al hombre de la mano seca y le ordenó que se levantara. Entonces preguntó: "¿Es lícito hacer el bien en sábado, o hacer el mal, salvar la vida, o matar? Pero ellos callaron. Y mirándolos con enojo, entristecido por la dureza de sus corazones, dijo al hombre: Extiende tu mano. Y él la extendió; y su mano quedó sana como la otra".

Justificó esta obra de curar al paralítico, como en perfecta consonancia con los principios del cuarto mandamiento. Pero le preguntaron: "¿Es lícito curar en los días de reposo?". Jesús les dio una respuesta clara y contundente: "¿Qué hombre hay entre vosotros que tenga una oveja y, si ésta cae en un pozo en día de sábado, no echa mano de ella y la saca? Pues ¿cuánto más vale un hombre que una oveja? Por tanto, es lícito hacer bien en los días de reposo".

Los espías de las palabras de nuestro Salvador no se atrevieron, en presencia de la multitud, a responder a esta pregunta por temor a meterse en dificultades. Sabían que mientras ellos dejaban a los hombres sufrir y morir antes que violar sus tradiciones aliviándolos en el día del Señor, un animal que había caído en peligro sería aliviado de inmediato, debido a la pérdida que sufriría su dueño si se le descuidaba. Así se exaltaba al animal mudo por encima del hombre, hecho a imagen de Dios.

Jesús deseaba corregir las falsas enseñanzas de los judíos respecto al sábado y también impresionar a sus discípulos con el hecho de que las obras de misericordia eran lícitas en ese día. En el asunto de la curación de la mano seca, rompió la costumbre de los judíos y dejó en pie el cuarto mandamiento tal como Dios lo había dado al mundo. Con este acto exaltó el sábado, eliminando las restricciones sin sentido que lo obstaculizaban. Su acto de misericordia honró el día, mientras que los que se quejaban de él, con sus muchos ritos y ceremonias inútiles, deshonraban ellos mismos el sábado.

Hoy en día hay ministros que enseñan que el Hijo de Dios quebrantó el sábado y justificó a sus discípulos por hacer lo mismo. Adoptan el mismo punto de vista que los judíos disidentes, aunque aparentemente con otro propósito, ya que sostienen que Cristo abolió el sábado.

Jesús, al dirigirse a los fariseos con la pregunta de si era lícito hacer el bien en sábado o el mal, salvar la vida o matar, los confrontó con sus propios propósitos perversos. Le seguían la pista para encontrar ocasión de acusarle falsamente; perseguían su vida con amargo odio y malicia, mientras él salvaba vidas y traía felicidad a muchos corazones. ¿Era mejor matar en sábado, como ellos planeaban hacer, que curar a los afligidos como él había hecho? ¿Era más justo asesinar en el corazón en el día santo de Dios, que el amor a todos los hombres que se expresa en obras de caridad y misericordia?

Ellen G. White.

9 de agosto de 1877

Trabajo misionero en casa

Muchas están siempre inquietas y desilusionadas, buscando un trabajo más grande que el que ahora las ocupa. Algunas madres anhelan dedicarse al trabajo misionero, mientras descuidan los deberes más sencillos que se encuentran directamente en su camino. Los niños son desatendidos, el hogar no es alegre y feliz para la familia, los regaños y las quejas son frecuentes, y los jóvenes crecen sintiendo que el hogar es el más poco atractivo de todos los lugares. Como consecuencia, esperan con impaciencia el momento de abandonarlo, y con poca reticencia se lanzan al gran mundo, sin la influencia del hogar ni el tierno consejo de la piedra del hogar.

Los padres, cuyo objetivo debería haber sido atar estos jóvenes corazones a sí mismos, y guiarlos correctamente, desperdician las oportunidades que Dios les ha dado, son ciegos a los deberes más importantes de sus vidas, y aspiran vanamente a trabajar en el amplio campo misionero.

Al señalar a estos espíritus infelices e inquietos, y deplorar su poder para ensombrecer la vida de los demás, surgía el pensamiento: ¡Qué terrible engaño se cierne sobre ellos! ¡Qué terrible error están cometiendo!

Algunos de esta clase declaran que la madre cristiana fiel es mundana, cuando observan cuán atenta está a las necesidades de su esposo y de sus hijos, cuán

celosa es en el cumplimiento de los dulces deberes del hogar. Suspiran por su falta de espiritualidad, pensando que se desperdicia el trabajo que hace del hogar un lugar de comodidad y feliz descanso. Sus mentes no comprenden cómo la realización de estas humildes tareas puede satisfacer el corazón.

Jesús sacralizó con su ejemplo los caminos humildes de la vida humana. Durante treinta años fue habitante de Nazaret. Su vida fue de diligente laboriosidad. Él, la Majestad del Cielo, caminaba por las calles, vestido con el sencillo atuendo de un trabajador común. Subía y bajaba penosamente las cuestas de las montañas, yendo y viniendo de su humilde trabajo. Los ángeles no fueron enviados para llevarlo en sus piñones por la fatigosa subida, o para prestar su fuerza en la realización de su humilde tarea. Sin embargo, cuando salía para contribuir al sustento de la familia con su trabajo diario, poseía el mismo poder que cuando obró el milagro de alimentar a las cinco mil almas hambrientas a orillas de Galilea.

Pero no empleó su poder divino para aliviar sus cargas o aligerar su trabajo. Había tomado sobre sí la forma de la humanidad con todos sus males concomitantes, y no se acobardó ante sus pruebas más severas. Vivía en casa de un campesino, vestía ropas burdas, se mezclaba con los humildes, trabajaba diariamente con manos pacientes. Su ejemplo nos muestra que es deber del hombre ser laborioso, que el trabajo es honorable.

Su vida, escrita en las páginas de la historia, debe alentar a los pobres y a los humildes a cumplir con satisfacción los humildes deberes de su destino. El trabajo honorable ha recibido la sanción del Cielo, y hombres y mujeres pueden tener la conexión más estrecha con Dios, y sin embargo ocupar la posición más humilde en la vida. Jesús cumplía fielmente su misión cuando ocultaba su divinidad con la humilde ocupación de carpintero, como cuando se empleaba en curar a los enfermos, o caminaba sobre las olas de cresta blanca en auxilio de sus aterrorizados discípulos. Cristo dignificó los humildes empleos de la vida, ocupando una condición servil, para poder llegar a la masa de la humanidad y exaltar a la raza hasta convertirla en aptos reclusos para el paraíso de Dios.

Durante mucho tiempo, Jesús vivió en Nazaret, sin ser honrado ni conocido, para enseñar a los hombres cómo vivir cerca de Dios cumpliendo los humildes deberes de la vida. Era un misterio para los ángeles que Cristo, la Majestad del Cielo, condescendiera, no sólo a tomar sobre sí la humanidad, sino a asumir sus cargas más pesadas y sus oficios más humillantes. Esto lo hizo para ser como

uno de nosotros, para conocer el trabajo, las penas y la fatiga de los hijos de los hombres, para poder simpatizar mejor con sus angustias y comprender sus pruebas.

Los que separan la religión de sus negocios son reprendidos por el ejemplo de Jesús. Escondido entre las colinas de Nazaret, pero con tales pretensiones sobre el cielo que podía mandar a toda la hueste de ángeles, era un simple carpintero, que trabajaba por un salario, y vivía una vida piadosa frente a todos los desalientos.

Se requiere mucha más gracia y severa disciplina de carácter para trabajar para Dios en la capacidad de mecánico, comerciante, abogado o agricultor, llevando los preceptos del cristianismo a los negocios ordinarios de la vida, que para trabajar como un misionero reconocido en el campo abierto, donde la posición de uno es entendida, y la mitad de sus dificultades obviadas por ese mismo hecho. Se requiere un fuerte nervio y músculo espiritual para llevar la religión al taller y a la oficina de negocios, santificando los detalles de la vida cotidiana y ordenando cada transacción mundana de acuerdo con la norma de un cristiano bíblico.

Jesús, en sus treinta años de reclusión en Nazaret, trabajó y descansó, comió y durmió, de semana en semana y de año en año, lo mismo que sus humildes contemporáneos. No llamaba la atención como personaje destacado, pero era el Redentor del mundo, el adorado de los ángeles, haciendo, en todo momento, la obra de su Padre, viviendo una lección que la humanidad debería copiar hasta el fin de los tiempos.

Esta lección esencial de la laboriosidad satisfecha en los deberes necesarios de la vida, por humildes que sean, aún debe ser aprendida por la mayor parte de los seguidores de Cristo. Si no hay ojo humano que critique nuestro trabajo, ni voz que alabe o culpe, debe hacerse tan bien como si el Infinito mismo lo inspeccionara personalmente. Debemos ser tan fieles en los detalles menores de nuestro negocio, como lo seríamos en los asuntos más grandes de la vida.

Dios nos está probando y comprobando por medio de nuestra vida diaria, observando el desarrollo de nuestros caracteres, pesando nuestro valor moral. Los que menosprecian el espíritu de la palabra de Dios en su vida de negocios, como carpinteros, abogados y comerciantes, son infieles en asuntos de interés eterno, puesto que es la *vida* la que indica el adelanto espiritual, y registra en el Libro de Dios las cifras inmutables del futuro. Los ángeles están inscribiendo tristemente un temeroso registro de deberes despreciados y oportunidades

descuidadas contra muchos que hacen profesiones exaltadas. A los que son infieles en las cosas pequeñas, no se les pueden confiar las verdaderas riquezas del reino.

Sra. E. G. White, *en Health Reformer*.

16 de agosto de 1877

Adornos para el hogar

Muchos son infelices en su vida familiar, porque se esfuerzan por mantener las apariencias. Gastan gran cantidad de medios y trabajan sin descanso para ganarse los elogios de sus asociados, aquellos a quienes en realidad no les importan nada ni ellos ni su prosperidad. Un artículo tras otro se consideran indispensables para el menaje del hogar, hasta que se hacen muchas adiciones costosas que, aunque dan una satisfacción momentánea a la vista, no aumentan ni un ápice la comodidad de la familia. Al mismo tiempo, todas estas cosas han puesto a prueba la fuerza y la paciencia, y han consumido tiempo valioso que podría emplearse en el servicio del Señor.

La preciosa gracia de Dios pasa a un segundo plano frente a asuntos sin importancia real, y mientras acumulan material para disfrutar, pierden la capacidad de ser felices. Descubren que sus posesiones no les dan la satisfacción que esperaban obtener de ellas. Esta interminable ronda de trabajo, y la incesante ansiedad por embellecer el hogar para que los visitantes y extraños lo admiren, nunca compensa el tiempo y los medios así gastados. Cuelga del cuello un yugo de esclavitud penoso de llevar.

En muchos hogares hay cuatro paredes y muebles costosos, alfombras de terciopelo y espejos de cristal; y a este lugar se le llama erróneamente Hogar. Esa obra sagrada no pertenece a la mansión reluciente, donde se desconocen las alegrías de la vida doméstica. Hay amplios salones, cerrados a la dulce luz del sol y al aire que da vida, por temor a que esos dones más selectos del Cielo empañen los muebles y destiñan las alfombras. Estas habitaciones, húmedas y sin sol, carecen de luz y calefacción, salvo cuando hay visitas. *Entonces* las puertas se abren de par en par, y los tesoros, demasiado preciosos para el uso y la comodidad de la familia, se dedican a conocidos poco simpáticos.

Estas habitaciones son demasiado finas para el uso cotidiano y, sobre todo, los niños deben ser estrictamente excluidos de su recinto, por temor a ensuciar los muebles o las cortinas. De hecho, los niños son lo último en lo que se piensa en

un hogar así. La madre los descuida por completo y dedica todo su tiempo a mantener las apariencias. Sus mentes están desentrenadas, adquieren malos hábitos y se vuelven inquietos e insatisfechos. Al no encontrar placer en su propio hogar, sino sólo incómodas restricciones, optan por separarse de él lo antes posible. No se necesitan muebles caros ni tapices costosos para que los niños estén contentos y felices en sus hogares; pero es necesario que los padres les den amor tierno y atención esmerada. Corresponde a los padres tomar la iniciativa en los hábitos de sencillez, llevando a sus hijos de la vida artificial a la natural, y atándolos a sus corazones con los cordones de seda del afecto. Los modales suaves, la conversación alegre y las palabras cariñosas harán que el hogar sea más atractivo que cualquier adorno que pueda comprarse o venderse.

Hay muy pocos padres y madres verdaderos en esta época del mundo, y esto se debe a las vidas artificiales que llevamos más que a ninguna otra causa. No deberíamos preocuparnos tanto por las apariencias externas, sino trabajar más por la comodidad práctica en todas las habitaciones de la casa. Menos desfile en el salón, y más tiempo dedicado a la educación de los niños, y a la preparación de alimentos sencillos y saludables, y a la economía general y la comodidad del hogar, harían que los corazones fueran felices y las caras agradables en el hogar. Deberíamos vivir menos para el mundo exterior y más para los miembros de nuestro propio círculo familiar. Debería haber menos muestras de cortesía superficial y afectación hacia los extraños y visitantes, y más de la cortesía que brota del amor genuino y la simpatía hacia los seres queridos de nuestro propio hogar.

La mejor parte de la casa, y los muebles más cómodos, deben ser para el uso de la familia, para la comodidad de los que realmente viven en la casa. Una casa así sería muy atractiva para esa clase de amigos que realmente se preocupan por nosotros, a quienes podríamos beneficiar y por quienes podríamos ser beneficiados. Pero esos invitados que se sienten atraídos por la perspectiva de cenas suntuosas y un lujo extravagante de estilo, no son aquellos cuya compañía mejorará nuestras mentes o corazones. No tenemos ningún derecho moral a prodigar tiempo y generosidad a tales visitantes, mientras que los preciosos hijos que Dios nos ha dado están sufriendo una grave negligencia.

Pero es tan halagador para el orgullo de algunas personas exhibir un cierto estilo de vida en beneficio de invitados ocasionales que están dispuestas a sacrificar la paz y el confort cotidianos de la vida por esta gratificación vacía. Las mansiones bellamente embellecidas, los muebles y alfombras costosos, el trabajo de servir platos para apetitos epicúreos, los entretenimientos

extravagantes que se tragan miles de dólares, y los equipajes pomposos más para el espectáculo que para la comodidad, no traen ninguna satisfacción pacífica, porque no tienen ninguna conexión con las alegrías verdaderas de la vida.

Como estas extravagancias no satisfacen a sus poseedores, tratan ciegamente de remediar el fracaso añadiendo nuevos lujos, con una mayor insatisfacción y un aumento de la preocupación y la ansiedad como resultado. Los adornos del vestido y de las casas no hacen felices a las personas; pero la morada más humilde puede embellecerse, y la familia más pobre enriquecerse, mediante la posesión de mansedumbre, bondad y amor. Las voces agradables, los modales gentiles y el afecto sincero que encuentra expresión en todas las acciones, hacen que incluso un tugurio sea el más feliz de los hogares, sobre el cual el Creador mira con aprobación, hacia el cual se sienten atraídos los ángeles, cuyos moradores, aunque no tengan "ese adorno exterior de trenzar el cabello, ni de llevar oro, ni de vestirse", tienen lo que es mucho mejor, "el ornamento de un espíritu manso y apacible, que es de gran estima delante de Dios."

Sra. E. G. White, *en Health Reformer*.

23 de agosto de 1877

Reflexiones sobre el hogar

EGW

La vida es una decepción y un cansancio para muchas personas debido al trabajo innecesario con el que se agobian para satisfacer las exigencias de la costumbre. Sus mentes están continuamente atormentadas por la ansiedad de satisfacer necesidades que son fruto del orgullo y de la moda. Jesús, en su sermón de la montaña, asesta un golpe directo a esta preocupación absorbente por las cosas de este mundo. Dice: "No os afanéis diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o con qué nos vestiremos? Considerad los lirios del campo, cómo crecen, no trabajan ni hilan, y sin embargo os digo que Salomón, en toda su gloria, no se vistió como uno de ellos". Todos los esfuerzos de la humanidad no pueden acercarse a la belleza de la Naturaleza. Las simples flores del campo avergüenzan a las vestiduras de la realeza. Y la moda, con sus interminables cambios y excentricidades, presenta todo lo contrario de esa sencilla belleza con la que se visten los lirios del campo, y que Jesús declaró que supera la gloria con la que se vistió Salomón.

El gasto, el cuidado y el trabajo prodigados en aquello que, si no es positivamente perjudicial, es innecesario, serviría mucho para hacer avanzar la causa de Dios si se aplicara a un objeto más digno. La gente anhela lo que se llama los lujos de la vida, y sacrifica salud, fuerza y medios para obtenerlos. Un lamentable espíritu de rivalidad se manifiesta entre personas de la misma clase en cuanto a quién hará el mayor despliegue en cuestiones de vestimenta y de gastos domésticos. La dulce palabra Hogar se pervierte para significar algo con cuatro paredes, lleno de elegantes muebles y adornos, mientras sus habitantes están en un continuo esfuerzo por satisfacer los requisitos de la costumbre en los diferentes departamentos de la vida.

Es necesario prestar la debida atención al vestido, a la mesa y a las ocupaciones con las que nos ganamos la vida; pero existe el peligro de llevar este celo hasta el extremo. En los días de Noé se comía y se bebía, se casaba y se daba en casamiento, se compraba, se vendía y se construía, hasta que vino el diluvio y destruyó al pueblo que había sido tan celoso de las cosas de este mundo que se olvidó de Dios y se hizo abominable a sus ojos. Era lícito a los hombres comer y beber, plantar y construir, casarse y dar en matrimonio, en los días de Noé; pero el pecado consistió en llevar estas cosas lícitas al extremo, en llenar completamente su mente con ellas hasta la exclusión de todos los pensamientos nobles. El resultado fue la depravación, la violencia y toda clase de pecados. El gran peligro de estos días está en dedicar demasiado tiempo a los asuntos meramente temporales, y hacer que el gran objetivo de la vida sea satisfacer las necesidades temporales, muchas de las cuales son pervertidas y antinaturales. Para gratificar un orgullo débil y pecaminoso, la gente sacrifica la comodidad, la paz y el amor de Dios.

La felicidad no se encuentra en el espectáculo vacío. Cuanto más sencillo sea el orden de un hogar bien regulado, más feliz será ese hogar. Las cortesías de la vida cotidiana y el afecto que debe existir entre los miembros de una misma familia no dependen de circunstancias externas. Gran parte del anhelo inquieto y de la búsqueda de "lo que no aprovecha" se debe a una formación errónea en la juventud. Cada hijo de la familia debe llevar una parte de la carga del hogar, y se le debe enseñar a realizar su tarea fiel y alegremente. Si el trabajo se reparte de esta manera, y los niños crecen acostumbrados a llevar las responsabilidades apropiadas, ningún miembro del hogar estará sobrecargado, y todo marchará agradable y suavemente en el hogar. Se mantendrá una economía adecuada, pues cada uno conocerá los detalles del hogar y se interesará por ellos.

En algunas familias se hace demasiado. La pulcritud y el orden son esenciales para la comodidad, pero estas virtudes no deben llevarse a tal extremo que conviertan la vida en un período de incesante monotonía y hagan miserables a los habitantes del hogar. En las casas de algunas personas a quienes apreciamos mucho, hay una rígida precisión en la disposición de los muebles y enseres que es tan desagradable como lo sería la falta de orden. El doloroso decoro que invade toda la casa hace imposible encontrar en ella el descanso que uno espera en el verdadero hogar. No es agradable, al hacer una breve visita a amigos queridos, ver la escoba y el plumero en constante requisición, y el tiempo que habías previsto disfrutar con tus amigos en conversación social, gastado por ellos en un orden general, y mirando en las esquinas en busca de una mota oculta de polvo o una telaraña. Aunque esto se haga por respeto a tu presencia en la casa, sientes la dolorosa convicción de que tu compañía tiene menos importancia para tus amigos que sus ideas de excesiva pulcritud.

En contraste directo con tales hogares estaba el que visitamos durante el verano pasado. Aquí las pocas horas de nuestra estancia no se emplearon en trabajos inútiles, ni en hacer lo que podría hacerse igual de bien en otro momento; sino que se ocuparon de una manera agradable y provechosa, reparadora tanto para la mente como para el cuerpo. La casa era un modelo de comodidad, aunque no estaba extravagantemente amueblada. Todas las habitaciones estaban bien iluminadas y ventiladas, y cada una de ellas, incluidos los dormitorios, tenía una rejilla abierta para que los ocupantes pudieran disfrutar del calor saludable y del resplandor de un fuego abierto, que tiene más valor real que los adornos más costosos. Los salones no estaban amueblados con esa precisión que resulta tan fastidiosa a la vista, pero había una agradable variedad de muebles. Las sillas eran en su mayoría mecedoras o sillones, no todos de la misma moda, pero adaptados a la comodidad de los diferentes miembros de la familia. Había mecedoras bajas y acolchadas, y otras altas de respaldo recto; sillones anchos y espaciosos, y sillones pequeños y cómodos; también había sofás confortables, y todos parecían decir: "Pruébame, descansa en mí". Había mesas repletas de libros y papeles. Todo estaba ordenado y era atractivo, pero sin esa disposición precisa que parece advertir a todos los espectadores que no toquen nada por miedo a que se salga de su sitio.

Los propietarios de esta agradable casa estaban en tales circunstancias que podrían haber amueblado y embellecido su residencia costosamente, pero sabiamente habían elegido la comodidad en lugar de la ostentación. No había nada en la casa que se considerara demasiado bueno para el uso general, y las cortinas y persianas no se mantenían cerradas para evitar que las alfombras se

decoloraran y los muebles se deslucieran. La luz del sol y el aire entraban libremente, con la fragancia de las flores del jardín. La familia estaba, por supuesto, en consonancia con la casa; eran alegres y divertidos, haciendo todo lo necesario para nuestra comodidad, sin oprimirnos con tanta atención como para hacernos temer que estábamos causando problemas adicionales. Sentíamos que éste era un lugar de descanso. Era un hogar en el sentido más amplio de la palabra.

La rígida precisión que hemos mencionado como una característica desagradable de tantos hogares no está de acuerdo con el gran plan de la Naturaleza. Dios no ha hecho que las flores de los campos crezcan en lechos regulares, con bordes fijos, sino que las ha esparcido como gemas sobre el verdor, y embellecen la tierra con su variedad de formas y colores. Los árboles del bosque no están en orden regular. Es un descanso para los ojos y la mente recorrer las escenas de la naturaleza, el bosque, la colina y el valle, la llanura y el río, disfrutando de la infinita diversidad de formas y colores, y de la belleza con que los árboles, los arbustos y las flores se agrupan en el jardín de la naturaleza, convirtiéndolo en un cuadro de belleza. La infancia, la juventud y la vejez pueden encontrar allí descanso y gratificación por igual.

Esta ley de la variedad puede aplicarse en cierta medida en el hogar. Debe haber una armonía adecuada de colores y una adecuación general de las cosas en el mobiliario de una casa; pero no es necesario para el buen gusto que todos los muebles de una habitación tengan el mismo diseño, material o tapicería; por el contrario, es más agradable a la vista que haya una variedad armoniosa.

Pero aunque el hogar sea humilde o elegante, sus adornos costosos o lo contrario, no habrá felicidad dentro de sus paredes a menos que el espíritu de sus habitantes esté en armonía con la voluntad divina. El contentamiento debe reinar en el hogar.

Sra. E. G. White, *en Health Reformer*.

30 de agosto de 1877

Los deberes de una madre

La madre cristiana, en gran medida, tiene en su poder asegurar a sus hijos una buena constitución, una moral sana y una visión correcta de los deberes y responsabilidades de la vida. Miles de madres ignoran hoy las leyes de la salud y la moralidad, y son completamente imprudentes en el manejo de sus hijos.

Miles se arruinan para toda la vida y se vuelven inútiles para la sociedad por descuido de una formación adecuada en la primera juventud. La falta de salud impide el cultivo y desarrollo de las facultades mentales, los talentos permanecen latentes en consecuencia, y el mundo pierde el beneficio de ellos. El conocimiento y la obediencia a las leyes de la naturaleza habrían preservado la acción saludable del cuerpo y de la mente y habrían dado a la humanidad la bendición de muchas vidas que ahora se desperdician inútilmente. Por la ineficacia de los padres, se pierde mucho bien para el mundo, y se priva a Dios de la gloria que debería recibir mediante la dirección apropiada del talento y la energía juveniles.

Las madres no están completamente capacitadas para disciplinar y educar las mentes de los jóvenes, a menos que tengan ese conocimiento de Dios por el cual puedan formar concienzudamente a sus hijos para la mayor utilidad en esta vida y para la futura vida inmortal. En la educación de sus hijos, la madre necesita la sabiduría que sólo Dios puede darle. También necesita salud y su acompañamiento de nervios calmados, juicio claro y poderes de razonamiento sólidos. Entonces tendrá decisión a la vez que dulzura, firmeza a la vez que amor, y podrá llevar las riendas de la dirección con mano firme pero paciente. Debe cultivar la serena dignidad y la independencia de carácter que son necesarias para el sagrado trabajo de su vida y para la correcta dirección de su hogar. Las costumbres y hábitos del mundo respecto a la educación de los hijos no deben desviar a una madre cristiana de su camino. En ningún caso debe sacrificar sus ideas de lo correcto porque ve a muchas madres que ceden a sus escrúpulos para satisfacer las inclinaciones de sus hijos por diversiones dudosas, ociosidad o un estilo de vestir calculado para fomentar la vanidad y dañar la salud.

La complacencia de los malos deseos y la gratificación de las pasiones animales están a la orden del día en esta época del mundo. La juventud está rodeada de las fascinaciones del placer y de las seductoras tentaciones del pecado. Por estas razones, la madre cristiana tiene una gran e importante responsabilidad. A ella le corresponde, en cierta medida, rectificar los males crecientes del mundo criando a sus hijos de tal manera que adopten una posición firme en favor del bien y pongan su influencia del lado de la virtud. Pero la madre que somete la femineidad que Dios le ha dado a la esclavitud de la moda desperdicia, en trabajo inútil y frivolidad, tiempo y energía que debería dedicar a su sagrada vocación. No puede sentir su solemne responsabilidad ante Dios y la humanidad. Satanás ha inventado múltiples tentaciones para desviar la mente de las madres de su labor más importante. La cuestión del vestido tiene a la

mayor parte de las mujeres en la más vergonzosa esclavitud. El estudio de los modelos de moda se lleva a cabo con incansable celo, y es seguido por una interminable ronda de cortes, ajustes, costuras, volantes, puntas y trenzas, con el fin de lograr una vana exhibición. Todo esto cuesta tiempo, dinero y concentración mental, por lo que no se obtiene nada a cambio. Las facultades mentales se empequeñecen por falta de un cultivo adecuado, y se abusa miserablemente de ellas al dedicarlas casi por completo a preparar el vestido para el cuerpo, mientras sus hijos van camino de la ruina.

Muchas madres se preocupan mucho más por el vestido y el adorno de sus hijos que por su conducta y la dirección apropiada de sus mentes. Dedicán un tiempo precioso a alborotar y adornar las vestiduras de sus pequeñuelos, mientras los que han de llevarlas corren por las calles, sujetos a la influencia de viles asociados y respirando la atmósfera del vicio. Las horas que deberían dedicarse a la comunión orante con ellos y a una cuidadosa supervisión de sus empleos y diversiones, son peor que desperdiciadas en adornar los trajecitos que servirán para añadir el mal de la vanidad a las faltas ya adquiridas. Una madre que aprecia la aprobación de Dios y que es controlada por las influencias celestiales no se atreverá a desperdiciar su precioso tiempo, fuerza y dinero en arreglar su propio vestido y el de sus hijos para satisfacer las exigencias de la costumbre. Las madres amantes de la moda están dando diariamente a sus hijos lecciones de devoción al vestido, que nunca desaprenderán en la vida futura. Están sembrando semillas en esas tiernas mentes que a la larga darán fruto. "¡Triste será la cosecha!" "Todo lo que un hombre siembra, eso también cosechará".

Es deber de la madre educar constantemente su mente y su corazón para los graves deberes que le incumben, a fin de que pueda hacer frente con éxito a las crecientes preocupaciones familiares. Debe estudiar las peculiaridades del temperamento de sus hijos y variar su disciplina para adaptarla a sus diferentes disposiciones; así podrá moldear sus mentes en la forma correcta. El modo habitual de educar a los niños en la actualidad tiende a debilitar su poder moral. Se les permite estar ociosos, y sus jóvenes mentes activas, buscando empleo, tropiezan en malos caminos. No se les enseña la abnegación y la pronta obediencia, por lo que crecen egoístas e incapaces de emprender el serio trabajo de la vida. El ejemplo de la mayoría de los padres es desmoralizador para los hijos, que naturalmente buscan en ellos un modelo. Si los padres se dejan arrastrar por la fuerte corriente del mundo y siguen sus prácticas sin tener en cuenta el bien o el mal, el tiempo o los gastos, ciertamente no se puede esperar nada mejor de sus hijos. Las lecciones de precepto y ejemplo dadas por los padres a sus hijos deben tender a formar sus caracteres para la vida superior e

inmortal. De este modo se les capacita también para la mayor utilidad en este mundo. Dios nos ha puesto aquí no para vivir para nuestra propia diversión, sino para hacer el bien, para bendecir a la humanidad, para prepararnos para el cielo. Cada violación de la obligación moral, con su carga de resultado, debe ser satisfecha y justificada en lo sucesivo.

Especialmente los momentos de la madre no tienen precio; su obra será puesta a prueba en el solemne día de las cuentas. Entonces se descubrirá que muchos de los fracasos y crímenes de hombres y mujeres se han debido a la ignorancia y a la grave negligencia de aquellos cuyo deber era guiar sus pies infantiles por el buen camino. Entonces se descubrirá que muchos de los que han bendecido al mundo con la luz del genio, la verdad y la santidad, deben los firmes principios y la integridad que fueron la fuente de su utilidad y éxito a la cuidadosa formación religiosa de una madre cristiana orante.

Sra. E. G. White, *en Health Reformer*.

6 de septiembre de 1877

Educación adecuada

Nunca se insistirá lo suficiente en la importancia de educar pronto a los jóvenes en los deberes prácticos de la vida. Muchos padres que son ricos no sienten la importancia de dar a sus hijos una educación en los deberes prácticos, así como en las ciencias. No sienten la necesidad, por el bien de la mente y la moral de sus hijos, y por su utilidad futura, de darles una comprensión completa del trabajo útil. Esto es debido a sus hijos, que, si la desgracia viniera, podrían mantener la independencia noble, teniendo un conocimiento cómo utilizar sus manos. Si tienen un capital de fuerza, no pueden ser pobres, aunque no tengan un dólar. Muchos, que en la juventud se encuentran en circunstancias acomodadas, pueden ser despojados de todas sus riquezas, con padres y hermanos y hermanas que dependen de ellos para su sustento. Entonces, qué importante es que los jóvenes sean educados para trabajar, a fin de que estén preparados para cualquier emergencia. Las riquezas son en verdad una maldición cuando sus poseedores permiten que se interpongan en el camino de sus hijos e hijas para que obtengan un conocimiento del trabajo útil, a fin de que puedan estar calificados para la vida práctica.

Los que no están obligados a trabajar, con frecuencia no tienen ejercicio activo suficiente para la salud física. Los jóvenes, a falta de tener la mente y las manos empleadas en un trabajo activo, adquieren hábitos de indolencia, y con

frecuencia obtienen, lo que es más de temer, una educación callejera, holgazaneando en las tiendas, fumando, bebiendo y jugando a las cartas.

Las jóvenes leen y se excusan del trabajo activo porque su salud es delicada. Su debilidad es generalmente el resultado de la falta de ejercicio de los músculos. Pueden pensar que son demasiado débiles para realizar las tareas domésticas, pero trabajarán haciendo ganchillo y encaje de bolillos, y conservarán la delicada palidez de sus manos y rostros, mientras sus madres, agobiadas por los cuidados, se afanan en lavar y planchar sus prendas. Estas hijas transgreden el quinto mandamiento. No honran a sus padres. Pero la madre es la más culpable. Ella ha consentido y excusado a sus hijas de cargar con su parte de los deberes domésticos, hasta que el trabajo se vuelve desagradable para ellas, y aman y disfrutan de una delicada ociosidad. Comen, duermen, leen novelas y hablan de modas. Sus vidas son inútiles.

La pobreza, en muchos casos, es una bendición, pues impide que la juventud y la infancia se arruinen por la inacción. El físico debe cultivarse y desarrollarse adecuadamente, así como el mental. El primer y constante cuidado de los padres debe ser que sus hijos tengan constituciones firmes para que sean hombres y mujeres sanos. Es imposible alcanzar este objetivo sin el ejercicio físico. Los niños, por su propia salud física y por su bien moral, deben ser enseñados a trabajar, aunque no sea necesario en cuanto a la necesidad. Si quieren tener caracteres virtuosos y puros, deben tener la disciplina del trabajo bien regulado, que pondrá en ejercicio todos los músculos. La satisfacción que tendrán los niños de ser útiles, de negarse a sí mismos para ayudar a los demás, será el placer más saludable que jamás hayan disfrutado. ¿Por qué han de privarse los ricos a sí mismos y a sus queridos hijos de esta gran bendición?

Padres, la inacción es la mayor maldición que ha caído sobre vosotros. No debéis permitir que vuestras hijas se acuesten tarde por la mañana, durmiendo las preciosas horas que Dios les ha prestado para que las utilicen con el mejor fin, y de las que tendrán que dar cuenta a Dios. La madre hace un gran daño a sus hijas al soportar las cargas que las hijas deberían compartir con ella para su propio bien presente y beneficio futuro. El curso que muchos padres han seguido al permitir que sus hijos sean indolentes y satisfagan el deseo de leer novelas románticas, no los está preparando para la vida real. La lectura de novelas y libros de cuentos son los mayores males a que puede entregarse la juventud. Las lectoras de novelas y cuentos de amor siempre fracasan a la hora de ser buenas madres prácticas. Viven en un mundo irreal. Son constructoras de castillos de aire que viven en un mundo imaginario. Se vuelven sentimentales y

tienen fantasías enfermizas. Su vida artificial las echa a perder para cualquier cosa útil. Son enanos en intelecto, aunque pueden halagarse a sí mismos de que son superiores en mente y modales. El ejercicio en el trabajo doméstico será de la mayor ventaja para las jóvenes.

El trabajo físico no impedirá el cultivo del intelecto. Lejos de esto. Las ventajas obtenidas por el trabajo físico las equilibrarán, para que la mente no se vea sobrecargada de trabajo. La fatiga se hará sentir en los músculos y aliviará el cansado cerebro. Hay muchas muchachas apáticas e inútiles que consideran impropio de una dama dedicarse a un trabajo activo. Pero sus caracteres son dos [demasiado] transparentes para engañar a las personas sensatas en cuanto a su verdadera inutilidad. Sonríen y se ríen, y son todo afectación. Parecen como si no pudieran decir sus palabras justa y rectamente, sino que torturan todo lo que dicen con ceceos y muecas. ¿Son estas damas? No nacieron tontas, sino que fueron educadas como tales. Para ser una dama no hace falta ser frágil, indefensa, demasiado arreglada y quejumbrosa. Un cuerpo sano es necesario para un intelecto sano. La solidez física y el conocimiento práctico de todas las tareas domésticas necesarias nunca son un obstáculo para un intelecto bien desarrollado, pero son muy importantes para una dama.

Todas las facultades de la mente deben ponerse en uso y desarrollarse para que los hombres y las mujeres tengan mentes bien equilibradas. El mundo está lleno de hombres y mujeres unilaterales, porque se cultiva un conjunto de facultades, mientras que otras están empequeñecidas por la inacción. La educación de la mayoría de los jóvenes es un fracaso. Estudian demasiado, mientras descuidan lo que pertenece a la vida práctica de los negocios. Hombres y mujeres se convierten en padres sin tener en cuenta sus responsabilidades, y su descendencia se hunde más bajo en la escala de la deficiencia humana que ellos mismos. Así estamos degenerando rápidamente. La aplicación constante al estudio, tal como se conducen ahora las escuelas, está incapacitando a la juventud para la vida práctica. La mente humana tendrá acción. Si no está activa en la dirección correcta, lo estará en la incorrecta. Y para preservar el equilibrio de la mente, el trabajo y el estudio deben estar unidos.

Cada día debe dedicarse una parte del tiempo al trabajo, para que el físico y la mente se ejerciten por igual.

Sra. E. G. White, *en Health Reformer*.

13 de septiembre de 1877

El trabajo de la madre

Ningún trabajo puede igualarse al de la madre cristiana. Ella emprende su trabajo con un sentido de lo que es criar a sus hijos en la crianza y amonestación del Señor. Cuántas veces sentirá el peso de su carga más pesado de lo que puede soportar; y entonces cuán precioso es el privilegio de llevarlo todo a su Salvador compasivo en oración. Ella puede poner su carga a sus pies, y encontrar en su presencia una fuerza que la sostendrá, y le dará alegría, esperanza, valor y sabiduría en las horas más difíciles. Cuán dulce es para la madre agotada la conciencia de tal amigo en todas sus dificultades. Si las madres acudieran a Cristo con más frecuencia y confiaran más plenamente en él, sus cargas serían más llevaderas y encontrarían descanso para sus almas.

Jesús es un amante de los niños. La importante responsabilidad de educar a sus hijos no debe recaer sólo en la madre. El padre debe hacer su parte, uniendo sus esfuerzos a los de la madre. Como sus hijos, en sus tiernos años, están en su mayor parte bajo su dirección, el padre debe alentar y sostener a la madre en su labor de cuidado con sus miradas alegres y palabras amables. La fiel labor de la madre rara vez es apreciada. Frecuentemente sucede que el padre regresa de sus negocios a su hogar, llevando consigo sus preocupaciones y perplejidades. No tiene una sonrisa alegre para el hogar, y si no encuentra todo lo necesario para acomodarse y satisfacer sus ideas, expresa su decepción con el ceño fruncido y palabras censuradoras. No tiene en cuenta el cuidado que la madre debe haber tenido con los niños inquietos, para mantener todo en marcha sin problemas. Sus hijos deben tener su tiempo y atención, si son criados, como el apóstol indica, "en disciplina y amonestación del Señor".

La Palabra de Dios debe aplicarse juiciosamente a las mentes juveniles, y ser su norma de rectitud, corrigiendo sus errores, iluminando y guiando sus mentes, lo cual será mucho más eficaz para refrenar y controlar el temperamento impulsivo que las palabras duras, que provocarán a ira. Este entrenamiento de los niños para que cumplan la norma bíblica requerirá tiempo, perseverancia y oración. Esto debe atenderse si se descuidan algunas cosas de la casa.

Muchas veces al día se oye el grito de, Madre, madre, primero de una vocecita preocupada y luego de otra. En respuesta al grito, la madre debe volverse aquí y allá para atender sus demandas. Uno está en apuros y necesita que la sabia cabeza de la madre lo libere de su perplejidad. Otro está tan contento con

algunas de sus artimañas que debe hacer que su madre las vea, pensando que ella estará tan contenta como él. Una palabra de aprobación traerá sol al corazón durante horas. Muchos preciosos rayos de luz y alegría puede derramar la madre aquí y allá entre sus preciosos pequeñuelos. Cuán estrechamente puede atar a estos seres queridos a su corazón, que su presencia será para ellos el lugar más soleado del mundo. Pero con frecuencia la paciencia de la madre es puesta a prueba con estas pequeñas y numerosas pruebas, que parecen apenas dignas de atención. Las manos traviesas y los pies inquietos crean una gran cantidad de trabajo y perplejidad para la madre. Tiene que sujetar con firmeza las riendas del autocontrol, o las palabras impacientes se le escaparán de la lengua. Casi se olvida de sí misma una y otra vez, pero una oración silenciosa a su Redentor compasivo calma sus nervios y le permite llevar las riendas del autocontrol con tranquila dignidad. Habla con voz tranquila, pero le ha costado un esfuerzo refrenar las palabras ásperas y dominar los sentimientos airados, que, de haberse expresado, habrían destruido su influencia, que habría tardado tiempo en recuperar.

La percepción de los niños es rápida, y discernen los tonos pacientes y cariñosos de la orden impaciente y apasionada, que seca la humedad del amor y el afecto en los corazones de los niños. La verdadera madre cristiana no alejará a sus hijos de su presencia por su irritabilidad y falta de amor compasivo. Como los padres desean que Dios los trate, así deben tratar a sus hijos. Nuestros hijos son sólo los miembros más jóvenes de la familia del Señor, a quienes se nos ha confiado educar sabiamente, disciplinar pacientemente, para que formen caracteres cristianos, y estén capacitados para bendecir a otros en esta vida, y disfrutar de la vida venidera.

Muchos padres no se esfuerzan por crear un hogar feliz para sus hijos. Las habitaciones más agradables se cierran para las visitas. La cara agradable se pone para entretener a las visitas. Se prodigan sonrisas a quienes no las aprecian, mientras que los miembros queridos de la familia suspiran por sonrisas y palabras afectuosas. Un semblante soleado y palabras alegres y alentadoras alegrarán el hogar más pobre, y serán como un talismán para proteger al padre y a los hijos de las muchas tentaciones que los atraen desde el amor del hogar hacia el bar, o escenas de diversión que los alejan de la pureza y la moralidad.

Pero la labor de hacer feliz al hogar no recae sólo en la madre. Los padres tienen un papel importante que desempeñar. El esposo es la banda del tesoro del hogar, uniendo con su afecto fuerte, ferviente y devoto a los miembros del hogar, madre e hijos, en los más fuertes lazos de unión. A él le corresponde alentar,

con palabras alegres, los esfuerzos de la madre en la crianza de sus hijos. La madre rara vez aprecia su propio trabajo, y con frecuencia lo valora tan poco que lo considera una monotonía doméstica. Hace la misma ronda día tras día, semana tras semana, sin resultados especiales. No puede contar, al final del día, las muchas pequeñas cosas que ha logrado. Al lado de los logros de su marido, siente que no ha hecho nada digno de mención. Con frecuencia, el padre llega con aire satisfecho de sí mismo y relata con orgullo lo que ha logrado durante el día. Sus comentarios muestran que ahora debe ser atendido por la madre, porque ella no ha hecho mucho excepto cuidar de los niños, cocinar y mantener la casa en orden. No ha actuado como comerciante, ni ha comprado ni vendido; no ha actuado como agricultora, cultivando la tierra; no ha actuado como mecánica; por lo tanto, no ha hecho nada que la canse. Critica, censura y dicta como si fuera el señor de la creación. Y esto es tanto más penoso para la esposa y la madre, porque se ha fatigado mucho en su puesto de trabajo durante el día, y sin embargo no puede ver lo que ha hecho, y está realmente descorazonada. Si se quitara el velo y el padre y la madre vieran como Dios ve el trabajo del día, y vieran cómo su ojo infinito compara el trabajo del uno con el del otro, se asombrarían de la revelación celestial. El padre vería sus labores bajo una luz más modesta, mientras que la madre tendría nuevo valor y energía para proseguir su labor con sabiduría, perseverancia y paciencia. Ahora ella conoce su valor. Mientras que el padre se ha ocupado de las cosas que han de perecer y pasar, la madre se ha ocupado de desarrollar las mentes y el carácter, trabajando, no sólo para el tiempo, sino para la eternidad. Su trabajo, si se hace fielmente en Dios, será immortalizado.

Los partidarios de la moda nunca verán ni comprenderán la belleza inmortal de la obra de esa madre cristiana, y se mofarán de sus nociones anticuadas y de su vestido sencillo y sin adornos; mientras que la Majestad del cielo escribirá el nombre de esa madre fiel en el libro de la fama inmortal.

Sra. E. G. White, *en Health Reformer*.

29 de noviembre de 1877

El deber de la madre: Cristo, su fuerza

Aquel que dijo: "Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo impidáis", sigue invitando a las madres a educar a sus pequeños para que sean bendecidos por Él. Incluso el bebé en los brazos de su madre puede morar como bajo la sombra del Todopoderoso a través de la fe ferviente de esa madre orante. El primer y

más urgente deber que la madre debe al Creador es educar a los hijos que él le ha dado para el Salvador. "Aun al niño se le conoce por sus obras, si su obra es pura y si es recta".

Los niños pequeños son un espejo para la madre, en el que puede ver reflejados sus propios hábitos y comportamiento, y puede rastrear incluso los tonos de su propia voz. Cuán cuidadoso debe ser su lenguaje y comportamiento en presencia de estos pequeños aprendices que la toman como ejemplo. Si desea que sean amables y dóciles, debe cultivar esos rasgos en sí misma.

Cuando los niños aman a su madre y depositan su confianza en ella, y han llegado a serle obedientes, se les han enseñado las primeras lecciones para llegar a ser cristianos. Deben ser obedientes a Jesús, amarlo y confiar en él, del mismo modo que son obedientes a sus padres, los aman y confían en ellos. El amor que los padres manifiestan por sus hijos en la educación correcta y en la bondad refleja ligeramente el amor de Jesús por sus hijos.

En vista de la responsabilidad individual de las madres, cada mujer debe desarrollar una mente bien equilibrada y un carácter puro, que refleje sólo lo verdadero, lo bueno y lo bello. La esposa y madre puede atar a su marido e hijos a su corazón por un amor inquebrantable, demostrado en palabras amables y comportamiento cortés, que, por regla general, será copiado por sus hijos.

La cortesía es barata, pero tiene el poder de ablandar naturalezas que se volverían duras y ásperas sin ella. La cortesía cristiana debería reinar en todos los hogares. El cultivo de una cortesía uniforme, y la voluntad de hacer con los demás lo que nos gustaría que hicieran con nosotros, aniquilaría la mitad de los males de la vida. El principio inculcado en el mandamiento: "Sed bondadosos unos con otros", es la piedra angular del carácter cristiano.

Dios quiso que fuésemos tolerantes los unos con los otros, que los de temperamento diverso estuviesen asociados, de modo que por la mutua tolerancia y consideración de las peculiaridades de cada uno, se suavizasen los prejuicios y se limasen las asperezas de carácter. Las diferencias de temperamento y de carácter se manifiestan con frecuencia en las familias. Así todos los miembros pueden estar en armonía, y la mezcla de temperamentos variados puede ser un beneficio para todos. La cortesía cristiana es el broche de oro que une a los miembros de la familia en lazos de amor, cada día más estrechos y fuertes.

Muchos hogares se vuelven muy infelices por la queja inútil de su ama, que se aparta con desagrado de las tareas sencillas y hogareñas de su vida doméstica sin pretensiones. Considera los cuidados y deberes de su suerte como penurias, y lo que, mediante la alegría, podría hacerse no sólo agradable e interesante, sino provechoso, se convierte en la mera monotonía. Contempla la esclavitud de su vida con repugnancia y se imagina que es una mártir.

Es cierto que las ruedas de la maquinaria doméstica no siempre funcionan bien; hay muchas cosas que ponen a prueba la paciencia y agotan las fuerzas. Pero aunque las madres no son responsables de las circunstancias sobre las que no tienen control, es inútil negar que las circunstancias marcan una gran diferencia con las madres en el trabajo de su vida. Pero su condena es cuando se permite que las circunstancias gobiernen y subviertan sus principios, cuando se cansan y son infieles a su alta confianza y descuidan su deber conocido.

La esposa y madre que supera noblemente las dificultades, bajo las cuales otros se hunden por falta de paciencia y fortaleza para perseverar, no sólo se fortalece ella misma en el cumplimiento de su deber, sino que su experiencia en la superación de tentaciones y obstáculos la capacita para ser una ayuda eficaz para los demás, tanto con palabras como con el ejemplo. Muchos de los que obran bien en circunstancias favorables parecen sufrir una transformación de carácter bajo la adversidad y la prueba; se deterioran en proporción a sus problemas. Dios nunca quiso que fuéramos el deporte de las circunstancias.

Muchos maridos e hijos que no encuentran nada atractivo en casa, que son recibidos continuamente con regaños y murmuraciones, buscan consuelo y diversión fuera de casa, en el bar o en otros lugares prohibidos de placer. La esposa y la madre, ocupadas en sus quehaceres domésticos, a menudo se despreocupan de las pequeñas cortesías que hacen agradable el hogar al marido y a los hijos, aunque eviten hablar de sus peculiares vejaciones y dificultades en presencia de ellos. Mientras ella está absorta preparando algo de comer o de vestir, el marido y los hijos entran y salen como extraños.

Mientras que la señora de la casa puede desempeñar sus deberes externos con exactitud, puede estar continuamente clamando contra la esclavitud a la que está condenada, y exagerar sus responsabilidades y restricciones comparando su suerte con lo que ella considera la vida superior de la mujer, y acariciando anhelos no santificados de una posición más fácil, libre de los pequeños cuidados y exacciones que irritan su espíritu. Poco se imagina que en esa esfera de acción tan diferente a la que aspira, la acosarán pruebas igual de vejatorias,

aunque tal vez de un tipo diferente. Mientras anhela infructuosamente una vida diferente, alimenta un descontento pecaminoso y hace que su hogar sea muy desagradable para su marido y sus hijos.

La verdadera esposa y madre seguirá un camino totalmente opuesto a éste. Cumplirá sus deberes con dignidad y alegría, sin considerar que es degradante hacer con sus propias manos lo que es necesario que haga en un hogar bien ordenado. Si busca en Dios su fuerza y consuelo, y en su sabiduría y temor procura cumplir con su deber diario, atará a su esposo a su corazón, y verá a sus hijos llegar a la madurez, hombres y mujeres honorables, con vigor moral para seguir el ejemplo de su madre.

No hay trabajo al azar en esta vida; la cosecha determinará el carácter de la semilla que se ha sembrado. Las madres pueden descuidar las oportunidades presentes, y dejar que sus deberes y cargas recaigan sobre otros, pero su responsabilidad sigue siendo la misma, y cosecharán con amargura lo que han sembrado con descuido y negligencia.

Madres, estáis desarrollando vuestro carácter. Vuestro compasivo Redentor os observa con amor y simpatía, dispuesto a escuchar vuestras oraciones y a prestaros la ayuda que necesitáis en el trabajo de vuestra vida. El amor, la alegría, la paz, la longanimidad, la mansedumbre, la fe y la caridad son los elementos del carácter cristiano. Estas preciosas gracias son los frutos del Espíritu. Son la corona y el escudo del cristiano. Las más altas ensoñaciones y las más elevadas aspiraciones no pueden aspirar a nada más alto. Nada puede dar un contenido y una satisfacción más perfectos. Estos logros celestiales no dependen de las circunstancias, ni de la voluntad o del juicio imperfecto del hombre. El precioso Salvador, que comprende las luchas de nuestro corazón y la debilidad de nuestra naturaleza, se compadece de nosotros, nos perdona nuestros errores y nos concede las gracias que deseamos fervientemente.

Jesús conoce las cargas del corazón de toda madre. Él es su mejor amigo en cada emergencia. Sus brazos eternos sostienen a la madre fiel y temerosa de Dios. Aquel Salvador que, cuando estuvo en la tierra, tuvo una madre que luchó con la pobreza y la privación, teniendo muchas preocupaciones angustiosas y perplejidades en la crianza de sus hijos, simpatiza con cada madre cristiana en sus labores, y escucha sus fervientes oraciones. Aquel Salvador que hizo un largo viaje con el propósito de aliviar el ansioso corazón de una mujer cananea cuya hija estaba poseída por un demonio, hará tanto por la afligida madre de hoy, bendiciendo a sus hijos, como lo hizo por la suplicante en aquel caso.

El que devolvió a la viuda su único hijo, mientras lo llevaban a la sepultura, se conmueve hoy por el dolor de la madre desconsolada. El que devolvió a María y a Marta a su hermano enterrado, el que lloró lágrimas de compasión ante la tumba de Lázaro, el que perdonó a María Magdalena, el que se acordó de su madre, cuando colgaba agonizante en la cruz, el que se apareció a las mujeres que lloraban después de su resurrección, y las hizo sus mensajeras para predicar a un Salvador resucitado diciendo: "Id a decir a mis discípulos que voy a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios", es hoy el mejor amigo de la mujer, y está dispuesto a ayudarla en su necesidad si ella confía en él.

Si Jesús es el amigo y ayudante de la mujer, el esposo y padre de sus hijos nunca debería sentir que está por debajo de su dignidad alentar y simpatizar con la madre en sus preocupaciones, y ayudarla a sobrellevar sus cargas. Debe sentir el pecado y la pequeñez de añadir a sus pruebas palabras amargas. Debe ser liberal y generoso con ella, y no observar con ojo crítico cada pequeño descuido de su parte, o el no satisfacer sus ideas peculiares.

Cristo respetó y honró a la mujer. No hay un solo caso en toda su vida en el que, de palabra o de obra, diera el menor estímulo para hablar o pensar despectivamente de la mujer, o diera la impresión de que no debía ser respetada y honrada en pie de igualdad con el hombre. La Majestad del Cielo no es ajena a los problemas que desconciertan a la madre, ni a las cargas que pesan sobre su dolorido corazón.

Para ser una buena esposa y madre no es necesario que la naturaleza de la mujer se funda totalmente en la de su marido. Cada ser individual tiene una vida distinta de todos los demás, una experiencia que difiere esencialmente de la de ellos. Dios no quiere que nuestra individualidad se pierda en la de otro; desea que poseamos nuestro propio carácter, suavizado y santificado por su dulce gracia.

Quiere oír *nuestras* palabras recién salidas de nuestro corazón, y no de otro. Quiere que nuestros deseos anhelantes y nuestros clamores sinceros lleguen hasta Él, marcados por nuestra propia individualidad. No todos pasamos por los mismos ejercicios mentales, y Dios no pide experiencias de segunda mano. Nuestro compasivo Redentor nos tiende la mano allí donde estamos. Aunque Jesús ha ascendido al Cielo, no ha perdido su simpatía por vosotras, madres, sino que mira con tierno amor a aquellos a quienes vino a redimir.

Sra. E. G. White, en *Health Reformer*.

6 de diciembre de 1877

Inicio Deberes del padre

Aunque nos hemos detenido en la importancia de la obra y la misión de la madre, no queremos pasar por alto a la ligera el deber y la responsabilidad del esposo y padre en la formación de sus hijos. Sus esfuerzos deben estar en armonía con los de la madre temerosa de Dios. Él debe manifestar su amor y respeto por ella como la mujer que ha elegido y la madre de sus hijos.

Muchos maridos no comprenden ni aprecian suficientemente las preocupaciones y perplejidades que soportan sus esposas, generalmente confinadas todo el día a una incesante ronda de tareas domésticas. Con frecuencia llegan a sus hogares con la frente nublada, sin traer sol al círculo familiar. Si las comidas no son puntuales, la cansada esposa, que a menudo es ama de casa, enfermera, cocinera y criada, todo en uno, es recibida con reproches. El marido exigente puede condescender a tomar al niño preocupado de los brazos cansados de su madre para que sus arreglos para la comida familiar puedan acelerarse; pero si el niño está inquieto, y se inquieta en los brazos de su padre, rara vez sentirá que es su deber actuar como enfermero, y tratar de calmarlo y tranquilizarlo. No se detiene a considerar cuántas horas ha soportado la madre la inquietud del pequeño, sino que grita impaciente: "Toma, madre, coge *a tu* hijo". ¿No es *su* hijo tanto como el de ella? ¿No tiene la obligación natural de soportar pacientemente su parte de la carga de criar a sus hijos?

En la mayoría de las familias hay niños de diversas edades, algunos de los cuales necesitan no sólo la atención y la sabia disciplina de la madre, sino también la influencia más fuerte, aunque afectuosa, del padre. Pocos padres consideran este asunto en su debida importancia. Caen en la negligencia de su propio deber, y así amontonan pesadas cargas sobre la madre, al mismo tiempo que se sienten en libertad de criticar y condenar sus acciones según su juicio. Bajo este pesado sentido de responsabilidad y censura, la pobre esposa y madre a menudo se siente culpable y remordida por lo que ha hecho inocente o ignorantemente, y con frecuencia cuando ha hecho lo mejor posible dadas las circunstancias. Sin embargo, cuando sus fatigosos esfuerzos deberían ser apreciados y aprobados, y su corazón alegrado, se ve obligada a caminar bajo una nube de tristeza y condenación, porque su marido, mientras ignora su propio deber, espera que ella cumpla tanto el suyo como el de él a su satisfacción, sin tener en cuenta la prevención de las circunstancias.

Siente que su mujer le pertenece, y está sujeta a su orden y dictado, y susceptible de caer bajo su desaprobación. ¿Quién le da este derecho de dictado y condena? ¿La ley de Dios, que le ordena amar a Dios con todo el corazón y al prójimo como a sí mismo? ¿Lo encuentra entre los mandatos de los apóstoles, que exhortan: "Maridos, amad a vuestras mujeres y no seáis rencorosos con ellas"? No, no hay defensa moral o religiosa para una autoridad tan injusta.

Los deberes domésticos son sagrados e importantes, pero a menudo van acompañados de una cansada monotonía. Las innumerables preocupaciones y perplejidades se vuelven irritantes, sin la variedad de cambios y la alegre relajación, que el esposo y padre frecuentemente tiene en su poder concederle si quisiera, o más bien si lo considerara necesario o deseable. La vida de una madre en los caminos más humildes de la vida es una de incesante abnegación, que se hace más difícil si el marido no aprecia las dificultades de su posición, y no le da su apoyo.

Pero volvamos al padre que tan despreocupadamente ha entregado el inquieto niño a su madre. ¿En qué emplea su tiempo mientras ella realiza la doble tarea de preparar la comida y tranquilizar al niño? A menudo se le ve, con los pies elevados a la altura de la cabeza, leyendo un periódico y fumando un puro. El tabaco, pues, es su consuelo. Ahí están sus hijos, de diversas edades, y de temperamento inquieto y nervioso, transmitido a ellos por el padre consumidor de tabaco o licor. Pero, después de dar a esos hijos su impronta de carácter por su propio apetito morboso y su indulgencia egoísta, elude la responsabilidad de educarlos y de corregir los defectos que han recibido como legado suyo.

Los padres deben desprenderse de su falsa dignidad, negarse a sí mismos, alguna ligera autogratificación en tiempo y ocio, para mezclarse con los niños, simpatizar con ellos en sus pequeños problemas, atarlos a sus corazones por los fuertes lazos del amor, y establecer tal influencia sobre sus mentes en expansión que su consejo será considerado sagrado.

El padre medio desperdicia muchas oportunidades de oro para atraer y atar a sus hijos a él. Al regresar a casa de sus negocios, debería encontrar un cambio agradable en pasar algún tiempo con sus hijos. Puede llevarlos al jardín y mostrarles los capullos que se abren y los variados matices de las flores. Por este medio puede darles las lecciones más importantes acerca del Creador, abriendo ante ellos el gran libro de la naturaleza, donde el amor de Dios se expresa en cada árbol, flor y brizna de hierba. Puede grabar en sus mentes el hecho de que si Dios se preocupa tanto por los árboles y las flores, se preocupará

mucho más por las criaturas formadas a su imagen. Puede hacerles comprender pronto que Dios quiere que los niños sean hermosos, no con adornos artificiales, sino con la belleza del carácter, los encantos de la bondad y el afecto, que harán que sus corazones se llenen de alegría y felicidad.

Los padres pueden hacer mucho para conectar a sus hijos con Dios, animándoles a amar las cosas de la naturaleza que Él les ha dado, y a reconocer la mano del Dador en todo lo que reciben. De este modo, la tierra del corazón puede prepararse pronto para echar las preciosas semillas de la verdad, que a su debido tiempo brotarán y darán una rica cosecha. Padres, las horas de oro que podríais emplear en conocer a fondo el temperamento y el carácter de vuestros hijos, y el mejor método de tratar con sus jóvenes mentes, son demasiado preciosas para desperdiciarlas en el pernicioso hábito de fumar, o en holgazanear en el bar.

La indulgencia de este estimulante venenoso inhabilita al padre para educar a sus hijos en la crianza y amonestación del Señor. Las instrucciones dadas por Dios a los hijos de Israel fueron que los padres enseñaran a sus hijos los estatutos y preceptos de su ley, al levantarse y al sentarse, al salir y al entrar.

Este mandamiento de Dios se cumple muy poco, porque Satanás, por medio de sus tentaciones, ha encadenado a muchos padres en la esclavitud de hábitos groseros y apetitos dañinos. Sus facultades físicas, mentales y morales están tan paralizadas por estos medios que les es imposible cumplir su deber para con sus familias. Sus mentes están tan obsesionadas por las estupefacientes influencias del tabaco o el licor que no se dan cuenta de su responsabilidad de educar a sus hijos para que tengan poder moral para resistir la tentación, controlar el apetito, defender lo correcto, no dejarse influenciar para el mal, sino ejercer una fuerte influencia para el bien.

Los padres, por una indulgencia pecaminosa de apetito pervertido, a menudo se colocan en una condición de excitabilidad nerviosa o agotamiento, donde son incapaces de discriminar entre el bien y el mal, de dirigir a sus hijos sabiamente, y de juzgar correctamente sus motivos y acciones. Corren el peligro de magnificar los asuntos pequeños hasta convertirlos en montañas en sus mentes, mientras que pasan por alto los pecados graves. El padre que se ha convertido en esclavo del apetito anormal, que ha sacrificado la virilidad que Dios le dio para convertirse en un ebrio del tabaco, no puede enseñar a sus hijos a controlar el apetito y la pasión. Es imposible que los eduque así, ni por precepto ni por ejemplo. ¿Cómo puede el padre cuya boca está llena de tabaco, cuyo aliento envenena la atmósfera del hogar, enseñar a sus hijos lecciones de templanza y

autocontrol? ¿Con qué dignidad puede exhortarlos a evitar la copa de vino, cuando él mismo ha caído bajo el poder del tentador, y está atado por un apetito que no tiene fundamento en la naturaleza? No está en condiciones de despertar el valor moral y la independencia en los jóvenes.

Cuando nos acercamos a los jóvenes que están adquiriendo el hábito de consumir tabaco, y les hablamos de su perniciosa influencia sobre el organismo, con frecuencia se fortalecen citando el ejemplo de sus padres, o el de ciertos ministros cristianos, o miembros buenos y piadosos de la iglesia. Dicen: "Si a ellos no les hace daño, ciertamente a mí no puede perjudicarme". ¡Qué cuentas tendrán que rendir a Dios los hombres que profesan ser cristianos por su intemperancia! Su ejemplo fortalece las tentaciones de Satanás de pervertir los sentidos de los jóvenes mediante el uso de estimulantes artificiales; no les parece muy malo hacer lo que los miembros respetables de la iglesia tienen por costumbre hacer. Pero del consumo de tabaco al de licor no hay más que un paso; de hecho, ambos vicios suelen ir juntos.

Miles de personas aprenden a emborracharse por influencias como éstas. Con demasiada frecuencia la lección les ha sido enseñada inconscientemente por sus propios padres. Se debe hacer un cambio radical en los jefes de familia antes de que se pueda avanzar mucho en librar a la sociedad del monstruo de la intemperancia.

Si el tabaco es lo que a menudo se afirma que es, un calmante de los nervios, en lugar de un paralizador de los nervios; si es un consuelo tan grande para los hombres que lo necesitan justo antes de comer, justo después de comer, y la mayor parte del tiempo entremedias; si es un consuelo tan grande que se deben gastar grandes cantidades en él, y dedicar muchas horas de precioso tiempo a entregarse a su uso, entonces ¿por qué no deberían usarlo las mujeres? ¿No sería tan beneficioso para ellas como para sus padres, maridos y hermanos? Las mujeres tienen preocupaciones y perplejidades que calmar, y, visto desde el punto de vista del embriagado por el tabaco, están sufriendo una gran pérdida y practicando una abnegación inútil, al abstenerse del lujo que proporciona a sus maridos e hijos tanta comodidad y fuerza.

Si los hombres no pueden mantener su energía y su espíritu sin este estímulo, ¿qué martirio practican constantemente las mujeres dejándolo de lado! El hecho mismo de que las mujeres vivan y soporten las cargas más pesadas de la mente y del cuerpo sin su ayuda, y que los mejores hombres se abstengan concienzudamente de consumirlo, es una prueba de que el consumo de tabaco

no es una necesidad para nadie, sino simplemente un hábito que esclaviza a su víctima en una terrible servidumbre.

Dios no permita que una mujer se degrade al uso de un narcótico asqueroso y embriagador. Qué repugnante es la imagen que uno puede dibujar en su mente de una mujer cuyo aliento está envenenado por el tabaco. Uno se estremece al pensar en niños pequeños enroscando sus brazos alrededor de su cuello, y apretando sus frescos y puros labios contra los labios de esa madre, manchados y contaminados por el ofensivo fluido y olor del tabaco. Sin embargo, la imagen es sólo más repugnante porque la realidad es más rara que la del padre, el señor de la casa, contaminándose con la repugnante hierba. No es de extrañar que veamos a los hijos alejarse del beso del padre a quien aman, y si lo besan no buscan sus labios, sino su mejilla o su frente, donde sus labios puros no se contaminarán.

Sra. E. G. White, *en Health Reformer*.

20 de diciembre de 1877

La época de Noé y la nuestra

"Y como fue en los días de Noé, así será también en los días del Hijo del hombre. Comían, bebían, se casaban, se daban en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y vino el diluvio y los destruyó a todos. Así también fue en los días de Lot: comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban; pero el mismo día que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre, y los destruyó a todos. Así será también el día en que se manifieste el Hijo del hombre".

En qué poco tiempo desde el primer pecado de Adán el pecado aumentó y se extendió como la lepra. La naturaleza del pecado es crecer. De generación en generación el pecado se ha propagado como una enfermedad contagiosa. El odio a la ley de Dios, y como resultado seguro el odio a toda bondad, se hizo universal. El mundo estaba en su infancia, sin embargo, después de que el pecado fue introducido por primera vez, pronto llegó a ser temible en sus proporciones hasta que inundó el mundo. Dios, que creó al hombre y le dio con mano implacable las bondades de su providencia, fue menospreciado y despreciado por los destinatarios de sus dones. Fue deshonrado por los seres que había creado. Pero a pesar de que el hombre pecador olvidó a su Benefactor benevolente, Dios no lo despreció ni le dio la espalda, ni lo dejó perecer en su violencia y crimen sin poner ante él su maldad y el resultado de la transgresión

de su ley. Le envió mensajes de advertencia y súplica. Le señaló definitivamente su peligro si continuaba en su rebelión.

Dios, a quien los hombres habían despreciado y deshonrado y de cuyo amor misericordioso y benevolencia habían abusado, seguía compadeciéndose de la raza y, en su amor, proporcionó un refugio a todos los que quisieran aceptarlo. Ordenó a Noé que construyera un arca y al mismo tiempo predicara a los habitantes del mundo que Dios traería un diluvio de aguas sobre la tierra para destruir a los malvados. Si creían el mensaje y se preparaban para ese acontecimiento mediante el arrepentimiento y la reforma, encontrarían el perdón y se salvarían. Dios no apartó su espíritu del hombre sin advertirle del resultado seguro de su conducta al transgredir su ley. Le dio el mensaje a Noé para que se lo diera al pueblo. "Mi espíritu no contendrá siempre con el hombre". Una continua resistencia y desprecio de las súplicas y advertencias de Dios por medio de su siervo Noé, los separaría de Dios, y el resultado sería que la misericordia y el amor infinitos cesarían en sus súplicas. El Espíritu de Dios continuó luchando con el hombre rebelde hasta que el tiempo que Dios había especificado casi había expirado, cuando Noé y su familia entraron en el arca y la mano de Dios cerró la puerta del arca. La misericordia ya no se había bajado del trono de oro para interceder por el hombre.

A pesar de que Dios estaba trabajando para atraer al hombre hacia sí por la convicción de su Espíritu Santo, el hombre en su rebelión se alejaba de Dios, y continuamente resistía las súplicas del amor infinito.

Noé se levantó noblemente en medio de un mundo que despreciaba a Dios y se entregaba a todo tipo de disipación extravagante que conducía a crímenes y violencia de todo tipo. Noé, el fiel predicador de la justicia, predicó con valentía a aquella generación que un diluvio de agua iba a inundar el mundo a causa de la insuperable maldad de sus habitantes. Advirtió a aquella generación para que se arrepintiera, creyera en el mensaje de advertencia y se refugiara en el arca. Qué espectáculo para el mundo como Noé se destaca conectado con Dios, por su obediencia en contraste con el mundo. Los números no estaban del lado del bien. El mundo estaba en contra de la justicia de Dios y de sus leyes. Los hombres de ciencia y de filosofía usaron sus talentos y habilidades para oponerse al mensaje de Dios. Satanás, al tentar a Eva para que desobedeciera a Dios, le dijo: "No moriréis ciertamente". Los grandes hombres, mundanos, honrados y sabios, repiten la misma historia. "No moriréis ciertamente", y que las amenazas de Dios tienen el propósito de intimidar y nunca se verificarán. No debes alarmarte, tal acontecimiento como que el mundo sea destruido por

Dios, que lo hizo, y que castigue a los seres que ha creado, nunca tendrá lugar, pues esto no está de acuerdo con la ciencia y la filosofía. Quédate tranquilo, no temas, Noé está loco, es el fanático más salvaje.

Qué sencilla e infantil era la fe de Noé en medio de la incredulidad del mundo. Su fe era la sustancia de las cosas que se esperan, la evidencia de las cosas que no se ven. Su fe se perfeccionó con sus obras. Dio al mundo el ejemplo de creer exactamente lo que Dios había dicho. Bajo las instrucciones de Dios, comenzó a construir el arca, una inmensa barca, en tierra seca. Multitudes vinieron de todas partes para ver este extraño espectáculo, el arca, y para escuchar las palabras serias y fervientes de este hombre singular que parecía creer cada palabra que pronunciaba. Su mensaje era para él una realidad. Un poder acompañaba las palabras de Noé, porque era la voz de Dios al hombre a través de su siervo. Algunos estaban profundamente convencidos y habrían prestado atención a las palabras de advertencia, pero hubo tantos que se burlaron y ridiculizaron el mensaje de súplica y advertencia al arrepentimiento, que participaron del mismo espíritu, resistieron a las invitaciones de misericordia, se negaron a reformarse y pronto se contaron entre los burladores más audaces y desafiantes; porque nadie es tan temerario y llega tan lejos en el pecado como los que una vez tuvieron luz, han sido convencidos y han resistido al Espíritu de Dios. En medio del desprecio y el ridículo populares, en medio de la maldad y la desobediencia universales, Noé se distingue por su santa integridad y su inquebrantable obediencia. En verdad es singular. Estaba en el mundo, pero no era del mundo. Noé se convirtió en objeto de desprecio y ridículo por su firme adhesión a las palabras de Dios. Obedeció a Dios sin dudar. Qué marcado contraste con la incredulidad reinante y el desprecio universal de la ley de Dios. Mientras la voz de Dios, por medio de Noé, se hacía oír en súplicas y advertencias para condenar el pecado y la iniquidad, Satanás no estaba dormido, sino que estaba reuniendo sus fuerzas. Compromete a sus huestes con gigantescas energías para que, mediante sus sofismas, crueldades y opresiones, las palabras de advertencia del siervo de Dios queden sin efecto. El mal parece ganar la partida. Noé fue puesto a prueba y comprobado, se encontró con la oposición de los grandes hombres del mundo, de filósofos y hombres de ciencia, así llamados, que trataron de demostrarle que su mensaje no podía ser verdadero; pero su voz no fue acallada, durante ciento veinte años las palabras de advertencia continuaron oyéndose en tono serio, y fueron sostenidas por su enérgico trabajo sobre el arca. El mundo podría haber creído si hubiera querido. Si hubieran creído en el mensaje de advertencia, y se hubieran arrepentido de sus malas acciones y se hubieran sometido a la obediencia de Dios, el Señor habría desviado su ira como lo hizo con Nínive. El Espíritu de Dios se esforzaba

con el pueblo para inducirlo a aceptar y creer la verdad, pero las sugerencias de Satanás también eran atendidas, sus propios corazones perversos se inclinaban más a armonizar con los sofismas del padre de la mentira que con las súplicas del amor infinito. Manifestaron su indiferencia y desprecio por las solemnes advertencias de Dios haciendo lo mismo que habían hecho antes de que se les diera la advertencia. Continuaron sus fiestas glotonas, sus festividades, comiendo y bebiendo, plantando y edificando, en referencia a la ventaja que obtendrían en un futuro lejano, y llegaron a mayores extremos en la maldad y el desprecio desafiante de los requerimientos de Dios para testificarse unos a otros que no tenían temor de Dios ni de sus mandamientos.

En tiempos de Noé no todos los hombres eran idólatras paganos en el sentido más amplio. Muchos tenían conocimiento de Dios y de su ley, pero en sus grandes obras de escultura, en sus obras de arte, profesaban honrar a Dios representándolo en las obras de sus propias manos en las semejanzas que habían hecho de Dios. Estas obras de arte eran adoradas como Dios y el Creador era olvidado. La clase que profesaba conocer a Dios fue la que ejerció mayor influencia y tomó la iniciativa de dejar sin efecto la palabra que Noé les había dirigido. No sólo rechazaron ellos mismos el mensaje del fiel predicador de la justicia, sino que, al igual que su amo el diablo, buscaron todos los medios a su alcance para impedir que otros creyeran y fueran obedientes a Dios. A cada uno le llega su día de prueba y de confianza. Mientras Noé hacía sonar la nota de advertencia de la destrucción venidera de aquella generación, fue su día de oportunidad y privilegio para llegar a ser sabios para salvación. Pero entregaron sus mentes al control de Satanás en vez de a Dios, y él los engañó como engañó a nuestros primeros padres. Puso ante ellos tinieblas y falsedad en lugar de luz y verdad. Aceptaron los sofismas y las mentiras de Satanás porque eran los más aceptables para ellos y los más acordes con sus vidas corruptas, mientras que la verdad, que los habría salvado, fue rechazada como un engaño. Para ellos Noé era considerado como un fanático, y no humillaron sus corazones ante Dios, sino que continuaron con su desobediencia y maldad igual que si Dios no les hubiera hablado por medio de Noé. Pero Noé se mantuvo como una roca en medio de la tempestad. Estaba rodeado de toda clase de maldad y corrupción moral; sin embargo, su fe no vaciló. Impertérrito, permaneció en pie, fiel mensajero de Dios en medio de las burlas y mofas del mundo, testigo inquebrantable de Dios. Su mansedumbre y su rectitud brillaban en contraste con los repugnantes crímenes, intrigas y violencias que se practicaban continuamente. La conexión con Dios le hizo fuerte en la fuerza del poder infinito, mientras que su solemne voz de advertencia durante ciento veinte años cayó en los oídos de los habitantes de aquella generación con respecto a

acontecimientos que, en lo que a la sabiduría humana se refería, sería imposible que ocurrieran. El mundo anterior al diluvio razonaba que durante siglos las leyes de la naturaleza habían sido fijas. Las estaciones se repetían en su orden. Los ríos y arroyos nunca habían traspasado sus límites, sino que habían llevado sus aguas con seguridad al orgulloso mar. Decretos fijos habían impedido que las aguas se desbordaran. Pero estas razones no reconocían la Mano que había detenido las aguas, diciendo: hasta aquí llegarás y no más allá. A medida que pasaba el tiempo sin que se produjera ningún cambio aparente en la naturaleza, los hombres empezaron a tranquilizarse, cuyos corazones habían temblado a veces de miedo. Se sentían seguros en su incredulidad. Razonaban entonces como razonan los hombres ahora, como si la naturaleza estuviera por encima del Dios de la naturaleza, y sus caminos estuvieran tan fijos que Dios mismo no pudiera cambiarlos, convirtiendo así en las mentes del mundo los mensajes de advertencia de Dios en un engaño, un gran engaño, razonando que si el mensaje de Noé era correcto la naturaleza se desviaría de su curso de orden.

Los días de Noé, nos dice Cristo, fueron como los días anteriores a su aparición en las nubes del cielo. Los días de Noé prefiguran la época actual. El Redentor del mundo, que conocía mejor que nadie la historia del pasado, es el verdadero profeta de los caracteres del futuro. La naturaleza humana en los días de Noé, no influenciada por el Espíritu de Dios, es la misma en nuestra época. Jesús en sus afirmaciones y representaciones reconoce el Génesis como las palabras de la inspiración. Muchos admiten que el Nuevo Testamento es divino, mientras que no muestran ninguna consideración especial por las escrituras del Antiguo Testamento; pero estos dos grandes libros no pueden divorciarse. Los apóstoles inspirados que escribieron el Nuevo Testamento retrotraen continuamente las mentes de los escudriñadores de las Escrituras al Antiguo. Cristo lleva las mentes de todas las generaciones, presentes y futuras, al Antiguo Testamento. Se refiere a Noé como una persona literal que vivió; se refiere al diluvio como un hecho en la historia; muestra la especificación de esa generación, como características de esta época. La Verdad y la Vida se ha anticipado a las preguntas y dudas de los hombres respecto al Antiguo Testamento pronunciándolo divino.

20 de diciembre de 1877

Inicio Deberes del padre

Pocos padres están preparados para la responsabilidad de educar a sus hijos. Ellos mismos necesitan una disciplina estricta para aprender autocontrol,

tolerancia y simpatía. Hasta que no posean estos atributos no serán capaces de enseñar adecuadamente a sus hijos. ¿Qué podemos decir para despertar la sensibilidad moral de los padres, para que comprendan y asuman su deber para con sus hijos? El tema es de gran interés e importancia, ya que afecta al futuro bienestar de nuestro país. Queremos recalcar solemnemente a los padres, al igual que a las madres, la grave responsabilidad que han asumido al traer hijos al mundo. Es una responsabilidad de la que sólo la muerte puede liberarlos. Es cierto que el cuidado y la carga principales recaen sobre la madre durante los primeros años de la vida de sus hijos, pero incluso entonces el padre debe ser su apoyo y consejo, animándola a apoyarse en su gran afecto y ayudándola en todo lo posible.

El deber del padre hacia sus hijos debe ser uno de sus primeros intereses. No debe dejarse de lado en aras de la adquisición de una fortuna o de una posición elevada en el mundo. De hecho, esas mismas condiciones de opulencia y honor frecuentemente separan a un hombre de su familia, y cortan su influencia de ellos más que cualquier otra cosa. Si el padre quiere que sus hijos desarrollen caracteres armoniosos, y sean un honor para él y una bendición para el mundo, tiene una obra especial que hacer. Dios lo hace responsable de esa obra. En el gran día del juicio final se le preguntará: ¿Dónde están los hijos que confié a tu cuidado para que los educaras para mí, para que sus labios hablaran de mi alabanza, y sus vidas fueran como una diadema de belleza en el mundo, y vivieran para honrarme por toda la eternidad?

En algunos niños predominan fuertemente las facultades morales. Tienen poder de voluntad para controlar sus mentes y acciones. En otros, las pasiones animales son casi irresistibles. Para hacer frente a estos diversos temperamentos, que aparecen con frecuencia en la misma familia, los padres, así como las madres, necesitan paciencia y sabiduría del Auxiliador divino. No se gana tanto castigando a los hijos por sus transgresiones, como enseñándoles la locura y atrocidad de su pecado, comprendiendo sus inclinaciones secretas y esforzándose por inclinarlas hacia el bien.

Las horas que muchos padres pasan fumando deberían mejorarse estudiando el plan de gobierno de Dios y recogiendo lecciones de esos métodos divinos. Las enseñanzas de Jesús revelan al padre modos de llegar al corazón humano, e imprimir en él importantes lecciones de verdad y rectitud. Jesús utilizó los objetos familiares de la naturaleza para ilustrar e intensificar su significado. Extrajo lecciones de la vida cotidiana, de las ocupaciones de los hombres y de su trato mutuo.

El padre debe reunir frecuentemente a sus hijos a su alrededor, y conducir sus mentes hacia canales de luz moral y religiosa. Debe estudiar sus diferentes tendencias y susceptibilidades, y llegar a ellos por las vías más sencillas. Algunos pueden ser mejor influenciados a través de la veneración y el temor de Dios; otros a través de la manifestación de su benevolencia y sabia providencia, llamando a su profunda gratitud; otros pueden ser más profundamente impresionados abriendo ante ellos las maravillas y misterios del mundo natural, con toda su delicada armonía y belleza, que hablan a sus almas de Aquel que es el Creador de los cielos y de la tierra, y de todas las cosas bellas que hay en ellos.

Los niños que están dotados con el talento o el amor a la música reciben muchas impresiones que durarán toda la vida, mediante el uso juicioso de esas susceptibilidades como medio para la instrucción religiosa. Se les puede enseñar que si no están bien con Dios, son como una discordia en la divina armonía de la creación, como un instrumento desafinado, que produce sonidos discordantes más penosos para Dios que las notas ásperas e inarmónicas para su propio oído musical.

La mejor manera de llegar a muchos es a través de las imágenes sagradas, que ilustran escenas de la vida y misión de Cristo. Por este medio, las verdades pueden grabarse vívidamente en sus mentes, para que nunca se borren. La Iglesia Católica Romana comprende este hecho y apela a los sentidos de la gente a través del encanto de la escultura y la pintura. Aunque no simpatizamos con el culto a las imágenes, que está condenado por la ley de Dios, sostenemos que es apropiado aprovechar ese amor casi universal de los jóvenes por las imágenes, para fijar en sus mentes valiosas verdades morales, para atar el Evangelio a sus corazones mediante bellas imágenes que ilustren los grandes principios morales de la Biblia. Del mismo modo, nuestro Salvador ilustró sus lecciones sagradas con las imágenes que se encuentran en las obras creadas por Dios.

No conviene establecer una regla de hierro por la que todos los miembros de la familia se vean obligados a seguir la misma disciplina. Es mejor ejercer una influencia más suave y, cuando se requiera alguna lección especial, llegar a la conciencia de los jóvenes a través de sus gustos individuales y de sus marcados puntos de carácter. Si bien debe haber uniformidad en la disciplina familiar, ésta debe variar para satisfacer las necesidades de los diferentes miembros de la familia. Los padres deben procurar no despertar la combatividad de sus hijos, no excitarlos a la cólera y a la rebelión, sino interesarlos e inspirarles el deseo

de atender a la inteligencia más elevada y a la perfección del carácter. Esto puede hacerse en un espíritu de simpatía y paciencia cristianas, en el que los padres se den cuenta de los peligros peculiares de sus hijos, y con firmeza, pero con bondad, refrenen sus propensiones al pecado.

Los padres, especialmente el padre, deben guardarse del peligro de que sus hijos aprendan a considerarlo como un detective, que se asoma a todas sus acciones, los vigila y critica, listo para agarrarlos y castigarlos por cada falta. La conducta del padre en todas las ocasiones debe ser tal que los hijos comprendan que sus esfuerzos por corregirlos surgen de un corazón lleno de amor por ellos. Cuando se llega a este punto, se logra una gran victoria. Los padres deben tener un sentido de la necesidad y debilidad humana de sus hijos, y su simpatía y pena por los descarriados debe ser mayor que cualquier pena que ellos puedan sentir por sus propias faltas. Esto será percibido por el niño corregido, y ablandará el corazón más obstinado.

El padre, como sacerdote y jefe del círculo familiar, debe estar ante ellos lo más cerca posible del lugar de Cristo: un sufriente por los que pecan, uno que, aunque libre de culpa, soporta los dolores y el castigo de los males de sus hijos, y, mientras les inflige el castigo, sufre más profundamente que ellos.

Pero si el padre exhibe falta de dominio propio ante sus hijos, ¿cómo podrá enseñarles a gobernar sus malas propensiones? Si muestra ira o injusticia, o evidencia que es esclavo de algún hábito malo, pierde la mitad de su influencia sobre ellos. Los niños tienen percepciones agudas, y sacan conclusiones agudas; el precepto debe ser seguido por el ejemplo para tener mucho peso con ellos. Si el padre se entrega al uso de cualquier estimulante perjudicial, o cae en cualquier otro hábito degradante, ¿cómo puede mantener su dignidad moral ante los ojos vigilantes de sus hijos? Si la indulgencia en el uso del tabaco debe ser una excepción en su caso, los hijos pueden sentirse justificados para tomar la misma licencia. Y puede que no sólo consuman tabaco porque el padre lo hace, sino que gradualmente se deslicen hacia el hábito de consumir bebidas embriagantes con el pretexto de que no es peor consumir vino o cerveza que tabaco. Así, por influencia del ejemplo del padre, el hijo pone sus pies en el camino del borracho.

Los peligros de la juventud son muchos. Hay innumerables tentaciones para satisfacer el apetito en esta tierra de abundancia. Los jóvenes de nuestras ciudades se encuentran cara a cara con este tipo de tentaciones todos los días. Caen bajo engañosas seducciones para satisfacer el apetito, sin pensar que están poniendo en peligro la salud. Los jóvenes a menudo reciben la impresión de que

la felicidad se encuentra en la libertad de las restricciones, y en el disfrute de los placeres prohibidos y la autogratificación. Este disfrute se compra a expensas de la salud física, mental y moral, y al final se convierte en amargura.

Qué importante es, entonces, que los padres cuiden bien los hábitos de sus hijos y de sus asociados. Y, en primer lugar, debe procurar que ningún apetito pervertido lo mantenga esclavizado, disminuyendo su influencia sobre sus hijos y sellando sus labios sobre el tema de la autoindulgencia con respecto a los estimulantes perjudiciales.

El hombre puede hacer mucho más por Dios y por sus semejantes si está en el vigor de la salud que si sufre de enfermedad y dolor. El tabaquismo, el alcoholismo y los malos hábitos alimentarios provocan enfermedades y dolores que incapacitan al hombre para la utilidad que podría tener en el mundo. La naturaleza, siendo ultrajada, hace oír su voz, a veces en tonos no suaves de protesta, en dolores feroces y debilidad extrema. Por cada indulgencia de apetito antinatural la salud física sufre, el cerebro pierde su lucidez para actuar y discriminar. El padre, por encima de todos los demás, debe tener una mente clara y activa, percepciones rápidas, juicio tranquilo, fuerza física para apoyarle en sus arduos deberes, y sobre todo la ayuda de Dios para ordenar sus actos correctamente. Por lo tanto, debe ser enteramente templado, andar en el temor de Dios y la amonestación de su ley, atento a todas las pequeñas cortesías y bondades de la vida, el apoyo y la fortaleza de su esposa, un modelo perfecto a seguir por sus hijos, un consejero y una autoridad para sus hijas. Debe destacarse en la dignidad moral de un hombre libre de la esclavitud de los malos hábitos y apetitos, cualificado para las sagradas responsabilidades de educar a sus hijos para la vida superior.

Sra. E. G. White, *en Health Reformer*.

[Nota: Treinta y cuatro artículos de Ellen G. White aparecidos en *Signs en 1878* fueron materiales publicados ese mismo año en *El Espíritu de Profecía*, Volumen III, por lo que no se han incluido en estas reimpressiones facsímiles. La información sobre títulos y fechas de publicación figura en el Índice de este volumen de reimpressiones].

Fideicomisarios blancos.

3 de enero de 1878

La época de Noé y la nuestra

EGW

El carácter de la gente antes de la inundación según lo dado por la pluma infalible de la inspiración es explícito. Y dijo Dios: "No contendrá siempre mi Espíritu con el hombre, porque él también es carne. Y vio Dios que la maldad del hombre era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de él era de continuo solamente el mal. Y se arrepintió el Señor de haber hecho al hombre en la tierra, y le dolió en el corazón. También la tierra estaba corrompida delante de Dios, y la tierra estaba llena de violencia. Y miró Dios la tierra, y he aquí que estaba corrompida; porque toda carne había corrompido su camino sobre la tierra." Aquí el fiel historiador con pluma inspirada dibuja el retrato de los días de Noé, cuando se nos dice que el corazón del hombre era engañoso sobre todas las cosas y desesperadamente perverso.

La naturaleza del hombre no renovado por la gracia no ha cambiado en nuestros días de lo que era en tiempos de Noé. Cristo ha dicho que antes de su segunda venida habrá un estado de cosas similar al que existía antes del diluvio. En los días de Noé los hombres siguieron la imaginación de sus propios corazones, y el resultado fue el crimen desenfrenado y la maldad. El mismo estado de cosas existirá en esta era del mundo. Pero, ¿no aceptarán algunos de los sabios, los honrados del mundo, el mensaje de advertencia en estos últimos días? ¿Perecerá la mayoría del mundo en la inminente ruina general? ¿Cómo fue en los días de Noé? como fue entonces Cristo ha dicho que debería ser. De aquella vasta población sólo hubo ocho personas que creyeron el mensaje de Noé y obedecieron la palabra de Dios. En el mundo de hoy la mayoría escoge el camino ancho a la muerte porque el camino de la vida es demasiado estrecho para que ellos caminen en él con su deshonestidad, avaricia, orgullo e iniquidad. Ahora, como en los días de Noé, la inmensa mayoría se opone a la verdad salvadora y se fascina con fábulas mentirosas.

Muchos están ahora convencidos, y el Espíritu de Dios está luchando con ellos, pero no atienden a las invitaciones de la misericordia. Los hombres que hacen alta profesión de sabiduría y de piedad transgreden la ley de Dios sin remordimientos de conciencia. Una característica marcada de los días de Noé era la intensa mundanalidad de sus habitantes. Comían y bebían, plantaban y

construían, se casaban y se daban en casamiento; no es que estas cosas fueran pecados en sí mismas, pero, aunque eran lícitas en sí mismas, se llevaban a un alto grado de intemperancia. El apetito era complacido a expensas de la salud y la razón. Esta constante indulgencia de sus deseos pecaminosos los corrompía y contaminaba la tierra bajo ellos. Los mismos males intensificados existen hoy en nuestro mundo. Los hombres son ciegos a la razón y al resultado de complacer el apetito pervertido. El mundo es el dios de nueve décimas partes de los cristianos profesos. La indulgencia del apetito se lleva al mayor exceso. Tabaco, vino, licor y opio se añaden a la lista de una dieta febrilmente estimulante.

Profesos seguidores de Cristo están hoy comiendo y bebiendo con los borrachos mientras sus nombres figuran en los honorables registros de la iglesia. La gratificación del apetito pervertido conduce directamente a la indulgencia de pasiones impías. Muchos no sienten ninguna obligación moral de refrenar el apetito o las bajas pasiones. Son esclavos del apetito pervertido. No viven para la vida futura. Se apresuran como lo hicieron los habitantes del mundo en los días de Noé, viviendo para este mundo presente existente sin tener en cuenta que sus obras de la vida presente de cada día proyectan su sombra hacia adelante en el futuro, y la retribución será de acuerdo con sus obras. Ellos son tan desobedientes hoy en referencia a las leyes de Dios como lo fueron en el tiempo de Noé. Mientras estén en el mundo no se mantendrán separados de sus contaminaciones, sino que serán del mundo, a pesar de que Dios ha prohibido expresamente esta unión con el mundo.

Como en los días de Noé, los filósofos y los hombres de ciencia ven las leyes de la naturaleza, pero no pueden llevar su sabiduría más allá y ver más allá de estas leyes al Legislador de la naturaleza. Los sabios mundanos tratan de razonar o teorizar prácticamente sobre la naturaleza sin tener en cuenta al Dios de la naturaleza. Muchos resistirán las advertencias de Dios y se opondrán a su ley porque su vida pecaminosa no puede armonizar con los principios puros del gobierno moral de Dios. Consideran que es un trabajo demasiado duro reformar sus vidas, por lo que se esfuerzan por hacer que la ley de Dios se ajuste a su bajo nivel de moral. El propósito de Dios al enviar a Noé para advertir al mundo fue que la gente viera sus pecados y despertara a un sentido de sus crímenes y gran maldad y se alarmara y temiera y se arrepintiera para que Dios pudiera perdonarlos y salvarlos.

Al acercarse el momento de la segunda aparición de Cristo, el Señor envía a sus siervos un mensaje de advertencia al mundo para que se prepare para ese gran

acontecimiento. Como el mundo ha estado viviendo en transgresión de la ley de Dios, por misericordia envía un mensaje de advertencia para despertar su atención y tener ante ellos la ley de Dios como un espejo en el que puedan mirarse y descubrir los defectos de su carácter moral. Si de inmediato se esfuerzan por remediar estos defectos, mediante el arrepentimiento hacia Dios y la fe en nuestro Señor Jesucristo, serán perdonados por los méritos de su sangre, pues ésta es la única esperanza del transgresor de la ley de Dios. Pero como en los días de Noé, hay en la mayoría una incredulidad total del testimonio que Dios ha enviado en misericordia para advertir al mundo de su destrucción venidera.

Cuando Noé proclamó el solemne mensaje de que en ciento veinte años los juicios de Dios en un diluvio de agua destruirían el mundo y sus habitantes, los hombres no lo recibieron, lo mismo sucede en la actualidad. Los que advierten a los transgresores de la ley que se arrepientan y vuelvan a su lealtad, porque el Legislador viene a castigar a los desobedientes, suplicarán y rogarán y advertirán en vano a la mayoría. Pedro describe la actitud del mundo en referencia al último mensaje: "Vendrán en los postreros días burladores, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su venida? porque desde que los padres durmieron todas las cosas siguen como al principio de la creación. Porque de buena gana ignoran esto: que por la palabra de Dios los cielos eran antiguamente, y la tierra estaba fuera del agua y en el agua; por lo cual el mundo que entonces era, anegado en agua, pereció; pero los cielos y la tierra que ahora son, por la misma palabra están guardados, reservados al fuego para el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos. Pero amados, no ignoréis una cosa: que para el Señor un día es como mil años, y mil años como un día. El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento. Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas."

Los hombres de la época de Noé, en su filosofía y sabiduría mundana, pensaban que Dios no podía destruir el mundo con un diluvio, pues las aguas del océano no podían bastar para ello. Pero Dios convirtió en necedad la filosofía y la ciencia de los hombres cuando llegó el momento de ejecutar plenamente su palabra. La pluma inspirada describe la tierra como estando fuera del agua y en el agua. Dios tenía sus armas ocultas en las entrañas de la tierra para preparar su destrucción. Y cuando los grandes hombres y los sabios hubieron razonado

ante el mundo de la imposibilidad de su destrucción por el agua, y los temores de la gente se calmaron, y todos consideraron la profecía de Noé como el más verídico engaño, y miraron a Noé como a un loco fanático, el tiempo de Dios había llegado. Escondió a Noé y a su familia en el arca, y la lluvia comenzó a descender, lentamente al principio; las burlas y mofas no cesaron por un tiempo, pero pronto las aguas del cielo se unieron con las aguas del gran abismo; las aguas bajo la tierra irrumpieron a través de la superficie terrestre, y las ventanas del cielo se abrieron, y el hombre con toda su filosofía y supuesta ciencia, descubre que no había sido capaz en su sabiduría mundana de comprender a Dios. Demasiado tarde descubrió que su sabiduría era necedad; que el Legislador es más grande que las leyes de la naturaleza. A la mano de la omnipotencia no le faltan medios para cumplir sus propósitos. Podría llegar a las entrañas de la tierra y sacar sus armas, aguas allí ocultas, para ayudar en la destrucción de los habitantes corruptos del viejo mundo. Pero tengamos todos presente que los que perecieron en aquel horrible juicio tuvieron una oferta de escape.

El fiel Noé les había hablado las palabras de Dios, asegurándoles que si se arrepentían de sus pecados y creían en el testimonio de advertencia podrían encontrar un refugio en el arca y salvarse de la tormenta destructiva que pronto llegaría. Como fue en los días de Noé, así será también en los días del Hijo del hombre. El agua no volverá a destruir la tierra, pero las armas de Dios están ocultas en las entrañas de la tierra y las sacaré para unir las al fuego del cielo y cumplir su propósito de destruir a todos los que no reciban el mensaje de advertencia y purifiquen sus almas obedeciendo la verdad y siendo obedientes a las leyes de Dios. La voz de advertencia se escucha ahora invitando a la gente a escapar y encontrar refugio, no en el arca sino en Jesucristo. ¿Cómo será tratada la advertencia? Cristo nos dice tal como fue recibida en los días de Noé. Miles se burlarán del mensaje de misericordia y salvación, y se apartarán, uno a su mercadería, otro a su granja, y prestarán poca o ninguna atención a estas cosas. Estarán ocupados comiendo, bebiendo y vistiéndose, plantando y construyendo como en los días de Noé, como si ningún sonido de alarma hubiera saludado sus oídos.

El mismo razonamiento se oirá hoy de los hombres mundanos, de los vigilantes infieles en los púlpitos, "Mi Señor retrasa su venida, todas las cosas permanecen como eran desde el principio. No tenéis por qué alarmaros, va a haber mil años de milenio temporal antes de que Cristo venga. Todo el mundo se convertirá. Paz, paz; no debéis hacer caso de estos fanáticos, que no son más que alarmistas". En general, el mundo despreciará las profecías y maltratará a

quienes les hablen las palabras de Dios, reprendiendo sus pecados y llamándoles al arrepentimiento. Timoteo escribe: "Sabed también esto, que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque los hombres serán amadores de sí mismos, avaros, jactanciosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, violadores de la tregua, acusadores falsos, incontinentes, feroces, despreciadores de los que son buenos, traidores, embriagadores, altaneros, amadores de los placeres más que de Dios; teniendo apariencia de piedad, pero negando la eficacia de ella. Qué cuadro dibuja aquí el apóstol con respecto a los días, justo antes de la venida del Hijo del hombre". La gloria milenaria que predicen los falsos pastores de hoy no armoniza con las palabras del apóstol inspirado. Se hace la pregunta: Cuando venga el Hijo del hombre, ¿hallará fe en la tierra?

Los pastores engañados, engañando a su vez a sus rebaños, son aquellos cuyas voces se oyen profetizando la conversión del mundo clamando paz y seguridad. El apóstol inspirado nos asegura que podemos esperar que la maldad aumente continuamente a medida que se acerca el fin. La descripción dada por Timoteo de los pecados que se encuentran entre los que tienen apariencia de piedad, es suficiente para poner en guardia a los estudiantes de la Biblia, a fin de que no sean engañados con respecto al verdadero estado de cosas en nuestro mundo, por los cantos de sirena de los pastores soñolientos que claman paz y seguridad, cuando la destrucción está a punto de estallar sobre el mundo. Mientras Satanás se esfuerza por acallar los temores y las conciencias de los hombres, da su último golpe maestro para conservar su poder sobre un mundo que ve a punto de escapársele de las manos: ha descendido con gran poder, obrando con todo engaño de iniquidad en los que se pierden. Sus maravillas mentirosas engañarán a muchos.

Los filósofos y los hombres de ciencia se esforzarán por demostrar con sus razonamientos que el mundo no puede ser destruido por el fuego. Alegarán que es incompatible con las leyes de la naturaleza. Pero el Dios de la naturaleza, el hacedor y controlador de la naturaleza, puede usar las obras de sus propias manos para servir a su propósito. Los leales al Dios del cielo no permitirán una interpretación de la profecía que anule la fuerza de la lección que Dios quiso que transmitiera. Así como los contemporáneos de Noé se burlaban de lo que calificaban de temor y superstición en el predicador de la justicia, así se ridiculizarán en nuestros días los solemnes mensajes de advertencia.

17 de enero de 1878

Las promesas de Cristo a los discípulos

Los corazones de los discípulos estaban turbados por las palabras de su Maestro, que había dicho que todos sus fieles seguidores serían ofendidos por su causa aquella misma noche. En el afecto y cuidado que sentían por su Salvador, les pareció un dicho duro. A Pedro le dolía especialmente que Jesús no aceptara su garantía de fidelidad en toda circunstancia. Pero el Salvador conocía la prueba que esperaba a su pequeño rebaño, que pronto se quedaría sin pastor. Sabía la agonía que le esperaba en el huerto, que al día siguiente iba a pasar por las burlas de un juicio en el tribunal, al que seguiría su crucifixión. Sabía que ningún sueño refrescaría su fatigado cuerpo hasta que cerrara los ojos en la muerte.

Pero su amoroso corazón se compadecía de sus discípulos, que iban a sufrir una terrible prueba con su traición y muerte en la cruz. El dolor del Hijo de Dios no era por sí mismo, sino porque sus discípulos iban a quedar sin su presencia para consolarlos y fortalecerlos. Les había sido imposible comprender las terribles escenas en las que ahora se adentraban, y su misma ignorancia de lo que les esperaba, a pesar de sus declaraciones sobre el futuro, conmovió el corazón compasivo del Salvador. Leyó el carácter peculiar de cada discípulo, sabiendo quiénes estaban en mayor peligro de ser vencidos por la tentación. Pero este conocimiento no hizo brotar de sus labios una sola palabra de dureza o reproche; la misma debilidad de ellos unía a sus compañeros a su corazón con lazos de simpatía y amor. Su gran preocupación era proteger a sus seguidores del sufrimiento y del abandono de la incredulidad. Se dirigió a ellos con estas palabras:

"No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, os lo habría dicho. Voy a prepararos un lugar. Y si me voy y os preparo lugar, vendré otra vez y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis. Y sabéis a dónde voy, y sabéis el camino". Tomás, dubitativo e inquisitivo, se siente llamado a expresar su desaliento e incredulidad: "Señor, no sabemos a dónde vas; ¿y cómo podemos saber el camino?". Jesús instruye suave y pacientemente a sus discípulos dubitativos en el camino de la vida:

"Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí. Si me hubierais conocido, también habríais conocido a mi Padre; y desde ahora le conocéis y le habéis visto". Jesús quería hacerle comprender que el Padre se

había revelado en el Hijo: en sus enseñanzas, que reflejaban la sabiduría del Cielo, y en sus obras, que mostraban el poder de la Omnipotencia.

Felipe, percibiendo sólo vagamente el significado de su Señor, le dijo: "Señor, muéstranos al Padre y nos basta". Felipe, y también los demás discípulos, estaban llenos de aprensión y duda, y deseaban que Jesús les diera una última prueba convincente de su divinidad mostrándoles al Padre. Cristo apareció disfrazado de humanidad como un siervo. Pero los que participaban de su naturaleza divina tenían ojos para percibir su divinidad, cuya gloria, en ocasiones especiales, había brillado a través de su disfraz humano, revelando en verdad al Padre. Fue triste que uno de sus discípulos, que había sido su compañero y testigo de sus grandes obras, no supiera discernir el carácter de su Salvador hasta el punto de pedirle otra señal. Jesús le miró con suave reproche:

"El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras. Creedme que estoy en el Padre, y el Padre en mí, o creedme por causa de la obra misma. De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, las obras que yo hago, él también las hará; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidieréis en mi nombre, eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si pedís algo en mi nombre, yo lo haré".

Todo lo que los hombres eran capaces de atestiguar de Dios les había sido revelado en Cristo, y si su percepción espiritual hubiera sido la que debiera, habrían discernido en él al Padre. Jesús, ahora a punto de retirar su poderosa presencia de sus discípulos, les prometió que harían obras mayores incluso que las que él había hecho. Pronto iba a estar al lado de su Padre como Abogado de los hombres, para abogar en su favor, y prometió hacer todo lo que pidieran en su nombre, para que el Padre fuera glorificado en el Hijo. "Si pedís algo en mi nombre, yo lo haré". Preciosa promesa para los necesitados y afligidos. Cuando el Espíritu fue derramado después sobre los discípulos, se produjeron resultados maravillosos por los dones que Cristo acababa de prometerles. Él continuó: "Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros. No os dejaré sin consuelo: Vendré a vosotros. Todavía un poco, y el mundo no me ve más; pero vosotros me veis. Porque yo vivo, vosotros también viviréis. En aquel día conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros."

Jesús había sido el maestro y consejero de sus discípulos, su amigo compasivo. Ahora, cuando estaba a punto de dejarlos, les aseguró que en ningún caso los abandonaría, sino que se revestiría de poder y se convertiría en su Amigo y Abogado en presencia del Padre, para presentar cualquier petición que pudieran ofrecer en nombre de su Hijo. Les prometió un consolador cuando su presencia personal les fuera arrebatada. Los discípulos no comprendieron entonces el pleno significado de las palabras de su Maestro; pero después, en su experiencia religiosa, atesoraron la preciosa promesa y presentaron sus peticiones al Padre en nombre de Jesús.

Esa promesa dada por Jesús a sus discípulos fue en beneficio de todos los que cumplieran las condiciones de Cristo hasta el fin de los tiempos. Dios es omnipotente, y el hombre puede ser fuerte para cumplir su propósito mientras tenga la promesa de la ayuda divina en toda emergencia. El poder de Dios está oculto a los incrédulos; sus caminos y propósitos no son comprendidos por ellos. "El mundo no le conoce". Pero se obtienen victorias poderosas mediante las oraciones de los hijos obedientes de Dios, presentadas en el nombre de Jesús. El secreto del éxito del pueblo de Dios es la conexión con él en la oración, y la humilde obediencia a sus requerimientos. Jesús insistió a sus discípulos en la necesidad de obedecer los mandamientos que les había dado si querían permanecer en su amor. El consuelo prometido a sus seguidores dependía de esta condición.

La bendición de Dios nunca fue negada a su pueblo obediente. La ira de Dios cayó sobre los judíos por su desobediencia a su ley. Muchas personas contrastan la libertad que se encuentra en Cristo con lo que consideran las severas exigencias de la ley de Dios. Sus palabras y su ejemplo dicen al mundo, Cristo es tan indulgente y perdonador que no necesitamos ser particulares para guardar la letra estricta de la ley. Se deslizan lejos de su lealtad de una manera imprudente suelta, haciendo las obras de Satanás, mientras que profesan amar al Señor. Sin embargo, Jesús declaró positivamente en su última conversación con sus discípulos, que los que le aman guardarán sus mandamientos. En el Antiguo Testamento se exige obediencia total para obtener bendiciones, y en el Nuevo Testamento también se exige obediencia total como condición para recibir la aprobación de Dios. La obediencia a los requisitos divinos es la demostración de nuestra fe y la prueba de nuestro amor y discipulado. Profesar teorías y observar formas no responderá a los requisitos de Dios. El principio vital del amor se mantiene activo por medio de la obediencia. "Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos".

A lo largo de todo su ministerio, Jesús inculcó a sus seguidores la necesidad de obedecer la ley, y su propia vida fue una demostración de sus principios, y ahora, al acercarse su tiempo de agonía y prueba, su mente, en vez de detenerse en sí mismo, se vuelve hacia sus discípulos, y trata de inculcarles la lección de la obediencia. El Salvador, cuando está a punto de dejar a sus discípulos, promete manifestarse a los que le aman y guardan sus mandamientos: "El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él."

"Judas le dice, no Iscariote: Señor, ¿cómo es que te manifiestas a nosotros y no al mundo?"

El Salvador explica pacientemente sus palabras anteriores: "Si alguno me ama, guardará mis palabras, y mi Padre le amaré, y vendremos a él, y haremos morada con él". He aquí el misterio de la piedad: Cristo revelado por su Espíritu a los que le aman. Cuando pasara del mundo sería desconocido por los que aman al mundo y no obedecen las exigencias de Dios. Pero la forma más elevada de la verdad se presentó a los discípulos en el hecho de que el Salvador sería descubierto por los que aman y caminan en la luz, mientras que está oculto a los que no aceptan la luz. Cada paso en la vida de fe y consagración es un conocimiento adicional del Redentor del mundo. Aunque ya no esté personalmente con sus discípulos, Jesús toma la mano de los fieles y se convierte en su Guía a través de todos los peligros y pruebas del camino de la vida. Jesús continuó:

"Pero el Consolador, que es el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que yo os he dicho. La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo. Habéis oído cómo os he dicho: Me voy, y vuelvo a vosotros. Si me amarais, os alegraríais, porque dije: Voy al Padre; porque mi Padre es mayor que yo. Y ahora os lo he dicho antes que suceda, para que, cuando suceda, creáis." El Salvador animó a sus discípulos con la seguridad de que, cuando ya no estuviera con ellos, su Espíritu les refrescaría la memoria, de modo que las palabras que les había dicho quedarían impresas en sus corazones, para ser transmitidas después a todas las naciones, lenguas y tribus de la tierra. El Salvador dejó en herencia a sus discípulos su paz, y les exhortó a no dejarse abrumar por la angustia, pues debían gozar de esa paz que es un misterio para el mundo.

Les hizo pensar en la gran pérdida que pronto iban a sufrir y en las ventajas que obtendrían con su partida. Les dijo que el Padre era más grande que él, que él estaría al lado del Padre como amigo de sus seguidores, para hablar en su favor. Conocedor de la naturaleza humana y de las tendencias del corazón humano, promete unir su petición a la de ellos, para que el consolador, el espíritu de la verdad, permanezca con ellos y resplandezca en sus vidas y en sus obras, ganando a muchos para Cristo. Esta promesa ha sido el consuelo y la permanencia de millones de personas que desde entonces han seguido a Jesús en humilde obediencia.

Por medio de la fuerza de Jesús los hombres pueden hacerse fuertes; por medio de su amor pueden llegar a tener un carácter amable. Quiere que sus seguidores comprendan que no pueden acudir a la gente del mundo en busca de simpatía y consuelo en sus dificultades y pruebas religiosas, porque ellos no discernen el espíritu de la verdad.

Nuestro Salvador tenía una obra más que hacer como prueba de su completa obediencia al Padre. Era morir por el mundo. Dijo: "En adelante no hablaré mucho con vosotros; porque viene el príncipe de este mundo, y nada tiene en mí. Sino para que el mundo conozca que amo al Padre; y como el Padre me dio mandamiento, así hago yo. Levantaos, vámonos de aquí". Su hora se acercaba rápidamente; y él con sus discípulos pasó camino de Getsemaní. Muchas veces había recorrido estos caminos con mensajes de amor y misericordia; y últimamente había pasado por allí triunfante aclamado por millares como el que viene en nombre del Señor.

24 de enero de 1878

Última charla con los discípulos

El monte Olivete había sido el lugar favorito de nuestro Salvador para retirarse y orar después de terminar su jornada de enseñanza. Al pie del monte estaba el huerto llamado Getsemaní, y hacia allí se dirigió ahora. Era de noche, pero la luna brillaba intensamente y reveló a Jesús una parra floreciente. La utiliza como símbolo de su unión con los suyos:

"Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo quita; y todo el que da fruto, lo limpia, para que dé más fruto. Ahora estáis limpios por la palabra que os he hablado". Como el Padre tenía vida en sí mismo así la tenía el Hijo. Los sarmientos de una vid desprendidos de su tallo madre, se marchitan y mueren, quedan sin vida y sin fruto. "Todo

sarmiento que en mí no da fruto, lo quita". La nación judía era una rama sin fruto, y por lo tanto debía ser separada de la vid viva, que era Cristo Jesús, y los gentiles debían ser injertados en el tallo para convertirse en una rama viva, partícipes de la vida que alimentaba a la vid verdadera. El sarmiento debía ser podado y purgado para que fuera más fructífero.

Jesús, en vista de su alejamiento de sus discípulos, está lleno de angustia; sin embargo, sabe que esta separación hará que estén más firmemente unidos a la vid viva y produzcan una rica cosecha de frutos. Los exhorta: "Permaneced en mí y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque sin mí nada podéis hacer. Si alguno no permanece en mí, como pámpano es echado fuera, y se seca; y los hombres los recogen, y los echan en el fuego, y arden. Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis, y os será hecho. En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto; así seréis mis discípulos. Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor". Cuando el pecador se arrepiente de sus pecados y se une a Cristo, como el sarmiento se injerta en la vid, un amor profundo y ferviente invade su ser, que la muerte no puede apagar. La naturaleza del hombre ha cambiado y es partícipe de la naturaleza divina. Ama lo que Cristo ama y odia lo que Él odia. Sus deseos están en armonía con la voluntad de Dios. Atesora las palabras de Cristo, y ellas permanecen en él. El principio vivificante del Salvador se comunica al cristiano. Del mismo modo que la pequeña vara, sin hojas y aparentemente sin vida, es injertada en la vid viva, y fibra a fibra, vena a vena, bebe de ella vida y fuerza hasta convertirse en una rama floreciente del tallo madre.

La condición de esta unión está claramente especificada: "Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor". Los mandamientos del Padre son los mandamientos del Hijo. En esta unión con Cristo, el hombre finito, dependiente y sin valor, es exaltado por una conexión con el Infinito, así como el sarmiento injertado se nutre de la vid, lo que resulta en la producción de frutos. El discípulo de Cristo obtiene de Él sabiduría, fuerza y justicia. Sin Cristo no puede reconciliarse con Dios, cuya ley ha transgredido. Sin Cristo es incapaz de dominar un solo pecado o superar la más pequeña tentación. El alma unida a Cristo como el sarmiento a la vid, es aceptada por Dios por los méritos de su Hijo, y se convierte en objeto de los cuidados especiales del Padre. Cristo dice: "Yo soy la vid verdadera, mi Padre es el labrador". El hombre, por su

unión al Infinito por Jesucristo, será fecundo en buenas obras. "Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que queráis y os será hecho". Jesús continúa:

"Estas cosas os he hablado, para que mi gozo permanezca en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido. Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis todo lo que yo os mando. Desde ahora no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor, sino que os he llamado amigos, porque todas las cosas que he oído a mi Padre os las he dado a conocer." La alegría del cristiano no se encuentra en la transgresión de la ley de Dios, sino en la obediencia a todos sus preceptos. Nadie está en esclavitud y servidumbre de la ley sino los que la transgreden. La obediencia produce amor a Dios y al hombre, los dos grandes principios de la ley de Dios. Esta obediencia y este amor traen la plenitud de la alegría a los discípulos de Jesús. Él sigue insistiéndoles en la importancia de llevar adelante la obra que ha comenzado y de dar fruto para gloria de Dios.

"No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros y os he ordenado que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, él os lo dé. Esto os mando: que os améis unos a otros. Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me aborreció antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, sino que yo os elegí del mundo, por eso el mundo os odia." El Salvador instruyó a sus discípulos para que no esperasen el encomio del mundo. El mundo odiaba a la Majestad del Cielo antes de odiar a sus seguidores. Los que tienen el mismo espíritu que el mundo gozan de sus sonrisas y aprobación; pero los humildes discípulos de Cristo sufrirán oposición. Pero esta oposición encontrada por el cristiano será del más alto valor para él si le lleva a Jesús en busca de simpatía y consuelo. Tal oposición desarrollará elementos firmes de carácter y virtudes que brillan más en la adversidad. La fe, la paciencia y la mentalidad celestial, con confianza en Dios, son el fruto perfecto que florece y madura a la sombra de la adversidad.

Cristo el Maestro fue odiado y perseguido, y sus seguidores no deben esperar una porción mejor en esta vida. En estos días, las iglesias que profesan el nombre de Jesús, pero están edificadas con formas sin vida, y llenas de pecados populares y error, escapan a la condenación del mundo. Pero un pueblo que se une para condenar el pecado, reprimir la iniquidad, abrigar la verdad de Cristo

y obedecer los mandamientos de Dios debe soportar los desaires y las persecuciones del mundo.

"Acordaos de la palabra que os dije: el siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra. Pero todo esto os harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me envió." El Salvador instruyó a sus discípulos a buscar la oposición del mundo. Declaró que serían llevados ante reyes y gobernantes por causa de su nombre; y cualquiera que destruyera la vida de los discípulos sería engañado por el adversario hasta el punto de pensar que estaban haciendo un servicio a Dios. Todas las indignidades y crueldades que el ingenio del hombre y el celo de Satanás pudieran concebir, serían infligidas a los seguidores de Cristo. Pero, en todas estas pruebas, debían recordar que su Maestro y Guía había soportado el mismo oprobio y la misma humillación, y debían seguir sus pasos, teniendo en vista el premio de la vida eterna y esforzándose por ganar más almas para Cristo.

Jesús quiso inculcar a sus discípulos la importancia de su posición, como aquellos que le habían acompañado en sus viajes, contemplando sus maravillosas obras y escuchando sus palabras de sabiduría. Les dijo: "Y vosotros también daréis testimonio, porque habéis estado conmigo desde el principio". Estos fieles testigos de Cristo debían ejecutar su misión con una sabiduría y energía iguales a la importancia de la verdad de la que debían dar testimonio. La historia de aquellos hombres y las pruebas que habían de registrar iban a ser objeto de estudio de los hombres de todas las épocas. Las palabras de Jesús a sus humildes discípulos iban a producir resultados tremendos.

Eran los depositarios elegidos de la verdad de Dios. Eran testigos del reconocimiento por el Padre de Jesús como Hijo de Dios. En el bautismo de Cristo habían oído la voz del Padre proclamando: "Este es mi Hijo amado en quien tengo complacencia". En el monte de la transfiguración habían contemplado la gloria excelsa vistiendo al Salvador con el resplandor del sol. Habían visto a los mensajeros celestiales conversando con el Salvador, y oído de nuevo la voz de Dios declarar: "Este es mi Hijo amado, escuchadle". En el templo, sólo unas horas antes, habían oído de nuevo al Padre exaltar y glorificar a su Hijo. Lo que estos discípulos favorecidos habían visto, sentido y oído con respecto al Redentor, se les encargó que lo atestiguaran en beneficio de la humanidad de todos los tiempos. Y, por la fe viva, los hombres deben aferrarse

a Cristo a través de la evidencia de estos testigos escogidos de su divinidad, y el poder para la salvación.

Jesús abrió cuidadosamente ante sus discípulos los acontecimientos que sucederían después de su muerte, advirtiéndoles que cuando la persecución los alcanzara no se desanimaran y apostataran de su fe para evitar el sufrimiento y la deshonra. Dijo: "Tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no podéis soportarlas". ¡Qué ternura y simpatía expresan estas palabras! Se abstuvo de abrumarles con verdades que les resultaban difíciles de comprender. Los condujo suavemente a comprender los grandes temas que deseaba confiarles y que debían entregar al mundo.

Jesús también se abstuvo de herir sus sentimientos en la medida de lo posible. Podía haberles informado más claramente acerca del servicio judío: que Dios ya no aceptaba las ofrendas de los sacrificios y que la luz de la presencia de Dios ya no bendecía el templo. Pero aún no eran lo bastante fuertes para oír estas cosas. Les esperaba una temible prueba en la crucifixión de su Señor; y Jesús preparó suavemente sus mentes para este acontecimiento, y para su ausencia de ellos. Después de su resurrección les revelaría más claramente su misión en el mundo y su próxima ascensión al Padre. Entonces comprenderían y apreciarían mejor estos grandes y solemnes hechos.

Jesús declaró claramente a los discípulos que había dejado la presencia de su Padre para venir al mundo; que estaba a punto de dejar el mundo y volver a la presencia de su Padre. Los discípulos expresaron entonces su fe en que Jesús había venido realmente de Dios. El Salvador les aseguró entonces que se acercaba el momento en que se dispersarían, cada uno en busca de su propia seguridad, y su Maestro se quedaría solo; pero no solo, porque su Padre no abandonaría a su Hijo. Jesús advirtió a sus seguidores del futuro para que estuvieran en cierta medida preparados para los acontecimientos que les esperaban. Les animó a mirarle y a confiar en Él cuando la oposición del mundo, como una oscura tempestad, les saliera al encuentro en el cumplimiento de su misión. Fortificó sus mentes con esperanza y confianza en su ejemplo: Tened buen ánimo, yo he vencido al mundo.

Este debe ser el consuelo del cristiano. Cristo, como representante del hombre, ha vencido al mundo, a la carne y al diablo. Así, con la ayuda del Salvador, los hijos de los hombres pueden vencer a todos los poderes del mal. Jesús estaba a punto de ser separado de su pequeño grupo de seguidores. Tenía poco tiempo para consolarlos e instruirlos, y su consejo de despedida fue rico en simpatía y

verdad. Estos últimos momentos pasados en presencia de su amado Maestro fueron sumamente preciosos para sus discípulos. Como un sumo sacerdote consagrado, Jesús derramó ahora la carga de su alma a su Padre en una petición por su iglesia como los ángeles nunca habían oído antes. Esta oración era profunda y plena, amplia como la tierra, y alcanzaba lo más alto del cielo. Presentó su humanidad ante el trono de Dios. Con su brazo humano rodeó a los hijos de Adán en un firme abrazo, y con su fuerte brazo divino se asió al trono del Infinito, para unir la tierra al cielo, y al hombre finito con el Dios Infinito.

31 de enero de 1878

El deber de los cristianos

[Un sermón predicado en Battle Creek, Mich., el 19 de junio de 1877, y reproducido fonográficamente].

"Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por padre, y me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso."

Aquí tenemos una promesa a condición de obediencia. Si salimos del mundo, y nos separamos, y no tocamos lo inmundo, él nos recibirá. Aquí están las condiciones de nuestra aceptación con Dios. Tenemos algo que hacer nosotros mismos. Aquí hay una obra para nosotros. Debemos mostrar nuestra separación del mundo. La amistad del mundo es enemistad con Dios. Es imposible que seamos amigos del mundo y, sin embargo, estemos unidos a Cristo. Pero, ¿qué significa esto: ser amigos del mundo? Es unir las manos con ellos, gozar de lo que ellos gozan, amar lo que ellos aman, buscar el placer, buscar la gratificación, seguir nuestras propias inclinaciones. Al seguir las inclinaciones no tenemos nuestros afectos puestos en Dios; nos estamos amando y sirviendo a nosotros mismos. Pero aquí hay una gran promesa: "Salid de en medio de ellos, y apartaos". ¿Separados de qué? De las inclinaciones del mundo, sus gustos, sus hábitos; las modas, el orgullo y las costumbres del mundo. "Salid de en medio de ellos, y apartaos, y no toquéis lo inmundo, y yo os recibiré". Al hacer este movimiento, al mostrar que no estamos en armonía con el mundo, la promesa de Dios es nuestra. Él no dice *quizás* os recibiré; sino, "Yo os recibiré". Es una promesa positiva. Tienes la seguridad de que serás aceptado por Dios. Entonces, al separarte del mundo, te conectas con Dios; te conviertes en miembro de la familia real; te conviertes en hijos e hijas del Señor Todopoderoso; sois hijos del Rey celestial; adoptados en su familia, y tenéis un

asidero de lo alto; unidos con el Dios infinito cuyo brazo mueve el mundo. Qué exaltado privilegio es éste de ser así favorecidos, así honrados por Dios; ser llamados hijos e hijas del Señor Todopoderoso. Es incomprensible; pero aún con todas estas promesas y estímulos hay muchos que dudan y vacilan. Están en una posición indecisa. Parecen pensar que si llegaran a ser cristianos, habría una montaña de responsabilidades que asumir en deberes religiosos y obligaciones cristianas. Hay una montaña de responsabilidad, una vida de vigilancia, de lucha con sus propias inclinaciones, con sus propias voluntades, con sus propios deseos, con sus propios placeres; y cuando lo miran, les parece imposible dar el paso, decidirse a ser hijos de Dios, siervos del Altísimo.

Esto me recuerda un incidente que leí una vez, de un anciano caballero que se había quebrado por el duro trabajo, pero que buscaba algún empleo con el que pudiera obtener medios. Un noble que tenía cien cuerdas de leña para cortar, fue informado del deseo del anciano caballero. Le dijo que si cortaba la madera le daría cien dólares por el trabajo. Pero el anciano caballero respondió: "No, nunca podría hacerlo. Era imposible. Era un anciano y no estaba en condiciones de realizar semejante trabajo. "Bien", dijo el noble, "haremos un trato diferente. Si es así, te daré un dólar". Se hizo el trato y la cuerda de leña se cortó aquel mismo día. "Ahora", dijo el noble, "puedes cortar otra cuerda mañana"; y otra cuerda fue cortada al día siguiente; y así se completó todo el trabajo. Al cabo de cien días, la obra estaba terminada y el trabajador gozaba de tan buena salud como al principio. Podía llevarla a cabo cuerda por cuerda, pero cuando se le presentaba en un solo gran trabajo, su realización parecía imposible.

Esto representa bien los casos de muchos indecisos. Tienen el deseo de ser cristianos, pero las responsabilidades de una vida cristiana les parecen tan grandes que temen fracasar, están casi seguros de que nunca alcanzarán la meta si lo intentan. Pero cuando se tiene en cuenta que no les corresponde a ellos ver el final del camino del cristiano; no les corresponde a ellos comprenderlo y realizarlo de una vez. Sólo se nos presenta un día a la vez con sus cargas y responsabilidades. Sí, queridos amigos, querida juventud, el mañana no es vuestro. Son los deberes de hoy los que debéis cumplir. Si resuelven estar del lado del Señor, y salir de entre el mundo, y separarse, y elegir ser hijos e hijas del Señor Todopoderoso, dejar las filas del enemigo, el servicio del pecado y de Satanás, decídanse a cumplir siempre el deber presente. Agarraos a los deberes de hoy, dándoos cuenta de que el Señor tiene demandas sobre vosotros, que sois responsables ante vuestro Creador; estas demandas han de cumplirse sólo día a día. En la fuerza de Dios aférrate creyendo que puedes vencer por ese día. Ese día debe comenzar con vigilancia y oración. Aprende a dar a Dios los mejores

afectos de tu corazón. Da a entender en tu noble trabajo y en tu conversación que amas a tu Padre celestial. Que él te asigne tu trabajo.

La vida cristiana es una batalla y una marcha. Es trabajar para hoy y no para mañana. Es hacer los deberes de hoy; es, cuando te levantas por la mañana, pensar, ahora dependo totalmente de Dios, y le pediré que cuide de mí; y cuando le pido que cuide de mí hoy, creo que lo hará. Pondré mi carga de cuidados y mis problemas a los pies de Jesús, y él los recogerá. Debes confiar en su amor; y si él te ha dado un pequeño trabajo, tómallo y hazlo hoy; y si has sido fiel en hacer ese pequeño trabajo hoy, mañana serás capaz de llevar una responsabilidad mayor, y de hacer un trabajo mayor; y él te dará un trabajo y una responsabilidad mayores para que los lleves mañana.

A cada uno se le dan talentos de influencia; y cuántos tienen una influencia inconsciente que se ejerce diariamente sobre los que nos rodean. Si esta influencia es salvadora, si está juntando con Cristo, en el día de las cuentas finales dirá a nuestra ventaja; pero si estamos ejerciendo una influencia que conduce almas de Dios, de la verdad, una influencia de dispersión que separa de Dios, y del cielo, estamos pavimentando la manera, la manera ancha que conduce a la muerte.

Sólo hay dos caminos: uno lleva al cielo, el otro a la muerte y al infierno. Cada uno tiene un trabajo que hacer. Cada uno de nosotros, que tenemos capacidad de razonamiento, sabemos que hay un Dios. Cuando miramos el cielo arriba, la tierra abajo con sus majestuosos árboles, arbustos y cada capullo y flor que se abre, sabemos que hay un Dios, un Creador. Las glorias de la luna y las estrellas en el firmamento, las nubes teñidas de oro y plata, y los cielos cubiertos por el hermoso arco iris, nos hablan de la bondad, la misericordia y el amor de Dios. Todas estas cosas son pruebas de su solicitud por nosotros. Nos ama, ¡oh! tan entrañablemente. Ese amor es incomprendible. Es tan alto como los cielos y tan ancho como el mundo. Un amor inconmensurable. Ese amor que podemos rastrear en cada nube, en cada árbol, arbusto y rama vernal, en todo lo que contemplan nuestros ojos, busca un lugar en nuestros corazones. Dios es amor; y ¡oh! qué amor nos ha revelado al dar a su Hijo para morir por nosotros. ¿Cómo podemos ser indiferentes a las demandas que Dios nos hace? ¿Cómo podemos dedicar el tiempo que Dios nos ha dado, las horas de prueba que se nos conceden aquí para prepararnos para una vida superior e inmortal, a pensar en nosotros mismos, en nuestra apariencia, permitiendo que el orgullo se apodere de nuestros corazones cuando consideramos el precio infinito que se ha pagado por nuestra redención?

Queremos un brazo en el que apoyarnos en las horas de aflicción y que pueda sostenernos. Queremos un brazo en el que apoyarnos cuando la tierra se sacuda de un lado a otro y sea removida como una cabaña. Queremos saber entonces que Dios es nuestro padre, que nuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cada uno de ustedes necesita esta seguridad. Los alumnos de nuestra escuela necesitan esta seguridad. Algunos volverán pronto a sus casas. ¿Cuántos de ellos han venido a esta escuela sin esperanza en Cristo? ¿Cuántos le han entregado su corazón desde que asisten a nuestro colegio? ¿Cuántos están todavía en una posición de indecisión, a veces inclinados a estar totalmente del lado del Señor, y luego retroceden por las mismas razones que he mencionado, las responsabilidades y deberes que recaen sobre el cristiano? Parecen tan grandes que vacilan y permanecen indecisos.

Pero, ¿cuántos de vosotros seguiréis vivos dentro de un año? Muchos pueden ser arrebatados en unos pocos meses. Aquí estaba uno de los vuestros, el hermano Morrison, que vino aquí para asistir a nuestra universidad y poder entrar en el ministerio evangélico, y a las pocas semanas ha terminado su carrera en esta vida. Sólo unas pocas semanas y usted lo siguió a su tumba en el cementerio de Oakhill, allí para descansar hasta la mañana de la resurrección.

¿Cuánto dura tu vida? ¿Quién de vosotros tiene la seguridad de que vivirá hasta el próximo curso escolar? ¿Cuántos de vosotros tenéis alguna seguridad de vuestra vida? Pero si tuviérais una vida por delante, si supierais que vais a vivir vuestros trescientos diez años, ¿qué es ese pequeño lapso de vida? ¿Es demasiado para que se lo des a Dios? ¿Qué le das? ¿Qué te pide? ¿Te exige que le des algo que sea para tu interés o felicidad? Oh, no. ¿Cuáles son las demandas que Dios tiene sobre ti? Es, hijo mío, o hija mía, dame tu corazón. Es que salgas de en medio del mundo, y te separes, "y no toques lo inmundo, y yo te recibiré". ¿Quién es el "Yo"? Es el gran "YO SOY"; el que tiene los mundos en sus manos; el que te da la vida, y te da la salud. "Y yo seré un padre para vosotros, y vosotros seréis mis hijos y mis hijas". ¡Oh qué relación es ésta! ¿Cómo puede alguien sentirse como si estuviera haciendo un sacrificio, para ser adoptado en la familia del Rey de reyes; el Señor que reina en los cielos; no sabéis que es la más alta exaltación llegar a ser hijos de Dios, "hijos e hijas del Señor Todopoderoso?"

Desde que tenía once años he estado al servicio de este Rey celestial. Puedo hablar por experiencia. Él me ha pedido que no le dé nada que me convenga retener. Precioso Jesús; precioso Salvador; le amo; y amo su servicio. Oh, que mi pobre nombre pueda ser inscrito en el libro de la vida del Cordero. Que permanezca allí; que sea honrado entre los santos ángeles; que permanezca allí

cuando esta tierra desaparezca; y cuando el Rey de reyes venga en su majestad, y en su gloria, para tomar a sus fieles para sí, oh, que mi nombre esté entonces entre los rescatados. Que esté entre los nombres de aquellos que tendrán la corona de gloria sobre sus frentes. Déjenme tener un hogar con el amado Redentor, y con una lengua inmortal, alabarlo. La adoración del alma es hacia Dios. Oh, gloriosa perspectiva, estar entre los rescatados en el reino de gloria.

Pero aquí tenemos deberes que cumplir. Dios nos ha dado nuestro trabajo. Ninguno de nosotros debe sentir que no tiene una gran obra que hacer, que no hay una responsabilidad especial que recaiga sobre nosotros. Queridos amigos, es vuestro deber hacer las pequeñas cosas bien en vuestro camino, cumplir vuestra parte en el colegio donde estáis, y entre vuestros asociados; y hablar una palabra en favor de vuestro Maestro dondequiera que estéis; es desechar la vanidad; es desechar la frivolidad; es vencer el orgullo; es desechar el egoísmo, y buscar fervientemente la mansedumbre de Cristo.

Jesús dejó su majestad, su gloria y su alto mando, y vino a nuestra tierra, sufrió por nuestros pecados y por nosotros se hizo pobre. Murió para que vosotros, por su pobreza, fueseis enriquecidos. Fue varón de dolores y conoció la aflicción. Herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Cuando se ha pagado por nosotros un precio tan infinito, ¿nos encogeremos ante la idea de que tal vez no dediquemos tanto tiempo al adorno personal, a vestirnos y a exhibirnos? ¿Nos encogeremos ante la idea de que debemos dedicar nuestro tiempo, nuestros corazones y nuestros más santos afectos a Dios?

Os pregunto de nuevo, ¿qué os pide que le deis? Te pide que le entregues un alma contaminada por el pecado, para que la lave con su propia sangre; para que la limpie; para que la refine, la eleve y la ennoblezca; y por fin, para que puedas gozar de la compañía de los ángeles celestiales en el reino de la gloria. Debes desechar el orgullo y el egoísmo. ¿Vacilas en renunciar a tu egoísmo? ¿Te hará feliz conservarlo? Las personas más infelices del mundo son las que son egoístas y están llenas de orgullo y vanidad. Es a estas cosas a las que debes renunciar. Que el lenguaje de tu corazón sea: "Me entregaré a ti tal como soy. Iré ahora mismo". Pero algunos dicen: "Tengo miedo de no vivir una vida cristiana". Y por temor de que no vivirás una vida cristiana no vas a hacer un esfuerzo.

¿No puedes aventurarte sobre las promesas de Dios? Cristo ha dicho que ni un gorrión cae en tierra sin que lo sepa tu Padre celestial; y hasta los cabellos de tu

cabeza están contados. Ahora bien, el que es capaz de hacer esto, ¿no te ayudará cuando le pidas que te dé gracia para que puedas seguir en el camino de la obediencia? ¿No te dará esa fuerza, esa sabiduría y ese conocimiento que te llevarán a seguir sus huellas?

Ustedes buscan obtener una educación. ¿A cuántos de ustedes que están ante mí se les ha encomendado ser embajadores de Cristo, llamados a señalar almas al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo? ¿Cuántos de ustedes soportarán las cargas y responsabilidades como ministros del Evangelio? Debéis dar cuenta a Dios de los talentos que os ha dado. ¿Vas a dedicar estos talentos, tu capacidad, a Dios? Si no es así, vuestra educación sólo os hundirá más al final; porque estáis adquiriendo más y más conocimientos, y no estáis dando buena cuenta de esos conocimientos. Los perviertes. Pero Dios puede hacer grandes cosas por ti. El dice: "Salid de en medio de ellos, y apartaos". Salid de en medio del mundo; que vuestras aspiraciones no sean las cosas de este mundo; porque hay algo más elevado a lo que podéis aspirar; hay logros más elevados que exigen vuestra atención. Las cosas de este mundo perecen, son corruptibles y pasan, pero hay cosas que nunca perecerán, cosas que son eternas; y a éstas puedes aspirar. No podéis amar las cosas de este mundo y aferraros a Dios y al cielo al mismo tiempo. ¿Tenéis miedo de que, si os hacéis cristianos, el mundo os mire con burla? ¿Teméis sus burlas y sus mofas? Jesús lo soportó antes que vosotros; él, "que por el gozo puesto delante de él, sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios". El que creó el mundo, nuestro Redentor, nuestro Salvador, lo llevó ante ti.

Pero, ¿y si tuvierais todo el honor y el aplauso que el mundo pudiera daros? Si la enfermedad se apoderara de vuestros cuerpos mortales, ¿podrían este honor, este aplauso y la alabanza de los hombres aliviaros de una sola pena? ¿Puede aliviarte de una sola angustia? ¿Puede seros de la menor ventaja para curaros de vuestros males? No puede. Pero, ¿qué dice el Padre? "Yo seré un padre para vosotros, y vosotros seréis mis hijos y mis hijas, dice el Señor Todopoderoso". Os unirá a sí mismo, os coronará de gloria y de honor, de inmortalidad y de vida eterna. Este honor, que podéis buscar con la seguridad de obtenerlo, nunca perecerá. ¿Buscas el oro, las riquezas de este mundo? Leemos que las calles de la ciudad están pavimentadas con oro puro, y que las puertas de la ciudad son de oro engastado con perlas. Las riquezas obtenidas aquí pueden consumirse. Hay muchas maneras de que te roben tu tesoro terrenal. Cristo dice: "Haceos tesoros en el cielo". Allí ningún ladrón se acercará; ni la polilla ni la herrumbre corromperán. Así pues, si acumuláis vuestros tesoros allí, tendréis un tesoro imperecedero que no correréis peligro de perder.

Y ahora quisiera decir a éstos, amigos míos, que tengo el más profundo interés en que entreguéis vuestros corazones a Dios; que seáis fuertes en la causa de servirle. Le necesitáis como amigo; él será un amigo, en verdad. Podéis acudir a vuestros amigos terrenales con cargas; ellos pueden simpatizar con vosotros, pero no pueden aliviaros; pero aquí hay un amigo a quien podéis acudir con vuestros problemas y pruebas que siempre está dispuesto no sólo a simpatizar con vosotros, sino a llevar vuestras cargas. Él conoce todas las dificultades del camino, porque ha pasado por ellas; y se conmueve con los sentimientos de vuestras debilidades. Este gran Sumo Sacerdote, que está en los cielos, aboga por vosotros. Él te ama; y cuando vengas a él con tus penas, tus tristezas y tus problemas, él te escuchará. Oirá tus oraciones y responderá a tus súplicas. Cuando derramas tu corazón ante él, entonces su gran corazón de amor se abre para ti, y él se conmueve con tus penas y tus tristezas. Y ahora quisiera preguntar a los jóvenes aquí presentes esta noche: ¿Cuántos quieren a Cristo como su Salvador y su Redentor? ¿Cuántos quieren decidirse a vivir para Dios? ¿Cuántos de los jóvenes que han asistido a nuestra escuela, o de los aquí presentes que se han apartado de Dios, quieren renovar su pacto con él, quieren renunciar a su orgullo y deshacerse de su egoísmo? ¿Cuántos vendrán a su Salvador esta misma noche? "He aquí, yo estoy a la puerta," dice Cristo, "y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo." ¡Graciosa invitación! Jesús está a la puerta pidiendo ser admitido. ¿Le abrirás? ¿Dejarás que tome posesión de tu corazón? ¿Le darás tu afecto?

Ahora, deseo decir a los jóvenes, y a cualquiera que quiera comenzar a servir a Dios; aquí en esta misma reunión digan: Me entregaré a Dios; dejaré los caminos del pecado, y trataré de ser cristiano. Que aquellos que han reincidido, y no tienen la evidencia de que son hijos de Dios, pasen al frente, y nos uniremos a ustedes para presentar sus casos ante Dios en oración. Queremos las profundas mociones del Espíritu de Dios. Queremos que lleven a Jesús con ustedes cuando vayan a sus hogares. Queremos que tengáis un conocimiento de Cristo, y que vengáis a él. Queremos que entreguen sus corazones al Señor, y le sirvan y obedezcan.

[A este discurso siguió un gran número de personas que se acercaron para orar. El interés continuó hasta la reunión del campamento, cuando se bautizaron más de ciento treinta personas, muchas de las cuales eran estudiantes del Battle Creek College].

7 de febrero de 1878

Universidad de Battle Creek

Comentarios de la Sra. E. G. White, en Goguac Lake, 26 de junio de 1877.

[Los ejercicios de clausura del año del Colegio de Battle Creek se celebraron en la hermosa arboleda del lago Goguac, a unas dos millas de la ciudad de Battle Creek. Antes de que concluyeran los servicios había unas cuatrocientas personas presentes que presenciaron el bautismo de catorce estudiantes del colegio que se habían convertido durante el último curso. Fue en esta ocasión cuando la Sra. White pronunció el siguiente discurso, que fue relatado por un estudiante].

Nuestro Salvador, con frecuencia, cuando daba sus lecciones de instrucción a sus discípulos, los llevaba fuera de los muros cerrados y los conducía a la orilla del lago y por los bosques; y allí les daba ilustraciones por medio de los objetos de la naturaleza; y con éstos ligaba las sagradas lecciones de instrucción que habían de immortalizarse en sus mentes. Cuando miraban los arbustos y las flores, las rocas y la tierra estéril, las montañas y las colinas, el sembrador y el segador; y cuando miraban las flores en resplandeciente belleza a su alrededor, se les repetían las lecciones de instrucción dadas por su divino Señor. Cuando contemplamos estos altos árboles y el lago y las barcas que salen y entran en el agua, podemos recordar que Cristo hizo señas a la barca de un pescador, entró en la de Simón y le pidió que se alejara un poco de la tierra. Allí dio importantes lecciones que iban a ser immortalizadas y transmitidas a nosotros; y que iban a llegar hasta el fin del mundo. Al contemplar hoy el lago y las barcas sobre las aguas, se nos repiten estas lecciones que Cristo nos dio.

Dijo el Salvador del mundo: "Considerad los lirios del campo, cómo crecen; no trabajan, ni hilan; y sin embargo os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos." ¿Quién dio a las hermosas flores sus delicados tintes y sus variados colores? ¿No fue Dios quien nos ha dado todo lo que es bello y hermoso en nuestro mundo? Nuestro Padre celestial, que nos ha rodeado de todo lo que es glorioso en la naturaleza, es un Dios de amor. Es un amante de lo bello. Dice: "Mirad los lirios del campo, cómo crecen". Salomón, en toda su gloria, no estaba ataviado, con sus costosos vestidos de oro y plata, con vestiduras que pudieran compararse con estas flores de belleza en su sencillez natural. Salomón está sentado en un trono de marfil, su base es de oro, los escalones son de oro flanqueados por seis leones de oro. Todo lo que le rodea

es atractivo. Todo lo que ve es magnífico. Su mirada se posa en amplios jardines que se extienden a lo lejos, hermosos y adornados con árboles y arbustos que recuerdan la belleza del paraíso. Los pájaros más raros y caros, del más rico plumaje, han sido transportados desde todos los climas, y con sus variadas notas y brillantes cantos, revolotean de rama en rama, mientras jóvenes, las más encantadoras, vestidas de oro y plata, buscan divertir y distraer la mente del más grande monarca que jamás se haya sentado en un trono terrenal. Muchos envidiaban la popularidad y abundante gloria de Salomón, pensando que de todos los hombres debía ser el más feliz. Pero en medio de toda esa gloria artificial, el hombre envidiado es el más digno de compasión. Su semblante está sombrío por la desesperación. Todo el esplendor que le rodea no es más que una burla de la angustia y la angustia de sus pensamientos cuando repasa su vida malgastada buscando la felicidad a través de la indulgencia y la satisfacción egoísta de todos sus deseos. Se lamenta de su decepción con estas palabras: "Todo es vanidad y vejación de espíritu". En la triste vida de Salomón podemos aprender la lección de que las riquezas y los altos logros intelectuales no son suficientes para una vida feliz. El aprendizaje, la habilidad y el despliegue exterior, sin el poder santificador de la verdadera piedad, no traerán contentamiento, paz y felicidad.

Tenéis vuestra fuerza juvenil, vuestros temperamentos fuertes, ardientes e impetuosos que, si se guían correctamente, os convertirán en hombres y mujeres influyentes. Si aportáis vuestros talentos tempranamente como una ofrenda consagrada a Dios, él os aceptará. Si estáis conectados con la fuente de toda pureza, nobleza y santidad, vuestras vidas representarán la pureza inmaculada de este lirio, difundiendo una fragancia agradecida y agradable a todos con quienes os asociéis.

Querida juventud, cultiva la sencillez natural. Considera y aprende de las flores del campo la lección que Cristo ha querido imprimir en tu mente y en tu corazón. Podéis dedicar las horas doradas de vuestra probación a estudiar vuestra apariencia exterior. Podéis descuidar la obra más esencial de vuestra vida al no conseguir el adorno interior, incluso el ornamento de un espíritu manso y tranquilo, que es de gran valor a los ojos de Dios. Puedes dedicar tiempo, dinero y mucho pensamiento a la exhibición externa, y después de todo tu ansioso cuidado, no podrás compararte con una de estas flores por su belleza atractiva en su simplicidad natural.

Aquí está el puro y encantador lirio creciendo entre la suciedad de estanques y lagos, golpeando hacia abajo su tallo curiosamente canalizado, y reuniendo para

sí sólo aquellas propiedades que se desarrollarán en este puro y fragante lirio. Todos admiran este emblema de pureza. Vuestras vidas, queridos alumnos, pueden parecerse a este lirio.

Cuando Cristo ofreció su oración a su Padre pronunció estas palabras. "No te ruego que los saques del mundo, sino que los guardes del mal". El mundo es una tierra vacía: Es un mundo bueno y bello de por sí pero el hombre se ha vuelto tan sensual y depravado tan amargado contra Dios que la tierra misma gime bajo el peso de la culpa acumulada, debéis cultivar principios firmes en medio de la infidelidad, la hipocresía, el orgullo y el despilfarro circundantes. Debéis ser estudiantes de la Biblia y llevar las reglas bíblicas a vuestra vida cotidiana. En ningún caso permitáis que el engaño y la deshonestidad os aparten de vuestra sencillez. Estudia constantemente la mejor manera de alcanzar y apreciar lo que Dios valora, el ornamento de la pureza y la mansedumbre, para que el mundo sea mejor por haber vivido en él. Como el lirio puro, necesitas que la raíz penetrante de la fe descienda por debajo de las cosas externas que parecen reunir fuerza espiritual para vigorizar y dar pureza y bondad a la vida. El estudio de la Biblia, las horas de comunión secreta con Dios, la meditación sobre temas celestiales desarrollarán una pureza de carácter semejante al lirio sin mancha. La vida de Dios en el alma es Cristo en ti, una fuente de agua que brota para vida eterna. Este manantial de vida refrescará a todos los que se relacionen contigo. Si tu carácter es tal que Dios puede aprobarlo, será un carácter cristiano completo lleno de gracia que no es asumida, sino que tiene un crecimiento natural. Si sus afectos son obedientes a Cristo y sus motivos puros, habrá en su vida, en su conducta diaria, lecciones de instrucción para todos a su alrededor. Seréis epístolas vivientes conocidas y leídas por todos los hombres. Tu conexión con Dios te elevará por encima de todo lo que tenga una tendencia degradante, tu vida pura e incorrupta estará siempre señalando a tus compañeros de escuela y antiguos asociados hacia Dios y el cielo, diciéndoles que debes buscar la paz, la pureza y la felicidad en lo alto. Jesús es la fuente de tu consuelo, fuerza y fortaleza, en medio de vejaciones, pruebas y graves tentaciones. Las hojas de algunos árboles y flores parecen recoger naturalmente polvo que se adhiere a ellas, y estropea su color y belleza. Este es el caso de muchos jóvenes que no ven la necesidad de una vigilancia vigilante y una oración ferviente para mantenerse puros, y su carácter cristiano está siempre sucio. Necesitan lavar sus vestiduras de carácter y emblanquecerlas en la sangre del Cordero.

Jóvenes y jovencitas, mientras asistís a la escuela, podéis estar reuniendo para vosotros sólo aquellas cosas que tenderán a la perfección del carácter, o podéis reunir para vosotros los hábitos, costumbres y prácticas del mundo; amar las

cosas que ellos aman, que tendrán una influencia corruptora sobre la vida y el carácter, y perderéis vuestro derecho a la vida eterna. ¿Cuál será? Nuestro Padre celestial, el Dador de la vida, quiere atraernos de lo artificial a las simplicidades naturales. "Considerad", dice Cristo, "los lirios del campo, cómo crecen"; y otra vez dice: "Si Dios vistió así la hierba del campo que hoy es, y mañana es echada en el horno, ¿no os vestirá mucho más a vosotros, hombres de poca fe?". Si nuestro Padre celestial ha tenido un cuidado tan especial por lo que ha de ser cortado y echado en el horno, ¡cuánto mayor es su cuidado, su amor y su atención por los que han sido formados a su imagen!

Jóvenes y señoritas, podéis hacer de vosotros lo que os plazca. Podéis alcanzar la excelencia y la perfección de carácter; podéis pasar por este mundo sin mancharos ni ennegreceros con los pecados que lo manchan y corrompen; y cuando entréis en contacto con el mal de este mundo, podéis escapar de él si así lo deseáis. Cristo será para vosotros una ayuda especial en todo momento de necesidad. Pero para que desarrolléis caracteres que el Cielo apruebe, es necesario que os relacionéis con Dios. ¿Considerarás estos lirios que tengo en mi mano, emblema de pureza y hermosura? Aquí, en esta flor, hay una expresión del amor de Dios. Satanás nunca descansa; es un espectador interesado de todas tus acciones. Presentará ante la juventud inexperta cosas que en apariencia parecen atractivas, para apartarla de su integridad y corromper su moral. Se oye la voz de Cristo que les dice: Considerad los lirios del campo, aprended de ellos el valor de la sencillez natural. Dios te habla a través de sus obras creadas. ¿Escucharás su voz? ¿Conocerás a Dios en la naturaleza?

Podemos discernir su amor por nosotros al darnos todas estas cosas en la naturaleza. Podemos verlo en las hermosas flores de los valles y en la superficie del lago. En cualquier lugar, en todas partes, podemos leer expresiones del amor de Dios en los capullos que se abren y en las flores que florecen. Así como Dios nos ha dado estas cosas de belleza y pureza, cuánto más se complacerá en darnos una herencia eterna. Quiere que llegues a esa posición en la que pueda concederte el don de la inmortalidad. Te ha dado el don de su Hijo, el mayor don que el Cielo puede conceder; y ahora, si te conectas con Dios, si te conectas con el Cielo, puedes, en el nombre y la fuerza de Jesús, desarrollar caracteres simétricos; caracteres sin mancha como el lirio puro que abre su flor en el seno del lago. Os invito a asiros de las bendiciones del cielo y entonces podréis asiros correctamente sobre la tierra. Te invito a mirar a través de la naturaleza al Dios de la naturaleza. Dejad que estas cosas os enseñen el amor de Dios y el cuidado que tiene de los que han sido formados a su imagen.

(Concluido la próxima semana).

7 de febrero de 1878

Luz

Jesús había dicho a los fariseos: "Esta es vuestra condenación: que la luz ha venido al mundo, y los hombres prefieren las tinieblas a la luz". En todas las épocas del mundo, la mayoría ha rechazado la luz que ha brillado para iluminar las tinieblas del error. Según la incredulidad y el prejuicio con que los hombres, a pesar de las pruebas convincentes, se oponen a la verdad, es la intensidad de su odio hacia los que la abrigan. En proporción a la luz dada será la condenación de los que la rechazan. Dijo Jesús:

"Si yo no hubiera venido a hablarles, no tendrían pecado; pero ahora no tienen manto para su pecado. El que me odia, odia también a mi Padre. Si yo no hubiera hecho entre ellos las obras que ningún otro hombre hizo, no tendrían pecado; pero ahora me han visto y me odian a mí y a mi Padre." Los amigos de la verdad de Cristo serán siempre perseguidos por una generación que sirve al tiempo. Serán calificados de entusiastas y fanáticos por los enemigos de la reforma. Las ardientes verdades de la palabra de Dios, que condenan el pecado y exhortan a la justicia, no son agradables al malhechor. Todo verdadero seguidor de Cristo debe tener el espíritu de un mártir, estando dispuesto a sacrificar cualquier cosa antes que perder el favor de Dios.

La vida de Cristo fue la encarnación de la pureza; y por esta misma razón fue odiado. Su rectitud contrastaba tan marcadamente con la de los fariseos, que era un continuo reproche para ellos. Jesús dijo a sus discípulos: "Pero esto ha sucedido para que se cumpliera la palabra que está escrita en la ley de ellos: Sin causa me aborrecieron. Pero cuando venga el Consolador, que yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí."

Muchos en esta época pueden decir que si hubieran vivido cuando Cristo estaba en la tierra no lo habrían insultado y rechazado, sino que habrían aceptado gustosamente su salvación. Sin embargo, esas mismas personas dudan del poder del Salvador y vacilan en creer su verdad. Las pruebas de que Jesús de Nazaret es el Salvador de los hombres han aumentado con cada generación sucesiva y, sin embargo, millones se niegan a creer en él y a aceptar el alivio que ofrece a sus almas culpables. Jesús viene a los que gimen bajo la aflicción, y se ofrece a llevar su dolor, pero ellos se apartan de él y abrazan sus preocupaciones en sus corazones. Se acerca a los que están desilusionados, cuyas esperanzas de este

mundo han sido aplastadas, y les promete darles paz y felicidad si ponen su confianza en Él; pero ellos cierran sus corazones a su simpatía y se niegan a ser consolados. Triste será, en verdad, el destino de los que rechazan al Redentor a pesar de las pruebas acumuladas en su favor.

El pecado de los judíos fue muy grande; pero los de nuestros días, que tienen ante sí la historia de Cristo en la tierra y su rechazo por los judíos, pecan en un grado mucho mayor. Tienen el testimonio de los seguidores de Jesús a través del período de casi dos mil años. Tienen mucha más luz que los judíos. Todos los demás errores son insignificantes comparados con el pecado de rechazar a Cristo. Apartarse de él es rechazar la verdad infinita, el amor y la justicia, y cerrar la puerta del corazón a toda iluminación celestial, y dar la bienvenida a la oscuridad y la desesperación. Aceptarlo es luz, paz y alegría.

E. G. W.

14 de febrero de 1878

Universidad de Battle Creek

Comentarios de la Sra. E. G. White, en Goguac Lake, 26 de junio de 1877.

(Concluido.)

[Los ejercicios de clausura del año del Colegio de Battle Creek se celebraron en la hermosa arboleda del lago Goguac, a unas dos millas de la ciudad de Battle Creek. Antes de que concluyeran los servicios había unas cuatrocientas personas presentes que presenciaron el bautismo de catorce estudiantes del colegio que se habían convertido durante el último curso. Lo que sigue son las observaciones finales de un discurso, que fue relatado por un estudiante].

A los estudiantes que pronto regresarán a sus hogares les decimos que esperamos que avancen continuamente en el conocimiento de Dios y en su temor. Una educación que se obtiene meramente en el conocimiento de los libros es una educación muy deficiente. Una educación en las cosas de Dios, un conocimiento correcto de Dios, combinado con todo el conocimiento que puedan obtener de los libros, les dará caracteres simétricos. Cuando los estudiantes regresen a sus hogares, esperamos que lleven a Jesús consigo; y que tengan el temor de Dios ante ellos. "Así que, ya sea que comáis o bebáis, o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios". He aquí un principio que se extiende profundamente bajo la superficie, apoderándose de

los pensamientos y acciones del hombre entero. Se requiere que esté constantemente vigilado, un centinela fiel sobre la ciudadela del alma, preparado para enfrentar y resistir todo pensamiento y acción que deshonre a su Padre celestial. El cumplimiento de este mandato del apóstol atará y refrenará toda pasión ilícita, y hará del dominio propio una necesidad absoluta para el cristiano. Se cultivarán la economía, la industria, la energía y todo lo que fortalezca y desarrolle las cualidades y poderes nobles. El poder divino combinado con el esfuerzo humano dará a todos la victoria perfecta y completa. Toda mente creyente se llenará de poder consciente. El lenguaje del alma será: Todo lo puedo en Cristo que me fortalece. Tal juventud, y sólo tal, podrá presentarse ante el mundo con caracteres simétricos.

Salomón rogó a Dios por sabiduría. El Señor le dijo que, como no había pedido riquezas temporales ni honores mundanos, tendría no sólo la bendición de la sabiduría, sino también riquezas y honores. Quien tiene sabiduría celestial está preparado para hacer un uso correcto de los talentos y medios que Dios le ha dado. Todos los talentos y la habilidad que pueda poseer no lo llevarán a olvidar al Dador. Existe el peligro de que algunos de estos queridos jóvenes se engañen a sí mismos, como le sucedió al joven que vino a Jesús, y con toda confianza en sí mismo preguntó: "Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?". Dijo el Escudriñador de todos los corazones Si quieres entrar en la vida guarda los mandamientos. Exultante respondió el joven Todo esto he guardado desde mi juventud, ¿qué me falta todavía? Con qué seriedad y con qué júbilo de alma dijo esto. Pero Jesús miró con compasión a este joven engañado y dijo: "Todavía te falta una cosa: vende todo lo que tienes y repártelo entre los pobres, y ven en pos de mí, y tendrás un tesoro en el cielo". Esta prueba práctica reveló al joven engañado su supremo egoísmo. Su deficiencia de carácter echó a perder todas sus virtudes. Fue una deficiencia fatal, pues se apartó de Cristo, del incentivo celestial, antes que cumplir las condiciones.

Tenemos la esperanza de que cuando regreséis a vuestros hogares y os mezcléis en sociedad, y estéis rodeados de tentaciones, cuando os encontréis con dificultades y obstáculos, cuando se exija abnegación, cuando se requiera sacrificio, que estéis conectados con Dios, y mantengáis una fidelidad cristiana de carácter; que seáis como el lirio puro, recogiendo para vosotros sólo lo bueno y rechazando lo malo. Todos podéis hacer esto si queréis. Cada uno de vosotros puede tener poder moral; cada uno de vosotros puede tener gracia y fuerza para convertirse en vencedor por su propia cuenta, en el nombre de Aquel que ha vencido por vosotros, y ha ascendido a lo alto para representar vuestro caso ante el Padre. El representante del hombre aboga en el cielo en nuestro favor; y

deseamos que los jóvenes que han entregado su corazón a Dios vivan de tal manera que Cristo pueda presentar libremente sus casos ante el Padre. Esperamos que los que acaban de entrar en la escuela de Cristo continúen siendo alumnos. "Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios". Hay muchos que dejan de ser aprendices en la escuela de Cristo después de haber recibido la ordenanza del bautismo. Parecen más bien graduados. "Si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos". Cuán natural es que muchos amen enseñar, pero que no quieran ser enseñados. "El que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él". ¿Quién tan fácilmente enseñado como un niño; quién tan dispuesto y presto a creer? Dios mira con amor la confiada sencillez de los niños. Los deberes en el hogar, en la universidad y en la iglesia pueden ser considerados como un trabajo pesado; pero en la medida en que estos deberes se mezclan con el amor de Dios, se vuelven alegres y agradables. La fe sencilla y la confianza confiada del niño son necesarias para que las posea el alumno en la escuela de Cristo.

Después del bautismo de Cristo, se postró a orillas del Jordán, y el cielo nunca escuchó una oración como la que pronunció entonces y allí. Y en respuesta a esa oración, la luz y la gloria de Dios brotaron de su trono, descendieron como una paloma y se posaron sobre él. Inmediatamente del Infinito vino una voz, diciendo: "Este es mi Hijo amado". Aquí, el cielo se abrió al hombre; la tierra se conectó con el cielo a través de nuestro Representante, y el hombre finito con el Dios Infinito. El cielo se abrió para ti, querido joven; y no necesitas sentir que los cielos sobre ti son de bronce. Dios testificó a su Hijo con su propia voz que lo aceptaba; y al aceptar al representante de la raza significa al hombre que lo aceptará por medio de su Hijo si cumplimos las condiciones establecidas en su palabra. Los pasos requeridos en la conversión son el arrepentimiento, la fe y el bautismo. Y después de dar estos pasos, la vida de oración es esencial para mantener la vida cristiana, y para buscar las cosas de arriba donde Cristo está sentado, no puedes detenerte en el bautismo y sentir que te has graduado. Tu vida cristiana recién comienza, la formación del carácter cristiano aún está ante ti, acabas de entrar a la escuela de Cristo, y necesitas continuar aprendiendo de él.

Debéis continuar siendo instruidos en la escuela de Cristo, teniendo el corazón abierto para recibir el conocimiento celestial que se os impartirá; y así creceréis en gracia y en el conocimiento de la verdad. Hay un examen final que ha de tener lugar en referencia a vuestro tiempo de prueba en este mundo, que es de vital interés para cada uno de nosotros. En aquel día no habrá espectadores

indiferentes. Cada uno tendrá una parte que actuar, y tendrá intenso interés en pasar esa prueba con honores celestiales. Todos tendrán la oportunidad de educarse mientras permanezcan en este mundo, a fin de estar en condiciones de pasar la gran revista que pronto tendrá lugar. Si os esforzáis en un curso en nuestro colegio, y por negligencia vuestra no superáis la prueba de examen, podéis consolaros con la esperanza de redimir vuestro fracaso en el curso siguiente. Pero si en el interés vital de la salvación de vuestra alma descuidáis aprender las lecciones necesarias para superar la prueba del gran examen venidero, no se os concederá un segundo privilegio ni una segunda oportunidad. Es ahora o nunca que debes perfeccionar el carácter cristiano. No habrá un período siguiente en el que pueda entrar en la escuela de Cristo para redimir los privilegios abusados y las oportunidades perdidas. Es de la mayor importancia que en el gran examen venidero podáis estar a la altura de los méritos de vuestro Redentor celestial por haber obtenido la victoria en su nombre.

Hoy hemos tenido aquí una exhibición de talento, pero la gran revisión del carácter tendrá lugar dentro de poco. Jesús quiere que aprendamos en Su escuela para que lleguemos a ser cristianos intelectuales. Quiere que aprendamos de Él para que crezcamos en gracia y en el conocimiento de la verdad, para que estemos capacitados para hablar inteligentemente sobre las cosas de Dios, repitiendo las lecciones de la cruz de Cristo. Hoy hemos escuchado discursos suyos desde el estrado que han hecho honor tanto a los estudiantes como a los maestros. Estamos ansiosos de que aquellos que están aprendiendo en la escuela de Cristo tengan corazones dispuestos y lenguas prontas, para que puedan hablar la alabanza de Dios, y decir, en su lenguaje y conducta, el avance que han hecho en la vida divina. Tú quieres poner tu marca en alto, y progresar cada día. Cada día quieres obtener el conocimiento de cómo controlarte con éxito. Quieres obtener conocimiento de cómo ganar nuevas victorias. La guerra cristiana es una batalla y una marcha. Lleva a Cristo contigo en todo lo que hagas; llévalo contigo en tus hogares, y dondequiera que vayas; y si Jesús está contigo, si tienes Su presencia y Su amor, tienes un Compañero celestial, un Huésped celestial.

No pienses que la vida del cristiano te quita todo placer. Nos abre fuentes de placeres que nos es imposible medir. "Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman". Quítame todo lo que este mundo puede dar, pero no me quites mi conexión con el Cielo. Amo a mi Salvador; y quiero que cada uno de estos jóvenes lo ame. Quiero que se preparen para el examen final, cuando cada hombre será juzgado según las obras hechas en el cuerpo. ¿Quién será absuelto

en ese día? ¿A quién se le dirá: "Bien hecho, siervo bueno y fiel"? ¿Quién oirá en aquel día las palabras: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo"? ¿Cuántos de los presentes en esta ocasión escucharán esas palabras que son más ricas que cualquier música que jamás haya caído sobre el oído humano? ¿Y quién, entonces, tendrá la corona de gloria puesta sobre su frente? ¿Quién llevará en su mano la palma de la victoria y el arpa de oro?

Queremos que engroséis el triunfo de "Digno, digno, digno es el Cordero que fue inmolado, y que vive de nuevo, triunfante vencedor." Queremos veros a cada uno de vosotros con vuestros laureles de honor que arrojaréis a los pies de vuestro Redentor; y luego tocar vuestras arpas de oro, y llenar todo el cielo con los melodiosos acordes, y cantos de alabanza al Cordero. No me habléis de los placeres de la tierra. Tengo mi mirada fija en la herencia inmortal, y ha eclipsado todo lo que es bello, todo lo que es hermoso, y todo lo que es atractivo en este mundo. Quiero el cielo. Debo tener el peso eterno de la gloria. ¿Te esforzarás conmigo para obtener el cielo? ¿Triunfarás conmigo en aquel día en que Dios componga sus joyas? Quiera Dios que todos estemos allí; que cada uno de nosotros pise esas calles pavimentadas de oro; que entremos por las puertas nacaradas de la ciudad santa, y que no salgamos más para siempre.

21 de febrero de 1878

La higuera estéril

Jesús pasó toda la noche en oración, y por la mañana, mientras regresaba de nuevo de Betania, pasó por delante de una higuera. Tenía hambre: "Y viendo de lejos una higuera que tenía hojas, se acercó por si acaso hallaba algo en ella; y cuando llegó a ella, no halló más que hojas, porque aún no era tiempo de higos. Y respondiendo Jesús, le dijo: Nadie coma de ti fruto en adelante para siempre. Y sus discípulos lo oyeron".

No era la estación de los higos maduros, excepto en ciertas localidades; y en la elevada altura del Olivar podría decirse con verdad: "aún no era el tiempo de los higos". La naturaleza de la higuera es que antes de que se abran las hojas aparece el fruto en crecimiento; por lo que se seguiría que en un árbol cubierto de hojas uno esperaría encontrar higos bien maduros. El árbol que vio Jesús era hermoso a la vista, pero al escudriñar minuciosamente sus ramas, descubrió que su apariencia era engañosa, pues no llevaba "más que hojas." Para enseñar a sus discípulos una lección impresionante, utilizó la higuera como símbolo, la

invistió de cualidades morales y la convirtió en el medio por el que enseñar una verdad divina.

Los judíos se distinguían de todas las demás naciones, profesando una lealtad perfecta al Dios del cielo. Habían sido especialmente favorecidos por él, y pretendían una piedad mayor que la de cualquier otro pueblo, mientras que en realidad eran pecadores, corrompidos por el amor al mundo y la codicia de ganancias. Alardeando de su piedad y conocimiento, pero llenos de hipocresía y crueldad, e ignorantes de las exigencias de Dios, eran como la higuera estéril que extendía sus pretenciosas ramas en lo alto, exuberante en apariencia y hermosa a la vista, pero en la que Jesús no encontró "más que hojas".

El día anterior había sido de la mayor importancia, abarcando la entrada triunfal de Cristo en Jerusalén, y concluyendo con la purificación del templo mediante la dispersión de los traficantes de sus sagrados recintos, y la curación de los enfermos por Cristo. La sentencia pronunciada y ejecutada sobre la higuera fue la última acción simbólica relacionada con la futura destrucción de Jerusalén. Mientras Cristo contemplaba en el monte la ciudad condenada, brotaron sus tiernas lágrimas de compasión y lanzó el grito anhelante de un corazón roto por el amor rechazado. Miró a Jerusalén con sufrida ternura, y pronunció estas palabras con voz de inexpresable dolor: "¡Oh Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados; cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste! He aquí que vuestra casa [ya no es la casa del Dios altísimo] os ha quedado desierta."

La religión judía, con su magnífico despliegue de templos, altares sagrados, pompa sacrificial, sacerdotes con mitra e impresionantes ceremonias, no era más que una cubierta superficial bajo la cual dominaban el orgullo, la opresión y la iniquidad. Las hojas eran abundantes y hermosas, pero el árbol no daba buenos frutos. A la mañana siguiente, al pasar por el mismo huerto, los discípulos vieron que la higuera que Jesús había maldecido estaba seca y seca de raíz a rama. Jesús presentó a sus discípulos la verdadera condición de los judíos en esta sorprendente figura de la higuera estéril; y, así como el árbol se marchitó bajo la maldición del Salvador, y quedó seco y arruinado, seco de raíz, así todos los hipócritas pretenciosos deberían ser abatidos.

Los otros árboles del huerto de higos también estaban desprovistos de frutos; pero sus ramas estaban desprovistas de hojas, por lo que no despertaban expectativas ni causaban decepciones. Estos árboles sin hojas representaban a

los gentiles, que no hacían alarde de una piedad superior. En ellos encuentran aplicación las palabras de la Escritura: "Todavía no era tiempo de higos". Pero mientras los judíos, en orgullosa confianza en sí mismos, se erguían asumiendo superioridad sobre todos los demás, los gentiles sentían en cierta medida su carencia y debilidad, y anhelaban un día mejor, una luz más clara y segura que guiara sus pasos errantes.

Los judíos habían escuchado la voz de Dios, cuando proclamó su ley desde el Sinaí, y Dios los había seleccionado y reclamado como su pueblo; pero no habían aprovechado al máximo sus oportunidades. Los sacó de la tierra de Egipto y los libró de la opresión de los egipcios; y cuando los hijos de Israel estaban acampados ante el mar Rojo y el ejército del faraón los perseguía, dividió las aguas y pasaron en seco, mientras que sus enemigos que los seguían perecieron. Y así pasaron el Jordán en la toma de Jericó, cuando Dios les abrió milagrosamente el camino a través de las aguas, y ¡cuán poderosamente obró en favor de ellos en la ciudad! Nunca habrían podido recompensar a Dios por las bendiciones que les había concedido si hubieran hecho lo mejor que pudieron en su servicio; pero hubo un fracaso total de su parte. Y cuando se les envió el mejor regalo que el Cielo podía dar, el regalo de Jesucristo, no lo aceptaron. El orgullo y la ambición, el amor al aplauso y a la ostentación, habían endurecido de tal modo sus corazones y cegado sus mentes que no podían discernir a Jesucristo en el Hombre de Nazaret.

La nación judía era exteriormente religiosa, enorgulleciéndose de su templo sagrado, la pompa de los sacerdotes y las imponentes ceremonias de los servicios matutinos y vespertinos, las magníficas sinagogas y las ofrendas sacrificiales. Aquí había abundantes hojas, hermosas y brillantes, para cubrir la hueca hipocresía, la malicia y la opresión en el corazón de todo este vano despliegue. Los judíos fueron privilegiados con la presencia de Cristo manifestado en la carne. Esta inestimable bendición que Dios les concedió debería haber suscitado su devoto reconocimiento. Pero con ciego prejuicio rechazaron las misericordias que Jesús les ofrecía. Su amor les fue prodigado en vano, y no tuvieron en cuenta sus maravillosas obras. El dolor huía ante su cercanía; la enfermedad y la deformidad eran curadas; la injusticia y la opresión se avergonzaban de su reprensión; mientras que la muerte y la tumba se humillaban en su presencia y obedecían sus mandatos. Sin embargo, el pueblo de su elección lo rechazó a él y a sus poderosos milagros con desprecio. La majestad del Cielo vino a los suyos, y los suyos no le recibieron.

El juicio pronunciado sobre la higuera estéril no sólo simboliza la sentencia dictada sobre los judíos, sino que también es aplicable a los cristianos profesos de nuestro tiempo, que se han vuelto formales, egoístas, jactanciosos e hipócritas.

La sentencia irrevocable dictada sobre la nación judía, y su consiguiente caída y ruina, fue simbolizada por la perdición de la higuera estéril. No siempre es fácil distinguir al cristiano sincero y genuino de la falsificación. Pero cuando se les pone a prueba, como a la higuera estéril, se descubre que son de carácter diverso, aunque la apariencia externa pueda engañar al ojo. La devoción falsa y la verdadera se parecen tanto que puede ser difícil para la sabiduría humana distinguir la diferencia entre ellas. Pero el ojo del Infinito mira por debajo de lo externo y discierne a los fingidores de los verdaderos, desenmascara al hipócrita y descubre la diferencia entre los que acumulan la tierra y los que dan fruto. Los cristianos fructíferos que aprovechan al máximo las oportunidades y los privilegios que Dios les ha dado, imitarán el ejemplo de Cristo en buenas obras y actos desinteresados.

La masa de los profesantes está simbolizada por la higuera aparentemente floreciente que hace pretensiones de piedad, pero que no bendice a nadie con sus preciosos frutos. La pluma inspirada pinta ante nosotros esta clase. "Sabed también esto, que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque los hombres serán amadores de sí mismos, avaros, jactanciosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, transgresores de la tregua, acusadores falsos, incontinentes, feroces, despreciadores de los que son buenos, traidores, embriagadores, prepotentes, amadores de los placeres más que de Dios; teniendo apariencia de piedad, pero negando la eficacia de ella; apartaos de los tales".

Tal estado de cosas existe en nuestros días. Hay muchos que se jactan orgullosamente de piedad, respondiendo a la descripción del apóstol, teniendo una forma de piedad pero negando el poder de la misma en sus vidas infructuosas. La búsqueda de Cristo del fruto en ellos no revela nada más que hojas. El orgullo, la ostentación, la vana gloria, el egoísmo y la opresión se ocultan bajo el verde follaje. Se ha hecho por ellos todo lo que la Majestad del cielo en su sabiduría puede hacer, pero, como los judíos, pervierten y abusan de sus sagrados privilegios, y se contentan con ser infructuosos acumuladores de tierra, no mejores que los mundanos en lo que a buenas obras se refiere. Pero los mundanos están en una condición más favorable ante Dios porque no pretenden ser verdaderamente piadosos. No son pretendientes hipócritas. No se

ponen el follaje exterior para cubrir y enmascarar su total ausencia de la gracia santificadora de Dios. Es triste reconocer que las vidas diarias de muchos que profesan ser seguidores de Cristo niegan en sus palabras y acciones no santificadas la misma religión que profesan. La joya de la verdad y la integridad no está en ellos; por lo tanto, no tienen a Cristo formado en ellos la esperanza de gloria. No tienen conexión con Dios. No se requiere que nos excluyamos de los deberes activos de la vida y cortemos toda conexión o relación con el mundo para ser cristianos; porque al hacer esto no seguiremos el ejemplo de Cristo. Él estaba en el mundo, pero no era del mundo. Trabajó por el bien de los que estaban en el mundo. Dejó la gloria que tenía junto a su Padre, revistió su divinidad de humanidad y se humilló para ir al encuentro de las necesidades de los hombres, para conocer personalmente las tentaciones y debilidades del hombre, a fin de saber cómo socorrer a los que fueran tentados.

Cristo, en su sermón de la montaña, representó la vida de los cristianos como la sal de la tierra. Sin la influencia preservadora y santificadora de las palabras y acciones del cristiano, el mundo estaría totalmente corrompido y sería apto para la inmediata sentencia de justicia que se pronunció sobre la higuera infructuosa. La verdadera fe tendrá conectada con ella una fuerza operante. Los fariseos que se excluían del mundo exaltaban su propia piedad por encima de cualquier otro pueblo, y el mundo no era mejor porque ellos vivieran en él. Pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué se salará? Cristo reprendió este exclusivismo al declarar la verdadera posición del cristiano en el mundo: "Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder; ni se enciende una candela para ponerla debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbrá a todos los que están en la casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos." Son las buenas obras del cristiano las que contienen la preciosa influencia para preservar al mundo. Son las buenas obras las que están en marcado contraste con la degenerada influencia contaminante del mundo que revela la verdadera enormidad del pecado. El poder moral de las buenas obras siempre está señalando al pecador hacia arriba, hacia Dios y hacia el cielo. No son las palabras y la profesión lo que el mundo necesita ahora tanto como el sabor de las buenas obras. Los cristianos deben tener poder para hacer retroceder las tinieblas morales que amenazan con envolver al mundo como un manto de muerte. Pueden hacerlo si están conectados con Dios. En la fuerza del Señor podemos hacer mucho para convertirnos en canales de luz. Jesús viene a cada uno de nosotros esperando fruto. ¿Decepcionaremos su ferviente búsqueda y no encontrará en nuestras vidas más que hojas? Ruego encarecidamente a todos los que profesan la piedad que aprendan una lección de la parábola de la

higuera estéril. Dejad que el fruto aparezca en vuestras vidas en obras de misericordia hacia vuestros semejantes, y en humilde devoción sincera a Dios, mostrando la marca de distinción entre vosotros y el mundo por el fruto que lleváis a la justicia. Dijo Cristo: A mi Padre le agrada que deis mucho fruto.

No basta con que nos limitemos a esperar a nuestro Señor, dejando a los pecadores desprevenidos y sin preparación para ese gran acontecimiento. Cristo requiere de nosotros que seamos trabajadores vigilantes mientras esperamos su aparición. Trabajar y esperar es la actitud en la que nos quiere encontrar. Una vida de tranquila meditación en oración no es todo lo que Jesús espera de nosotros. Él espera fruto, que ejemplifiquemos en nuestras vidas las virtudes de la verdadera piedad, no sólo siendo buenos, sino haciendo el bien. El alma debe estar consagrada por su entrega a Dios en perfecta obediencia a sus exigencias, guardando todos sus mandamientos.

Los frutos que crecen en el árbol cristiano se verán al dejar que la luz de la verdad que Dios ha hecho brillar sobre nosotros santifique nuestras vidas y brille así en obras de justicia, ejerciendo una influencia salvadora sobre el mundo. El fruto que Jesús busca encontrar en sus profesos seguidores son las gracias de su espíritu desarrolladas en nuestras vidas en actos desinteresados de misericordia, y benevolencia desinteresada, y amor por aquellos a quienes vino al mundo a salvar. De este modo podemos atestiguar mejor que estamos obrando las obras de Cristo, y que tenemos el espíritu de nuestro divino Señor que anduvo haciendo el bien. Las responsabilidades de cada cristiano son proporcionales a los talentos que se le confían. Los verdaderos seguidores de Cristo serán árboles fructíferos. Muchos que profesan ser cristianos actúan como si estuvieran en el mundo sólo para complacerse a sí mismos. No consideran que Jesús, su modelo, no se complació a sí mismo, que la abnegación y el sacrificio caracterizaron su vida, y deben caracterizar sus vidas, o en el día de Dios serán hallados faltos.

En la condenación de la higuera, Cristo demostró cuán odiosas son a sus ojos la hipocresía y la hueca pretensión. Siempre compasivo con los verdaderos penitentes, siempre dispuesto a recibirlos y a curar sus males, evidenció así que el pecador abierto está en condiciones más favorables ante Dios que los cristianos profesos que no dan fruto para su gloria.

28 de febrero de 1878

No ceder nunca el sábado

Hemos recibido varias cartas de creyentes en nuestra fe que nos piden consejo sobre la observancia del sábado. En sus casos, el mandato del cuarto mandamiento aparentemente entra en conflicto con sus ideas del deber o la necesidad en otros aspectos. Una hermana en particular está muy preocupada por su deber. Ella es el sostén de sus ancianos padres, y podría mantenerlos cómodamente si continuara su trabajo en sábado. Por lo tanto, pregunta si el quinto mandamiento no es tan obligatorio para ella como el cuarto, y que si, al guardar este último, no cumpliera, en su opinión, con los requisitos del quinto mandamiento, ¿no estaría justificada para hacer caso omiso del cuarto? Simpatizamos profundamente con estos probados en su perplejidad y angustia, y hemos tratado de escribir algunas palabras de aliento y consejo para ellos y otros que están sufriendo bajo pruebas similares.

Diríamos a todos los que están tan preocupados por su deber, que bajo ninguna consideración están excusados de violar el cuarto mandamiento. No es violación del sábado realizar obras de necesidad, como atender a los enfermos o ancianos, y aliviar la angustia. Tales obras están en perfecta armonía con la ley del sábado. Nuestro gran Ejemplo estuvo siempre activo durante el sábado, cuando se le presentaban las necesidades de los enfermos y dolientes. A causa de esto, los fariseos lo acusaron de quebrantar el sábado, como lo hacen hoy muchos ministros que se oponen a la ley de Dios. Pero nosotros decimos: Sea Dios veraz, y mentiroso todo hombre que se atreva a hacer esta acusación contra el Salvador.

Jesús respondió así a la acusación de los judíos: "Si hubierais sabido lo que esto significa: Tendré misericordia y no sacrificio, no habríais condenado al inocente." Ya les había declarado que había guardado los mandamientos de su Padre. Cuando le acusaron de quebrantar el sábado al curar la mano seca, se volvió contra sus acusadores con la pregunta: "¿Es lícito hacer el bien en los días de reposo, o hacer el mal? salvar la vida, o matar?". Resumiendo su respuesta al interrogatorio de los fariseos, dijo: "Por tanto, es lícito hacer el bien en los días de reposo". Aquí Cristo justificó su obra como en perfecta armonía con la ley del sábado. Los ministros que profesan ser embajadores de Cristo y, sin embargo, afirman que él no tuvo en cuenta el día de reposo, y de este modo tratan de justificarse a sí mismos por no respetarlo, hacen contra Cristo la misma

acusación que hicieron los fariseos. Ciertamente no tienen buena compañía entre los judíos que persiguieron al Redentor.

Puede que a usted y a muchos otros no les convenga santificar el día de reposo absteniéndose de los negocios mundanos; pero Dios no ha dejado este asunto a nuestra elección; no tenemos libertad para moldear nuestros principios de acuerdo con nuestras circunstancias. Sus requerimientos son positivos; son: "trabajarás seis días, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; ninguna obra harás en él", etc.

El quinto mandamiento es sagrado; pero si transgredieras cualquiera de los cuatro primeros preceptos del decálogo, en los que se revela el deber del hombre para con su Creador, no estarías en condiciones favorables para la observancia sagrada de los seis últimos mandamientos, que especifican los deberes del hombre para con sus semejantes. Quebrantar cualquiera de los mandamientos que especifican el deber del hombre para con Dios es violar los principios de toda la ley. La pluma inspirada registra que el que ofende en un punto es culpable de ofensa en todos. Por lo tanto, si el sábado del cuarto mandamiento es desobedecido, y el hombre se muestra recreativo a las demandas de Dios sobre él, ¿le preparará esta desobediencia para cumplir los requisitos de la ley que especifica su deber para con sus padres terrenales? ¿Estará su corazón preparado, por la transgresión de un precepto claro de Jehová sobre la primera tabla de piedra, para guardar el primer precepto de la segunda tabla? Este mandamiento nos exige honrar a nuestros padres, y somos hijos antinaturales si no obedecemos este precepto. Pero si se debe amor y reverencia a nuestros padres terrenales, cuánto más se debe reverencia y amor a nuestro Padre celestial.

Adoptamos la postura de que el quinto mandamiento es vinculante para el hijo y la hija, aunque sean ancianos y canosos. Por alta o humilde que sea su posición en la vida, nunca se elevarán por encima o por debajo de su obligación de obedecer el quinto precepto del decálogo, que les ordena honrar a su padre y a su madre. Salomón, el monarca más sabio y exaltado que jamás se haya sentado en un trono terrenal, nos ha dado un ejemplo de amor y reverencia filial. Estaba rodeado de su séquito cortesano, compuesto por los más sabios sabios y consejeros, y sin embargo, cuando recibió la visita de su madre, dejó de lado todas las ceremonias habituales que acompañan la aproximación de un súbdito a un monarca oriental. El poderoso rey, en presencia de su madre, no era más que su hijo. Dejó a un lado su realeza, se levantó del trono y se inclinó ante ella. Luego la sentó en su trono, a su derecha.

Aquellos que han sido enseñados a obedecer y honrar a sus padres terrenales, cederán más fácilmente a las demandas de su Padre celestial, y honrarán al Creador del hombre y del mundo. El quinto mandamiento es el único de los seis que lleva anexa una promesa: "Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen sobre la tierra que el Señor tu Dios te da". Esto nos lleva al período en que los santos poseerán el reino bajo todos los cielos, en la tierra renovada.

También se prometen bendiciones especiales a los que honran y guardan santamente el día que Dios ha santificado y bendecido; y, al darnos los diez mandamientos, nuestro sabio y misericordioso Padre no nos ha impuesto su observancia y, sin embargo, ha hecho necesario que, al guardar uno, quebrantemos otro de esos santos preceptos. Si las exigencias de los padres a sus hijos implican que éstos quebranten la ley de Dios, no debe haber duda en cuanto al deber. Las exigencias de Dios son imperativas. El hijo o la hija debe decir respetuosamente al padre o a la madre: Os amo y os honro, mis padres terrenales; pero amo y temo más a Dios. Sus mandamientos deben ser obedecidos a cualquier costo para mí. Al mantenerse fiel a sus principios, el hijo no deshonor a sus padres en el sentido bíblico. La pureza y firmeza de sus principios pueden ser el medio de hacer que los padres incrédulos se den cuenta de las altas demandas que Dios tiene sobre ellos. Si este es el caso, ¿no habrá demostrado en el sentido más completo que ha alcanzado la norma bíblica de honrar a sus padres?

Si no logra que los padres que ama reconozcan las exigencias del cuarto mandamiento, el niño habrá cumplido los requisitos de Dios si ha cumplido fielmente su deber, con mansedumbre y amor, para con sus padres; si les ha mostrado el mayor respeto, cuidando de ellos en las cosas temporales, así como en las espirituales, y, sin embargo, se ha mantenido firme en su adhesión a los mandamientos de Dios, a pesar de su oposición. No hay manera más eficaz de probar nuestra obediencia al quinto mandamiento, que la de manifestar nuestra reverencia por todas las santas leyes de Dios.

Mentes y corazones sacrílegos se han creído lo bastante poderosos para cambiar los tiempos y las leyes de Jehová; pero, a salvo en los archivos del cielo, en el arca de Dios, están los mandamientos originales, escritos en las dos tablas de piedra. Ningún potentado de la tierra tiene poder para sacar esas tablas de su sagrado escondite bajo el propiciatorio. El cuarto precepto del decálogo permanece inalterado, con las mismas pretensiones sobre el hombre que cuando los diez mandamientos fueron proclamados, entre humo y llamas, desde el monte santo.

Observamos la equidad de las exigencias de Dios en el cuarto mandamiento: "Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios". El Soberano del cielo y de la tierra nos da seis días para nuestro propio uso, y reserva sólo uno para sí, sobre el cual pone su bendición y lo santifica. Él requiere que el hombre observe sagradamente ese día, no usándolo para su propia ventaja o placer mundano. Es el tributo que Dios exige que los hombres le rindan por los beneficios que les ha otorgado.

Deberíamos dedicar una parte del sábado a la meditación religiosa y a considerar las bendiciones y maravillas de Dios en sus obras creadas, que se manifiestan tanto en el escarpado paisaje montañoso, donde la cima de la montaña se eleva sobre la cima de la montaña, donde los terribles barrancos y las rocas rotas por los terremotos y los relámpagos, llevan las marcas inconfundibles de Aquel que ha hollado las montañas en su ira; y en el aspecto más suave de la naturaleza, donde los altos árboles, los arroyos murmurantes, la hierba verde y las flores teñidas expresan el amor del Dios Infinito. Cuando contemplamos montañas escarpadas, debería repetirse ante nosotros la lección del Sinaí, y deberíamos contemplar aquella escena cuando Jehová pronunció su ley a oídos de todo el vasto ejército de Israel.

Los cimientos del Sabbath se establecieron en el Edén, y han de perpetuarse a través de todos los tiempos y la eternidad. El pecado de Adán causó su expulsión del Edén. Temible fue en verdad la maldición pronunciada sobre el transgresor de la ley de Dios. Mientras deploramos el pecado y la caída de Adán, guardémonos de seguir su ejemplo de desobediencia. Gracias a Dios que la institución del sábado no se incluyó entre las bendiciones perdidas con el Edén. Esa sagrada institución no descansa sobre vanas especulaciones; la autoridad y la evidencia que la sostienen son fuertes e irresistibles; la infidelidad puede atacarla, pero sigue siendo incontrovertible.

Dios, en su misericordia, ha enviado luz y mensajes de advertencia al mundo en referencia a su ley, que ha sido pisoteada. Hay un pueblo que reverencia y teme a Dios, y que responde a sus mensajes de advertencia, que se arrepiente de su transgresión de la ley de Dios y, mediante la fe en los méritos de Cristo, recibe el perdón de su transgresión. Dios, por medio de su profeta, elogia y da preciosas promesas a los que guardan el sábado del Señor: "Y los que son de ti reedificarán los antiguos yermos; tú levantarás los cimientos de muchas generaciones; y serás llamado reparador de brechas, restaurador de sendas para habitar".

El profeta se refiere aquí al quebrantamiento de la ley de Dios, al quebrantar el sábado del cuarto mandamiento. Este precepto ha sido echado a perder por el hombre de pecado; y el mundo profesamente cristiano ha aceptado un día que él ha sustituido por el sábado santificado del Señor. ¿Seremos de los que reparan la brecha abierta en la ley de Dios, o seremos de los que reciben la marca de la bestia, observando la institución humana en vez de la divina, alimentando así al hijo del papado?

No escribimos así porque supongamos que ignoran las evidencias del sábado y las demandas vinculantes de toda la ley de Dios; sino que deseamos refrescar sus mentes, para que se establezcan en la verdad presente.

Los que han aceptado la verdad impopular siempre se han visto obligados a hacer grandes sacrificios. La persecución ha caído pesadamente sobre algunos. Tenemos las vidas de los apóstoles como nuestros ejemplos; pero sobre todo tenemos la vida de Cristo, nuestro gran Ejemplar, presentada ante nosotros. El discípulo amado nos dice que fue desterrado a la isla de Patmos, "por la palabra de Dios, por el testimonio de Jesucristo". Mientras estaba en aquella isla desolada, para su indecible gozo, su amado Maestro y Señor estaba ante él, el mismo con quien había caminado y hablado cuando estaban juntos en el mundo, en cuyo seno había aprendido, cuyo gran corazón de amor había latido bajo la presión de su cabeza, cuyos sufrimientos había presenciado, y cuyo semblante había sido desfigurado más que el de los hijos de los hombres.

El Salvador se reveló a Juan, no en su humillación, sino en su majestad, tal como es ahora y tal como se revelará cuando venga en su gloria. Juan no vio a un Salvador en la cruz, ni a un hombre de dolores, sino al Hijo de Dios glorificado, vestido con un manto de luz y ceñido con un cinturón de oro. Sus ojos eran como llama de fuego, sus pies como bronce cuando resplandece en un horno. El sonido de su voz era como el estruendo de muchas aguas, y su rostro resplandecía como el sol en su esplendor de mediodía.

Puede que el mundo no aprecie nuestra fe; puede que se rían y se mofen de nuestras peculiaridades de creencia; puede que se burlen de nosotros por no seguir las costumbres del mundo. La palabra de Dios declara que el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Pero cuando Cristo venga de nuevo a la tierra aparecerá glorioso como Juan lo vio ser; y tenemos la preciosa promesa de que "seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es." Debemos apartar la vista de las dificultades de nuestra posición presente, y fijar nuestros ojos en las glorias de nuestro hogar celestial, animándonos ante la perspectiva

de ese brillante futuro en el que veremos a Cristo tal como es, y seremos hechos semejantes a él.

Juan descubrió en su soledad y destierro que el Señor no lo había olvidado. De esto podemos aprender que Dios es un escudo y un ayudante en toda emergencia, para aquellos que creen y confían en él. Cuando estamos rodeados de dificultades, peligros y desalientos, no debemos ceder en fe y principios, sino aprovechar cada precioso rayo de luz que se nos concede, y ser fieles a las responsabilidades que Dios nos ha dado.

Tú que estás perplejo y afligido, levanta la vista y anímate. Encomienda tus caminos con fe al Redentor compasivo. Él ha identificado sus intereses con los tuyos, y se aflige en tu aflicción. Él te ayudará a llevar tus cargas. Nunca abandones el sábado. Mantén firme el día santificado y las promesas que Dios ha unido a su observancia. ¿Es razonable suponer que Dios te haría más próspero en transgredir su ley que en rendirle alegre obediencia? Cuán fácilmente podría su mano cercar el camino que Satanás os presenta ahora bajo una luz tan halagadora. Dios promete a su Israel que si guardan sus estatutos y sus leyes los bendecirá en sus casas, en sus campos y en todas sus empresas; pero si desobedecen sus santos estatutos caerá sobre ellos su maldición. Que Dios te ayude a comprender que quien alimenta y cuida a los cuervos no olvidará a sus hijos.

7 de marzo de 1878

La Ley del Sinaí

Cuando los hijos de Israel salieron de Refidim prosiguieron su viaje, serpenteando por una estrecha abertura a través de las audaces rocas de granito de las montañas del desierto. Ascendieron gradualmente más y más alto, hasta que se abrió ante ellos una amplia llanura, rodeada de crestas de granito y picos montañosos que se elevaban hacia los cielos. La cordillera de Horeb se alzaba ante ellos con sombría majestad, sus peñascos rocosos en lo alto dirigían los ojos de los viajeros hacia el cielo. Una grandeza terrible y silenciosa reinaba sobre todo. ¡Qué contraste con la ajetreada actividad de Egipto! Aquí no había nada que distrajera la mente, nada que hablara a los sentidos, excepto los severos pináculos de granito que apuntaban hacia el cielo. Dios había ordenado a Moisés que trajera a su pueblo a este lugar de soledad y sublimidad naturales, para que pudieran oír su voz y recibir el libro de los estatutos del cielo.

Cincuenta días antes, la columna de fuego había iluminado el camino a través del Mar Rojo que Dios había abierto milagrosamente ante la multitud de su pueblo que marchaba. Desde entonces habían avanzado lentamente por el desierto, y Dios, con su poder milagroso, había obrado en su favor cuando lo necesitaban. Cuando estaban muertos de sed, murmuraban contra Dios, olvidados de lo que había hecho por ellos; pero Dios no se olvidó de ellos, les dio agua de la roca pedernalina y les hizo llover pan del cielo para saciar su hambre; y, por medio de su providencia, les enseñó lecciones de fe en su poder.

Toda la congregación de Israel acampó en la llanura, a la vista del monte Horeb. Luego siguieron los días de preparación para la gran escena que iba a causar la más viva impresión en sus mentes. El Señor dio a Moisés instrucciones expresas respecto a esta preparación que debía hacer su pueblo. "Y Jehová dijo a Moisés: Ve al pueblo, y santifícalos hoy y mañana; y laven sus vestidos, y estén preparados para el tercer día; porque al tercer día descenderá Jehová, a vista de todo el pueblo, sobre el monte Sinaí". El pueblo debía abstenerse de las preocupaciones mundanas y cultivar pensamientos devocionales para apartar sus pecados, estar libre de toda impureza personal y abrigar un sentido permanente de la santidad de Dios, cuya voz pronto iban a oír.

Dios ordenó a Moisés que pusiera límites alrededor del monte, para que ningún hombre o animal lo tocara, porque Dios iba a santificar el monte con su presencia, y el contacto del hombre pecador con esa presencia divina resultaría en la muerte instantánea del primero. El pueblo se movía de un lado a otro, haciendo estos preparativos solemnes con conducta sumisa y voces silenciosas, mientras sus ojos se dirigían instintivamente hacia las escarpadas alturas del monte Horeb. Obedecieron las instrucciones de Moisés con presteza, esperando oír las palabras de Dios pronunciadas a través de él, diciéndoles lo que debían hacer a continuación.

El campamento estaba ahora lleno de tenue excitación y expectación. Por fin la trompeta se eleva a los labios de Moisés, y la palabra resuena: ¡Que todo el pueblo venga ahora y se reúna con Dios! Los trompeteros, que habían estado esperando esta señal, recogen el sonido y repiten la orden a lo largo de toda la línea, despertando los resonantes ecos de las montañas. El pueblo obedece la llamada y se apresura a salir de sus tiendas con rostros pálidos y ansiosos. Se reúnen alrededor del monte y permanecen de pie con la respiración contenida, en solemne temor. Todos los murmullos se acallan hasta que la quietud es dolorosa. De repente, se oye desde el monte el poderoso tañido de una trompeta, seguido de terribles truenos y relámpagos, mientras un terremoto sacude la

montaña desde la base hasta la cima y, de la nube negra y terrible que se ciernen sobre ella como un manto, salen humo y llamas ardientes.

El trueno ensordecedor reverbera de cima en cima, y parece rodar con espantosa fuerza por las laderas del monte Horeb, y resonar por toda la tierra. Al pueblo le parece que la montaña se hará pedazos y caerá sobre ellos y los cubrirá. Los hebreos se postran para ocultar a sus ojos el misterio y la grandeza del monte, que gime y tiembla bajo las pisadas del Dios del cielo. Las esposas se aferran a sus maridos y los hijos a sus padres aterrorizados, muchos suplicando que los aparten de la temible escena. Pecados largamente ocultos fueron allí confesados con palabras quebradas, y el arrepentimiento y la humildad ablandaron los corazones y subyugaron los espíritus de los más endurecidos e imprudentes.

El Señor llama ahora a Moisés. Éste responde a la llamada. Entonces el Señor le ordena que suba al monte. Los ojos de todos se vuelven hacia su líder. ¿Se atreverá a ir? Moisés no vaciló en obedecer, sino que, con fe tranquila y confiada, subió al monte tembloroso con pasos lentos y solemnes, entre humo y llamas, y se perdió a la vista del pueblo atónito, mientras el monte permanecía envuelto en tinieblas y volúmenes de truenos rodaban por sus laderas temblorosas. Por fin Moisés desciende del monte.

La escena adquiere una grandeza espantosa a medida que Dios pronuncia su santa ley. Al final, el pueblo se retira instintivamente del monte, dejando a Moisés solo. La majestad y el terror de esta escena traen vívidamente ante nuestras mentes los solemnes acontecimientos del juicio, cuando el Príncipe del cielo venga por segunda vez, y la fuerte voz de la trompeta resuene de un extremo a otro de la tierra, penetre en la prisión de la muerte y rompa el sueño de los muertos, que se presentarán para recibir según las obras hechas en el cuerpo.

Los hebreos, aterrorizados, clamaron a Moisés: "Habla tú con nosotros, y no nos hable el Señor, no sea que muramos". No discernieron a su Abogado ante el Padre, interponiéndose entre él y el hombre pecador, y reclamando al pueblo descarriado de Israel como compra de su propia sangre. No reconocieron en la voz que les causaba tanto terror la voz del ángel que había conducido sus viajes de Egipto al Sinaí.

Muchos sólo pueden discernir en el Dios del Sinaí a un Soberano, Legislador y Juez; pero también nos ha dado allí un verdadero retrato de su carácter como Padre amoroso así como justo en este registro, "Y el Señor pasó delante de él, y proclamó: El Señor, el Señor Dios, misericordioso y clemente, paciente y

abundante en bondad y verdad, guardando misericordia a millares, perdonando la iniquidad y la transgresión y el pecado, y que de ningún modo exculpará al culpable; visitando la iniquidad de los padres sobre los hijos, y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y hasta la cuarta generación."

El Soberano del mundo ha dado a conocer, en los diez mandamientos, los principios que deben regir a la humanidad. Exige la obediencia implícita de sus súbditos, y si se niegan a ello, son desleales al Dios del cielo. En esos diez preceptos se declaran dos poderosos principios. En la primera tabla de piedra estaban inscritos los cuatro preceptos que mostraban el deber del hombre para con Dios; y en la segunda tabla estaban los seis que mostraban el deber del hombre para con sus semejantes. Cristo, que habló la ley, declaró que toda la ley y los profetas penden de los dos mandamientos principales que ilustran esos dos grandes principios. Contienen en resumen todo el deber del hombre: amar a Dios en grado sumo y amar al prójimo como a sí mismo.

La ley de los diez mandamientos, dada con terrible grandeza desde el Sinaí, nunca podrá ser derogada mientras permanezcan los cielos y la tierra. Toda ley y gobierno ilustrados tuvieron su origen en esas diez palabras del Todopoderoso. Los que hablan despectivamente del código moral están cegados por el pecado, y están del lado del gran rebelde, que siempre ha estado en guerra contra la ley de Dios, que es el fundamento de su gobierno en el cielo y en la tierra. Cuando Dios proclame que los hombres son inocentes si dejan de amarle, de reverenciar su nombre y de santificar su sábado, entonces, y no hasta entonces, la ley de Dios será abrogada.

Dios exige de sus súbditos obediencia, no a las nueve décimas partes de la ley, sino a cada uno de los diez preceptos. Son como los eslabones de una cadena; si se rompe uno, la cadena carece de valor. La violación de un mandamiento nos convierte en infractores de los mandamientos; y debemos obedecer de buen grado todos los preceptos de Jehová si queremos ser verdaderos cumplidores de los mandamientos, porque "el que ofende en una parte es culpable de todas".

Los que profesan ser ministros de Dios y, sin embargo, enseñan al pueblo que la santa ley de Dios ya no tiene ningún derecho sobre ellos, obran directamente contra Cristo. Dicen al pecador: Ya no estás bajo el terror del Sinaí, ni bajo la esclavitud de la ley; sólo ven a Jesús, y cree en él y serás salvo. Pero, ¿cómo pueden estos maestros definir el pecado a sus oyentes? El apóstol Pablo nos da esta definición: "El pecado es la transgresión de la ley". ¿Qué diremos, pues, si la ley es pecado? No, yo no había conocido el pecado sino por la ley, pues no

había conocido la concupiscencia si la ley no hubiera dicho: No codiciarás. Porque sin la ley el pecado estaba muerto; pues sin la ley viví una vez; pero cuando vino el mandamiento, el pecado revivió y yo morí, por lo cual la ley es santa, y el mandamiento santo, y justo, y bueno."

David exclama: "La ley del Señor es perfecta que convierte el alma". David había transgredido la ley, y la ley lo mantuvo prisionero hasta que se arrepintió de su pecado, y fue perdonado mediante la fe en la virtud del Redentor prometido. No hay poder en la ley para eliminar un solo defecto, ni para salvar al pecador de la consecuencia de su transgresión. Pero cuando el pecador es convencido por la luz de la ley, entonces tiene una obra que hacer: Arrepentimiento hacia Dios a causa de la transgresión de su ley, y fe hacia nuestro Señor Jesucristo, el sustituto y fiador del pecador. Entonces el perdón y la salvación gratuita pueden ser suyos. Pero Jesucristo nunca salvará a nadie que tenga conocimiento de la ley de Dios y, sin embargo, viva en transgresión de ella.

Cristo vino a la tierra para mantener y exaltar la ley divina, sufriendo él mismo la pena del pecado, y para demostrar así que Dios no exonerará en modo alguno al culpable. Muchos afirman que la ley de Dios ha sido abolida; pero Cristo dijo: "Hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni un tilde pasará de la ley hasta que todo se haya cumplido". La ley ceremonial de las ofrendas sacrificiales, que señalaban a Cristo, cesó con la muerte de Cristo, pero su misión en la tierra era vindicar la ley suprema de Dios, no anularla. Si esto último hubiera sido posible, el Hijo de Dios no habría tenido necesidad de morir para redimir al hombre pecador. Pero como la ley de Dios era tan inmutable como su carácter, fue necesario, para preservar la autoridad del Soberano universal, y al mismo tiempo salvar al hombre de las consecuencias de su transgresión, que Jesucristo muriera, ofrenda sin pecado por un mundo pecador. La muerte de Cristo atestigua, pues, la inmutabilidad de la ley de Dios.

Muchos aceptan nueve de los mandamientos, pero se preocupan por el cuarto. No ven ninguna falta en el primero, que ordena que no tengamos dioses ante el Infinito, ni en el segundo, que prohíbe la adoración de imágenes, ni en el tercero, que dispone contra la profanación del nombre de Dios. Pero el cuarto les parece difícil de comprender, y se preguntan por qué el mundo en general y las iglesias no observan el séptimo día, y especialmente por qué los ministros no enseñan su observancia desde sus púlpitos.

Los ministros deciden aceptar una institución papal en lugar del día que Dios santificó y bendijo, antes que singularizarse del mundo e incurrir en los inconvenientes que resultan de tal reforma. Pero su deslealtad no excusa a otros de mostrar falta de respeto al Dios del cielo, pisoteando la santidad del día que él ha apartado para que el hombre lo observe.

El cuarto mandamiento es el único que define quién es el Dios vivo. Nos remite a la creación y al Edén: "Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, y reposó en el séptimo día; por lo cual bendijo y santificó Jehová el séptimo día". Así pues, este precepto lleva el sello del Creador. El cuarto mandamiento ocupa un lugar central en las normas que definen los deberes del hombre para con Dios y sus semejantes. Es el eslabón de oro que une al hombre finito con el Dios Infinito. ¿Qué autoridad tiene el hombre para despreciar u objetar este precepto prominente más que cualquiera de los otros nueve?

Las reglas específicas para el gobierno de la vida social y religiosa de los hebreos, fueron dadas a Moisés para los israelitas, y abarcaban los principios de los diez mandamientos. Pero los mandamientos mismos, pronunciados por la voz de Dios a oídos de todo el pueblo y grabados en las dos tablas de piedra, fueron dados en beneficio de toda la humanidad y debían perdurar a través de todos los tiempos. El hecho de que la transgresión del cuarto mandamiento sea tan general, no disminuye el pecado del transgresor. Dios hace al hombre responsable de la observancia de cada uno de sus preceptos.

Porque los profetas maestros del pueblo declaran que la ley del sábado ya no es obligatoria para el hombre, ¿dejaremos a un lado nuestras Biblias para aceptar su declaración? ¿Confiaremos nuestras almas a los ministros? ¿Pueden ellos responder por nosotros en el día de Dios? Cuando Cristo anunció que era el Ungido, si los judíos hubieran escudriñado las Escrituras por sí mismos, para comprobar si sus palabras eran ciertas, no se habrían visto envueltos en el error y el fanatismo. Pero creyeron lo que les dijeron los sacerdotes y los gobernantes, que Cristo era un impostor, y las tinieblas se cerraron sobre ellos. No deseamos colocarnos en una posición similar a la de los judíos incrédulos. Queremos seguir el mandato de nuestro Salvador: "Escudriñad las Escrituras, porque en ellas pensáis que tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí".

El transgresor de la ley divina estará en una posición temible en el día de Dios. Ni las lágrimas, ni las oraciones, ni la reforma podrán justificarlo ante el Todopoderoso. Sólo hay un nombre dado bajo el cielo y entre los hombres que puede salvar al pecador de la condenación de la ley. El nombre de Jesús es

eficaz para el pecador durante su probación. Jesús nunca quebrantó la ley de su Padre; la honró y magnificó, y llevó su maldición por nosotros. El arrepentimiento para con Dios, la simple fe en la sangre de Cristo y la obediencia a la ley de Dios salvarán al pecador, porque entonces Cristo le imputará su carácter justo. Pero la sangre de Cristo nunca expiará un pecado no arrepentido y no confesado.

¡Oh, que el pueblo busque la sabiduría por sí mismo, y considere las grandes verdades de la palabra de Dios! Sus intereses eternos están involucrados en estos asuntos, y nadie puede permitirse cometer un error. Todas nuestras dificultades y dudas se disiparán si aceptamos a Cristo como nuestro maestro y aprendemos de él la sabiduría.

14 de marzo de 1878

La Ley y el Evangelio

EGW

Cuando los judíos rechazaron a Cristo, rechazaron el fundamento de su fe. Y, por otra parte, el mundo cristiano de hoy que afirma tener fe en Cristo, pero rechaza la ley de Dios, está cometiendo un error similar al de los judíos engañados. Aquellos que profesan aferrarse a Cristo, centrando sus esperanzas en él, mientras desprecian la ley moral y las profecías, no se encuentran en una posición más segura que la de los judíos incrédulos. No pueden llamar comprensivamente a los pecadores al arrepentimiento, porque son incapaces de explicar adecuadamente de qué deben arrepentirse. El pecador, al ser exhortado a abandonar sus pecados, tiene derecho a preguntar: ¿Qué es el pecado? Quienes respetan la ley de Dios pueden responder: El pecado es la transgresión de la ley. En confirmación de esto, el apóstol Pablo dice: Yo no había conocido el pecado sino por la ley.

Sólo quienes reconocen la exigencia vinculante de la ley moral pueden explicar la naturaleza de la expiación. Cristo vino para mediar entre Dios y el hombre, para hacer al hombre uno con Dios, llevándolo a la lealtad a su ley. No había poder en la ley para perdonar a su transgresor. Sólo Jesús podía pagar la deuda del pecador. Pero el hecho de que Jesús haya pagado la deuda del pecador arrepentido no le da licencia para seguir transgrediendo la ley de Dios, sino que en adelante debe vivir en obediencia a esa ley.

La ley de Dios existía antes de la creación del hombre, de lo contrario Adán no habría podido pecar. Después de la transgresión de Adán, los principios de la ley no cambiaron, sino que fueron definitivamente dispuestos y expresados para satisfacer al hombre en su condición caída. Cristo, en consejo con su Padre, instituyó el sistema de ofrendas sacrificiales: que la muerte, en vez de ser inmediatamente visitada sobre el transgresor, fuera transferida a una víctima que prefigurara la ofrenda grande y perfecta del Hijo de Dios.

Los pecados del pueblo eran transferidos en figura al sacerdote oficiante, que era un mediador para el pueblo. El sacerdote no podía convertirse él mismo en ofrenda por el pecado y expiar con su vida, pues también era pecador. Por eso, en lugar de sufrir él mismo la muerte, mataba un cordero sin defecto; la pena del pecado se transfería al animal inocente, que se convertía así en su sustituto inmediato y tipificaba la ofrenda perfecta de Jesucristo. A través de la sangre de esta víctima, el hombre esperaba por fe la sangre de Cristo que expiaría los pecados del mundo.

Si Adán no hubiera transgredido la ley de Dios, nunca se habría instituido la ley ceremonial. El evangelio de las buenas nuevas fue dado por primera vez a Adán en la declaración que se le hizo de que la simiente de la mujer heriría la cabeza de la serpiente; y fue transmitido a través de generaciones sucesivas a Noé, Abraham y Moisés. El conocimiento de la ley de Dios y el plan de salvación fueron impartidos a Adán y Eva por Cristo mismo. Ellos atesoraron cuidadosamente la importante lección, y la transmitieron de boca en boca, a sus hijos, y a los hijos de sus hijos. Así se conservó el conocimiento de la ley de Dios.

Los hombres vivieron casi mil años en aquellos días, y los ángeles los visitaban con instrucciones directamente de Cristo. Se estableció el culto a Dios por medio de ofrendas sacrificiales, y los que temían a Dios reconocían sus pecados ante él, y esperaban con gratitud y santa confianza la llegada de la Estrella Diurna, que guiaría a los hijos caídos de Adán al cielo, mediante el arrepentimiento hacia Dios y la fe en nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Así se predicaba el Evangelio en cada sacrificio; y las obras de los creyentes revelaban continuamente su fe en un Salvador venidero. Jesús dijo a los judíos: "Si hubierais creído a Moisés, me habríais creído a mí, porque él escribió de mí. Pero si no creéis en sus escritos, ¿cómo creeréis en mis palabras?".

Sin embargo, fue imposible que Adán, con su ejemplo y sus preceptos, detuviera la marea de infortunios que su transgresión había traído sobre los hombres. La

incredulidad se introdujo en el corazón de los hombres. Los hijos de Adán presentan el ejemplo más antiguo de los dos cursos diferentes seguidos por los hombres con respecto a las pretensiones de Dios. Abel vio a Cristo representado en las ofrendas del sacrificio. Caín era incrédulo en cuanto a la necesidad de los sacrificios; se negó a discernir que Cristo estaba tipificado por el cordero inmolado; la sangre de los animales le parecía carente de virtud. El Evangelio fue predicado a Caín tanto como a su hermano; pero fue para él un sabor de muerte hasta la muerte, porque no quiso reconocer, en la sangre del Cordero sacrificado, a Jesucristo, la única provisión hecha para la salvación del hombre.

Nuestro Salvador, en su vida y muerte, cumplió todas las profecías que apuntaban a sí mismo, y fue la sustancia de todos los tipos y sombras significados. Guardó la ley moral y la exaltó respondiendo a sus exigencias como representante del hombre. Aquellos de Israel que se volvieron al Señor y aceptaron a Cristo como la realidad representada por los sacrificios típicos, discernieron el fin de lo que había de ser abolido. La oscuridad que cubría el sistema judío como un velo, era para ellos como el velo que cubría la gloria sobre el rostro de Moisés. La gloria sobre el rostro de Moisés era el reflejo de la luz que Cristo vino a traer al mundo para beneficio del hombre.

Mientras Moisés estaba encerrado en el monte con Dios, el plan de salvación, que databa de la caída de Adán, le fue revelado de la manera más forzosa. Supo entonces que el mismo ángel que conducía los viajes de los hijos de Israel iba a revelarse en la carne. El Hijo amado de Dios, que era uno con el Padre, iba a hacer a todos los hombres uno con Dios que creyeran y confiaran en él. Moisés vio el verdadero significado de las ofrendas de sacrificio. Cristo enseñó el plan del Evangelio a Moisés, y la gloria del Evangelio, por medio de Cristo, iluminó el semblante de Moisés de modo que el pueblo no podía mirarlo.

El propio Moisés era inconsciente de la gloria resplandeciente que se reflejaba en su rostro, y no sabía por qué los hijos de Israel huían de él cuando se les acercaba. Los llamaba, pero no se atrevían a mirar aquel rostro glorificado. Cuando Moisés supo que el pueblo no podía mirar su rostro a causa de su gloria, lo cubrió con un velo.

La gloria sobre el rostro de Moisés fue sumamente dolorosa para los hijos de Israel a causa de su transgresión de la santa ley de Dios. Esta es una ilustración de los sentimientos de los que violan la ley de Dios. Desean apartar de su luz penetrante lo que es un terror para el transgresor, mientras que a los leales les parece santa, justa y buena. Sólo aquellos que tienen una justa consideración

por la ley de Dios pueden estimar correctamente la expiación de Cristo que se hizo necesaria por la violación de la ley del Padre.

Los que abrigan la opinión de que no hubo Salvador en la antigua dispensación, tienen un velo tan oscuro sobre su entendimiento como el que tenían los judíos que rechazaron a Cristo. Los judíos reconocieron su fe en un Mesías que vendría en la ofrenda de sacrificios que tipificaban a Cristo. Sin embargo, cuando Jesús apareció, cumpliendo todas las profecías relativas al Mesías prometido, y haciendo obras que lo señalaban como el divino hijo de Dios, lo rechazaron y se negaron a aceptar la evidencia más clara de su verdadero carácter. La iglesia cristiana, por otra parte, que profesa la máxima fe en Cristo, al despreciar el sistema judío prácticamente niega a Cristo, que fue el originador de toda la economía judía.

21 de marzo de 1878

Los pecados de los fariseos

"Entonces Jesús habló a la multitud y a sus discípulos, diciendo: Los escribas y los fariseos se sientan en la cátedra de Moisés. Por tanto, todo lo que os manden guardar, guardadlo y hacedlo; pero no hagáis según sus obras, porque dicen y no hacen." Los escribas y fariseos pretendían estar investidos de una autoridad divina semejante a la de Moisés. Asumían ocupar su lugar como expositores de la ley y jueces del pueblo. Como tales, reclamaban toda la deferencia y obediencia del pueblo. Pero Jesús amonestaba a sus oyentes a observar y hacer lo que los sacerdotes enseñaban según la ley, pero no a seguir su ejemplo, pues ellos descuidaban los deberes que enseñaban a observar a los demás.

El Salvador dejó bien claro a todos que no tenía ningún agravio personal contra los escribas y fariseos, a pesar de que abusaban de él; pero condenó abiertamente sus caracteres y actos como directamente opuestos a sus enseñanzas, y por lo tanto no debían ser imitados. Dijo: "Atan cargas pesadas y penosas de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos mismos no las mueven ni con un dedo". Los fariseos imponían una multitud de reglamentos minuciosos que tenían su fundamento en la tradición, y restringían irrazonablemente la libertad personal de acción.

Dios prohibió comer animales inmundos, no para ejercer una autoridad arbitraria, sino para preservar la vida y la salud de su pueblo. Para que conservaran sus facultades mentales y corporales, era necesario que su sangre se mantuviera pura, comiendo alimentos sencillos y saludables. Por lo tanto,

especificó los animales menos objetables para la alimentación. Los judíos dirigentes que se deleitaban en la enseñanza y en la administración de la ley, llevaban las prohibiciones de Dios a extremos irrazonables, haciendo de la vida una carga de ceremonias y restricciones. Llevaron tan lejos los reglamentos sobre el comer y el beber, que la mente se mantenía en continua tensión para distinguir entre lo que se consideraba limpio e inmundo, y para seguir la multitud de mandatos impuestos por los sacerdotes. Toda el agua se colaba para evitar que la presencia de la más pequeña mota o insecto la convirtiera en impura y, por tanto, no apta para el consumo. Temían constantemente infringir costumbres y tradiciones que les habían sido enseñadas como partes de la ley.

Los fariseos, con su interminable ronda de formas, fijaron la mente del pueblo en los servicios externos, descuidando la verdadera religión. No lograron conectar el pensamiento de Cristo con sus ceremonias y, habiendo abandonado la fuente de agua viva, cavaron para sí mismos cisternas rotas que no podían contener agua.

Los sacerdotes, los escribas y los gobernantes no sólo rechazaron ellos mismos a Cristo, sino que tomaron los medios más injustos para perjudicar al pueblo contra él, engañándolo con falsos informes y burdas tergiversaciones. Dijo Jesús: "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque cerráis el reino de los cielos a los hombres; pues ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a los que entran". Estas palabras, que condenan este pecado de los fariseos, son aplicables a todos los que siguen su ejemplo. En todas las épocas del mundo la verdad ha sido impopular; sus doctrinas no son agradables a la mente natural. El profesor frío, el fanático y el hipócrita no están dispuestos a aceptar lo que escudriña el corazón y reprende la vida. Algunos ministros desvían los oídos del pueblo de la verdad a las fábulas, sin detenerse ante nada que les ayude a llevar a cabo su propósito. Incluso se rebajan a pervertir las palabras y a difamar el carácter de los que reciben y aman las preciosas verdades de Dios, y trabajan para que otros las conozcan.

El Salvador pronunció un ay sobre aquellos que, imitando al gran rebelde, rodean todas las dificultades para hacer un prosélito. Dijo: "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque recorréis mar y tierra para hacer un prosélito, y cuando lo hacéis, lo hacéis dos veces más hijo del infierno que vosotros mismos". Aquellos a quienes se dirigía recurrían a cualquier tipo de engaño para ganar influencia entre la gente e impedir que creyeran y obedecieran la verdad. El Salvador declaró de ellos: "Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. El fue homicida

desde el principio y no permaneció en la verdad, porque no hay verdad en él; cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso y padre de mentira." Estas palabras cortantes se aplicaron a los que hacían las más altas pretensiones de piedad, y que consideraban a todas las demás naciones como despreciables a los ojos de Dios.

Tales celosos adversarios de la verdad se encuentran en nuestros días. No dejan ningún medio sin probar para subvertir las mentes y las conciencias de los hombres. Crean falsedades y encuentran muchos dispuestos a creerlas. Se han alejado paso a paso de la luz hacia las tinieblas, hasta que la luz se ha convertido en tinieblas para ellos. Poseen un celo decidido, que sabe a honestidad, y a muchos les parece tal. Están dispuestos a hacer grandes sacrificios y a soportar desaires con tal de alcanzar su objetivo, volviendo una y otra vez sobre el mismo punto, tratando de apartar a las almas de la verdad divina hacia supersticiones y fábulas. Estos piadosos pretendientes vienen como ángeles de luz, profesando profunda experiencia en las cosas de Dios, mientras están haciendo la obra de Satanás. Aquellos a quienes logran ganar se vuelven aún peores que ellos mismos; tal es el camino descendente hacia la ruina. Jesús dice de esta última clase: "Le hacéis dos veces más hijo del infierno que vosotros mismos."

El Salvador continuó: "¡Ay de vosotros, guías ciegos, que decís: Quien jure por el templo, nada es; pero quien jure por el oro del templo, es deudor! Necios y ciegos, pues ¿qué es más grande, el oro o el templo que santifica el oro? Y el que jure por el altar, nada es; mas el que jure por la ofrenda que está sobre él, es culpable. Necios y ciegos, pues, ¿cuál es mayor, la ofrenda o el altar que santifica la ofrenda?". Los sacerdotes interpretaban los requisitos de Dios para satisfacer su falso y estrecho criterio. Presumían de hacer bonitas distinciones entre la culpabilidad comparativa de diversos pecados, pasando por alto algunos ligeramente, asignando como excusa que el fin justificaba los medios, mientras que errores de consecuencias quizá menores eran tratados como imperdonables. Estos guías ciegos confundieron tanto las mentes de sus seguidores con respecto al pecado y a la norma adecuada de santidad, que estaban destinados a perecer finalmente con sus líderes.

Los fariseos asumieron la responsabilidad de decidir sobre las cargas y los deberes de los demás según el juicio de sus propias mentes carnales. Aceptaron dinero de personas a cambio de excusarlas de sus votos, y en algunos casos, crímenes de carácter agravado fueron pasados por alto en consideración de grandes sumas de dinero pagadas a las autoridades por el transgresor. Al mismo tiempo, estos sacerdotes hipócritas eran exactos en materia de sacrificios y

ceremonias, como si fuera posible que las frías formas borrarán los pecados no arrepentidos de sus vidas cotidianas.

El Señor dijo a Samuel: "¿Se complace tanto el Señor en los holocaustos y en los sacrificios como en obedecer la voz del Señor? He aquí que obedecer es mejor que los sacrificios, y escuchar que la grosura de los carneros". Ningún servicio exterior, ni siquiera en lo exigido por Dios, puede sustituir a una vida obediente. El Creador desea el servicio de corazón de sus criaturas.

Dios ha dicho por medio de Oseas: "Porque misericordia quise y no sacrificios, y conocimiento de Dios más que holocaustos. Pero ellos, como hombres, han transgredido el pacto; allí me han traicionado". Los muchos sacrificios de los judíos y el derramamiento de sangre para expiar pecados por los que no sentían verdadero arrepentimiento, siempre repugnaron a Dios. Habló por medio de Miqueas diciendo: "¿Con qué me presentaré ante el Señor, y me inclinaré ante el Dios alto? ¿Me presentaré ante él con holocaustos, con becerros de un año? ¿Se complacerá el Señor en millares de carneros, o en diez millares de ríos de aceite? ¿Daré mi primogénito por mi rebelión, el fruto de mi cuerpo por el pecado de mi alma? Él te ha mostrado, oh hombre, lo que es bueno; ¿y qué pide el Señor de ti, sino que hagas justicia, ames la misericordia y caminos humildemente con tu Dios?".

Los dones costosos y una apariencia de santidad no pueden ganar el favor de Dios. Él exige para sus misericordias un espíritu contrito, un corazón abierto a la luz de la verdad, amor y compasión por nuestros semejantes y un espíritu que se niegue a dejarse sobornar por la avaricia o el amor propio. Los sacerdotes y los gobernantes carecían de estos elementos esenciales para obtener el favor de Dios, y sus regalos más preciosos y sus magníficas ceremonias eran una abominación a sus ojos.

Los fariseos construyeron costosos monumentos a los profetas muertos, fingiendo deplorar los pecados de sus padres al rechazar, perseguir y asesinar a los siervos elegidos de Dios. Al mismo tiempo ardían de rabia contra el profeta más grande que el mundo había visto jamás, simplemente porque revelaba y reprendía sus pecados. No sólo manifestaban el mismo espíritu de odio que había animado a sus padres, sino que eran diez veces peores que ellos al oponerse y conspirar contra el divino Hijo de Dios.

Estos hombres a quienes Jesús desenmascaró de manera tan implacable deberían ser una advertencia para los que rechazan la luz de la verdad. Se habían adentrado paso a paso en las tinieblas, rechazando las evidencias de que Jesús

era el verdadero Mesías, hasta que la oscuridad de sus mentes era tan grande que llamaban a la justicia pecado y al pecado justicia. Evidenciaron la misma malicia que actuó Satanás contra Cristo en el cielo, y por la misma razón, a causa de la bondad superior del Hijo de Dios. Eran, en efecto, hijos de Satanás. Condenaron los actos de sus antepasados al perseguir a los profetas, y asumieron ser los representantes de aquellos santos hombres de Dios que murieron por su fe; Construyeron las tumbas de los profetas y adornaron sus sepulcros, y se decían unos a otros: Si hubiéramos vivido en aquellos días no habríamos participado con los que derramaron la sangre de los siervos de Dios, pero al mismo tiempo planeaban destruir al Hijo de Dios, y no habrían dudado en imbuir sus manos en su sangre si no hubieran temido al pueblo.

La condición de los fariseos debería ser una lección para el mundo cristiano de hoy. Debería abrirles los ojos al poder de Satanás para engañar las mentes humanas cuando una vez se apartan de la preciosa luz de la verdad, y ceden al control del enemigo. Muchos de los que hoy hacen profesiones exaltadas siguen el rastro de los fariseos. Aprecian celosamente la memoria de los profetas, así como los fariseos fueron celosos en construir y decorar sus tumbas. Declaran que, si hubieran vivido en los días en que Cristo estaba en la tierra, habrían recibido con gusto sus enseñanzas y las habrían obedecido. Pero si estas mismas personas hubieran sido colocadas en una posición similar a la de los judíos, no habrían hecho nada mejor que los que crucificaron al Salvador.

La verdad impopular no es más aceptable para los corazones farisaicos y santurriones de hoy que cuando Cristo caminó por la tierra, un hombre entre los hombres.

Si los cristianos fueran puestos a prueba ahora como lo fueron los judíos en el primer advenimiento de Cristo, pocos lo aceptarían envuelto en su manto de humanidad, viviendo una vida de humillación y pobreza. El mundo cristiano puede aceptar al Mesías como Rey a la diestra de Dios en el cielo, pero sus corazones rechazan a un Salvador de humildad y abnegación; se encogen ante la cruz de Cristo, como hicieron los altivos fariseos. Pocos imitan el ejemplo de Jesús y siguen sus enseñanzas en su vida cotidiana. Él ha exhortado a sus discípulos a seguir sus pasos. Muchos están tan ciegos respecto al plan de salvación como lo estaban los fariseos, que profesaban obediencia a Dios mientras rechazaban a Aquel que vino a obrar su salvación, para que sus esfuerzos por adquirir un carácter justo tuvieran virtud ante Dios por medio del Abogado y sustituto del pecador.

Si el hombre sacrifica los principios rectos y la verdad porque así puede evitar la persecución y la prueba en esta vida, puede obtener la amistad del mundo, pero perderá el favor de Dios. Sacrifica su bienestar eterno por consideraciones insignificantes. Pero el que obedece los requerimientos de Cristo, sin mirar ni planear por su propia conveniencia, prefiriendo incluso sacrificar su vida temporal antes que apartarse de la luz de la verdad, se asegurará la recompensa de la futura vida inmortal. Jesús ha dicho: "El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna."

9 de mayo de 1878

Santificación mediante la verdad

Nosotros, que profesamos guardar los mandamientos de Dios, no estamos más allá de las tentaciones de Satanás. La historia de los judíos fue escrita para nuestro beneficio, sobre quienes han venido los fines del mundo, para que no murmuremos como ellos murmuraron; para que no nos llenemos de ambición y orgullo como ellos; para que evitemos su ejemplo de obrar mal, y no caigamos como ellos cayeron. En la sagrada Palabra de Dios se nos presenta la historia de Israel para nuestra instrucción. ¿Estamos aprovechando al máximo la información que se nos da, o estamos simplemente siguiendo los pasos de los fariseos, pretendiendo estar conectados con Dios, llevando las hojas de la profesión, pero no el fruto? Tenemos la verdad de Dios, la verdad más preciosa y sagrada que jamás haya sido dada al mundo; la verdad que fue comparada con una cadena de oro, siendo bajada, eslabón tras eslabón, del cielo a la tierra para que la agarremos. Sin embargo, podemos profesar asir los eslabones de oro de la verdad, y aun así no ser santificados por ella. Como la higuera pretenciosa, podemos estar cubiertos de hojas pero estar desprovistos de fruto. Aunque sabemos que la verdad que sostenemos es tan firme como las colinas eternas, ¿cuántos de nosotros estamos dispuestos a asentarnos en la teoría de esa verdad, sin tener evidencia de que Cristo está en ellos, y ellos en Cristo? Cuántos se contentan con pasar día tras día sin experimentar su influencia santificadora sobre el corazón, que conduce a las buenas obras. Cristo dijo: "Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad". Es la santificación por medio de la verdad lo que nos hace amados de Dios.

No sólo debemos aferrarnos a la verdad, sino dejar que ella se aferre a nosotros; y así tener la verdad en nosotros y nosotros en la verdad. Y si este es el caso, nuestras vidas y caracteres revelarán el hecho de que la verdad está logrando algo para nosotros; que nos está santificando, y nos está dando una aptitud moral

para la sociedad de los ángeles celestiales en el reino de gloria. La verdad que sostenemos viene del cielo; y cuando esa religión encuentra alojamiento en el corazón, comienza su obra de refinar y purificar; porque la religión de Jesucristo nunca hace a un hombre tosco o grosero; nunca lo hace descuidado o de corazón duro; sino que la verdad de origen celestial, la que viene de Dios, eleva y santifica al hombre; lo hace cortés, amable, afectuoso y puro; le quita la dureza de corazón, el egoísmo y el amor al mundo, y lo purifica del orgullo y de la ambición impía.

E. G W.

6 de junio de 1878

Los padres como consejeros

Los padres deben animar a sus hijos a confiar en ellos y desahogar con ellos sus penas del corazón, sus pequeñas molestias y pruebas diarias. Si hacen esto, los padres pueden aprender a simpatizar con sus hijos, y orar por ellos y con ellos, para que Dios los proteja y guíe. Deben señalarles a su Amigo y Consejero que nunca falla, quien se conmovirá con los sentimientos de sus debilidades. Él fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado.

Satanás tienta a los niños a ser reservados con sus padres, y a elegir como confidentes a compañeros jóvenes e inexpertos que no pueden ayudarlos ni darles buenos consejos. Se entregan a conversaciones inútiles sobre los actos y hechos de los demás, que marchitan los pensamientos y sentimientos nobles y devotos, y alejan del corazón los deseos buenos y santos, dejándolo frío y desprovisto del verdadero amor a Dios.

Los hijos se salvarían de muchos males si se familiarizaran más con sus padres. Los padres deben fomentar en sus hijos la disposición a ser abiertos y francos con ellos, a acudir a ellos con sus dificultades, y cuando estén perplejos en cuanto a qué curso es el correcto, exponer el asunto tal como lo ven ante sus padres, y pedirles consejo. ¿Quiénes están tan bien calculados para ver y señalar sus peligros como los padres piadosos? ¿Quién puede comprender los temperamentos peculiares de sus hijos tan bien como ellos? La madre que ha observado cada giro de la mente desde la infancia, y conoce la disposición natural, está mejor preparada para aconsejar a sus hijos. ¿Quién como la madre, ayudada por el padre, puede decir qué rasgos del carácter hay que controlar y refrenar?

Los niños que son cristianos preferirán el amor y la aprobación de sus padres temerosos de Dios por encima de cualquier bendición terrenal. Amarán y honrarán a sus padres. Este debe ser uno de los principales estudios de sus vidas: ¿Cómo puedo hacer felices a mis padres? Los niños que no han sido disciplinados ni han recibido una instrucción correcta, tienen muy poco sentido de sus obligaciones para con sus padres. A menudo sucede que cuanto más hacen sus padres por ellos, más ingratos son y menos los respetan. Los niños que han sido mimados y atendidos, siempre lo esperan; y si sus expectativas no se cumplen, se sienten decepcionados y desanimados. Esta misma disposición se verá a lo largo de toda su vida, y se sentirán indefensos, apoyándose en los demás en busca de ayuda, esperando que los demás les favorezcan y cedan ante ellos. Y si se les opone, aun después de haber llegado a la edad adulta y a la adultez femenina, se creen maltratados; y así se afanan en su camino por el mundo, apenas capaces de soportar su propio peso, a menudo murmurando e inquietándose porque todo no les conviene. Mucho pecado resulta de la ociosidad. Las manos y las mentes activas no encuentran tiempo para prestar atención a cada tentación que el enemigo sugiere; pero las manos y los cerebros ociosos están listos para que Satanás los controle, y los padres deben enseñar a sus hijos que la ociosidad es pecado.

Muchos padres piensan que si complacen los deseos de sus hijos y les dejan seguir sus propias inclinaciones, se ganarán su amor. ¡Qué idea tan equivocada! ¡Qué error! Los niños así disciplinados crecen sin freno en sus deseos, inflexibles en sus disposiciones, egoístas, exigentes y dominantes, y son una maldición para sí mismos y para todos los que les rodean. Los padres, en gran medida, tienen en sus manos la felicidad futura de sus hijos. Sobre ellos recae la importante tarea de formar el carácter de sus hijos. Las instrucciones que les den en la infancia les seguirán durante toda su vida. Los padres pueden sembrar la semilla que brotará y dará fruto para bien o para mal.

E. G. W.

18 de julio de 1878

Incidentes en el viaje al Pacífico Norte

Salimos de San Francisco el 10 de junio en el vapor *Oregón* con destino a Portland. Yo había trabajado demasiado, y estaba muy cansado, y me lisonjeaba de poder descansar a bordo del vapor. Pero el viento soplaba muy fuerte directamente contra nosotros, permanecí en cubierta después de que casi todos

lo hubieran abandonado a causa del mareo, disfruté de la vista de las olas que corrían montaña arriba, azules y verdes, y del chorro que reflejaba todos los colores del arco iris. No podía cansarme de contemplar aquella grandiosa escena, y reflexionaba sobre la facilidad con que todos los que estábamos a bordo podíamos ser engullidos por las furiosas aguas.

Al contemplar las olas blancas y rugientes, me acordé de aquella escena de la vida de Cristo, cuando los discípulos, obedeciendo la orden de su Maestro, se dirigieron en sus barcas a la otra orilla del mar. Una terrible tempestad se abatió sobre ellos, sus embarcaciones no obedecían a su voluntad, y fueron llevados de un lado a otro hasta que, desesperados, abandonaron los remos. Esperaban perecer allí; pero, mientras la tempestad y las olas hablaban con la muerte, Cristo, a quien habían dejado en la otra orilla, se les apareció caminando tranquilamente sobre las embravecidas olas de cresta blanca. Habían quedado perplejos ante la inutilidad de sus esfuerzos y la aparente desesperanza de su caso, y lo habían dado todo por perdido. Cuando vieron a Jesús delante de ellos sobre el agua aumentó su terror, lo interpretaron como un precursor seguro de su muerte inmediata. Gritaron con gran temor. Pero, en lugar de que su aparición anunciara la presencia de la muerte, vino como el mensajero de la vida. Su voz se oyó por encima del estruendo de los elementos: "Soy yo, no temáis". ¡Cuán rápidamente cambió la escena del horror de la desesperación a la alegría de la fe y la esperanza en la presencia del amado Maestro! Los discípulos ya no sentían ansiedad ni temor de la muerte, porque Cristo estaba con ellos.

Permanecí en cubierta hasta que oscureció, y luego fui al camarote, donde el cabeceo del barco me puso muy enfermo. Esto fue el lunes, y no pude levantarme desde entonces hasta el jueves por la mañana, tomando sólo una vez durante ese tiempo un poco de té de carne y galletas. Tuvimos un fuerte viento en contra durante todo el trayecto desde San Francisco, y todos nos alegramos cuando, el jueves por la mañana, pasamos la barra y entramos en el tranquilo río, dejando atrás las inquietas olas. Sólo había dos o tres pasajeros a bordo que no estuvieran mareados.

El capitán Connor, del vapor *Oregón*, fue cortés y atento, haciendo todo lo posible para que nuestro viaje fuera agradable. La azafata era servicial, siempre ocupada en ir de una habitación a otra con comida para tentar el apetito de los que estaban demasiado enfermos para ir a la mesa del comedor. Nos sentimos agradecidos de ver que en este barco se prestaba tanta atención a los enfermos de mareo, que tanto necesitaban cuidados.

Todos a bordo pasaron la mayor parte del último día en el agua. Todos habían recuperado la salud y el apetito, y no parecían haber empeorado mucho a causa del mareo.

Había varios ministros a bordo que, como nosotros, iban a Oregón a celebrar reuniones, a petición nuestra. Entre ellos estaba Elder Brown, con su familia, que ha estado hablando en San Francisco y Santa Rosa. Yo había distribuido algunas de nuestras publicaciones entre los pasajeros. Por la noche estaba en mi habitación, cuya puerta daba a la cubierta superior. Oí que el anciano declaraba a una compañía reunida a su alrededor que era imposible que un hombre cumpliera la ley de Dios; que el hombre nunca la cumplió y nunca podrá cumplirla. Dijo: "Ningún hombre llegará al cielo guardando la ley. La Sra. White es todo ley, ley; ella cree que debemos ser salvos por la ley, y nadie puede ser salvo a menos que guarde la ley. Ahora bien, *yo* creo en Cristo. Él es *mi* Salvador, sólo Cristo puede salvarnos, y sin él no podemos ser salvos".

Sentí la injusticia de la acusación que se me hacía y no podía permitir que semejante afirmación, hecha ante una reunión de gente, quedara sin corregir. En consecuencia, dije: "Es una afirmación falsa. La Sra. White nunca ha ocupado esa posición. Hablaré por mí y por nuestro pueblo. Siempre hemos adoptado la posición de que no había poder en la ley para salvar a un solo transgresor de esa ley. La ley declara culpable y condena al pecador, pero no le corresponde perdonar el menor o el mayor pecado. Si pecamos tenemos un Abogado ante el Padre, Jesucristo el justo. El pecador se mete en problemas con el Padre por transgredir su ley. Cristo, el Abogado del pecador, aboga en su favor. La ley no puede liberar al pecador de las consecuencias de su transgresión, pero Cristo mismo paga la pena en que ha incurrido el pecador por su desobediencia.

"El apóstol Pablo pregunta: '¿Continuaremos en el pecado para que abunde la gracia? Dios no lo quiera'. ¿Presumiremos de la misericordia de Cristo viviendo en transgresión de la ley de Dios? Pablo declara a los ancianos de la iglesia: 'No me he guardado nada que os fuese útil, sino que os he enseñado públicamente y por las casas, testificando a judíos y a griegos acerca del arrepentimiento para con Dios y de la fe en nuestro Señor Jesucristo'. Arrepentimiento para con Dios a causa de su ley transgredida, y fe en nuestro Señor Jesucristo, como Abogado del pecador. Dijo Pablo: '¿Qué diremos, pues? ¿Es pecado la ley? Dios no lo quiera. No, yo no había conocido el pecado sino por la ley, pues no había conocido la concupiscencia si la ley no hubiera dicho: No codiciarás'. De nuevo Pablo resume el asunto: 'Por lo cual la ley es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno'.

"Cristo no vino a excusar el pecado, ni a justificar al pecador mientras continuara transgrediendo aquella ley por la que el Hijo de Dios había de dar su vida para vindicarla y exaltarla. Si hubiera sido posible derogar la ley, Cristo no habría tenido necesidad de venir a nuestra tierra y morir, el justo por los injustos. Dios podría haber vuelto a favorecer al pecador anulando la ley. Pero esto no pudo ser. La ley esclaviza al transgresor, pero el obediente es libre. La ley no puede limpiar del pecado, condena al pecador. El pecador sólo puede ser justificado ante Dios mediante el arrepentimiento hacia él y la fe en los méritos de Jesucristo. La ley es un gran espejo por medio del cual el pecador puede discernir los defectos de su carácter moral. Pero el espejo no puede eliminar esos defectos. El Evangelio señala a Cristo como el único capaz de quitar las manchas del pecado con su sangre. Aunque la ley no tiene poder de perdón, es el único medio para explicar al pecador lo que es realmente el pecado. Por la ley se conoce el pecado. Sin la ley, nos dice Pablo, el pecado está muerto.

"Es una locura pedir al pecador que venga a Cristo antes de ser convencido de su pecado al ser llevado ante el espejo de la ley de Dios. ¿De qué debe convertirse el pecador? De la transgresión de la ley de Dios a la obediencia a ella. Pero si se le dice que no puede guardar la ley de Dios, y que si lo intentara sería esclavizado, ¿a qué se convierte entonces, a la transgresión de la ley a la continuación de esa transgresión? Esto es absurdo. Sin embargo, profesos ministros de Cristo le dicen al pecador que está libre de culpa mientras sea desleal a la ley de Dios. Tales conversiones no son ratificadas en el cielo.

"Nuestro Cristo fue el Salvador de los antiguos dignatarios tanto como lo es de nosotros. Ellos esperaban por fe, a un Salvador que vendría. Adán fue salvado por el Evangelio tan virtualmente como nosotros somos salvados hoy. Abraham fue salvado por la fe en Cristo como el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Moisés fue salvado por los méritos de Cristo, que fue el ángel que guió a los ejércitos de Israel en todos sus viajes por el desierto. Dios mandó: 'No le provoquéis, porque no perdonará vuestras rebeliones, pues mi nombre está en él'. Todos los que han muerto en la fe, desde el justo Abel hasta nuestros días, se salvan por los méritos de Jesucristo.

"Jesús dijo: 'No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre, y en tu nombre hemos echado fuera demonios, y en tu nombre hemos hecho muchas maravillas? Y entonces les diré: Nunca os conocí; apartaos de mí los que obráis iniquidad. Cuántos hay que gritan Cristo, Cristo, que sólo creen en Cristo,

cuando no hacen las obras de Cristo. Tales son representados por la clase mencionada por nuestro Salvador como obradores de iniquidad. Transgreden la ley de Dios, y por precepto y ejemplo enseñan a otros a hacer lo mismo. La profesión nominal de fe en Cristo no salvará a un alma; tampoco lo hará la observancia nominal de la ley. La ley de Dios debe obedecerse de corazón; sus principios deben llevarse a la práctica en la vida; y la fe en Jesucristo como Redentor del mundo debe manifestarse en la vida y el carácter, o no hay verdadera conversión.

"La ley de Dios es inmutable en su carácter de trono eterno. Los tipos y las sombras llegaron hasta el antitipo y la sustancia, Jesucristo. A su muerte dejaron de tener fuerza o significado. Pero la ley de los diez mandamientos, instituida en el Edén, cuando se pusieron los cimientos del mundo, cuando las estrellas del alba cantaban juntas y los hijos de Dios gritaban de alegría, iba a ser tan duradera como los cielos y la tierra. Cristo pronunció su bendición sobre todos los que guardan sagradamente la ley de Dios: 'Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida y entren por las puertas en la ciudad'.

"Elder Brown, por favor nunca más haga la afirmación errónea de que no dependemos de Jesucristo para la salvación, sino que confiamos en la ley para ser salvos. Nunca hemos escrito una sola palabra en ese sentido, ni enseñado tal teoría de ninguna manera. Creemos que ningún pecador puede salvarse en sus pecados (y el pecado es la transgresión de la ley), mientras que usted enseña que el pecador puede salvarse mientras transgrede a sabiendas la ley de Dios."

"Bueno", dijo Elder Brown, en voz baja, a los que estaban reunidos a su alrededor, "lo sé todo sobre ellos". Me sentí llamado a responder a esto, y dije. "Señor, si usted sabe todo acerca de la posición que nosotros, como pueblo, ocupamos, también debe saber que nos ha tergiversado. Nunca hemos insinuado, ni en los sermones predicados por nuestros ministros, ni en las miles de páginas de nuestros impresos esparcidos por todo el mundo, que exista poder alguno en la ley para salvar al pecador. Por el contrario, nuestros oradores y escritores han repetido una y otra vez que la ley no tiene poder para redimir al transgresor de las consecuencias de su pecado. Hablaremos en nuestra próxima reunión campestre en Salem. Por favor, vengan y aprendan lo que realmente creemos, porque es evidente que no están familiarizados con nosotros ni con nuestra fe."

Declararé aquí que el anciano Brown, mientras estaba en San Francisco, dijo que había conocido a la Sra. White en Oriente, que lo sabía todo sobre ella, dejando una impresión desfavorable para mí y mi obra en las mentes de aquellos a quienes se dirigió. No tengo conocimiento de haber visto nunca a este hombre, ni de haber tenido un momento de conversación con él, antes del viaje en el *Oregón*. No tengo pruebas de que me haya oído hablar, ni de que haya leído mis escritos o se haya familiarizado con mi misión. La verdad es, sin duda, que ignora por completo a la Sra. White y su labor. Muchos han profesado estar completamente familiarizados conmigo a quienes nunca he visto ni con quienes nunca he hablado. Han recogido las habladurías y los malos informes que flotan de lenguas falsas y calumniosas, y los presentan como hechos que ellos saben que son verdaderos.

Me asombró la posición adoptada por el élder Brown sobre la cuestión de la ley. Parecía increíble que alguien que profesaba ser un estudiante y maestro de la Biblia, afirmara que ningún hombre jamás guardó la ley de Dios, o podría guardarla. Esta es la temible posición adoptada por muchos ministros, con el fin de deshacerse del sábado del cuarto mandamiento. Tales maestros arrojan una luz muy desfavorable sobre el carácter de nuestro Padre celestial, cuando lo representan dando a los hombres un código de leyes que es el fundamento de todo gobierno nacional y doméstico civilizado, pero que es imposible que los hombres hayan obedecido o puedan obedecer jamás. Tales sentimientos expresados por los maestros públicos conducen a los hombres, no sólo a ignorar la ley divina, sino a pisotearla como un requisito arbitrario contra el cual está justificado rebelarse. Los maestros de tales doctrinas perniciosas no estarán en una posición envidiable cuando se encuentren con el gran Legislador sobre su ley quebrantada.

¿En qué sería más feliz el hombre, aun en esta vida, si tuviera perfecta libertad para quebrantar los diez preceptos de la ley del Padre? Dios, en su gran amor por el hombre, le dio esa ley para ordenar su conducta, a fin de que se limitara a hacer aquellas cosas que tendieran a aumentar su felicidad real y la de sus semejantes, incluso en esta vida. Los principios de los mandamientos, llevados a cabo en la vida diaria, ennoblecen y santifican el corazón y la mente, y dan a uno una aptitud moral, por medio de Jesucristo, para la sociedad de los santos ángeles. Nuestro omnisapiente Padre celestial sabía qué reglas eran necesarias para preservar al hombre del pecado y regular su vida, llevándole a practicar las virtudes que le harían apto para el cielo.

Cristo dijo: "Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor." Cristo debe ser nuestro ejemplo en todas las cosas. Vino de los reinos de la gloria, no para mostrar al hombre un camino por el que pudiera salvarse en la transgresión de la ley, por cuya transgresión cayó Adán. Pero tomó sobre sí la naturaleza humana, pasó triunfalmente por el suelo donde Adán tropezó, y redimió ese fracaso por su propia perfecta obediencia a la ley, y la resistencia a las tentaciones de Satanás, que habían rodeado la caída de Adán. Cristo, en su propia vida, nos ha dado una prueba de que el hombre puede guardar la ley de Dios y, por sus méritos, ser un vencedor final.

En su sermón de la montaña, Cristo dijo: "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. Por tanto, cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos más pequeños y así lo enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; pero cualquiera que los cumpla y los enseñe, ése será llamado grande en el reino de los cielos." Cristo muestra aquí el objeto de su misión: Mostrar al hombre con su ejemplo, que podía ser enteramente obediente a la ley moral, y regular su vida por sus preceptos. Esa ley fue exaltada y honrada por Jesucristo.

Si el papa de Roma y todos los habitantes de la tierra unieran su intelecto con este propósito, no abolirían ni la más pequeña afirmación de la ley pronunciada desde el Sinaí. Dios ha especificado su voluntad hacia el hombre en sus diez preceptos. Es tan perpetua e inmutable como su carácter. La ley dice a todo transgresor: De cierto morirás. Pero Cristo dice a cada alma que se arrepiente ante Dios por su transgresión de la ley, y se vuelve en penitencia a su Salvador: Tan ciertamente serás salvado como que Cristo murió por la salvación de los hombres.

Qué solemnes palabras fueron las que cayeron de los labios del divino Maestro, que vino a hacer honor a la ley de su Padre: "Cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos más pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos". Los ministros y el pueblo deben comprender el pleno significado de estas palabras. Aquellos que por palabra o acción, o interpretación de las Escrituras, disminuyan o desvirtúen las sagradas demandas y la dignidad de la santa ley de Dios, no tendrán lugar en el reino de los cielos. Cristo quiere que entendamos aquí que nuestra justicia debe incluir, no sólo la observancia de la letra de la ley, sino también el espíritu y el principio

de la misma. La letra de la ley especifica cómo debemos andar para agradar a Dios; el espíritu de la ley señala a Jesucristo como el sacrificio expiatorio, por cuyos méritos el pecador puede cumplir los requisitos de la ley, Cristo dijo: "Yo y mi Padre somos uno". Hay, pues, perfecta armonía entre la ley y el evangelio.

E. G. White.

25 de julio de 1878

Visita a Oregón

Mi visita a Oregón fue de especial interés para mí. Aquí me encontré, después de una separación de cuatro años, con mis queridos amigos, el hermano y la hermana Van Horn, a quienes consideramos nuestros hijos. Fue una época muy preciosa para mí, especialmente porque mi corazón maternal se llenó de simpatía y amor por Adelia Van Horn y sus dos hijos, a quienes nunca antes había visto. La separación no había distanciado nuestros corazones; nuestro amor y confianza nunca se habían roto. Cada momento de mi estancia con aquellos queridos niños fue precioso para mí. La labor de nuestros hermanos no ha sido en vano en el Señor. Han trabajado en medio de mucho desaliento, privados de la compañía de amigos conocidos y sacrificando muchas comodidades, para hacer lo que podían por el Señor en el lejano campo de sus labores. La hermana Van Horn y su hermana, Frances Jones, han padecido de mala salud, y a veces se temió que ambas perdieran la vida. Pero muchas oraciones han subido al cielo desde su casa, suplicando que el gran Sanador les quitara la enfermedad y les diera salud y libertad en él; y el Señor las ha sacado adelante en sus penosas aflicciones para que puedan glorificar su nombre. Ambas hermanas gozan ahora de mucha mejor salud, por lo cual alabamos a Dios.

El élder Van Horn es un misionero en el verdadero sentido de la palabra, y un hombre de excelente capacidad y profunda espiritualidad. Su esposa es igualmente talentosa y abnegada. Su devoción a la causa de la verdad presente ha llevado a la sana conversión de muchas almas. El hermano Van Horn, con la modestia que le caracteriza, no ha proporcionado informes tan completos y favorables de su obra como hubiera sido justo. En consecuencia, me sorprendió un poco, y me agradó mucho, encontrar la causa de Dios en una condición tan próspera en Oregón. Gracias a los incansables esfuerzos de estos fieles misioneros, se ha formado en la costa del Pacífico Norte una compañía de guardadores del sábado que honra la causa. Como clase, son personas

inteligentes y de gran valor moral. Mi relación con ellos fue muy agradable. Sentí que mi corazón se unía al suyo en simpatía y comunión cristianas.

Tuve el privilegio de descansar el primer sábado después de mi llegada a Salem. El martes 18 de junio por la noche, me encontré por primera vez en este Estado con un buen número de observadores del sábado, que poseen un verdadero valor moral. Mi corazón fue ablandado por el espíritu de Dios. Di mi testimonio en favor de Jesús y del dulce privilegio que tenemos de confiar en su amor y de reclamar su poder para que se una a nuestros esfuerzos por salvar a los pecadores de la perdición. Si queremos ver prosperar la obra de Dios, debemos tener a Cristo morando en nosotros; en pocas palabras, debemos obrar las obras de Cristo. Dondequiera que mirásemos aparecía la mies blanqueándose; y los obreros son muy pocos. Sentí que mi corazón se llenaba de la paz de Dios, y se llenaba de amor por su querido pueblo, con el que estaba adorando por primera vez.

El domingo, 23 de junio, hablé por invitación, en la iglesia metodista de Salem, sobre el tema de la templanza. La asistencia fue inusualmente buena, y tuve la libertad de tratar este, mi tema favorito. Se me pidió que hablara de nuevo en el mismo lugar el domingo siguiente a la reunión del campamento, pero me lo impidió la ronquera. El martes siguiente, sin embargo, volví a hablar en la iglesia. Recibí muchas invitaciones para hablar sobre la templanza en varias ciudades y pueblos de Oregón, pero el estado de mi salud me impidió cumplir con estas peticiones. Hablar constantemente y el cambio de clima me habían provocado una ronquera temporal pero grave.

La reunión del campamento fue una temporada de provechosa labor para Dios, y fortaleció a la iglesia para seguir adelante en su lucha por la verdad. Tuve libertad para hablar, aunque sufría casi constantemente de ronquera. Me alegré de reunirme con su pueblo, que apreciaba profundamente mi labor entre ellos. Durante mi estancia en Oregón, visité la prisión de Salem, y por invitación hablé a los convictos en la capilla de la prisión. La próxima semana daré cuenta de esta visita y de mi discurso en esa ocasión.

E. G. White

1 de agosto de 1878

Visita a la prisión

El domingo 23 de junio, por invitación, visité la prisión, en Salem, Oregón, en compañía del Hermano y la Hermana Carter, y de la Hermana Jordan, que me llevó allí en su carruaje. Me presentaron al superintendente y al alcaide de la prisión. Cuando llegó la hora del servicio, nos condujeron a la capilla, una habitación alegre por la abundancia de luz y el aire puro y fresco. A la señal de una campana, dos hombres abrieron las grandes puertas de hierro por medio de una palanca, y los prisioneros salieron en tropel de sus celdas a la capilla. Las puertas se cerraron tras ellos y, por primera vez en mi vida, me vi inmerso entre los muros de una prisión.

Esperaba ver a un grupo de hombres de aspecto repulsivo. Me decepcionó; muchos de ellos parecían inteligentes, y algunos, capaces. Estaban vestidos con el tosco pero pulcro uniforme a rayas de la prisión, el pelo liso y las botas cepilladas. Al contemplar las variadas fisonomías que tenía ante mí, pensé: A cada uno de estos hombres se le han confiado dones o talentos peculiares para usarlos y no para abusar de ellos. A todos los que tenía ante mí, desde los que habían ocupado posiciones conspicuas e importantes en el mundo y en la iglesia, hasta los que habían sido los más humildes y oscuros, se les habían confiado algunos talentos, ya fueran de riqueza, posición, influencia, simpatías o afectos bondadosos, fueron dados del tesoro celestial, y debían haber sido usados para la gloria de Dios y el beneficio del mundo.

Los hombres que tenía delante habían despreciado los dones del cielo, habían abusado de ellos y los habían aplicado mal. Algunos de los convictos manifestaban una forzada alegría antinatural. Pero muchos, especialmente los más viejos, parecían muy tristes y melancólicos. Ante mí había jóvenes de tierna edad y pecadores endurecidos y canosos, todos bajo la esclavitud de la ley, porque habían transgredido sus estatutos. Mientras miraba a los jóvenes de dieciocho a veinte y treinta años, pensaba en sus infelices madres, y en la pena y el remordimiento que eran su amarga porción. ¿Habían cumplido con su deber para con sus hijos? ¿No los habían complacido a su voluntad y a su manera, y descuidado enseñarles los estatutos de Dios, y sus demandas sobre ellos? El corazón de muchas de aquellas madres se había quebrantado por la conducta impía de sus hijos.

Cuando toda la compañía estuvo reunida, el Hermano Carter leyó el himno. Todos tenían libros y cantaron con entusiasmo. Uno, que parecía ser un músico consumado, tocó el órgano. Entonces abrí la reunión con una oración, y de nuevo todos se unieron para cantar. Hablé de las palabras de Juan: "Mirad qué amor nos ha dado el Padre para que seamos llamados hijos de Dios; por eso el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es."

Exalté ante ellos el sacrificio infinito que hizo el Padre, al dar a su Hijo amado por los hombres caídos, para que, mediante la obediencia, se transformaran y se convirtieran en hijos reconocidos de Dios. La Iglesia y el mundo están llamados a contemplar y admirar un amor que así expresado supera la comprensión humana, e incluso asombró a los ángeles del cielo. Este amor era tan profundo, tan amplio y tan elevado, que llenó de asombro a los santos ángeles, y el apóstol inspirado, fallando en el lenguaje para describirlo, exhorta a la Iglesia y al mundo a contemplarlo, a convertirlo en tema de contemplación y admiración.

Presenté ante mis oyentes el pecado de Adán en la transgresión de los mandatos expresos del Padre. Dios hizo al hombre recto, perfectamente santo y feliz; pero éste perdió el favor de Dios y destruyó su propia felicidad al desobedecer la ley del Padre. El pecado de Adán sumió a la raza en una miseria y desesperación sin esperanza. Cada generación sucesiva sobre la tierra ha degenerado física, mental y moralmente. El pecado, con su terrible maldición, corrompió al mundo y casi borró la imagen de Dios en el hombre. Pero el maravilloso y compasivo amor de Dios no dejó a los hombres en su desesperada y caída condición para que perecieran completamente. Entregó a su Hijo bien amado para su salvación. Aquel que era el resplandor de la gloria de Dios, y su imagen expresa, tomó la naturaleza del hombre, para sufrir la aflicción, el desprecio y el odio de los mismos que había venido a salvar. Cristo entró en el mundo, su divinidad revestida de humanidad; pasó por el suelo donde Adán cayó; soportó la prueba que Adán no pudo soportar; venció toda tentación de Satanás, y redimió así el vergonzoso fracaso y caída de Adán.

Los hijos de los hombres cedieron a la complacencia del apetito, que encendió sus pasiones. Se volvieron violentos, vilmente corruptos y endurecidos. Sus pensamientos y actos eran malos, y Dios finalmente visitó su ira sobre los hijos de la desobediencia, y lavó la tierra de su contaminación moral por un diluvio. Pero Dios reconoció a los pocos en la tierra que eran justos. Noé y su familia se

salvaron. En medio de su ira y justicia retributiva, Dios se acordó de la misericordia, y no dejó que los justos y fieles perecieran con los impíos.

Cuando la tierra volvió a poblarse, el pecado se extendió de nuevo por todo el territorio. La maldad cubrió a todas las naciones como un manto de muerte. Satanás provocó la ruina de millares de personas mediante la tentación de satisfacer el apetito. Siempre ha tratado de pervertir los sentidos del hombre, debilitar su poder moral y hacerlo esclavo del apetito; entonces se apodera de él y lo utiliza como su agente para practicar el crimen y toda clase de maldades. Vemos, en la actualidad, una gran falta de discernimiento con respecto al bien y al mal, y una ausencia de principios. Podemos atribuir este lamentable estado de cosas a la indulgencia general del apetito pervertido, que excita las bajas pasiones, y empuja a su víctima a excesos de todo tipo, y finalmente a crímenes de todo grado.

La intemperancia de cualquier tipo enervará un carácter originalmente firme, noble e independiente. Su fina sensibilidad se embotará, su conciencia se cauterizará. Formará malas asociaciones, las malas comunicaciones corromperán sus buenos modales. Un paso en falso le lleva a otro, que puede ser fatal, y se convierte en el instrumento de Satanás. Los hombres se sumergen en la licencia salvaje y la disipación imprudente, y lo llaman libertad de acción, cuando están en la más verdadera esclavitud del tirano más cruel que no conoce la compasión por las desdichadas víctimas que atrae a la ruina. Cuando el mundo estaba lleno de iniquidad, Dios levantó su estandarte contra Satanás enviando a su Hijo al mundo en semejanza de carne de pecado. Cristo salvó el abismo que el pecado había abierto y que separaba la tierra del cielo y al hombre de Dios.

Luego me referí al largo ayuno de Cristo en el desierto. El pecado de la indulgencia del apetito, y su poder sobre la naturaleza humana, nunca podrán comprenderse plenamente, a menos que se estudie y comprenda ese largo ayuno de Cristo cuando contendía sin ayuda con el príncipe del poder de las tinieblas. La salvación del hombre estaba en juego. ¿Vencería Satanás o vencería el Redentor del mundo? Nos es imposible concebir con qué intenso interés observaban los ángeles de Dios la prueba de su amado Comandante.

Jesús vino del cielo a la tierra, asumió la naturaleza humana y fue tentado en todo según nuestra semejanza, para saber cómo socorrer a los que son tentados. La vida de Cristo nos sirve de ejemplo. Él muestra en su obediencia voluntaria, cómo el hombre puede guardar la ley de Dios, y que la transgresión de la ley, y

no la obediencia de ella, lo lleva a la esclavitud. El Salvador estaba lleno de compasión y amor; nunca desdeñó al verdadero penitente, por grande que fuera su culpa; pero denunció severamente la hipocresía de toda clase, conoce los pecados de los hombres, sabe todos sus actos y lee sus motivos secretos; sin embargo, no se aparta de ellos en su iniquidad. Suplica y razona con el pecador, y, en un sentido, el de haber soportado él mismo la debilidad de la humanidad, se pone a su nivel. "Venid ahora, y estemos a cuenta, dice el Señor; si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana.

El hombre, que ha desfigurado la imagen de Dios en su alma por una vida corrupta, no puede, por mero esfuerzo humano, efectuar un cambio radical en sí mismo. Debe aceptar las disposiciones del Evangelio; debe reconciliarse con Dios mediante la obediencia a su ley y la fe en Jesucristo. A partir de entonces, su vida debe regirse por un nuevo principio. Mediante el arrepentimiento, la fe y las buenas obras puede desarrollar y perfeccionar un carácter justo, y reclamar por los méritos de Cristo los privilegios de los hijos de Dios. Los principios de la verdad divina recibidos y acariciados en el corazón nos llevarán a una altura de excelencia moral que no habíamos considerado posible alcanzar. "Y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo hombre que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo como él es puro."

He aquí una obra que el hombre debe realizar. Debe enfrentarse al espejo de la ley de Dios, discernir los defectos de su carácter moral y despojarse de sus pecados, lavando sus vestiduras de carácter en la sangre del Cordero. La envidia, el orgullo, la malicia, el engaño, la contienda, el crimen, serán limpiados del corazón que es recipiente del amor de Cristo, y abriga la esperanza de ser hecho semejante a él cuando le veamos tal como es. La religión de Cristo refina y dignifica a su poseedor, cualesquiera que sean sus asociaciones o su posición en la vida. Los hombres que se convierten en cristianos iluminados se elevan por encima del nivel de su carácter anterior hacia una mayor fortaleza mental y moral. Los caídos y degradados por el pecado y el crimen pueden llegar a ser un poco más bajos que los ángeles por los méritos del Salvador.

Pero la influencia de una esperanza evangélica no llevará al pecador a considerar la salvación de Cristo como un asunto de gracia gratuita, mientras siga viviendo en transgresión de la ley de Dios. Cuando la luz de la verdad amanezca en su mente, y comprenda plenamente los requisitos de Dios, y se dé cuenta de la magnitud de sus transgresiones, reformará sus caminos, se hará leal

a Dios mediante la fuerza obtenida de su Salvador, y llevará una vida nueva y más pura. Los que venzan en el nombre de Jesús estarán de pie alrededor del gran trono blanco, con coronas de gloria inmortal, agitando las palmas de la victoria. Serán hijos de Dios, hijos del Rey celestial, y sus vidas correrán paralelas a la vida de Dios. La alegría del Señor será su alegría, y ninguna sombra oscurecerá jamás su hogar celestial. Dijo Cristo: "Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida y entren por las puertas en la ciudad." Mientras dure la misericordia, os ruego que aprovechéis al máximo el tiempo de prueba que os queda, preparándoos para la eternidad, para que la vida no sea un fracaso total, y que en el tiempo del solemne escrutinio seáis hallados con los que son aceptados por Dios, y llamados hijos de Dios.

E. G. White.

15 de agosto de 1878

Cartas de la Sra. E. G. White

Extraemos lo siguiente de cartas privadas recibidas de la hermana White desde que salió de Oakland, el 28 de julio, acompañada por su hija, la señora Emma White, y la señorita Edith Donaldson.

Escribe con fecha 29 de julio: "Llegamos a Sacramento ayer, y fuimos recibidos por el hermano y la hermana Wilkinson, que nos dieron una calurosa bienvenida y nos llevaron a su casa, donde fuimos amablemente agasajados durante nuestra estancia. Anoche (domingo) hablé de acuerdo con la cita. La casa estaba bien llena con una congregación atenta, y el Señor me dio libertad para hablarles de su palabra. El lunes visitamos el Capitolio, bajo la guía del hermano y la hermana Wilkinson, y pasamos algún tiempo mirando la biblioteca del Estado, las colecciones de arte y los gabinetes de especímenes minerales y metalúrgicos. Nos interesó mucho lo que vimos, y hubiéramos disfrutado del privilegio de permanecer más tiempo en la ciudad para inspeccionar más a fondo estas valiosas colecciones del Estado. Pero nos vimos obligados a marcharnos el mismo día, para cumplir con mi cita en Reno".

1 de agosto: "Acabamos de pasar Ogden, ocupamos un vagón espléndido y todos gozamos de buena salud y ánimo. Llegaremos a Cheyenne mañana al mediodía, cuando cambiaremos de vagón para Denver. A medida que atravesábamos el gran desierto americano en medio del calor y el polvo alcalino, nos cansábamos mucho del árido paisaje montañoso, aunque estábamos

equipados con todas las comodidades y nos deslizábamos rápida y suavemente sobre los raíles, tirados por nuestro corcel de hierro. Mi imaginación me transportó a los antiguos hebreos, viajando por rocas y áridos desiertos durante cuarenta años. El calor, el polvo y la aspereza del camino arrancaban quejas y suspiros de fatiga a muchos de los que lo recorrían. Pensé que si nos viéramos obligados a viajar a pie por el árido desierto, sufriendo a menudo de sed, calor y fatiga, muchos de nosotros murmuraríamos más que los israelitas. Las características peculiares del paisaje montañoso en la ruta terrestre han sido esbozadas a menudo con lápiz y pluma. Todos los que se deleitan con la grandeza y la belleza de la naturaleza deben sentir un estremecimiento de gozo al contemplar esas viejas y grandiosas montañas, las hermosas colinas y los cañones salvajes y rocosos. Esto es especialmente cierto en el caso del cristiano. Él ve en las rocas de granito y en los arroyos murmurantes la obra de la mano todopoderosa de Dios. Anhela subir a las colinas elevadas, porque parece que entonces estaría más cerca del cielo, aunque sabe que Dios escucha las oraciones de sus hijos tanto en el valle humilde como en las cimas de las montañas".

Escribe desde Rollinsville, Colorado, el 8 de agosto: "Aquí estamos en la vieja casa junto al manantial, bastante cómodos en nuestro hogar temporal. Aquí nos encontramos con mi marido y mis hijos. Encuentro a mi marido alegre y activo, caminando y trabajando tan enérgicamente como siempre. Me siento agradecida a Dios por haberle devuelto este grado de salud. En el camino de Denver a este lugar nos detuvimos en Boulder City, y contemplamos con gozo nuestra casa de reuniones de lona, donde el élder Cornell y el hermano Olmstead están celebrando una serie de reuniones. Encontramos un retiro tranquilo y bendito en la cómoda casa de la hermana Dartt. La carpa había sido prestada para celebrar reuniones sobre la temperancia y, por invitación especial, hablé durante más de una hora sobre el tema de la temperancia a una carpa llena de oyentes atentos. Aunque cansado por mi viaje, el Señor me ayudó a presentar con éxito ante la gente la necesidad de practicar una estricta templanza en todas las cosas, de darnos cuenta de nuestro deber de hacer todo lo posible por el bienestar de nuestros semejantes; de vencer nuestras propias tendencias a permitirnos aquello que es perjudicial para la mente y el cuerpo; y también de hacer todo lo que esté en nuestro poder para ayudar a otros a vencerlas. Presenté a Cristo como la fuente de toda fuerza. Su poder, combinado con el esfuerzo humano, puede liberar a los hombres de la esclavitud de los hábitos viciosos y devolverles una posición honorable en la sociedad, darles mayores capacidades y una visión más clara de esta vida y de la venidera. Presenté la necesidad de educar a los niños desde la cuna para que resistan la tentación, si queremos

efectuar alguna reforma especial en la sociedad. Según se dobla la rama, el árbol se inclina".

"Al final de la reunión, algunos de los principales ciudadanos me felicitaron por mi manera de tratar el tema de la templanza. Declararon que la única manera apropiada era tratarlo desde un punto de vista cristiano, mostrando al pueblo que necesitaba la ayuda de Dios para liberarse de la esclavitud de la intemperancia. Parecía haber una satisfacción general por el resultado de la reunión y la convicción de que de ella saldría algo bueno.

"El ministro metodista de Boulder City habló el sábado por la noche en el sentido de que Elder Cornell malinterpretó las Escrituras al enseñar que estamos viviendo en los últimos días. Muchas de sus declaraciones serán revisadas por el élder C. En ese lugar está creciendo un considerable interés, que ha aumentado bajo las recientes labores en la tienda. Esperamos que allí se haga una buena obra en favor de la verdad de Dios, y que los pecadores sean llevados de las tinieblas a la luz.

"Anhelamos ver triunfar la verdad aquí en Colorado, y tenemos mucha fe en los resultados de las labores que ahora se llevan a cabo aquí. Nunca tuvimos más libertad para dar nuestro testimonio que en la actualidad; y, aunque no podemos responder a la mitad de los llamados que llegan de diferentes lugares, nos proponemos hacer todo lo que podamos, confiando en el poder del Dios de Israel para sostenernos en la obra."

15 de agosto de 1878

Misericordia ofrecida

Las lágrimas de Cristo en el monte de los Olivos, cuando era escoltado con triunfos y hosannas hacia Jerusalén justo antes de su crucifixión, brotaban de un corazón roto porque su amor era desdeñado y su misericordia despreciada. Vio ante sí, en su próxima crucifixión, la consumación de la culpa de Jerusalén. Ante él estaba la puerta de las ovejas por la que durante siglos se habían conducido las víctimas para el sacrificio. Pronto se abriría para el gran Antitipo, que sería tomado por manos inicuas y sacrificado por los pecados del mundo. Se desgarró el corazón de Cristo al pronunciar la condena de la ciudad de su amor. Su cuerpo se balanceó como un cedro ante la tempestad. Pronunció entonces con voz quebrada por el dolor: "¡Oh, si hubieras conocido, tú mismo, en este tu día, lo que pertenece a tu paz!". Vaciló, debía pronunciarse la sentencia irrevocable. "Pero ahora están ocultas a tus ojos".

Esta sentencia del Salvador y sus lágrimas no eran sólo para la Jerusalén que estaba ante él, con su templo centelleando a la luz del sol, sino para aquellos que en todos los tiempos desprecian las misericordias ofrecidas por Cristo, rechazan los privilegios presentes, la voz de admonición y advertencia, y continúan en desobediencia a Dios. La incredulidad y la impenitencia actuales están soldando los grilletes que atan a las almas en la esclavitud de la duda y la desesperación. El templo del alma está profanado por el pecado, como los atrios del templo de Jerusalén estaban profanados por el tráfico profano y la confusión. El corazón del hombre rebelde está abierto a los ladrones, y se ha convertido en una cueva de ladrones. El que fue comprado al precio infinito de la agonía y muerte del Hijo de Dios, se convierte en una higuera marchita hasta la raíz, bajo la justa venganza de un Dios rechazado.

No somos responsables del pecado de los judíos al rechazar a Cristo, pero el período solemne de nuestra responsabilidad es cuando la luz, la verdad y las advertencias vienen directamente a nosotros. Cristo dijo a Felipe: "¿Tanto tiempo he estado con vosotros, y no me has conocido, Felipe?". No es a los siervos de Cristo, a los portadores de su mensaje, a quienes rechazamos; sino al Maestro, que delegó en ellos para que actuaran en su nombre y hicieran sonar su advertencia. Jesucristo ha estado mucho tiempo con nosotros en misericordias y advertencias, y sin embargo no le hemos conocido. Cristo dice: No queréis venir a mí para que tengáis vida. Cuando las súplicas, las lágrimas y los esfuerzos pacientes son en vano, la terrible condenación pronunciada sobre Jerusalén debe ser pronunciada sobre el pecador.

Mientras dure la misericordia, aún queda la oportunidad de oro de arrepentirse y salvarse por medio de Cristo. ¿Ha sido profanado el templo del alma por santuarios impíos? Mientras que el sol de la justicia todavía persiste, reacio a quitar sus rayos de aquellos que han menospreciado sus bendiciones, todavía hay tiempo para arrepentirse, y hacer las paces con Dios. Cristo llama al pecador: En este tu día, busca las cosas que te darán paz en esta vida y en la vida de ultratumba. Él te invita a ti, que estás golpeado por el pecado, a que vengas con tus cargas, y Él te aliviará. Te limpiará de la contaminación del pecado y te dará la aptitud moral para su reino. A pesar de tu indiferencia o desprecio, te exhorta a aceptar su amor y su misericordia.

E. G. W.

22 de agosto de 1878

Jesús como cabeza de familia

"¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, a quien el Señor ha puesto al frente de su casa?". Mateo 24:45. El Redentor del mundo pregunta ¿quién? y la pregunta debería venir a casa a cada corazón, Señor, ¿soy yo? Cristo es representado en el texto como un hombre que tomó un viaje lejano, dejó su casa y dio autoridad a sus siervos, y a cada hombre su trabajo. Así se ve que a cada persona se le da un trabajo, no hay excepción, y el fiel desempeño de este trabajo traerá a su hacedor el elogio del Maestro. Ignorar las responsabilidades convierte a los hombres en siervos perezosos, y el que no hace nada en el servicio religioso recibirá la condenación del Maestro.

El trabajo de cada uno corresponde a la capacidad que Dios le ha dado. Toda la responsabilidad no recae sobre los ministros que enseñan la verdad, sino sobre cada uno que cree en la verdad. En esta época del mundo, la religión se relaciona con el día de descanso y con el servicio ordinario de la iglesia, pero está divorciada de las transacciones diarias de la vida. Muchos profesos seguidores de Cristo se contentan con cumplir sus deberes religiosos formales. Pero cuando se les pregunta: "¿Qué habéis hecho por Jesús, qué sacrificio habéis hecho por él, que hizo un sacrificio infinito por vosotros? Cristo identificó sus intereses con la humanidad sufriente. Dejó a un lado su alto mando en el cielo, donde era adorado por los ángeles, y vino a un mundo abrasado y estropeado por la maldición del pecado, para salvar al hombre. Sufrió y murió, el justo por los injustos, para que el hombre caído pudiera participar de su gloria en lo sucesivo. Pero este sacrificio de Cristo en favor del hombre no disminuye la necesidad de que el hombre se niegue a sí mismo y haga sacrificios por Dios por su propia cuenta y en su propio beneficio. La vida de Cristo es nuestro ejemplo; debemos seguir sus huellas.

Algunos ministros están engañando peligrosamente a la gente. Quieren que acepten el sofisma fatal de Satanás de que la simple creencia en Cristo es suficiente para su salvación; que las buenas obras no tienen nada que ver con ella. Cristo, por su ejemplo y sus preceptos, enseñó una doctrina enteramente diferente. Los hombres no deben depender demasiado de lo que les digan los ministros, sino que deben examinar ellos mismos la ley y el testimonio. Si los maestros religiosos no hablan según esta palabra, es porque no hay luz en ellos. La palabra inspirada nos muestra que la beneficencia es esencial al carácter cristiano y a su crecimiento en la gracia. Nuestros medios deben ser consagrados

a Dios, y debemos sentir que no son nuestros, sino que nos son dados en confianza, para ser usados en el servicio del Maestro. Nuestras labores deben ser santificadas para Dios. Debemos hacer el bien y emplear nuestros medios e influencia en beneficio de nuestros semejantes. En resumen, si queremos llevar verdaderamente el nombre de cristianos, debemos seguir el ejemplo de Cristo, que anduvo haciendo el bien.

Dio su vida para elevar y ennoblecer al hombre caído, y para poder exaltarlo a su diestra. Tenemos aquí el modelo de la más pura abnegación por el bien de los demás. La mundanalidad, el egoísmo y el orgullo son extraños al carácter de un verdadero cristiano. Muchos profesantes de la religión no hacen nada por Cristo mediante el esfuerzo personal. Se contentan con que otros hagan lo que les corresponde hacer a ellos mismos, y, prestando una débil influencia a los obreros, sienten que están haciendo el bien por poder. Tales personas no poseen la fe que obra por amor y purifica el alma. No tienen una religión genuina, que entre en sus asuntos diarios y regule cada acción de sus vidas. Una fe viva en Cristo se demuestra por las buenas obras en nuestras familias y vecindarios, por la consideración atenta y práctica hacia los pobres, por visitar y consolar a las viudas y a los huérfanos en su aflicción, por mantenernos sin mancha del mundo, y por usar nuestros medios e influencia para el avance de la causa de Dios. Esto no debe hacerse a regañadientes ni con murmuraciones, sino libre y alegremente, como Jesús lo dio todo por nosotros.

A Dios no se le debe negar nada; Él reclama todo el corazón, los talentos y los bienes de los que profesan su nombre. Los que ignoran su responsabilidad y su trabajo por Dios se encuentran en una condición deplorable. El registro que el ángel hace de sus vidas, en lo que concierne a la utilidad en la causa de Dios, presenta un triste espacio en blanco. Tales personas son como árboles sin fruto, que sólo dan hojas. No son más que acumuladores de tierra, oscureciendo con sus ramas improductivas el terreno que deberían ocupar los árboles frutales, y excluyendo la luz del sol de aquellos que serían productivos de no ser por su sombra.

La conformidad con el mundo está positivamente prohibida en la palabra de Dios. El apóstol inspirado escribe: "No os conforméis a este mundo". A fin de evitarlo, se ordena a los verdaderos creyentes lo contrario: "Transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento". La gracia todopoderosa de Dios, uniéndose a los esfuerzos y a la voluntad del hombre, obra la transformación en la vida y en el carácter del hombre, y lo lleva a una posición en la que puede probar cuál es la buena, aceptable y perfecta voluntad de Dios.

El que se dedica a la obra de ayudar y bendecir a otros está siendo transformado por la renovación de su mente, siendo partícipe de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia. Los apóstoles son diligentes en sus mandamientos de no amar al mundo, ni las cosas que están en el mundo. "Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo."

Cristo fue siempre severo en sus denuncias de los profesantes hipócritas, los que no daban fruto para su gloria. Con frecuencia declaraba que había más esperanza para el pecador más abierto que para el farsante. Jesús limpiaría el templo del alma de los pecados contaminantes del egoísmo, el orgullo, la envidia y el amor al mundo. Lo purificaría para su propia morada. Dios pide obreros. Todos los que son sus seguidores deben trabajar en las obras de Cristo, negarse a sí mismos y tomar su cruz cada día. Todos pueden lavar sus vestiduras de carácter, y emblanquecerlas en la sangre del Cordero. Esta vestidura blanca provista por el Cordero de Dios inmolado desde la fundación del mundo representa una vida de pureza y santidad, distinguida de la vida del mundano. Tal conducta dejará una huella luminosa hacia el cielo, que atrae a todos los que quieren dejar las vanidades del mundo por las alegrías más santas del más allá. Al profesor ocioso y al árbol infructuoso les rogamos que sean portadores de frutos, cumpliendo su deber para con el mundo.

E. G. White.

29 de agosto de 1878

Una lección para los tiempos que corren

Número uno.

No hay más que una norma de rectitud en el mundo, y es la norma de Dios. Todos estamos virtualmente bajo la misma obligación de cumplir con ese alto estándar; y Dios nos hace igualmente responsables ante él. La sociedad puede establecer diferencias y reglamentos artificiales, pero el hecho fijo sigue siendo el mismo. Los hombres exigen que las mujeres vivan de acuerdo con una norma de pureza casi igual a la de los ángeles, mientras que ellos erigen una norma de carácter muy diferente para sí mismos.

Los jóvenes se sientan a cenar vino, satisfacen libremente sus apetitos por las bebidas embriagantes y el tabaco, se vuelven imprudentes en su conducta,

vulgares y turbulentos en su conversación, y con frecuencia buscan una sociedad baja y degradada, excusándose bajo el pretexto de la costumbre y las costumbres del mundo. Pero si las jóvenes siguieran tal curso de disipación, quedarían completamente y para siempre deshonradas a los ojos de todo el mundo.

Pero se insiste: "Oh, los jóvenes deben sembrar su avena salvaje". Esta es una terrible falacia. Debe tenerse presente que "todo lo que el hombre sembrare, eso también segará". Los jóvenes que se han lanzado a la disipación ya están recogiendo lo que han sembrado. No tienen que esperar a llegar a la madurez para darse cuenta de que deben pagar el castigo por cada violación de la ley moral. Todos los días vemos casos de hombres jóvenes debilitados en cuerpo y mente, cuya moral está envilecida, y que están muriendo prematuramente porque han transgredido las leyes de la Naturaleza, y han caído víctimas de las tentaciones que las modas del mundo les ofrecen.

La ley de la Naturaleza es la ley de Dios; y la pena de su transgresión se impone por igual a hombres y mujeres. No es costumbre considerar a los padres igualmente responsables que a las madres de la educación de sus hijos. Cuántos sermones se predicán y cuánto se escribe sobre la responsabilidad de la madre, mientras que al padre se le exime aparentemente de toda carga. Nos gustaría hacer un llamamiento a los padres, con la esperanza de despertar en ellos un sentido de la responsabilidad que Dios les ha dado con respecto a sus hijos. Diríamos: Guardaos de abrigar cualquier hábito pernicioso que, por su influencia, pueda tener una tendencia directa o indirecta a debilitar las susceptibilidades morales de vuestros hijos.

Mientras que la madre puede estar cumpliendo con su deber de educar a sus hijos en la pureza de vida, el padre con demasiada frecuencia, con su propio ejemplo, puede estar abriendo la puerta de la tentación a sus hijos. Su indulgencia con el vino y el tabaco, y otras prácticas pecaminosas, disminuyen la atrocidad del pecado a sus ojos. En consonancia con esta conducta inmoral, muchos padres se complacen en decir ante sus hijos que la ley de Dios ya no es obligatoria para el hombre, que sólo era para el gobierno de los israelitas, o que fue abrogada con la muerte de Cristo. Los jóvenes inteligentes no tardan en comprender que donde no hay ley no hay transgresión. El sano temor de quebrantar los mandamientos de Dios se debilita cada vez más en sus mentes, hasta que las percepciones morales que han sido cuidadosamente entrenadas por la madre, llegan a estar en armonía con los sentimientos del padre.

Si los hombres guardaran estricta y concienzudamente la ley de Dios, no habría borrachos, ni embriagados por el tabaco, ni angustia, penuria y crimen. Los salones de licores se cerrarían por falta de clientela, y nueve décimas partes de toda la miseria existente en el mundo llegaría a su fin. Los jóvenes caminarían con formas erguidas y nobles, paso libre y elástico, ojos claros y cutis saludable.

Cuando los ministros, desde sus púlpitos, desacreditan la lealtad a la ley de Dios; cuando se unen al mundo para hacerla impopular; cuando estos maestros del pueblo se entregan a la copa social y al narcótico contaminante, el tabaco, ¿qué profundidad de vicio no puede esperarse de la juventud de esta generación? Los registros de los periódicos de la época, con sus anales de crímenes, asesinatos y suicidios, dan la respuesta y señalan los terribles peligros de la época.

Hoy existen los signos que la profecía predijo que caracterizarían el estado de la sociedad justo antes de la segunda venida de Cristo. Habéis oído hablar mucho de la autoridad y santidad de la ley de los diez mandamientos. Dios es el autor de esa ley, que es el fundamento de su gobierno en el cielo y en la tierra. Todas las naciones ilustradas han basado sus leyes en este gran fundamento de toda ley; sin embargo, los legisladores y ministros, que son reconocidos como los líderes y maestros del pueblo, viven en abierta violación de los principios inculcados en esos santos estatutos.

Muchos ministros predicán a Cristo desde el púlpito, y luego no dudan en entorpecer sus sentidos bebiendo vino, o incluso dándose el gusto con brandy y otros licores. La norma cristiana dice: "No toques; no pruebes; no manipules"; y las leyes de nuestro ser físico repiten el solemne mandato con énfasis. Es deber de todo ministro cristiano exponer esta verdad claramente ante su pueblo, enseñándola tanto por precepto como por ejemplo.

La Biblia no enseña en ninguna parte el uso de vino embriagante, ni como bebida ni como símbolo de la sangre de Cristo. Apelamos a la razón natural para saber si la sangre de Cristo está mejor representada por el jugo puro de la uva en su estado natural, o después de haber sido convertido en vino fermentado y embriagante. Sostenemos que el primero es el único símbolo que representa adecuadamente la sagrada sangre de Cristo, y un símbolo establecido por él mismo; e instamos a que el segundo nunca sea colocado sobre la mesa del Señor.

Algunos han declarado que Cristo favoreció el uso moderado del vino fermentado, en testimonio de lo cual se refieren a su milagro de convertir el

agua en vino. Pero nosotros protestamos que Cristo nunca hizo vino embriagante; tal acto habría sido contrario a todas las enseñanzas y al ejemplo de su vida. Él fue el Ángel que guió a los hijos de Israel en el desierto. Pronunció la ley desde el Sinaí. Prohibió a los que oficiaban oficios sagrados el uso del vino; y sus razones para hacerlo son explícitas; a saber, que tuvieran un juicio claro para distinguir entre lo común y lo sagrado, para hacer justicia a los huérfanos y a las viudas, para enseñar sus estatutos y leyes a Israel, y para no aceptar sobornos. Los que suprimen la ley de Dios para deshacerse del sábado, suprimen las restricciones más solemnes contra el uso del licor.

El que se apareció a la mujer de Manoa y le dijo que daría a luz un hijo, y le describió su carácter fuerte, y le ordenó que no bebiera vino ni bebidas fuertes, porque el niño sería nazareo desde su nacimiento; el que se apareció a Zacarías y le dio instrucciones acerca del nonato Juan, ordenándole que el niño no bebiera vino ni bebidas fuertes, no era alguien que hiciera vino embriagador y lo diera a la gente en una boda. El vino que Cristo fabricó a partir del agua por un milagro de su poder, era el jugo puro de la uva. Y el objeto del Salvador, en este milagro, era llevar el pervertido gusto del gobernador de la fiesta a una condición saludable, induciéndole a reconocer que este vino era superior en calidad a cualquiera que hubiera probado antes.

En nuestros días hay quienes, para excusar sus propios pecados, siguen el ejemplo de los judíos y acusan a Cristo de ser un rompedor del sábado y bebedor de vino, a pesar de que declaró que guardaba los mandamientos de su Padre, y toda su vida fue un ejemplo de templanza y abnegación. Si hubiera bebido vino, no habría sido una ofrenda perfecta, y la virtud de su sangre no habría servido de nada. Pero esta acusación, así como la anterior, es refutada mejor por el carácter y las enseñanzas de Cristo mismo.

Se dice que la iglesia cristiana es la sal de la tierra, la luz del mundo. ¿Podemos aplicar esto a las iglesias de hoy, muchos de cuyos miembros están usando, no sólo el narcótico contaminante, tabaco, sino vino intoxicante, y licor espirituoso, y están poniendo la copa de vino en los labios de su prójimo? La iglesia de Cristo debería ser una escuela en la que la juventud inexperta debería ser educada para controlar sus apetitos, desde un punto de vista moral y religioso. Allí se les debería enseñar lo inseguro que es manipular la tentación, jugar con el pecado; que no existe tal cosa como ser un bebedor moderado y templado; que el camino del bebedor es siempre hacia abajo. Se les debe exhortar a "no mirar el vino cuando está tinto", que "al fin muerde como serpiente y pica como víbora".

Sra. E. G. White, *en Health Reformer*.

12 de septiembre de 1878

Reunión de campamentos de Nueva Inglaterra

Esta ha sido una reunión muy importante. Desde el primer momento hemos tenido una gran asistencia de fuera, una buena congregación atenta. Se requirió mucho trabajo. Se habían levantado nuevas iglesias desde nuestra última reunión campestre. Almas preciosas habían aceptado la verdad, y todas ellas necesitaban alimento a su debido tiempo. Todos necesitaban avanzar hacia un conocimiento más profundo y cabal de la piedad práctica. El Señor me dio libertad para dar mi testimonio.

El sábado, el hermano Goodrich pronunció un discurso por la mañana. Por la tarde fui elevado por encima de mis debilidades y tuve libertad para hablar a la gente. Se invitó a pasar al frente a los que querían ser cristianos y a los que se habían apartado de Dios. Respondieron entre doscientos y trescientos. Se elevaron oraciones fervientes y eficaces. Los que se presentaron se dividieron en grupos que ocuparon cuatro tiendas. Se designó a un ministro para cada tienda a fin de que trabajara en favor de los que se habían presentado y necesitaban ayuda. Estas reuniones fueron un éxito, y se obtuvieron preciosas victorias. La noche siguiente al sábado, el hermano Smith habló de estas palabras: "Grandes y maravillosas son tus obras", &c.

El domingo por la mañana el tiempo estaba nublado y llovía un poco, lo que impidió una asistencia tan numerosa desde el exterior como cabría esperar; pero a medida que mejoraban las perspectivas de un día despejado, el número de asistentes aumentó rápidamente, y cada tren traía más o menos, hasta que por la tarde la multitud congregada en el recinto mostraba un marcado contraste con la que se había reunido cualquier otro día durante la reunión.

El élder Smith habló por la mañana sobre el tema del santuario, mostrando que el chasco de entonces no fue un fracaso después de todo. Después de cantar, el hermano Farnsworth presentó el tema del sábado en el Nuevo Testamento, mostrando concluyentemente que no hay evidencia en él para la observancia del domingo. A la una y media, el anciano Haskell predicó. Tema: Quién cambió el sábado. A las tres subí al estrado, hablando sobre el tema de la temperancia. Hablé durante una hora, mientras la gente escuchaba con la mayor atención.

Un caballero de Boston, tutor de un hogar para niños huérfanos en esa ciudad, deseaba tener la oportunidad de pronunciar unas palabras y recoger una contribución en beneficio del hogar para los desamparados, que se mantiene exclusivamente con caridad. Llevó consigo a cuatro de los niños, de ocho a doce años de edad, que cantaron canciones muy bonitas. En esta ocasión, las intervenciones fueron breves pero concretas, y todos se interesaron por el hogar para huérfanos de padre y madre.

Las reuniones se habían celebrado sin apenas interrupción desde las nueve hasta casi las seis. La gente estaba más tranquila de lo habitual en tales ocasiones.

El lunes por la mañana, la reunión en la tienda comenzó a las cinco y media. Hablé unos treinta minutos sobre la necesidad de economizar en el vestir y en el gasto de los medios. Existe el peligro de volverse imprudente y descuidado en el uso del dinero del Señor. Los jóvenes que trabajan en la tienda deben tener cuidado de no permitirse gastos innecesarios. Las necesidades de la causa son muchas, ya que las tiendas están entrando en nuevos campos y la obra misionera se está ampliando. En este asunto debe emplearse la más estricta economía, sin tacañería. Es más fácil acumular una cuenta que saldarla. Hay muchas cosas que serían convenientes y agradables y que no son necesarias, y de las que se puede prescindir sin sufrimiento real. Es muy fácil multiplicar los gastos de hotel y ferrocarril que podrían evitarse o reducirse considerablemente. Hemos hecho el trayecto de ida y vuelta a California doce veces y no hemos gastado ni un dólar en comidas en los restaurantes o en el vagón comedor adjunto. Comemos de nuestras cestas de comida. Después de tres días de viaje, la comida se vuelve bastante rancia, pero un poco de leche o gachas calientes suplen nuestra carencia.

Nuestra reunión matutina se celebró en la carpa. Volví a hablar unos treinta minutos en referencia a la santificación genuina, que no es nada menos que una muerte diaria al yo, y una conformidad diaria a la voluntad de Dios. La santificación de Pablo era un conflicto constante con el yo. Dijo: "Cada día muero". Su voluntad y sus deseos entraban cada día en conflicto con el deber y la voluntad de Dios. En lugar de seguir la inclinación, hacía la voluntad de Dios, por desagradable y crucificante que fuera para su naturaleza.

La razón por la que muchos en esta era del mundo no avanzan más en la vida divina es porque interpretan que la voluntad de Dios es exactamente lo que ellos quieren hacer. Hacen exactamente lo que desean, y se halagan a sí mismos de que están conformes con la voluntad de Dios. Se complacen en todo y, por lo

tanto, no tienen conflictos consigo mismos. Muchos tienen éxito por un tiempo en el conflicto contra los deseos egoístas de placer y facilidad. Son sinceros y serios; pero se cansan del esfuerzo prolongado, de la muerte diaria, de la agitación incesante y de resistir las tentaciones de Satanás. La indolencia les parece atractiva, la muerte a sí mismos, repulsiva; y cierran sus ojos somnolientos y caen bajo la tentación en vez de resistirla. El orgullo de la vida, los pecados de moda, no les parecen tan repulsivos.

No hay compromiso en la palabra de Dios para los que se conforman al mundo. El Hijo de Dios se manifestó para atraer a todos hacia sí. Pero no vino para adormecer al mundo; no para enviar paz, sino espada. Los seguidores de Cristo deben caminar a la luz de su glorioso ejemplo, y, a cualquier sacrificio de comodidad o indulgencia egoísta, a cualquier costo de trabajo o sufrimientos, debemos mantener la batalla constante contra el yo, exaltar el estandarte del Evangelio e impulsar los triunfos de la cruz.

Pedimos a los que deseaban bautizarse y guardaban el sábado por primera vez que pasaran al frente. Respondieron veinticinco. Estos dieron excelentes testimonios. Un caballero de inteligencia dijo que había visto luz sobre el mandamiento del sábado desde que comenzaron estas reuniones. Afirmó que había guardado el primer día estrictamente de acuerdo con los cánones de Roma, pero que ahora veía que no había estado guardando el día que el Señor había santificado y bendecido. Pero a partir de ese momento, mientras Dios le perdonara la vida, debería guardar el séptimo día especificado en el cuarto mandamiento. También declaró que los miembros de su iglesia habían asistido a estas reuniones y estaban muy interesados y conmovidos por las cosas que habían oído.

Tuvimos una buena asistencia de los que residen en la vecindad donde se celebró nuestro campamento. El espíritu de la reunión está teniendo una influencia moldeadora en la comunidad. El espíritu del Señor ha estado entre nosotros. Mi testimonio ha sido bien recibido. He sido fortalecido y bendecido por Dios. Mientras trataba de regar a otros, mi propia alma ha sido regada.

Tuvimos el placer de encontrar aquí a nuestros viejos amigos de la causa, a quienes conocimos hace más de treinta años. Nuestro muy respetado hermano Hastings está tan profundamente interesado en la verdad hoy como lo estaba entonces. Tuvimos el placer de encontrar a la hermana Temple y a la hermana Collins de Dartmouth, Massachusetts, y al hermano y la hermana Wilkenson, en cuya casa habíamos sido agasajados hace más de treinta años. La

peregrinación de algunos de estos seres queridos puede terminar pronto, pero si son fieles hasta el fin recibirán la corona de la vida.

Nos interesó conocer al hermano Kimbal, que es mudo y ha sido misionero entre los mudos. Gracias a su perseverante labor, un pequeño ejército ha aceptado la verdad. Encontramos a este fiel hermano en nuestras reuniones de campamento anuales, rodeado de varios de sus conversos mudos. Alguno que esté interesado, que tenga oídos para oír, escribe alguna parte del discurso, y él se sienta rodeado de sus amigos mudos predicándoles activamente con sus manos. Ha empleado libremente sus medios para impulsar la obra misionera, honrando así a Dios con su sustancia. Pronto, si es fiel, recibirá una preciosa recompensa. Veintidós recibieron el bautismo.

Esperamos que la influencia de esta reunión continúe, que la convicción se profundice, y que todos los que profesan la verdad se esfuercen por lograr la unidad de la fe, y esa unidad que Cristo rogó que existiera entre sus discípulos, y con todos los que creyeran en su palabra. Una reunión temprana el martes por la mañana cerró el campamento en este lugar.

E. G. W.

17 de octubre de 1878

Una lección para los tiempos que corren

La abstinencia total de toda indulgencia perniciosa, y especialmente del tabaco y las bebidas embriagantes, debe enseñarse enérgicamente en nuestros hogares, tanto por precepto como por ejemplo. Bajo ningún concepto debe colocarse vino en nuestras mesas. Nuestros hijos deben crecer considerándolo un mal mortal, que conduce a la miseria y al crimen.

La juventud de hoy es el índice seguro del futuro de la sociedad; y tal como la vemos, ¿qué podemos esperar de ese futuro? Estos jóvenes han de tomar parte en los consejos legislativos de la nación; tendrán voz en la promulgación y ejecución de sus leyes. Cuán importante es, entonces, que se alce la voz de advertencia contra la indulgencia del apetito pervertido en aquellos sobre quienes recaerán tan solemnes deberes. Si los padres enseñaran celosamente la abstinencia total, y enfatizaran la lección con su propio ejemplo inflexible, muchos de los que ahora están al borde de la ruina podrían salvarse.

¿Qué diremos de los vendedores de licor, que ponen en peligro la vida, la salud y la propiedad, con perfecta indiferencia? No ignoran el resultado de su comercio, pero se vuelven insensibles de corazón. Escuchan despreocupadamente las quejas de madres y niños famélicos y medio desnudos. Satanás no tiene mejores agentes para preparar a las almas para la perdición, y los usa con el efecto más revelador. El vendedor de licor distribuye sus bebidas ardientes a hombres que han perdido todo control de la razón y el apetito; toma su dinero duramente ganado y no da ningún equivalente por él; es la peor clase de ladrón.

Encontramos en los preceptos especiales dados por Dios a los hebreos, este mandamiento: "Si un buey cornea a un hombre o a una mujer y mueren, el buey será apedreado y no se comerá su carne; pero el dueño del buey quedará libre. Pero si el buey solía empujar con su cuerno en otro tiempo, y se ha dado testimonio a su dueño, y éste no lo ha guardado, sino que ha matado a un hombre o a una mujer, el buey será apedreado y su dueño también morirá. Si le fuere impuesta una suma de dinero, dará por el rescate de su vida lo que le fuere impuesto." "Y si un hombre abriere una fosa, o si un hombre cavare una fosa, y no la cubriere, y cayere en ella un buey o un asno, el dueño de la fosa la reparará, y dará dinero al dueño de ellos, y el animal muerto será suyo."

El principio plasmado en este estatuto es válido en nuestros días. El vendedor de licor es comparable al hombre que suelta un buey vicioso entre sus vecinos. El vendedor de licor no ignora los efectos de la bebida ardiente que distribuye sin vacilar a maridos, padres, jóvenes y ancianos. Sabe que les roba la razón y, en muchos casos, los convierte en demonios. El vendedor de licor se hace responsable de la violencia que se comete bajo la influencia del licor que vende. Si el borracho comete un asesinato, bajo el efecto de la enloquecedora bebida, el comerciante que se la vendió, consciente de la tendencia de su efecto, es a los ojos de Dios tan responsable del crimen como el que lo cometió.

El licorero cava un pozo para que su vecino caiga en él. Ha visto las consecuencias del consumo de licor con demasiada frecuencia como para ser ignorante de cualquiera de sus diversas fases. Sabe que es probable que la mano del hombre que bebe en su bar se levante contra su propia esposa, sus hijos indefensos o su anciano padre o madre. Sabe, en muchos casos, que el vaso que entrega a su cliente le convertirá en un loco furioso, ansioso de pelea y sediento de sangre. Sabe que está quitando el pan de la boca de niños hambrientos, que los peniques que caen en su caja y le permiten vivir extravagantemente, han privado de ropa a los hijos del borracho y han robado a su familia no sólo las

comodidades, sino las mismas necesidades de la vida. Hace oídos sordos a las súplicas de las esposas y madres que lloran y cuyos corazones se rompen por la crueldad y el abandono.

Crímenes del más oscuro tinte aparecen diariamente en los periódicos como resultado directo de la embriaguez. Las prisiones están llenas de criminales que han sido llevados allí por el uso del licor; y la sangre de las víctimas asesinadas clama al cielo por venganza, como lo hizo la sangre de Abel. Las leyes del país castigan al autor del hecho, pero el vendedor de licor, que también es moralmente responsable de él, queda libre; nadie le llama asesino; la comunidad contempla tranquilamente su tráfico impío, porque la justicia está caída en las calles, y la equidad no puede entrar. Pero Dios, que declaró que si un hombre poseía un buey peligroso, y sabiendo que lo era, lo dejaba suelto entre sus vecinos, si causaba la muerte de algún hombre o mujer, debía pagar la pena con su propia vida, ese Dios justo y terrible hará caer los rayos de su ira sobre el vendedor de licor, que vende violencia y muerte a sus semejantes, en la copa envenenada del ebrio, que le reparte lo que le quita la razón y lo convierte en un bruto.

Oh, si los hombres, formados a imagen de Dios, dejaran que la razón dominara sus mentes; si recordaran que maldito es el que pone la botella en los labios de su prójimo, y que ningún borracho heredará el reino de los cielos; si calcularan de antemano el costo de crear un apetito que no tiene fundamento en la naturaleza, ¡cuánta miseria, crimen y enfermedad podrían ahorrarse los hijos de los hombres!

Los padres que consumen libremente vino y licor dejan a sus hijos el legado de una constitución débil, debilidad mental y moral, apetitos antinaturales, temperamento irritable e inclinación al vicio. Los padres deben sentir que son responsables ante Dios y ante la sociedad de dar a luz seres cuyo carácter físico, mental y moral les permita hacer un uso apropiado de la vida, ser una bendición para el mundo y un honor para su Creador. La complacencia del apetito pervertido es la gran causa del deterioro de la raza humana. El hijo del borracho o del ebrio de tabaco generalmente tiene los apetitos depravados y las pasiones del padre intensificadas, y al mismo tiempo hereda menos de su autocontrol, y fuerza de mente. Los hombres que son naturalmente tranquilos y de mente fuerte, no pocas veces pierden el control de sí mismos mientras están bajo la influencia del licor y, aunque no cometan un crimen, tienen una inclinación a hacerlo, que podría resultar en el acto si se les ofreciera una buena oportunidad. La disipación continuada convierte estas propensiones en una segunda

naturaleza. Sus hijos a menudo reciben este sello de carácter antes de su nacimiento, ya que los apetitos de los padres a menudo se intensifican en los niños. Así, las generaciones por nacer son afligidas por el uso del tabaco y el licor. Les sobreviene la decadencia intelectual, y sus percepciones morales se embotan. Así, el mundo se está llenando de indigentes, lunáticos, ladrones y asesinos. La enfermedad, la imbecilidad y el crimen, con corrupciones privadas y públicas de todo tipo, están haciendo del mundo una segunda Sodoma.

En aras de esa alta caridad y simpatía por las almas de los hombres tentados por las que Cristo murió, los cristianos deben salir de las costumbres populares y de los males de la época, y separarse para siempre de ellos. Pero encontramos en el propio clero el obstáculo más insuperable para el fomento de la templanza. Muchos son adictos al uso de la inmundicia, el tabaco, que pervierte el apetito y crea el deseo de algún estimulante más fuerte. La indiferencia o la oposición disimulada de estos hombres, muchos de los cuales ocupan posiciones altas e influyentes, es sumamente perjudicial para la causa de la templanza.

La seguridad de la sociedad y el progreso de la reforma dependen de una clara definición y reconocimiento de la verdad fundamental. Los principios de la ley de Dios deben mantenerse ante el pueblo tan eternos e inexorables como el carácter de Dios mismo. La ley se define como una regla de acción. La ley civil representa el poder supremo del Estado, que regula las acciones de los hombres y les impide obrar mal bajo pena de castigo. El bien de la sociedad y la seguridad del hombre exigen que se respete la ley. Toda ley ilustrada se funda en la ley de Jehová, dada en el Monte Sinaí. Para el ebrio, tanto la ley de Dios como la ley del hombre carecen de sentido. Sus sentidos están entumecidos, no puede comprender el lenguaje del Sinaí, y trata de rebajar la ley para cumplir con su estándar degradado en lugar de elevarse para cumplir con el estándar exaltado establecido por las reglas del gobierno de Dios.

Si los hombres cristianos quieren proteger sus hogares de los horrores del vicio, que respeten las leyes de Dios. Que sean celosos de la santidad de los diez preceptos dados para el gobierno de la humanidad. Que se purifiquen así y se decidan a obedecer a Dios a cualquier precio. Entonces comprenderán el misterio de la piedad, y exclamarán con David: "¡Cuánto amo tu ley! Es mi meditación todo el día". "Abre mis ojos para que vea las maravillas de tu ley."

Sra. E. G. White, *en Health Reformer*.

24 de octubre de 1878

Una lección para los tiempos que corren

A menudo nos duele ver el poco poder moral que poseen los que profesan ser seguidores de Cristo. Cuando son tentados en el punto del apetito, pocos resisten firmemente la prueba. Muchos se apartan de la luz y el conocimiento, y sacrifican los principios para satisfacer su gusto. Comen cuando no tienen necesidad de comer, y en períodos irregulares, porque no tienen fuerza moral para resistir sus inclinaciones. Como resultado de esta gratificación del gusto, el estómago maltratado se rebela, el sufrimiento sigue, y una imposición cansada de los amigos del que sufre.

Muchos satisfacen el apetito a expensas de la salud y de las facultades intelectuales, de modo que no pueden apreciar el plan de salvación. ¿Qué apreciación pueden tener tales personas de la tentación de Cristo en el desierto, y de la victoria que obtuvo sobre el punto del apetito? Les es imposible tener una visión elevada de Dios y comprender las exigencias de su ley. Muchos de los que profesan seguir a Cristo olvidan el gran sacrificio que él hizo por ellos. La Majestad del Cielo, a fin de poner la salvación a su alcance, fue herido, magullado y afligido. Se hizo varón de dolores y experimentado en quebranto. En el desierto de la tentación resistió a Satanás, aunque el tentador estaba vestido con la librea del cielo. Cristo, aunque fue llevado a grandes sufrimientos físicos, se negó a ceder un solo punto, a pesar de que se le presentaron los más halagadores alicientes para sobornarlo e influir en él para que cediera en su integridad. Todo este honor, todas estas riquezas y gloria, dijo el engañador, te daré si tan sólo reconoces mis pretensiones.

Si en ese momento hubiéramos entrado en los atrios celestiales y hubiéramos visto con qué intenso interés los santos ángeles observaban el conflicto de su amado Comandante con el enemigo caído, veríamos un significado mayor en este largo ayuno de Cristo del que ahora nos es posible comprender con nuestros sentidos oscurecidos. Cristo, el Comandante del Cielo, estaba demacrado por el largo ayuno; y su naturaleza humana se desmayó cuando terminó el conflicto. El Hijo de Dios parecía morir de hambre y de los efectos de su lucha contra Satanás. Pero los ángeles levantaron su cabeza desfalleciente, le sirvieron alimentos nutritivos y le ministraron. Nunca se someterá al hombre a una prueba tan severa como la que soportó ante él el Capitán de su salvación.

Hubo gran regocijo y triunfo en los atrios celestiales porque Satanás, que había engañado incluso a los ángeles celestiales, y arrastrado a una tercera parte del cielo a su rebelión, había sido vencido en todos los puntos por el Príncipe de la Vida. En el cielo resonaron alabanzas porque Cristo había rechazado al enemigo caído y resistido toda tentación a punto de apetito, redimiendo con su propio triunfo el vergonzoso fracaso de Adán.

Cristo nos ha dado un ejemplo de templanza en su propia vida. Donde tantos cristianos profesos fallan, y son llevados cautivos por el apetito y la inclinación, el Salvador fue firme. ¿Qué salvación habría ahora para la raza si Cristo hubiera sido tan débil en poder moral como el hombre? No es de extrañar que la alegría llenara el cielo cuando el jefe caído abandonó el desierto de la tentación como un enemigo vencido. Cristo tiene el poder de su Padre para dar su gracia y fuerza divinas al hombre, haciendo posible que nosotros, por medio de su nombre, venzamos. Son pocos los que profesan seguir a Cristo y deciden comprometerse con él en la tarea de resistir a las tentaciones de Satanás como él resistió y venció.

Los cristianos profesos que disfrutan de reuniones de alegría, placer y banquetes, no pueden apreciar el conflicto de Cristo en el desierto. Este ejemplo de su Señor al vencer a Satanás está perdido para ellos. Esta victoria infinita que Cristo logró para ellos en el plan de salvación carece de sentido. No tienen ningún interés especial en la maravillosa humillación de nuestro Salvador, ni en las angustias y sufrimientos que soportó por el hombre pecador, mientras Satanás lo presionaba con sus múltiples tentaciones. Aquella escena de prueba en el desierto fue el fundamento del plan de salvación, y da al hombre caído la clave por la cual, en nombre de Cristo, puede vencer.

Muchos profesos cristianos consideran esta porción de la vida de Cristo como si se tratara de una guerra común entre dos reyes, y como si no tuviera ninguna relación especial con su propia vida y carácter. Por lo tanto, la forma de la guerra y la maravillosa victoria obtenida tienen poco interés para ellos. Sus facultades perceptivas están embotadas por los artificios de Satanás, de modo que no pueden discernir que el que afligió a Cristo en el desierto, decidido a robarle su integridad como Hijo del Infinito, va a ser su propio adversario hasta el fin de los tiempos. Aunque no logró vencer a Cristo, su poder sobre el hombre no se ha debilitado. Todos están expuestos personalmente a las tentaciones que Cristo venció; pero se les proporciona fuerza en el nombre todopoderoso del gran Conquistador. Y todos deben, por sí mismos, vencer individualmente. Muchos caen en las mismas tentaciones con que Satanás asaltó a Cristo.

Aunque Cristo obtuvo una victoria inestimable en favor del hombre al vencer las tentaciones de Satanás en el desierto, esta victoria no beneficiará al hombre a menos que él también obtenga la victoria por su propia cuenta.

El hombre tiene ahora ventaja sobre Adán en su lucha contra Satanás, porque tiene la experiencia de Adán en la desobediencia y su consiguiente caída para advertirle que evite su ejemplo. El hombre también tiene el ejemplo de Cristo en vencer el apetito y las múltiples tentaciones de Satanás, y en vencer al poderoso enemigo en todos los puntos, y salir victorioso en cada contienda.

Si el hombre tropieza y cae bajo las tentaciones de Satanás, no tiene excusa; porque tiene la desobediencia de Adán como advertencia, y la vida del Redentor del mundo como ejemplo de obediencia y abnegación, y la promesa de Cristo de que "al que venciere, yo le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono".

La gran prueba de Cristo en el desierto, a punto del apetito, fue para dejar al hombre un ejemplo de abnegación. Este largo ayuno debía convencer a los hombres de la pecaminosidad de muchas cosas en las que los cristianos profesos se complacen. La victoria que Cristo obtuvo en el desierto debía mostrar al hombre la pecaminosidad de las mismas cosas en las que se complace. La salvación del hombre estaba en la balanza, y debía decidirse por la prueba de Cristo en el desierto. Si Cristo era vencedor en el punto del apetito, entonces había una oportunidad para que el hombre venciera. Si Satanás obtenía la victoria por medio de su sutileza, el hombre quedaba atado por el poder del apetito con cadenas de indulgencia que no podía tener poder moral para romper. La humanidad de Cristo, por sí sola, nunca habría podido soportar esta prueba; pero su poder divino, combinado con la humanidad, obtuvo en favor del hombre una victoria infinita. Nuestro Representante en esta victoria elevó a la humanidad en la escala de valor moral con Dios.

Todo hombre nacido en el mundo con facultades de razonamiento tiene la oportunidad, en gran medida, de convertirse en lo que elija ser. Las bendiciones de esta vida y las bendiciones de la vida inmortal están a su alcance. Puede construir un carácter de valor mental y moral, ganando nuevas fuerzas a cada paso en la vida. Puede avanzar diariamente en conocimiento y sabiduría, consciente de nuevos deleites a medida que progresa, añadiendo virtud a la virtud y gracia a la gracia.

Sus facultades mejorarán con el uso, y cuanta más sabiduría adquiriera, más podrá adquirir, y así su inteligencia, conocimiento y virtud aumentarán continuamente y se desarrollarán en mayor fuerza y belleza.

Por otra parte, puede dejar que sus facultades se oxiden por falta de uso, o que se perviertan por malos hábitos, falta de autocontrol o de resistencia moral y religiosa. Su curso entonces tiende hacia abajo; es desobediente a las leyes de Dios, y a las leyes de la salud. El apetito lo conquista; la inclinación lo arrastra. Es más fácil para él quedarse quieto y ser arrastrado hacia atrás por los poderes del mal, que siempre están activos, que luchar contra ellos y avanzar. Siguen la disipación, la enfermedad y la muerte. Esta es la historia de muchas vidas que podrían haber sido útiles a la causa de Dios y de la humanidad.

Somos agentes morales libres. Podemos obedecer la ley de Dios, y asegurar la ganancia eterna y guiar a otros por el camino del bien, o podemos transgredir la ley de Dios, y atraer sobre nosotros el castigo de la desobediencia. Hay gloria por encima de nosotros que podemos alcanzar; y hay un abismo de miseria por debajo, en el que podemos sumergirnos. Se requiere menos esfuerzo para consentir en ir hacia atrás y hacia abajo que para impulsar nuestro camino hacia adelante a través de todos los obstáculos. Así, muchos se hunden por inacción, cuando podrían ser luces brillantes y resplandecientes.

Sra. E. G. White, *en Health Reformer*.

31 de octubre de 1878

Una lección para los tiempos que corren

Número Cuatro.

El hombre salió de la mano de Dios completo en todas las facultades de la mente y del cuerpo; en perfecta salud, por lo tanto en perfecta salud. Fueron necesarios más de dos mil años de indulgencia del apetito y de las pasiones lujuriosas para crear en el organismo humano un estado de cosas tal que disminuyera materialmente su fuerza vital. A través de sucesivas generaciones la tendencia fue más rápidamente hacia abajo. La indulgencia del apetito y la pasión combinadas, condujeron al exceso y a la violencia; el libertinaje y las abominaciones de todo tipo debilitaron las energías, y trajeron a la raza enfermedades de todo tipo, hasta que el vigor y la gloria de las primeras generaciones desaparecieron, y, en la tercera generación a partir de Adán, el

hombre comenzó a mostrar signos de decadencia. Las generaciones sucesivas después del diluvio degeneraron más rápidamente.

Todas estas aflicciones y sufrimientos se deben a la indulgencia del apetito y de las pasiones. La vida lujosa y el uso del vino corrompen la sangre, inflaman las pasiones y producen enfermedades de todo tipo. Los padres legan enfermedades a sus hijos. Por regla general, todo hombre intemperante que cría hijos transmite sus inclinaciones y malas tendencias a sus vástagos; y el mal no termina aquí; les da enfermedades de su propia sangre inflamada y corrompida. El libertinaje, la enfermedad y la imbecilidad se transmiten como una herencia de infortunio de padres a hijos, y de generación en generación, trayendo angustia y sufrimiento al mundo, lo que no es menos que una repetición de la caída del hombre.

La raza está gimiendo bajo su peso de infortunio acumulado, debido a los pecados de las generaciones anteriores. Y, sin embargo, los hombres y las mujeres de la época actual se entregan a la intemperancia mediante la embriaguez y el desenfreno, dejando como legado a la próxima generación la enfermedad, el debilitamiento del intelecto y la contaminación de la moral.

La continua transgresión de las leyes de la Naturaleza es una continua transgresión de la ley de Dios. El peso actual del sufrimiento y la angustia que vemos por todas partes, la deformidad, decrepitud, enfermedad e imbecilidad que ahora inundan el mundo, lo convierten, en comparación con lo que podría ser, y lo que Dios diseñó que fuera, en un lazareto; y la generación actual es débil en poder mental, moral y físico. Toda esta miseria, acumulada de generación en generación, existe porque el hombre caído persiste en quebrantar la ley de Dios.

El esfuerzo realizado para crear un gusto por el repugnante y asqueroso veneno del tabaco, conduce al deseo de estimulantes más fuertes, como el licor, que se toma, con un pretexto u otro, para alguna dolencia imaginaria, o para prevenir alguna posible enfermedad. Así se crea un apetito antinatural por estimulantes dañinos y excitantes, que se fortalece con los años. El aumento de la intemperancia en esta generación es alarmante; por todas partes se ven hombres amantes de las bebidas y bebedores de licor.

La intemperancia de cualquier tipo es la peor clase de egoísmo. Los que verdaderamente temen a Dios y guardan sus mandamientos miran estas cosas a la luz de la razón y de la religión. ¿Cómo puede un hombre o una mujer guardar la ley de Dios y, al mismo tiempo, entregarse a un apetito intemperante, que

entorpece el cerebro, debilita el intelecto y llena el cuerpo de enfermedades? La intemperancia inflama las pasiones y da rienda suelta a la lujuria. La razón y la conciencia son entonces cegadas por las bajas pasiones.

No es fácil superar los hábitos establecidos de apetito por narcóticos y estimulantes. Sólo en el nombre de Cristo puede obtenerse esta gran victoria. Él venció en nombre del hombre en el desierto de la tentación, en el largo ayuno de casi seis semanas. Él simpatiza con la debilidad del hombre caído. Su amor por él fue tan grande que hizo un sacrificio infinito para poder alcanzarlo en su degradación, y a través de su poder divino elevarlo finalmente a su trono. Pero depende del hombre si Cristo cumplirá por él lo que ha emprendido y es plenamente capaz de hacer.

Es un deber sagrado que debemos a Dios mantener puro el espíritu, como templo del Espíritu Santo. Si el corazón y la mente están dedicados al servicio de Dios; si obedecemos todos sus mandamientos, amándole con todo el corazón, poder, mente y fuerza, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos, seremos hallados leales y fieles a los requerimientos del Cielo.

El apóstol dice: "No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, para que lo obedezcáis en sus concupiscencias". También exhorta a sus hermanos a una diligencia sincera y a una perseverancia firme en sus esfuerzos por la pureza y la santidad de vida, con estas palabras: "Y todo hombre que lucha por el dominio es templado en todas las cosas. Ellos lo hacen para obtener una corona corruptible; pero nosotros, una incorruptible".

Sra. E. G. White, *en Health Reformer*.

12 de diciembre de 1878

Reflexiones sobre un atardecer en Colorado

Mientras los coches llevaban a nuestra compañía a la ciudad de Denver, nos encantó contemplar una de las hermosas puestas de sol de Colorado. El sol pasaba por detrás de las montañas nevadas, dejando que sus tenues rayos de luz dorada tiñeran el cielo. A medida que los tintes se profundizaban y se extendían por el cielo, con una belleza indescriptible, parecía que las puertas del cielo estaban entreabiertas para dejar pasar los destellos de su gloria. Las tonalidades doradas eran cada vez más fascinantes, como si invitaran a nuestra imaginación a imaginar la mayor gloria interior. Nos encantaba pensar que Dios había dejado aparecer a nuestros sentidos algunos de los gloriosos rayos de la luz que abunda

en el cielo, para que nuestra imaginación pudiera captar las glorias más perfectas aún no reveladas. Sin embargo, el apóstol inspirado nos dice que "ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, las cosas que Dios ha preparado para los que le aman." Si esto encanta tanto a nuestros sentidos, ¿cuál debe ser la plenitud de la gloria en el cielo mismo?

Tenemos un Dios infinito, por encima de todos los cielos; y, sin embargo, condesciende a morar con aquel que es de espíritu manso y contrito. Cuando apartamos los ojos de este mundo es cuando contemplamos los rayos de luz del cielo. Por la fe amanece en nuestros sentidos una gloria mucho mayor que la que el mundo puede dar. Aquí no vemos más que los débiles rayos de lo que será revelado a los que aman a Dios.

El cielo parecía estar muy cerca. De sus puertas doradas parecía brotar la luz para bendecir, consolar y alegrar el corazón del hombre. Al apartar la vista de las deslumbrantes glorias del último día, no pudimos menos de reflexionar que si viéramos más del cielo con el ojo de la fe, habría más luz, más paz y alegría a lo largo del camino de la vida. Mantenemos nuestros ojos fijos tan de cerca en la tierra baja, mirando las atracciones transitorias y engañosas de las cosas mundanas, que al mirar nos convertimos en terrenales. Si el ojo de la fe se alzara para ver a través del velo del futuro y discernir las muestras del amor y la gloria de Dios en la vida prometida del más allá, tendríamos una mentalidad más espiritual, y las bellezas y alegrías del cielo se mezclarían con nuestra vida diaria. Deberíamos prepararnos para el fiel desempeño de nuestro trabajo en esta vida, y para la vida superior del más allá.

La compasión del Dios infinito se manifiesta al hombre en las bendiciones que le concede. El hombre más grande, más sabio y más feliz que vive sobre la tierra es el que más ve a Dios en sus obras creadas; el que camina más estrechamente con Él en su vida cotidiana. El hombre que camina con Dios ejercerá una influencia que hará que el mundo sea mejor por haber vivido en él. El carácter bello, equilibrado y simétrico se desarrolla mediante actos individuales de deber. El carácter se forma por la atención concienzuda a las pequeñas cosas de la vida, los actos corteses de bondad las obras desinteresadas de caridad. Las palabras amables hacen la vida bella y noble; porque en ellas está el espíritu que impregna el cielo.

Un sabio aprovechamiento de los dones y bendiciones de Dios; un diligente cultivo de los pequeños talentos dados por el Maestro; una paciente perseverancia en las buenas obras, aunque no recibamos mucho aliento de

quienes nos rodean, harán que la vida en este mundo sea un éxito, y nos asegurarán la vida inmortal superior. Estas cosas hacen a los grandes hombres del mundo a los ojos de Dios. El mundo no conocerá a estos hombres, como ellos no conocieron a Cristo; pero son conocidos y reconocidos por el cielo. Si los pensamientos y los propósitos del hombre fueran de un carácter más elevado, la espiritualidad no se estaría enfriando.

Las sorprendentes figuras e imágenes que Dios ha dado en sus cielos deben estremecer nuestras almas y conducir nuestras mentes a la contemplación de las glorias celestiales. Mientras la mente esté ocupada en esto, no tendrá tiempo libre para imaginaciones mundanas, maquinaciones mundanas, deseos de honores o distinciones mundanas. Al conversar con el Dios de la naturaleza, al contemplar con ojos santificados las gloriosas cosas creadas por él en la naturaleza, el corazón anhelará logros más elevados y santos.

El alto y sublime que habita la eternidad reclama y merece nuestros pensamientos más elevados y nuestros afectos más santos. Dios es la fuente de todo poder. De su amor infinito fluyen bendiciones a toda criatura formada a su imagen. Nuestro Padre celestial ha colgado glorias en el firmamento de los cielos, para que los hombres tengan una expresión de su amor en la revelación de sus maravillosas obras. Dios no quiere que seamos indiferentes a los símbolos de las glorias de su infinito poder en los cielos. David se deleitaba en estas glorias. Compuso salmos que los cantores hebreos entonaban para alabar a Dios. "Los cielos cuentan la gloria de Dios y el firmamento muestra la obra de sus manos. El día al día habla, y la noche a la noche muestra el conocimiento. No hay habla ni lengua donde no se oiga su voz. Su línea se extiende por toda la tierra, y sus palabras hasta el fin del mundo. En ellos ha puesto un tabernáculo para el sol, que es como un novio que sale de su cámara, y se regocija como un hombre fuerte para correr una carrera. Su salida es desde el extremo del cielo, y su circuito hasta los confines de él; y nada hay oculto a su calor."

Cristo encuentra a los hombres aferrados a la tierra y construyendo sus cimientos sobre la arena. Les presenta temas en los cielos dignos de consideración, y les inspira el deseo de asirse a Dios y edificar sobre la roca para el tiempo y para la eternidad. Todos los poderes de nuestro ser, todos los medios de nuestra existencia y felicidad, todas las bendiciones del cálido sol y las lluvias refrescantes, que hacen florecer la vegetación, todo consuelo y toda bendición de esta vida, provienen de Dios. Él envía la lluvia sobre justos e injustos. Los tesoros del cielo se derraman para todos.

A través de Jesucristo vienen todas estas bondades. ¿Y cómo las reciben los hombres? La gran masa de la humanidad toma el don de la mano de su Padre celestial, pero no le hace ningún reconocimiento. Parecen dar por descontado que estas bondades les corresponden por derecho, y olvidan que Dios es el dador. Ni siquiera reconocen sus obligaciones dando gracias a Dios por sus misericordias. De hecho, no tratan tan mal a ningún otro amigo. Se sientan a la mesa familiar, cargados de generosidades de su mano, y no le dan las gracias. Disfrutan de los regalos, pero desprecian al que los da.

La peor característica de este cuadro es que muchos que profesan ser seguidores de Cristo siguen el mismo curso que el incrédulo y el mundano ingrato. Toman los dones del cielo sin elevar el corazón y la voz a Dios en sincero agradecimiento. Dios los ha bendecido con hogares confortables. Se acuestan a descansar con seguridad gracias al cuidado de sus ángeles ministradores; pero se levantan por la mañana sin pensar apenas en Dios. Esto no es como el Redentor del mundo. Aunque era dueño de todas las cosas, nunca partía el pan sin levantar los ojos y las manos al cielo en agradecimiento a su Padre, implorando su bendición. Sin embargo, el hombre finito, totalmente dependiente de Dios, no tiene sentido de la deuda de gratitud que tiene.

Muchos padres que profesan ser cristianos pasan la mañana sin orar a Dios ni pensar en Él. Los negocios mundanos son el tema de sus pensamientos a última hora de la noche y a primera hora de la mañana. No reúnen a la familia a su alrededor y les leen la Palabra de Dios, que enseña todos los deberes del hombre. No dan importancia a la lectura de lecciones instructivas del precioso libro, ni hacen de la hora de oración un privilegio sagrado. No enseñan a los niños, por medio de la oración, su dependencia de Dios y la necesidad de la ayuda divina para vencer la tentación durante el día y elevar la mente hacia Dios y el cielo. Una casa sin oración, una casa donde no se ruega a Cristo que entre, allí mora el príncipe de las tinieblas. Hay decenas de familias que profesan amar a Dios, pero lo aman muy lejos, porque no invitan a Jesús a sus hogares. No erigen el altar familiar y ofrecen fervientes peticiones mañana y tarde. No rinden a Dios alabanzas agradecidas, reconociendo sus dones y suplicando su bendición. ¿Cómo pueden aquellos que llevan el nombre de cristianos levantarse mañana tras mañana y participar de las bondades que Dios ha provisto para ellos y ser tan ingratos con el Dador como para no pronunciar una palabra de agradecimiento? En una casa así prevalece una influencia fría y escalofriante. Los cálidos rayos del Sol de Justicia no penetran la oscuridad de una casa sin oración.

Los padres deben asociar en la mente de sus hijos a nuestro Padre celestial con las bendiciones de la vida y la salud y los dones de sus bondades que ellos disfrutaban diariamente. No deben descuidar abrir a sus mentes impresionables el gran libro de la naturaleza, y enseñarles lecciones del amor de Dios; mostrarles que cada capullo y cada flor floreciente, formados y teñidos por una mano divina, son una expresión del amor de Dios hacia ellos. Cada espina de hierba, cada árbol elevado, es una evidencia del amor de Dios al hombre. Los niños pueden familiarizarse con Dios en sus obras creadas dirigiendo sus mentes a las glorias de los cielos a la luz del sol poniente. Su mano ha sembrado los cielos de eternas gemas de luz. Los mundos están poblados por su poder y, sin embargo, las criaturas más humildes de la tierra son objeto de su amor y cuidado. La contemplación de estas cosas dará tanto a los padres como a los hijos una visión más exaltada del Gobernante del universo.

Los padres cristianos pueden escribir en las tablas del corazón de sus hijos lecciones de la grandeza y majestad de Dios que ni el tiempo ni las circunstancias pueden borrar. El Dios de tanta riqueza y poder, que no tenía necesidad del hombre para aumentar su poder y gloria, entregó a su único y amado Hijo a una vida de ignominia y a una muerte cruel, porque amaba al hombre que había creado, y al que quería salvar de la ruina, y concederle el don de la vida eterna. Enseñad a los niños que la cruz de Cristo es el instrumento de Dios para salvar al hombre que perece. Y nos ha mandado: "Amados los unos a los otros como yo os he amado". Cristo nos ha dado ejemplo con su vida, y nos manda seguir sus huellas.

Aquellos que están absortos en sus propias penas, que sólo pueden disfrutar de sus propias bendiciones, y trabajar sólo por su propio bien, son realmente miserables. Así como recibimos los dones de Dios, debemos impartir a los demás las bendiciones que el Cielo nos ha concedido tan ricamente. Para ser felices nosotros mismos, debemos vivir para hacer felices a los demás. Nuestros corazones se llenarán de alegría y paz cuando impartamos bendiciones a los demás. Los jóvenes que sean fieles en los pequeños deberes de la vida, que atiendan las exigencias del deber sin consultar su propio placer, y que digan palabras de bondad y realicen actos de amor a los pobres, y lleven consuelo a los hogares de los desolados, serán aquellos a quienes el Maestro llamará para que hagan sacrificios para llevar la verdad a los que están en la oscuridad. A éstos se les puede confiar esta obra, porque han demostrado ser fieles en lo que es menos. Un sabio aprovechamiento de los talentos concedidos hará grande a los ojos de Dios al fiel hacedor. La obra de la fidelidad debe comenzar en su

propia puerta; en su propio hogar deben mostrar un espíritu desinteresado en todos sus actos, para con los de su propia casa.

Todas las glorias de Dios en los cielos, y todo lo hermoso en nuestro mundo, es para darnos un conocimiento correcto del carácter de Dios el dador. El poder, la verdad y la gloria del Evangelio se despliegan a nuestro alrededor para ponernos en armonía y amor con nuestro bondadoso Benefactor.

Sra. E. G. White

19 de diciembre de 1878

Unas palabras para los padres

La posición de un padre es una de las de mayor responsabilidad en la tierra, y sin embargo es considerada con demasiada ligereza por la mayoría del mundo. Las cosas que son perecederas reciben su tiempo, trabajo y dinero, mientras que el trabajo que será duradero como la eternidad se convierte en un asunto secundario. El futuro de la nueva generación está en manos de los padres, pues ellos controlan en gran medida el destino de sus hijos, tanto para el tiempo como para la eternidad. La salvación de los jóvenes depende casi totalmente de la educación que reciben en la infancia. Los padres cristianos, que creen en la sagrada verdad de Dios, deben regular su propia conducta por la influencia santificadora de esa verdad, y, por precepto y ejemplo, inculcar a sus hijos lecciones de moralidad y religión. Línea sobre línea, precepto sobre precepto, se les debe enseñar el precioso amor de Jesús por el hombre y la virtud de su expiación. Ese amor debe mezclarse con todos sus estudios y deberes.

El amor de Jesús se ganó el corazón de los niños, y cuando los discípulos quisieron despedir a las madres con sus hijos, por celo equivocado de preservar la dignidad de su Maestro, Jesús los reprendió, diciendo: "Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impedáis; porque de los tales es el reino de los cielos". Padres, es vuestro sagrado privilegio llevar a vuestros hijos a Jesús, y recibir su bendición sobre ellos. Llevad a vuestros hijos al amoroso Jesús, y luego enseñadles el amor y el temor del Señor, que es el principio de la sabiduría. Inculcadles el sentido de las cosas sagradas, y su propia responsabilidad ante Dios, y que ninguna mala pasión, egoísmo u orgullo serán excusados por Dios, ni encontrarán entrada en el reino de los cielos.

Debe enseñarse a los niños que la sencillez en el vestir es preferible a la ostentación llamativa. Deben aprender que el vestido es un asunto insignificante

en comparación con los actos de su vida diaria, y el carácter que están formando para la eternidad; que la belleza del alma, las virtudes y las gracias de un verdadero cristiano, son perlas de precio inestimable, ante las cuales la ropa costosa y las joyas se hunden en la insignificancia. Deben guardarse contra el orgullo en su belleza de forma o rasgos. Ninguna palabra vana de alabanza de estos atractivos debe caer jamás en sus oídos. Semejantes semillas, dejadas caer en la tierra preparada del corazón, son rápidamente alimentadas por Satanás, y pronto brotan en vigoroso crecimiento, dando el amargo fruto de la vanidad, el egoísmo y la insensatez.

Di a tus hijos lo poco que valora el Salvador las cosas vanas de la tierra; que ha dicho: "No os afanáis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber, ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Considerad los lirios del campo, cómo crecen; no trabajan, ni hilan, y sin embargo os digo que Salomón, en toda su gloria, no se vistió como uno de ellos." Así Cristo exalta la sencillez natural por encima del adorno artificial, y considera más atractivas las flores que crecen hermosas en el valle que toda la gloria de Salomón en su trono. La madre devota no robará a sus hijos el tiempo que debería emplearse en su instrucción, para malgastarlo en prepararles ropas finas y en ataviarlos con prendas que tenderían a excitar su vanidad. Más bien les inculcará que la pureza de corazón y la belleza de carácter son los únicos ornamentos que deben llevar para entrar en los atrios celestiales.

El amor al mundo es una de las principales tentaciones de la juventud, y contra la que nuestro Salvador advirtió repetidamente a sus discípulos. Los padres, sin embargo, fomentan con frecuencia en sus hijos el deseo de buscar la felicidad en la satisfacción de los sentidos externos, y en frecuentar escenas de alegría y diversiones frívolas. Enseñándoles a evitar estas cosas, los preparáis para abrigar pensamientos elevados, los capacitáis para ocupar puestos de confianza e importancia en esta vida, y para recibir la recompensa de los fieles en la futura vida inmortal.

Al aceptar la verdad de Dios, las mentes de los jóvenes se fortalecen para alcanzar una mayor inteligencia. Las energías dormidas de la mente se electrifican, y nuevas fuerzas parecen cobrar vida. El entendimiento, al esforzarse por comprender las alturas y las profundidades del plan de salvación, se hace fuerte y comprensivo, y todo el ser es iluminado por el resplandor y la gloria del Dios infinito. Qué contraste con el joven que dedica su tiempo y sus energías a los vanos placeres del día, dejándose llevar por la disipación y la

locura, empequeñeciendo y debilitando su mente con la misma seguridad con que destruye sus facultades físicas.

A los niños, por regla general, se les permite satisfacer su apetito hasta un punto decididamente perjudicial. Sus gustos se pervierten con el consumo de café, té, pasteles, condimentos y dulces. Estas indulgencias sientan las bases de varias enfermedades del cuerpo, irritabilidad, nerviosismo e imbecilidad mental. La salud, la felicidad y la vida misma se sacrifican con demasiada frecuencia en el altar del apetito. Por lo tanto, la madre no puede ser demasiado cuidadosa con sus hijos en lo que se refiere a la comida y la bebida. Su comida debe ser sencilla, sana y bien preparada; nada debe pasar por sus labios entre las comidas, y entonces no se les debe permitir que contraigan el hábito de comer en exceso. Sus ayudantes contratados deben entender que no están en libertad de infringir ninguna de sus reglas en lo que respecta al manejo de sus hijos. Si no cumplen con este requisito, y en secreto complacen a sus hijos en lo que usted ha prohibido, despídalos de inmediato. No permitas que nada interfiera en el gobierno de tu familia. Recuerde que la indulgencia perjudicial del apetito debilita las facultades físicas, mentales y morales, y abre el camino a tentaciones de diversos tipos, en las que la víctima del apetito pervertido cae casi inconscientemente.

Si los padres procuran obedecer la palabra de Dios, educando a sus hijos en la crianza y amonestación del Señor, encuentran ante sí una obra que requiere reflexión, resolución y confianza en Dios. Surgirán dificultades por todas partes que parecerán casi imposibles de superar; pero los padres deben tener continua comunión con Dios en sus pruebas y esfuerzos, y mantener sus almas firmes en él. Él no hará oídos sordos a sus oraciones, sino que les impartirá sabiduría y fortaleza.

Madres, no tienen tiempo para exhibiciones vanas o chismes ociosos. Vuestros preciosos momentos deben emplearse en enseñar a vuestros hijos el temor del Señor y el dominio propio, inculcando en sus mentes principios piadosos, que formarán parte de su propia naturaleza y regirán sus vidas; que los harán firmes como una roca cuando las tentaciones los asalten, y fieles a Dios en las buenas y en las malas. Madres, Dios obrará con vuestros esfuerzos. Si invocáis el nombre de Jesús ante el Padre, ese nombre no será presentado en vano. El Salvador ha unido al hombre con Dios, y la tierra con el cielo. Ten paciencia; el trabajo es fe. Cree estar en presencia de Jesús. Anticipa la corona, el manto, el arpa, para tus queridos hijos, el "Bien, buen siervo y fiel", el descanso, la paz

y la alegría del cielo, con aquellos seres queridos por los que has rezado y luchado en la tierra.

Sra. E. G. White

19 de diciembre de 1878

Mantener el fuerte

[James White, en un llamamiento a favor de la casa de culto de Oakland, cita una carta de E. G. White. Sigue una porción de su artículo que incorpora esta carta].

Fideicomisarios blancos

Battle Creek, Michigan, y Oakland,
California.

Battle Creek, Michigan, y Oakland, California, son las dos grandes fortalezas de nuestra causa en el continente occidental. La primera es la sede y el centro de nuestras operaciones mundiales. En Battle Creek se encuentra nuestra mayor y más antigua editorial, nuestra universidad y nuestro sanatorio. Este fuerte se ha mantenido veintitrés años el presente mes. Aquí, en Battle Creek, se han librado muchas duras batallas por la verdad y el derecho, y se han ganado otras tantas victorias triunfantes. El último gran esfuerzo de nuestro pueblo en este importante punto es la erección de una casa de culto que no sólo reunirá a la congregación actual, sino que acogerá cómodamente a la futura audiencia de Battle Creek. Gracias a Dios, que en Su buena providencia estamos conectados con una causa cuyo crecimiento hace necesario formar y ejecutar planes para el futuro cercano dos o tres veces más grandes que las demandas actuales.

Oakland, Cal., es la sede de todo nuestro trabajo en la costa del Pacífico. Allí se encuentra la editorial más perfecta y completa de la costa. Hemos añadido a un establecimiento de impresión de primera clase, una encuadernación completa, estereotipia, electrotipia y fundición de tipos, donde se fabrican los estilos y calidades más perfeccionados de los tipos. Esta fortaleza debe mantenerse a todo trance. Si tenemos en cuenta la juventud de la causa en la costa del Pacífico, su crecimiento es una maravilla. Pero hay una pesada deuda sobre la iglesia de Oakland, que esa buena gente nunca podrá levantar. Son la iglesia más pobre y más liberal del continente, y sin embargo esta posición es la más importante, exceptuando solamente a la iglesia de Battle Creek. Sobre la

condición financiera de las cosas en Oakland, nuestro hijo, J. E. White, escribiendo el 29 de noviembre, dice:

"Le escribo sobre un asunto que me preocupa considerablemente. Se trata de nuestra iglesia. Actualmente tiene una deuda de 8.000 dólares, y no hay la más remota posibilidad de que la iglesia de Oakland, si se la deja sola, pueda pagar la deuda. La iglesia es pobre y, por mucho que luche, apenas puede pagar los intereses y los gastos corrientes, que ascienden a 1.200 dólares al año. Sólo hay dos o tres en la iglesia que valen algo, y son los que menos pagan.

"Los cristianos (campbellitas) quieren una iglesia y la nuestra les conviene. Una vez hablaron de comprarla y yo me opuse. Dije a los hermanos que pensaba que sería una terrible desgracia venderla, pero como no veía más salida que ellos, retiré mi objeción.

"Puedo ver la situación tan claramente ahora como si hubiéramos llegado al momento. A menos que llegue ayuda exterior, la iglesia de Oakland debe desaparecer, ya sea por venta o porque los titulares de la hipoteca se la queden. Sería angustioso que algo así ocurriera. Le escribo con la esperanza de que pueda proponer alguna solución a esta dificultad.

"La oficina, por la economía más estrecha y rígida puede salir adelante. Pero no está en absoluto preparada para que se le haga ningún calado. Las finanzas son aquí las más ajustadas que he conocido.

En cuanto a los tiempos difíciles, además de los tiempos difíciles ordinarios acaban de tener el mayor desplome del mercado de valores que California haya conocido jamás. Esto, por supuesto, inquieta a toda California.

"Muchos en nuestra iglesia están sin empleo, y la mayoría apenas alcanza para los gastos. En cuatro meses la iglesia debe 2.000 dólares al banco. Más les valdría intentar volar que pensar en pagarlos".

A lo anterior, la Sra. W. responde con las siguientes conmovedoras palabras:

Querido hijo,

Hemos recibido su carta en referencia a la iglesia de Oakland. Me alegro de que nos escribiera en relación con la situación de las cosas allí. Estoy seguro de que la construcción de la casa de reuniones en Oakland no fue demasiado pronto. Había corazones dispuestos entre los creyentes que eran pobres. Hicieron

grandes sacrificios para reunir los medios para invertir en la iglesia de Oakland. Su celo y abnegación no serán en vano.

"Esa casa de reunión no será vendida. La construcción de la casa fue obra de Dios. Espero que nuestros hermanos y hermanas no murmuren como lo hicieron los hijos de Israel cuando fueron llevados frente al Mar Rojo, con los egipcios detrás de ellos y montañas infranqueables cerrándoles el paso. Fue en esta crisis cuando el Señor dijo a Moisés: 'Habla a los hijos de Israel para que avancen'. Cuando obedecieron, el Mar Rojo se abrió ante ellos y lo atravesaron por el camino que Dios les había preparado.

"Os decimos en Oakland: creed y haced todo lo que podáis, y veréis la salvación de Dios. Que cesen todas las murmuraciones y dudas cuestionadoras. Que vuestras quejas se conviertan en oración, fe y obras. Yo digo que esa casa no se venderá. Primero venderé mi casa en la esquina de las calles Castro y Once, y pondré cada dólar de los beneficios en la iglesia para limpiarla de deudas. ¿Vender nuestras casas? Sí, sí en verdad, antes que la casa que ha sido dedicada a Dios.

"Esperar, trabajar y rezar. Ejerceremos nuestra influencia y haremos lo que podamos. Aún se necesitará cada metro de espacio en esa casa. Oakland es un campo misionero, y siempre lo será. La verdad prevalecerá en Oakland. Puede tomar tiempo, pero se apoderará de los corazones allí. Crean, trabajen, esperen y oren. Aférrate a Dios con todas tus fuerzas.

"Que todos en la oficina y en la iglesia de Oakland muestren un espíritu de abnegación aún mayor del que han manifestado, y Dios obrará con sus esfuerzos. Levanten las cargas de buena gana, y no dejaremos que el asunto descansa hasta que los veamos libres de vergüenza. La ayuda llegará. Si no podemos vender nuestra propiedad, usaremos nuestra influencia para interesar a otros para que hagan todo lo que puedan. ¿Vender esa iglesia? Nunca, nunca. Le digo que se rezó mucho mientras se erigía. Saldrá bien.

"No seáis incrédulos, sino creyentes. Hay quienes tienen dinero en la costa del Pacífico; que suban en ayuda del Señor y hagan sus ofrendas a Dios. Algunos en California han demostrado que tenían más confianza en los incrédulos que en aquellos a quienes Dios ha honrado conectándolos con su causa.

"Éstos han confiado su dinero a hombres sin principios, mientras la causa de Dios se tambaleaba pesadamente por falta de medios. Si se les hace algún llamamiento, responden presentando sus ideas estrechas y sus puntos de vista

egoístas. Demasiado dinero, dicen, se ha gastado en edificios y en instalaciones para la difusión de la verdad. Temen perder su dinero si se lo confían al tesoro de Dios, pero el Señor ha mostrado su desagrado ante su proceder al sufrir pérdidas. No tienen fe salvadora; el dinero es su dios. El Señor les ha confiado medios, para que los utilicen en el avance de su causa, pero su espíritu codicioso se apodera de ellos y no los deja volver a aquel a quien pertenecen.

"La hermana Rowland ha hecho los esfuerzos más serios para ayudar cuando y donde podía. Que el Señor abra caminos ante ella para que pueda disponer de sus propiedades e invertir una parte de ellas en la causa de Dios. Con el mayor inconveniente para ella misma, hipotecó su propiedad y recaudó dos mil dólares para ayudar en la oficina de SIGNOS cuando más se necesitaba. Este noble acto de su parte es una expresión de su confianza en la obra y la causa de Dios. Ella no perderá su recompensa. Si otros mostraran un celo y una fe tan encomiables, la causa de la verdad no se vería tan avergonzada como ahora.

"Esperamos que aquellos que tienen medios confiados a extraños vean que la causa de Dios puede ser beneficiada por su uso. El Señor los puso en sus manos para probarlos, para ver si devolverán al Señor lo suyo cuando él lo pida. Los medios les fueron dados, no para atesorarlos o usarlos para sí mismos. Los que murmuran y se quejan del desembolso de medios en la Casa Publicadora y en la casa de reuniones, más vale que se pongan a trabajar para hacer su parte, no sea que se les encuentre faltos al hacer la parte de Meroz. Dios dio el mandamiento: 'Maldecid a Meroz, maldecid amargamente a sus habitantes, porque no subieron en ayuda del Señor, en ayuda del Señor, contra los poderosos'.

"No escatiméis vuestras ofrendas para hacer avanzar la causa de Dios. Si en alguna parte se ve y se siente algún escatimamiento y arreglos escasos y obras inferiores, que sea en vuestras propias casas y en vuestro propio vestido, y no en la casa de Dios o en las facilidades que se necesitan para impulsar la obra de Dios."

¿Nuestra casa de culto en Oakland, dedicada a la adoración de Dios por un pueblo que le teme y guarda sus mandamientos, será vendida a un pueblo que pisotea esa ley bajo sus pies? Jamás. Jamás. Jamás.

En la actualidad necesitamos una casa así en ese importante puesto. En un futuro próximo necesitaremos una más grande. Su ubicación es excelente.

El futuro crecimiento de la causa en una ciudad como Oakland depende en gran medida de una casa de culto central, cómoda y ordenada, como la que existe ahora en esa ciudad.

9 de enero de 1879

[Nota: Artículos de Ellen G. White paralelos al Espíritu de Profecía, Volumen I:

EGW

Tras la publicación de los materiales sobre la vida de Cristo y el ministerio de los apóstoles en los artículos de *Signs of the Times* en 1876, 1877 y 1878, y la publicación de los mismos materiales en *The Spirit of Prophecy*, volúmenes II y III, Ellen White esperaba poder empezar a proporcionar capítulos para su anticipado Volumen IV como artículos de *Signs* a finales de 1878 o principios de 1879. Pero su esposo, Jaime White, estaba agotado y a veces enfermo, y su cuidado y otras tareas apremiantes pesaban sobre la Sra. White. Ella no pudo preparar la copia como había esperado hacerlo, y bajo estas circunstancias, a fin de proporcionar artículos de *Signos*, recurrió a la historia del Antiguo Testamento que había presentado en 1870 en *El Espíritu de Profecía*, Volumen I.

Dado que este volumen fue escrito principalmente para la lectura de los miembros de la iglesia, ella consideró conveniente, al presentar estos materiales en nuestra revista misionera, editar los capítulos, adaptándolos al público lector ampliado. En algunos casos añadió material y en otros suprimió lo que era menos apropiado para el lector general. Las expresiones "vi" y "se me mostró" que aparecían en el volumen de 1870 no se trasladaron a los artículos de *Signs*. La serie de 93 partes comenzó en enero de 1879 y continuó hasta febrero de 1882. Hubo ligeras variaciones en los primeros capítulos y una considerable reescritura en los últimos. Puesto que esta presentación de la historia del Antiguo Testamento es una variante del relato del Espíritu de Profecía de 1870, en esta reimpresión facsímil se incluyen todos los artículos.

Las variaciones en esta impresión demuestran el trabajo realizado por la Sra. White, con la ayuda de sus asistentes literarios, en la adaptación de sus materiales para satisfacer las necesidades de los diversos grupos a los que presentaba su mensaje].

Fideicomisarios blancos.

9 de enero de 1879

La gran controversia entre Cristo y sus ángeles, y Satanás y sus ángeles

Capítulo 1-La caída de Satanás

Satanás en el cielo, antes de su rebelión, era un ángel elevado y exaltado, próximo en honor al amado Hijo de Dios. Su semblante, como el de los demás ángeles, era apacible y expresaba felicidad. Su frente, alta y ancha, mostraba un poderoso intelecto. Su figura era perfecta; su porte, noble y majestuoso. Una luz especial resplandecía en su semblante, y brillaba a su alrededor más brillante y más hermosa que alrededor de los otros ángeles; sin embargo, Jesús, el amado Hijo de Dios, tenía la preeminencia sobre toda la hueste angélica. Era uno con el Padre antes de que fueran creados los ángeles. Satanás envidiaba a Cristo, y en su ambición se arrogó el mando que sólo a Cristo correspondía.

El gran Creador reunió a las huestes celestiales para conferir, en presencia de todos los ángeles, un honor especial a su Hijo. El Hijo estaba sentado en el trono con el Padre, y la multitud celestial de santos ángeles estaba reunida en torno a ellos. El Padre hizo saber entonces que había ordenado que Cristo fuese igual a sí mismo, de modo que dondequiera que estuviese la presencia de su Hijo, era como su propia presencia. Su palabra debía ser obedecida tan fácilmente como la palabra del Padre. Había investido a su Hijo de autoridad para mandar a las huestes celestiales. Especialmente debía obrar en unión con Él en la creación anticipada de la tierra y de todo ser viviente que existiera en ella. Su Hijo llevaría a cabo su voluntad y sus propósitos, pero no haría nada por sí solo. En él se cumpliría la voluntad del Padre. Satanás tenía celos y envidia de Jesucristo. Sin embargo, cuando todos los ángeles se inclinaron ante Jesús para reconocer su supremacía y su alta autoridad y su legítimo gobierno, Satanás se inclinó con ellos; pero su corazón estaba lleno de envidia y odio. Cristo había sido consultado con el Padre acerca de sus planes, mientras que Satanás los desconocía. No comprendía, ni se le permitía conocer, los propósitos de Dios. Pero Cristo era reconocido soberano del cielo, y su poder y autoridad eran iguales a los de Dios mismo. Satanás se creía favorito entre los ángeles del cielo. Había sido altamente exaltado; pero esto no suscitaba en él gratitud y alabanza hacia su Creador. Aspiraba a la altura de Dios mismo. Se gloriaba en su altivez. Se sabía honrado por los ángeles. Tenía una misión especial que cumplir. Había estado cerca del gran Creador, y los incesantes rayos de luz gloriosa que envolvían al Dios eterno, habían brillado especialmente sobre él. Satanás pensó cómo los ángeles habían obedecido su orden con placentera presteza. ¿Acaso

sus vestiduras no eran ligeras y hermosas? ¿Por qué había de ser honrado así Cristo antes que él mismo?

Abandonó la presencia inmediata del Padre, insatisfecho y lleno de envidia contra Jesucristo. Ocultando sus verdaderos propósitos, reunió a la hueste angélica. Presentó su tema, que era él mismo. Como un agraviado, relató la preferencia que Dios había concedido a Jesús en detrimento de sí mismo. Les dijo que en adelante toda la preciosa libertad de que habían gozado los ángeles había llegado a su fin. ¿Acaso no se había designado un gobernante sobre ellos, a quien en adelante debían rendir un honor servil? Les dijo que los había convocado para asegurarles que ya no se sometería a esta invasión de sus derechos y de los de ellos; que nunca más se inclinaría ante Cristo; que tomaría sobre sí el honor que debería habersele conferido, y que sería el comandante de todos los que se sometieran a seguirle y obedecerle. Hubo contienda entre los ángeles. Satanás y sus simpatizantes se esforzaban por reformar el gobierno de Dios. Estaban descontentos e infelices porque no podían mirar dentro de su inescrutable sabiduría y averiguar sus propósitos al exaltar a su Hijo Jesús, y dotarle de tan ilimitado poder y mando. Se rebelaron contra la autoridad del Hijo.

Los ángeles leales y verdaderos trataron de reconciliar a este primer gran rebelde con la voluntad de su Creador. Justificaron el acto de Dios al conferir honor a Jesucristo, y con razones convincentes trataron de convencer a Satanás de que no le correspondía menos honor ahora que antes de que el Padre proclamara el honor que había conferido a su Hijo. Expusieron claramente que Jesús era el Hijo de Dios, que existía con él antes de que fuesen creados los ángeles; y que siempre había estado a la diestra de Dios, y que hasta entonces no se había puesto en duda su suave y amorosa autoridad; y que no había dado más mandatos que los que por dicha debía ejecutar la hueste celestial. Habían insistido en que el hecho de que Cristo recibiera honores especiales del Padre, en presencia de los ángeles, no menoscababa el honor que había recibido hasta entonces. Los ángeles lloraron y trataron ansiosamente de inducir a Satanás a renunciar a su malvado designio y a someterse a su Creador. Hasta entonces todo había sido paz y armonía, y ¿qué podía ocasionar esta voz disidente y rebelde?

Satanás se negó a escuchar y se apartó de los ángeles leales, denunciándolos como esclavos. Estos ángeles, fieles a Dios, se quedaron asombrados al ver que Satanás tenía éxito en su esfuerzo por excitar la rebelión. Les prometió un gobierno nuevo y mejor, en el que todos serían libres. Grandes números

significaron su propósito de aceptar a Satanás como su líder y comandante en jefe. Al ver que sus avances tenían éxito, se lisonjeó de que aún tendría a todos los ángeles de su parte, y que sería igual a Dios mismo, y que su voz de autoridad se oiría al mandar a toda la hueste del cielo. Una vez más, los ángeles leales advirtieron a Satanás y le aseguraron cuáles serían las consecuencias si persistía; que el que podía crear a los ángeles, podía con su poder anular toda su autoridad, y castigar de una manera señalada su audacia y su terrible rebelión. Pensar que un ángel debía resistirse a la ley de Dios, que era tan sagrada como él mismo; advirtieron a los rebeldes que cerraran sus oídos a los razonamientos engañosos de Satanás, y aconsejaron a Satanás, y a todos los que habían sido afectados por él, que fueran a Dios y confesaran su error por admitir siquiera la idea de cuestionar su autoridad.

Muchos de los simpatizantes de Satanás se inclinaron a escuchar el consejo de los ángeles leales, y a arrepentirse de su descontento, para ser recibidos nuevamente en la confianza del Padre y de su amado Hijo. El poderoso revoltoso declaró entonces que conocía la ley de Dios, y que si se sometía a una obediencia servil, su honor le sería arrebatado. No se le confiaría más su exaltada misión. Les dijo que tanto él como ellos habían ido demasiado lejos como para retroceder, y que afrontaría las consecuencias; que jamás se inclinaría en servil adoración ante el Hijo de Dios; que Dios no perdonaría, y que ahora debían afirmar su libertad y ganar por la fuerza la posición y la autoridad que no se les había concedido voluntariamente.

Los ángeles leales acuden rápidamente al Hijo de Dios y le informan de lo que está ocurriendo entre los ángeles. Encuentran al Padre en conferencia con su amado Hijo, para determinar los medios por los cuales, por el bien de los ángeles leales, la supuesta autoridad de Satanás podría ser sofocada para siempre. El gran Dios podría haber arrojado inmediatamente del cielo a este archiengañador; pero éste no era su propósito. Le daría al rebelde una oportunidad igual de medir fuerzas y poder con su propio Hijo y sus ángeles leales. En esta batalla cada ángel elegiría su propio bando, y su carácter y propósitos se manifestarían a todos. No habría sido seguro permitir que ninguno de los que se unieron a Satanás en su rebelión continuara ocupando el cielo. Habían aprendido la lección de la rebelión genuina contra la inmutable ley de Dios; y ésta es incurable. Si Dios hubiera ejercido su poder para castigar a este rebelde principal, no se habrían manifestado ángeles desafectos; por lo tanto, tomó otro camino; porque quería manifestar claramente a toda la hueste celestial, su justicia y su juicio.

Era el mayor crimen rebelarse contra el gobierno de Dios. Todo el cielo parecía en conmoción. Los ángeles estaban reunidos en compañías, cada división con un ángel superior a la cabeza. Satanás guerreaba contra la ley de Dios, porque ambicionaba exaltarse y no quería someterse a la autoridad del Hijo de Dios, el gran comandante del cielo.

Toda la hueste celestial fue convocada a comparecer ante el Padre, para que se resolviera cada caso. Satanás manifestó sin rubor su descontento por el hecho de que se prefiriera a Cristo antes que a él. Se levantó orgulloso e insistió en que él debía ser igual a Dios, y que debía ser llevado a una conferencia con el Padre y comprender sus propósitos. Dios informó a Satanás que sólo a su Hijo revelaría sus propósitos secretos, y exigió que toda la familia del cielo, incluso Satanás, le rindiera obediencia implícita e incuestionable; pero que él (Satanás) había demostrado que no era digno de un lugar en el cielo. Entonces Satanás señaló exultante a sus simpatizantes, que constituían casi la mitad de todos los ángeles, y exclamó: ¡Éstos están conmigo! ¿Queréis expulsarlos también a ellos y hacer así un vacío en el cielo? Entonces declaró que estaba dispuesto a resistir la autoridad de Cristo, y a defender su posición en el cielo por la fuerza del poder, fuerza contra fuerza.

Los ángeles buenos lloraron al oír las palabras de Satanás y sus exultantes jactancias. Dios declaró que los rebeldes no debían permanecer más en el cielo. Su elevado y feliz estado se había mantenido a condición de obedecer la ley que Dios había dado para gobernar el alto orden de las inteligencias. Pero no se había hecho ninguna provisión para salvar a los que se atrevieran a transgredir su ley. Satanás se envalentonó en su rebelión y expresó su desprecio por la ley del Creador. Satanás no pudo soportarlo. Afirmaba que los ángeles no necesitaban ley, sino que debían ser libres para seguir su propia voluntad, que siempre los guiaría rectamente; que la ley era una restricción de su libertad, y que abolir la ley era uno de los grandes objetivos de su posición. Pensaba que la condición de los ángeles necesitaba mejorar. No así la mente de Dios, que había hecho leyes y los había exaltado iguales a sí mismo. La felicidad de la hueste angélica consistía en su perfecta obediencia a la ley. Cada uno tenía asignado su trabajo especial; y hasta que Satanás se rebeló, había habido perfecto orden y armonía entre los ángeles del cielo. Luego hubo guerra en el cielo. El Hijo de Dios, el Príncipe del cielo, y sus ángeles leales, entraron en conflicto con el archirrebelde y los que se unieron a él. El Hijo de Dios y los ángeles verdaderos y leales prevalecieron; y Satanás y sus simpatizantes fueron expulsados del cielo. Toda la hueste celestial reconoció y adoró al Dios de

justicia. No quedó ni una sola mancha de rebelión. Todo volvió a ser pacífico y armonioso como antes.

Los ángeles leales lloraron la suerte de quienes habían sido sus compañeros de felicidad y dicha. Su pérdida se sintió en el cielo. El Padre consultó a Jesús respecto a llevar a cabo de inmediato su propósito de hacer al hombre para que habitara la tierra. Pondría al hombre a prueba para comprobar su lealtad, antes de darle seguridad eterna. Si soportaba la prueba que Dios consideraba oportuno someterle, llegaría a ser igual a los ángeles. Debía gozar del favor de Dios y conversar con los ángeles, y ellos con él. No creyó conveniente ponerlos fuera del alcance de la desobediencia.

Capítulo 2-La creación

El Padre y el Hijo emprendieron la poderosa y maravillosa obra que habían contemplado: la creación del mundo. La tierra salió de la mano del Creador extraordinariamente hermosa. Había montañas, colinas y llanuras, y entre ellas había ríos y otras masas de agua. La tierra no era una extensa llanura. Su superficie estaba diversificada con colinas y montañas. Éstas, sin embargo, no eran altas y escarpadas como ahora, sino regulares y hermosas en su forma. Las rocas desnudas y altas nunca se veían sobre ellas, sino que yacían bajo la superficie, respondiendo como huesos a la tierra. Las aguas estaban regularmente dispersas. Las colinas, las montañas y las bellísimas llanuras estaban adornadas con plantas y flores, y con altos y majestuosos árboles de todas clases, que eran muchas veces más grandes y mucho más hermosos que los árboles actuales. El aire era puro y saludable, y la tierra parecía un noble palacio. Los ángeles contemplaban y se regocijaban ante las maravillosas y hermosas obras de Dios.

Después de la creación de la tierra y de las bestias que había sobre ella, el Padre y el Hijo llevaron a cabo su propósito, diseñado antes de la caída de Satanás, de hacer al hombre a su propia imagen. Habían obrado juntos en la creación de la tierra y de todo ser viviente sobre ella. Y ahora Dios dice a su Hijo: "Hagamos al hombre a nuestra imagen". Cuando Adán salió de la mano de su Creador, era de noble estatura y de hermosa simetría. Era más del doble de alto que los hombres que ahora viven sobre la tierra, y estaba bien proporcionado. Sus rasgos eran perfectos y hermosos. Su tez no era blanca ni amarillenta, sino rubicunda, resplandeciente con el rico tinte de la salud. Eva no era tan alta como Adán. Su cabeza le llegaba un poco por encima de los hombros. También ella era noble, perfecta en simetría y muy hermosa.

Esta pareja sin pecado no llevaba vestiduras artificiales. Estaban revestidos de una cubierta de luz y gloria, como la que llevan los ángeles. Mientras vivieron en obediencia a Dios, este círculo de luz los envolvió. Aunque todo lo que Dios había hecho estaba en la perfección de la belleza, y nada parecía faltar en la tierra que Dios había creado para hacer felices a Adán y Eva, les manifestó su gran amor plantando un jardín especialmente para ellos. Una parte de su tiempo debía ser ocupada en el feliz trabajo de arreglar el jardín, y otra parte en recibir las visitas de los ángeles, escuchar su instrucción y en feliz meditación. Su trabajo no era fatigoso, sino agradable y vigorizante. Este hermoso jardín iba a ser su hogar, su residencia especial.

En este jardín, el Señor colocó árboles de todas las variedades, útiles y hermosos. Había árboles cargados de frutos exuberantes, de rica fragancia, hermosos a la vista y agradables al paladar, diseñados por Dios para servir de alimento a la santa pareja. Allí estaban las hermosas vides que crecían erguidas, cargadas con su carga de frutos, que no se parecían a nada que el hombre hubiera visto desde la caída. Los frutos eran muy grandes y de diferentes colores: algunos casi negros, otros morados, rojos, rosados y verde claro. Este hermoso y exuberante crecimiento de la fruta en las ramas de la vid se llamaba uvas. Y fue la feliz labor de Adán y Eva formar hermosas enramadas con las ramas de la vid, y aderezarlas, formando moradas con los hermosos árboles y follaje vivos de la naturaleza, cargados de fragantes frutos.

(Continuará.)

16 de enero de 1879

La Gran Controversia. Entre Cristo y sus ángeles y Satanás y sus ángeles

Capítulo 1-La caída de Satanás

[Título incorrecto en el original. Debería ser Capítulo Dos-Conclusión, La Creación].

(Continúa.)

La tierra estaba revestida de un hermoso verdor, mientras miríadas de fragantes flores de todas las variedades y tonalidades brotaban en rica profusión a su alrededor. Todo estaba dispuesto con gusto y gloria. En medio del jardín estaba el árbol de la vida, cuya gloria sobrepasaba la de todos los demás árboles. Sus

frutos parecían manzanas de oro y plata, e iban a perpetuar la inmortalidad. Sus hojas tenían propiedades curativas.

La santa pareja era muy feliz en el Edén. Se les concedió un control ilimitado sobre todo ser viviente. El león y el cordero jugaban juntos pacífica e inofensivamente a su alrededor, o dormían a sus pies. Pájaros de todos los colores y plumajes revoloteaban entre los árboles y las flores, y en torno a Adán y Eva, mientras su melosa música resonaba entre los árboles en dulce armonía con las alabanzas a su Creador.

Adán y Eva estaban encantados con las bellezas de su hogar en el Edén. Estaban encantados con los pequeños cantores que los rodeaban, luciendo su plumaje brillante y gracioso, y gorjeando su música alegre y jovial. La santa pareja se unió a ellos y elevó sus voces en armoniosos cantos de amor, alabanza y adoración al Padre y a su querido Hijo, por las muestras de amor que les rodeaban. Reconocieron el orden y la armonía de la creación, que hablaban de una sabiduría y un conocimiento infinitos. Continuamente descubrían alguna nueva belleza y gloria adicional de su hogar en el Edén, que llenaba sus corazones de un amor más profundo y hacía brotar de sus labios expresiones de gratitud y reverencia a su Creador.

Capítulo 3-La tentación y la caída

En medio del jardín, cerca del árbol de la vida, estaba el árbol de la ciencia del bien y del mal. Este árbol fue especialmente diseñado por Dios para ser una prenda de la obediencia, la fe y el amor de nuestros primeros padres. De este árbol el Señor les ordenó que no comieran, para que no murieran. Les dijo que podían comer libremente de todos los árboles del jardín, excepto de uno; pero que si comían de ese árbol, morirían.

Cuando Adán y Eva fueron colocados en el hermoso jardín, tenían todo lo que podían desear para su felicidad. Pero el Creador eligió, en sus sabios arreglos, probar su lealtad antes de que pudieran estar eternamente seguros. Iban a gozar de su favor, y él iba a conversar con ellos, y ellos con él. Sin embargo, no puso el mal fuera de su alcance. Satanás podía tentarlos. Si soportaban la prueba, gozarían del favor perpetuo de Dios y de los ángeles celestiales.

Había llegado la hora de los alegres cánticos de alabanza a Dios y a su amado Hijo. Satanás había dirigido el coro celestial. Había elevado la primera nota, luego toda la hueste angélica se unió a él, y gloriosos acordes de música habían

resonado por todo el Cielo. Pero ahora, en lugar de los acordes de la música más dulce, la discordia y las palabras airadas caen sobre el oído del gran jefe rebelde.

Satanás se quedó asombrado ante su nueva condición. Su felicidad había desaparecido. Contempló a los ángeles que, con él, fueron una vez tan felices, pero que habían sido expulsados del cielo con él. Antes de su caída, ni una sombra de descontento había empañado su perfecta dicha. Ahora todo parecía haber cambiado. Los semblantes que habían reflejado la imagen de su Hacedor eran sombríos y desesperados. Había entre ellos luchas, discordias y amargas recriminaciones. Antes de su rebelión, estas cosas habían sido desconocidas en el Cielo. Satanás contemplaba ahora los terribles resultados de su rebelión. Se estremeció y temió afrontar el futuro y contemplar el fin de estas cosas. ¿Dónde estaba? ¿No era todo un horrible sueño? ¿Estaba excluido del Cielo? ¿No se abrirían nunca más las puertas del Cielo para admitirlo? Brillantes y santos ángeles se inclinan ante el Padre, pero Satanás ya no se unirá a ellos en el canto celestial. Nunca más se inclinará en reverencia y santo temor ante la presencia del Dios eterno. Si pudiera volver a ser como cuando era puro, verdadero y leal, renunciaría gustoso a las pretensiones de su autoridad. Pero estaba perdido sin redención por su presuntuosa rebelión. Y esto no era todo; había conducido a otros a la rebelión y a la misma condición perdida que él: ángeles que nunca habían pensado en cuestionar la voluntad del Cielo, ni en rehusar la obediencia a la ley de Dios hasta que él se lo había hecho comprender, presentándoles que podían gozar de un bien mayor, de una libertad más elevada y gloriosa. Este había sido el sofisma con el que los había engañado. Ahora recae sobre él una responsabilidad de la que desearía ser liberado.

Estos espíritus caídos se habían vuelto turbulentos con esperanzas defraudadas. En lugar de un bien mayor, experimentaban los tristes resultados de la desobediencia y el desprecio de la ley. Nunca más estos seres infelices serían influenciados por el suave gobierno de Jesucristo. Nunca más sus espíritus serían conmovidos por el profundo y ferviente amor, la paz y la alegría que su presencia siempre les había inspirado, para volver a él en alegre obediencia y honor reverencial.

Satanás temblaba al contemplar su obra. Estaba solo, meditando sobre el pasado, el presente y el futuro. Su poderoso cuerpo se estremeció como por una tempestad. Un ángel del cielo pasaba por allí. Satanás lo llamó y le pidió una entrevista con Cristo. Se la concedió. Entonces le dijo que se arrepentía de su rebelión y que deseaba volver a gozar del favor de Dios. Estaba dispuesto a ocupar el puesto que se le había asignado y a estar bajo las órdenes de Cristo.

El Hijo de Dios lloró por la aflicción de Satanás, pero le dijo, como la mente del Padre, que eso no podía ser. El Cielo no debía ponerse en peligro. La paz del Cielo se arruinaría si Satanás volvía a ser recibido; porque el pecado se originó en él; las semillas de la rebelión estaban todavía dentro de él. No tenía motivo para seguir su camino, y no sólo se había arruinado a sí mismo sin remedio, sino también a la hueste de ángeles, que habrían seguido siendo felices en el Cielo si él hubiera permanecido firme. La ley de Dios podía condenar, pero no podía perdonar.

Satanás no se arrepintió de su rebelión porque vio la bondad de Dios de la que había abusado. La desdicha que sintió al perder la dulce luz del Cielo, el sentimiento de culpa que se apoderó de él y la desilusión que experimentó al no ver realizadas sus esperanzas, fueron la causa de su dolor. Ser comandante fuera del Cielo era muy diferente de ser honrado así en el Cielo. La pérdida de todos los privilegios del Cielo le parecía demasiado. Deseaba recuperarlos.

El gran cambio en su posición no había aumentado su amor por Dios, ni por su sabia y justa ley. Cuando Satanás se convenció plenamente de que le era imposible ser restablecido en el favor de Dios, manifestó su malicia con mayor odio y ardiente vehemencia.

Dios sabía que una rebelión tan decidida no permanecería inactiva. Satanás inventaría medios para molestar a los ángeles celestiales y mostrar desprecio por su autoridad. Como no podía ser admitido a las puertas del Cielo, esperaría justo a la entrada, para burlarse de los ángeles y contender con ellos cuando entraran y salieran. Trataría de destruir la felicidad de Adán y Eva. Se esforzaría por incitarlos a la rebelión, sabiendo que esto causaría dolor en el Cielo.

Sus seguidores le buscaban, y él se despertó y, asumiendo una mirada desafiante, les informó de sus planes para arrancar de Dios al noble Adán y a su compañera Eva. Si conseguía inducirlos de algún modo a la desobediencia, Dios haría alguna provisión por la que pudieran ser perdonados, y entonces él mismo y todos los ángeles caídos estarían en condiciones de compartir con ellos la misericordia de Dios. Si no obtuvieran el perdón, podrían unirse a Adán y Eva, cuya transgresión los colocaría también en estado de rebelión; y así podrían tomar posesión del Edén y mantenerlo como su hogar. Y si conseguían acceder al árbol de la vida, en medio del jardín, su fuerza sería, pensaban, igual a la de los santos ángeles, y ni el mismo Dios podría expulsarlos.

Satanás celebró una consulta con sus ángeles malignos. No todos se unieron de buena gana para emprender esta peligrosa y terrible obra. Les dijo que no podía

confiar la obra a ninguno de ellos, pues pensaba que sólo él tenía la sabiduría suficiente para llevar adelante tan importante empresa. Deseaba que considerasen el asunto mientras él los dejaba y buscaba el retiro, para madurar sus planes. Trató de inculcarles que ésta era su última y única esperanza. Si fracasaban aquí, toda perspectiva de recuperar y controlar el Cielo, o cualquier otra parte de la creación de Dios, era inútil.

Satanás fue solo a madurar los planes que con toda seguridad asegurarían la caída de Adán y Eva. Temía que sus propósitos fueran derrotados. Y además, aunque tuviera éxito en inducir a Adán y Eva a desobedecer el mandamiento de Dios, y se convirtieran así en transgresores de su ley, y no se hiciera ningún bien, su propio caso no mejoraría; su culpa sólo aumentaría. Le estremecía la idea de hundir a la santa y feliz pareja en la miseria y el remordimiento que él mismo sufría. Parecía en un estado de indecisión; en un momento firme y decidido, luego vacilante y vacilante.

Sus ángeles le buscaban a él, su líder, para informarle de su decisión. Se unirían a él en sus planes, asumirían con él la responsabilidad y compartirían las consecuencias. Satanás se despojó de sus sentimientos de desesperación y debilidad y, como jefe de ellos, se fortaleció para salir airoso del asunto y hacer todo lo que estuviera a su alcance para desafiar la autoridad de Dios y de su Hijo. Les informó de sus planes. Si se acercaba audazmente a Adán y Eva y se quejaba del propio Hijo de Dios, no le escucharían ni por un momento, sino que estarían preparados para semejante ataque. Si intentaba intimidarlos a causa de su poder, tan reciente en un ángel de gran autoridad, no conseguiría nada. Decidió que la astucia y el engaño harían lo que el poder o la fuerza no podrían.

Dios reunió a las huestes angélicas para tomar medidas que impidieran el mal amenazado. Se decidió en el consejo del Cielo que los ángeles visitaran el Edén y advirtieran a Adán de que estaba en peligro ante el enemigo. En consecuencia, dos ángeles se pusieron en camino para visitar a nuestros primeros padres. La santa pareja los recibió con alegría, expresando su gratitud a su Creador por rodearlos con tal profusión de su generosidad. Todo lo bello y atractivo era suyo y todo parecía sabiamente adaptado a sus necesidades. Por encima de todas las demás bendiciones, apreciaban la compañía del Hijo de Dios y de los ángeles celestiales, pues en cada visita tenían mucho que contarles de sus nuevos descubrimientos de las bellezas de la naturaleza en su hogar del Edén, y tenían preguntas que hacerles acerca de muchas cosas que sólo podían comprender imperfectamente.

Los ángeles les dieron con gracia y amor la información deseada. También les contaron la triste historia de la rebelión y caída de Satanás. Luego les informaron claramente que el árbol de la ciencia había sido colocado en el jardín como prenda de su obediencia y amor a Dios; que el elevado y feliz estado de los santos ángeles debía conservarse a condición de obediencia; y que ellos se hallaban en situación semejante: podían obedecer la ley de Dios y ser inexpresablemente felices, o desobedecer y perder su elevado estado y verse sumidos en una desesperación sin esperanza.

Les dijeron a Adán y Eva que Dios no los obligaría a obedecer, que no les había quitado el poder de ir en contra de su voluntad; eran agentes morales, libres de obedecer o desobedecer. Dios sólo había tenido a bien imponerles una prohibición. Si transgredían la voluntad de Dios, seguramente morirían. Les dijeron también que el ángel más exaltado, después de Cristo, se había negado a obedecer la ley de Dios que él había ordenado para gobernar a los seres celestiales; que esta rebelión había causado la guerra en el Cielo, y como resultado, el líder rebelde y todos los ángeles que se unieron a él para cuestionar la autoridad del gran Jehová, habían sido expulsados del Cielo; y que este enemigo caído era ahora un enemigo de todo lo que concernía a los intereses de Dios y de su querido Hijo.

Les dijeron que Satanás se proponía hacerles daño, y que era necesario que estuvieran en guardia, porque podrían entrar en contacto con el enemigo caído; pero que no podría hacerles daño mientras se sometieran a la obediencia del mandamiento de Dios; porque, si fuera necesario, todos los ángeles del Cielo acudirían en su ayuda antes que hacerles daño de ninguna manera. Pero si desobedecían el mandato de Dios, entonces Satanás tendría poder para molestarlos, desconcertarlos y perturbarlos para siempre. Si permanecían firmes contra las primeras insinuaciones de Satanás, estaban tan seguros como los ángeles celestiales. Pero si cedían al tentador, Aquel que no perdonó a los ángeles exaltados no los perdonaría a ellos. Debían sufrir el castigo de su transgresión; porque la ley de Dios era tan sagrada como él mismo, y exigía la obediencia implícita de todos en el cielo y en la tierra.

Los ángeles advirtieron a Eva que no se separara de su marido en su empleo, pues podría entrar en contacto con este enemigo caído. Si se separaban, correrían mayor peligro que si estaban juntos. Los ángeles les ordenaron que siguieran estrictamente las instrucciones que Dios les había dado con respecto al árbol de la ciencia; porque en perfecta obediencia estaban a salvo, y el enemigo no podría entonces tener poder para engañarlos. Dios no permitiría que

Satanás siguiera a la santa pareja con continuas tentaciones. Sólo podía tener acceso a ellos en el árbol de la ciencia del bien y del mal.

Adán y Eva aseguraron a los ángeles que jamás transgredirían el mandato expreso de Dios, pues su mayor placer era cumplir su voluntad. Los ángeles se unieron a ellos en santos acordes de música armoniosa; y mientras sus cantos brotaban del dichoso Edén, Satanás oyó su gozosa adoración del Padre y del Hijo. Y al oírla, su envidia, odio y malignidad aumentaron, y expresó a sus secuaces su ansiedad por incitar a Adán y Eva a la desobediencia, y hacer caer de inmediato sobre ellos la ira de Dios, y cambiar sus cantos de alabanza por odio y maldiciones contra su Hacedor.

Satanás adoptó entonces la forma de una serpiente y entró en el Edén. La serpiente era una criatura hermosa, con alas; y mientras volaba por el aire, su aspecto era brillante, parecido al oro bruñido. No pisaba el suelo, sino que iba de un lugar a otro por el aire, y comía fruta como el hombre. Satanás entró en la serpiente, que ocupó su puesto en el árbol de la ciencia y comenzó a comer tranquilamente del fruto.

Eva, inconscientemente al principio, se separó de su marido en su empleo. Cuando se dio cuenta del hecho, sintió que podía haber peligro; pero de nuevo se creyó segura, aunque no permaneciera junto a su marido. Tenía la sabiduría y la fuerza para saber si el mal venía, y para hacerle frente. Los ángeles le habían advertido que no lo hiciera. Eva contempló con curiosidad y admiración el fruto del árbol prohibido. Veía que era muy hermoso y se preguntaba por qué Dios había prohibido tan decididamente que lo comieran. Ahora era la oportunidad de Satanás. Se dirigió a ella como si fuera capaz de adivinar sus pensamientos: "Sí, ¿ha dicho Dios: No comeréis de todos los árboles del jardín?". Así, con palabras suaves y agradables, y con voz musical, se dirigió a la asombrada Eva. Ella se sobresaltó al oír hablar a una serpiente. Exaltó su belleza y su gran hermosura, lo que no desagradó a Eva. Pero ella se asombró, porque sabía que a la serpiente Dios no le había dado el poder del habla.

La curiosidad de Eva se despertó. En lugar de huir del lugar, escuchó hablar a una serpiente. No se le ocurrió que pudiera ser ese enemigo caído, utilizando a la serpiente como médium. Era Satanás quien hablaba, no la serpiente. Eva estaba seducida, halagada, encaprichada. Si se hubiera encontrado con un personaje imponente, que poseyera una forma semejante a la de los ángeles y se pareciera a ellos, se habría puesto en guardia. Pero aquella extraña voz debería haberla llevado al lado de su marido para preguntarle por qué otro se

dirigía a ella tan libremente. Pero ella entra en controversia con la serpiente. Ella responde a su pregunta: "Podemos comer del fruto de los árboles del jardín. Pero del fruto del árbol que está en medio del jardín, Dios ha dicho: No comeréis de él, ni lo tocaréis, para que no muráis". La serpiente responde: "No moriréis ciertamente; porque Dios sabe que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal."

Satanás les transmitiría la idea de que, comiendo del árbol prohibido, recibirían un tipo de conocimiento nuevo y más noble que el que habían alcanzado hasta entonces. Esta ha sido su obra especial con gran éxito desde su caída, inducir a los hombres a husmear en los secretos del Todopoderoso, y a no contentarse con lo que Dios ha revelado, y a no tener cuidado de obedecer lo que estaba mandado. Los llevaría a desobedecer los mandamientos de Dios, y luego les haría creer que están entrando en un maravilloso campo de conocimiento. Este es un engaño miserable. No comprenden lo que Dios ha revelado, hacen caso omiso de sus mandamientos explícitos, aspiran a la sabiduría, independientemente de Dios, y pretenden comprender lo que Él se ha complacido en ocultar a los mortales. Se exaltan con sus ideas de progresión, y se encantan con su propia filosofía vana; pero andan a tientas en la oscuridad de medianoche en relación con el verdadero conocimiento. Siempre están aprendiendo, pero nunca son capaces de llegar al conocimiento de la verdad.

No era la voluntad de Dios que esta pareja sin pecado conociera el mal. Él les había dado libremente el bien, pero les había retenido el mal. Eva creyó sabias las palabras de la serpiente, y recibió la amplia afirmación: "No moriréis ciertamente; porque Dios sabe que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal", haciendo a Dios mentiroso. Satanás insinúa audazmente que Dios los había engañado para impedir que fueran exaltados en conocimiento igual al suyo. Dios dijo: Si coméis "ciertamente moriréis". La serpiente dijo: "Si coméis, no moriréis".

Satanás aseguró a Eva que en cuanto comiera del fruto recibiría un conocimiento nuevo y superior que la haría igual a Dios. Le llamó la atención sobre sí mismo. Él comió libremente del árbol y lo encontró no sólo perfectamente inofensivo, sino delicioso y estimulante; y le dijo que era debido a sus maravillosas propiedades para impartir sabiduría y poder que Dios les había prohibido probarlo o incluso tocarlo; porque él conocía sus maravillosas cualidades. El tentador afirmó que al comer del fruto del árbol prohibido había alcanzado el poder de la palabra. Dio a entender que Dios no cumpliría su palabra. No era más que una amenaza para intimidarlos y alejarlos de un gran

bien. Les dijo además que no podían morir. ¿No habían comido del árbol de la vida que perpetúa la inmortalidad? Dijo que Dios los engañaba para apartarlos de un estado superior de felicidad y de una felicidad más elevada.

Satanás arrancó el fruto y se lo pasó a Eva. Ella lo tomó en la mano. Ahora, dijo el tentador, se te prohibió siquiera tocarlo para que no murieras. Le dijo que no sentiría más el mal y la muerte al comer que al tocar o manipular el fruto. Eva se envalentonó porque no sintió los signos inmediatos del desagrado de Dios. Pensó que las palabras del tentador eran sabias y correctas. Comió y se deleitó con el fruto. Le pareció delicioso a su gusto, y se imaginó que se daba cuenta en sí misma de los maravillosos efectos del fruto.

Entonces arrancó la fruta para sí misma y comió, e imaginó que sentía el poder vivificante de una existencia nueva y elevada como resultado de la estimulante influencia de la fruta prohibida. Estaba en un estado de extraña y antinatural excitación mientras buscaba a su marido, con las manos llenas del fruto prohibido. Le relató el sabio discurso de la serpiente y deseó conducirlo de inmediato al árbol del conocimiento. Le dijo que había comido del fruto, y en lugar de sentir la sensación de muerte, sintió una agradable y estimulante influencia. En cuanto Eva desobedeció, se convirtió en un poderoso medio para provocar la caída de su marido.

Una tristeza invadió el semblante de Adán. Parecía asustado y asombrado. Una lucha parecía estar teniendo lugar en su mente. Le dijo a Eva que estaba seguro de que se trataba del enemigo contra el que habían sido advertidos y que, de ser así, ella debía morir. Ella le aseguró que no sentía ningún efecto nocivo, sino más bien una influencia muy agradable, y le rogó que comiera.

(Continuará.)

23 de enero de 1879

La gran controversia entre Cristo y sus ángeles y Satanás y sus ángeles

Capítulo 3-La caída de Satanás

Concluido.

[Título incorrecto en el original. Debería ser La tentación y la caída].

Adán comprendió muy bien que su compañera había transgredido la única prohibición que se les había impuesto como prueba de su fidelidad y amor. Eva

razonó que la serpiente había dicho que no morirían con seguridad, y sus palabras debían ser ciertas, porque ella no sintió ninguna señal del desagrado de Dios, sino una influencia agradable, como imaginaba que sentían los ángeles. Adán lamentó que Eva se hubiera apartado de su lado; pero ahora el hecho estaba consumado. Debía separarse de ella, cuya compañía había amado tanto. ¿Cómo podía ser así? Su amor por Eva era muy fuerte y, desanimado, decidió compartir su destino. Pensó que Eva era una parte de sí mismo y que si ella debía morir, él moriría con ella, pues no podía soportar la idea de separarse de ella. No creía que Dios, que le había creado una forma viva y hermosa del polvo de la tierra, y le había dado a Eva para que fuera su compañera, pudiera sustituirla. Después de todo, ¿no podrían ser correctas las palabras de esta serpiente sabia? Eva estaba ante él, tan encantadora y hermosa, y aparentemente tan inocente, como antes de este acto de desobediencia. Expresaba un amor por él mayor y más elevado que antes de su desobediencia, como efecto del fruto que había comido. Él no veía en ella ningún signo de muerte. Ella le había hablado de la feliz influencia de la fruta, de su ardiente amor por él, y él decidió afrontar las consecuencias. Tomó la fruta y la comió rápidamente, y, como Eva, no sintió inmediatamente sus efectos nocivos.

Eva se había creído capaz de decidir entre el bien y el mal. La esperanza halagadora de entrar en un estado superior de conocimiento la había llevado a pensar que la serpiente era su amiga especial, poseedora de un gran interés en su bienestar. Si hubiera buscado a su marido, y hubieran relatado a su Creador las palabras de la serpiente, se habrían librado inmediatamente de su artera tentación.

Dios instruyó a nuestros primeros padres con respecto al árbol del conocimiento, y fueron plenamente informados en relación con la caída de Satanás, y el peligro de escuchar sus sugerencias. Dios no les privó del poder de comer del fruto prohibido. Los dejó como agentes morales libres para creer en su palabra, obedecer sus mandamientos y vivir, o creer al tentador, desobedecer y perecer. Ambos comieron, y la gran sabiduría que obtuvieron fue el conocimiento del pecado, y un sentimiento de culpa. El Señor no quiso que investigaran el fruto del árbol del conocimiento, porque entonces se expondrían enmascarados a Satanás. Él sabía que estarían perfectamente a salvo si no tocaban el fruto.

Nuestros primeros padres eligieron creer las palabras, según pensaban, de una serpiente; sin embargo, no les había dado ninguna muestra de su amor. No había hecho nada para su felicidad y beneficio, mientras que Dios les había dado todo

lo que era bueno para comer y agradable a la vista. Dondequiera que la vista se detuviera había abundancia y belleza; sin embargo, Eva fue engañada por la serpiente para que pensara que había algo oculto que los haría sabios como Dios. En vez de creer y confiar en su Creador, desconfió vilmente de su bondad, y dio pábulo a las palabras de Satanás.

Tras la transgresión de Adán, éste se imaginó al principio elevándose a una existencia nueva y superior. Pero pronto el pensamiento de su transgresión lo aterrorizó. El aire, que había sido de una temperatura suave y uniforme, pareció enfriar a la pareja culpable. Tenían la sensación de haber pecado, y sentían pavor ante el futuro, sensación de necesidad, desnudez del alma. El dulce amor y la paz parecían haberse alejado de ellos, y en su lugar se apoderó de ellos una necesidad de algo que nunca antes habían experimentado. Entonces, por primera vez, dirigieron su atención a lo externo. No estaban vestidos, sino envueltos en luz, como los ángeles celestiales. La luz que los envolvía se desvaneció. Para aliviar la sensación de desnudez de la que se daban cuenta, su atención se dirigió a buscar una cubierta para sus formas; pues ¿cómo podrían encontrarse con los ojos de Dios y de los ángeles sin estar vestidos?

Su crimen está ahora ante ellos en su verdadera luz. Su transgresión del mandato expreso de Dios adquiere un carácter más claro. Adán censuró la locura de Eva al apartarse de su lado y dejarse engañar por la serpiente; pero ambos se lisonjeaban de que Dios, que les había dado todo para hacerlos felices, podría excusar su desobediencia, debido al gran amor que les tenía, y que su castigo no sería tan terrible después de todo.

Satanás se regocijaba de su éxito. Había tentado a la mujer a desconfiar de Dios, a poner en duda su sabiduría y a tratar de penetrar en sus planes omnisapientes. Y a través de ella había causado también la ruina de Adán, quien, como consecuencia de su amor por Eva, desobedeció el mandato de Dios y cayó con ella.

La noticia de la caída del hombre se extendió por el Cielo: todas las arpas se silenciaron. Los ángeles se quitaron las coronas de la cabeza, apenados. Todo el cielo estaba agitado. Los ángeles estaban afligidos por la vil ingratitud del hombre, a cambio de las ricas bendiciones que Dios le había concedido. Se celebró un consejo para ver qué debía hacerse con la pareja culpable. Los ángeles temían que extendieran la mano y comieran del árbol de la vida, perpetuando así una vida de pecado.

El Señor visitó a Adán y Eva, y les dio a conocer las consecuencias de su desobediencia. Y al oír la majestuosa aproximación de Dios, trataron de ocultarse de la inspección de aquel a quien se deleitaban, mientras estaban en su inocencia y santidad, en conocer. "Y llamó Jehová Dios a Adán, y le dijo: ¿Dónde estás? Y él respondió: Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo porque estaba desnudo, y me escondí. Y él dijo: ¿Quién te dijo que estabas desnudo? ¿Has comido del árbol del que te mandé que no comieras?". Esta pregunta la hizo el Señor, no porque necesitara información, sino para la convicción de la pareja culpable. Adán reconoció su transgresión, no porque estuviera arrepentido de su gran desobediencia, sino para hacer reflexionar a Dios. "La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y comí". Se dirigió entonces a la mujer: "¿Qué es esto que has hecho?" Eva respondió: "La serpiente me engañó, y comí". El Señor se dirigió entonces a la serpiente: "Por cuanto has hecho esto, maldita serás sobre todas las bestias y sobre todo animal del campo; sobre tu vientre andarás, y polvo comerás todos los días de tu vida". Así como la serpiente había sido exaltada por encima de las bestias del campo, debía ser degradada por debajo de todas ellas, y ser detestada por el hombre, en cuanto era el medio a través del cual actuaba Satanás. "Y dijo a Adán: Por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer, y comiste del árbol de que te mandé, diciendo: No comerás de él; maldita es la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida; espinas y cardos te producirá, y hierba del campo comerás. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra."

Dios maldijo la tierra a causa del pecado de Adán y Eva al comer del árbol del conocimiento, y declaró: "Con dolor comerás de él todos los días de tu vida". Les había repartido el bien, pero les había retenido el mal. Ahora declara que comerán de él, es decir, que conocerán el mal, todos los días de su vida.

A partir de ese momento, la raza iba a ser afligida por las tentaciones de Satanás. A Adán le fue señalada una vida de perpetuo trabajo y ansiedad, en vez de la feliz y alegre labor que había disfrutado hasta entonces. Estarían sujetos a la desilusión, la aflicción y el dolor, y finalmente llegarían a la disolución. Fueron hechos del polvo de la tierra, y al polvo volverían.

Adán y Eva fueron informados de que debían perder su hogar en el Edén. Habían cedido al engaño de Satanás, y creían que Dios mentía. Con su transgresión habían abierto un camino para que Satanás accediera a ellos más fácilmente, y no era seguro que permanecieran en el jardín del Edén, no fuera que en su estado de pecado obtuvieran acceso al árbol de la vida, y perpetuaran una vida de pecado. Suplicaron que se les permitiera permanecer, aunque

reconocieron que habían perdido todo derecho al dichoso Edén. Prometieron que en el futuro obedecerían implícitamente a Dios. Se les informó que en su caída de la inocencia a la culpa, no habían ganado fuerza, sino una gran debilidad. No habían conservado su integridad mientras estaban en un estado de inocencia santa y feliz, y tendrían mucha menos fuerza para permanecer fieles y leales en un estado de culpa consciente. Ante estas palabras, la infeliz pareja se llenó de la más aguda angustia y remordimiento. Ahora comprendían que la pena del pecado era la muerte.

Era el estudiado plan de Satanás que Adán y Eva desobedecieran a Dios, recibieran su ceño fruncido y luego participaran del árbol de la vida, para perpetuar una vida de pecado. Pero ángeles santos fueron inmediatamente comisionados para guardar el camino al árbol de la vida. Alrededor de estos ángeles destellaban haces de luz por todos lados, que tenían la apariencia de espadas resplandecientes.

Muchos consideran que el castigo de la transgresión de Adán es demasiado severo para un pecado tan pequeño. El enemigo de toda justicia ha cegado los ojos de los pecadores, para que el pecado no parezca pecado. Su criterio de lo que constituye pecado es muy diferente del criterio de Dios. Si aquellos que consideran el pecado de Adán como un asunto de consecuencias muy pequeñas miraran un poco más profundamente, verían la gran misericordia de Dios al darle a Adán la prueba más pequeña posible. Apenas podría llamarse abnegación de su parte el abstenerse de participar del fruto del árbol del conocimiento, pues ya tenía todo lo necesario para satisfacer sus necesidades. Un Dios compasivo no le puso ninguna prueba severa, ninguna tentación fuerte que pusiera a prueba la resistencia humana más allá del poder de resistencia. El fruto en sí era inofensivo. Si Dios no hubiera prohibido a Adán y Eva que comieran del fruto del árbol del conocimiento, su acción de tomarlo no habría sido pecaminosa. Hasta el momento de la prohibición de Dios, Adán podría haber comido del fruto de ese árbol sin darse cuenta de ningún daño. Pero después de que Dios dijo: No comerás, el acto se convirtió en un crimen de gran magnitud. Adán había desobedecido a Dios. En esto consistió su pecado. El mismo hecho de que la prueba de Adán fuera pequeña, hizo que su pecado fuera excesivamente grande. Dios lo probó en lo más pequeño, para probarlo; y con la prohibición declaró que el castigo consiguiente a su desobediencia sería la muerte. Si Adán no pudo soportar esta pequeñísima prueba para probar su lealtad, seguramente no habría podido soportar una prueba más fuerte si hubiera sido llevado a una relación más estrecha con Dios, para cargar con

responsabilidades más altas. Demostró que Dios no podía confiar en él; si se le expusiera a los ataques más decididos de Satanás, fracasaría rotundamente.

Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, libre de pecado y con órganos bien desarrollados. La Tierra iba a poblarse de seres inteligentes, sólo un poco inferiores a los ángeles. Pero Dios quería probar primero a la santa pareja y poner a prueba su obediencia, pues no quería un mundo lleno de seres que desobedecieran sus leyes. Adán hizo lo peor que podía hacer dadas las circunstancias. Al hacer lo que Dios le había prohibido expresamente, opuso su voluntad a la voluntad de Dios, haciendo así la guerra a sus exigencias. La pluma inspirada ha trazado con exactitud la historia del pecado y la caída de nuestros primeros padres, para que todas las generaciones sean advertidas de no seguir el ejemplo de Adán, en el menor desprecio de los requisitos de Dios. Si la prueba se hubiera referido a asuntos mayores, los hombres podrían haber excusado el pecado de desobediencia en lo que llaman cosas menores. Pero Dios hizo la prueba con Adán sobre las cosas más pequeñas, para mostrar al hombre que la más leve desobediencia a sus requerimientos es pecado en todo el sentido de la palabra. Dios, el Gobernador del universo, ha hecho que todas las cosas estén sujetas a leyes; las cosas aparentemente insignificantes, y las cosas de la mayor magnitud, están todas gobernadas por leyes adaptadas a sus naturalezas. Nada de lo que Dios ha hecho ha sido olvidado o dejado al ciego azar. Al hombre, como ser dotado de poderes de razonamiento y conciencia, se le da la ley moral de Dios para controlar sus acciones. El hombre no está obligado a obedecer. Puede desafiar la ley de Dios, como lo hizo Adán, y asumir las terribles consecuencias; o viviendo en armonía con esa ley puede cosechar las recompensas de la obediencia.

Los ministros de nuestro tiempo dan desde sus púlpitos licencia para pecar, al decir al pecador que la ley de Dios no es obligatoria para el hombre, y que le es imposible cumplirla. Entonces era imposible que Adán guardara la ley de Dios, y ¿por qué habría de caer sobre él el castigo de la transgresión? El hecho mismo de que la desobediencia a Dios en uno de los requisitos más pequeños trajera tal infortunio a nuestro mundo muestra que cualquier desprecio de su ley será seguido seguramente por la pena, que es la muerte. Los ministros que hacen la guerra a la ley de Dios, están recogiendo en sus vestiduras la sangre de las almas. Están trabajando en armonía con el gran rebelde.

30 de enero de 1879

La gran controversia entre Cristo y sus ángeles y Satanás y sus ángeles

Capítulo 4-El plan de salvación

El dolor llenó el Cielo, al darse cuenta de que el hombre estaba perdido, y el mundo que Dios había creado iba a llenarse de mortales condenados a la miseria, la enfermedad y la muerte, y no había forma de escapar para el infractor; toda la familia de Adán debía morir. El corazón del Hijo de Dios se compadeció de la raza perdida. En su hermoso semblante descansaba una expresión de simpatía y dolor. Pronto se acercó a la luz resplandeciente que envolvía al Padre, y pareció entablar una estrecha conversación con él. La ansiedad de los ángeles era intensa mientras Jesús comulgaba así con su Padre. Tres veces fue encerrado por la nube de gloria; la tercera vez que salió, su semblante estaba tranquilo, libre de toda perplejidad y turbación, y resplandecía con una benevolencia y una hermosura que no se pueden expresar con palabras. Entonces dio a conocer a la hueste angélica que se había abierto una vía de escape para el hombre perdido. Les dijo que había estado suplicando a su Padre y se había ofrecido a dar su vida como rescate y a tomar sobre sí la sentencia de muerte, para que por medio de él el hombre pudiera encontrar el perdón; que por los méritos de su sangre y la obediencia a la ley de Dios, el hombre podría tener de nuevo el favor de Dios y ser introducido en el hermoso jardín y comer del fruto del árbol de la vida.

Al principio, los ángeles no podían alegrarse, pues su Comandante no les ocultaba nada, sino que abría ante ellos el plan de salvación. Les dijo que se interpondría entre la ira de su Padre y el hombre culpable, que soportaría la iniquidad y el escarnio, y que sólo unos pocos le recibirían como Hijo de Dios. Dejaría toda su gloria en el Cielo, aparecería en la tierra como hombre, se familiarizaría por experiencia propia con las diversas tentaciones con que el hombre se vería acosado; y, finalmente, una vez cumplida su misión de maestro, sería entregado en manos de los hombres, y después de soportar casi todas las crueldades y sufrimientos que Satanás y sus ángeles pudieran inspirar a los hombres malvados, moriría la más cruel de las muertes, colgado entre el cielo y la tierra como pecador culpable. Y no sólo sufriría dolor corporal, sino también agonía mental. El peso de los pecados de todo el mundo recaería sobre él. Les dijo también que, después de su muerte, resucitaría al tercer día y ascendería a su Padre para interceder por el hombre descarriado y culpable.

Los ángeles se postraron ante su amado Comandante y ofrecieron dar su vida. Jesús les dijo que la transgresión era tan grande que la vida de un ángel no podía pagar la deuda; sólo su vida podía ser aceptada por su Padre como rescate por el hombre. Pero la obra de los ángeles les fue asignada, descender con bálsamo fortalecedor de la gloria para aliviar al Hijo de Dios en sus sufrimientos, y ministrarle. Además, su trabajo consistiría en proteger a los súbditos de la gracia de los ángeles malignos y de las tinieblas que Satanás arrojaba constantemente a su alrededor.

Con santa tristeza, Jesús consoló y animó a los ángeles, y les informó de que en adelante aquellos a quienes redimiera estarían con él y habitarían siempre con él; y que con su muerte rescataría a muchos y destruiría finalmente al que tenía el poder de la muerte. Y su Padre le daría el reino, y la grandeza del reino bajo todo el cielo, y él lo poseería por los siglos de los siglos. Satanás y los pecadores serían destruidos, y nunca más perturbarían el Cielo, ni a los que heredarían la tierra nueva. Jesús pidió a las huestes celestiales que se reconciliaran con el plan que su Padre había aceptado, y que se alegraran de que el hombre caído pudiera ser exaltado de nuevo, mediante su muerte, para obtener el favor de Dios y disfrutar del Cielo.

Entonces una alegría inefable llenó el cielo, y las huestes celestiales entonaron un cántico de alabanza y adoración. Tocaron sus arpas y entonaron una nota más alta que antes, por la gran misericordia y condescendencia de Dios al entregar a su amado para que muriera por una raza de rebeldes. La alabanza y la adoración se derramaron por la abnegación y el sacrificio de Jesús, que consintió en abandonar el seno de su Padre y elegir una vida de sufrimiento y angustia, y morir una muerte ignominiosa para redimir a la raza caída.

El Padre no renunció sin lucha a su amadísimo Hijo, ya fuera para dejar perecer al hombre culpable o para entregar a su Hijo a la muerte por la raza perdida. Era imposible que Dios cambiara su ley, o renunciara a la más mínima parte de sus pretensiones, para salvar al hombre; por eso sufrió que su Hijo muriera por la transgresión del hombre.

Cuando se reveló el plan de salvación, Satanás se regocijó con sus ángeles de que podría, causando la caída del hombre, derribar al Hijo de Dios de su exaltada posición. Dijo a sus ángeles que cuando Jesús tomara la naturaleza del hombre caído, podría dominarlo y obstaculizar la realización del plan.

Con humildad e inexpresable tristeza, Adán y Eva abandonaron el hermoso jardín en el que habían sido tan felices hasta que desobedecieron el mandato de

Dios. La atmósfera había cambiado. Ya no era invariable como antes de la transgresión. Dios los vistió con pieles para protegerlos de la sensación de frío y luego de calor a la que estaban expuestos.

Los ángeles de Dios fueron comisionados para visitar a la pareja caída e informarles de que, aunque ya no podían retener la posesión de su sagrado estado, su hogar en el Edén, debido a su transgresión de la ley de Dios, su caso no era del todo desesperado. El Hijo de Dios se había compadecido de ellos al ver su condición desesperada, y se había ofrecido voluntariamente a tomar sobre sí el castigo debido a ellos, y morir por ellos para que aún pudieran vivir, a través de la fe en la expiación que Cristo se proponía hacer. Se abrió una puerta a la esperanza de que el hombre, a pesar de su gran pecado, no quedara bajo el control absoluto de Satanás. Se le concedería una libertad condicional en la que, mediante una vida de arrepentimiento y fe en la expiación del Hijo de Dios, podría ser redimido de su transgresión de la ley del Padre, y así ser elevado a una posición en la que sus esfuerzos por guardar esa ley podrían ser aceptados.

Los ángeles les relataron el dolor que se sintió en el Cielo, al anunciárseles que habían transgredido la ley de Dios, que había hecho conveniente que Cristo hiciera el gran sacrificio de su propia y preciosa vida.

Cuando Adán y Eva se dieron cuenta de lo exaltada y sagrada que era la ley de Dios, cuya transgresión hacía necesario un sacrificio tan costoso para salvarlos de la ruina total, suplicaron que ellos y su posteridad soportaran el castigo de su transgresión, antes que el amado Hijo de Dios hiciera este gran sacrificio. La angustia de Adán aumentó. Vio que sus pecados eran de tan gran magnitud que implicaban terribles consecuencias. Y tenía que ser que el honrado Comandante del Cielo, que había caminado con él y hablado con él mientras estaba en su santa inocencia, a quien los ángeles adoraban, tuviera que descender de su exaltada posición para morir a causa de la transgresión del hombre.

Adán fue informado de que la vida de un ángel no podía pagar la deuda. La ley de Jehová, fundamento de su gobierno en el cielo y en la tierra, era tan sagrada como su divino Autor; y por esta razón la vida de un ángel no podía ser aceptada por Dios como sacrificio por su transgresión. Su ley tenía más importancia a sus ojos que los santos ángeles que rodeaban su trono. El Padre no podía cambiar ni abolir un solo precepto de su ley para satisfacer al hombre en su condición caída. Pero el Hijo de Dios, que había creado al hombre al unísono con el Padre, podía hacer una expiación por el hombre aceptable a Dios, dando su vida en sacrificio y soportando la ira de su Padre. Así como la transgresión

de Adán había traído la muerte y la miseria sobre la raza, la vida y la inmortalidad saldrían a la luz por el sacrificio de Jesucristo, un sacrificio de un valor tan infinito que haría al hombre que se sirviera de él más precioso que el oro fino, incluso más hombre que la cuña de oro de Ofir.

A Adán le fueron revelados acontecimientos futuros e importantes, desde su expulsión del Edén, pasando por el diluvio, hasta el primer advenimiento de Cristo a la tierra. Su amor por Adán y su posteridad llevaría al Hijo de Dios a condescender a tomar la naturaleza humana, y así elevar, a través de su propia humillación, a todos los que creyeran en Él. Tal sacrificio era de valor suficiente para salvar al mundo entero; pero sólo unos pocos se aprovecharían de la salvación que así se les ofrecía.

Muchos no cumplirían las condiciones. Preferirían el pecado, la transgresión de la ley de Dios, antes que el arrepentimiento y la obediencia, confiando por fe en el mérito del sacrificio ofrecido.

A través de las sucesivas generaciones, Adán fue viendo el aumento del crimen, de la culpa y de la contaminación, porque el hombre cedía a sus fuertes inclinaciones naturales a transgredir la santa ley de Dios. Vio que la maldición de Dios recaía cada vez más sobre la raza humana, sobre el ganado y sobre la tierra, a causa de la continua transgresión del hombre. Vio que la iniquidad y la violencia aumentarían sin cesar; sin embargo, en medio de toda la marea de miseria y desdicha humanas, habría siempre unos pocos que preservarían el conocimiento de Dios y permanecerían inmaculados en medio de la degeneración moral reinante. Adán comprendió lo que es el pecado: la transgresión de la ley. Se le mostró que la transgresión produciría degeneración moral, mental y física en la raza, hasta que el mundo se llenaría de miseria humana de todo tipo.

Los días del hombre se han acortado por su propio curso de pecado al transgredir la justa ley de Dios. La raza se ha depreciado tanto que casi ha perdido su valor. Debido a la indulgencia de la mente carnal, generalmente son incapaces de apreciar el misterio del Calvario, los hechos grandiosos y elevados de la expiación y el plan de salvación. Sin embargo, a pesar de la debilidad y de las debilitadas facultades mentales, morales y físicas de la raza humana, Cristo, fiel al propósito por el cual dejó el Cielo, continúa interesándose por los débiles, depreciados y degenerados especímenes de la humanidad, y los invita a ocultar en él su debilidad y sus grandes deficiencias. Si acuden a él, suplirá todas sus necesidades.

Cuando Adán, de acuerdo con las instrucciones especiales de Dios, hizo una ofrenda por el pecado, fue para él una ceremonia sumamente dolorosa. Su mano debía alzarse para tomar la vida, que sólo Dios podía dar. Era la primera vez que presenciaba la muerte. Al contemplar a la víctima sangrante, retorciéndose en las agonías de la muerte, debía esperar por fe al Hijo de Dios, a quien la víctima prefiguraba, que iba a morir el sacrificio del hombre.

Esta ofrenda ceremonial, ordenada por Dios, debía ser para Adán un recordatorio perpetuo de su culpa, y también un reconocimiento penitencial de su pecado. Este acto de tomar la vida le dio un sentido más profundo y perfecto de su transgresión, que nada menos que la muerte del amado Hijo de Dios podía expiar. Adán se maravilló de la bondad infinita y del amor incomparable que daría tal rescate para salvar al culpable. Mientras mataba a la víctima inocente, le parecía que estaba derramando la sangre del Hijo de Dios por su propia mano. Sabía que si hubiera permanecido fiel a Dios y a su santa ley, no habría habido muerte de bestia ni de hombre. Sin embargo, en las ofrendas del sacrificio, que apuntaban a la ofrenda grande y perfecta del amado Hijo de Dios, aparecía una estrella de esperanza para iluminar el oscuro y terrible futuro, y aliviarlo de su total desesperanza y ruina.

Al principio, el cabeza de cada familia era considerado gobernante y sacerdote de su propia casa. Después, a medida que la raza se multiplicaba sobre la tierra, hombres de designación divina realizaban este solemne culto de sacrificio para el pueblo. La sangre de los animales debía asociarse en la mente de los pecadores con la sangre del Hijo de Dios. La muerte de la víctima debía demostrar a todos que la pena del pecado era la muerte. Mediante el acto del sacrificio, el pecador reconocía su culpa y manifestaba su fe, esperando el gran y perfecto sacrificio del Hijo de Dios, que la ofrenda de los animales prefiguraba. Sin la expiación del Hijo de Dios no habría habido comunicación de bendición o salvación de Dios al hombre. Dios estaba celoso por el honor de su ley. La transgresión de esa ley había causado una temible separación entre Dios y el hombre. A Adán en su inocencia le fue concedida la comunión, directa, libre y feliz, con su Hacedor. Después de su transgresión, Dios sólo se comunicaría con el hombre por medio de Cristo y de los ángeles.

6 de febrero de 1879

La gran controversia entre Cristo y sus ángeles y Satanás y sus ángeles

Capítulo 5-Caín y Abel

Caín y Abel, los hijos de Adán, eran muy diferentes en carácter. Ambos reconocían a Dios, ambos profesaban adorarlo; pero mientras Abel amaba y temía a Dios, Caín abrigaba sentimientos rebeldes, y murmuraba contra él a causa de la sentencia pronunciada contra Adán, y porque la tierra estaba maldita por su pecado. Estos hermanos habían sido instruidos con respecto a la provisión para la salvación de la raza humana. Se les pidió que llevaran a cabo un sistema de humilde obediencia, mostrando su reverencia a Dios y su total dependencia del Redentor prometido, degollando los primogénitos del rebaño y presentándolos de la manera más solemne, con la sangre, como ofrenda a Dios. Así debían tener siempre presentes las consecuencias de la transgresión y la promesa de un Redentor venidero.

Dios había hecho saber a Adán que sin el derramamiento de sangre no podía haber remisión del pecado. Pero Caín no quiso seguir estrictamente el plan de obediencia, de procurarse un cordero y ofrecerlo con el fruto de la tierra. Trajo sólo una ofrenda del fruto, desatendiendo así el requerimiento de Dios. Y ni siquiera se preocupó de traer el mejor de los frutos. Abel aconsejó a su hermano que no se presentara ante el Señor sin la sangre de un sacrificio; pero Caín, siendo el mayor, no quiso escucharle. Despreció su consejo, y con murmuración e infidelidad en su corazón con respecto al Sacrificio prometido, y a la necesidad de las ofrendas sacrificiales, presentó su ofrenda.

Abel trajo de los primogénitos del rebaño, como Dios le había mandado, y con plena fe en el Mesías venidero presentó la ofrenda. Dios respetó este sacrificio, y descendió fuego del cielo y lo consumió. Pero Caín no vio ninguna manifestación de que su ofrenda fuera aceptada.

Abel siguió el camino señalado por Dios, mientras que Caín siguió los impulsos de su propio corazón, en oposición al mandato de Dios. "Por la fe, Abel ofreció a Dios un sacrificio más excelente que Caín". Cuando Abel contempló a la víctima que expiraba, quedó impresionado por el doloroso hecho de que la paga del pecado es la muerte. Vio que era la transgresión de la ley de Dios lo que había separado al hombre de su Creador, y que sólo el sacrificio de la vida podía satisfacer las exigencias de la ley quebrantada. A través de las luchas

agonizantes y la sangre derramada de la víctima, vio por la fe al Hijo de Dios muriendo por la raza culpable.

Se puede aprender una lección importante de la historia de las ofrendas de Caín y Abel. Las demandas de la justicia infinita y las exigencias de la ley de Dios sólo pueden satisfacerse mediante el sacrificio expiatorio de Cristo. La ofrenda más costosa que el hombre puede traer a Dios, el fruto de su trabajo, sus adquisiciones físicas e intelectuales, ya pertenecen a su Creador. El hombre no tiene nada que no haya recibido. Ni la riqueza material ni la grandeza intelectual expiarán el pecado del alma. Caín despreció la idea de que fuera necesario acercarse a Dios con una ofrenda de sangre. Con el mismo espíritu, muchos en nuestros días se niegan a creer que la sangre de Cristo fue derramada como sacrificio por los pecados de los hombres. Aunque Caín decidió desobedecer el mandato de Dios, trajo su ofrenda con gran confianza. La consideraba como el fruto de su propio trabajo y, por lo tanto, como algo que le pertenecía; y al presentársela a Dios sintió que estaba obligando a su Creador para con él. La religión popular de nuestros días enseña prácticamente lo mismo: que los hombres pueden merecer la bendición de Dios por sus buenas obras. Muchos sienten que es una condescendencia de su parte hacer una profesión de religión; y que al hacerlo están confiriendo un favor a Dios. Y hay multitudes que no tienen ningún deseo de llegar a los términos de Dios, sino que hacen términos para sí mismos, y esperan que Dios los acepte. Tal religión es del mismo carácter que la de Caín. La gran pregunta debería ser: ¿Qué puedo hacer para obtener la aprobación de Dios? y no: ¿Cómo puedo complacerme mejor a mí mismo?

Abel confiaba plenamente en los méritos del sacrificio expiatorio de Cristo. Fue esta fe la que lo conectó con Dios. La promesa de un Redentor era tenuemente comprendida; pero las ofrendas del sacrificio arrojaron luz sobre la promesa. Caín tuvo la misma oportunidad de aprender y aceptar estas verdades que Abel. Dios no aceptó a uno y rechazó al otro sin razón suficiente. Abel creyó y obedeció; Caín dudó y se rebeló. Dios no hace acepción de personas, pero recompensará a los obedientes y castigará a los desobedientes.

Cuando Caín vio que su ofrenda no era aceptada, se enojó mucho con el Señor y con su hermano. Pero Dios, en su infinita misericordia, condescendió a enviar un ángel a Caín, para conversar con él. El ángel le preguntó la razón de su enojo, y le informó que si seguía las instrucciones que Dios le había dado, respetaría su ofrenda. Pero si no se sometía humildemente a las disposiciones de Dios, y creía y le obedecía, su ofrenda no podría ser aceptada.

No había habido injusticia por parte de Dios, ni se había mostrado parcialidad alguna hacia Abel; si obraba bien, sería aceptado por Dios, y su hermano debía escucharle, y él debía tomar la iniciativa, porque era el mayor. Pero incluso después de haber sido así fielmente instruido, Caín no se arrepintió. En vez de censurarse y aborrecerse a sí mismo por su incredulidad, siguió quejándose de la injusticia y parcialidad de Dios. Y en sus celos y odio contendió con Abel, y le reprochó. Abel señaló mansamente el error de su hermano, y trató de convencerlo de que el error estaba en él mismo. Pero Caín odió a su hermano desde el momento en que Dios le manifestó las señales de su aceptación. Abel trató de aplacar su ira señalando la compasión de Dios al salvar la vida de sus padres, cuando podría haberles acarreado la muerte inmediata. Le dijo a Caín que Dios los amaba, o no habría dado a su Hijo, inocente y santo, para sufrir la ira que el hombre merecía soportar por su desobediencia. Mientras Abel justificaba el plan de Dios, Caín se enfureció, y su ira aumentó y ardió contra Abel porque no quiso unirse a él en su rebelión, hasta que en su furia lo mató.

Dios preguntó a Caín por su hermano, y éste trató de ocultar su culpa diciendo una falsedad: "No lo sé; ¿soy yo acaso guarda de mi hermano?". Dios informó a Caín de que conocía su pecado, que estaba al corriente de todos sus actos e incluso de los pensamientos de su corazón, y le dijo: "La sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra. Y ahora te maldice la tierra que ha abierto su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano. Cuando labres la tierra, no te cederá en adelante su fuerza. Fugitivo y vagabundo serás en la tierra". La maldición pronunciada al principio sobre la tierra no se había sentido sino ligeramente; pero ahora recaía sobre ella una doble maldición.

Caín y Abel representan las dos clases, justos e impíos, creyentes e incrédulos, que existirán desde la caída del hombre hasta la segunda venida de Cristo. Caín matando a su hermano Abel, representa a los malvados que tendrán envidia de los justos, y los odiarán porque son mejores que ellos. Tendrán celos de los justos, y los perseguirán y los matarán porque su rectitud condena su conducta pecaminosa.

La vida de Adán fue una vida de dolor, humildad y arrepentimiento continuo. Mientras enseñaba a sus hijos y nietos el temor del Señor, a menudo se le reprochaba amargamente el pecado que había causado tanta miseria a su posteridad. Cuando abandonó el hermoso Edén, la idea de que debía morir lo estremeció de horror. Consideraba la muerte como una calamidad espantosa. Conoció la terrible realidad de la muerte en la familia humana cuando su propio hijo Caín mató a su hermano Abel. Lleno del más amargo remordimiento por

su propia transgresión, privado de su hijo Abel, y viendo a Caín como su asesino, y conociendo la maldición que Dios había pronunciado sobre él, el corazón de Adán se dobló de dolor. Se reprochó amargamente su primera gran transgresión. Pidió perdón a Dios por medio del sacrificio prometido. Sintió profundamente la ira de Dios por su crimen cometido en el Paraíso. Fue testigo de la corrupción general que finalmente provocó que Dios destruyera a los habitantes de la tierra mediante un diluvio. Aunque la sentencia de muerte pronunciada sobre él por su Creador al principio le pareció tan terrible, sin embargo, después de haber vivido algunos cientos de años, parecía justo y misericordioso en Dios, poner fin así a una vida miserable.

Cuando Adán presenció los primeros signos de la decadencia en la caída de las hojas y en la caída de las flores, se lamentó más profundamente de lo que ahora se lamentan los hombres por sus muertos. Las flores moribundas no le causaban tanta pena, porque eran más tiernas y delicadas; pero cuando los altos y majestuosos árboles arrojaron sus hojas a la decadencia, se presentó ante él la disolución general de la hermosa naturaleza, que Dios había creado para beneficio especial del hombre.

A sus hijos, y a los hijos de éstos, hasta la novena generación, Adán describió las perfecciones de su hogar en el Edén; y también su caída y sus terribles resultados, y la carga de dolor que le sobrevino a causa de la ruptura en su familia, que terminó con la muerte de Abel. Les relató los sufrimientos por los que Dios le había hecho pasar para enseñarle la necesidad de adherirse estrictamente a su ley. Les declaró que el pecado sería castigado, en cualquiera de sus formas, y les suplicó que obedecieran a Dios, que les trataría con misericordia si le amaban y le temían.

Se ordenó a Adán que enseñara a sus descendientes el temor del Señor y que, con su ejemplo de humilde obediencia, los indujera a tener en gran estima las ofrendas que tipificaban al Salvador venidero. Adán atesoró cuidadosamente lo que Dios le había revelado, y lo transmitió de boca en boca a sus hijos y a los hijos de sus hijos. De este modo se conservó el conocimiento de Dios.

El sábado fue instituido en el Edén y observado por nuestros primeros padres antes de la caída. Debido a que Adán y Eva desobedecieron el mandamiento de Dios y comieron del fruto prohibido, fueron expulsados del Edén; pero observaron el sábado después de su caída. Habían experimentado los amargos frutos de la desobediencia, y aprendido lo que todo el que pisotea los mandamientos de Dios aprenderá tarde o temprano: que Dios dice exactamente

lo que dice, y que seguramente castigará al transgresor. Aquellos que se aventuran a estimar ligeramente el día en que Jehová descansó, el día que santificó y bendijo, el día que ha ordenado que se guarde santo, sabrán sin embargo que todos los preceptos de su ley son igualmente sagrados, y que la muerte es la pena de la transgresión.

Debido a los honores especiales que Dios había conferido al séptimo día, exigió a su pueblo que contara de siete en siete, para que no olvidaran a su Creador, que hizo los cielos y la tierra en seis días y descansó en el séptimo. Los descendientes de Caín no tuvieron cuidado de respetar el día en que Dios había descansado. Escogieron su propio tiempo para trabajar y para descansar, sin tener en cuenta el mandato especial de Jehová. Había dos clases distintas sobre la tierra. Una clase se rebelaba abiertamente contra la ley de Dios, mientras que la otra obedecía sus mandamientos y reverenciaba su sábado.

13 de febrero de 1879

Texas

[Lo que sigue es un extracto de una carta privada fechada el 3 de febrero. L. M. H.]

Desde que llegamos a Denison, Texas, hemos dedicado la mayor parte de nuestro tiempo a escribir, aunque hemos celebrado algunas reuniones. Por invitación tuvimos una reunión en la escuela de Shilo, a unas cuatro millas de donde vivimos. Algunas personas que asistieron a esta reunión nos instaron a dar una cita para Cherry Mound, un lugar a unas cinco millas de Shilo. Dimos una cita, y hace una semana el domingo pasado hablamos a una casa llena y casi tantos más que no podían encontrar espacio en la casa. Tuvimos libertad para hablar a nuestra inteligente e interesada audiencia. Aquí se nos instó a dejar una cita para el domingo siguiente y también a dar una cita para Hebrón, a tres millas de Cherry Mound, peticiones que cumplimos. Después de esta reunión cabalgamos cinco millas para cumplir con nuestra cita en Shilo. Mi esposo habló a una buena audiencia sobre las palabras de Pablo a Timoteo: "Predica la palabra", contrastando las enseñanzas puras de la Biblia con las fábulas enseñadas desde el púlpito en este tiempo.

El domingo pasado cabalgamos por malos caminos hasta Cherry Mound, para cumplir con nuestra cita allí a las 11 en punto. Cuando llegamos, encontramos a la gente esperando, y lista para escuchar las palabras de la verdad. La casa estaba literalmente llena. Apenas había sitio para estar de pie. Muchos estaban

de pie junto a la puerta y las ventanas. Se cantaron himnos de Song Anchor, que interesaron a la audiencia. Tuve libertad al hablar. Después de terminar esta reunión, almorzamos y luego nos dirigimos a Hebrón para cumplir con nuestra cita a las 3 p.m. La gente de aquí había tenido predicación por la mañana y no esperábamos que muchos salieran a escucharnos. Sin embargo, vinieron, caballeros y damas, a caballo, y familias enteras en carros de madera, y la casa estaba bien llena. Mientras contemplábamos el país escasamente poblado de camino al lugar, nos preguntábamos de dónde vendría la gente para formar una congregación. Pero se reunieron unos ciento sesenta. Mi marido les dirigió la palabra mientras ellos escuchaban con ansiosa atención. Hablé unos treinta minutos con gran libertad; muchos lloraban. Tan pronto como terminó la reunión, personas de diferentes puntos vinieron a nosotros y nos instaron a celebrar reuniones con ellos. Distribuimos folletos y papeles a manos ansiosas; y dejamos citas para Cherry Mound y Hebron.

Aquí en el Estado de Texas hay un gran campo para la labor misionera. La mayoría de las personas con las que hemos hablado en estos pueblos nunca han oído hablar de un adventista del séptimo día. En Cherry Mound no tuvieron reuniones durante meses, y rara vez se celebran reuniones en estos lugares. Sentimos que nuestros corazones se derriten de compasión al ver la ignorancia que prevalece con respecto a la verdad bíblica y a la vida religiosa. La gente presta poca atención a los prosaicos sermones que escuchan ocasionalmente.

Se necesitan obreros en este campo; obreros temerosos de Dios y abnegados. Las almas están hambrientas de la palabra de vida. Algunos que alguna vez han disfrutado del amor de Dios, que han sido miembros de diferentes iglesias en el Norte, pero que han estado mucho tiempo sin pastor, están ansiosos por aprender el camino de la salvación más perfectamente. Y otros que no han hecho profesión de religión, escuchan con la misma avidez.

Aquí se consume té y café fuertes y carne de cerdo en grandes cantidades, y como resultado prevalece la enfermedad. Creo que muchos harían esfuerzos decididos por cambiar sus hábitos de vida si tuvieran la luz de la reforma sanitaria. ¿Dónde están los pacientes misioneros de Dios que hagan brillar su luz ante este pueblo? "La gente común le oía con gusto". Así lo encontramos. Nos proponemos hacer todo lo que podamos aquí en Texas. Sembrar junto a todas las aguas. La semilla puede brotar y dar fruto para gloria de Dios.

E. G. White.

20 de febrero de 1879

La gran controversia entre Cristo y sus ángeles y Satanás y sus ángeles

Capítulo 6-Seth y Enoch

Set era un personaje digno, e iba a ocupar el lugar de Abel en la rectitud. Sin embargo, era hijo de Adán, como el pecador Caín, y no heredó de la naturaleza de Adán más bondad natural que Caín. Nació en pecado, pero por la gracia de Dios, al recibir la fiel instrucción de su padre Adán, honró al Señor haciendo su voluntad. Se separó de los descendientes corruptos de Caín, y trabajó, como lo habría hecho Abel si hubiera vivido, para hacer que las mentes de los hombres pecadores reverenciaran y obedecieran a Dios.

Enoc conoció de labios de Adán la dolorosa historia de la caída, y la preciosa historia de la gracia condescendiente de Dios en el don de su Hijo como Redentor del mundo. Creyó y confió en la promesa dada. Enoc era un hombre santo. Sirvió a Dios con sencillez de corazón. Se dio cuenta de las corrupciones de la familia humana, se separó de los descendientes de Caín y los reprendió por su gran maldad. Había en la tierra quienes reconocían a Dios, le temían y le adoraban. Sin embargo, el justo Enoch estaba tan afligido por la creciente maldad de los impíos, que no quería asociarse diariamente con ellos, temiendo ser afectado por su infidelidad y no poder considerar jamás a Dios con la santa reverencia que le correspondía por su exaltado carácter. Su alma se enfurecía al verlos pisotear diariamente la autoridad de Dios. Decidió separarse de ellos y pasó gran parte de su tiempo en soledad, entregándose a la reflexión y a la oración. Esperaba ante Dios y oraba para conocer más perfectamente su voluntad y poder cumplirla. Dios se comunicaba con Enoc por medio de sus ángeles y le daba instrucciones divinas. Le hizo saber que no siempre soportaría al hombre en su rebelión, que era su propósito destruir a la raza pecadora trayendo un diluvio de aguas sobre la tierra.

El hermoso jardín del Edén, del que habían sido expulsados nuestros primeros padres, permaneció hasta que Dios determinó destruir la tierra mediante un diluvio. El Señor había plantado ese jardín, y lo había bendecido especialmente; y en su maravillosa providencia lo retiró de la tierra, y lo devolverá de nuevo, más gloriosamente adornado que antes de ser retirado. Dios se propuso preservar un espécimen de su perfecta obra de creación, libre de la maldición que el pecado había traído sobre la tierra.

El Señor abrió más plenamente a Enoc el plan de salvación, y por el espíritu de profecía lo llevó a través de las generaciones que vivirían después del diluvio, y le mostró los grandes acontecimientos relacionados con la segunda venida de Cristo y el fin del mundo.

Enoch estaba preocupado por los muertos. Le parecía que los justos y los malvados irían juntos al polvo, y que ése sería su fin. No podía ver la vida de los justos más allá de la tumba. En una visión profética fue instruido acerca del Hijo de Dios, que iba a morir como sacrificio del hombre, y se le mostró la venida de Cristo en las nubes del cielo, acompañado por la hueste angélica, para dar vida a los justos muertos y rescatarlos de sus tumbas. También vio el estado corrupto del mundo en el momento en que Cristo apareciera por segunda vez: que habría una generación jactanciosa, presuntuosa y obstinada, dispuesta en rebelión contra la ley de Dios, negando al único Señor Dios y a nuestro Señor Jesucristo, pisoteando su sangre y despreciando su expiación. Vio a los justos coronados de gloria y honor, mientras que los impíos eran apartados de la presencia del Señor y consumidos por el fuego.

Enoc repitió fielmente al pueblo todo lo que le había sido revelado por el espíritu de profecía. Algunos creyeron en sus palabras y se apartaron de su maldad para temer y adorar a Dios. Estos buscaban a menudo a Enoc en sus lugares de retiro, y él los instruía y oraba por ellos para que Dios les diera el conocimiento de su voluntad. Finalmente elegía ciertos períodos para retirarse, y no permitía que la gente lo encontrara, pues interrumpían sus santas meditaciones y su comunión con Dios. No se excluía en todo momento de la sociedad de los que le amaban y escuchaban sus palabras de sabiduría; tampoco se separaba por completo de los corruptos. Se reunía con los justos y los malvados en momentos determinados, y se esforzaba por apartar a los impíos de su mal camino e instruirlos en el temor de Dios, mientras enseñaba a los que tenían el conocimiento de Dios a servirle más perfectamente. Permanecía con ellos mientras podía beneficiarles con su piadosa conversación y santo ejemplo, y luego se retiraba por un tiempo de toda sociedad, de los justos, de los burlones y de los idólatras, para permanecer en soledad, hambriento y sediento de comunión con Dios, y de ese conocimiento divino que sólo él podía darle.

Enoc continuó volviéndose más celestial mientras estaba en comunión con Dios. Su rostro resplandecía con una luz santa que permanecía en él mientras instruía a los que escuchaban sus sabias palabras. Su aspecto digno asombraba a la gente. El Señor amaba a Enoc, porque le seguía firmemente, aborrecía la iniquidad y buscaba fervientemente un conocimiento más perfecto de su

voluntad, para poder cumplirla. Anhelaba unirse aún más estrechamente a Dios, a quien temía, reverenciaba y adoraba. El Señor no permitió que Enoc muriera como los demás hombres, sino que envió a sus ángeles para que lo llevaran al Cielo sin ver la muerte. En presencia de justos y malvados, Enoc fue apartado de ellos. Los que lo amaban pensaron que Dios podría haberlo dejado en alguno de sus lugares de retiro; pero después de buscarlo diligentemente, y no pudiendo encontrarlo, informaron que no estaba, pues Dios se lo llevó.

Mediante las bendiciones y honores que concedió a Enoc, el Señor enseña una lección de la mayor importancia: que todos los que por fe confían en el Sacrificio prometido y obedecen fielmente los mandamientos de Dios, serán recompensados. También aquí se representan las dos clases que existirán hasta la segunda venida de Cristo: los justos y los impíos, los leales y los rebeldes. Dios se acordará de los justos que le temen. A causa de su amado Hijo, los respetará y honrará, y les dará la vida eterna. Pero a los impíos, que pisotean su autoridad, los destruirá de la tierra, y serán como si no hubieran existido.

Después de la caída de Adán de un estado de perfecta felicidad a una condición de pecado y miseria, existía el peligro de que el hombre se desanimara y se preguntara: "¿De qué nos sirve haber guardado sus ordenanzas y haber andado tristemente delante del Señor?", puesto que una pesada maldición pesa sobre la raza humana y la muerte es la porción de todos nosotros. Pero las instrucciones que Dios dio a Adán, y que fueron repetidas por Set, y plenamente ejemplificadas por Enoc, despejaron la oscuridad y las tinieblas, y dieron esperanza al hombre de que, así como a través de Adán vino la muerte, a través de Jesús, el Redentor prometido, vendrían la vida y la inmortalidad.

En el caso de Enoc, se enseñó a los desalentados fieles que, aunque vivían entre un pueblo corrupto y pecador, que estaba en abierta y atrevida rebelión contra su Creador, si le obedecían y tenían fe en el Redentor prometido, obrarían la justicia como el fiel Enoc, serían aceptados por Dios y finalmente exaltados a su trono celestial.

Enoc, separándose del mundo y pasando gran parte de su tiempo en oración y en comunión con Dios, representa al pueblo leal de Dios en los últimos días, que estará separado del mundo. La injusticia prevalecerá hasta un grado espantoso sobre la tierra. Los hombres se entregarán a seguir toda imaginación de sus corazones corruptos, y llevarán a cabo su filosofía engañosa, y se rebelarán contra la autoridad del alto Cielo.

El pueblo de Dios se separará de las prácticas inicuas de quienes lo rodean, y buscará la pureza de pensamiento y la santa conformidad con su voluntad, hasta que su imagen divina se refleje en ellos. Como Enoch, serán aptos para ser trasladados al Cielo. Aunque se esfuercen por instruir y advertir al mundo, no se conformarán con el espíritu y las costumbres de los incrédulos, sino que los condenarán con su santa conversación y su piadoso ejemplo. La traslación de Enoc al Cielo justo antes de la destrucción del mundo por un diluvio, representa la traslación de todos los justos vivientes de la tierra antes de su destrucción por el fuego. Los santos serán glorificados en presencia de aquellos que los han odiado por su leal obediencia a los justos mandamientos de Dios.

Enoc instruyó a su familia con respecto al diluvio. Matusalén, hijo de Enoc, escuchó la predicación de su nieto Noé, quien advirtió fielmente a los habitantes del viejo mundo que un diluvio de aguas se avecinaba sobre la tierra. Matusalén, sus hijos y sus nietos vivieron en la época de la construcción del arca. Ellos, con algunos otros, recibieron instrucción de Noé, y le ayudaron en su trabajo.

Set era de estatura más noble que Caín o Abel, y se parecía más a Adán que cualquiera de sus otros hijos. Los descendientes de Set se separaron de los malvados descendientes de Caín. Apreciaban el conocimiento de la voluntad de Dios, mientras que la impía raza de Caín no respetaba a Dios ni sus sagrados mandamientos. Pero cuando los hombres se multiplicaron sobre la tierra, los hijos de Set vieron que las hijas de los descendientes de Caín eran muy hermosas, y se apartaron de Dios y le desagradaron tomando esposas a su elección de la raza idólatra de Caín.

27 de febrero de 1879

La gran controversia entre Cristo y sus ángeles y Satanás y sus ángeles

Capítulo 7-La inundación

Continúa.

Los que honraban y temían ofender a Dios, al principio no sintieron la maldición sino ligeramente, mientras que los que se apartaban de él y despreciaban su autoridad sintieron sus efectos con más fuerza, especialmente en la estatura y la nobleza de las formas. Los descendientes de Set fueron llamados hijos de Dios; los descendientes de Caín, hijos de los hombres. Cuando los hijos de Dios se mezclaron con los hijos de los hombres, se corrompieron, y al casarse con ellos perdieron, por la influencia de sus esposas, su carácter peculiar y santo, y se

unieron a los hijos de Caín en su idolatría. Muchos abandonaron el temor de Dios y pisotearon sus mandamientos. Pero hubo unos pocos que hicieron justicia, que temieron y honraron a su Creador. Noé y su familia estaban entre los pocos justos.

El pecado se extendía por la tierra como una lepra mortal. El mundo estaba apenas en su infancia en los días de Noé, pero la iniquidad había llegado a ser tan profunda y extendida, que Dios se arrepintió de haber hecho al hombre. La bondad y la pureza parecían casi extinguidas; mientras que el odio a la ley de Dios, la emulación, la envidia, la sedición, las contiendas y la opresión y violencia más crueles, corrompían la tierra bajo sus habitantes. Los pensamientos y las imaginaciones del corazón del hombre eran continuamente malos.

Una pesada y doble maldición pesaba sobre la tierra como consecuencia, en primer lugar, de la transgresión de Adán y, en segundo lugar, por el asesinato cometido por Caín; sin embargo, esto no cambió de inmediato la faz de la naturaleza. Seguía siendo rica y hermosa en las bondades de la providencia de Dios. Los tranquilos valles y las extensas llanuras, cubiertos de verdor y adornados con arbustos y flores de brillantes colores, coloreados por el Divino Artista, los encantadores pájaros cuyos alegres cantos llenaban de música las arboledas, las graciosas colinas y los sinuosos arroyos, las enredaderas colgantes y los árboles majestuosos, que encantaban la vista con su belleza y sostenían la vida con sus frutos, todo parecía poco menos hermoso que el Edén.

Había oro y plata en abundancia. La raza de los hombres que vivían entonces era de gran estatura y poseía una fuerza maravillosa. Los árboles eran mucho más grandes y superaban en belleza y proporciones perfectas a todo lo que los mortales pueden contemplar ahora. La madera de estos árboles era de grano fino y sustancia dura, en este sentido más parecida a la piedra. Se requería mucho más tiempo y trabajo, incluso de aquella poderosa raza, para preparar la madera para la construcción, de lo que se requiere en esta época degenerada para preparar los árboles que ahora crecen sobre la tierra, incluso con la fuerza más débil que los hombres poseen ahora. Estos árboles eran de gran durabilidad, y no conocerían la decadencia durante muchos años. Pero a pesar de la riqueza y belleza de la tierra, cuando se la compara con su estado antes de que la maldición fuera pronunciada sobre ella, había evidencias manifiestas de una cierta decadencia.

El pueblo utilizó el oro, la plata, las piedras preciosas y las maderas selectas en la construcción de sus casas, esforzándose cada uno por superar al otro. Embellecieron y adornaron sus casas y tierras con las obras más ingeniosas, y provocaron a Dios con sus malas acciones. Crearon imágenes para adorarlas, y enseñaron a sus hijos a considerar como dioses y a adorar a estas piezas de artesanía hechas con sus propias manos. No quisieron pensar en Dios, el Creador de los cielos y de la tierra, y no dieron gracias a Aquel que les había concedido todo lo que poseían. Incluso negaban la existencia del Dios del Cielo, y se gloriaban y adoraban las obras de sus propias manos. Se corrompieron con aquellas cosas que Dios había puesto sobre la tierra para beneficio del hombre. Prepararon hermosos paseos, salpicados de árboles frutales de todas clases, y bajo estos árboles majestuosos y hermosos, con sus ramas extendidas, que estaban verdes desde el principio del año hasta su fin, colocaron sus ídolos. Arboledas enteras, debido a la protección de sus ramas, fueron dedicadas a estos dioses ídolos, y se hicieron atractivas como un recurso para el pueblo en su culto idolátrico.

Las arboledas del Edén fueron los primeros templos de Dios, desde donde ascendía la más pura adoración al Creador. Los afligidos exiliados del Paraíso nunca pudieron olvidar aquel hogar feliz. Los árboles ondulantes y las arboledas protectoras tenían para ellos un encanto peculiar, pues les recordaban el Edén y la gozosa conversación que una vez habían disfrutado con Dios y los ángeles. Y mientras escuchaban el murmullo del viento entre las hojas, casi les parecía que podían distinguir de nuevo el sonido de aquella voz que se oía en el jardín al fresco del día. El roble y la palmera, el sauce y el cedro, el olivo y el ciprés eran sagrados para nuestros primeros padres. Sus ramas verdes, extendidas hacia el cielo, parecían alabar a su Creador. Para Adán había algo casi humano y agradable en los árboles, que le hacía recordar muchos de los agradables incidentes de su vida en el Edén.

Si los corazones del pueblo de Dios se ablandaran como debieran por su gracia, llegarían a conocerle, al discernir su sabiduría y poder en las cosas de su creación. Cada hoja verde, con sus delicadas venas, cada capullo que se abre y cada flor que florece, cada árbol elevado que se extiende hacia el cielo, la tierra vestida con su alfombra de verde vivo, es una expresión del amor de Dios al hombre, no para llevarnos a adorar la naturaleza, sino para atraer nuestros corazones a través de la naturaleza hasta el Dios de la naturaleza. Los árboles del bosque, mecidos por el viento, prorrumpen en cantos y alabanzas a Dios, y reprenden el silencio y la indiferencia del hombre.

Adán había descrito el Edén a sus hijos y a los hijos de sus hijos. Una y otra vez se repitió la historia, y su amor por los árboles, las flores y las arboledas se transmitió a sus descendientes. Pero en lugar de inclinarse en las solemnes arboledas para reconocer el amor de Dios y adorarlo, profanaron estas arboledas con sus ídolos. Fue un abuso de los tiernos y sagrados recuerdos que Adán abrigaba -la asociación de las arboledas con la adoración del Dios verdadero y viviente- lo que indujo a los idólatras hijos de Caín a construir sus altares y erigir sus imágenes en las arboledas y debajo de todo árbol verde. Y como apartaron a Dios de sus corazones, su conducta estuvo de acuerdo con sus sacrificios y cultos sacrílegos. El carácter de los hombres se envileció más y más.

En lugar de hacer justicia a sus vecinos, llevaron a cabo sus propios deseos ilícitos. Tenían una pluralidad de esposas, lo cual era contrario a la sabia disposición de Dios al principio. Dios dio a Adán una sola esposa, mostrando a todos los que debían vivir sobre la tierra, su orden y su ley a ese respecto. La transgresión y caída de Adán y Eva trajo el pecado y la desdicha sobre la raza humana, y el hombre siguió sus propios deseos carnales, y cambió el orden de Dios. Cuanto más multiplicaban los hombres las esposas para sí mismos, tanto más aumentaban en crimen e infelicidad. Si alguien decidía tomar las esposas, o el ganado, o cualquier cosa perteneciente a su vecino, no tenía en cuenta la justicia o el derecho, pero si podía prevalecer sobre su vecino por la fuerza, o dándole muerte, lo hacía, y se regocijaba en sus actos de violencia. Los hombres amaban destruir la vida de los animales. Utilizaban su carne como alimento, y esto aumentaba su ferocidad y violencia, y les hacía contemplar la sangre de los seres humanos con asombrosa indiferencia.

Dios se propuso destruir mediante un diluvio a aquella raza poderosa y longeva que había corrompido sus caminos ante él. No les permitiría vivir los días de su vida natural, que habrían sido cientos de años. Habían pasado pocas generaciones desde que Adán tuvo acceso a ese árbol que debía prolongar la vida. Después de su desobediencia no se le permitió comer del árbol de la vida y perpetuar una existencia en pecado. Para que el hombre posea una vida sin fin debe seguir comiendo del fruto del árbol de la vida. Privado de esto, su vida se desgastaría gradualmente.

Más de cien años antes del diluvio, el Señor envió un ángel a Noé, para darle a conocer su propósito con respecto a la raza pecadora, que su Espíritu no siempre lucharía con el hombre, sino que enviaría un diluvio de aguas sobre la tierra, para destruir al hombre y a la bestia. No dejaría a la raza ignorante de su

designio, sino que, por medio de Noé, advertiría al mundo de su destrucción venidera, para que los habitantes quedasen sin excusa. Noé debía predicar a la gente, y también preparar un arca como Dios le indicara para salvarse a sí mismo y a su familia. No sólo debía predicar, sino que su ejemplo en la construcción del arca debía ser un testimonio continuo de advertencia al mundo, mostrando que creía lo que predicaba. Su fe sencilla e infantil, y su obediencia implícita, a pesar de la oposición que recibía, era una prueba para el mundo de su sinceridad. Fue firme como una roca en su deber, dirigiendo la obra de aquel singular edificio, bajo la guía del Arquitecto Divino. Cada golpe asestado al arca era un testimonio para el pueblo.

Este período fue la prueba para Noé. Sabía que era objeto de desprecio y escarnio popular en aquella generación corrupta. En todas partes se encontró con la incredulidad y la burla. Pero cuanto mayor era la iniquidad que lo rodeaba, más sincero, firme y perseverante era en su obediencia, demostrando que había un hombre en el mundo que sería fiel a Dios. Fue un testigo fiel e inflexible de Dios, amable y cortés con todos, sin resentir ningún insulto. Era como alguien que no oía las injurias y blasfemias que le llegaban de todas partes.

Noé llevaba a los habitantes de la tierra un importante mensaje de advertencia, cuya recepción o rechazo decidiría el destino de sus almas. Creyó en Dios, creyó que tenía la verdad, y avanzó recto por el camino de la fe y la obediencia, obteniendo diariamente fuerzas de Dios, por la comunión con Él. Noé era un hombre de oración; y en esta estrecha relación con Dios encontraba todo su valor y firmeza. Predicó, advirtió y suplicó al pueblo, pero éste no cambió de actitud. Compraron, vendieron, plantaron, construyeron, se casaron y se dieron en matrimonio, se entregaron a la fiesta y a la glotonería, y envilecieron sus almas, mostrando desprecio por el mensaje de Noé. Sus discursos y acciones se volvieron más viles y corruptos a medida que se acercaba el final de su período de prueba. El mundo entero parecía estar en contra de Noé; pero él tenía el testimonio de Dios: "A ti te he visto justo delante de mí en esta generación."

Hasta donde la sabiduría humana podía ver, no era probable que ocurriera el acontecimiento predicho por Noé. Nunca había llovido; una niebla o rocío había regado la tierra. Los arroyos y ríos habían corrido seguros por sus cauces, desembocando en el mar. Las masas de agua se habían mantenido en su lugar por decreto de Dios: "Hasta aquí llegarás, pero no más allá". Los hombres hablaban entonces de las leyes fijas de la naturaleza, que no podían ser dejadas de lado para producir un acontecimiento como el que Noé había predicho.

Querían creer, y hacer creer a todos los demás, que Dios no podía cambiar el orden del mundo natural; de este modo trataban de prescribir los límites de su poder, haciéndole esclavo de sus propias leyes. La gente de la época de Noé poseía intelectos agudos, y trataron de demostrar, sobre bases científicas, que era imposible que su profecía se cumpliera. Noé fue objeto de burlas por sus advertencias; se le consideraba un fanático. La confianza implícita de Noé en Dios molestaba a la vez que los condenaba; pero no pudieron mover de su posición a este fiel reprensor. El Señor había dado la advertencia, y eso era suficiente para Noé. Los argumentos de los filósofos no eran nada para él, cuando el mensaje de Dios resonaba en sus oídos: "El fin de toda carne ha llegado ante mí; porque la tierra está llena de violencia por causa de ellos; y, he aquí, yo los destruiré con la tierra."

Noé, movido por el temor, preparó un arca para salvar su casa. Tenía ese temor que debe caracterizar la vida de todo cristiano. La fe perfecta de Noé intensificó su temor. La amenaza de la ira de Dios, que iba a caer sobre el hombre y los animales, y sobre la tierra, le indujo a preparar el arca. Su fe, y su temor de la ira de Dios, produjeron obediencia. Noé no dudó en obedecer a Dios. No puso como excusa que el trabajo de construir el arca era grande y costoso. Creyó a Dios e invirtió en el arca todo lo que poseía, mientras el mundo impío se burlaba y se reía del anciano iluso.

Tuvieron más oportunidad para su incredulidad y burla, porque Dios no llevó a cabo de inmediato su propósito. Pero el transcurso del tiempo no hizo vacilar la fe de Noé; su confianza en Dios era inquebrantable, y aceptó sin murmurar las penalidades y el sacrificio que ello implicaba. La fe de Noé, combinada con la acción, condenó al mundo; pues fue un fiel predicador de la justicia, reprendiendo, advirtiendo y exhortando a los malvados. Sus reproches y abusos eran a veces casi insoportables; sin embargo, el patriarca mantuvo su alma en Dios, y le pidió ayuda en su gran necesidad. En medio de burlas, insultos y escarnios, iba de aquí para allá como un hombre con una gran misión que cumplir. Los privilegios habían sido descuidados, las almas preciosas degradadas y Dios insultado; y el día de la justicia retributiva se acercaba lentamente; la incredulidad del hombre no impidió el acontecimiento.

Dios dio a Noé las dimensiones exactas del arca e instrucciones explícitas respecto a su construcción en todos los detalles. Tenía tres pisos de altura, pero no había ventanas en los lados, ya que toda la luz provenía de una situada en la parte superior. Los diferentes departamentos estaban dispuestos de tal manera que la ventana de la parte superior daba luz a todos. La puerta estaba en el

lateral. El arca estaba hecha de ciprés, o madera de topo, que no se pudriría en cientos de años. Era un edificio de gran durabilidad, que ninguna sabiduría humana podría inventar. Dios fue el diseñador y Noé su maestro constructor.

La construcción del edificio fue un proceso lento. Cada pieza de madera estaba bien ajustada, y cada costura cubierta con brea. Se hizo todo lo que los hombres podían hacer para que la obra fuera perfecta; pero, después de todo, era imposible que pudiera resistir por sí misma la violencia de la tempestad que el Señor, en su feroz ira, iba a traer sobre la tierra. Sólo Dios, con su poder milagroso, podía preservar el edificio sobre las furiosas y agitadas olas.

Aparentemente, al principio una multitud recibió la advertencia de Noé, pero no se volvieron plenamente a Dios con verdadero arrepentimiento. Se les dio algún tiempo antes de que viniera el diluvio, durante el cual fueron puestos a prueba, para ser probados. No soportaron la prueba. La degeneración prevaleciente los venció, y finalmente se unieron a otros corruptos, burlándose y mofándose del fiel Noé. No quisieron abandonar sus pecados, sino que continuaron en la poligamia y en la complacencia de sus bajas pasiones.

Con el corazón henchido de dolor por haber sido desatendidas sus advertencias, Noé hace, con labios temblorosos y voz trémula, su último llamamiento al pueblo. Y mientras sus voces se alzan, en broma y burla, de repente ven a las bestias, tanto las más feroces como las más mansas, venir por su propia voluntad, desde la montaña y el bosque, y marchar silenciosamente hacia el arca. Se oye un ruido como de viento impetuoso; y he aquí que aves de todas clases vienen de todas direcciones, nublando los cielos con su número, y entran en fila, en perfecto orden, en el arca. En vano se recurrió a los filósofos para que explicaran mediante leyes naturales el singular fenómeno. Se trataba de un misterio más allá de su profundidad. El mundo miraba con asombro, algunos con temor, pero se habían endurecido tanto por la rebelión que esta manifestación tan señalada del poder de Dios no tuvo más que un efecto momentáneo sobre ellos. Durante siete días estos animales fueron entrando en el arca, y Noé los acomodaba en los lugares preparados para ellos.

Y mientras la raza condenada contemplaba el sol brillando en su gloria, y la tierra revestida de una belleza casi edénica, ahuyentaban sus crecientes temores con bulliciosa alegría; y con sus actos de violencia parecían alentar sobre sí mismos la visita de la ya despertada ira de Dios.

6 de marzo de 1879

La gran controversia entre Cristo y sus ángeles y Satanás y sus ángeles

EGW

Capítulo 7-La inundación

Todo estaba ya preparado para cerrar el arca, cosa que Noé no podía hacer desde dentro. La multitud burlona contempla a un ángel que desciende del cielo, revestido de un resplandor como el del relámpago. Cierra la maciza puerta exterior, y luego toma de nuevo su rumbo hacia el cielo. Siete días estuvo la familia de Noé en el arca antes de que comenzara a descender la lluvia. Durante este tiempo se prepararon para su larga estancia mientras las aguas estuvieran sobre la tierra. Fueron días de blasfema algarabía por parte de las masas incrédulas. Como la profecía de Noé no se cumplió inmediatamente después de entrar en el arca, pensaron que estaba engañado y que era imposible que el mundo fuera destruido por un diluvio. A pesar de las solemnes escenas que habían presenciado, las bestias abandonando las montañas y los bosques y entrando en el arca, y el ángel de Dios, vestido de resplandor y terrible en majestad, descendiendo del Cielo y cerrando la puerta, endurecieron sus corazones y continuaron deleitándose y divirtiéndose con las señales del poder divino.

Pero el mismo poder que llamó al mundo a la existencia, y que creó al hombre, ha encerrado a Noé en su refugio temporal. La última oportunidad de oro ha pasado. Todos han oído la advertencia, la paciencia de Dios con esa vil raza se ha agotado, y los rápidos rayos de su ira van a ser lanzados sobre los impenitentes. Al octavo día los cielos se oscurecieron. Los truenos y los relámpagos comenzaron a aterrorizar a hombres y animales. La lluvia descendió de las nubes sobre ellos. Esto era algo que nunca habían presenciado, y sus corazones desfallecían de miedo. Las bestias vagaban aterrorizadas y sus voces discordantes parecían gemir su propio destino y el de los hombres. La tormenta aumentó en violencia hasta que el agua pareció venir del cielo en poderosas cataratas. Los límites de los ríos se rompieron y las aguas se precipitaron a los valles. También se rompieron los cimientos de las grandes profundidades. Chorros de agua brotaban de la tierra con una fuerza indescriptible, lanzando enormes rocas a cientos de metros de altura que, al caer, se enterraban profundamente en el suelo.

El pueblo contempló primero la destrucción de las obras de sus propias manos. Sus espléndidos edificios, los hermosos jardines y arboledas donde habían colocado sus ídolos, fueron destruidos por un rayo caído del cielo. Las ruinas quedaron esparcidas por todas partes. Habían erigido y consagrado a sus ídolos altares en los que ofrecían sacrificios humanos. Estos, que Dios detestaba, fueron derribados en su ira delante de ellos, y se les hizo temblar ante el poder del Dios vivo, el Hacedor de los cielos y de la tierra, y saber que eran sus abominaciones y sus horribles sacrificios idolátricos los que habían llamado a su destrucción.

Aumentó la violencia de la tempestad, y a la lucha de los elementos se unieron los lamentos del pueblo que había despreciado la autoridad de Dios. Árboles, edificios, rocas y tierra fueron arrojados en todas direcciones. El terror de hombres y animales era indescriptible. Y hasta el mismo Satanás, que se vio obligado a estar en medio de los elementos beligerantes, temió por su propia existencia. Se había deleitado en controlar una raza tan poderosa, y deseaba que vivieran para practicar sus abominaciones y aumentar su rebelión contra el Dios del Cielo. Ahora profería imprecaciones contra Dios, acusándolo de injusticia y crueldad. Muchos del pueblo, como Satanás, blasfemaron contra Dios, y si hubieran podido llevar a cabo su rebelión, lo habrían arrancado del trono de la justicia. Otros estaban frenéticos de miedo, extendiendo sus manos hacia el arca y suplicando ser admitidos. Pero esto era imposible. Dios había cerrado la puerta, la única entrada, y encerrado a Noé dentro, y a los impíos fuera. Sólo Él podía abrir la puerta. Su temor y arrepentimiento llegaron demasiado tarde. La conciencia se despertó por fin para saber que había un Dios que gobernaba en los cielos. Le invocaron con fervor, pero su oído no se abrió a su clamor. En su desesperación, algunos intentaron entrar en el arca, pero aquella estructura sólida resistió todos sus esfuerzos. Algunos se aferraron al arca hasta que fueron arrastrados por el furioso oleaje de las aguas, o su agarre fue roto por rocas y árboles que eran barridos aquí y allá por las furiosas olas. El arca fue severamente sacudida y zarandeada. Con el ruido de la tempestad se mezclaba el rugido de las bestias aterrorizadas; sin embargo, en medio de toda la guerra de los elementos, el arca cabalgaba segura. Los ángeles que sobresalen en fuerza la guiaron y la preservaron de todo daño. En todo momento, durante aquella espantosa tempestad de cuarenta días y cuarenta noches, la conservación del arca fue un milagro del poder omnipotente.

Los animales expuestos a la tempestad se precipitaron hacia el hombre, eligiendo la sociedad de los seres humanos, como si esperasen ayuda de ellos. Algunas personas ataron a sus hijos y a sí mismos a poderosas bestias, sabiendo

que serían tenaces para la vida y que treparían a los puntos más altos para escapar de las aguas crecientes. La tormenta no disminuye su furia: las aguas crecen más rápido que al principio. Algunos se aferran a altos árboles, pero éstos son arrancados de raíz, llevados con violencia por el aire y arrojados con furia, junto con piedras y tierra, a las olas espumosas. A medida que las aguas negras e hirvientes suben más y más, los malvados huyen en busca de seguridad a las montañas más altas. Las solemnes denuncias de Noé no parecían entonces un asunto tan risible. Un lugar tras otro que prometía seguridad era abandonado por otro aún más alto. Los hombres contemplaban un océano sin orillas. Cómo anhelaban entonces las oportunidades que habían despreciado. Cómo suplicaron una hora de prueba, un privilegio más de misericordia, una llamada más de los labios de Noé. Pero ya no podían oír la dulce voz de la misericordia. Había bajado de su trono de oro, y la justicia severa e imperativa había ocupado su lugar. Las despiadadas olas barrieron finalmente el último refugio, y hombres y bestias perecieron por igual en las negras profundidades.

Quince codos por encima de las montañas más altas prevalecieron las aguas; pero Noé y su familia estaban a salvo en el arca, bajo el cuidado protector de Dios. El Señor había excluido a todos sus enemigos, y nunca más volvió a oír sus burlas y escarnios. A menudo le parecía a esta familia de la providencia de Dios que debían ir a la destrucción mientras su barca era arrastrada de un lado a otro. Fue una dura prueba, pero Noé creía en Dios. Tenía la seguridad de que Dios cuidaba de ellos. Una mano divina estaba al timón.

Cuando las aguas empezaron a amainar, el Señor hizo que el arca se posara en la cima de un grupo de montañas que habían sido preservadas por su poder y que se habían mantenido firmes durante toda aquella violenta tormenta. Estas montañas estaban a poca distancia unas de otras, y el arca se movió y descansó sobre una, luego sobre otra, y ya no fue empujada más sobre el océano sin límites. Esto dio gran alivio a todos los que estaban dentro del arca.

Noé y su familia observaron con ansiedad el descenso de las aguas. Deseando volver a pisar la tierra, envió un cuervo que volaba de un lado a otro, hacia y desde el arca. Al no recibir la información que deseaba, envió una paloma que, al no encontrar descanso, regresó al arca. Al cabo de siete días, la paloma fue enviada de nuevo y, al ver la hoja de olivo en su boca, la familia que había permanecido tanto tiempo encerrada en el arca se alegró mucho. De nuevo un ángel desciende del Cielo y abre la puerta del arca. Noé pudo quitar la tapa, pero no pudo abrir la puerta que Dios había cerrado. Dios habló a Noé por medio del

ángel y le ordenó que saliera con su familia del arca y sacara con ellos a todo ser viviente.

Noé no se olvidó de Aquel que tan bondadosamente los había preservado, sino que inmediatamente erigió un altar y tomó de todo animal limpio, y de toda ave limpia, y ofreció holocaustos sobre el altar, mostrando así su fe en Cristo el gran sacrificio, y manifestando su gratitud a Dios por su maravillosa preservación. La ofrenda de Noé se presentó ante Dios como un olor grato. Dios aceptó el sacrificio y bendijo al patriarca y a su familia. Aquí se enseña una lección a todos los que deben vivir sobre la tierra, que por cada manifestación de la misericordia y del amor de Dios hacia ellos, el primer acto debe ser rendirle agradecimiento y humilde adoración.

Para que el hombre no se aterrorizara con las nubes que se acumulaban y las lluvias que caían, y estuviera en continuo pavor, temiendo otro diluvio, Dios anima bondadosamente a la familia de Noé con una promesa. "Y estableceré mi pacto con vosotros; nunca más será exterminada toda carne por las aguas de un diluvio, ni habrá más diluvio para destruir la tierra. Y dijo Dios: Esta es la señal del pacto que establezco entre mí y vosotros y todo ser viviente que está con vosotros, por perpetuas generaciones. Yo pongo mi arco en la nube, y será por señal de alianza entre mí y la tierra. Y acontecerá, cuando yo traiga una nube sobre la tierra, que el arco se verá en la nube; y yo lo miraré, para acordarme del pacto eterno entre Dios y todo ser viviente de toda carne que está sobre la tierra."

¡Qué condescendencia la de Dios! ¡Qué compasión para con el hombre errante, al colocar el hermoso y abigarrado arco iris en las nubes, una señal de la alianza del gran Dios con el hombre! Este arco iris debía testimoniar a todas las generaciones el hecho de que Dios destruyó a los habitantes de la tierra mediante un diluvio, a causa de su gran maldad. Era su designio que cuando los hijos de las generaciones posteriores vieran el arco en la nube y preguntaran la razón de este arco glorioso que se extendía por los cielos, sus padres les explicaran la destrucción del viejo mundo por un diluvio, porque los pueblos se entregaron a toda clase de maldades, y que las manos del Altísimo habían doblado el arco y lo habían colocado en las nubes, como señal de que nunca más traería un diluvio de aguas sobre la tierra. Este símbolo en las nubes debía confirmar la creencia de todos y establecer su confianza en Dios, pues era una muestra de la misericordia y bondad divinas para con el hombre. Aunque Dios había sido provocado a destruir la tierra por el diluvio, su misericordia seguía abarcando la tierra. Dios dice que cuando contemple el arco en la nube, se

acordará. No quiere darnos a entender que se olvidará jamás; pero nos habla en nuestro propio idioma, para que le comprendamos mejor.

Un arco iris se representa en el Cielo alrededor del trono, también sobre la cabeza de Cristo, como símbolo de la misericordia de Dios que abarca la tierra. Cuando el hombre, por su gran maldad, provoca la ira de Dios, Cristo, el intercesor del hombre, suplica por él, y señala el arco iris en la nube, como evidencia de la gran compasión de Dios por el hombre descarriado; también al arco iris sobre el trono y sobre su cabeza, emblema de la gloria y misericordia de Dios que descansa allí en beneficio del hombre arrepentido.

Después de que Noé hubo salido del arca, miró a su alrededor a las poderosas y feroces bestias que había sacado con él y luego a su familia, que sólo eran ocho, y tuvo gran temor de que fueran destruidos por las bestias. Pero el Señor envió a su ángel a decir a Noé: "El temor y el miedo de vosotros será sobre toda bestia de la tierra, y sobre toda ave de los cielos, sobre todo lo que se mueve sobre la tierra, y sobre todos los peces del mar; en vuestras manos serán entregados. Todo lo que se mueve y vive os servirá de alimento; como la hierba verde os lo he dado todo."

Hasta entonces, Dios no había permitido al hombre comer alimentos de origen animal. Pero toda sustancia viviente sobre la faz de la tierra de la que el hombre pudiera subsistir había sido destruida; por lo tanto, Dios dio permiso a Noé para comer de los animales limpios que había llevado consigo al arca. Dios dijo a Noé: "Todo lo que se mueve y vive os servirá de alimento, como la hierba verde os lo he dado todo". Dios les había dado anteriormente la hierba de la tierra y el fruto del campo, pero ahora, en las circunstancias peculiares en que se encontraban, les permitió comer alimentos de origen animal.

6 de marzo de 1879

Necesidad de estudiar la Biblia a fondo

EGW

[Lo siguiente lo encontramos en el Instructor semanal, No. 9. Es para consideración especial de los interesados en la obra de la escuela sabática]. Es para la consideración especial de los interesados en la obra de la escuela sabática].

Estamos entrando rápidamente en los peligros de los últimos días, cuando los puntos de vista que están en conflicto con la Palabra de Dios serán presentados por hombres de intelectos gigantescos, y debemos ser capaces de mostrar la falsedad de sus afirmaciones. Nuestros hijos también deben estar bien instruidos en la verdad bíblica, para que no se dejen conmovir por cada nueva doctrina que se les presente.

Muchos padres no ven la necesidad de que sus hijos sean tan minuciosos en el aprendizaje de las lecciones de la escuela sabática, y a menudo descuidan darles la ayuda o el estímulo apropiados. El gran objeto del estudio minucioso de la Biblia es que comprendan por qué creen como creen, y que cuando llegue la prueba y se les haga la pregunta: "¿Obedecerás a Dios, o cederás a las exigencias del mundo?", se decidan a servir a Dios, porque estudiando su Palabra han aprendido a amarlo a él y a su verdad.

Deseamos que los jóvenes puedan decir, nos hemos familiarizado con las Escrituras, y vemos que es de suma importancia que seamos obedientes a la verdad de Dios que se encuentra en su palabra. Queremos que los niños pequeños entiendan la Biblia, y crezcan en el conocimiento de la verdad. Y nosotros como padres no queremos ser encontrados entre aquellos que no ven la necesidad de que sus hijos entiendan las Escrituras por sí mismos, y que por lo tanto son negligentes y causan que sus hijos sean negligentes; sino que queremos ser serios en estos asuntos, y escudriñar las Escrituras, y ver que nuestros hijos las escudriñen. Cristo dijo: "Escudriñad las Escrituras; porque en ellas pensáis que tenéis la vida eterna, y ellas son las que dan testimonio de mí". Debemos hacernos firmes en la verdad, la palabra de Dios, que da testimonio de Aquel en quien se centran todas nuestras esperanzas de vida eterna. Si queréis saber cómo imitar la vida y el carácter inmaculados de Cristo, obtened un conocimiento de él tal como se presenta en la palabra de Dios.

El apóstol dice: "Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra". Por lo tanto, si quieres estar completamente preparado y "siempre dispuesto a dar razón de la esperanza que hay en ti a todo el que te la pida, con mansedumbre y temor", estudia la Biblia con toda diligencia.

Los maestros de nuestras escuelas sabáticas deben ser hombres y mujeres temerosos de Dios que puedan interesarse en la condición espiritual de los miembros de sus clases, así como procurar que reciban buenas lecciones. Deben

estar conectados con Dios, y deben sentir el deber de orar con y por cada alumno de sus clases.

El maestro de escuela sabática que es fiel en las cosas pequeñas se está preparando para una responsabilidad mayor. Debemos ser fieles en todo. Es pecado olvidar. A muchos se les oye una y otra vez excusarse por algún error grosero, diciendo que lo olvidaron. ¿Acaso no tienen facultades intelectuales y no es un deber disciplinar sus mentes para que sean retentivas? La negligencia es un pecado. Si creas el hábito de la negligencia, al final descubrirás que has descuidado la salvación de tu propia alma, y que no estás preparado para el reino de Dios.

Padres y maestros, despertemos a nuestro deber; sintamos la responsabilidad de nuestra posición, y ocupémonos de la obra de la escuela sabática con más celo y seriedad, para que Dios pueda aprobar nuestros esfuerzos, y para que nuestros hijos puedan acumular conocimientos sólidos, y con nosotros estar preparados para la futura vida inmortal.

E. G. White.

6 de marzo de 1879

Informes desde el terreno

Texas

La hermana White escribe el 16 de febrero: "Ayer dimos un testimonio directo a la iglesia de Dallas sobre el tema de la reforma sanitaria. Mi esposo habló del texto "Predicad la palabra". El Espíritu del Señor estaba en medio de nosotros ablandando los corazones y rompiendo el terreno baldío. Se dieron muchos testimonios y la iglesia se animó. Ahora esperamos comenzar a trabajar aquí con una tienda en unas dos semanas. También celebraremos reuniones en Denison y sus alrededores. Los ángeles de Dios están trabajando para impresionar a las almas en todas partes, y queremos estar trabajando haciendo todo lo que podamos para el Maestro."

* * * * *

Arbuckle, Cal.

Varios más han firmado el pacto aquí. Ahora somos once, y esperamos que otros se unan a nosotros. La próxima semana algunos desean bautizarse. Hemos pasado revista a un ministro bautista, que predicó contra la ley, tomando el terreno antinomiano más fuerte.

25 de febrero.

J. D. Rice.

Un corresponsal de Arbuckle del *Willows Journal* dice de las reuniones del hno. Rice: "El anciano J. D. Rice sigue predicando aquí. Ha organizado una Iglesia Adventista, y comienza con quince miembros, con buenas perspectivas de muchas más adhesiones pronto. Ha hecho mucho bien aquí. Ha hecho que se unan a la iglesia personas que antes apenas se veían dentro de una iglesia."

* * * * *

Capay Valley, condado de Yolo, Cal.

Vine aquí y comencé las reuniones el 25 de enero. El anciano Bauder, de los Hermanos Unidos, se opone hablando sobre la cuestión de la inmortalidad. Comenzó despotricando contra la hermana White. Mostró más celo que amor por la verdad.

Cerramos nuestras reuniones la noche después del sábado, con veintiún nombres en el pacto; esperamos que algunos otros se unan a nosotros. Permaneceré aquí de visita durante las reuniones del Eld. B., y si es necesario revisaré lo que él diga.

W. C. Grainger.

* * * * *

Santa Helena, Cal

Llevamos dos semanas celebrando reuniones aquí lo mejor que hemos podido. La lluvia ha sido un obstáculo la mayor parte del tiempo. Ya se ha manifestado un interés considerable. Nuestra asistencia es bastante buena y esperamos buenos resultados.

Están llegando muchas llamadas de ayuda de todas partes del Estado, y me doy cuenta de que apenas puedo hacer el trabajo en un solo lugar. Que el Señor de la mies envíe más obreros y dé fuerza a los que ahora están en el campo. Hermanos, oren por nosotros.

23 de febrero de 1879.

W. M. Healey.

* * * * *

Finlay, Dakota

Habiendo visitado todas las iglesias en el territorio, y puesto los asuntos de nuestra sociedad de tratados en la mejor condición posible por el momento, hice arreglos para celebrar una serie de reuniones en este lugar, y las comencé el lunes pasado por la noche. El interés ha sido bueno desde el principio. Celebramos las primeras reuniones en la escuela, pero como era demasiado pequeña para la congregación y estaba ocupada varias tardes a la semana, pronto nos trasladamos a una sala cómoda a una milla de distancia. Esta sala nos fue ofrecida gratuitamente por el propietario, especialmente porque algunos miembros de la comunidad nos pidieron que la ocupáramos. Nuestro público es numeroso para el territorio; anoche asistieron casi cien personas.

S. B. Whitney

* * * * *

Sevilla, Condado de Gratiot, Mich.

He celebrado treinta y seis reuniones, además de escuchar cuatro discursos de la oposición, tan contradictorios que han servido para reforzar nuestras posiciones. Creemos que aquí se ha iniciado una buena obra. Quince han comenzado a guardar el sábado. Hay llamados urgentes para trabajar en muchos distritos; las mentes de la gente parecen estar preparándose para la recepción de la verdad. La mano del Señor está en esta obra.

L. A. Kellogg.

* * * * *

Toledo, Iowa

Dejo en este lugar, como resultado de la labor realizada aquí, a cinco que están guardando el "Sábado del Señor nuestro Dios", siete casi decididos que expresaron la firme determinación de continuar la investigación hasta que la evidencia bíblica sobre la cuestión sea clara para ellos, y muchos otros favorablemente impresionados. Las personas que se han adherido a esta obra son las más influyentes y devotas de la iglesia bautista.

Geo. H. Rogers.

* * * * *

Winstead, McLeod Co., Minn.

Comenzamos a trabajar en este lugar el 15 de enero. El interés ha aumentado a medida que nuestro trabajo ha progresado. Siete se quedaron el sábado pasado, y otros tantos están convencidos. El interés continúa. La gran escuela en la que se celebran nuestras reuniones se llena a menudo de oyentes atentos.

H. W. Babcock,
E. A. Curtis.

* * * * *

Little Prairie, Wis.

En nuestra reunión de negocios del 1 de enero, además de lo que ya habíamos prometido y pagado, prometimos para el Tabernáculo \$14.00, y para la casa de Oakland \$20.25. Para el Tabernáculo se pagaron \$6.40, y para la casa de Oakland \$4.65. Para el Tabernáculo se pagaron 6,40 dólares, y para la casa de Oakland 4,65 dólares.

Pliny Potter, *Eld.*

* * * * *

Spring Lake, Wis.

Comenzamos a celebrar reuniones en esta vecindad alrededor del primero de enero. La asistencia ha sido buena. Nueve guardaban el sábado cuando

llegamos, y quince se han añadido a ese número, haciendo veinticuatro en total. El interés sigue siendo bueno, y muchos se están decidiendo. El Hno. E. E. Olive se me ha unido esta semana.

S. Fulton.

* * * * *

Nova, Condado de Ashland, Ohio

Nuestra iglesia celebró una reunión el día de Año Nuevo, y prometió \$9.00 para la casa de Oakland, Cal. Esto se llama la iglesia de Troya.

John Sprinkle.

* * * * *

York Co., Neb.

Mis reuniones en la escuela de Pleasant Hill, que acaban de cerrarse, se celebraron en las inmediaciones de la iglesia de Waco. Esta iglesia fue muy animada, y recibió tres miembros adicionales. Varios se apoderaron de la verdad por primera vez. Que el Gran Pastor los guíe.

H. Shultz.

* * * * *

Clarksville, Georgia

Me complace acusar recibo del paquete de libros y documentos. Encontramos aquí el libro que necesitábamos. El Signs of the Times es tan apreciado que no hay nada que se le parezca. Todos quieren el periódico, pero sólo unos pocos saben leer. Confío en que antes de que termine el verano podamos enviarlo. Tengo tres escuelas a mi cargo, todas sabáticas.

Y. W. Smith.

13 de marzo de 1879

La gran controversia entre Cristo y sus ángeles y Satanás y sus ángeles

EGW

Capítulo 7-La inundación

Concluido.

Toda la superficie de la tierra cambió con el diluvio. Ahora recaía sobre ella una tercera terrible maldición como consecuencia de la transgresión del hombre. Los hermosos árboles y arbustos florecientes fueron destruidos, pero Noé conservó semillas y las llevó consigo al arca, y Dios, con su poder milagroso, preservó vivas algunas de las diferentes clases de árboles y arbustos para las generaciones futuras. Poco después del diluvio, los árboles y las plantas parecían brotar de las mismas rocas. En la providencia de Dios, las semillas habían sido esparcidas e introducidas en las grietas de las rocas, y allí escondidas con seguridad para el uso futuro del hombre.

Cuando las aguas se retiraron de la tierra, las montañas y colinas aparecieron en un estado quebrado y áspero, y todo a su alrededor era un mar de agua agitada o lodo blando. En el tiempo del diluvio, la gente, y las bestias también, se reunieron en los puntos más altos de la tierra, y cuando las aguas desaparecieron, los cadáveres quedaron sobre las montañas y colinas, así como en las llanuras. La superficie de la tierra quedó sembrada de cadáveres de hombres y animales. Pero Dios no quiso que éstos se descompusieran y contaminaran la atmósfera, por lo que hizo de la tierra un inmenso cementerio. Hizo pasar sobre ella un poderoso viento con el fin de secar las aguas, que las movió con gran fuerza, arrastrando en algunos casos las cimas de las montañas como poderosas avalanchas, formando colinas y montañas donde antes no las había, y enterrando los cadáveres con árboles, piedras y tierra. La madera preciosa, la piedra, la plata y el oro que habían enriquecido y adornado el mundo antes del diluvio, y que los habitantes habían idolatrado, se hundieron bajo la superficie de la tierra. Las aguas que habían irrumpido con tan gran poder, habían movido la tierra y las rocas, y las habían amontonado sobre estos tesoros, y en muchos casos formaron montañas sobre ellos para ocultarlos de la vista y de la búsqueda de los hombres. Dios vio que cuanto más enriquecía y prosperaba al hombre pecador, tanto más corrompía su camino ante él. Los tesoros que deberían haber llevado al hombre a glorificar al generoso dador, habían sido adorados en lugar de Dios, mientras que el dador había sido rechazado.

Las hermosas montañas de formas regulares habían desaparecido. Piedras, salientes y rocas irregulares aparecieron en algunas partes de la tierra que antes estaban fuera de la vista. Donde había habido colinas y montañas, no quedaban rastros de ellas. Donde había habido hermosas llanuras cubiertas de verdor y hermosas plantas, las colinas y montañas estaban formadas de piedras, árboles y tierra, por encima de los cuerpos de hombres y bestias. Toda la superficie de la tierra presentaba un aspecto desordenado. Algunas partes estaban más desfiguradas que otras. Donde una vez habían estado los más ricos tesoros de oro, plata y piedras preciosas de la tierra, se veían las más pesadas marcas de la maldición. Y sobre los países que no estaban habitados, y aquellos donde había habido el menor crimen, la maldición descansaba más ligeramente.

En la época del diluvio, inmensos bosques fueron arrancados o rotos y enterrados en la tierra. Desde entonces se han petrificado y convertido en carbón, lo que explica los grandes yacimientos de carbón que se encuentran en la actualidad. Este carbón ha producido petróleo. Grandes cantidades de carbón y petróleo se inflaman y arden con frecuencia. Las rocas se calientan intensamente, la piedra caliza se quema y el mineral de hierro se funde. El agua y el fuego se encuentran bajo la superficie de la tierra. La acción del agua sobre la piedra caliza añade furia al intenso calor y provoca terremotos, volcanes y emisiones ardientes. La acción del fuego y del agua sobre los salientes de las rocas y del mineral provoca fuertes explosiones que suenan como truenos apagados. Estas maravillosas exhibiciones serán más numerosas y terribles justo antes de la segunda venida de Cristo y del fin del mundo, como señales de su pronta destrucción.

Por lo general, el carbón y el petróleo se encuentran donde no hay montañas ardientes ni fuentes de fuego. Cuando el fuego y el agua se encuentran bajo la superficie de la tierra, las fuentes ardientes no pueden dar suficiente salida a los elementos calientes que hay debajo. La tierra se convulsiona, el suelo se agita y se eleva en oleadas u olas, y se oyen fuertes sonidos como truenos bajo tierra. El aire se calienta y es sofocante. La tierra se abre rápidamente, y pueblos, ciudades y montañas en llamas son arrastrados juntos hacia la tierra.

Dios controla todos estos elementos; son sus instrumentos para hacer su voluntad; los llama a la acción para servir a su propósito. Estas cuestiones de fuego han sido, y serán, sus agentes para borrar de la tierra ciudades muy malvadas. Como Coré, Datán y Abiram, descienden vivos a la fosa. Estas son evidencias del poder de Dios. Los que han contemplado estas montañas ardientes derramando fuego y llamas, y una inmensa cantidad de mineral

derretido, secando los ríos y haciéndolos desaparecer, han quedado aterrorizados ante la grandeza de la escena. Se han sentido sobrecogidos al contemplar el poder infinito de Dios.

Estas manifestaciones llevan las marcas especiales del poder de Dios, y están diseñadas para hacer que los pueblos de la tierra tiemblen ante él, y para silenciar a aquellos que, como Faraón, dirían orgullosamente: "¿Quién es el Señor, para que yo obedezca su voz?". Isaías se refiere a estas exhibiciones del poder de Dios cuando exclama: "¡Oh, si rasgaras los cielos, si descendieras, para que los montes se derrumbaran ante tu presencia, como cuando arde el fuego que derrite, el fuego hace hervir las aguas, para dar a conocer tu nombre a tus adversarios, para que las naciones tiemblen ante tu presencia! Cuando hiciste cosas terribles que no esperábamos, descendiste, los montes se derrumbaron ante tu presencia". Isaías 64:1-3.

"El Señor es lento para la ira y grande en poder, y no absolverá en absoluto a los malvados. El Señor se abre camino en el torbellino y en la tempestad, y las nubes son el polvo de sus pies. Él reprende al mar y lo hace secar, y seca todos los ríos. Languidece Basán, Languidece el Carmelo, Languidece la flor del Líbano. Los montes tiemblan ante él, y las colinas se derriten, y la tierra se abrasa ante su presencia, sí, el mundo y todos los que en él habitan. ¿Quién podrá resistir ante su indignación, y quién podrá soportar el ardor de su ira? Su furor se derrama como fuego, y las rocas son derribadas por él". Nahum 1:3-6.

"Inclina tus cielos, Señor, y desciende: toca los montes, y humearán. Lanza relámpagos, y dispérsalos; dispara tus flechas, y destrúyelos". Salmo 144:5, 6.

Maravillas mayores que las que se han visto hasta ahora serán presenciadas por éstos sobre la tierra poco tiempo antes de la venida de Cristo. "Y daré prodigios arriba en el cielo, y señales abajo en la tierra; sangre, y fuego, y vapor de humo". "Y hubo voces, y truenos, y relámpagos; y hubo un gran terremoto, cual no fué jamás desde que los hombres han estado sobre la tierra, terremoto tan grande y tan poderoso." "Y toda isla huyó, y las montañas no fueron halladas. Y cayó del cielo sobre los hombres un gran granizo, cada piedra del peso de un talento; y los hombres blasfemaron contra Dios a causa de la plaga del granizo, porque su plaga era muy grande."

Las entrañas de la tierra eran el arsenal del Señor, de donde sacó las armas que empleó en la destrucción del viejo mundo. Las aguas de la tierra brotaban y se unían a las aguas del cielo para llevar a cabo la obra de destrucción. Desde el

diluvio, Dios ha utilizado tanto el agua como el fuego en la tierra como sus agentes para destruir las ciudades malvadas.

En el día del Señor, justo antes de la venida de Cristo, Dios enviará relámpagos desde el cielo en su ira, que se unirán al fuego en la tierra. Las montañas arderán como un horno, y verterán terribles corrientes de lava, destruyendo jardines y campos, aldeas y ciudades; y al verter su mineral fundido, rocas y lodo calentado, en los ríos, los harán hervir como una olla, y arrojarán rocas macizas, y esparcirán sus fragmentos rotos sobre la tierra con indescriptible violencia. Ríos enteros se secarán. La tierra se convulsionará, y habrá espantosas erupciones y terremotos por todas partes. Dios plagará a los habitantes malvados hasta que sean destruidos de la tierra. Pero los santos serán preservados en medio de estas espantosas conmociones, como Noé fue preservado en el arca en el tiempo del diluvio.

20 de marzo de 1879

La gran controversia entre Cristo y sus ángeles y Satanás y sus ángeles

EGW

Capítulo 8-La infidelidad encubierta

La primera semana, en la que Dios realizó la obra de la creación en seis días y descansó el séptimo, fue como cualquier otra semana. El gran Dios, en sus días de creación y día de descanso, midió el primer ciclo como muestra para las semanas sucesivas hasta el fin de los tiempos. "Estas son las generaciones de los cielos y de la tierra cuando fueron creados". Dios nos da el resultado de su obra en cada uno de los días de la creación. Cada día le fue contada una generación, porque cada día generaba, o producía, alguna nueva porción de su obra. En el séptimo día de la primera semana Dios descansó de su trabajo, y luego bendijo el día de su descanso, y lo apartó para el uso del hombre. El ciclo semanal de siete días literales, seis para el trabajo y el séptimo para el descanso, que ha sido preservado y transmitido a través de la historia bíblica, se originó en los grandes hechos de los primeros siete días.

Cuando Dios pronunció su ley con voz audible desde el Sinaí, introdujo el sábado diciendo: "Acuérdate del día de reposo para santificarlo". Luego declara definitivamente lo que debe hacerse en los seis días, y lo que no debe hacerse en el séptimo. A continuación nos da la razón para observar así la semana, señalándonos su ejemplo sobre los primeros siete días del tiempo. "Porque en

seis días hizo el Señor el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay, y reposó el séptimo día, por lo cual bendijo el Señor el día de reposo y lo santificó". Esta razón parece hermosa y forzosa cuando entendemos que el registro de la creación significa días literales. Los primeros seis días de cada semana se dan al hombre para trabajar, porque Dios empleó el mismo período de la primera semana en la obra de la creación. El séptimo día Dios lo ha reservado como día de reposo, en conmemoración de su descanso durante el mismo período de tiempo después de haber realizado la obra de la creación en seis días.

Pero la suposición infiel de que los acontecimientos de la primera semana requirieron siete períodos vastos e indefinidos para su realización, ataca directamente el fundamento del sábado del cuarto mandamiento. Hace indefinido y oscuro lo que Dios ha hecho muy claro. Es la peor clase de infidelidad; porque para muchos que profesan creer en el registro de la creación, es infidelidad disfrazada. Acusa a Dios de ordenar a los hombres que observen la semana de siete días literales en conmemoración de siete períodos indefinidos, lo cual no se parece a sus tratos con los mortales y es una impugnación de su sabiduría.

Los geólogos infieles afirman que el mundo es mucho más antiguo de lo que dice el registro bíblico. Rechazan el testimonio de la palabra de Dios por aquellas cosas que para ellos son evidencias de la tierra misma de que ha existido decenas de miles de años. Y muchos que profesan creer en la Biblia no saben cómo explicar las cosas maravillosas que se encuentran en la tierra, con la opinión de que la semana de la creación fue sólo de siete días literales, y que el mundo tiene ahora sólo unos seis mil años de edad. Éstos, para librarse de las dificultades que les ponen en su camino los geólogos infieles, adoptan el punto de vista de que los seis días de la creación fueron seis vastos períodos indefinidos, y que el día del descanso de Dios fue otro período indefinido, haciendo que el cuarto mandamiento de la santa ley de Dios carezca de sentido. Algunos aceptan con entusiasmo esta posición, porque destruye la fuerza del cuarto mandamiento y se sienten libres de sus exigencias sobre ellos.

Se encuentran huesos de hombres y animales en la tierra, en las montañas y en los valles, lo que demuestra que antaño existieron hombres y bestias mucho más grandes. A veces se encuentran instrumentos de guerra; también madera petrificada. Debido a que los huesos encontrados son mucho más grandes que los de los hombres y animales que viven ahora, o que han existido durante muchas generaciones pasadas, algunos concluyen que la tierra fue poblada

mucho antes del registro de la creación, por una raza de seres muy superiores en tamaño a los hombres que viven ahora. Los que así razonan tienen ideas limitadas del tamaño de los hombres, animales y árboles antes del diluvio, y de los grandes cambios que entonces tuvieron lugar en la Tierra.

Sin la historia bíblica, la geología no puede demostrar nada. Las reliquias encontradas en la tierra dan evidencia de un estado de cosas que difiere en muchos aspectos del presente. Pero el tiempo de su existencia sólo puede saberse por el registro inspirado. Puede ser inocente conjeturar más allá de esto, si nuestras suposiciones no contradicen los hechos encontrados en las Sagradas Escrituras. Pero cuando los hombres abandonan la palabra de Dios y tratan de explicar sus obras creadoras basándose en principios naturales, se encuentran en un océano ilimitado de incertidumbre. Nunca ha revelado a los mortales cómo Dios llevó a cabo la obra de la creación en seis días literales. Sus obras creadoras son tan incomprensibles como su existencia.

"Grande es el Señor, y digno de gran alabanza; y su grandeza es inescrutable".

"Que hace grandes cosas, insondables; sí, y maravillas sin número".

"Que hace cosas grandes e inescrutables; maravillas sin número".

"Dios truena maravillosamente con su voz; grandes cosas hace, que no podemos comprender".

"¡Oh, profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién ha conocido la mente del Señor? o ¿quién ha sido su consejero?"

La palabra de Dios es dada como una lámpara a nuestros pies, y una luz a nuestro camino. Los que dejan atrás su palabra y tratan de penetrar en los misterios de Jehová por su propia filosofía ciega, tropezarán en las tinieblas. Se ha dado a los mortales una guía por la que pueden rastrear sus obras hasta donde sea conveniente para su bien. La inspiración, al darnos la historia del diluvio, ha explicado misterios maravillosos que la geología por sí sola jamás podría desentrañar.

Ha sido obra especial de Satanás inducir al hombre caído a rebelarse contra el gobierno de Dios, y ha tenido demasiado éxito en sus esfuerzos. Ha tratado de oscurecer la ley de Dios, que en sí misma es muy clara. Ha manifestado un odio especial contra el cuarto precepto del decálogo, porque define al Dios vivo, el

hacedor de los cielos y de la tierra. Cediendo a sus artimañas, los hombres se han apartado de los preceptos más claros de Jehová para recibir fábulas infieles.

El hombre quedará sin excusa. Dios ha dado pruebas suficientes sobre las que basar la fe, si desea creer. En los últimos días, la tierra estará casi desprovista de verdadera fe. Bajo la más mínima pretensión, la palabra de Dios será considerada poco fiable, mientras que el razonamiento humano será recibido, aunque esté en oposición a los hechos de las Escrituras. Los hombres se esforzarán por explicar la obra de la creación a partir de causas naturales. Pero nunca ha revelado a los hombres cómo obró Dios en la obra de la creación. La ciencia humana no puede escudriñar los secretos del Dios del Cielo.

"Las cosas secretas pertenecen al Señor nuestro Dios; pero las reveladas nos pertenecen a nosotros y a nuestros hijos para siempre". Hombres que profesan ser ministros de Dios, alzan sus voces contra la investigación de la profecía, y dicen a la gente que las profecías, especialmente las de Daniel y Juan, son oscuras, y que no podemos entenderlas. Sin embargo, algunos de estos mismos hombres reciben con entusiasmo las suposiciones de los geólogos, que cuestionan el registro mosaico. Pero si la voluntad revelada de Dios es tan difícil de entender, ciertamente los hombres no deberían basar su fe en meras suposiciones con respecto a lo que Él no ha revelado. Los caminos de Dios no son como nuestros caminos, ni sus pensamientos como nuestros pensamientos. En su providencia, hombres, bestias y árboles, muchas veces más grandes que los que hay ahora sobre la tierra, fueron enterrados en el tiempo del diluvio, y así preservados para probar al hombre que los habitantes del viejo mundo perecieron por un diluvio. Dios quiso que el descubrimiento de estas cosas en la tierra estableciera la fe en la historia inspirada. Pero los hombres, con su vano razonamiento, hacen un uso equivocado de estas cosas que Dios quiso que les llevaran a exaltarle. Caen en el mismo error que el pueblo antes del diluvio: las cosas que Dios les dio como beneficio, ellos las convirtieron en maldición, al hacer un mal uso de ellas.

Capítulo 9-La Torre de Babel

Algunos de los descendientes de Noé pronto comenzaron a apostatar. Una parte siguió su ejemplo y obedeció los mandamientos de Dios; otros fueron incrédulos y rebeldes. Algunos de ellos no creían en la existencia de Dios, y en sus propias mentes explicaban el diluvio por causas naturales. Otros creían que Dios existía y que había destruido a la raza antediluviana mediante un diluvio; y sus corazones, como el de Caín, se rebelaron contra Dios porque había

destruido al pueblo de la tierra y la había maldecido por tercera vez mediante un diluvio.

Los que eran enemigos de Dios se sentían diariamente reprendidos por la conversación recta y la vida piadosa de los que le amaban, obedecían y exaltaban.

Los incrédulos consultaron entre sí y acordaron separarse de los fieles, cuyas vidas rectas eran un freno continuo a su perverso proceder. Se alejaron de ellos y eligieron una gran llanura para vivir. Allí construyeron una ciudad, y luego concibieron la idea de erigir una gran torre que llegara hasta las nubes, para poder habitar juntos en la ciudad y la torre, y no dispersarse más. Razonaron que se asegurarían en caso de otro diluvio, pues construirían su torre a una altura mucho mayor que la que alcanzaron las aguas en el tiempo del diluvio, y todo el mundo los honraría, y ellos serían como dioses, y gobernarían sobre los pueblos. Esta torre estaba calculada para exaltar a sus constructores, y fue diseñada para apartar de Dios la atención de otros que vivieran sobre la tierra para que se unieran a ellos en su idolatría. Antes de que se terminara el trabajo de construcción, la gente habitaba en la torre. Habitaciones magníficamente amuebladas y decoradas estaban dedicadas a sus ídolos. Los que no creían en Dios, imaginaban que si su torre llegaba hasta las nubes podrían descubrir las razones del diluvio.

Así se exaltaron contra Dios. Pero él no les permitió completar su empresa. Habían construido su torre a gran altura, cuando el Señor envió dos ángeles para confundirlos. Habían sido designados unos hombres con el fin de recibir noticias de los obreros que estaban en lo alto de la torre, pidiendo material para su trabajo, que el primero comunicaría al segundo, y éste al tercero, hasta que el mensaje llegara a los que estaban en el suelo. Mientras la palabra pasaba de uno a otro en su descenso, los ángeles confundieron su lenguaje, y cuando la palabra llegó a los obreros en tierra, se pidió material que no había sido requerido. Y después del laborioso proceso de hacer llegar el material a los obreros en lo alto de la torre, no era el que habían deseado. Decepcionados y enfurecidos, reprocharon a quienes suponían culpables. Después de esto, no hubo armonía en su trabajo. Enojados unos con otros, e incapaces de explicar los malentendidos y las palabras extrañas entre ellos, abandonaron la obra y se dispersaron por la tierra. Hasta entonces, los hombres habían hablado una sola lengua. Los que podían entenderse se asociaron, y así se originaron varias naciones que hablaban lenguas diferentes. Un rayo caído del cielo, como señal

de la ira de Dios, rompió la cúspide de su torre y la arrojó a tierra. Así se enseña al hombre rebelde que Dios es supremo.

27 de marzo de 1879

La gran controversia entre Cristo y sus ángeles y Satanás y sus ángeles

EGW

Capítulo 10-Abraham

El Señor eligió a Abraham para cumplir su voluntad. Se le ordenó que abandonara su nación idólatra y se separara de su parentela. El Señor se había revelado a Abrahán en su juventud, le había dado entendimiento y le había preservado de la idolatría. Quiso hacer de él un ejemplo de fe y verdadera devoción para su pueblo, que viviría después sobre la tierra. Su carácter estaba marcado por la integridad, la generosidad y la hospitalidad. Se hizo respetar como príncipe poderoso entre el pueblo. Su reverencia y amor a Dios, y su estricta obediencia en el cumplimiento de su voluntad, le granjearon el respeto de sus siervos y vecinos. Su ejemplo piadoso y su conducta recta, unidos a sus fieles instrucciones a sus siervos y a todos los de su casa, les llevaron también a temer, amar y reverenciar al Dios de Abrahán. El Señor se apareció a Abrahán y le prometió que su descendencia sería como las estrellas del cielo en número. También le dio a conocer, mediante la figura del horror de la gran oscuridad que se abatió sobre él, la larga y servil esclavitud de sus descendientes en Egipto.

Al principio, Dios dio a Adán una sola esposa, mostrando así su orden. Nunca diseñó que el hombre tuviera una pluralidad de esposas. Lamec fue el primero que se apartó en este aspecto de la sabia disposición de Dios. Tuvo dos esposas, lo que creó discordia en su familia. La envidia y los celos de ambas hicieron infeliz a Lamec. Cuando los hombres comenzaron a multiplicarse sobre la faz de la tierra, y les nacieron hijas, tomaron por esposas a todas las que quisieron. Este fue uno de los grandes pecados de los habitantes del viejo mundo, que atrajo sobre ellos la ira de Dios. Esta costumbre se practicó después del diluvio, y llegó a ser tan común que aun los hombres justos cayeron en ella, y tuvieron una pluralidad de esposas. Sin embargo, no fue menos pecado porque se corrompieron y se apartaron en esto del orden de Dios.

El Señor dijo de Noé que, con su familia, se salvó en el arca: "Por ti he visto justo delante de mí en esta generación." Noé tenía una sola esposa; y su

disciplina familiar unida fue bendecida por Dios. Debido a que los hijos de Noé eran justos, fueron preservados en el arca con su padre. Dios no ha sancionado la poligamia en un solo caso. Era contraria a su voluntad. Él sabía que la felicidad del hombre sería destruida por ella. La paz de Abrahán fue grandemente estropeada por su infeliz matrimonio con Agar.

Después de la separación de Abraham de Lot, el Señor le dijo: "Alza ahora tus ojos y mira desde el lugar donde estás, hacia el norte, hacia el sur, hacia el este y hacia el oeste; porque toda la tierra que ves, a ti te la daré, y a tu descendencia para siempre. Y haré a tu descendencia como el polvo de la tierra; de modo que si el hombre puede contar el polvo de la tierra, también tu descendencia será contada." "La palabra del Señor vino a Abram en visión, diciendo: No temas, Abram, yo soy tu escudo y tu recompensa muy grande." "Y Abram dijo: He aquí, a mí no me has dado descendencia; y he aquí, uno nacido en mi casa es mi heredero."

Como Abraham no tenía hijo, al principio pensó que su fiel criado, Eliezer, sería su hijo por adopción y su heredero. Pero Dios informó a Abraham que su siervo no sería su hijo y su heredero, sino que realmente tendría un hijo. "Y sacándolo fuera, le dijo: Mira ahora hacia el cielo, y dime las estrellas, si sabes contarlas; y le dijo: Así será tu descendencia".

Si Abraham y Sara hubieran esperado con fe confiada el cumplimiento de la promesa de que tendrían un hijo, se habrían evitado muchas desgracias. Ellos creían que sería tal como Dios había prometido, pero no podían creer que Sara, en su vejez, tendría un hijo. Sara sugirió un plan por el que pensaba que la promesa de Dios podría cumplirse. Suplicó a Abraham que tomara a Agar por esposa. En esto ambos carecían de fe y de una perfecta confianza en el poder de Dios. Al ceder al consejo de Sara y tomar a Agar por esposa, Abrahán no resistió la prueba de su fe en el poder ilimitado de Dios, y trajo sobre sí y sobre Sara mucha desdicha. El Señor quería probar la fe de Abrahán y su confianza en las promesas que le había hecho.

Agar era orgullosa y jactanciosa, y se comportaba con altivez ante Sara. Se jactaba de que iba a ser la madre de la gran nación que Dios había prometido hacer de Abrahán. Y Abrahán se vio obligado a escuchar las quejas de Sara respecto a la conducta de Agar, acusándole de injusticia en el asunto. Abraham se aflige, y le dice a Sara que Agar es su sierva, y que puede tener el control sobre ella, pero se niega a despedirla, pues ha de ser la madre de su hijo, a través del cual piensa que se cumplirá la promesa. Informa a Sara de que no habría

tomado a Agar por esposa si no hubiera sido su petición especial. Abraham también se vio obligado a escuchar las quejas de Agar por los abusos de Sara. Abraham está perplejo. Si trata de reparar los agravios de Agar, aumenta los celos y la infelicidad de Sara, su primera y muy amada esposa. Agar huye del rostro de Sara. Un ángel de Dios sale a su encuentro y la consuela, además de reprenderla por su conducta altanera, pidiéndole que regrese a su señora y se someta a sus manos.

Después del nacimiento de Ismael, el Señor se manifestó de nuevo a Abrahán y le dijo: "Estableceré mi alianza entre mí y ti, y tu descendencia después de ti, por sus generaciones, como alianza eterna." De nuevo el Señor repitió por medio de su ángel su promesa de dar un hijo a Sara, y que ésta sería madre de muchas naciones. Abrahán no comprendía aún la promesa de Dios. Su mente se posa inmediatamente en Ismael, como si a través de él vinieran las muchas naciones prometidas, y exclama, en su afecto por su hijo: "¡Oh, que Ismael viva delante de ti!".

De nuevo se repite la promesa a Abrahán: "Sara tu mujer te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Isaac; y estableceré con él mi pacto por alianza perpetua, y con su descendencia después de él". Los ángeles son enviados a Abraham en su camino para destruir Sodoma, y repiten más claramente la promesa de que Sara tendrá un hijo.

Tras el nacimiento de Isaac, la gran alegría manifestada por Abrahán y Sara hizo que Agar se pusiera muy celosa. Ismael había sido instruido por su madre de que sería especialmente bendecido por Dios, como hijo de Abrahán, y heredero de lo prometido a su padre. Ismael participó de los sentimientos de su madre, y se enojó por la alegría manifestada ante el nacimiento de Isaac. Despreciaba a Isaac, porque pensaba que era preferido antes que él. Sara vio la disposición manifestada por Ismael contra su hijo Isaac, y se sintió muy conmovida. Relató a Abraham la conducta irrespetuosa de Ismael hacia ella y hacia su hijo, y le dijo: "Echa a esta esclava y a su hijo, porque el hijo de esta esclava no será heredero de mi hijo, ni siquiera de Isaac."

Abraham está muy afligido. Ismael es su hijo, amado por él. ¿Cómo puede despedirlo? Reza a Dios en su perplejidad, pues no sabe qué hacer. El Señor, por medio de sus ángeles, ordena a Abrahán que escuche la voz de Sara, su mujer, y que no permita que su afecto por su hijo o por Agar le impida cumplir sus deseos. Porque éste era el único camino que podía seguir para devolver la armonía y la felicidad a su familia. Abrahán tuvo la consoladora promesa del

ángel de que Ismael, aunque separado de la casa paterna, no moriría ni sería abandonado por Dios; sería preservado porque era hijo de Abrahán. Dios prometió también hacer de Ismael una gran nación.

Abraham era de una disposición noble y benévola, como se manifestó en su súplica tan ferviente por el pueblo de Sodoma. Su fuerte espíritu sufrió mucho. Estaba abatido por el dolor, y sus sentimientos paternos se conmovieron profundamente cuando despidió a Agar y a su hijo Ismael para que vagaran como extranjeros en tierra extraña.

Si Dios hubiera sancionado la poligamia, no habría ordenado a Abraham que despidiera a Agar y a su hijo. Con esto quiso enseñar a todos una lección: que los derechos y la felicidad de la relación matrimonial deben respetarse y protegerse siempre, aun a costa de un gran sacrificio. Sara fue la primera y única verdadera esposa de Abrahán. Como esposa y madre, tenía derechos que ningún otro miembro de la familia podía tener. Reverenciaba a su marido, llamándole señor; pero estaba celosa de que sus afectos no se dividieran con Agar. Dios no reprendió a Sara por la conducta que siguió. Abraham fue reprendido por los ángeles por desconfiar del poder de Dios, que le había llevado a tomar a Agar por esposa, y a pensar que a través de ella se cumpliría la promesa.

Una vez más, el Señor consideró oportuno probar la fe de Abrahán mediante una prueba sumamente temible. Si hubiera esperado pacientemente a que la promesa de Dios se cumpliera a su tiempo y manera, y no hubiera tratado de hacer él mismo una providencia, no habría sido sometido a la prueba más dura que jamás se haya exigido al hombre. El Señor ordenó a su fiel siervo que fuera a la tierra de Moriah, y allí ofreciera a Isaac, el hijo de la promesa, como holocausto.

Abraham tenía ciento veinte años cuando le llegó esta terrible y sorprendente orden, en una visión nocturna. Debía hacer un viaje de tres días y tendría tiempo suficiente para reflexionar. Cincuenta años antes, por orden divina, había dejado padre y madre, parientes y amigos, y se había convertido en peregrino y extranjero en una tierra que no era la suya. Había obedecido la orden de Dios de enviar a su hijo Ismael a vagar por el desierto. Su alma estaba abatida por el dolor de esta separación, y su fe fue duramente probada; sin embargo, se sometió porque Dios así lo exigía.

Pero ahora tenía ante sí una prueba que hacía que todas sus demás aflicciones parecieran insignificantes. Las palabras del mandato estaban calculadas para conmover su alma hasta lo más profundo: "Toma ahora a tu hijo, tu único, Isaac,

a quien amas, y vete a la tierra de Moriah; y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré". Una y otra vez exclamó el desconsolado padre: ¡Oh, hijo mío, hijo mío! ¡Quisiera Dios que mi vida pudiera ser aceptada en lugar de la tuya! Abraham se levantó antes del día, y mientras miraba al cielo estrellado, recordó la promesa que Dios le había hecho cincuenta años antes: "Mira ahora hacia el cielo, y cuenta las estrellas, si sabes contarlas. Y le dijo: Así será tu descendencia". Y ahora la misma voz le había ordenado matar a su hijo único, por medio del cual se iba a cumplir la promesa.

Abraham estuvo tentado de creer que, después de todo, podría tratarse de un engaño. Afligido por el dolor, se postró ante Dios y oró como nunca antes por una confirmación de este extraño mandato, por una mayor luz si debía cumplir este terrible deber. Se acordó de los ángeles enviados para informarle del propósito de Dios de destruir Sodoma, y de los que le habían hecho la promesa de que tendría ese mismo hijo, Isaac. Caminó hacia donde había encontrado varias veces a los mensajeros celestiales, esperando volver a encontrarlos y recibir de ellos alguna dirección especial; pero no obtuvo luz, las tinieblas parecían cerrarse a su alrededor, el día se acercaba y debía emprender su viaje antes de que amaneciera.

Pasó primero al lecho en que Isaac dormía en pacífica inocencia; era la alegría de su corazón, el consuelo de su vejez. A Abrahán le temblaron los labios, se volvió rápidamente y miró a Sara, que también dormía tranquilamente. Sabía que Isaac era su orgullo, que su corazón estaba entrelazado con el suyo. ¿Debía despertarla para que viera a su hijo por última vez? ¿Debía decirle lo que Dios le pedía? Sabía que él mismo tenía fuerza de fe y confianza en Dios; no conocía la fuerza de la fe de Sara, pero sí la fuerza de su amor por Isaac.

Pasó de un durmiente a otro, indeciso respecto al curso más sabio a seguir. Finalmente despertó a Isaac, y le informó que Dios le había ordenado ofrecer sacrificios en una montaña lejana, y que debía acompañarle. Llamó a sus siervos e hizo todos los preparativos necesarios para su largo viaje. Si hubiera podido desahogar su mente con Sara, y cargar juntos con el sufrimiento y la responsabilidad, eso le habría aliviado un poco; pero decidió que no lo haría, porque el corazón de ella estaba ligado a su hijo, y podría impedirselo. Abrahán prosiguió su viaje, con Satanás a su lado para sugerirle incredulidad e imposibilidad.

Mientras caminaba al lado de Isaac, el patriarca no podía entablar conversación como de costumbre, pues una profunda pena se ocultaba en su propio pecho. Se

acerca la noche, el día más largo que Abraham haya vivido ha llegado a su fin. Vio a su amado hijo Isaac y a los criados sumidos en el sueño, pero él no podía dormir. Pasó la noche en oración, esperando todavía que apareciera algún mensajero celestial que le dijera que ya era suficiente, que podía volver con Sara, con Isaac ileso.

Ninguna nueva luz amaneció sobre el alma torturada de Abraham. Una fuerte presión se abatió sobre él, pero no se tambaleó ante la promesa. No razonó que su posteridad, que había de ser como las estrellas, debía venir ahora por Ismael, pues Dios había dicho claramente que la promesa se cumpliría por Isaac. También resonaba en sus oídos aquella voz: "Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas". Aquella terrible orden que lo dejaría sin hijos apenas puede ser comprendida. Se levanta temprano para continuar su penoso viaje. Satanás le susurra dudas, pero Abrahán resiste a sus sugerencias.

3 de abril de 1879

La gran controversia entre Cristo y sus ángeles y Satanás y sus ángeles

EGW

Capítulo 10-Abraham

Continúa.

Durante todo el día abrigó la esperanza de encontrar un ángel que viniera a bendecirlo y consolarlo, o tal vez a revocar el mandato de Dios, pero no apareció ningún mensajero de la misericordia. Satanás le sugirió que debía de estar engañado, pues Dios había dicho: "No matarás", y no era propio de Dios exigir lo que una vez había prohibido. El segundo largo día llega a su fin, otra noche de insomnio se pasa en humillación y oración, y se inicia el viaje del tercer día. Abrahán alza los ojos a las montañas, y en una de ellas contempla la señal prometida, una nube brillante que se cierne sobre la cima del monte Moriah. Ahora sabe que todo es una terrible certeza, y no un engaño.

Estaba todavía muy lejos de la montaña, pero ordenó a sus criados que se quedaran atrás mientras él ponía la leña sobre los hombros de su hijo, y él mismo tomaba el cuchillo y el fuego. Abraham se preparó para la triste tarea que debía realizar. No murmuró contra Dios. Isaac le había sido dado inesperadamente; lo había recibido con gratitud y gran alegría, y aunque era el hijo de su vejez, el hijo de su amor, creía, sin embargo, que el mismo poder que le había dado a

Isaac, podía resucitarlo incluso de las cenizas del holocausto. Fortalece su alma con las pruebas que ha tenido de la bondad y fidelidad de Dios. El que le había dado a Isaac, ¿no tenía perfecto derecho a revocar el don?

Isaac había sido un consuelo, un rayo de sol, una bendición para Abrahán en su vejez, y aunque este don de Dios le parecía tan precioso, tan querido, ahora se le ordenaba devolverlo al Dador. Las palabras de la orden de Dios mostraban que él comprendía plenamente el dolor que Abraham debía sentir al obedecer su requerimiento: "Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas". Abraham no quería testigos. Era suficiente que Dios pudiera mirar y no sólo ver la plena consagración de su querido hijo Isaac, sino leer el corazón y comprender plenamente cuán severamente sentía la prueba. No deseaba que nadie más que Dios presenciara esta escena de despedida entre padre e hijo.

Abraham no sabía cómo recibiría Isaac la orden de Dios. Cuando se acercaban al monte, "Isaac habló a Abraham, su padre, y dijo: Padre mío; y él respondió: Heme aquí, hijo mío. Y dijo: He aquí el fuego y la leña; pero ¿dónde está el cordero para el holocausto?". Estas cariñosas palabras, "Padre mío", traspasaron el afectuoso corazón de Abraham, y de nuevo pensó: ¡Oh, que yo, en mi vejez, muriera en lugar de Isaac! Todavía reacio a abrir ante su hijo el verdadero propósito de su recado, Abraham respondió: "Hijo mío, Dios se proveerá de un cordero para el holocausto."

Isaac ayudó a su padre en la construcción del altar. Juntos colocan la leña y se realiza el último trabajo preparatorio del sacrificio. Con labios temblorosos y voz trémula, Abrahán revela a su hijo el mensaje que Dios le había enviado. En obediencia al mandato divino, había emprendido el viaje. Todo estaba preparado. Isaac era la víctima, el cordero que había que sacrificar. Si Isaac hubiera optado por resistirse a la orden de su padre, podría haberlo hecho, pues ya había alcanzado la edad adulta; pero había sido tan instruido en el conocimiento de Dios que tenía una fe perfecta en sus promesas y exigencias.

El patriarca aseguró a Isaac que su afecto por él no había disminuido, y que con gusto daría su propia vida para salvar la de su hijo. Pero Dios había elegido a Isaac, y su exigencia debía cumplirse al pie de la letra. Abrahán dijo a su hijo que el Señor lo había entregado milagrosamente a sus padres, y que ahora lo había requerido de nuevo. Le aseguró que se cumpliría la promesa divina: "En Isaac será llamada tu descendencia"; que sin duda Dios lo resucitaría de entre los muertos.

Isaac oyó al principio el propósito de Dios con asombro que llegaba al terror. Pero consideró el asunto plenamente. Era hijo de un milagro. Si Dios lo había aceptado como un sacrificio digno, se sometería alegremente. La vida era querida, la vida era preciosa, pero Dios lo había designado a él, Isaac, para ser ofrecido como sacrificio. Consoló a su padre, asegurándole que Dios le había conferido honor al aceptarlo como ofrenda; que en esta exigencia no veía la ira y el desagrado de Dios, sino muestras especiales de que el Señor lo amaba, al exigir que fuera consagrado a sí mismo en sacrificio.

Animó a las manos casi sin fuerzas de su padre a atar las cuerdas que lo confinaban al altar. Las últimas palabras de amor entrañable fueron pronunciadas por padre e hijo, las últimas lágrimas afectuosas, paternas y filiales fueron derramadas, el último abrazo fue dado, y el padre había apretado a su amado hijo contra su anciano pecho por última vez. Su mano está levantada, siendo firmemente el instrumento de la muerte, cuando de repente su brazo es detenido. "Y el ángel del Señor le llamó desde el cielo, y dijo: Abraham, Abraham; y él respondió: Heme aquí. Y dijo: No pongas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ahora sé que temes a Dios, pues no me has rehusado tu hijo, tu único hijo. Y alzó Abraham sus ojos y miró, y he aquí detrás de sí un carnero preso en una espesura por sus cuernos; y fue Abraham y tomó el carnero, y lo ofreció en holocausto en lugar de su hijo. Y llamó Abraham el nombre de aquel lugar, Jehová-jireh; como se dice hasta hoy: En el monte de Jehová se verá. Y el ángel del Señor llamó a Abraham desde el cielo por segunda vez, y le dijo: Por mí mismo he jurado, dice el Señor, por cuanto has hecho esto, y no has retenido a tu hijo, tu único hijo; que en la bendición te bendeciré, y en la multiplicación multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar; y tu descendencia poseerá la puerta de sus enemigos, y en tu descendencia serán benditas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeciste a mi voz."

Como prueba de la aprobación de Dios a la fe de Abraham, le dio el nombre de "Padre de los fieles". El ejemplo de Abraham está registrado en la historia sagrada para beneficio de sus hijos creyentes. Este gran acto de fe enseña la lección de la confianza implícita en Dios, de la obediencia perfecta a sus exigencias y de la entrega completa a la voluntad divina. El ejemplo de Abraham nos enseña que nada de lo que poseemos es demasiado precioso para dárselo a Dios.

¿Cuántos de los que ahora profesan ser cristianos seguirían el ejemplo de Abraham al entregar a Dios a su amado Isaac? Sin embargo, nuestro tesoro más

querido pertenece a Dios. Los padres cristianos tienen el solemne deber de educar y moldear las mentes de sus hijos de modo que siempre tengan un gran respeto y una exaltada reverencia por Dios y por todo lo sagrado y santo. Sentirán que las exigencias de Dios deben ser consideradas en primer lugar, que nada es demasiado precioso para sacrificarlo por Él. Como Abraham, ejemplificarán su fe con sus obras.

Cuántos ahora que profesan creer a Dios, y pasan por cristianos, rehúsan obedecer su voz cuando los llama a negarse a sí mismos, y entregarle sus tesoros más queridos. Vacilan y se aferran a las cosas terrenales. Sus afectos están puestos en el mundo y en las cosas del mundo; sin embargo, algunos de estos mismos tendrán mucho que decir acerca de cuánto han sacrificado para obedecer a la verdad. Isaac sintió que era un privilegio entregar su vida como ofrenda a Dios. Si el Señor podía aceptarlo, él se sentía honrado.

El juicio humano puede considerar la orden dada a Abraham como severa, demasiado grande para que la fuerza humana la soporte. La fuerza de Abrahán provenía de Dios. No miraba las cosas que se ven con visión mortal, sino las cosas eternas. Dios no exigía de Abrahán más de lo que, por compasión divina y amor infinito, había dado al hombre. Dio a su Hijo unigénito para que muriera, a fin de que el hombre culpable pudiera vivir. La ofrenda de Isaac por Abrahán fue especialmente diseñada por Dios para prefigurar el sacrificio de su Hijo.

A cada paso que Abraham avanzaba hacia el monte Moriah, el Señor iba con él. Todo el dolor y la agonía que soportó Abrahán durante los tres días de su oscura y temible prueba, le fueron impuestos para darnos una lección de fe y obediencia perfectas, y para que pudiéramos comprender mejor cuán real fue la gran abnegación y el sacrificio infinito del Padre al dar a su Hijo único para morir una muerte vergonzosa por la raza culpable. Ninguna otra prueba, ningún otro sufrimiento o prueba, que pudiera haberse impuesto a Abrahán, le habría causado tanta angustia mental, tanta tortura del alma, como la de obedecer a Dios ofreciendo a su hijo.

Nuestro Padre Celestial entregó a su amado Hijo a las agonías de la crucifixión. Legiones de ángeles presenciaron la humillación y la angustia del alma del Hijo de Dios, pero no se les permitió interponerse como en el caso de Isaac. No se oyó ninguna voz que impidiera el sacrificio. El amado Hijo de Dios, el Redentor del mundo, fue insultado, escarnecido, ridiculizado y torturado, hasta que inclinó la cabeza en la muerte. ¿Qué mayor prueba puede darnos el Infinito de

su divino amor y piedad? "El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con Él todas las cosas?

El escaso concepto que muchos tienen del valor del alma, y del sacrificio del amado Hijo de Dios por el hombre pecador, queda demostrado por sus obras. Si Dios les dijera, como a Abrahán: Sacrifica tus bienes, los beneficios temporales que te he prestado para hacer progresar mi causa, mirarían con asombro, pensando que Dios no quiso decir exactamente lo que dijo. Sus riquezas les son tan queridas como sus hijos; su tesoro mundano es su Isaac. Honrar a Dios con sus bienes, piensan, es una exigencia demasiado grande, y no pueden creer que Dios lo diga en serio. ¿Qué ha sacrificado esta clase por Dios?

Los hombres mostrarán toda la fe que tienen. Si Dios les hablara y les ordenara ofrecer a uno de sus amados hijos, pensarían que es un amo duro. Sin embargo, él ha hecho más que esto por ellos. Ninguna orden semejante vendrá a probarlos. Dios sabía a quién se dirigía cuando dio la orden al fiel Abrahán. El patriarca sabía que era Dios quien se lo había ordenado, y que sus promesas eran infalibles. Si el Señor le hubiera ordenado que ofreciera su oro, su plata, sus rebaños o incluso su propia vida, lo habría hecho alegremente. Habría sentido que no hacía sino devolver a Dios lo que le pertenecía.

Pero hay muchos que no saben lo que es la abnegación, el sacrificio o la devoción a Dios. Nunca podrán tener una visión amplia y elevada del sacrificio infinito hecho por el Hijo de Dios para salvar a un mundo arruinado, hasta que se rindan totalmente a él. Si él les hablara con una orden, como lo hizo con Abraham, no estarían lo suficientemente familiarizados con su voz como para comprender que realmente requería algo de ellos, para mostrar su amor y la autenticidad de su fe.

Las demandas de Dios sobre nuestro amor, afecto y posesiones, nuestros talentos y nosotros mismos, son tan grandes como lo fue el sacrificio infinito que hizo al dar a su Hijo para morir por el hombre pecador. Aquellos que realmente aprecian la obra de la expiación, aquellos que tienen un alto sentido del sacrificio que Cristo ha hecho para exaltarlos a su trono, considerarán un honor especial ser partícipes con él en su abnegación, sacrificio y sufrimiento, para que puedan ser colaboradores con él en la salvación de las almas.

Hay muchos que profesan la verdad, pero no aman a Dios ni la mitad de lo que aman al mundo. Dios los está probando. Su amor al mundo y a las riquezas oscurece sus mentes, pervierte su juicio y endurece sus corazones. Al menos a

algunos de ellos, Dios les ha revelado su voluntad y les ha pedido que le rindan su Isaac. Pero se niegan a obedecer y dejan pasar oportunidades de oro. El tiempo precioso lleva a la eternidad un registro de deberes incumplidos y de negligencia positiva.

Nada de lo que tenemos tiene verdadero valor hasta que lo entregamos a Dios. El talento de los medios dedicados a la causa y a la obra de Dios, es diez veces más valioso que si se retiene egoístamente para la gratificación de nuestro propio placer. La fe de los mártires devotos era como la de Abraham, era genuina. Valoraban la preciosa verdad, y a su vez, aunque despreciados por los hombres, perseguidos de un lugar a otro, perseguidos, afligidos y atormentados, eran valorados por Dios. No había lugar para ellos en la tierra, sino que de ellos, dice el apóstol, el mundo no era digno. Aquellos que se aferraron a la verdad frente a la prisión, la tortura y la muerte, tenían una fe que pocos de los que ahora viven poseen.

Muchos han elegido una vida fácil. Han exaltado sus intereses terrenales por encima de los espirituales y eternos. Descuidan aprender la dura lección de la abnegación y de entregarlo todo a Dios. No consideran nada interesante, excepto lo que se aprende sin mucho esfuerzo, y sin implicar ningún sacrificio del disfrute temporal; y se olvida tan pronto como se aprende, porque no les costó nada.

La pobreza más profunda, con la bendición de Dios, es mejor que las casas y las tierras, y que cualquier cantidad de tesoros terrenales, sin ella. La bendición de Dios da valor a todo lo que poseemos; pero si tenemos el mundo entero sin su bendición, somos en verdad tan pobres como el mendigo, pues nada podemos llevarnos al otro mundo.

Aquellos que profesan esperar la pronta venida de nuestro Salvador, deberían tener una fe abrahámica; una fe que se valora porque les ha costado algo; una fe que obra por amor, y purifica el alma. El ejemplo de Abrahán ha quedado registrado para nosotros, sobre quienes ha llegado el fin del mundo. Debemos creer que Dios habla en serio con nosotros y que no se puede jugar con él. Él habla en serio y exige de nosotros una fe implícita y una obediencia voluntaria. Entonces hará brillar su luz en torno a nosotros, y seremos todos luz en el Señor.

10 de abril de 1879

La gran controversia entre Cristo y sus ángeles y Satanás y sus ángeles

EGW

Capítulo 11-Isaac

Los cananeos eran idólatras, y el Señor había ordenado que su pueblo no se casara con ellos, para que no cayeran en la idolatría. Abraham era viejo y esperaba morir pronto. Isaac aún no se había casado. Abrahán temía la influencia corruptora que rodeaba a su hijo, y estaba ansioso de que se le escogiera una esposa que no lo apartara de Dios. Encomendó este asunto a su siervo fiel y experimentado, que mandaba sobre todo lo que tenía. Abrahán exigió a su siervo que le hiciera un juramento solemne ante el Señor, de que no tomaría una esposa para Isaac de los cananeos, sino que iría a la parentela de Abrahán, que creía en el Dios verdadero, y seleccionaría una esposa para el joven. Le encargó que no llevara a Isaac al país de donde procedía, pues casi todos estaban afectados por la idolatría. Si no podía encontrar una esposa para Isaac que dejara su parentela y viniera a donde él estaba, entonces quedaría libre del juramento que había hecho. Este importante asunto no se le dejó a Isaac para que lo eligiera por sí mismo, independientemente de su padre. Abrahán dice a su siervo que Dios enviará su ángel delante de él para dirigirle en su elección.

El criado, llevando consigo diez camellos y numerosos regalos para la futura esposa y sus parientes, emprendió su largo viaje hacia Damasco, y luego hacia las fértiles llanuras que bordean el gran río de Oriente. Betuel, sobrino de Abrahán, era dueño de grandes rebaños, pero vivía en un pueblo o ciudad, a cuyos pozos solían acudir las mujeres en busca de agua, y a los cuales se acercaba ahora el siervo de Abrahán. Era un momento angustioso para el hombre; la felicidad de toda la familia en Canaán dependía de la elección que hiciera, y ¿cómo iba a elegir sabiamente entre aquellos que le eran completamente extraños? Recordó las palabras de su amo, que Dios enviaría a su ángel con él; y rogó fervientemente que se le dieran ciertas pruebas, para no equivocarse en el asunto.

Su oración fue escuchada. Entre las doncellas reunidas junto al pozo, se fijó especialmente en los modales atractivos y la conducta cortés de Rebeca, y recibió la prueba deseada de que ella era la que Dios se había complacido en elegir para ser la esposa de Isaac. Lleno de alegría, el hombre preguntó por su filiación, y al enterarse de que era hija de Betuel, "inclinó la cabeza y adoró al Señor". La doncella informó inmediatamente a su hermano Labán de lo ocurrido, y se apresuraron a invitar a su casa al criado, con sus sirvientes y los camellos. Antes de que le dieran de comer, el criado contó su misión, su oración

en el pozo y la respuesta, con todas las circunstancias que la acompañaron. Entonces dijo: "Y ahora, si tratáis con bondad y verdad a mi señor, decídmelo; y si no, decídmelo, para que me vuelva a la derecha o a la izquierda". La respuesta fue: "El asunto procede del Señor; no podemos hablarte ni mal ni bien. He aquí Rebeca está delante de ti; tómalala y vete, y que sea la mujer del hijo de tu amo, como Jehová ha dicho."

Después de que todo había sido arreglado, y se había obtenido el consentimiento de la familia, Rebeca misma fue consultada sobre si iría con el siervo de Abraham a una gran distancia de la casa de su padre, para convertirse en la esposa de Isaac. Ella creyó, por las circunstancias que habían ocurrido, que la mano de Dios la había seleccionado para ser la esposa de Isaac, y dijo: "Iré".

El criado, sabiendo que su amo se regocijaría por el éxito de su misión, estaba impaciente por partir, e inmediatamente emprendieron el viaje de regreso. Abraham vivía en Beerseba, e Isaac, que había estado cuidando los rebaños en el país vecino, había vuelto a la tienda de su padre para esperar la llegada del mensajero de Harán. "Y salió Isaac a meditar en el campo al atardecer; y alzó sus ojos, y vio, y he aquí que los camellos venían. Y Rebeca alzó sus ojos, y cuando vio a Isaac, se desprendió del camello. Porque había dicho al criado: ¿Qué hombre es éste, que sale al campo a recibirnos? Y el criado había dicho: Es mi señor; por lo cual ella tomó un velo y se cubrió. Y el criado contó a Isaac todas las cosas que había hecho. Y la llevó Isaac a la tienda de su madre Sara, y tomó a Rebeca, la cual fue su mujer. Y la amó; e Isaac fue consolado después de la muerte de su madre".

En la antigüedad, los contratos matrimoniales eran generalmente celebrados por los padres, pero no se recurría a la coacción para obligar a las personas a casarse con quienes no podían amar. Pero los hijos confiaban en el juicio de sus padres, seguían sus consejos y otorgaban su afecto a quienes sus padres, temerosos de Dios y experimentados, elegían para ellos. Se consideraba un crimen seguir una conducta contraria a ésta.

¡Qué contraste con el camino que siguen ahora muchos hijos! En lugar de mostrar reverencia y el debido honor a sus padres, consultándoles, y teniendo las ventajas de su experimentado juicio al elegir por ellos, se apresuran en el asunto, y son controlados por la fantasía y el impulso en lugar de por el juicio de sus padres y el temor de Dios. A menudo contraen matrimonio sin el conocimiento de sus padres. Y, en muchos casos, la vida de los padres se ve

perjudicada por los matrimonios precipitados de sus hijos, porque el yerno o la nuera no se sienten obligados a hacerlos felices.

Abrahán vio y comprendió la influencia que una esposa idólatra ejercería sobre su marido. No quería que Isaac pusiera en peligro su carácter moral y religioso uniéndose a una mujer que no conocía a Dios. Su hijo mayor había contraído un matrimonio infeliz. El hogar de Ismael era miserable, sus hijos eran indisciplinados y su carácter descortés e irrespetuoso. No se les enseñó el conocimiento de Dios. Abrahán no quería que Isaac corriera el riesgo de tomar una esposa de las naciones paganas. Desde los días de Caín hasta los suyos, había observado la infeliz conducta de otros y el resultado de relacionarse con compañeros que no conocían ni temían a Dios.

Por muy puros y correctos que sean los principios de los temerosos de Dios, la sociedad de una compañera irreligiosa influye para apartar de Dios. Por lo tanto, Abraham estaba decidido en este punto, a que Isaac se casara con una de su propia nación. Las mujeres de otras naciones eran, muchas de ellas, atractivas por su belleza; pero carecían de belleza de carácter. Abrahán sabía que la verdadera dignidad, la verdadera elevación, sólo se encuentra en los que aman y temen a Dios. Hay un envilecimiento en todo el carácter de los impíos, que siguen la imaginación de sus propios corazones, y están llenos de sus propias maquinaciones. Pero aquellos que hacen de Dios su confianza, que son elevados por su gracia, obedientes a sus requerimientos, buscando su gloria, temiendo su desagrado, recibirán su bendición. Tendrán la esperanza y el valor, la dignidad, la calma y la serenidad que sólo pueden tener los que están unidos a Dios. Abrahán había mantenido una confianza habitual en Dios. La impronta de tal carácter se reproduce en sus hijos. Sin embargo, Abrahán vio que en Isaac había una disposición a ceder. Era un firme creyente en Dios, pero si se relacionaba con alguien de carácter opuesto correría el peligro de perder su adhesión al derecho, para evitar consecuencias desagradables.

Los malos asociados incluyen más que lo inmoral y profano. La conexión con alguien que se sabe que es irreligioso es contraria al orden de Dios, y no puede dejar de alejar al alma de Él. Aquellos que no tienen ante sí el temor de Dios, que no tratan de vivir en obediencia a Él, aunque sean morales, intelectuales, aparentemente refinados, a la moda, ricos, no son personas con las que los cristianos deban formar una alianza matrimonial. Por agradable que sea su compañía, por entretenida que sea su conversación, la palabra de Dios es clara al respecto: el cristiano no debe relacionarse con ellos.

Los que entran en la relación matrimonial siendo inconversos no deben, después de la conversión, abandonar a sus compañeros incrédulos. Cualquiera que sea su carácter religioso, deben permanecer fieles, bondadosos y leales hacia ellos; sin embargo, deben reconocer las demandas de Dios por encima de cualquier relación terrenal, sirviéndole con fidelidad, aunque surjan inconvenientes, pruebas y persecuciones por causa de Cristo y de la verdad. Esta fidelidad perseverante a la verdad y al deber puede ser una influencia santificadora sobre el compañero incrédulo. Pero los matrimonios formados comprensivamente con incrédulos están prohibidos por la palabra de Dios. El incrédulo puede insistir en la demanda, y la inclinación puede suplicar que se acepte; y la inclinación triunfa con frecuencia; pero Satanás tiene la victoria; la tentación no ha sido resistida, y en nueve de cada diez casos ambas partes se pierden para Cristo.

Hay una ceguera voluntaria con respecto al resultado de la acción humana, cuyas consecuencias se extienden hasta el futuro de la existencia del hombre. Aquellos que se aventuran a desobedecer los mandamientos de Dios tienen ante sí una vida de amargura y aflicción; pero siguen adelante despreocupadamente, haciendo precipitadamente votos solemnes sobre ellos, el creyente uniendo su interés vital con un incrédulo. La vida doméstica y la relación doméstica deben ser compartidas por esos dos, uno que profesa obedecer a Dios, y el otro que vive haciendo caso omiso de sus requerimientos. ¿Cómo pueden dos andar juntos si no están de acuerdo? Si una mujer no respeta las demandas de Dios, no presta atención a los lazos que la atan a la religión, ¿cómo puede esperarse que sea fiel a la ley que la ata a su marido?

Los jóvenes de ambos sexos manifiestan a veces gran independencia en el tema del matrimonio, como si el Señor no tuviera nada que ver con ellos, o ellos con el Señor, en ese asunto. Parecen pensar que es un asunto puramente suyo, que ni Dios ni sus padres deben controlar de ninguna manera, que el otorgamiento de sus afectos es un asunto en el cual sólo el yo debe ser consultado. Los tales cometen un grave error; y unos pocos años de experiencia matrimonial generalmente les enseñan que es un error miserable. Esta es la gran razón de tantos matrimonios infelices, en los que hay tan poco amor verdadero y generoso, y tan poco ejercicio de noble tolerancia, el uno hacia el otro. A menudo se comportan en sus propios hogares más como niños mezquinos que como dignos y afectuosos esposos.

Isaac había sido educado en el temor de Dios para una vida de obediencia. Y cuando tenía cuarenta años, se sometió a que el siervo de su padre, temeroso de

Dios y experimentado, eligiera por él. Creyó que Dios le dirigiría en cuanto a la obtención de una esposa.

Los niños de quince a veinte años se consideran generalmente competentes para hacer su propia elección, sin el consentimiento de sus padres. Y mirarían con asombro, si se les propusiera moverse en el temor de Dios, y hacer del asunto un tema de oración. Se deja constancia del caso de Isaac, como ejemplo para los niños de generaciones posteriores, especialmente para aquellos que profesan temer a Dios.

El curso que Abraham siguió en la educación de Isaac, que le hizo amar una vida de noble obediencia, se registra para el beneficio de los padres, y debe llevarlos a ordenar a sus familias después de ellos. Deben instruir a sus hijos para que se sometan a su autoridad y la respeten. Y deben sentir que recae sobre ellos la responsabilidad de guiar los afectos de sus hijos, para que puedan ser depositados en personas que a su juicio sean compañeros apropiados para sus hijos y sus hijas. Es un hecho triste que Satanás controla en gran parte los afectos de los jóvenes. Y algunos padres piensan que los afectos no deben ser guiados ni refrenados. El proceder de Abrahán es una reprensión para todos ellos.

17 de abril de 1879

La gran controversia entre Cristo y sus ángeles y Satanás y sus ángeles

EGW

Capítulo 12-Jacob y Esaú

Dios, que conoce el fin desde el principio, sabía, antes del nacimiento de Jacob y Esaú, qué carácter desarrollarían ambos. Sabía que Esaú no tendría corazón para obedecerle. Cuando respondió a la atribulada oración de Rebeca, informándole que tendría dos hijos, le presentó la historia futura de sus dos hijos, que se convertirían en dos naciones, la una mayor que la otra, y la mayor serviría a la menor. El primogénito tenía derecho a ventajas peculiares y privilegios especiales; poseía honor y autoridad, en la familia y en la tribu, junto a la de los padres; se le consideraba especialmente consagrado a Dios, y era seleccionado para desempeñar el oficio de sacerdote; y recibía una doble porción de los bienes del padre.

Los dos hermanos eran muy diferentes en carácter. A Isaac le agradaba el espíritu audaz y valeroso de Esaú, que se deleitaba en la caza y traía la presa a

casa para su padre, con relatos conmovedores de sus aventuras. Jacob era el hijo favorito de su madre, porque su carácter era apacible y estaba mejor calculado para hacerla feliz. Había aprendido de su madre lo que Dios le había enseñado, que el mayor debía servir al menor, y su juvenil razonamiento le llevó a concluir que esta promesa no podía cumplirse mientras su hermano tuviera los privilegios que se conferían al primogénito. Y cuando éste llegó del campo, desfallecido de hambre, Jacob aprovechó la oportunidad para convertir la necesidad de Esaú en su propio beneficio, y le propuso alimentarlo con potaje, si renunciaba a todo derecho a la primogenitura; y Esaú vendió su primogenitura a Jacob.

Esaú había tomado dos esposas de los cananeos idólatras. Esto fue motivo de profundo dolor para Isaac y Rebeca, pues sabían muy bien que Dios había ordenado a sus padres que no se casaran con idólatras, y comprendían perfectamente el cuidado y la ansiedad de Abrahán para que Isaac se casara con una mujer de su propia nación y fe. Isaac tenía ya más de cien años, los achaques de la edad se habían apoderado de él y su vista se había debilitado. Esaú seguía siendo su hijo favorito, y a pesar de que Isaac había sido informado del propósito de Dios, decidió otorgar la bendición a su primogénito. Llamó a Esaú y, según supuso, le hizo saber en privado su deseo de que le preparase carne de venado antes de la bendición, de acuerdo con la costumbre de hacer un banquete en tales ocasiones. Rebeca había recibido instrucciones divinas de que Jacob estaría en la línea directa a través de la cual se cumpliría la promesa en el nacimiento del Redentor. Estaba segura de que su marido iba en contra de la voluntad de Dios, y que ningún razonamiento podría cambiar su propósito, y sin la debida reflexión decidió no permitir que la parcialidad del padre por su hijo mayor desviara el propósito de Dios; mediante una estratagema obtendría la bendición para Jacob. Tan pronto como Esaú hubo partido en su misión, llamó a su hijo menor y le relató las palabras de Isaac y la necesidad de actuar por su parte para impedir que se cumplieran sus designios de otorgar la bendición, definitiva e irrevocablemente, a Esaú. Si Jacob seguía sus instrucciones, podría obtener la bendición, como Dios había prometido. Cuando Jacob escuchó el plan de su madre, al principio se sintió muy afligido y le aseguró que, al engañar así a su padre, recibiría una maldición en vez de la bendición deseada. Pero sus escrúpulos fueron vencidos, y procedió a llevar a cabo las sugerencias de su madre. El plan tuvo éxito; obtuvo mediante fraude lo que, de haber mostrado la debida confianza en Dios, habría recibido como un derecho.

No era su intención proferir una falsedad directa, pero una vez en presencia de su padre pensó que había ido demasiado lejos para retroceder. Desde ese momento se sintió pobre de corazón, le pesó la autocondena. Al engañar groseramente a su anciano y ciego padre, había perdido su nobleza y su verdad. En una hora había hecho obra de arrepentimiento para toda la vida. Esta escena fue vívida ante él en años posteriores, cuando el curso malvado de sus propios hijos oprimió su alma.

El proceder injusto de Jacob y Rebeca no produjo ningún buen resultado; sólo trajo desconfianza, celos y venganza. Madre e hijo deberían haber esperado a que el Señor cumpliera su propio propósito a su manera y en su propio tiempo, en vez de tratar de provocar los acontecimientos predichos con la ayuda del engaño. Si Esaú hubiera recibido la bendición que se otorgaba a los primogénitos, su prosperidad habría venido sólo de Dios; y él le habría concedido prosperidad o le habría traído adversidad, según su proceder. Si amaba y reverenciaba a Dios, como el justo Abel, sería aceptado y bendecido. Si, como el malvado Caín, no tuviera respeto por Dios ni por sus mandamientos, sería rechazado por él, como lo fue Caín. Si la conducta de Jacob era recta, la mano próspera de Dios estaría con él, aunque no obtuviera las bendiciones y privilegios que generalmente se conceden a los primogénitos. Rebeca se arrepintió con amargura por el mal consejo que había dado a Jacob, pues fue el medio de separarlo de ella para siempre. Se vio obligado a huir para salvar su vida de la ira de Esaú, y su madre no volvió a ver su rostro. Isaac vivió muchos años después de haber dado la bendición a Jacob, y se convenció, por la conducta de sus dos hijos, de que la bendición pertenecía legítimamente a Jacob.

En la providencia de Dios, la pluma infalible de la inspiración no ocultó los errores y pecados de los hombres buenos. El pecado sale a la luz sin contemplaciones, así como el justo juicio de Dios. A causa de su transgresión, Jacob se convirtió en un fugitivo de su hogar, obligado a servir a un duro amo durante veinte años. Se le practicó un cruel fraude en su matrimonio con Lea, sus diez hijos le engañaron como él había engañado a su padre, y durante muchos años lloró la supuesta muerte de José. Durante todos estos años Jacob recibió el favor de Dios, pero había sembrado una cosecha que debía recoger; ni el tiempo ni el arrepentimiento podían convertir en grano de oro la mala hierba sembrada. Esta visión del asunto hace que sea de la mayor consecuencia que en palabras y acciones nos movamos con integridad consciente, porque "todo lo que el hombre sembrare, eso también segará."

Mientras Jacob proseguía su viaje, forastero en tierra extraña, reflexionaba tristemente sobre los acontecimientos que habían sucedido como consecuencia de su propia transgresión. Por la noche se acostó a dormir con el dosel del cielo como cubierta, la tierra como lecho y una piedra como almohada. Un Dios compasivo, que siempre se apiada de los males de los hombres, vio al solitario fugitivo, preocupado y perplejo, temiendo que Dios le hubiera abandonado a causa de su injusticia, engaño y falsedad. En una visión nocturna, el Señor se manifestó a Jacob. Vio una escalera, cuya base descansaba sobre la tierra, y cuya cúspide llegaba hasta el cielo más alto, hasta el trono de Dios. El Señor mismo, envuelto en luz, estaba en lo alto de la escalera, y los ángeles subían y bajaban por ella.

Mientras Jacob contemplaba maravillado la escena, se oyó la voz de Dios, que decía: "Yo soy el Señor, el Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac. Y he aquí que yo estoy contigo, y te guardaré en todos los lugares adonde fueres, y te haré volver a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho." Jacob despertó de su sueño y exclamó con solemne asombro: "Ciertamente el Señor está en este lugar, y yo no lo sabía". Miró a su alrededor, como si quisiera volver a ver a los mensajeros celestiales, pero sobre él sólo se veía el firmamento azul y cuajado de estrellas; su cabeza seguía apoyada en la almohada rocosa. La escalera había desaparecido, y los ángeles ya no se veían; pero la voz de Dios resonaba aún en sus oídos, con la promesa ahora tan preciosa para él. Sintió en verdad que ángeles de Dios, aunque invisibles, poblaban el lugar; que Dios lo miraba con compasión y amor. Lleno de santo temor y asombro, exclamó involuntariamente: "¡Qué terrible es este lugar! Ésta no es sino la casa de Dios, y ésta la puerta del Cielo".

El significado de esta escalera se nos explica en las palabras de Cristo a Natanael: "Después veréis el cielo abierto, y los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del hombre". La expiación de Cristo une la tierra con el cielo, y al hombre finito con el Dios infinito; porque por medio de Cristo se reanuda con el hombre la comunicación que se había roto a causa de la transgresión. Los pecadores pueden encontrar el perdón y ser visitados por la misericordia y la gracia.

Cuando apareció la luz de la mañana, Jacob se levantó, y tomando la piedra sobre la que había descansado su cabeza, derramó aceite sobre ella, de acuerdo con la costumbre de aquellos que querían conservar un recuerdo de la misericordia de Dios, para que siempre que pasara por ese camino, pudiera detenerse en este lugar sagrado para adorar al Señor. Y llamó al lugar Betel, o

la casa de Dios. Con la más profunda gratitud y amor repitió una y otra vez la graciosa promesa de que la ayuda y la presencia de Dios estarían con él; y luego, en la plenitud de su alma, hizo el solemne voto: "Si Dios está conmigo, y me guarda en este camino que sigo, y me da pan que comer y vestido que vestir, para que vuelva en paz a la casa de mi padre; entonces el Señor será mi Dios; y esta piedra que he puesto por pilar, será la casa de Dios; y de todo lo que me des, te daré el diezmo."

La presencia de Dios no se limita al espléndido edificio. El humilde lugar de descanso de Jacob había sido consagrado por una manifestación de la gloria divina. A menudo Dios ha hecho sagrada la ladera de una colina, las cuevas de la tierra, el bosque, el humilde granero, la tienda de algodón. Cada uno de ellos se ha convertido en un tabernáculo donde se reúne y bendice a sus siervos, que buscan humildemente la verdad, la paz y la justicia. Pero la catedral más grandiosa, la maravilla de la arquitectura, si encierra orgullo, formas muertas e hipocresía hueca, es repulsiva a los ojos de Dios, que busca a quienes le adoren como adoradores en espíritu y en verdad.

Con el corazón rebosante de amor a Dios, y haciendo melodía en armonía con los alegres cantores, Jacob siguió adelante en su viaje. Sintió, en efecto, que la presencia de lo invisible estaba con él, y que los ángeles eran sus compañeros.

Jacob sintió que Dios tenía derechos sobre él que debía reconocer, y que las muestras especiales del favor divino que se le concedían exigían una respuesta correspondiente. Del mismo modo, cada bendición que se nos concede exige una respuesta. El Autor de todas nuestras misericordias debe recibir, no sólo gratitud, sino devoluciones tangibles. Nuestro tiempo, nuestros talentos, nuestra propiedad, deben ser, y serán por cada verdadero cristiano, sagradamente dedicados al servicio de Aquel que nos ha dado estas bendiciones en confianza. Cuando se nos ha concedido una liberación especial, cuando se nos han otorgado favores nuevos e inesperados, no debemos aceptarlos con indiferencia y con corazones despreocupados e ingratos.

(Continuará.)

24 de abril de 1879

La gran controversia entre Cristo y sus ángeles y Satanás y sus ángeles

EGW

Capítulo 12-Jacob y Esaú

Continúa.

Una de las razones por las que Dios no concede más y mayores bendiciones a su pueblo es que éste no las apreciaría y no rendiría a Dios las cosas que son de Dios. Todo cristiano debería repasar a menudo su vida pasada, y nunca debería olvidar las preciosas liberaciones que Dios ha obrado por él, sosteniéndole en la prueba, consolándole en la aflicción, abriéndole caminos cuando todo parecía oscuro y prohibitivo, refrescándole cuando estaba a punto de desfallecer bajo los desalientos. Y en vista de todas estas innumerables bendiciones, debería estar derretido y subyugado, agradecido y humilde. Bien puede exclamar: "¿Qué rendiré al Señor por todos sus beneficios para conmigo?". La ofrenda a Dios no consistirá simplemente en palabras de agradecimiento, sino en diezmos y ofrendas. El cristiano practicará la abnegación y el autosacrificio para retribuir a Dios.

La conducta de Esaú al vender su primogenitura representa el proceder de los injustos, que consideran de poco valor la redención comprada para ellos por Cristo, y sacrifican su condición de herederos del Cielo por tesoros percederos. Muchos son controlados por la inclinación, y antes que negar un apetito malsano, sacrificarán consideraciones elevadas y valiosas. Si se debe ceder a uno, la gratificación de un apetito depravado, o las bendiciones elevadas y celestiales que Dios promete sólo a los abnegados y temerosos de Dios, los clamores del apetito, como en el caso de Esaú, prevalecerán generalmente, y por la gratificación propia, Dios y el Cielo serán virtualmente despreciados. Incluso los que profesan ser cristianos consumen té, café, rapé, tabaco y bebidas espirituosas, todo lo cual entorpece las más finas sensibilidades del alma. Si se les dice que no pueden tener el Cielo y estas indulgencias perjudiciales, y que deben limpiarse de toda inmundicia de la carne y del espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios, se ofenden, y concluyen que si el camino es tan recto que no pueden complacer sus apetitos groseros, ya no caminarán por él.

Especialmente las pasiones corruptas controlarán la mente de aquellos que consideran el Cielo de tan poco valor. La salud será sacrificada, las facultades

mentales debilitadas, y el cielo será vendido por estos placeres, como Esaú vendió su primogenitura. Se deja constancia de este caso como advertencia para otros. Esaú era una persona temeraria. Juró solemnemente que Jacob tendría su primogenitura. Sin embargo, cuando se enteró de que su hermano había obtenido la bendición que le habría pertenecido si él no la hubiera vendido imprudentemente, se afligió mucho. Se había arrepentido de su acto imprudente, cuando ya era demasiado tarde para remediar el asunto. Así sucederá en el día de Dios con los pecadores, que han trocado su herencia del Cielo por gratificaciones egoístas y lujurias dañinas. Entonces no encontrarán lugar para el arrepentimiento, aunque, como Esaú, lo busquen cuidadosamente y con lágrimas.

Jacob no fue feliz en su relación matrimonial, aunque sus esposas eran hermanas. Formó el contrato con Labán por su hija Raquel, a quien amaba, pero después de haber servido siete años por ella, Labán, deseando retener sus fieles servicios por más tiempo, lo engañó y le dio a Lea. Cuando Jacob se dio cuenta del engaño que le habían practicado, y de que Lea había hecho su parte en engañarle, no pudo amarla, y reprendió a su suegro por haber jugado así con sus afectos. Labán le suplicó que no repudiara a Lea, pues esto se consideraba una gran desgracia, no sólo para la esposa, sino para toda la familia. Jacob se vio en una situación muy difícil, pero decidió conservar a Lea y casarse con su hermana. Sin embargo, Lea era mucho menos amada que Raquel.

Labán era egoísta en sus tratos con Jacob, y sólo pensaba en beneficiarse a sí mismo con sus fieles labores. Jacob habría abandonado al astuto Labán mucho antes, pero temía encontrarse con Esaú. Oyó la queja de los hijos de Labán: "Jacob ha tomado todo lo que era de nuestro padre; y de lo que era de nuestro padre ha obtenido toda esta gloria. Y Jacob miró el semblante de Labán, y he aquí que no era hacia él como antes".

Jacob estaba muy angustiado. No sabía qué camino tomar. Lleva su caso a Dios, e intercede para que le guíe, y el Señor responde misericordiosamente a su oración. "Vuelve a la tierra de tus padres y a tu parentela, y yo estaré contigo". Jacob llamó ahora a sus dos esposas al campo, donde podía haber una consulta secreta sin peligro de ser descubierto, y dijo: "Veo el semblante de vuestro padre, que no es hacia mí como antes; pero el Dios de mi padre ha estado conmigo. Y sabéis que con todo mi poder he servido a vuestro padre. Y vuestro padre me ha engañado, y me ha cambiado el salario diez veces; pero Dios no le ha permitido que me haga daño." Jacob les relató entonces el sueño que Dios le había dado, de dejar a Labán e ir a su parentela. Raquel y Lea replicaron,

expresando su descontento con el proceder de su padre: "¿Hay todavía alguna porción de herencia para nosotras en la casa de nuestro padre? ¿No nos tiene por extranjeras, pues nos ha vendido y ha devorado nuestro dinero? Porque todas las riquezas que Dios ha quitado a nuestro padre, son nuestras y de nuestros hijos; ahora pues, todo lo que Dios te ha dicho, hazlo".

Antiguamente era costumbre que el novio pagara una suma de dinero, según sus circunstancias, al padre de su esposa. Si no tenía dinero ni nada de valor, se aceptaba su trabajo durante un tiempo determinado antes de que pudiera obtener a la hija como esposa. Esta costumbre se consideraba una salvaguarda del contrato matrimonial. Los padres no consideraban seguro confiar la felicidad de sus hijas a hombres que no habían hecho provisiones suficientes para cuidar de una familia. Si no tenían capacidad para administrar negocios, para adquirir ganado o tierras, se temía que sus vidas carecieran de valor. Pero para que los verdaderamente dignos no se desanimaran, se hizo una provisión para probar el valor de aquellos que no tenían nada de valor que pagar por una esposa. Se les permitió trabajar para el padre cuya hija amaban. Su trabajo era contratado por un cierto tiempo, regulado por el valor de la dote requerida para la hija. De este modo, el matrimonio no era precipitado, ya que había oportunidad de probar la profundidad de los afectos del pretendiente. Si éste era fiel en sus servicios y, por lo demás, se le consideraba digno, la hija le era entregada como esposa. Y, por lo general, toda la dote que el padre había recibido se entregaba a su hija en el matrimonio.

¡Qué contraste con el rumbo que siguen ahora padres e hijos! Hay muchos matrimonios infelices a causa de tanta precipitación. Dos unen sus intereses en el altar matrimonial, mediante los votos más solemnes ante Dios, sin sopesar previamente el asunto, ni dedicar tiempo a la reflexión sobria y a la oración sincera. Muchos se mueven por impulso. No conocen a fondo las disposiciones del otro. No se dan cuenta de que está en juego la felicidad de su vida. Si se equivocan en este asunto, y su vida matrimonial resulta infeliz, no hay vuelta atrás. Si descubren que no están hechos para hacerse felices el uno al otro, deben soportarlo lo mejor que puedan. En algunos casos, el marido resulta ser demasiado indolente para mantener a una familia, y su mujer y sus hijos sufren. Si se hubiera comprobado su capacidad, como se acostumbraba antiguamente, antes del matrimonio, se habrían ahorrado muchas desgracias. En el caso de Raquel y Lea, Labán se quedó egoístamente con la dote que debería haberseles dado. Se refieren a esto cuando dicen: "Nos vendió, y devoró también nuestro dinero".

(Continuará.)

1 de mayo de 1879

La gran controversia entre Cristo y sus ángeles y Satanás y sus ángeles

EGW

Capítulo 12-Jacob y Esaú

Concluido.

En ausencia de Labán, Jacob tomó a su familia y todo lo que tenía, y partió. Después de haber proseguido su viaje durante tres días, Labán se enteró de que lo había dejado, y se enojó mucho, y lo persiguió, decidido a hacerlo volver por la fuerza. Pero el Señor se apiadó de su siervo, y cuando Labán estaba a punto de alcanzarlo, le dio un sueño para que no hablara ni bien ni mal a Jacob. Es decir, que no le obligara a volver, ni le instara con halagüeños alicientes. Cuando Labán se encontró con su yerno, le preguntó por qué se había escapado de improviso y se había llevado a sus hijas como cautivas pasadas a cuchillo. Labán le dijo: "En mi mano está hacerte daño; pero el Dios de tus padres me habló anoche", y mencionó cómo había sido advertido por el sueño. Jacob repitió entonces a Labán lo poco generoso que había sido con él, que sólo había buscado su propio provecho. Apela a su suegro en cuanto a la rectitud de su conducta mientras estuvo con él: "Lo que fue arrancado de las bestias no te lo traje; yo soporté su pérdida; de mi mano lo exigiste, robado de día o robado de noche. Así estaba yo; de día me consumía la sequía, y de noche la helada; y mi sueño se apartaba de mis ojos."

La vida del pastor era diligente. Estaba obligado a vigilar sus rebaños día y noche. Las fieras eran comunes, y a menudo audaces, y podían causar grandes daños a las ovejas y al ganado que no estuvieran vigilados por un pastor fiel. Aunque Jacob tenía varios criados que le ayudaban a cuidar los rebaños de su propiedad y de Labán, la responsabilidad de todo el asunto recaía sobre él. Y durante algunas partes del año se veía obligado a estar él mismo con los rebaños, día y noche, para cuidarlos en la estación seca, a fin de que no perecieran de sed; en la parte más fría del año, para evitar que se enfriaran con las fuertes heladas nocturnas. Sus rebaños también corrían peligro de ser robados por pastores sin escrúpulos.

La vida de un pastor era una vida de cuidados constantes. No estaba cualificado para su puesto a menos que fuera misericordioso y poseyera valor y perseverancia. Jacob era el jefe de los pastores, y tenía a su cargo pastores llamados siervos. El jefe de los pastores pedía cuentas a estos siervos, a quienes confiaba el cuidado del rebaño, si no los encontraba en buen estado. Si faltaba algún ganado, el pastor principal sufría la pérdida.

Cristo, en su relación con su pueblo, es comparado con un pastor. Él vio, después de la caída, a sus ovejas en una condición lamentable, expuestas a una destrucción segura. Dejó los honores y las glorias de la casa paterna para hacerse pastor, para salvar a las ovejas miserables y errantes, que estaban a punto de perecer. Su voz vencedora se oía llamándolas a su redil, un refugio seguro y a salvo de la mano de los ladrones; también un refugio contra el calor abrasador, y una protección contra las ráfagas heladas. Se preocupaba continuamente por el bien de sus ovejas. Fortalecía a las débiles, alimentaba a las que sufrían, recogía en sus brazos a los corderos de los rebaños y los llevaba en su seno. Sus ovejas lo aman. Él va delante de ellas, y ellas oyen su voz y le siguen. "No seguirán al extraño, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños". Cristo dice: "Yo soy el buen Pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas. Pero el asalariado, y no el pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir al lobo, deja las ovejas y huye; y el lobo las alcanza y dispersa las ovejas. El asalariado huye porque es asalariado, y no cuida de las ovejas. Yo soy el buen Pastor, y conozco a mis ovejas, y soy conocido de las mías".

Cristo es el pastor principal. Ha confiado el cuidado de su rebaño a subpastores. Exige que estos pastores tengan por sus ovejas el mismo interés que él ha manifestado siempre, que sientan siempre la responsabilidad del cargo que les ha confiado. Los ministros, llamados por Dios para trabajar en palabra y doctrina, son los pastores de Cristo. Él los ha designado bajo su autoridad para vigilar y cuidar su rebaño. Les ha ordenado solemnemente que sean pastores fieles, que apacienten el rebaño con diligencia, que sigan su ejemplo, que fortalezcan a los débiles, alimenten a los desfallecidos y los protejan de las fieras devoradoras. Les señala su ejemplo de amor por sus ovejas. Para liberarlas, entregó su propia vida. Si imitan su ejemplo de abnegación, el rebaño prosperará bajo su cuidado. Manifestarán un interés más profundo que Jacob, que fue un fiel pastor de las ovejas y el ganado de Labán. Trabajarán constantemente por el bienestar del rebaño. No serán meros asalariados, de los que habla Jesús, que no poseen ningún interés particular por las ovejas; que, en tiempo de peligro o de prueba, huyen y abandonan el rebaño. Un pastor que trabaja meramente por el salario que obtiene, se preocupa sólo de sí mismo, y

está continuamente estudiando sus propios intereses y comodidades, en vez del bienestar de su rebaño.

Dice Pedro: "Apacentad el rebaño de Dios que está entre vosotros, cuidando de él, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como señores de la heredad de Dios, sino siendo ejemplos del rebaño." Dice Pablo: "Mirad, pues, por vosotros y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia de Dios, la cual él ganó por su propia sangre."

Todos aquellos que profesan ser pastores, que sienten que ministrar en palabra y doctrina, y llevar las cargas y tener el cuidado que todo pastor fiel debe tener, es una tarea desagradable, son reprendidos por el apóstol: "No por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino de buena voluntad". A todos esos pastores infieles, el Pastor principal los liberaría de buena gana. La iglesia de Dios fue comprada con la sangre de Cristo, y cada pastor debe darse cuenta de que las ovejas bajo su cuidado cuestan una suma inestimable. Debe ser diligente en su labor y perseverante en sus esfuerzos por mantener el rebaño en una condición saludable y floreciente. Debe considerar que las ovejas confiadas a su cuidado tienen el más alto valor, y darse cuenta de que será llamado a rendir cuentas estrictas de su ministerio. Y si es hallado fiel, recibirá una rica recompensa. "Cuando aparezca el Príncipe de los pastores, recibiréis una corona de gloria que no se marchita".

Jacob continuó, presentando claramente ante Labán la injusticia de su proceder: "Así he estado veinte años en tu casa. Te he servido catorce años por tus dos hijas, y seis años por tu ganado; y diez veces me has cambiado el salario. Si el Dios de mi padre, el Dios de Abraham y el Temor de Isaac, no hubiera estado conmigo, ciertamente me habrías despedido ahora vacío. Dios ha visto mi aflicción y el trabajo de mis manos, y te reprendió anoche."

Labán aseguró entonces a Jacob que tenía interés por sus hijas y sus hijos, y que no podía hacerles daño. "Ahora, pues", dijo. "Ven tú, hagamos un pacto, tú y yo; y que sirva de testigo entre tú y yo". Jacob consintió, y se levantó un montón de piedras como señal visible del pacto.

Y Labán dijo: "Jehová vela entre mí y ti cuando estamos ausentes el uno del otro. Si afliges a mis hijas, o si tomas otras mujeres además de mis hijas, ningún hombre está con nosotros, mira, Dios es testigo entre tú y yo." Labán comprendía el mal de la poligamia, aunque sólo por su artificio Jacob había tomado dos esposas. Bien sabía que fueron los celos de Lea y Raquel los que

las llevaron a dar sus doncellas a Jacob, lo cual confundió la relación familiar y aumentó la infelicidad de sus hijas. Y ahora que ellas viajaban a un país lejano, y que sus intereses iban a estar enteramente separados de los suyos, quiso proteger su felicidad en la medida de lo posible.

Jacob hizo un pacto solemne ante el Señor, de que no tomaría otras esposas. "Y Labán dijo a Jacob: He aquí este montón, y he aquí esta columna, que he echado entre mí y ti; este montón sea testigo, y esta columna sea testigo, de que no pasaré a ti sobre este montón, y que tú no pasarás a mí sobre este montón y esta columna, para mal. El Dios de Abraham y el Dios de Nacor, el Dios de su padre, juzgue entre nosotros. Y Jacob juró por el Temor de su padre Isaac".

3 de julio de 1879

Reunión de campamentos de Wisconsin

EGW

Llegué al terreno muy débil, pero he trabajado mucho más de lo que parecía posible cuando llegué. El sábado, después de hablar, invité a los que deseaban buscar al Señor a que se acercaran; unos cien respondieron. También hablé dos veces el domingo. El lunes por la mañana reanudamos nuestra labor en favor de los que habían sido invitados. Se examinó a los candidatos al bautismo, y veintiséis fueron bautizados en el hermoso lago. Un pobre paralítico, un joven, que había perdido el uso de sus miembros, fue llevado en brazos de los Hnos. Olsen y Decker y sepultado con Cristo en el bautismo, salió del agua con el rostro iluminado por los rayos del Sol de justicia.

En esta reunión se organizó una sociedad antialcohólica. Se distribuyó la promesa de abstinencia y ciento cincuenta personas la firmaron. El martes por la mañana tuvimos nuestra reunión de clausura. El sentimiento más profundo empezaba a apoderarse de la gente, justo cuando debíamos separarnos. Lamentamos profundamente que muchos comenzaran a mudarse el lunes por la mañana, lo cual fue un gran perjuicio para la reunión. Creemos que no es correcto que nuestros hermanos se demoren en venir a la reunión hasta que haya estado en sesión uno o dos días. Pierden el trabajo realizado para avanzar y despertar el interés, y se quedan rezagados durante toda la reunión. Otros se inquietan y las preocupaciones del hogar los alejan antes de tener la oportunidad de ser beneficiados por la reunión.

Tuvimos algunas temporadas dulces y refrescantes. Fuimos bendecidos nosotros mismos y sabemos que muchos fueron convencidos de que teníamos la verdad. Mi esposo fue libre en espíritu, y hablo con gran claridad y poder. Nos alegramos de que muchos fueran consolados y fortalecidos en Dios. Pero nos sentimos tristes al pensar en las bendiciones mucho más ricas que Dios estaba dispuesto a darnos en esta reunión campestre, que no recibimos porque nuestras mentes no estaban preparadas para aceptarlas. Por falta de fe apropiada, muchos aparentemente se contentan con recibir poco del almacén de Dios. Por lo tanto, sus vidas no son ricas en fe, esperanza y noble valor, y no abundan en buenas obras. Tienen una fe enfermiza, una experiencia religiosa empequeñecida y defectuosa. Me duele el corazón al ver el bajo nivel que nuestro pueblo está cada vez más dispuesto a mantener. No siguen adelante para conocer al Señor. No están conectados con Dios. Son como la sal que ha perdido su sabor. No tienen piedad vital, o santidad de corazón; por lo tanto son como la higuera sin fruto. Como pueblo, a menos que apreciemos la luz que brilla en nuestro camino, tendremos tinieblas, y grandes serán las tinieblas. Nuestros privilegios y oportunidades son grandes, y debemos hacer un esfuerzo perseverante y decidido para mantener el paso, en nuestra experiencia diaria, con la marcha hacia adelante de la verdad.

E. G. White.

7 de agosto de 1879

Los sufrimientos de Cristo

EGW

[Nota: Esta serie de cuatro artículos se publicó inicialmente en Signs of the Times en noviembre y diciembre de 1875. Debido a irregularidades en la anchura de las columnas, no se prestan a la reproducción facsímil. Aparecen aquí en su primera reimpression. En forma de folleto, estos artículos han tenido una distribución muy amplia a lo largo de los años, y actualmente están disponibles como documento aparte].

Fideicomisarios blancos

"Dios es amor". Y su incomparable amor manifestado hacia el hombre caído, en el don de su Hijo amado, asombró a los santos ángeles. "Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna". Él era el "heredero designado por el Padre

de todas las cosas, por quien también hizo los mundos". Era el "resplandor de su gloria y la imagen misma de su persona". Y sostenía "todas las cosas con la palabra de su poder". Poseía la excelencia y la grandeza divinas. Al Padre le agradó que en él habitara toda la plenitud. Y Cristo "no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse". Sin embargo, "se despojó a sí mismo, tomó forma de siervo y se hizo semejante a los hombres. Y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz."

El Hijo de Dios consintió en morir en lugar del pecador, para que el hombre pudiera, mediante una vida de obediencia, escapar de la pena de la ley de Dios. Su muerte no mató la ley, ni disminuyó sus santas exigencias, ni menoscabó su sagrada dignidad. La muerte de Cristo proclamó la justicia de la ley de su Padre al castigar al transgresor, ya que consintió en sufrir la pena para salvar al hombre caído de su maldición. La muerte del Hijo amado de Dios en la cruz muestra la inmutabilidad de la ley divina. Su muerte engrandece la ley y la hace honorable, y da evidencia de su carácter inmutable. De sus propios labios se oye: "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas. No he venido a destruir, sino a cumplir". La muerte del Hijo divino justificó las pretensiones de la ley divina. Para comprender más plenamente el valor de la redención, es necesario entender lo que costó. Como consecuencia de una visión limitada de los sufrimientos del Hijo divino de Dios, muchos estiman a la baja la gran obra de la expiación.

El plan de redención, que abarca la buena nueva de la salvación por medio de Jesucristo, fue predicado por primera vez a Adán. Fue para él la estrella de la esperanza, que iluminaba el oscuro y temido futuro. Adán vio que Cristo era la única puerta de esperanza por la que podía entrar y tener vida. El plan de salvar a los pecadores sólo por medio de Cristo era el mismo en los días de Adán, Noé, Abraham y cada generación sucesiva de los que vivieron antes del advenimiento de Cristo, como lo es en nuestros días. Los patriarcas, los profetas y todos los santos mártires, desde el justo Abel, esperaban la llegada de un Salvador, en quien manifestaban su fe mediante ofrendas sacrificiales. En la crucifixión, el sistema típico de sacrificios fue abolido por la gran ofrenda antitípica. El sacrificio de los animales era la sombra de la ofrenda sin pecado del amado Hijo de Dios, y señalaba su muerte en la cruz. Pero en la crucifixión el tipo se encontró con el antitipo, y el sistema típico cesó; pero ni una jota ni un tilde del código moral fue abrogado por la muerte de Cristo.

El Hijo de Dios es el centro del gran plan de redención, cuyo plan unitario abarca todas las dispensaciones. Él es "el Cordero inmolado desde la fundación del mundo". Él es el Redentor de los hijos e hijas caídos de Adán en todas las edades de la probación humana. "Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos". Cristo es la sustancia o cuerpo que proyectó su sombra en las dispensaciones anteriores. Y cuando Cristo murió la sombra cesó. La transgresión del código moral hizo necesario el sistema de sombras. Y con la muerte de Cristo, cuyo acontecimiento había sido ensombrecido por la sangre de los animales desde el tiempo de Adán, estas ofrendas, y no la ley de Dios, cuya violación las había hecho necesarias, fueron abolidas.

El Evangelio predicado a Adán, Noé, Abraham y Moisés fue para ellos una buena noticia, pues su fe abrazaba a un Salvador venidero. Una luz más clara y gloriosa brilla ahora sobre el mundo cristiano; porque en la época judía la cruz proyectaba su sombra hasta el momento en que Adán abandonó su hogar en el Edén. Lo que era fe para los antiguos, que vivieron antes de Cristo, es seguridad para nosotros, cuando vemos que Cristo ha venido, como lo predijeron los profetas. Es tan esencial, ni más ni menos, que tengamos fe en un Redentor que ha venido y ha muerto nuestro sacrificio, como lo era para los antiguos creer en un Redentor venidero, a quien representaban con sus sacrificios típicos.

El Hijo de Dios, al hacerse sustituto del hombre y cargar con la maldición que debía caer sobre él, se comprometió en nombre de la raza a mantener las sagradas pretensiones y el exaltado honor de la ley de su Padre. Su obra y su misión consistían en convencer a los hombres del pecado, que es la transgresión de esa ley, y, por la mediación divina, reconducirlos a la obediencia de su ley perfecta. El Padre ha entregado el mundo en las manos de Cristo, para que mediante su obra mediadora pueda vindicar completamente las pretensiones vinculantes y la santidad de cada principio de su ley.

Después de ser bautizado por Juan en el Jordán, Cristo salió del agua y, postrándose a orillas del río, oró con fervor a su Padre Celestial pidiéndole fuerza para soportar el conflicto con el príncipe de las tinieblas en el que estaba a punto de verse envuelto. Los cielos se abrieron a su oración y la luz de la gloria de Dios, más brillante que el sol al mediodía, salió del trono del Eterno y, asumiendo la forma de una paloma con apariencia de oro bruñido, rodeó al Hijo de Dios, mientras se oía con terrible majestad la clara voz procedente de la excelsa gloria, que decía: "Este es mi Hijo amado en quien tengo complacencia."

Aquí estaba la seguridad para el Hijo de Dios de que su Padre aceptaba a la raza caída a través de su representante, y que les había concedido una segunda prueba. Se reanudó la comunicación entre el Cielo y la tierra, entre Dios y el hombre, que se había roto con la caída de Adán. El que no conoció pecado, se hizo pecado por la raza, para que su justicia fuera imputada al hombre. Por la perfección del carácter de Cristo, el hombre fue elevado en la escala de valor moral con Dios; y por los méritos de Cristo, el hombre finito fue unido al Infinito. De este modo, el abismo que había abierto el pecado fue salvado por el Redentor del mundo.

Pero pocos tienen un verdadero sentido de los grandes privilegios que Cristo ganó para el hombre al abrir así el Cielo ante él. El Hijo de Dios era entonces el representante de nuestra raza; y el poder especial y la gloria que la Majestad del Cielo le confirió, y sus palabras de aprobación, son la prenda más segura de su amor y buena voluntad hacia el hombre. Al ser oídas las intercesiones de Cristo en nuestro favor, se dio al hombre la prueba de que Dios aceptará nuestras oraciones en nuestro propio favor por medio del nombre de Jesús. La oración continua y ferviente de la fe nos traerá luz y fuerza para resistir los asaltos más feroces de Satanás.

La luz y la fuerza de un día para el cristiano no serán suficientes para las pruebas y conflictos del siguiente. Satanás cambia ahora constantemente sus tentaciones, como lo hizo con Cristo. Cada día podemos ser colocados en nuevas posiciones, y podemos tener tentaciones nuevas e inesperadas. Tan consecuentemente podemos esperar ser sostenidos el día siguiente por los alimentos que comamos hoy, como depender de la luz presente y de las bendiciones presentes para la fuerza futura. El hombre débil y pecador no puede estar seguro a menos que Dios le manifieste diariamente su luz y le imparta su fortaleza.

Es de la mayor importancia que Dios nos manifieste su voluntad en las preocupaciones diarias de la vida; porque los resultados más importantes dependen frecuentemente de pequeños acontecimientos. Cuanto más conozcamos a Dios a través de su luz divina, más conscientes seremos de nuestras debilidades y de que no podemos vivir sin Él. Debemos sentir siempre que necesitamos un guía seguro que dirija nuestros pasos vacilantes.

La vida de un cristiano vivo es una vida de oración viva. El camino del justo resplandece más y más hasta el día perfecto. La vida del cristiano es una vida de progresión. Avanza de fuerza en fuerza, de gracia en gracia y de gloria en

gloria, recibiendo del Cielo la luz que Cristo, a un costo infinito para sí mismo, hizo posible que el hombre obtuviera. El cristiano no puede dejar que su luz brille adecuadamente a menos que reciba un aumento de la iluminación divina, correspondiente a su crecimiento en el conocimiento de las verdades bíblicas. La fuerza y la gloria de los cielos accesibles le capacitarán para hacer frente a las nuevas tentaciones y soportar las responsabilidades más pesadas que están siempre ante él. Escenarios desconocidos esperan al cristiano. Nuevos peligros lo rodean. Y tentaciones inesperadas lo asaltan constantemente. Nuestro gran Líder nos señala los Cielos abiertos como la única fuente de luz y fortaleza.

Después de su bautismo, el Hijo de Dios entró en el desierto para ser tentado por el diablo. Durante casi seis semanas soportó las agonías del hambre. Durante cuarenta días no comió ni bebió nada. Esto hizo que su sufrimiento fuera mayor que cualquier cosa que el hombre tuviera que soportar. Cristo cargaba con la culpa del transgresor. Se dio cuenta del poder del apetito sobre el hombre; y en nombre del hombre pecador, soportó la prueba más dura posible sobre ese punto. Aquí se obtuvo una victoria que pocos pueden apreciar. El poder controlador del apetito depravado, y el grave pecado de complacerlo, sólo pueden comprenderse si se considera el ayuno que soportó nuestro Salvador para quebrantar su poder.

Satanás había obtenido la victoria sobre el hombre en casi todas las tentaciones a punto de apetito. El Hijo de Dios vio que el hombre no podía vencer por sí mismo esta poderosa tentación, y tuvo un amor tan infinito por la raza, que abandonó las cortes reales del Cielo, y revistió su divinidad de humanidad, para que con su largo brazo humano pudiera llegar hasta lo más profundo de la aflicción humana, mientras que con su brazo divino agarra el Infinito. Vino a la tierra para unir su poder divino a nuestros esfuerzos humanos, para que a través de la fuerza y el poder moral que imparte, podamos vencer en nuestro propio nombre. Qué condescendencia sin igual la del Rey de la gloria, que bajó a este mundo para soportar los dolores del hambre y las feroces tentaciones de un astuto enemigo, a fin de obtener una victoria infinita para el hombre. He aquí un amor sin igual. Sin embargo, esta gran condescendencia no es comprendida sino vagamente por aquellos para quienes fue hecha.

No fueron sólo las punzadas del hambre las que hicieron tan inexpresablemente severos los sufrimientos de nuestro Redentor. Era el sentido de culpa que había resultado de la indulgencia del apetito que había traído tan terrible aflicción al mundo, lo que presionaba tan fuertemente sobre su alma divina. "Porque al que

no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él".

Con la naturaleza del hombre, y el terrible peso de sus pecados presionando sobre él, nuestro Redentor resistió el poder de Satanás sobre esta gran tentación principal, que pone en peligro las almas de los hombres. Si el hombre venciera esta tentación, podría vencer en todos los demás puntos.

La intemperancia está en la base de todos los males morales conocidos por el hombre. Cristo comenzó la obra de la redención justo donde comenzó la ruina. La caída de nuestros primeros padres fue causada por la indulgencia del apetito. En la redención, la negación del apetito es la primera obra de Cristo. Qué asombroso amor ha manifestado Cristo al venir al mundo para cargar con nuestros pecados y enfermedades, y recorrer el camino del sufrimiento, para mostrarnos con su vida de méritos inmaculados cómo debemos caminar, y vencer como él venció, y para que podamos reconciliarnos con Dios.

Cuando el hombre estaba sobre Cristo, sentía la necesidad de la fuerza de su Padre. Tenía lugares selectos de oración. Amaba la soledad de la montaña para estar en comunión con su Padre celestial. En este ejercicio se fortalecía para los deberes y las pruebas del día. Nuestro Salvador se identifica con nuestras necesidades y debilidades, en el sentido de que se convierte en un suplicante, un suplicante nocturno, que busca en su Padre nuevas fuentes de fortaleza, para salir vigorizado y renovado, preparado para el deber y la prueba. Él es nuestro ejemplo en todo. Es hermano en nuestras debilidades, pero no posee las mismas pasiones. Como sin pecado, su naturaleza retrocedía ante el mal. Soportó luchas y torturas del alma, en un mundo de pecado. Su humanidad hizo de la oración una necesidad y un privilegio. Necesitaba todo el apoyo divino y el consuelo que su Padre estaba dispuesto a dar a su Hijo, que había dejado las alegrías del Cielo y había elegido su hogar, en beneficio del hombre, en un mundo frío e ingrato. Cristo encontró alegría y consuelo en la comunión con su Padre. Allí pudo desahogar las penas que le aplastaban. Era un hombre afligido y familiarizado con el dolor.

Durante todo el día se esforzaba por salvar a los hombres de la destrucción. Curaba a los enfermos, consolaba a los que lloraban y traía alegría y esperanza a los desesperados. Resucitó a los muertos. Cuando terminaba su trabajo del día, salía, tarde tras tarde, lejos de la confusión de la ciudad, y su figura se inclinaba en algún lugar retirado, en súplica a su Padre. A veces, los brillantes rayos de la luna iluminaban su figura inclinada. Y de nuevo las nubes y las

tinieblas ocultaban toda luz. El rocío y la escarcha de la noche se posaban sobre su cabeza y su barba mientras estaba en actitud suplicante. A menudo continuaba sus súplicas durante toda la noche. Si el Salvador de los hombres, con su fuerza divina, sintió la necesidad de orar por nosotros, ¡cuánto más los débiles y pecadores mortales deberían sentir la necesidad de orar, de orar con fervor y constancia por sí mismos! Cuando Cristo estaba más ferozmente acosado por la tentación, no comía nada. Se encomendó a Dios, y mediante la oración ferviente y la sumisión perfecta a la voluntad de su Padre, salió vencedor.

"Bástale al discípulo ser como su Maestro, y al siervo como su Señor". Nuestras mesas están frecuentemente cubiertas de lujos que no son saludables ni necesarios, porque amamos estas cosas más de lo que amamos la libertad de la enfermedad y una mente sana. Jesús pidió encarecidamente fortaleza a su Padre. Esto lo consideró el divino Hijo de Dios de más valor, incluso para sí mismo, que sentarse a la mesa más lujosa. Él nos ha dado la evidencia de que la oración es esencial para nosotros a fin de recibir la fuerza para luchar contra los poderes de las tinieblas, y para hacer el trabajo que se nos ha asignado para llevar a cabo. Nuestra propia fuerza es debilidad, pero la que Dios da hará a todo aquel que la obtenga más que vencedor.

(Continuará.)

14 de agosto de 1879

Los sufrimientos de Cristo

(Continúa.)

EGW

Jesús había recurrido a menudo a Getsemaní con sus discípulos para meditar y orar. Todos conocían bien este retiro sagrado. Hasta Judas sabía dónde conducir a la turba asesina para entregar a Jesús en sus manos. Nunca antes había visitado el Salvador aquel lugar con el corazón tan lleno de dolor. No era el sufrimiento corporal lo que asustaba al Hijo de Dios, y lo que arrancó de sus labios, en presencia de sus discípulos, estas tristes palabras: "Mi alma está muy triste, hasta la muerte". "Quedaos aquí", dijo, "y velad conmigo". Estaba postrado en tierra con angustia mental, y en agonía oraba a su Padre Celestial. Sintió la iniquidad del pecado, y la ira de Dios contra los violadores de su santa ley.

Cristo se asombró del horror de las tinieblas que le rodeaban. Las tentaciones de Satanás eran casi abrumadoras. Estas palabras: "Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz", fueron transmitidas a sus discípulos en el aire compasivo, en tonos de sobrecogedora agonía. Los pecados de un mundo perdido estaban sobre él, y la sensación de la cólera de su Padre como consecuencia del pecado le aplastaba. Se levantó de su posición postrada y, anhelando la simpatía de sus discípulos, se acercó a ellos y los encontró durmiendo. Despertó a Pedro y le dijo: "Simón, ¿duermes?". ¿No podrías tú, que hace poco estabas dispuesto a ir conmigo a la cárcel y a la muerte, velar una hora con tu Maestro sufriente? "Velad y orad para que no entréis en tentación. El espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil". En el momento más importante, los discípulos se encontraron durmiendo. Era el mismo momento en que Jesús les había pedido especialmente que velaran con él. Sabía que a sus discípulos les aguardaban terribles tentaciones. Los llevó consigo para que le sirvieran de fortaleza, y para que los acontecimientos que presenciaron aquella noche y las lecciones de instrucción que recibieran quedaran impresas indeleblemente en su memoria. Esto era necesario para que pudieran fortalecerse para la prueba que tenían ante sí.

Pero en vez de velar con Cristo, se agobiaron de tristeza y se durmieron. Incluso dormía el ardiente Pedro, que pocas horas antes había declarado que sufriría y, en caso necesario, moriría por su Señor. En el momento más crítico, cuando el Hijo de Dios necesitaba su simpatía y sus oraciones más sinceras, se encontraron dormidos. Perdieron mucho durmiendo así. Nuestro Salvador quiso fortificarlos para la severa prueba de su fe a que pronto serían sometidos. Si hubiesen pasado aquel triste período velando con el amado Salvador y orando a Dios, Pedro no se habría abandonado a sus débiles fuerzas para negar a su Señor. No podemos tener más que una vaga idea de la inexpresable angustia del amado Hijo de Dios en Getsemaní, al darse cuenta de la separación de su Padre como consecuencia de cargar con el pecado del hombre. El divino Hijo de Dios desfallecía, moría. El Padre envió un ángel de su presencia para fortalecer al divino sufriente. Si los mortales pudieran ver el asombro y la tristeza de los ángeles al contemplar con silencioso dolor cómo el Padre separaba de su Hijo sus rayos de luz, amor y gloria, comprenderían mejor cuán ofensivo es el pecado a sus ojos. Mientras el Hijo de Dios, en el huerto de Getsemaní, se inclinaba en actitud de oración, la agonía de su espíritu hacía brotar de sus poros sudor como grandes gotas de sangre. Fue aquí donde le rodeó el horror de una gran oscuridad. Los pecados del mundo estaban sobre él. Sufría en lugar del hombre, como transgresor de la ley de su Padre. Aquí estaba la escena de la tentación. La luz divina de Dios se alejaba de su visión y caía en manos de las potencias

de las tinieblas. En la agonía de su alma yacía postrado sobre la fría tierra. Se daba cuenta del ceño fruncido de su Padre. La copa del sufrimiento Cristo la había tomado de los labios del hombre culpable, y se proponía beberla él mismo, y, en su lugar, dar al hombre la copa de la bendición. La ira que habría caído sobre el hombre, caía ahora sobre Cristo.

Los discípulos despertaron de su sueño y encontraron a su Maestro de pie junto a ellos en un estado de angustia mental y corporal como nunca antes habían presenciado. Vieron el dolor y la agonía de su rostro pálido, y el sudor sanguinolento sobre su frente, pues "su semblante estaba más desfigurado que el de cualquier hombre, y su figura más que la de los hijos de los hombres." Los discípulos se entristecieron por haberse quedado dormidos, de modo que no pudieron orar y compadecerse de su Señor sufriente. Se quedaron mudos de dolor y sorpresa.

El sufriente Hijo de Dios abandona a sus discípulos, pues el poder de las tinieblas se abalanza sobre él con una fuerza irresistible que lo doblega contra la tierra. Reza como antes, y derrama la carga de su alma con llanto y lágrimas más fuertes. Su alma estaba oprimida por una agonía tal que ningún ser humano podría soportar y vivir. Los pecados del mundo estaban sobre él. Sentía que estaba separado del amor de su Padre, pues sobre él recaía la maldición a causa del pecado. Cristo sabía que sería difícil para el hombre sentir la gravedad del pecado, y que el contacto íntimo y la familiaridad con el pecado embotaría de tal modo su sensibilidad moral, que el pecado no le parecería tan peligroso ni tan sumamente ofensivo a los ojos de Dios. Sabía que muy pocos se complacerían en la justicia y aceptarían la salvación que, a un costo infinito, él les había permitido obtener. Mientras esta carga de pecado estaba sobre Cristo, no realizada y no arrepentida por el hombre, las dudas desgarraban su alma con respecto a su unidad con su Padre.

En esta terrible hora de prueba, la naturaleza humana de Cristo anhelaba incluso la simpatía de sus discípulos. Por segunda vez se levantó de la tierra, fue hacia ellos y los encontró durmiendo. No era un sueño profundo. Estaban adormecidos. Tenían un sentido limitado del sufrimiento y la angustia de su Señor. Con ternura, Jesús se quedó un momento inclinado sobre ellos, mirándolos con sentimientos mezclados de amor y piedad. En estos discípulos dormidos ve la representación de una Iglesia dormida. Cuando deberían estar velando, están dormidos.

"Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa, si al anochecer, o a la medianoche, o al canto del gallo, o por la mañana; no sea que viniendo de repente os halle durmiendo". A la iglesia de Dios se le exige que cumpla su guardia nocturna, por peligrosa que sea, y por larga o corta que sea. El dolor no es excusa para que ella sea menos vigilante. La tribulación no debe conducir a la negligencia, sino a una doble vigilancia. Cristo ha dirigido a la Iglesia, con su propio ejemplo, a la fuente de su fortaleza en tiempos de necesidad, angustia y peligro. La actitud de vigilancia designa a la Iglesia como verdadero pueblo de Dios. Por este signo los que esperan se distinguen del mundo, y muestran que son peregrinos y extranjeros sobre la tierra.

Qué cruel fue para los discípulos permitir que el sueño les cerrara los ojos, y que el sopor encadenara sus sentidos, mientras su divino Señor soportaba una angustia mental tan inexpresable. Si hubieran permanecido velando, no habrían perdido la fe al contemplar al Hijo de Dios agonizando en la cruz. Esta importante vigilia nocturna debería haber estado marcada por nobles luchas mentales y oraciones que les habrían dado fuerzas para presenciar la terrible agonía del Hijo de Dios. Les habría preparado, al contemplar sus sufrimientos en la cruz, para comprender algo de la naturaleza de la angustia sobrecogedora que soportó en el huerto de Getsemaní. Y habrían sido más capaces de recordar las palabras que les había dicho en referencia a sus sufrimientos, muerte y resurrección; y en medio de la oscuridad de aquella hora difícil, algunos rayos de esperanza habrían iluminado las tinieblas y sostenido su fe.

Cristo les había dicho antes que estas cosas sucederían; pero ellos no le entendieron. El escenario de sus sufrimientos iba a ser una prueba de fuego para sus discípulos, de ahí la necesidad de vigilancia y oración. Su fe necesitaba ser sostenida por una fuerza invisible, mientras experimentaban el triunfo de los poderes de las tinieblas. Él conocía el poder que el príncipe de las tinieblas utilizaba para paralizar los sentidos de sus discípulos en ese momento en que debían velar. En esta crisis, cuando se encontrarían con una gran pérdida, se encuentran dormidos. De nuevo los poderes de las tinieblas presionan sobre él con renovada fuerza, postrándolo en tierra. Deja a sus discípulos con la determinación de conquistar al príncipe de las tinieblas, para que el hombre no quede encadenado a una desesperación sin esperanza. Dirigiendo a sus discípulos una mirada de la más tierna compasión, los dejó y se inclinó por tercera vez en oración, usando las mismas palabras que antes. El divino sufriente se estremeció de asombro ante este misterioso y terrible conflicto.

Las mentes humanas no pueden concebir la insoportable angustia que torturó el alma de nuestro Redentor. El santo Hijo de Dios no tenía pecados ni penas propias que soportar. Llevaba las penas de los demás, pues sobre él recaían las iniquidades de todos nosotros. Por simpatía divina se une al hombre y se somete, como representante de la raza, a ser tratado como un transgresor. Se asoma al abismo de infortunio que nos han abierto nuestros pecados y se propone salvar el abismo con su propia persona. Los que no pueden ver la fuerza de las sagradas exigencias de la ley de Dios no pueden tener una comprensión clara y definida de la expiación.

Fue la angustia del alma la que arrancó de los labios del amado Hijo de Dios estas lúgubres palabras: "Ahora está turbada mi alma, - mi alma está muy triste hasta la muerte". El alma de Cristo soportaba un peso de angustia a causa de la transgresión de la ley de Dios. Estaba sobrecogido de horror y consternación por la terrible obra que el pecado había realizado. Su carga de culpa era tan grande a causa de la transgresión del hombre a la ley de su Padre, que la naturaleza humana era inadecuada para soportarla. Su angustia inexpresable hizo brotar de sus poros grandes gotas de sangre, que cayeron al suelo y humedecieron los tepes de Getsemaní.

Los sufrimientos de los mártires no pueden compararse con los sufrimientos de Cristo. La presencia divina estaba con ellos, en sus sufrimientos físicos. El rostro del Padre se ocultó de su querido Hijo. La humanidad se tambaleó y tembló en aquella hora de prueba. Fue una angustia del alma más allá de la resistencia de la naturaleza finita. Fue la desdicha condensada la que hizo brotar de los temblorosos labios del noble sufriente estas palabras: "Ahora mi alma está turbada". "Padre mío, si es posible, pasa de mí este cáliz; pero no como yo quiero, sino como quieres tú". De nuevo de sus labios pálidos se oyen estas palabras: "Oh Padre mío, si es posible que este cáliz no pase de mí, si no lo bebo, hágase tu voluntad". Había llegado el terrible momento que iba a decidir el destino del mundo. Los ángeles esperan y observan con intenso interés.

El destino del mundo tiembla en la balanza. El Hijo de Dios puede incluso negarse ahora a beber la copa asignada al hombre culpable. Puede enjugar el sudor de sangre de su frente y dejar que el mundo perezca en su iniquidad. ¿Beberá el Hijo del Dios infinito el cáliz de la humillación y la agonía? ¿Sufrirá el inocente la maldición de Dios para salvar al culpable? Aquí tembló la copa misteriosa en su mano, y se equilibró el destino de un mundo arruinado. El Redentor del mundo ve que los transgresores de la ley de su Padre deben perecer

bajo su desagrado. Ve el poder del pecado y la total impotencia del hombre para salvarse.

Las penas y lamentaciones de un mundo condenado se presentan ante él y toma una decisión. Salvará al hombre a cualquier precio. Ha aceptado su bautismo de sangre, para que los millones que perecen obtengan a través de él la vida eterna. Dejó los atrios celestiales, donde todo era pureza, felicidad y gloria, para salvar a la única oveja perdida, al único mundo que había caído por transgresión. No dejará al hombre en sus pecados. Llegará hasta las profundidades de la miseria para rescatarlo. Los discípulos dormidos no ven que su amado Maestro se desmaya. Cae a tierra y agoniza. ¿Dónde están sus discípulos para poner sus manos tiernamente bajo la cabeza de su Maestro sufriente, y bañar esa frente, estropeada ciertamente más que la de los hijos de los hombres? Nuestro Salvador pisó solo el lagar, y de todo el pueblo no había nadie con él.

Cristo no sufrió solo. Dice: "Yo y mi Padre somos uno". Dios sufrió con su Hijo. El sacrificio que un Dios infinito ha hecho al entregar a su Hijo al oprobio y a la agonía, no puede ser comprendido por el hombre. Al dar a su Hijo por los pecados del mundo, Dios ha puesto de manifiesto su amor sin límites al hombre. Los ángeles que habían aprendido a hacer la voluntad de Cristo en el Cielo, estaban ansiosos por consolarlo. Pero, ¿qué podían hacer? Tal dolor, tal agonía, están más allá de su poder para aliviarlos. Nunca han sentido los pecados de un mundo arruinado, y con asombro contemplan al objeto de su adoración sujeto al dolor. Aunque el Padre no aparta el cáliz de la mano temblorosa y de los labios pálidos de su Hijo, envía un ángel para que le dé fuerzas para beberlo. El ángel levanta al Hijo de Dios del frío suelo y le trae mensajes de amor de su Padre. Es fortalecido y fortificado. Tiene la seguridad de que está ganando la alegría eterna para todos los que acepten la redención.

(Continuará.)

21 de agosto de 1879

Los sufrimientos de Cristo

(Continúa.)

EGW

La temible hora de Getsemaní ha pasado. Nuestro divino Salvador ha aceptado la copa para apurarla hasta las heces. En favor del hombre ha vencido en la hora

de la tentación. La serenidad y la calma se ven ahora en el rostro pálido y manchado de sangre. Y la tercera vez llega a sus discípulos y los encuentra vencidos por el sueño. Con dolor y compasión los miró y les dijo: "Dormid ya y descansad; he aquí que se acerca la hora y el Hijo del hombre es entregado en manos de pecadores". Mientras pronunciaba estas palabras, oyó los pasos de la turba que le buscaba. Judas iba en cabeza, seguido de cerca por el sumo sacerdote. Jesús despertó a sus discípulos con estas palabras. "Levantaos, vamos; he aquí, está cerca el que me traiciona". El semblante de Cristo mostraba una expresión de serena dignidad. Las huellas de su reciente agonía no eran visibles mientras salía al encuentro de su traidor.

Jesús sale al paso de sus discípulos y pregunta: "¿A quién buscáis?". Ellos responden: "A Jesús de Nazaret". Jesús replica: "Yo soy". Al oír estas palabras, la muchedumbre retrocede tambaleándose; y el sacerdote, los ancianos, los soldados endurecidos, e incluso Judas, caen impotentes al suelo, dando amplia oportunidad a Cristo para soltarse si quisiera. Pero él permanece glorificado en medio de aquella banda tosca y endurecida. Cuando Jesús dijo: "Yo soy", el ángel que le había servido en su angustia se interpuso entre él y la turba asesina. Vieron una luz divina que glorificaba el rostro del Salvador y una forma de paloma que lo cubría con su sombra. Sus corazones pecadores se llenan de terror. No pueden resistir ni un momento en presencia de la gloria divina, sino que caen al suelo como muertos.

El ángel se retiró, y dejó a Jesús de pie, tranquilo y sereno, con los brillantes rayos de la luna sobre su pálido rostro, y rodeado aún de hombres postrados e indefensos, mientras los discípulos estaban demasiado asombrados para pronunciar palabra. Cuando el ángel se retira, los endurecidos soldados romanos se ponen en pie y, junto con los sacerdotes y Judas, se reúnen en torno a Cristo como avergonzados de su debilidad y temerosos de que pueda escapar de sus manos. De nuevo la pregunta es formulada por el Redentor del mundo. "¿A quién buscáis? De nuevo responden: "A Jesús de Nazaret". Jesús respondió: "Os he dicho que yo soy. Si, pues, me buscáis, dejad que éstos sigan su camino". En esta hora de humillación los pensamientos de Cristo no son para sí mismo, sino para sus amados discípulos. Desea evitarles cualquier otra prueba a sus fuerzas.

Judas, el traidor de nuestro Salvador, no olvida su parte, sino que se acerca a Jesús, le toma la mano como a un amigo familiar y le da el beso del traidor. Jesús le dice: "Amigo, ¿a qué has venido?". Su voz temblaba de dolor al dirigirse al engañado Judas. "¿Traicionas al Hijo del hombre con un beso?". Este conmovedor llamamiento debería haber despertado la conciencia de Judas

y conmovido su obstinado corazón; pero el honor, la fidelidad e incluso la ternura humana parecían haberle abandonado. Se mantuvo audaz y desafiante, sin mostrar ninguna disposición a ceder. Se había entregado al dominio de Satanás, para obrar la maldad, y no tenía voluntad de resistir. Jesús no resistió el beso del traidor. En esto nos da un ejemplo de paciencia, amor y piedad sin parangón.

Aunque la muchedumbre asesina está sorprendida y sobrecogida por lo que ha visto y sentido, su seguridad y entereza vuelven al ver la osadía de Judas al tocar la persona de Cristo, a quien tan recientemente habían visto glorificado. Imponen violentamente las manos a Jesús, y están a punto de atar aquellas preciosas manos que siempre se habían empleado en hacer el bien.

Cuando los discípulos vieron a esa banda de hombres endurecidos postrados e indefensos en el suelo, pensaron que seguramente su Maestro no permitiría que lo apresaran. El mismo poder que postró a aquella turba de asalariados podría haberlos retenido allí, y Jesús podría haber seguido su camino ileso. Se sintieron decepcionados e indignados al ver que se acercaban las cuerdas para atar las manos de aquel a quien amaban. Pedro, en su vehemente ira, se precipita y corta una oreja al criado del sumo sacerdote.

Cuando Jesús vio lo que Pedro había hecho, le soltó las manos, que ya estaban sujetas por los soldados romanos, y, diciendo: "Sufrid hasta aquí", tocó la oreja del herido, y al instante se curó. Incluso a sus enemigos, que están obligados a quitarle la vida, da aquí pruebas inequívocas de su poder divino. Jesús dijo a Pedro: "Vuelve a poner tu espada en su lugar; porque todos los que toman espada, a espada perecerán. ¿Piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y él me dará más de doce legiones de ángeles? ¿Cómo, pues, se cumplirán las Escrituras, que así ha de ser?". "La copa que mi Padre me ha dado, ¿no la beberé?". Jesús dijo al sumo sacerdote y a los capitanes del templo, que ayudaban a componer aquella turba asesina: "¿Habéis salido como contra un ladrón con espadas y con palos para prenderme? Cada día estaba con vosotros en el templo enseñando, y no me prendisteis; pero es necesario que se cumplan las Escrituras."

Cuando los discípulos vieron que Jesús no se libraba de sus enemigos, sino que se dejaba prender, lo abandonaron y huyeron, dejando solo a su Maestro. Cristo había previsto esta deserción, y les había dicho en el aposento alto, antes de que tuviera lugar, lo que harían: "He aquí que llega la hora, sí, ha llegado ya, en que

os dispersaréis cada uno por su lado, y me dejaréis solo; y sin embargo no estoy solo, porque el Padre está conmigo".

El Salvador del mundo fue precipitado a la sala del juicio de un tribunal terrenal, para ser allí escarnecido y condenado a muerte por hombres pecadores. Allí el glorioso Hijo de Dios fue "herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados". Soportó insultos, burlas y vejaciones vergonzosas, hasta que su "rostro se desfiguró más que el de cualquier hombre, y su figura más que la de los hijos de los hombres."

¿Quién puede comprender el amor que aquí se manifestó? La hueste angélica contempló con asombro y con dolor a Aquel que había sido la majestad del Cielo, y que había llevado la corona de gloria, llevando ahora la corona de espinas, víctima sangrante de la furia de una turba enfurecida, enloquecida por la ira de Satanás. He aquí al paciente que sufre. Sobre su cabeza la corona de espinas. Su sangre vital fluye de cada vena lacerada. Todo esto fue a consecuencia del pecado. Nada podría haber inducido a Cristo a dejar su honor y majestad en el Cielo, y venir a un mundo pecador, a ser descuidado, despreciado y rechazado, por aquellos a quienes vino a salvar, y finalmente a sufrir en la cruz, sino el amor eterno y redentor, que siempre permanecerá como un misterio.

Maravillaos, cielos, y asombraos, tierra. ¡Contempla al opresor y al oprimido! Una inmensa multitud rodea al Salvador del mundo. Burlas y mofas se mezclan con los groseros juramentos de la blasfemia.

Su humilde nacimiento y su humilde vida son comentados por miserables insensibles. Su afirmación de ser el Hijo de Dios es ridiculizada por los sumos sacerdotes y los ancianos, y la burla vulgar y el escarnio insultante pasan de boca en boca. Satanás tenía pleno control de las mentes de sus siervos. Para hacerlo eficazmente, comienza con los principales sacerdotes y los ancianos, y los imbuye de frenesí religioso. Los anima el mismo espíritu satánico que mueve a los miserables más viles y endurecidos.

Hay una armonía corrupta en los sentimientos de todos, desde los sacerdotes hipócritas y los ancianos hasta los más envilecidos. Cristo, el precioso Hijo de Dios, fue conducido, y la cruz fue puesta sobre sus hombros. A cada paso quedaba la sangre que manaba de sus heridas. Abarrotado por una inmensa multitud de enemigos acérrimos y espectadores insensibles, es conducido a la crucifixión. "Fue oprimido y afligido, pero no abrió la boca. Como cordero fue

llevado al matadero, y como oveja delante de sus trasquiladores enmudeció, y no abrió su boca.

Sus doloridos discípulos le siguen a distancia, detrás de la muchedumbre asesina. Está clavado en la cruz y cuelga suspendido entre el cielo y la tierra. Sus corazones estallan de angustia mientras su amado Maestro sufre como un criminal. Cerca de la cruz están los sacerdotes y ancianos ciegos, intolerantes e infieles, burlándose y mofándose: "Tú que destruyes el templo y lo construyes en tres días, sálvate a ti mismo. Si tú eres el Hijo de Dios, baja de la cruz. También los sumos sacerdotes, burlándose de él con los escribas y los ancianos, decían: A otros salvó; a sí mismo no puede salvar. Si es el Rey de Israel, que baje ahora de la cruz, y le creeremos. Confiaba en Dios, que le libre ahora, si quiere; porque dijo: Yo soy el Hijo de Dios."

Ni una palabra respondió Jesús a todo esto. Incluso mientras los clavos le atravesaban las manos y las gotas de sudor de la agonía brotaban de sus poros, de los labios pálidos y temblorosos del inocente sufriente brotó una oración de amor perdonador para sus asesinos: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Todo el cielo contemplaba la escena con profundo interés. El glorioso Redentor de un mundo perdido sufría el castigo por la transgresión del hombre a la ley del Padre. Estaba a punto de rescatar a su pueblo con su propia sangre. Estaba pagando las justas demandas de la santa ley de Dios. Este era el medio por el cual se pondría fin al pecado y a Satanás, y se derrotaría a su vil hueste.

Oh, ¿hubo alguna vez sufrimiento y pena como los que soportó el Salvador moribundo? Fue la sensación del desagrado de su Padre lo que hizo tan amargo su cáliz. No fue el sufrimiento corporal lo que acabó tan rápidamente con la vida de Cristo en la cruz. Fue el peso aplastante de los pecados del mundo, y el sentido de la ira de su Padre lo que rompió su corazón. La gloria y la presencia sustentadora del Padre le habían abandonado, y la desesperación presionó su aplastante peso de oscuridad sobre él, y forzó a sus labios pálidos y temblorosos a lanzar el grito angustiada: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?".

Jesús se había unido al Padre para hacer el mundo. En medio de los sufrimientos agonizantes del Hijo de Dios, sólo los hombres ciegos e ilusos permanecen insensibles. Los sumos sacerdotes y los ancianos vilipendian al amado Hijo de Dios mientras agoniza. Sin embargo, la naturaleza inanimada gime en simpatía con su Autor sangrante y moribundo. La tierra tiembla. El sol se niega a contemplar la escena. Los cielos se ennegrecen. Los ángeles han presenciado la

escena de sufrimiento, hasta que ya no pueden mirar más y ocultan sus rostros ante el horrible espectáculo. Cristo está desesperado. Se está muriendo. La sonrisa de aprobación de su Padre se ha retirado, y no se permite a los ángeles iluminar la penumbra de la terrible hora. Sólo podían contemplar con asombro a su amado Comandante sufriendo el castigo de la transgresión del hombre a la ley del Padre.

Incluso las dudas asaltaron al agonizante Hijo de Dios. No podía ver a través de los portales de la tumba. La esperanza luminosa no le presentaba su salida de la tumba como vencedor, y la aceptación de su sacrificio por parte de su Padre. El pecado del mundo, con toda su terribilidad, fue sentido hasta el extremo por el Hijo de Dios. El disgusto del Padre por el pecado y su castigo, que era la muerte, era todo lo que podía comprender a través de esta sorprendente oscuridad. Tuvo la tentación de temer que el pecado fuera tan ofensivo a los ojos de su Padre que no pudiera reconciliarse con su Hijo. La feroz tentación de que su propio Padre le había abandonado para siempre, provocó aquel grito desgarrador desde la cruz: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?".

(Continuará.)

28 de agosto de 1879

Los sufrimientos de Cristo

(Concluido.)

EGW

Cristo sintió lo mismo que sentirán los pecadores cuando se derramen sobre ellos las copas de la ira de Dios. Una negra desesperación, como un manto de muerte, se cernirá sobre sus almas culpables, y entonces comprenderán en toda su extensión la maldad del pecado. La salvación ha sido comprada para ellos por el sufrimiento y la muerte del Hijo de Dios. Podría ser suya si la aceptaran de buena gana, con gusto; pero nadie está obligado a rendir obediencia a la ley de Dios. Si rechazan el beneficio celestial, si eligen los placeres y el engaño del pecado, pueden hacer su elección, y al final recibir su paga, que es la ira de Dios y la muerte eterna. Estarán para siempre, separados de la presencia de Jesús, cuyo sacrificio habían despreciado. Habrán perdido una vida de felicidad, y sacrificado la gloria eterna, por los placeres del pecado por una temporada.

La fe y la esperanza temblaron en las agonías expirantes de Cristo, porque Dios había suprimido la seguridad que hasta entonces había dado a su amado Hijo de su aprobación y aceptación. El Redentor del mundo se apoyaba entonces en las pruebas que hasta entonces le habían fortalecido, de que su Padre aceptaba sus trabajos y se complacía en su obra. En su agonía, al entregar su preciosa vida, sólo tiene que confiar por la fe en Aquel a quien siempre se ha alegrado de obedecer. No es animado con claros y brillantes rayos de esperanza ni a la derecha ni a la izquierda. Todo está envuelto en una opresiva penumbra. En medio de la terrible oscuridad que siente incluso la naturaleza compasiva, el Redentor apura la misteriosa copa hasta sus heces. Negada incluso la brillante esperanza y la confianza en el triunfo que será suyo en un futuro próximo, clama a gran voz: "Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu." Conoce el carácter de su Padre, su justicia, su misericordia y su gran amor. En sumisión se deja caer en las manos de su Padre. En medio de las convulsiones de la naturaleza, los asombrados espectadores oyen las últimas palabras del Hombre del Calvario: "Consumado es".

La naturaleza se compadeció de los sufrimientos de su Autor. El temblor de la tierra, el desgarramiento de las rocas y la terrible oscuridad proclamaron que era el Hijo de Dios quien había muerto. Hubo un gran terremoto. El velo del templo se rasgó en dos. El terror se apoderó de los verdugos y de los espectadores al ver el sol cubierto de tinieblas, al sentir temblar la tierra bajo sus pies y al ver y oír el desgarramiento de las rocas. Las burlas y mofas de los sumos sacerdotes y de los ancianos se acallaron cuando Cristo encomendó su espíritu a las manos de su Padre. La muchedumbre atónita empezó a retirarse y a caminar a tientas en la oscuridad hacia la ciudad. Se golpeaban el pecho mientras avanzaban, y aterrorizados, hablando apenas en susurros, decían entre sí: "Es un inocente el que ha sido asesinado. ¿Y si, en efecto, es, como afirmaba, el Hijo de Dios?".

Jesús no entregó su vida hasta que hubo cumplido la obra que había venido a hacer, y exclamó con su aliento de partida: "¡Consumado es!" Satanás fue entonces derrotado. Supo que su reino estaba perdido. Los ángeles se regocijaron cuando se pronunciaron las palabras: "Consumado es". El gran plan de redención, que dependía de la muerte de Cristo, se había cumplido hasta entonces. Y hubo alegría en el Cielo de que los hijos de Adán pudieran, mediante una vida de obediencia, ser finalmente exaltados al trono de Dios. ¡Oh, qué amor! Qué asombroso amor el que trajo al Hijo de Dios a la tierra para que pecara por nosotros, a fin de que pudiéramos reconciliarnos con Dios y ser

elevados a una vida con Él en sus mansiones gloriosas. ¿Y qué es el hombre para que se pague tal precio por su redención?

Cuando los hombres y las mujeres puedan comprender más plenamente la magnitud del gran sacrificio que hizo la Majestad del Cielo al morir en lugar del hombre, entonces se magnificará el plan de salvación, y las reflexiones sobre el Calvario despertarán emociones sagradas y vivas en el corazón del cristiano. Las alabanzas a Dios y al Cordero estarán en sus corazones y en sus labios. El orgullo y el culto propio no pueden florecer en los corazones que conservan frescas en la memoria las escenas del Calvario. Este mundo parecerá de poco valor a los que aprecian el gran precio de la redención del hombre.

Todas las riquezas del mundo no son suficientes para redimir un alma que perece. ¿Quién puede medir el amor que Cristo sintió por un mundo perdido, mientras colgaba de la cruz, sufriendo por los pecados de los hombres culpables? Este amor era inconmensurable, infinito.

Cristo demostró que su amor era más fuerte que la muerte. Incluso cuando sufría los más temibles conflictos con los poderes de las tinieblas, su amor por los pecadores que perecían aumentaba. Soportó los ocultamientos del rostro de su Padre, hasta que fue llevado a exclamar en la amargura de su alma: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?". Su brazo trajo la salvación. El precio se pagó para comprar la redención del hombre, cuando, en la última lucha del alma, se pronunciaron las benditas palabras, que parecían resonar por toda la creación: "Consumado es."

Muchos que profesan ser cristianos se excitan por las empresas mundanas, y se despierta su interés por nuevas y excitantes diversiones, mientras que son fríos de corazón, y parecen como congelados en la causa de Dios. Pero aquí hay un tema, pobre formalista, que es de suficiente importancia para excitarte. Aquí están en juego intereses eternos. Las escenas del Calvario exigen las emociones más profundas. Sobre este tema serás excusable si manifiestas entusiasmo. Que Cristo, tan excelente, tan inocente, sufriera una muerte tan dolorosa, cargando con el peso de los pecados del mundo, nuestros pensamientos e imaginaciones nunca podrán alcanzar plenamente, para que podamos comprender la longitud, la anchura, la altura y la profundidad, de tan asombroso amor. La contemplación del incomparable amor del Salvador, debe llenar y absorber la mente, tocar y derretir el alma, refinar y elevar los afectos, y transformar completamente todo el carácter. El lenguaje del apóstol es: "Me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado". Y podemos mirar hacia el

Calvario, y exclamar también: "Dios me libre de gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo."

Considerando el inmenso costo de nuestra salvación, ¿cuál será la porción de aquellos que descuidan tan grande salvación? ¿Cuál será el castigo de aquellos que profesan ser seguidores de Cristo, pero no se inclinan en humilde obediencia a las demandas de su Redentor, y que no toman la cruz, como humildes discípulos de Cristo?

Algunos tienen una visión limitada de la expiación. Piensan que Cristo sufrió sólo una pequeña porción del castigo de la ley de Dios, y que mientras la ira de Dios era sentida por su amado Hijo, suponen que tuvo, a través de todos sus dolorosos sufrimientos, la evidencia del amor y aceptación de su Padre, y que los portales de la tumba ante él estaban iluminados con brillante esperanza. Aquí hay un gran error. La angustia más aguda de Cristo era la sensación del desagrado de su Padre. Su agonía mental a causa de esto fue de tal intensidad que el hombre sólo puede tener una débil concepción de ella.

Para muchos, la historia de la humillación y del sacrificio de nuestro divino Señor no conmueve más el alma y afecta más la vida, ni despierta un interés más profundo, que leer la muerte de los mártires de Jesús. Muchos han sufrido la muerte por lentas torturas. Otros han sufrido la muerte por crucifixión. ¿En qué difiere de éstas la muerte del amado Hijo de Dios? Es cierto que murió en la cruz de la manera más cruel; sin embargo, otros por su causa han sufrido igualmente, en lo que se refiere a la tortura corporal. ¿Por qué, entonces, el sufrimiento de Cristo fue más espantoso que el de otras personas que han entregado sus vidas por su causa? Si los sufrimientos de Cristo consistieran sólo en el dolor físico, entonces su muerte no fue más dolorosa que la de algunos de los mártires.

Pero el dolor corporal era sólo una pequeña parte de la agonía del querido Hijo de Dios. Los pecados del mundo estaban sobre él, y también el sentido de la ira de su Padre mientras sufría el castigo de la ley. Fueron éstos los que aplastaron su alma divina. Fue el ocultamiento del rostro de su Padre, la sensación de que su propio Padre querido le había abandonado, lo que trajo la desesperación. La separación que el pecado hace entre Dios y el hombre fue plenamente comprendida y vivamente sentida por el inocente y sufriente Hombre del Calvario. Estaba oprimido por los poderes de las tinieblas. No tenía ni un rayo de luz para iluminar el futuro. Y luchaba contra el poder de Satanás, que

declaraba que Cristo estaba en sus manos, y que era superior en fuerza al Hijo de Dios, que Dios había repudiado a su Hijo, y que ya no gozaba del favor de Dios más que él. Si, en efecto, seguía gozando del favor de Dios, ¿por qué tenía que morir? Dios podía salvarle de la muerte.

Cristo no cedió en lo más mínimo ante el enemigo torturador, ni siquiera en su más amarga angustia. Legiones de ángeles malignos rodeaban al Hijo de Dios; sin embargo, se ordenó a los santos ángeles que no rompieran sus filas ni entraran en conflicto con el enemigo burlón e injuriador. No se permitió que los ángeles celestiales ministraran al angustiado espíritu del Hijo de Dios. Fue en esta terrible hora de oscuridad, el rostro de su Padre oculto, legiones de ángeles malignos cubriéndole, los pecados del mundo sobre él, cuando las palabras fueron arrancadas de sus labios: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?".

Debemos tener una visión más amplia y profunda de la vida, los sufrimientos y la muerte del amado Hijo de Dios. Cuando se considere correctamente la expiación, la salvación de las almas tendrá un valor infinito. En comparación con el valor de la vida eterna, todo lo demás se hunde en la insignificancia. Pero cómo han sido despreciados por muchos los consejos de este amoroso Salvador. Las devociones del corazón han sido para el mundo, y los intereses egoístas han cerrado la puerta contra el Hijo de Dios. La hueca hipocresía y el orgullo, el egoísmo y la ganancia, la envidia, la malicia y la pasión, han llenado de tal manera los corazones de muchos que Cristo no puede tener cabida.

Era eternamente rico, "pero por nosotros se hizo pobre, para que nosotros, por su pobreza, fuésemos enriquecidos". Estaba revestido de luz y gloria, rodeado de huestes de ángeles celestiales que esperaban para ejecutar sus órdenes. Sin embargo, se revistió de nuestra naturaleza y vino a habitar entre los hombres pecadores. "Mirad qué amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios". He aquí un amor que ningún lenguaje puede expresar. Nuestras almas deberían vivificarse, elevarse y embelesarse con el tema del amor del Padre y del Hijo. "Y todo hombre que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro". Los seguidores de Cristo deberían aprender aquí a reflejar en algún grado ese amor misterioso, preparándose para unirse a todos los redimidos en atribuir "Bendiciones, y honor, y gloria, y poder al que está sentado en el trono, y al Cordero por los siglos de los siglos."

4 de septiembre de 1879

El trabajo para este tiempo

EGW

Cuando reflexionamos sobre el asombroso amor de Dios al hombre caído, y vemos las pequeñas devoluciones que le hacemos por este gran amor, nos sentimos profundamente humillados. El amor a uno mismo y el amor egoísta a las cosas del mundo no tienen cabida en el corazón de los verdaderos cristianos. Ser cristiano es ser como Cristo. El egoísmo está tan entretejido en la naturaleza de algunos que es el pecado dominante de sus vidas, y no sólo se interpone en su propio camino para alcanzar la perfección cristiana, sino que es un obstáculo constante para los pecadores. Un vasto ejército podría ser llevado a Jesucristo mediante el esfuerzo personal si el egoísmo no obstruyera el camino.

Muchos cristianos profesos hablarán y llorarán sobre el sacrificio de Cristo, la cruz que llevó en el Calvario, su crucifixión y ascensión al cielo; mientras que al mismo tiempo se niegan a cooperar con Cristo en trabajar como él trabajó, en la abnegación y el sacrificio por el bien de las almas. Se niegan a beber del cáliz o a ser bautizados con el bautismo.

Que todos los que profesan creer en Cristo sigan su ejemplo, y estarán haciendo una gran obra para Jesús. Es fácil gritar, cuando es popular hacerlo, "Nunca nadie habló como este hombre," y hacer eco de los hosannas al Hijo de David; aunque no hagamos las cosas que él nos manda, y no sigamos su ejemplo en la abnegación, y en trabajar para hacer el bien a otros. La verdadera religión tiene que ver con el corazón y la vida. Todos los que son verdaderos seguidores de Jesús tendrán un interés especial en trabajar para el Maestro, cuyos siervos profesan ser, reuniendo almas en las filas de Cristo. La vida cristiana no consiste únicamente en la meditación y la oración, aunque éstas son esenciales, sino en el trabajo serio y activo, además de la meditación y la oración.

Aquellos que están verdaderamente convertidos a la verdad y que aman a Cristo sentirán su responsabilidad individual de hacer esfuerzos personales por la salvación de los demás. No pueden ser indiferentes a este respecto. Verán y sentirán la peligrosa posición de sus amigos y de todos los que se oponen a las verdades que para ellos son sagradas y queridas. Desearán emplearse activamente en la obra de tratar de ganarlos para la verdad. Cuando los hombres y las mujeres se convencen de la verdad y deciden obedecerla, entonces sólo se han alistado como soldados de Cristo. La obra está toda ante ellos, para ser

hacedores así como oidores de la palabra, y receptores del don celestial. Ser meramente un cristiano pasivo, recibiendo bendiciones, y no un trabajador sincero, es ser un novato y un enano en las cosas espirituales.

La luna y las estrellas no nos beneficiarían esencialmente si conservaran para sí su belleza y gloria, y no nos dieran la luz que reciben del sol. La tierra misma responde a las lluvias, al suave rocío y a los cálidos rayos del sol, y nos devuelve sus bondades en granos, frutos y flores.

El hombre, la obra más noble de Dios, hecho a su divina imagen, se encuentra con el más ingrato. Cristo se acerca a cada individuo para ver lo que hace, y con frecuencia no encuentra ni frutos, ni flores, sino sólo hojas.

Algunos son oidores de la palabra pero no hechos. Reciben los beneficios celestiales, pero no sienten la responsabilidad de promover la causa de la verdad y salvar almas con sus esfuerzos personales. El mandato divino es doble: no sólo ser oidores, sino también hechos de la palabra. Debemos recibir la palabra nosotros mismos e impartir a otros la preciosa luz que hemos recibido. Al aceptar la verdad, nos comprometemos virtualmente a ser obreros de Cristo y a consagrarnos a su servicio, y a no vivir ya para hacer nuestra voluntad y servirnos a nosotros mismos, sino para ser siervos fieles del Maestro a quien nos hemos entregado para obedecerle. La comisión de Cristo a sus discípulos fue ir y predicar el Evangelio a toda criatura. Tenemos un mensaje mundial.

Después de que los hombres y las mujeres han recibido la verdad, no les conviene depender de sus hermanos más experimentados para que los sostengan y los lleven al cielo. Deben ser instruidos que para crecer espiritualmente fuertes, deben ser obreros sinceros para guiar a otros a la verdad, como ellos fueron guiados. Si los que reciben la verdad valoran su importancia, recibirán diez veces más ánimo y confianza al ver a sus hermanos más experimentados y a los ministros de Cristo trabajando en nuevos campos, predicando el evangelio a los incrédulos, y trayendo decenas al conocimiento de la verdad, que dedicando su precioso tiempo y talentos a cuidar de ellos.

Se necesitan misioneros en todo el gran campo de la cosecha, abnegados y que hagan lo que su Maestro les ha dado ejemplo en su vida.

Los ministros a quienes se ha confiado el más sagrado mensaje de advertencia jamás dado al mundo, han limitado demasiado sus labores a cuidar de los pocos que han abrazado la verdad, cuando su labor principal debería haber sido para los que no han oído el mensaje. Hay quienes piensan que es su deber predicar

la verdad, pero no se atreven a aventurarse fuera de la orilla, y no pescan nada. Eligen ir entre las iglesias, una y otra vez sobre el mismo terreno. Informan de un buen tiempo, una visita agradable, pero buscamos en vano las almas que se convierten a la verdad a través de su instrumentalidad. Estos ministros se aferran demasiado a la orilla. Que naveguen mar adentro y echen la red donde están los peces. No falta trabajo por hacer. Podría haber cientos de empleados en la viña del Señor donde ahora hay uno.

Dios nunca hace lo que el hombre puede hacer. Tenemos individualmente, como siervos de Jesucristo, una obra que hacer al unísono con Cristo, para salvar a nuestros semejantes de la perdición. Si bien hacemos con el corazón y la fuerza lo que podemos en el uso de los medios, sólo Dios puede hacer que nuestros esfuerzos sean eficaces. Él puede revestir a los más humildes y débiles de un poder maravilloso, y manifestar su excelencia en nuestros sinceros esfuerzos humanos.

Si, después de que las almas han abrazado la verdad, y han tenido años de experiencia, no tienen fuerza para permanecer solas en la verdad con la ayuda que Dios les ha prometido, y si son incapaces de ayudar a otros a la luz, son como la higuera estéril que Jesús maldijo. Porque, aunque aparentemente floreciente, no encontró en el árbol ni flores ni frutos, nada más que hojas.

Hay en nuestras iglesias quienes profesan la verdad que sólo son obstáculos para la obra de reforma. Son estorbos para las ruedas del carro de la salvación. Esta clase es frecuentemente puesta a prueba. Las dudas, los celos y las sospechas son frutos del egoísmo, y parecen estar entretejidos con su propia naturaleza. Llamaré a esta clase murmuradores crónicos de la iglesia. Hacen más daño en una iglesia de lo que dos ministros pueden deshacer. Son un impuesto para la iglesia y un gran peso para los ministros de Cristo. Viven en una atmósfera de dudas, celos y conjeturas. Se requiere mucho tiempo y trabajo de los embajadores de Cristo para deshacer su obra de maldad, y restaurar la armonía y la unión en la iglesia. Esto quita valor y fuerza a los siervos de Dios y los incapacita para la obra que él tiene para ellos de salvar de la ruina a las almas que perecen. Dios recompensará a estos perturbadores de Sión según sus obras. Los ministros de Cristo deben tomar su posición, y no ser estorbados en su obra por estos agentes de Satanás. Habrá suficientes de éstos para cuestionar, discutir y criticar, a fin de mantener constantemente ocupados a los ministros de Dios, si se permiten ser distraídos de la gran obra de dar al mundo el último mensaje salvador de advertencia. Si la iglesia no tiene fuerza para resistir los sentimientos no santificados y rebeldes de los murmuradores de la iglesia, es

mejor dejar que la iglesia y los murmuradores se vayan juntos por la borda, que perder la oportunidad de salvar a cientos que serían mejores iglesias, y que tendrían los elementos existentes dentro de sí mismos de fuerza, unión y poder.

Lo mejor que pueden hacer los ministros y las iglesias es dejar que esta clase de buscadores de faltas y torcidos vuelvan a su propio elemento y se alejen de la orilla, se lancen mar adentro y vuelvan a echar la red evangélica en busca de peces que puedan pagar el trabajo que se les ha encomendado. Satanás se regocija cuando abrazan la verdad hombres y mujeres que son naturalmente buscadores de faltas y que arrojarán todas las tinieblas y obstáculos que puedan contra el avance de la obra de Dios. Los ministros no pueden ahora, en este importante período de la obra, detenerse para apuntalar a hombres y mujeres que ven y han sentido alguna vez la fuerza de la verdad. Deben afianzar a los cristianos creyentes en Cristo, que es capaz de sostenerlos y preservarlos irreprochables hasta su aparición, mientras salen a nuevos campos de labor.

Les ruego, mis hermanos y hermanas, que sean autosuficientes en la fuerza de Jesús. No colguéis el peso de vuestras perplejidades y cargas sobre vuestros ministros. Cristo os ha invitado a venir a él, vuestro portador de cargas. Si pasáis en un estado de incredulidad y falta de consagración a Dios, colgáis vuestro peso sobre el corazón de vuestros ministros, y les quitáis justo el tiempo y la fuerza que Dios requiere que empleen en dar el mensaje a los que no lo han oído. Hermanos, ¿no preferiréis trabajar vosotros mismos en unión con los embajadores de Cristo al tratar de ganar almas para la verdad? Cuando os sintáis tentados a ser incrédulos y a desanimaros, encontraréis la mejor cura para esto en hablar de fe a otros, y en presentar la verdad a los que están en tinieblas. Extiende tus esfuerzos a tus vecinos, y a aquellos que no tienen los privilegios de las reuniones. Sembrad las semillas de la verdad junto a todas las aguas, y alentad los corazones de los siervos de Dios cuando os visiten mostrándoles que no habéis estado ociosos, sino que por medio de vuestra instrumentalidad uno o más han sido llevados de las tinieblas a la luz. Usted puede mantenerse por encima del desaliento y la duda, haciendo su práctica orar diariamente para que la bendición de Dios descansa sobre los hombres que están presentando el solemne mensaje de advertencia al mundo. Que vuestras oraciones sigan a los siervos de Dios como hoces afiladas en el campo de la cosecha. Dios escuchará las fervientes súplicas de su pueblo. La oración de fe moverá el brazo de Dios.

Tenemos ante nosotros una gran obra. Necesitamos la ayuda de todos. La causa no sólo necesitará dinero, sino también trabajadores serios. Creemos que ha llegado plenamente el momento en que la obra debe ampliarse y extenderse en

la costa del Pacífico. Los hombres que trabajan para Dios con fe, dispuestos a soportar y sufrir trabajo, privaciones y reproches, serán los mismos hombres que Dios aceptará y hará poderosos para realizar su gran obra. No seremos escatimados en medios si sólo trabajamos, confiando y creyendo en Dios.

Se necesitan misioneros para llevar el mensaje de advertencia a otras tierras. Dios aceptará hombres que tengan corazones devotos, a quienes pueda enseñar, impresionar y pulir por su propia mano divina. Dios exigirá el servicio personal de cada uno a quien confíe su verdad. Nadie está excusado. Algunos pueden sentir que si dan su sustancia están excusados de esfuerzos personales. Pero Dios no permita que se engañen a sí mismos en esto. Los dones de medios no satisfacen la exigencia de Dios, porque el deber no está hecho sino a medias. Él no aceptará nada menos que a ustedes mismos. Deben trabajar para salvar almas. No todos serán llamados a ir a misiones extranjeras, pero ustedes pueden ser misioneros en casa, en sus propias familias y en sus vecindarios. Hay trabajo para que ustedes hagan por Dios que no ven y no sienten, porque no han querido ver, y saber, y hacer, porque sus intereses mundanos y sus arreglos en los negocios serían interrumpidos.

Cristo llamó a los pescadores de sus redes para que hicieran su trabajo, y ellos las dejaron y le siguieron. Llamó a Mateo, un publicano, de sus negocios para que le siguiera, y éste obedeció gozoso la invitación. Puede llamar a los hombres de sus granjas, de sus mercancías y de sus diversos oficios, y enviarlos a advertir al mundo.

Con el amor de Cristo en el corazón, los cristianos trabajarán. Todos los que han hecho profesión de Cristo se han comprometido virtualmente a predicar el evangelio de salvación a los pecadores. Es posible que a algunos nunca se les exija pararse en el púlpito; pero hay muchas maneras de predicar a Cristo. Podemos predicar a Cristo con obras, con una vida piadosa y coherente, y dejando que nuestra luz brille para los demás. En actos de abnegación por el bien de los demás, y mostrando un amor por las almas preciosas que es superior al amor por las riquezas o el disfrute terrenal, podemos predicar a Cristo.

Al hacer las obras de Cristo, el obrero cristiano se fortalecerá espiritualmente. Dios es una ayuda presente en todo momento de necesidad. Los que trabajan por la salvación de las almas sienten su ineficiencia y falta de sabiduría celestial, y en su emergencia huyen a su torre de fortaleza, y Dios satisface sus necesidades, y están obteniendo una valiosa experiencia. Están ganando fuerza espiritual, y creciendo en el conocimiento de la verdad. No son enanos

espirituales, ni cuerpos de muerte, sino luces resplandecientes que recogen diariamente la fuerza de Dios y confieren bendiciones a los demás.

18 de septiembre de 1879

Templanza cristiana

EGW

"¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios". 1 Corintios 6, 19, 20.

No somos nuestros. No nos pertenecemos. Pero hemos sido comprados a un precio muy alto. Hemos costado una suma inmensa, incluso el sufrimiento y la muerte del Hijo de Dios. Si podemos comprender esto, y darnos cuenta plenamente de ello, entonces sentiremos que recae sobre nosotros la gran responsabilidad de mantenernos en las mejores condiciones de salud, para que podamos prestar a Dios un servicio perfecto.

Pero cuando tomamos cualquier camino que disminuye nuestra fuerza, gasta nuestra vitalidad, nubla el intelecto y destruye los poderes de la mente, pecamos contra Dios. Al seguir este camino, no le glorificamos en nuestros cuerpos y espíritus, que son suyos, sino que cometemos un gran mal a sus ojos.

¿Se ha entregado Jesús por nosotros? ¿Se ha pagado este precio tan caro para redimirnos? ¿Es cierto que no somos nuestros? ¿Es verdad que todas las facultades de nuestro ser, nuestros cuerpos, nuestros espíritus, todo lo que tenemos y todo lo que somos pertenece a Dios? ¿Es verdad? Ciertamente. Y cuando nos damos cuenta de esto, ¿qué obligación nos impone Dios de conservarnos en esa condición para que podamos honrarlo sobre la tierra en nuestros cuerpos y en nuestros espíritus que son del Señor?

Creemos sin lugar a dudas que Cristo vendrá pronto. Esto no es una fábula para nosotros. Es una realidad. No tenemos ninguna duda, ni la hemos tenido durante años, de que las doctrinas que sostenemos hoy son la verdad presente, y que nos estamos preparando para el Juicio. Nos estamos preparando para encontrarnos con Aquel que ha de aparecer en las nubes del cielo con el santo séquito de los ángeles, para escoltarle en su camino, para dar a los fieles y a los justos el toque final de la inmortalidad. Cuando venga, no vendrá a limpiarnos de nuestros

pecados. No nos quitará los defectos de nuestro carácter. No nos curará entonces de las flaquezas de nuestro temperamento y de nuestras disposiciones. No hará esta obra entonces. Antes de ese tiempo toda esta obra se habrá cumplido, si es que se ha hecho por nosotros. Entonces los que son santos seguirán siendo santos. No serán santificados cuando venga el Señor. Aquellos que han preservado sus cuerpos, y sus espíritus, en santidad, y en santificación, y honor, entonces recibirán el toque final de inmortalidad. Y cuando él venga, aquellos que son injustos, y no santificados, y sucios, permanecerán así para siempre. No hay entonces ningún trabajo que hacer por ellos que elimine sus defectos y les dé caracteres santos. El Refinador no se sienta entonces para proseguir su proceso de refinación y eliminar sus pecados y su corrupción. Todo esto ha de hacerse en estas horas de prueba. Es *ahora* cuando esta obra ha de cumplirse para nosotros.

Abrazamos la verdad de Dios con nuestras diferentes organizaciones, y a medida que caemos bajo la influencia de la verdad, ésta realizará en nosotros la obra que es necesario realizar, y nos dará una aptitud moral para el reino de gloria, y para la sociedad de los ángeles celestiales. Ahora estamos en el taller de Dios. Muchos de nosotros somos piedra bruta de la cantera. A medida que nos aferramos a la verdad de Dios, su influencia debe afectarnos. Debe elevarnos. Debe eliminar de nosotros toda imperfección. Debe eliminar de nosotros los pecados de cualquier naturaleza. Y debe capacitarnos, para que estemos preparados para ver al rey en su hermosura, y finalmente unirnos con los ángeles puros y celestiales en el reino de gloria. Esta obra ha de cumplirse para nosotros aquí. Aquí estamos, con estos cuerpos y espíritus, que han de ser preparados para la inmortalidad.

Estamos en un mundo que se opone a la justicia, a la santidad, al crecimiento en la gracia y a la pureza de carácter. Dondequiera que miremos vemos deformidad y pecado. Vemos corrupción. Vemos contaminación por todas partes. ¿Y cuál es la obra que debemos emprender aquí justo antes de la inmortalidad? Es preservar nuestros cuerpos santos, nuestros espíritus puros, para que podamos permanecer sin mancha en medio de las corrupciones que pululan a nuestro alrededor en estos últimos días. Y si esta obra ha de ser realizada por nosotros, necesitamos comprometernos en ella de todo corazón, y comprometernos en ella de inmediato. Queremos apoderarnos de la obra ahora. Queremos entenderla tal como es. El egoísmo no debe entrar aquí para controlarnos. Queremos que el Espíritu de Dios tenga perfecto control sobre nosotros. Debe influenciarnos en todas nuestras acciones. Y si tenemos un asidero correcto en el Cielo, un asidero correcto del poder que es de lo alto,

sentiremos la influencia santificadora del Espíritu de Dios sobre nuestros corazones.

Cuando hemos tratado de presentar a la gente la reforma de la salud, y hemos hablado de la importancia de que coman, y beban, y en todo lo que hagan, lo hagan para la gloria de Dios, muchos, por sus acciones, han dicho: "No es asunto de nadie si como esto o aquello. Hagamos lo que hagamos hemos de cargar con las consecuencias nosotros mismos". Queridos amigos, estáis muy equivocados. No sois los únicos que sufrís las consecuencias de una conducta equivocada. La sociedad en la que están soporta las consecuencias de sus errores, en gran medida, así como ustedes mismos. Si sufren por su intemperancia en la comida o en la bebida, nosotros, los que estamos a su alrededor o asociados con ustedes, nos vemos afectados por sus enfermedades. Tenemos que sufrir a causa del camino que seguís, que es erróneo. Si influye para disminuir tus facultades mentales o corporales, nos afecta. Tenemos que sentirlo. Cuando en tu sociedad, en lugar de tener un espíritu boyante, estás sombrío, y arrojas una sombra sobre los espíritus de todos los que te rodean. Si estamos tristes y deprimidos y en problemas, podrías, si estuvieras en buenas condiciones de salud, tener un cerebro claro para mostrarnos la salida y decirnos una palabra reconfortante. Si tu cerebro está tan entorpecido por tu mala forma de vivir que no puedes darnos el consejo correcto, ¿no nos encontramos con una pérdida? ¿No nos afecta seriamente su influencia? Podemos tener un buen grado de confianza en nuestro propio juicio, pero queremos tener consejeros; porque en muchos consejeros hay seguridad. Deseamos que nuestro proceder parezca coherente y adecuado a aquellos a quienes amamos, y deseamos buscar su consejo, y que puedan darnoslo con el cerebro despejado. Pero, ¿qué nos importa su juicio, si el poder nervioso de su cerebro ha sido exigido al máximo para ocuparse de alimentos inadecuados, o una enorme cantidad de alimentos, incluso saludables, ha sido colocada en sus estómagos, y la vitalidad ha sido retirada del cerebro? ¿Qué nos importa el juicio de tales personas? Ellos ven a través de una masa de comida sin digerir. Por lo tanto, su forma de vida nos afecta. Es imposible que sigas un camino equivocado sin que otros sufran junto a ti.

"¿No sabéis que los que corren en una carrera corren todos, pero uno solo recibe el premio? Corred, pues, para que lo obtengáis. Y todo hombre que lucha por la victoria es moderado en todas las cosas. Ahora bien, ellos lo hacen para obtener una corona corruptible; pero nosotros, una incorruptible. Yo, pues, así corro, no como inseguro; así peleo, no como quien bate el aire; sino que sojuzgo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que, habiendo predicado a otros, yo mismo resulte náufrago." Al correr la carrera, para obtener ese laurel que se

consideraba un honor especial, los que se dedicaban a correr eran templados en todas las cosas. Tenían templanza para que sus músculos, su cerebro y todas sus partes estuvieran en las mejores condiciones para correr. Si no fueran templados, no tendrían la elasticidad que tendrían si fueran templados en todas las cosas. Si eran templados, podrían correr esa carrera con éxito. Estaban más seguros de recibir la corona. Pero a pesar de todos sus esfuerzos en la dirección de la templanza, y para someterse a una dieta cuidadosa, con el fin de estar en las mejores condiciones, sin embargo, sólo corrían a riesgo. Podían hacer lo mejor que podían, y sin embargo, después de todo, no recibir la medalla de honor, porque otro podría estar un poco por delante de ellos, y llevarse el premio. Uno solo recibía el premio. Pero todos podemos correr en la carrera celestial, y todos recibimos el premio. No es una incertidumbre. No es correr a riesgo. Debemos revestirnos de las gracias celestiales, con la mirada dirigida hacia arriba, hacia la corona de la inmortalidad, teniendo siempre ante nosotros el Modelo. Fue Varón de dolores y experimentado en quebranto. Debemos tener siempre presente la vida abnegada de nuestro divino Señor. No debemos olvidar su vida de pobreza, humildad y abnegación. Y entonces, al tratar de imitarlo, manteniendo nuestra mirada en la marca del premio, podemos correr esta carrera con certeza, sabiendo que si hacemos lo mejor que podemos, ciertamente obtendremos el premio. Los hombres corrían para obtener una corona corruptible, que perecería en un día. Toda esta abnegación practicada por los que corrían estas carreras era para obtener una corona corruptible, que no era más que una muestra de honor de los mortales de aquí.

Pero debemos correr la carrera, al final de la cual hay una corona de inmortalidad y vida eterna. Sí, un peso de gloria mucho mayor y eterno nos será concedido como premio cuando hayamos corrido la carrera. "Nosotros", dice el apóstol, "una incorruptible". Y si ellos pudieron ser templados en todas las cosas, que participaron en esta carrera aquí en la tierra por una corona temporal, ¿no podemos nosotros ser templados en todas las cosas, que tenemos en vista una corona incorruptible, un peso eterno de gloria, y una vida que se mide con la vida de Dios? Cuando tenemos ante nosotros este gran aliciente, ¿no podemos correr con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe? Él nos ha señalado el camino. Nos lo ha marcado con sus propias pisadas a lo largo de todo el camino. Es el camino que él recorrió. Tú puedes, con Cristo, experimentar la abnegación y el sufrimiento, y caminar por esta senda impresa por su propia sangre.

"Por tanto, así corro, no como inseguro; así peleo, no como quien bate el aire. Sino que sojuzgo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre". Hay trabajo que hacer

aquí, para cada hombre, mujer, y niño. Satanás está constantemente trabajando, para que él pueda tener control de sus cuerpos y espíritus. Pero Cristo los ha comprado, y ustedes son su propiedad. Y ahora os toca a vosotros trabajar en unión con Cristo, en unión con los santos ángeles que os ministran. Es para que usted mantenga el cuerpo bajo, y traerlo en la sujeción. A menos que hagáis esto, ciertamente perderéis la vida eterna y la corona de inmortalidad.

Y sin embargo, algunos dirán: "¿Qué le importa a nadie lo que yo coma o lo que yo beba?". Os he mostrado qué relación tiene vuestro proceder con los demás. Habéis visto que tiene mucho que ver con la influencia que ejercéis en vuestras familias. Tiene que ver con vuestra manera de actuar. Tiene mucho que ver con la formación del carácter de sus hijos.

Como he dicho antes, es una época corrupta en la que vivimos. Es una época en la que Satanás parece tener un control casi completo de las mentes que no están totalmente consagradas a Dios. Por lo tanto hay una responsabilidad muy grande que descansa sobre los padres y guardianes que tienen hijos que criar. Los padres han asumido la responsabilidad de traer a estos niños a la existencia. ¿Y cuál es ahora su deber? ¿Dejar que crezcan como puedan y como quieran? Permítanme decirles que sobre estos padres recae un gran peso de responsabilidad. Ya sea que coman, ya sea que beban, o cualquier cosa que hagan, háganlo todo para la gloria de Dios. ¿Hacen esto cuando preparan la comida para la mesa, y cuando la colocan sobre sus mesas, y llaman a su familia a participar de ella? ¿Poneis ante estos niños sólo la comida que sabéis que hará la mejor sangre? ¿Es esa comida la que mantendrá sus sistemas en la menor condición febril? ¿Es el que los pondrá en la mejor relación con la vida y la salud? ¿Es éste el alimento que estáis estudiando para poner delante de vuestros hijos? ¿O es que sois descuidados e imprudentes con su bien futuro y les proporcionáis alimentos malsanos, estimulantes e irritantes? Permítanme decirles que los niños desde su nacimiento nacen para el mal. Satanás parece tener el control de ellos. Parece tomar posesión de sus jóvenes mentes, y las corrompe. ¿Por qué los padres y las madres actúan como si un letargo se apoderara de ellos? No desconfían de que Satanás esté sembrando la semilla del mal en sus familias. Son tan ciegos, descuidados e imprudentes con respecto a estas cosas como es posible que lo sean. ¿Por qué no se despiertan y estudian estas cosas? ¿Por qué no leen? Dice el apóstol: "Añadid a vuestra fe virtud, y a la virtud conocimiento, y al conocimiento templanza, y a la templanza paciencia", etc. Aquí hay trabajo que descansa sobre cada uno que profesa seguir a Jesucristo.

De Informe de una dirección.

9 de octubre de 1879

La ofrenda de amor

EGW

Jesús se detuvo en casa de Lázaro, en Betania. Venía de Jericó para asistir a la fiesta de la Pascua en Jerusalén, y eligió este lugar para descansar y refrescarse. Multitudes de personas pasaron por la ciudad, llevando la noticia de que Jesús se dirigía a la fiesta, y que descansaría el sábado en Betania. Esta información fue recibida con gran entusiasmo por el pueblo, pues por todas partes se había difundido la noticia de las maravillosas obras realizadas por Jesús, la última y más asombrosa de las cuales fue la resurrección de Lázaro de entre los muertos. Muchos acudieron a Betania, unos por la curiosidad de ver a uno que había resucitado de entre los muertos, y otros porque sus corazones simpatizaban con Jesús y anhelaban contemplar su rostro y oír sus benditas palabras.

Volvieron con informes que aumentaron la excitación de la multitud. Todos estaban ansiosos por ver y oír a Jesús, cuya fama de profeta se había extendido por todo el país. Había un murmullo general de preguntas sobre quién era el maravilloso Maestro, de dónde había venido, si Lázaro, que había resucitado de entre los muertos, lo acompañaría a Jerusalén, y si era probable que el gran profeta fuera coronado rey en la fiesta. La atención del pueblo estaba totalmente absorta en el tema de Jesús y sus maravillosas obras. Los sacerdotes y los gobernantes veían que estaban perdiendo su dominio sobre las mentes del pueblo, y su ira contra Jesús iba en aumento; apenas podían esperar a que viniera y les diera la oportunidad deseada de satisfacer su venganza y apartarlo para siempre de su camino. A medida que pasaba el tiempo, se excitaban e inquietaban, temiendo que después de todo Jesús no viniera a Jerusalén. Temían que hubiera leído sus propósitos contra él, y que por eso permanecería lejos. Recordaban cuántas veces había adivinado sus pensamientos, desenmascarado sus motivos ocultos y desbaratado sus designios asesinos. Mal podían disimular su ansiedad, y se preguntaban entre sí: "¿Qué pensáis, que no vendrá a la fiesta?".

Se convocó un consejo apresurado de sacerdotes y fariseos para determinar cómo proceder con respecto a Jesús, en vista de la excitación y el entusiasmo del pueblo por su causa. Decidieron que sería peligroso prenderlo abiertamente con cualquier pretexto, pues desde la resurrección de Lázaro las simpatías del

pueblo estaban muy a favor de Jesús. Así que decidieron utilizar la astucia y apresararlo en secreto, evitando todo alboroto o interferencia, llevar a cabo la farsa de un juicio lo más silenciosamente posible, y confiar en que la voluble marea de la opinión pública se pusiera a su favor cuando se supiera que Jesús estaba condenado a muerte.

Pero surgió otra consideración: Si ejecutaban a Jesús, y Lázaro quedaba como testigo de su milagroso poder para resucitar de entre los muertos, el mero hecho de que existiera un hombre que había estado cuatro días en la tumba, y cuyo cuerpo había empezado a descomponerse, y sin embargo había sido llamado a la vida y a la salud por una palabra de Jesús, tarde o temprano crearía una reacción y traería el desastre sobre ellos mismos por sacrificar la vida de Aquel que podía realizar tal milagro en beneficio de la humanidad. Decidieron, pues, que también Lázaro debía morir. Pensaron que si el pueblo perdía la confianza en sus gobernantes, el poder nacional quedaría destruido.

A tales extremos llevan la envidia y el amargo prejuicio a sus esclavos. Al rechazar a Cristo, los fariseos se colocaron donde las tinieblas y la superstición se cerraban a su alrededor, hasta que, aumentando continuamente en odio e incredulidad, estuvieron dispuestos a mancharse las manos de sangre para lograr sus fines impíos, e incluso a quitar la vida a uno a quien el poder infinito había rescatado de la tumba. Se colocaron donde ningún poder, humano o divino, podía alcanzarlos; pecaron contra el Espíritu Santo, y Dios no tenía ningún poder de reserva para hacer frente a su caso. Su rebelión contra Cristo estaba establecida y decidida; él era para ellos un tropiezo y una roca de ofensa; no querían que este hombre Jesús reinase sobre ellos. Mientras se tramaba todo esto en Jerusalén, Jesús descansaba tranquilamente de sus trabajos en casa de Lázaro. Simón de Betania, a quien Jesús había curado de la lepra, deseoso de honrar especialmente a su Maestro, preparó una cena y le invitó a él y a sus amigos. El Salvador se sentó a la mesa, con Simón, a quien había curado de una enfermedad repugnante, a un lado, y Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos, al otro. Marta servía la mesa, pero María escuchaba atentamente cada palabra que salía de los labios de Jesús. Veía que estaba triste; sabía que, inmediatamente después de resucitar a su hermano de entre los muertos, se había visto obligado a recluirse para escapar a la persecución de los principales judíos. Al contemplar a su hermano en perfecto estado de salud, su corazón se llenó de gratitud a Jesús, que se lo había devuelto de la tumba.

Jesús, en su misericordia, había perdonado los pecados de María, que habían sido muchos y graves, y su corazón estaba lleno de amor por su Salvador. A

menudo le había oído hablar de su próxima muerte, y le dolía que tuviera un destino tan cruel. Con gran sacrificio personal, había comprado una caja de alabastro con un precioso unguento para ungir el cuerpo de Jesús en el momento de su muerte. Pero ahora oía a muchos expresar la opinión de que sería elevado a la autoridad real cuando fuera a Jerusalén, y ella estaba dispuesta a creer que así sería. Se regocijaba de que su Salvador ya no sería despreciado y rechazado, y obligado a huir por su vida. En su amor y gratitud, quiso ser la primera en honrarlo y, tratando de evitar ser observada, ungió su cabeza y sus pies con el precioso unguento, y luego enjugó sus pies con su larga y abundante cabellera.

Sus movimientos habían pasado desapercibidos para los demás, pero el olor llenó la casa con su fragancia y dio a conocer su acto a todos los presentes. Algunos de los discípulos manifestaron su desagrado por este acto, y Judas expresó audazmente su desaprobación ante tan derrochadora extravagancia. Simón el anfitrión, que era fariseo, se dejó influir por las palabras de Judas, y su corazón se llenó de incredulidad. También pensaba que Jesús no debía mantener ninguna comunicación con María a causa de su vida pasada. Judas, el principal instigador de esta desafección entre los que se sentaban a la mesa, era ajeno a la profunda devoción y al homenaje que movían a María a su obra de amor. Había sido nombrado tesorero de los fondos unidos de los discípulos, y se había apropiado deshonestamente de medios que estaban destinados al servicio de Dios.

Había dado rienda suelta a su avaricia hasta que ésta había dominado todo rasgo bueno de su carácter. Este acto de María contrastaba tan marcadamente con su egoísmo, que se avergonzó de su avaricia y trató de atribuir su objeción a su regalo a un motivo más digno. Volviéndose a los discípulos, preguntó: "¿Por qué no se vendió este unguento por trescientos peniques y se dio a los pobres?". Así trató de ocultar su codicia bajo una aparente simpatía por los pobres, cuando, en realidad, nada le importaban.

Ansiaba tener en sus manos los beneficios del costoso unguento para aplicarlos a sus propios fines egoístas. Con su fingida simpatía por los pobres engañó a sus condiscípulos y, con sus arteras insinuaciones, les hizo desconfiar de la devoción de María. En la mesa se susurraban insinuaciones de prodigalidad: "¿A qué viene este derroche? Este unguento podría haberse vendido por mucho y haberse dado a los pobres". María se avergonzó cuando los ojos de los discípulos se clavaron en ella con severidad y reproche. Sintió que su acto de devoción debía de ser erróneo, y temblorosamente esperó que Jesús también lo condenara.

Pero el Salvador había observado todo lo que había sucedido y conocía los motivos de todos los allí reunidos. Leyó el objeto de María en su costosa ofrenda. Aunque había sido muy pecadora, su arrepentimiento era sincero, y Jesús, a la vez que reprendía su culpa, se había compadecido de su debilidad y la había perdonado. El corazón de María se llenó de gratitud ante la compasión de Jesús. Siete veces había oído su severa reprensión a los demonios que entonces controlaban su corazón y su mente, y había escuchado sus fuertes clamores a su Padre en favor de ella. Sabía cuán ofensivo era todo lo impuro para la mente inmaculada de Cristo, y venció su pecado con la fuerza de su Salvador. Fue transformada, partícipe de la naturaleza divina.

María había ofrecido su regalo en el homenaje agradecido de su corazón, y Jesús explicó su motivo y reivindicó su acto. "Déjala en paz", le dijo. "¿Por qué - preguntó- molestáis a la mujer? porque ha hecho una buena obra en mí". Justificó su obra ante todos los presentes como una muestra de su gratitud hacia él por haberla levantado de una vida de vergüenza a una de pureza, y por haberle enseñado a creer en él. Dijo: "Para el día de mi entierro ha guardado esto". El unguento tan sagradamente guardado para ungir el cuerpo muerto de su Señor lo había derramado sobre su cabeza en la creencia de que estaba a punto de ser elevado a un trono en Jerusalén. Jesús podría haber señalado a Judas ante los discípulos como la causa de tan severo juicio contra María. Podría haberles revelado la hipocresía de su carácter; podría haberles dado a conocer su total falta de sentimientos hacia los pobres y su malversación del dinero destinado a su socorro. Podría haber despertado su indignación contra él por su opresión de la viuda, el huérfano y el asalariado; pero se abstuvo de exponer el verdadero carácter de Judas. No le reprochó nada, y así evitó darle una excusa para su futura perfidia.

Pero reprendió a los discípulos, diciendo: "A los pobres los tenéis siempre con vosotros, y cuando queréis les hacéis bien; pero a mí no siempre me tenéis. Ella ha hecho lo que ha podido. Ha venido de antemano a ungir mi cuerpo para el entierro. En verdad os digo que dondequiera que se predique este Evangelio en todo el mundo, también se hablará de esto que ella ha hecho para memoria de ella." Jesús, mirando hacia el futuro, habló con certeza acerca de su evangelio: Que iba a ser predicado por todo el mundo. Los reinos se levantarían y caerían; los nombres de monarcas y conquistadores serían olvidados; pero la memoria del hecho de esta mujer sería inmortalizada en las páginas de la historia sagrada.

Si los discípulos hubieran apreciado correctamente el carácter exaltado de su Maestro, no habrían considerado ningún sacrificio demasiado costoso para

ofrecérselo al Hijo de Dios. Los sabios de Oriente comprendieron mejor su verdadera posición y el honor que se le debía que sus propios seguidores, que habían recibido su instrucción y contemplado sus poderosos milagros. Llevaron preciosos regalos al Salvador, y se inclinaron en homenaje ante él, cuando no era más que un bebé y estaba acunado en un pesebre.

La mirada que Jesús lanzó sobre el egoísta Judas le convenció de que el Maestro penetraba su hipocresía y leía su carácter bajo y despreciable. Se llenó de resentimiento. Su corazón ardía de envidia porque Jesús fuera el destinatario de una ofrenda digna de los monarcas de la tierra. Fue directamente de aquella cena a los sumos sacerdotes, y acordó entregarlo en sus manos. Los sacerdotes se alegraron mucho de ello, y "pactaron con él por treinta monedas de plata, y desde entonces buscó ocasión para entregarle."

En el caso de Judas vemos el temible resultado de la codicia y la ira impía. Despreció la ofrenda hecha a Jesús, y aunque no fue reprendido personalmente, se irritó al combinar la venganza con su avaricia, y vender a su Señor por unas pocas piezas de plata. María demostró cuánto apreciaba al Salvador cuando consideró que el regalo más precioso no era demasiado costoso para él; pero Judas valoró a Jesús por el precio por el que lo vendió; su alma mezquina comparó la vida del Hijo de Dios con una mísera suma de dinero. El mismo espíritu frío y calculador manifiestan hoy muchos que profesan a Cristo. Sus ofrendas a su causa son concedidas a regañadientes o retenidas por completo bajo diversas excusas plausibles. La pretensión de una amplia filantropía, ilimitada por la iglesia o el credo, no es infrecuentemente una de ellas, y alegan, como Judas, que es mejor dárselo a los pobres. Pero el verdadero cristiano muestra su fe invirtiendo en la causa de la verdad; se le conoce por sus obras, porque "la fe sin obras está muerta."

Jesús leyó el corazón de Simón, y supo cómo había sido influenciado por las insinuaciones de Judas, y que había cuestionado en su mente, diciendo: "Este hombre, si fuera profeta, habría sabido quién y qué clase de mujer es la que le toca; porque es pecadora." Cuando Judas salió de la casa, Jesús se volvió a su anfitrión y le dijo: "Simón, tengo algo que decirte." Simón respondió: "Maestro, dílo". Entonces Jesús procedió a decir una parábola, que ilustraba el contraste entre la gratitud de su anfitrión, que había sido curado de la lepra, y la de María, cuyos pecados habían sido perdonados. Dijo: "Había un acreedor que tenía dos deudores: uno debía quinientos peniques y el otro cincuenta. Y como no tenían nada que pagar, les perdonó francamente a los dos. Dime, pues, ¿cuál de ellos le amaré más?".

Simón no discernió la aplicación que Jesús quería hacer, pero le respondió: "Supongo que a quien más perdonó". Jesús replicó: "Has juzgado bien". Esta respuesta condenó a Simón. Había sido un gran pecador, y también un leproso repugnante, evitado por todos. Había acudido a Jesús implorando lastimosamente su ayuda, y Él, que nunca hacía oídos sordos al dolor humano, le había limpiado del pecado y de la terrible enfermedad que le aquejaba. Simón se sintió humillado, pero había sido un fariseo orgulloso y no se consideraba tan pecador como realmente era, y ahora se había vuelto autosuficiente y se había elevado en su propia estima. Se había exaltado a sí mismo como muy superior a la pobre mujer que ungió los pies de su Señor. Al hospedar a Jesús en su casa, pensó que le estaba rindiendo un gran respeto; pero el Salvador fue rebajado en su estimación cuando permitió la devoción de María, que había sido una gran pecadora. Pasó por alto el milagro que Jesús había obrado en él al salvarlo de una muerte en vida, y razonó fríamente consigo mismo si Jesús podía ser el Mesías y, sin embargo, rebajarse a recibir el regalo de aquella mujer. Pensó que si él fuera el Cristo, sabría que se le había acercado una pecadora y la rechazaría. No se daba cuenta de que él mismo había sido más pecador que ella, y que Cristo lo había perdonado a él tanto como a María. Estaba dispuesto a dudar del carácter divino de su Maestro porque creía detectar en él una falta de discernimiento.

Por otra parte, María estaba totalmente arrepentida y humillada por sus pecados. En su gratitud por la misericordia que la perdonaba, estaba dispuesta a sacrificarlo todo por Jesús, y ni por un momento dudó de su poder divino. No eran los grados comparativos de obligación que debían sentir las dos personas, lo que Jesús quería ilustrar con esta parábola, pues ambos eran incapaces de cancelar su deuda de gratitud; sino que tomó a Simón por su propio terreno, por sentirse más justo que la mujer, y le mostró que aunque los pecados que le habían sido perdonados eran grandes, no había pagado a su Benefactor con ese respeto y amor que echa fuera toda incredulidad. Su sentido de la obligación hacia su Salvador era pequeño, mientras que María, apreciando el don de la misericordia que se le había concedido, estaba llena de gratitud y amor.

Jesús estableció un agudo contraste entre los dos. Dijo: "¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa, y no me diste agua para los pies; pero ella me ha lavado los pies con lágrimas, y los ha enjugado con los cabellos de su cabeza. No me diste beso; pero esta mujer, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies. No ungió mi cabeza con aceite; pero esta mujer ha ungió mis pies con unguento."

El orgulloso fariseo había considerado que había honrado suficientemente a Jesús invitándolo a su casa; y en su propia consecuencia había descuidado mostrarle la consideración debida a un huésped tan exaltado, y a quien había obrado en él un milagro de misericordia. Jesús alentó los actos de cortesía de corazón, y la mujer, cuya gratitud y amor se expresaron en su acto de atención, fue altamente elogiada por el Salvador: "Por eso te digo que sus pecados, que son muchos, le han sido perdonados, porque amó mucho; pero a quien poco se le perdona, poco ama".

A Simón se le abrieron los ojos ante su negligencia e incredulidad. Le conmovió la bondad de Jesús al no reprenderle abiertamente delante de todos los invitados. Percibió que Jesús no deseaba exhibir su culpa y su falta de gratitud ante los demás, sino que deseaba convencer su mente mediante una exposición verdadera de su caso, y someter su corazón mediante una bondad compasiva. Una severa denuncia habría cerrado el corazón de Simón al arrepentimiento; pero la paciente amonestación le convenció de su error y le ganó el corazón. Vio la magnitud de la deuda que tenía con su Señor, y se convirtió en un hombre humilde y abnegado.

Cuando nos damos cuenta de la plena deuda de obligación con nuestro Salvador, estamos unidos a él por lazos más estrechos, y nuestro amor se expresará en todos nuestros actos. Jesús recordará toda obra buena hecha por sus hijos. Los abnegados y benévoloos vivirán en su memoria y serán recompensados. Ningún acto de devoción a su causa será olvidado por Él. No hay sacrificio demasiado costoso para ser ofrecido en el altar de nuestra fe.

16 de octubre de 1879

El amor y el poder de Jesús

EGW

La misión de Cristo le llevó a Cafarnaún. Cuando se difundió la noticia de que Jesús estaba hospedado en casa de Pedro, hombres, mujeres y niños acudieron de todas partes para escuchar al maravilloso Maestro. Había en la vecindad un hombre reducido a la más absoluta impotencia por la incurable enfermedad de la parálisis. Había perdido toda esperanza de recuperarse. Pero sus amigos y parientes habían oído la bondadosa instrucción de Jesús; habían presenciado sus maravillosos milagros; vieron que no rechazaba a nadie, que hasta los repugnantes leprosoos encontraban acceso a su presencia y eran curados, y

empezaron a abrigar la esperanza de que el paralítico podría aliviarse si se le ponía en conocimiento de Jesús.

Trataron de animar al enfermo, hablándole del poder milagroso de Jesús para curar todas las enfermedades, de las palabras de misericordia que había dirigido a los desesperados, y de los que son liberados del poder de Satanás por una palabra de su sublime autoridad. Mientras el paralítico escuchaba las buenas nuevas, revivió en su corazón la esperanza de ser aliviado de su terrible enfermedad. Ansiaba ver a Jesús y ponerse en sus manos. Pero cuando reflexionó que la disipación había sido la causa principal de su aflicción, la esperanza se desvaneció, pues temía no ser tolerado en presencia del Médico puro. Había amado los placeres del pecado, su vida había sido una transgresión de la ley de Dios, y su aflicción corporal era la pena de su crimen.

Mucho antes había puesto su caso en manos de los fariseos y los médicos, suplicándoles su interés y simpatía, con la esperanza de que hicieran algo para aliviar su mente torturada y sus sufrimientos físicos. Pero le habían mirado fríamente y declarado incurable. Aumentaron su aflicción diciéndole que sólo sufría el justo castigo de Dios por sus faltas. Era costumbre de los fariseos mantenerse alejados de los enfermos y necesitados. Sostenían que la enfermedad y la angustia eran siempre una prueba de la ira de Dios contra el transgresor. Sin embargo, con frecuencia estos mismos hombres, que se exaltaban a sí mismos como santos y gozaban del favor peculiar de Dios, eran más corruptos de corazón y de vida que los pobres sufrientes a quienes condenaban.

El paralítico se había hundido en la desesperación, al no ver ayuda en ninguna parte, hasta que la noticia de los milagros de misericordia realizados por Jesús despertó de nuevo la esperanza en su pecho. Sin embargo, temía que no se le permitiera estar en su presencia; sentía que si Jesús tan sólo le viera y le aliviara la mente perdonándole sus pecados, se contentaría con vivir o morir según su justa voluntad. Sus amigos le aseguraron que Jesús había curado a otros que eran en todos los aspectos tan pecadores e indefensos como él, y esto le animó a creer que su propia petición sería concedida.

Sentía que no había tiempo que perder; su carne consumida ya empezaba a descomponerse. Si podía hacerse algo para detener la mortalidad, debía hacerse de inmediato. El grito desesperado del moribundo fue: ¡Oh, si pudiera llegar a su presencia! Sus amigos estaban ansiosos por ayudarle a satisfacer su deseo, y se sugirieron varios proyectos para lograr este resultado, pero ninguno de ellos

parecía factible. El enfermo, aunque atormentado por el dolor corporal, conservaba toda la fuerza de su intelecto, y ahora propuso que sus amigos lo llevaran en su lecho hasta Jesús. Ellos se comprometieron alegremente a hacerlo.

A medida que se acercaban a la densa multitud que se había congregado en torno a la casa donde Jesús enseñaba, parecía dudoso que pudieran lograr su propósito. Sin embargo, siguieron adelante con su carga, hasta que su paso quedó completamente bloqueado y se vieron obligados a detenerse antes de llegar a oír la voz del Salvador. Jesús estaba dentro, y, como era costumbre, sus discípulos se sentaron cerca de él; porque era sumamente importante que oyeran sus palabras y comprendieran las verdades que habían de proclamar de palabra o por medio de la pluma por todas las tierras y a través de todas las edades.

Los altivos fariseos, los doctores y los escribas, también estaban reunidos cerca con perversos propósitos en sus corazones, y con el deseo de confundir y confundir al sagrado Maestro, para poder acusarlo de ser un impostor, y condenarlo a muerte. Celosos de su poder y sabiduría, ocultaban su intenso odio, con el propósito de vigilar de cerca sus palabras, e interpellarle sobre diversos temas con la esperanza de sorprenderle en alguna contradicción o herejía prohibida que les diera una excusa para presentar cargos contra él. Estaban presentes cuando Jesús curó la mano seca en el día de reposo, y estos hombres, que decían gozar del favor especial de Dios, se llenaron de locura porque había presumido hacer esta buena obra en el día del Señor.

Fuera de estos magnates se agolpaba la promiscua multitud, atraída allí por diversos motivos. Algunos sentían un impulso irresistible por escuchar las palabras de Jesús, aunque apenas comprendían su significado. Estaban ansiosos por captar cada sílaba de las sagradas palabras; y, en muchos casos, semillas de vida se alojaron en sus corazones, para brotar después y dar frutos benditos. Otros acudían movidos por el asombro y la curiosidad, o por el amor a la emoción, por el deseo de ver y oír algo nuevo. Estaban representadas todas las clases sociales y muchas nacionalidades diferentes.

A través de esta multitud, los portadores del paralítico intentan abrirse paso, pero el intento es inútil. Insisten en la necesidad de su caso para convencer a la gente de que retroceda, pero es inútil. Los sufrimientos del inválido aumentan por su ansiedad, y sus amigos temen que muera en esta escena de confusión. El enfermo mira a su alrededor con una angustia inexpresable. ¿Debe renunciar a toda esperanza cuando la ansiada ayuda no está cerca? Siente que no puede

soportar una decepción tan amarga. Sugiere que lo lleven a la parte trasera de la casa, que rompan el techo y lo dejen bajar a la presencia inmediata de Jesús.

Viendo que es su única oportunidad de vida, y temiendo que no pueda vivir para ser llevado a casa, sus amigos siguen su sugerencia. Se abre el techo y el enfermo se deja caer a los pies de Cristo. Se interrumpe el discurso; el Salvador contempla aquel semblante afligido, y ve los ojos suplicantes fijos en él con una súplica silenciosa. Comprende el caso, porque era él quien había conducido a sí al espíritu perplejo y dubitativo. Había venido al mundo para dar esperanza a los culpables y desdichados. Juan lo había señalado como "el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". El espíritu divino de Jesús conmovió el corazón de este pobre pecador, y mientras aún estaba en casa, había traído convicción a su conciencia. Había visto cómo el primer atisbo de fe se profundizaba en la creencia de que Jesús era su único ayudador, y la había visto fortalecerse con cada esfuerzo por llegar a su presencia.

El que sufría tenía riquezas, pero no podía aliviar su alma de la culpa, ni eliminar la enfermedad de su cuerpo. Pero el poder divino lo atrajo hacia el Amigo de los pecadores, el único que podía aliviarlo. Jesús reconoce la fe que evidencian los esfuerzos del enfermo, bajo tan desconcertantes dificultades, por llegar a la presencia de su Señor, y alzando su voz en tonos melódicos, se dirigió a él: "Hijo, ten ánimo, tus pecados te son perdonados". El peso de las tinieblas y de la desesperación rueda del alma del enfermo; la paz del amor y del perdón perfectos reposa sobre su espíritu y resplandece en su semblante. Su dolor físico desaparece, y todo su ser se transforma ante los ojos de la multitud atónita. El parálítico indefenso es curado, el pecador culpable es perdonado. Ha recibido la prueba que tanto deseaba. Pero no aquí, sino en su casa, cuando se había arrepentido de sus pecados y creído en el poder de Jesús para sanarlo, las misericordias vivificantes del Salvador habían bendecido por primera vez su corazón anhelante.

La fe sencilla del parálítico aceptó las palabras del Maestro, como la bendición de una nueva vida. No prefirió pedir nada más, no hizo ninguna demostración ruidosa, sino que permaneció en un silencio dichoso, demasiado feliz para las palabras. La luz del Cielo irradiaba su rostro, y la gente contemplaba con asombro la escena que tenían ante sí. Cristo estaba de pie con una serena majestad que lo elevaba por encima de los dignatarios de la sinagoga y de los doctores de la ley. Los fariseos, los escribas y los doctores habían esperado ansiosamente para ver qué disposición tomaría Jesús en este caso. Recordaban que el enfermo les había pedido ayuda, y que ellos se habían atrincherado en la

santidad de su oficio y le habían negado un rayo de aliento. Incluso habían expresado su disgusto por tener que ocuparse de un asunto tan desagradable. Habían mirado con horror su forma arrugada y habían dicho: "No podemos resucitar a un muerto; la disolución ya ha comenzado".

No satisfechos con la agonía así infligida, habían declarado que sufría la maldición de Dios por sus pecados. Todo esto les vino a la memoria cuando vieron al enfermo ante ellos. También percibieron que el pueblo, que en su mayoría conocía estos hechos, observaba la escena con intenso interés y temor. Sentían un terrible temor de que su propia influencia se perdiera, no sólo sobre la multitud presente, sino también sobre todos los que oyeran la noticia de este maravilloso acontecimiento.

Estos elevados hombres no intercambiaron palabras, pero al mirarse a la cara leyeron el mismo pensamiento expresado en cada semblante: Hay que hacer algo para detener la marea del sentimiento popular. Jesús había declarado que los pecados del parálítico estaban perdonados. Los fariseos captaron estas palabras como una asunción de poder infinito, una blasfemia contra Dios, y concibieron que podían presentar esto ante el pueblo como un crimen digno de muerte. No expresaron sus pensamientos, pero estos adoradores de formas y símbolos decían en sus mentes: ¡Es un blasfemo! ¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios? Se aferraban a las palabras de perdón divino del Salvador para utilizar un medio con el que acusarle. Pero Jesús leyó sus pensamientos, y, fijando en ellos su mirada reprobadora, ante la cual se acobardaron y retrocedieron, les dirigió estas palabras "¿Por qué razonáis así en vuestros corazones? ¿Es más fácil decir al parálítico: Tus pecados te son perdonados, o decirle: Levántate y anda? Pero para que sepáis que el Hijo del hombre tiene poder en la tierra para perdonar pecados (dice al parálítico), a ti te digo: Levántate, toma tu lecho y vete a tu casa."

Entonces, el que había sido llevado a Jesús en una litera, y cuyos miembros estaban entonces inutilizados, se pone en pie con la elasticidad y la fuerza de la juventud. La sangre vivificante recorre sus venas, buscando sus cauces naturales con precisión infalible. La rezagada maquinaria humana se pone en súbita actividad, el animado resplandor de la salud sucede a la palidez de la muerte próxima. "Y en seguida se levantó, tomó el lecho y salió delante de todos, de tal manera que todos se asombraron y glorificaron a Dios, diciendo: Nunca lo habíamos visto de esta manera."

¡Oh, maravilloso amor de Cristo, que se inclina para curar al culpable y al afligido! ¡Divinidad que llora y alivia los males de la humanidad doliente! ¡Maravilloso poder manifestado así a los hijos de los hombres! ¿Quién puede dudar del mensaje de salvación? ¿Quién puede despreciar las misericordias de un Redentor compasivo?

El efecto de este maravilloso milagro sobre la gente fue como si el Cielo se hubiera abierto y revelado las glorias de un mundo mejor. Cuando el hombre que había sido curado de la parálisis pasó entre la multitud, bendiciendo a Dios a cada paso, y llevando su carga como si fuera el peso de una pluma, la gente se echó hacia atrás para dejarle sitio, y con rostros asombrados le contemplaban, y murmuraban en voz baja entre ellos, diciendo: "Hoy hemos visto cosas extrañas." Los fariseos estaban mudos de asombro y abrumados por la derrota. Vieron que aquí no había oportunidad para que sus prejuicios y celos inflamaran a la multitud. La maravillosa obra realizada en el hombre a quien ellos, en su arrogancia, habían entregado a la muerte y a la ira de Dios, había impresionado de tal manera las mentes del pueblo que la influencia de estos judíos dirigentes fue, por el momento, olvidada. Vieron que Cristo poseía un poder, y lo reclamaron como prerrogativa propia, que ellos pensaban que pertenecía sólo a Dios. La gentil dignidad de sus modales, unida a sus obras milagrosas, contrastaba tan marcadamente con el porte orgulloso y farisaico de ellos, que se sintieron desconcertados y avergonzados, reconociendo, pero no confesando, la presencia de un Ser Superior.

Si los escribas y fariseos hubieran sido honestos ante Dios, habrían cedido ante la evidencia concluyente que habían presenciado de que Jesús era el Prometido de Israel. Pero estaban decididos a que nada los convenciera de este hecho. Estaban en altanera y decidida oposición a este manso y humilde Maestro, que procedía de los talleres de Nazaret, pero que con sus maravillosas obras amenazaba con aniquilar su dignidad y posición. Así que no cedieron en nada a su odio y malicia, sino que se fueron a inventar nuevos planes para condenar y silenciar al Hijo de Dios.

Estos hombres habían recibido muchas y repetidas pruebas de que Jesús era el Salvador prometido, pero ninguna había sido tan convincente e incuestionable como este milagro de misericordia. Sin embargo, cuanto más fuerte era la evidencia que se presentaba a sus mentes de que Jesús tenía poder en la tierra para perdonar los pecados, así como para sanar a los enfermos, más se armaban de odio e incredulidad, hasta que Dios los abandonó a la forja de cadenas que

los atarían en una oscuridad sin esperanza. No había poder de reserva para llegar a corazones tan endurecidos por la malicia y el escepticismo.

Muchos en estos días están tomando el mismo curso que los judíos incrédulos. Dios les ha dado luz que se niegan a aceptar. Su Espíritu los ha reprendido; pero ellos han hecho de sus reprensiones un tropiezo en su camino, sobre el cual tropiezan y caen. Han rechazado sus misericordias ofrecidas, han despreciado creer su verdad, hasta que se les ha dejado sin freno para que sigan su curso descendente.

Hubo gran regocijo en la casa del paralítico curado, cuando llegó en medio de su familia, llevando con facilidad la camilla en la que había sido lentamente llevado de su presencia poco tiempo antes. Se reunieron a su alrededor con lágrimas de alegría, apenas atreviéndose a creer lo que veían sus ojos. Estaba ante ellos con todo el vigor de la edad viril. Aquellos brazos que habían visto sin vida obedecían con presteza a su voluntad; la carne que había estado encogida y plomiza estaba ahora fresca y rubicunda de salud; caminaba con paso firme y libre; la esperanza se reflejaba en todos los rasgos de su semblante; toda la tristeza había desaparecido, y una expresión de paz y pureza había sustituido a las marcas del pecado y del sufrimiento. De aquella casa se elevaban alegres acciones de gracias, y Dios era glorificado por medio de su Hijo, que había devuelto la esperanza al desesperado y la fuerza al afligido. Este hombre y su familia estaban dispuestos a dar la vida por Jesús. Ninguna duda podía oscurecer su fe, ninguna incredulidad podía empañar su perfecta lealtad a Cristo, que había traído luz a su oscurecido hogar.

23 de octubre de 1879

Sabiduría y compasión de Jesús

EGW

Mientras Jesús enseñaba, los escribas y fariseos le presentaron a una mujer a la que acusaban de adulterio, y le dijeron: Maestro, Moisés nos mandó en la Ley que los tales fueran apedreados; pero tú, ¿qué dices? Esto decían tentándole, para tener de qué acusarle. Pero Jesús se inclinó, y con el dedo escribía en tierra, como si no les hubiera oído."

Los escribas y fariseos se habían puesto de acuerdo para llevar este caso ante Jesús, pensando que cualquiera que fuese la decisión que tomase al respecto, encontrarían en ella ocasión para acusarle y condenarle. Si absolvía a la mujer,

le acusarían de despreciar la ley de Moisés y le condenarían por ello; y si declaraba que era culpable de muerte, le acusarían ante los romanos de incitar a la sedición y arrogarse una autoridad que sólo a ellos pertenecía. Pero Jesús sabía muy bien con qué propósito le habían traído este caso; leía los secretos de sus corazones y conocía el carácter y la historia de la vida de todos los hombres que estaban en su presencia. Parecía indiferente a la pregunta de los fariseos, y mientras ellos hablaban y presionaban sobre él, se inclinó y escribió descuidadamente con el dedo en la arena.

Aunque lo hacía sin propósito aparente, Jesús trazaba en el suelo, con caracteres legibles, los pecados particulares de que eran culpables los acusadores de la mujer, comenzando por el mayor y terminando por el menor. Al fin, los fariseos se impacientaron ante la indiferencia de Jesús y su tardanza en decidir la cuestión que se le planteaba, y se acercaron más, insistiendo en el asunto. Pero cuando sus ojos se posaron en las palabras escritas en la arena, el miedo y la sorpresa se apoderaron de ellos. La gente, que miraba, vio que sus semblantes cambiaban repentinamente, y se acercaron para descubrir qué era lo que miraban con tal expresión de asombro y vergüenza. Muchos de los que así se congregaban leyeron también el registro del pecado oculto inscrito contra estos acusadores de otro.

Entonces Jesús "levantándose, les dijo: El que de vosotros esté sin pecado, tire primero la piedra contra ella. Y volviéndose a inclinar, escribió en tierra". Los acusadores vieron que Jesús no sólo conocía los secretos de sus pecados pasados, sino que estaba al corriente de su propósito al traer este caso ante él y que, con su incomparable sabiduría, había derrotado su plan profundamente urdido. Ahora temían que Jesús expusiera su culpabilidad a todos los presentes y, por lo tanto, "convencidos por su propia conciencia, salieron uno por uno, comenzando por el mayor hasta el último; y Jesús quedó solo, y la mujer en medio".

No había uno solo de sus acusadores que fuera más culpable que la mujer con cargo de conciencia que estaba temblando de vergüenza ante él. Después que los fariseos abandonaron apresuradamente la presencia de Cristo, en su culpable consternación, él se levantó y miró a la mujer, diciendo: "Mujer, ¿dónde están tus acusadores? Ella dijo: Nadie, Señor. Jesús le dijo: Yo tampoco te condeno. Vete y no peques más".

Jesús no palió el pecado ni disminuyó el sentido del crimen; pero no vino a condenar; vino a conducir a los pecadores a la vida eterna. El mundo miraba a

esta mujer descarriada como alguien a quien despreciar y desdeñar; pero Jesús, puro y santo, se inclinó para dirigirse a ella con palabras de consuelo, animándola a reformar su vida. En vez de condenar a los culpables, su obra consistía en llegar a las profundidades mismas de la aflicción y la degradación humanas, levantar a los envilecidos y pecadores, y pedir a los temblorosos penitentes que "no pequen más". Cuando la mujer se presentó ante Jesús, acobardada bajo la acusación de los fariseos y consciente de la enormidad de su crimen, sabía que su vida temblaba en la balanza, y que una palabra de Jesús echaría más leña al fuego de la indignación de la multitud, de modo que la apedrearían inmediatamente hasta la muerte.

Sus ojos caen ante la mirada serena y escrutadora de Cristo. Abatida por la vergüenza, es incapaz de contemplar aquel santo rostro. Mientras espera que se dicte sentencia contra ella, llegan a sus oídos atónitos las palabras que no sólo la libran de sus acusadores, sino que los despiden condenados por crímenes mayores que el suyo. Después de que se han ido, ella oye las palabras tristemente solemnes: "Yo tampoco te condeno. Vete y no peques más". Su corazón se derrite de dolor penitencial; y, con gratitud a su Libertador, se inclina a los pies de Jesús sollozando con acentos rotos las emociones de su corazón, y confesando sus pecados con lágrimas amargas.

Este fue el comienzo de una nueva vida para esta alma tentada y caída, una vida de pureza y paz, dedicada al servicio de Dios. Al elevar a esta mujer a una vida de virtud, Jesús realizó un acto más grande que el de curar la enfermedad corporal más grave; curó la enfermedad del alma que lleva a la muerte eterna. Esta mujer penitente se convirtió en una de las más firmes amigas de Jesús. Correspondió a su perdón y compasión con un amor y una adoración abnegados. Más tarde, cuando permaneció apesadumbrada al pie de la cruz, y vio la agonía en el rostro de su Señor, y oyó su amargo llanto, su alma fue traspasada de nuevo; porque sabía que este sacrificio era a causa del pecado; y su responsabilidad como alguien cuya profunda culpa había ayudado a provocar esta angustia del Hijo de Dios, parecía muy pesada. Sintió que aquellos dolores que atravesaron el cuerpo del Salvador eran por ella; la sangre que manó de sus heridas era para borrar su registro de pecado; los gemidos que escaparon de sus labios moribundos fueron causados por su transgresión. Le dolía el corazón con un dolor inexpresable, y sentía que una vida de expiación abnegada compensaría pobremente el don de la vida, comprado por ella a un precio tan infinito.

En su acto de perdonar y animar a esta mujer caída a vivir una vida mejor, el carácter de Jesús resplandece en la belleza de una justicia perfecta. Sin conocer la mancha del pecado, se compadece de la debilidad de la descarriada y le tiende una mano amiga. Los fariseos santurroneos e hipócritas denuncian, y la multitud tumultuosa está lista para apedrear y matar, y la víctima temblorosa espera la muerte: Jesús, el Amigo de los pecadores, le dice: "Vete y no peques más".

No es el verdadero seguidor de Cristo el que se aparta de los descarriados con ojos fríos y desviados, dejándoles que sigan sin freno su curso descendente. La caridad cristiana es lenta para censurar, rápida para detectar la penitencia, dispuesta a perdonar, a animar, a poner al errante en el camino de la virtud y a detener sus pies en él.

La sabiduría demostrada por Jesús en esta ocasión, al defenderse contra los designios de sus enemigos, y la prueba que les dio de que conocía los secretos ocultos de sus vidas, la convicción que impuso a las conciencias culpables de los mismos hombres que trataban de destruirlo, fueron pruebas suficientes de su carácter divino. Jesús también enseñó otra lección importante en esta escena: Que los que siempre están dispuestos a acusar a los demás, rápidos para descubrirlos en el mal y celosos de que sean llevados ante la justicia, a menudo son más culpables en sus propias vidas que aquellos a quienes acusan. Muchos de los que contemplaron la escena fueron llevados a comparar la compasión indulgente de Jesús con el espíritu implacable de los fariseos, para quienes la misericordia era algo extraño; y se volvieron hacia el Salvador compasivo como hacia alguien que llevaría al pecador arrepentido a la paz y la seguridad.

"Entonces Jesús volvió a hablarles, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida". Jesús se había representado a sí mismo, en su relación con el hombre caído, como una fuente de agua viva, a la que todos los sedientos pueden acudir y beber. Las brillantes luces del templo iluminaban toda Jerusalén, y ahora utilizaba esas luces para representar su relación con el mundo. En tonos claros y emocionantes declaró: "Yo soy la luz del mundo". Como las radiantes lámparas del templo iluminaban toda la ciudad, así Cristo, fuente de luz espiritual, iluminaba las tinieblas de un mundo sumido en el pecado. Sus modales eran tan impresionantes, y sus palabras tenían tal peso de verdad, que muchos estaban allí convencidos de que era realmente el Hijo de Dios. Pero los fariseos, siempre dispuestos a contradecirle, le acusaron de egoísmo, diciendo: "Tú hablas de ti mismo; tus palabras no son verdaderas". Jesús, respondiendo a sus objeciones, afirmó de nuevo su encargo divino:

"Aunque yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero; porque yo sé de dónde he venido y a dónde voy; pero vosotros no sabéis de dónde vengo ni a dónde voy". Ignoraban su carácter y misión divinos porque no habían escudriñado las profecías relativas al Mesías, como era su privilegio y deber hacer. No tenían conexión con Dios y el Cielo, y por lo tanto no comprendían la obra del Salvador del mundo, y, aunque habían recibido las pruebas más convincentes de que Jesús era el Salvador, se negaban a abrir sus mentes para comprender. Al principio habían puesto sus corazones en contra de él, y se negaron a creer la prueba más fuerte de su divinidad, y, como consecuencia, sus corazones se habían endurecido hasta que estaban decididos a no creer ni aceptarlo.

"Vosotros juzgáis según la carne; yo no juzgo a nadie. Y sin embargo, si juzgo, mi juicio es verdadero; porque no estoy solo, sino yo y el Padre que me envió." Así declaró que había sido enviado por Dios, para hacer su obra. No había consultado con los sacerdotes ni con los gobernantes el camino que había de seguir, porque su encargo procedía de la autoridad suprema, incluso del Creador del universo. Jesús, en su sagrado oficio, había enseñado al pueblo, había aliviado el sufrimiento, había perdonado el pecado, y había limpiado el templo, que era la casa de su Padre, y expulsado a sus profanadores de sus portales sagrados; había condenado la vida hipócrita de los fariseos, y reprendido sus pecados ocultos; y en todo esto había actuado bajo la instrucción de su Padre Celestial. Por eso le odiaban y querían matarle. Jesús les declaró: "Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba. Vosotros sois de este mundo; yo no soy de este mundo".

"Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que yo soy, y que nada hago por mí mismo, sino como mi Padre me ha enseñado". "Y el que me envió está conmigo; el Padre no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que le agrada". Estas palabras fueron pronunciadas con un poder estremecedor y, por el momento, cerraron los labios de los fariseos, e hicieron que muchos de los que escuchaban con mente atenta se unieran a Jesús, creyendo que era el Hijo de Dios. A estos creyentes les dijo: "Si permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos. Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres". Pero a los fariseos que le rechazaban, y que endurecían su corazón contra él, les declaró: "Yo me voy, y vosotros me buscaréis, y moriréis en vuestros pecados; adonde yo voy, vosotros no podéis venir".

Pero los fariseos tomaron sus palabras, dirigidas a los que creían, y las comentaron, diciendo: "Nosotros somos descendencia de Abrahán, y nunca

estuvimos sometidos a nadie; ¿cómo dices tú: Seréis libres?". Jesús miró a estos hombres -esclavos de la incredulidad y de la amarga malicia, cuyos pensamientos estaban inclinados a la venganza- y les contestó: "En verdad, en verdad os digo: Todo aquel que comete pecado, es siervo del pecado." Estaban en la peor de las esclavitudes, gobernados por el espíritu del mal. Jesús les declaró que si fueran los verdaderos hijos de Abraham, y vivieran en obediencia a Dios, no tratarían de matar a uno que estaba diciendo la verdad que le había sido dada por Dios. Esto no era hacer las obras de Abraham, a quien reclamaban como su padre.

Jesús, con sorprendente énfasis, negó que los judíos siguieran el ejemplo de Abraham. Dijo: "Vosotros hacéis las obras de vuestro padre". Los fariseos, comprendiendo en parte lo que quería decir, dijeron: "Nosotros no somos nacidos de fornicación; tenemos un solo Padre, que es Dios." Pero Jesús les respondió "Si Dios fuera vuestro Padre, me amaríais; porque yo he salido y vengo de Dios; ni he venido de mí mismo, sino que él me ha enviado." Los fariseos se habían apartado de Dios y se negaban a reconocer a su Hijo. Si sus mentes hubieran estado abiertas al amor de Dios, habrían reconocido al Salvador que él había enviado al mundo. Jesús reveló audazmente su desesperada condición:

"Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. El fue homicida desde el principio, y no permaneció en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira. Y porque os digo la verdad, no me creéis". Estas palabras fueron pronunciadas con doloroso patetismo, al darse cuenta Jesús de la terrible condición en que habían caído aquellos hombres. Pero sus enemigos lo escucharon con ira incontrolable; aunque su porte majestuoso, y el poderoso peso de las verdades que pronunciaba, los mantuvieron impotentes. Jesús continuó trazando el agudo contraste entre su posición y la de Abrahán, de quien decían ser hijos:

"Tu padre Abraham se regocijó al ver mi día; y lo vio, y se alegró". Los judíos escucharon incrédulos esta afirmación, y dijeron, con sorna: "Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham?". Jesús, con una altiva dignidad que envió un estremecimiento de convicción a través de sus almas culpables, respondió: "En verdad, en verdad os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy." Por un momento, se hizo el silencio en todo el pueblo, mientras el grandioso y terrible significado de estas palabras caía en sus mentes. Pero los fariseos, recuperándose rápidamente de la influencia de sus palabras, y temiendo su

efecto sobre el pueblo, comenzaron a crear un alboroto, arremetiendo contra él como blasfemo. "Entonces tomaron piedras para arrojárselas; pero Jesús se escondió y salió del templo, pasando por en medio de ellos, y así pasó".

23 de octubre de 1879

Santificación

EGW

Lo siguiente es de una carta escrita por la hermana White, el 8 de octubre:- Nuestra reunión de campamento en Rochester, Indiana, ha terminado. Llegamos al terreno en una condición exhausta, tomamos frío por la humedad acumulada en la tienda, lo que nos hizo trabajar con gran dificultad durante toda la reunión. Pero ésta ha sido una buena reunión, y muy provechosa para Indiana. Sentí la carga de instar a la gente sobre la necesidad de obtener una experiencia individual en las cosas de Dios, que su prosperidad espiritual dependía de una conexión estrecha y constante con él.

Muchos estaban tan absortos en los afanes de esta vida, que descuidaban sus intereses superiores. Sentí el peligro de esta gente y el Señor me dio un testimonio especial por ellos. El sábado hubo un profundo sentimiento en la reunión; un buen número se acercó para orar, varios de ellos estaban dando su primer paso al lado del Señor. Después de que se oró por ellos, se dirigieron en pequeños grupos a varias tiendas, y se escogió un ministro para cada tienda donde estaban reunidos, y se prosiguió la obra que había comenzado en la tienda grande. Estas reuniones se caracterizaron por un profundo sentimiento. Varios declararon que habían llegado a la reunión con prejuicios, pero que se iban a casa para guardar el sábado y unirse a este pueblo.

La asistencia del domingo fue buena. La congregación parecía ser de la mejor clase de la sociedad, y escuchó con atención.

El lunes a las cinco, al toque de la campana, nos reunimos bajo la tienda. Durante la noche había estado tan agobiado que no pude dormir, y pasé estas horas de vigilia suplicando a Dios en mi favor y en favor de los ministros de la Conferencia de Indiana. Tenía la seguridad de que Dios se revelaría a nosotros y nos ayudaría en nuestro momento de necesidad. El Señor me fortaleció para dar el testimonio que me había dado, a los ministros en particular.

La falsa teoría de la santificación había amenazado no sólo la unidad y la armonía de las familias, sino también la paz y la prosperidad de la iglesia. Sobre este tema yo tenía un testimonio especial que dar.

Esta falsa santificación es muy peligrosa y engañosa en su influencia sobre todos los que la aceptan. Una atmósfera peculiar los rodea, una influencia que, cuando se pone en contacto con otros, si no es discernida, es respirada inconscientemente por el receptor. Esta atmósfera está cargada de un veneno que es mortal para la espiritualidad. No hay trampas de Satanás más difíciles de discernir y definir, y de las que las almas puedan ser rescatadas, que este engaño.

Los que aceptan esta falsa santificación no dudan en apartarse del cuerpo y erigirse en criterios. Afirman que el Señor los guía, y no buscan el consejo de la iglesia, sino que se mueven por su cuenta, engañados en sí mismos y engañando a los demás. El veneno de esta así llamada santificación es inhalado, y la atmósfera, aparentemente tan balsámica, es intoxicante y destructiva para aquellos que están encantados con ella. Cada individuo tendrá una independencia propia, reclamando ser enseñado por Dios; por lo tanto nadie debe interponerse en su camino o interferir con su curso de acción. Así lo quiere Satanás. La voz de la iglesia, el poder delegado de Dios en la tierra, es dejada de lado y despreciada. Estos que se profesan santificados están llenos de vanidosa presunción, y con presunción se mueven en su propia sabiduría, exhortando a otros a que lleguen a la norma exaltada de ellos mismos. Ignoran las enseñanzas y la oración de Cristo de que sus discípulos sean uno como él fue uno con el Padre, "para que el mundo crea que tú me enviaste". La unidad y la unicidad de la iglesia debían ser la epístola viviente, conocida y leída por todos los hombres. El mundo debía ver en su armonía y amor mutuo la vida de Cristo ejemplificada.

Los individuos que se lanzan a una nueva luz y a una nueva verdad, independientemente del cuerpo, están siguiendo un curso directamente contrario a la palabra de Dios. Si tienen alguna influencia sobre otros, es para desafiarlos y apartarlos de la vigilancia, el consejo y la fortaleza del cuerpo. Y los mismos que pretenden la santificación, tienen en sus corazones insubordinación, orgullo, envidia, celos y malas conjeturas acerca de sus hermanos. Se sientan como jueces sobre la vida y el carácter de sus hermanos. Estos son los frutos que generalmente se encuentran creciendo en el árbol de la falsa santificación. Esta clase se ha graduado. Suponen que han llegado al conocimiento de la verdad. Si asisten a las reuniones campestres, pensarán que están tan adelantados con respecto a los siervos de Dios que trabajan en las

reuniones que no pueden aprender nada, por lo tanto la palabra o el mensaje de instrucción que Dios da a sus siervos para el pueblo no es para ellos. Generalmente se les encontrará apartando a uno o dos, manteniéndolos en conversación, impartiendoles la gran luz que ellos suponen que tienen; y así algunos son privados de oír el mensaje de Dios para el pueblo. Estos hombres que se engañan a sí mismos están apartando almas del cuerpo, alejándose de Cristo y trayendo disensión y división. La experiencia individual se coloca por encima de la autoridad de la iglesia, y su ejemplo lleva a otros a quienes engañan a considerar con ligereza la voz del consejo y la amonestación de la iglesia. Este proceder ha causado la ruina de muchas almas en todas las épocas del mundo. Como hijos en la familia de Dios, necesitamos la sabiduría y la experiencia de cristianos maduros para que nos dirijan, nos animen y nos defiendan en tiempos de peligro, y nos lleven a crecer constantemente en la gracia y a buscar logros diarios en el conocimiento de la verdad y la verdadera santidad.

En el ministerio de Cristo y sus apóstoles, los que se convertían a la verdad entraban en relación con la iglesia; y toda oveja descarriada y perdida que se encontraba, era llevada al redil de la iglesia, para que bajo la dirección del Maestro, por medio de los subpastores, pudiera entrar y salir y encontrar pastos. Dios ha instituido su Iglesia y le ha delegado su autoridad y su poder. Le ha dado los oráculos inspirados, la ha provisto de pastores y maestros para que lleven adelante su obra en la tierra cuando él la abandone. En una fecha posterior, cuando la iglesia se debilitó porque sus miembros individuales fueron inducidos a errores, y la vida espiritual se enfrió y se paralizó por las recaídas, el apóstol inspirado exclamó: "Tengo celos de vosotros con celos piadosos". "Pero temo que, como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así vuestras mentes sean corrompidas de la simplicidad que hay en Cristo". Nada es tan desmoralizador, tan debilitante para la iglesia, como que sus miembros individuales obtengan una carga sobre esta falsa santificación, que los aleja de la sencillez del evangelio de Cristo. Satanás siempre aleja a esta clase de la iglesia, y los lleva a considerar que la iglesia está muy por detrás de ellos en espiritualidad y experiencia. El poder y la gloria de Dios se revelan en su iglesia. Aquí Dios da las bendiciones de su gracia. Aquí revela los misterios de su voluntad.

Siempre ha habido y habrá cizaña entre el trigo, las vírgenes necias con las prudentes, los que no tienen aceite en sus vasijas con sus lámparas. Hubo un Judas codicioso en la iglesia que Cristo formó en la tierra, y habrá Judas en la iglesia en cada etapa de su historia. Pero el hecho de que los haya no quita que Dios tenga una iglesia. Había murmuradores, envidiosos y celosos en las tribus

de Israel, que viajaban hacia la prometida Canaán; pero, a pesar de ello, Dios los guiaba por una columna de nube de día y una columna de fuego de noche. Los corazones engañosos de los individuos los llevarán por mal camino porque ven imperfecciones en la iglesia, pero estos mismos tienen caracteres defectuosos que no discernen. Estos mismos son capaces de ser útiles en la iglesia si estuvieran conectados con la gran Cabeza de la iglesia. Pero si eligen ser presuntuosos, y en autosuficiencia se salen por alguna tangente, la iglesia seguirá adelante sin ellos. Cada miembro de la iglesia está obligado por el voto más solemne a promover sus intereses y a trabajar desinteresada y devotamente por su éxito.

La prosperidad de la iglesia depende de la fidelidad, la pureza y el celo de cada uno de sus miembros. Cristo "amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, y purificarla en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha."

Si todos los que ambicionan distinguirse por encima de sus hermanos pudieran estimar hasta qué profundidad de humillación se sometió Cristo por ellos, y aprendieran de la cruz de la humillación a someterse unos a otros, existiría en la iglesia una sencillez y un poder que tendrían una influencia reveladora en el mundo. A través de la cruz podemos aprender el amor que debemos tener por nuestros semejantes, y el valor de las almas por las que Cristo murió, y nuestras obras, en abnegación para salvar a las almas que perecen a nuestro alrededor se corresponderán con nuestra fe.

20 de noviembre de 1879

La gran controversia entre Cristo y sus ángeles y Satanás y sus ángeles

EGW

Capítulo 13-Jacob y el ángel

Siempre tenía presente el pecado que Jacob había cometido al engañar a su padre. Sabía que su largo exilio era el resultado de su propia desviación de la estricta integridad, la ley del bien. Reflexionaba sobre estas cosas día y noche, su conciencia lo acusaba y hacía que su viaje fuera muy triste. Cuánto anhelaba volver a pisar el suelo donde había tropezado y traído la mancha del pecado sobre su alma. Antes de su transgresión, tenía un sentido de la aprobación de Dios que lo hacía valiente en las dificultades y alegre en medio de los problemas

y la tristeza. Esta paz profunda y duradera le era extraña desde hacía mucho tiempo. Sin embargo, recordaba con gratitud el favor que Dios le había mostrado, la visión de la brillante escalera y las promesas de ayuda y guía. Al repasar solemnemente los errores de su vida y los tratos de Dios con él, reconoció humildemente su propia indignidad, la gran misericordia de Dios y la prosperidad que había coronado sus trabajos.

Cuando las colinas de su tierra natal aparecieron ante él en la distancia, el corazón del patriarca se conmovió profundamente. Había probado a su Dios, y hallado que sus promesas eran infalibles; creía que Dios estaría con él; sin embargo, a medida que se acercaba a Edom, tenía muchos temores de Esaú, que ahora podía hacer un gran daño a su hermano menor si así lo deseaba. Una vez más, el Señor alentó el corazón de su siervo con una señal del cuidado y la protección divinos. Directamente delante de él, como guiando el camino, vio dos ejércitos de ángeles celestiales que marchaban como guía y guardia; y cuando los vio prorrumpió en un lenguaje de alabanza, y exclamó: "Este es el ejército de Dios". Y llamó el nombre del lugar Mahanaim, que significa dos ejércitos, o campamentos.

Aunque Jacob tenía tantas pruebas de que Dios lo protegería, sintió que él mismo tenía algo que hacer por su propia seguridad. Por lo tanto, envió a sus siervos con un mensaje conciliador a Esaú, que habitaba en el monte Seír, en el país de Edom. No reclamó la precedencia para sí, sino que se dirigió cortésmente a su hermano como a un superior, con la esperanza de apaciguar así la ira que su conducta anterior había provocado. Esaú fue informado de que su hermano menor había regresado sano y salvo, con abundantes posesiones de ganado y sirvientes, y que se alegraría mucho de recibirlo con sentimientos fraternales. Los mensajeros volvieron a su amo con la noticia de que Esaú se dirigía a su encuentro acompañado de cuatrocientos hombres; y no se envió ninguna respuesta al amistoso mensaje.

Parecía seguro que Esaú venía furioso en busca de venganza. Un sentimiento de terror invadió todo el campamento. Jacob estaba angustiado. No podía retroceder y temía avanzar. Su compañía era poco numerosa y no estaba preparada para un encuentro. Por lo tanto, los dividió en dos grupos, para que si uno era atacado, el otro tuviera la oportunidad de escapar. No dejó de hacer todo lo que estaba en su mano para preservar su propia vida y la de los que dependían de él, y luego suplicó a Dios su presencia y su protección. No confiaba en sus sentimientos, ni en ninguna bondad que poseyera, sino en la promesa segura de Dios: "Tú me dijiste: Vuélvete a tu patria y a tu parentela, y

yo te trataré bien. No soy digno de la menor de todas las misericordias y de toda la verdad que has mostrado a tu siervo; pues con mi cayado pasé este Jordán, y ahora me he convertido en dos bandas. Líbrame, te ruego, de la mano de mi hermano, de la mano de Esaú; porque le temo, no sea que venga y me hiera, y a la madre con los hijos."

Jacob se detuvo en su viaje para madurar los planes destinados a aplacar la ira de su hermano. No se precipitó temerariamente al peligro, sino que envió grandes regalos a Esaú por medio de sus siervos, con un mensaje bien calculado para causar una impresión favorable. Envío a sus esposas e hijos, con todos sus bienes, para que emprendieran el viaje, mientras él se quedaba atrás. Pensó que la vista de aquella pequeña compañía indefensa conmovería los sentimientos de Esaú, quien, aunque audaz y vengativo, era sin embargo compasivo y tierno con los débiles y desprotegidos. Si su mirada se posaba primero en Jacob, su ira podría excitarse y todos perecerían.

Jacob deseaba estar a solas con su Dios. Era medianoche. Todo lo que le era querido estaba lejos, expuesto al peligro y a la muerte. La gota más amarga en su copa de angustia era el pensamiento de que su propio pecado había traído este gran peligro sobre sus esposas e hijos, que eran inocentes del pecado del que él era culpable. Había decidido pasar la noche en humillación y oración. Dios podía ablandar el corazón de su hermano. Dios era su único refugio y fortaleza. En un lugar desolado, infestado de ladrones y asesinos, se postró en tierra profundamente afligido; su alma estaba desgarrada por la angustia, y con gritos fervientes mezclados con lágrimas elevó su oración ante Dios. De repente, unas fuertes manos se posan sobre sus hombros. Inmediatamente forcejea con su asaltante, porque siente que este ataque es un designio contra su vida; que está en manos de un ladrón o de un asesino. La lucha es dura; ninguno de los dos pronuncia palabra, pero Jacob pone toda su fuerza y no cede en su empeño ni un momento. Así continuó la lucha, hasta que, cerca del amanecer, el extraño puso su dedo sobre el muslo de Jacob, y éste quedó lisiado al instante. El patriarca discierne ahora el carácter de su antagonista. Sabe que ha entrado en conflicto corporal con un mensajero celestial, y por eso sus esfuerzos casi sobrehumanos no le valieron la victoria. Ahora está incapacitado y sufre el dolor más agudo, pero no afloja su agarre. Cae sobre el cuello del ángel como un enemigo vencido, arrepentido y destrozado.

En la historia inspirada de este acontecimiento, al que luchó con Jacob se le llama hombre; Oseas lo llama ángel; mientras que Jacob dijo: "He visto a Dios cara a cara". También se dice que tenía poder con Dios. Era la Majestad del

Cielo, el Ángel de la alianza, que vino, en forma y apariencia de hombre, a Jacob. El mensajero divino emplea alguna fuerza para soltarse de las garras de Jacob; le suplica: "Déjame, que amanece". Pero Jacob había estado suplicando las promesas de Dios; había estado confiando en su palabra empeñada, que es tan segura e infalible como su trono; y ahora, mediante la humillación, el arrepentimiento y la entrega de sí mismo, este mortal pecador y descarriado, puede llegar a un acuerdo con Jesucristo: "No te soltaré si no me bendices". ¡Qué audacia se manifiesta aquí! ¡Qué elevada fe, qué perseverancia y santa confianza! ¿Era esto presunción e indebida familiaridad por parte de Jacob? Si hubiera sido de este carácter, no habría sobrevivido a la escena. La suya no era una pretensión exaltada, jactanciosa y presuntuosa, sino la seguridad de quien se da cuenta de su debilidad e indignidad y de la capacidad de Dios para cumplir su promesa. El error que había conducido a Jacob al pecado de obtener la primogenitura mediante fraude se abría ahora ante él. No había confiado en Dios y en sus promesas como debía. Había tratado de realizar con sus propias obras y su propio poder lo que Dios podía realizar abundantemente a su tiempo y a su manera.

"Y cuando vio que no prevalecía contra él", la Majestad del Cielo no prevaleció contra un hombre de polvo, un mortal pecador. La razón es que el hombre ha asido la temblorosa mano de la fe a la promesa de Dios, y el mensajero divino no puede abandonar a quien cuelga arrepentido, lloroso e indefenso de su cuello. Su gran corazón de amor no puede alejarse del suplicante sin acceder a su petición. Cristo no quiso dejarlo sin bendición cuando su alma estaba envuelta en la desesperación; porque está más dispuesto a dar cosas buenas a los que se las piden que los padres a sus hijos.

El ángel preguntó a Jacob: "¿Cuál es tu nombre?" y al ser informado dijo: "No se llamará más tu nombre Jacob, [el suplantador] sino Israel; porque como príncipe tienes poder con Dios y con los hombres, y has prevalecido." Jacob había recibido la bendición que su alma anhelaba; su pecado de suplantador y engañador había sido perdonado. La crisis de su vida había pasado. Dios muestra, en su trato con Jacob, que no sancionará el menor mal en ninguno de sus hijos; ni desechará y dejará a la desesperación y a la destrucción a aquellos que son engañados y tentados y traicionados en el pecado. La duda, la perplejidad y el remordimiento habían amargado la vida de Jacob; pero ahora todo había cambiado, y cuán dulce era el descanso y la paz en Dios, en la seguridad de su favor restaurado.

"Sí, tuvo poder sobre el ángel, y prevaleció; lloró, y le suplicó; lo halló en Betel, y allí habló con nosotros, Jehová Dios de los ejércitos; Jehová es su memoria". Qué mañana de luz y alegría amaneció sobre Jacob. Desaparecieron las sombras oscuras y desesperadas que le habían acechado la noche anterior. El resplandor del sol, brillando en su gloria, representaba adecuadamente la luz celestial que llenaba su alma. Su cuerpo estaba lisiado, pero su espíritu era fuerte en Dios. Llevaba algunas marcas de la batalla, pero la victoria era suya.

En este caso vemos qué valor tiene el hombre a los ojos del Dios infinito. El que se apareció a Jacob dijo: "¿No se venden cinco pajarillos por dos cuartos? y ni uno de ellos es olvidado delante de Dios. Pero hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis, pues, sois de más valor que muchos pajarillos". Las promesas de Dios son tan seguras para los que confían en él, que dejará que pasen los cielos y la tierra, antes que dejar de cumplir el deseo de los que le temen. Las grandes lecciones de paz, humildad y confianza deben ser aprendidas por todos los seguidores de Cristo.

Mientras Jacob luchaba con el ángel en aquella noche llena de acontecimientos, otro ángel, uno de las huestes que el patriarca había visto custodiándole en el camino, fue enviado para conmover el corazón de Esaú en sus horas de sueño. En su sueño vio a su hermano exiliado de la casa de su padre durante veinte años por miedo a su cólera; presenció su dolor al encontrar muerta a su madre; y lo contempló rodeado de las huestes de Dios. Esaú relató este sueño a sus cuatrocientos hombres armados, y les ordenó que no hirieran a Jacob, porque el Dios de su padre estaba con él.

Las dos compañías se aproximaron por fin; el robusto jefe con sus soldados a un lado, y al otro, Jacobo, pálido por su reciente conflicto, y deteniéndose a cada paso, pero con una benignidad y una luz pacífica reflejadas en su semblante; en la retaguardia una compañía desarmada de hombres, mujeres y niños, seguida por los rebaños y manadas. Apoyado en su bastón, el patriarca avanzó al encuentro de aquella banda de guerreros, inclinándose repetidamente hasta el suelo en señal de respeto, mientras su pequeño séquito aguardaba el desenlace con la más profunda ansiedad. Vieron los brazos de Esaú echados alrededor del cuello de Jacob, estrechando contra su pecho a aquel a quien tanto tiempo había amenazado con la más terrible venganza. La venganza se transformó ahora en tierno afecto, y el que antes tenía sed de la sangre de su hermano derramó lágrimas de alegría, su corazón se derritió con los más suaves encantos del amor y la ternura. Los soldados del ejército de Esaú vieron el resultado de aquella noche de llanto y de oración; pero nada sabían del conflicto y de la victoria.

Comprendían los sentimientos del patriarca, esposo y padre, por su familia y sus posesiones; pero no podían ver la conexión que tenía con Dios, que había ganado el corazón de Esaú de Aquel que tiene todos los corazones en su mano. Así ha sido siempre con los mundanos; el secreto de la fuerza del cristiano no es discernido por ellos. No pueden comprender su vida interior.

Esaú contempló complacido las posesiones de su hermano. Reconoció los regalos que le ofrecía Jacob, pero se negó a aceptarlos, pues ya poseía en abundancia. Pero Jacob insistió en el asunto. Era un príncipe para Dios, pero tan sumiso y humilde como un niño pequeño. "Y Jacob dijo: No, te ruego que si ahora he hallado gracia delante de tus ojos, recibas de mi mano mi presente; porque he visto tu rostro, como si hubiera visto el rostro de Dios, y te he agradado. Toma, te ruego, mi bendición que se te trae; porque Dios me ha hecho merced, y porque tengo bastante. Y él le instó, y la tomó".

Esaú invitó a Jacob a su casa en Seír, y se ofreció a acompañarlo en el viaje. Pero Jacob no estaba dispuesto a aceptar la oferta. Sabía que Esaú estaba ahora bajo la influencia directa del Espíritu de Dios; cuando otro espíritu viniera sobre él, podría cambiar mucho sus sentimientos. Jacob no rechazó la oferta, pero le expuso la verdadera condición de su grupo, sus rebaños y manadas; que no podían viajar con la expedición que sería agradable a Esaú y su banda. Le instó a que regresara a su lugar, mientras la partida seguiría lentamente. Esaú deseaba partir con los soldados de su hermano para que lo custodiasen a él y a su compañía; pero Jacob tenía pruebas de que estaban custodiados por una poderosa hueste de ángeles celestiales, y declinó cortésmente el favor. Los hermanos se separaron con tiernos sentimientos.

(Continuará.)

<https://secabipministerio.wixsite.com/scbp>